

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS



TESIS DOCTORAL

**La política exterior de Arabia Saudí en Oriente Medio tras la
primavera árabe.**

Objetivos y estrategias regionales (2011-2016)

**The foreign policy of Saudi Arabia in the Middle East after
the Arab spring.**

Regional objectives and strategies (2011-2016)

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

David Hernández Martínez

Directora

Paloma González Gómez del Miño

Madrid 2019



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE MADRID

**La política exterior de Arabia Saudí en Oriente Medio tras la primavera árabe.
Objetivos y estrategias regionales (2011-2016).**

**The foreign policy of Saudi Arabia in the Middle East after the Arab Spring.
Regional objectives and strategies (2011-2016).**

Autor: David Hernández Martínez.

Directora: Dra. Paloma González Gómez del Miño.

Departamento de Relaciones Internacionales e Historia Global.

Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Universidad Complutense de Madrid.

Madrid, octubre 2018.

*Analizar el mundo, explicarlo o despreciarlo
acaso sea la tarea principal de los grandes filósofos.
Yo, en cambio, lo único que persigo es poder amar al mundo,
no despreciarlo, no odiarlo a él ni odiarme a mí mismo,
poder contemplar —y con él a mí mismo y a todos los seres—
con amor, admiración y respeto.*

Siddartha, Hermann Hesse.

Agradecimientos

Quisiera hacer mención a todas aquellas personas que de una forma u otra me han acompañado en esta parte tan importante de mi vida. Espero que estas páginas no representen el final de una etapa, sino el principio de nuevos retos.

Las primeras palabras de agradecimiento se las quiero dedicar a Paloma González Gómez del Miño. Por confiar en mí en todo momento para llevar a cabo este trabajo. Paloma es para mí mucho más que una directora de tesis. Me ha inspirado la pasión por el estudio del mundo árabe. La responsabilidad de cualquier investigador de ser riguroso pero atrevido en su labor. La universidad me ha permitido conocer a una gran profesional y una bellísima persona.

El desarrollo de esta tesis no hubiera sido posible sin la estancia realizada en el Middle East Centre of London School of Economics and Political Science. Ahí tuve la oportunidad de conocer a grandes expertos en Oriente Medio, a los que guardo un cariño especial. Gracias a la profesora Madawi Al Rasheed por su respaldo para trabajar allí. Al director del Centro, Toby Dodge, y al apreciado y respetado Robert Lowe por su deferencia, amabilidad y simpatía. Por supuesto, a mis compañeras y compañeros Chelsea, Stella, Sandra, Ribale, Courtney, Ian y Kyra, que hicieron que me sintiera como en casa cada día, convirtiendo el centro en una gran familia.

Al profesor Steffen Hertog de London School of Economics and Political Science por su sus consejos para abordar ciertos temas de la investigación. Al analista del Foreign and Commonwealth Office y amigo, Samuel Peat, por compartir conmigo su amplio conocimiento sobre el Golfo. A los profesores Mishari Alnahedh de Kuwait University y a Mohammed Ibahrine de American University of Sharjah de Emiratos Árabes Unidos, que tuve la oportunidad de conocer en Londres, por su amabilidad, ayuda y calidez.

Una de las razones principales por las que decidí dedicarme al campo de la investigación es por la admiración que guardo a profesores de la talla de José Antonio Sanahuja, Rafael Calduch, Concepción Anguita, Rafael Bustos, Pilar Requena o David García Cantalapiedra. Sus clases convirtieron mi etapa como alumno por la universidad en una experiencia inolvidable. Sus trabajos continúan siendo para mí una enseñanza constante. En este sentido, una mención especial merece la profesora Esther del Campo, por su esfuerzo y atención como coordinadora del programa de doctorado. Siempre a disposición de los investigadores y ofreciendo todo su apoyo.

El Máster en Economía Internacional y Desarrollo de la Universidad Complutense de Madrid ha sido uno de los momentos más enriquecedores de mi vida. Gracias a su programa pude ampliar mis conocimientos y mejorar mis aptitudes profesionales. Volvería encantado a disfrutar de las clases de profesores como Josep Borrell, Enrique Palazuelos, Juan Manuel Ramírez Cendrero, Bibiana Medialdea o Clara García.

Uno de los espacios donde más he aprendido ha sido participando en el proyecto de investigación el Índice Elcano de Presencia Global, dirigido por dos personas a las que siempre estaré agradecido, Iliana Olivie y Manuel Gracia. También dedicar afectuosas palabras a María Solanas, coordinadora de proyectos del Real Instituto Elcano, por su enorme cordialidad y generosidad, así como al resto de miembros de la institución por su acogida.

Gracias a la Asociación de Diplomados Españoles en Seguridad y Defensa (ADESyD) por la confianza depositada en mí. Por hacerme partícipe de la prolífera labor académica y divulgativa que llevan a cabo. Especialmente a la labor que realiza su presidenta, María Angustias Caracuel, junto a Lourdes Albacete, Alfredo Crespo y José Díaz Toribio.

Reconocer la atención prestada y sus consejos para abordar este tema tan complejo del profesor Alberto Priego de la Universidad Pontificia Comillas. Uno de los grandes expertos académicos sobre el Golfo que contamos en este país.

A la directora de la Biblioteca Islámica AECID, Luisa Mora Villarejo, por ser siempre tan considerada conmigo y por el ingente trabajo que realiza en la institución. Asimismo, mi agradecimiento especial a los/as profesionales de la Biblioteca AECID y al personal de la Biblioteca de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología por su esfuerzo por mantener siempre intacta una riqueza, a veces tan poco apreciada, como son todas esas obras.

Al equipo de El Orden Mundial por darme la oportunidad de trabajar en un proyecto tan innovador e ingenioso. Una fantástica plataforma para difundir conocimiento y debate sobre la sociedad internacional. Extraordinaria es la tarea que realizan los expertos de la sección de cartografía.

Todo este camino empezó mucho tiempo atrás. Gracias al apoyo de profesores tan comprometidos con la enseñanza, como mis queridos Raúl, Michele y Elena. Me enseñaron a pensar más allá de lo escrito en una pizarra, y a que un libro es el mejor regalo que se le puede hacer a una mente que siempre está soñando.

Decirle a Javi, Beatriz, Elena, Iván, que seguimos caminando de la mano, sin dar un paso atrás, hacia la utopía.

A mis amigos y amigas de mis dos grandes equipos de fútbol, Sporting de Carabanchel e Internacional de Somosaguas. Por todos los buenos momentos vividos dentro y fuera del campo.

Para Mer, Marc, Iván y Magdalena, por hacer que Londres sea para siempre mi segunda ciudad.

No me olvidó de Juan Gabriel, Sofía, Estefanía, Ana y Nacho. Gracias por convertir aquel 2016 en un año tan emocionante y regalarme poder decir que tengo amigos en varios continentes.

Para Chantall, Pablo y Fernando. Porque en poco tiempo han llegado a ser una parte fundamental de mi vida de la que no me quiero desprender. Porque siempre nos quedará Conil y Casavieja.

A Ángel y Alejandro por compartir la locura de quemar asfalto con unas zapatillas, porque siempre nos encontramos en la meta. Gracias a Alfredo y Álvaro por todos los viajes, conciertos y aventuras vividos juntos... y por las que nos quedan por compartir.

Desde que entrará por primera vez en la Facultad de Somosaguas, allá por septiembre de 2009, me han acompañado en este camino Mónica, María, Nora, Olga, Arancha, Mariola y mis compañeras de aventuras del "H", Carmen y Alba. Aunque pasen los años seguirán estando en las fotografías más divertidas de mi vida.

Espero que tras acabar la tesis continúe compartiendo proyectos académicos con Elena, una de las personas más inteligentes que he conocido y una muy buena amiga.

A Julia, Virginia y Marina agradecerles que cada día sean un punto de apoyo indispensable para mí. Tanto en los buenos momentos como en los más difíciles.

Para Latona, Javi, Matías, Tomás e Iñigo porque nuestra relación no se debilita pese a la distancia. Porque las experiencias de la vida saben mejor si se comparten con personas tan especiales.

Casi desde que tengo uso de conciencia hasta el día de hoy he tenido a mi lado a Marina, Sandra María, Alberto y Rodrigo. Son mi ligazón con mi patria chica: Carabanchel. De una forma u otra siempre nos las apañamos para continuar creciendo juntos.

Tengo la fortuna de tener hermanos, con los que no comparto apellidos, pero que han sido, son y serán los hombros en los que apoyarme. Mis mejores confidentes y la risa cuando más se necesita. Porque tenemos las espaldas muy anchas y resistimos cualquier golpe. Gracias José, Daniel, Juan Carlos, David (Korre) y Sito por ser los abrazos que nunca faltan.

Soy lo que soy en gran parte por las enseñanzas de mis padres y por el ejemplo constante de mi hermana. Con su sudor y sus desvelos hoy estoy aquí, haciendo realidad lo que fue una ilusión. Son los guías que me señalan el camino correcto. El mayor premio para mí es ver en sus ojos un brillo de orgullo y felicidad. Como cada beso y caricia de mi querida abuela Carmen.

Desde verano de 2014 la oscuridad ya no da tanto miedo. Siempre encuentro tu mano pese a las sombras que nos hacen temblar. Ahogado entre tantos quizás eres mi única seguridad. La valentía para no dejar atrás cada uno de nuestros sueños. Para siempre Mercedes.

Finalmente, quiero acordarme de los que hace un tiempo nos dijeron hasta luego en silencio. A Andrés, Charo y a mis amados abuelos Elvira, José y Rufino. Porque nos volveremos a ver paseando por Madrid Río, por los caminos de Palacios de Corneja y por las playas de Calpe.

Madrid, octubre 2018

Índice de capítulos

Índice de siglas.....	10
Resumen.....	12
Introducción (Introduction)	14
Capítulo I Aspectos metodológicos y marco teórico.....	22
1.1. Hipótesis y preguntas de investigación.....	24
1.2. Método científico y técnicas de investigación	30
1.3. Estado de la cuestión	37
1.4. Constructivismo social, identidades y discurso.....	46
1.5. Hegemonía y poder político según Gramsci	51
1.6. Las relaciones internacionales desde la visión del islam.....	55
Capítulo II Objetivos de la política exterior de Arabia Saudí.....	60
2.1. Objetivos e intereses nacionales de Arabia Saudí.....	61
2.2. Evolución de la política regional tras la II Guerra Mundial.....	69
2.2.1. El Estado saudita y los primeros desafíos regionales (1945-1964).....	70
2.2.2. La revolución del rey Faisal (1964-1975)	73
2.2.3. El ascenso saudí en el panorama internacional (1975-2001)	77
2.2.4. La monarquía saudita frente al nuevo siglo (2001-2011).....	83
2.3. Marco institucional y procesos de toma de decisiones.....	88
Capítulo III Condicionantes internos de la política exterior de Riad.....	97
3.1. Influencia ideológica del wahabismo	98
3.2. El papel de la familia real en el Estado saudita	107
3.3. Corrientes contestatarias dentro del reino	114
3.3.1. La minoría chiita de Arabia Saudí.....	115
3.3.2. Movimientos aperturistas en la sociedad saudita	120
3.3.3. El radicalismo religioso dentro de Arabia Saudí.....	123
Capítulo IV Recursos energéticos y capacidades militares	126
4.1. La importancia del petróleo en el desarrollo del Estado	127
4.1.1. El petróleo como herramienta política	128
4.1.2. Características de la economía nacional y sus principales problemas.....	136
4.1.3. Objetivos y retos del plan Saudi Vision 2030	144
4.2. Arabia Saudí como potencia militar de la región	150
4.2.1. La carrera armamentística en el Golfo	151
4.2.2. La estructura de seguridad y defensa saudita	159

Capítulo V Principales amenazas y oportunidades tras la primavera árabe	166
5.1. La interpretación saudita de la primavera árabe.....	167
5.1.1. Los rasgos esenciales de las revueltas árabes.....	168
5.1.2. Las respuestas estatales a los cambios regionales	174
5.1.3. Consecuencias de las revueltas árabes según Arabia Saudí	179
5.1.4. Modo de actuación frente a las crisis regionales	184
5.2. Los objetivos regionales tras el año 2011	190
5.2.1. Asegurar fronteras y evitar injerencias externas	191
5.2.2. Difusión del discurso wahabita	196
5.2.3. Defensa de la figura del rey y de la Casa de Saud.....	200
5.2.4. Protección de zonas de influencia y reconstrucción del statu quo	204
5.2.5. Recuperación del protagonismo regional	209
Capítulo VI Principales temas de la agenda regional saudita.....	215
6.1. Las monarquías del Golfo y el liderazgo saudita	218
6.1.1. El papel de Kuwait, E.A.U. y Omán en el Golfo	221
6.1.2 Bahréin y el miedo al efecto dominó.....	225
6.1.3. Las problemáticas relaciones con Catar	228
6.2. Yemen, el conflictivo vecino del sur.....	231
6.2.1. La situación previa a la revuelta yemení	232
6.2.2. Arabia Saudí en la guerra de Yemen.....	235
6.3. El papel de Arabia Saudí en la guerra civil de Siria.....	240
6.4. La rivalidad hegemónica con Irán.....	246
6.4.1. La relación saudí-iraní antes del 2011.....	247
6.4.2. La disputa por el liderazgo regional (2011-2016).....	250
6.5. La alianza con Estados Unidos bajo la Administración Obama.....	255
6.5.1. La alianza de Washington y Riad antes de las revueltas	256
6.5.2. Diferentes estrategias regionales tras la primavera árabe.....	262
Conclusión (Conclusion)	268
Fuentes bibliográficas	280

Índice de gráficos, tablas y mapas

Índice de siglas	10
Resumen	12
Introducción (Introduction)	14
Capítulo I Aspectos metodológicos y marco teórico	22
Gráfico 1: Hipótesis y preguntas de investigación.....	29
Gráfico 2: Metodología de la investigación	36
Gráfico 3: Principales líneas de debate sobre Oriente Medio	45
Capítulo II Objetivos de la política exterior de Arabia Saudí	60
Gráfico 4: Intereses nacionales y objetivos regionales de Arabia Saudí.....	68
Gráfico 5: Jefes de Estado de Arabia Saudí (1932-2016)	87
Gráfico 6: Consejos del Reino de Arabia Saudí.....	92
Gráfico 7: Miembros del Consejo de Asuntos Políticos y Seguridad	94
Tabla 1: Miembros del Consejo de Ministros de Arabia Saudí en 2015.....	96
Capítulo III Condicionantes internos de la política exterior	97
Gráfico 8: Sistema Político y Judicial de Arabia Saudí	104
Gráfico 9: Principales figuras de la Casa de al-Wahhab y de Saud	106
Gráfico 10: Principales miembros de la Casa de Saud.....	113
Mapa 1: Provincias del Reino de Arabia Saudí.....	116
Mapa 2: Principales instalaciones de petróleo y gas en Arabia Saudí	117
Capítulo IV Recursos energéticos y capacidades militares	126
Gráfico 11: Producción de barriles de petróleo al día en 2016	132
Gráfico 12: Principales reservas probadas de petróleo crudo en 2016.....	132
Gráfico 13: Crecimiento PIB y producción de crudo (2000-2016).....	133
Gráfico 14: Precio del barril Brent (\$) a final de cada mes (2006-2016).....	133
Gráfico 15: Ingresos del Estado saudita por sectores (%) (2006-2016).....	134
Gráfico 16: Principales reservas probadas de gas natural en 2016	135
Gráfico 17: Principales productores de gas natural en 2015	135
Gráfico 18: Participación de sector del petróleo y gas en el PIB (%) (2000-2016)	137
Gráfico 19: Tipo de exportaciones de Arabia Saudí (%) (2006-2016)	138
Gráfico 20: Principales destinos de las exportaciones (%) de Arabia Saudí en 2015	139
Gráfico 21: Principales orígenes de las importaciones (%) de Arabia Saudí en 2016	139
Tabla 2: Tipo de importaciones y exportaciones de Arabia Saudí en 2016	140
Gráfico 22: Tasa de desempleo entre nacionales saudíes (%) (2000-2016).....	142

Gráfico 23: Número de empleos en las principales ramas de actividad en 2016	142
Gráfico 24: Programas de Saudi Vision 2030	149
Gráfico 25: Los 10 países con con mayor gasto militar en el mundo en 2016 (millones \$) .	153
Gráfico 26: Gasto militar en el Golfo en 2016 (millones \$)	156
Gráfico 27: Principales países exportadores de armamento militar al Golfo (2012-2016)...	158
Gráfico 28: Estructura de Seguridad y Defensa de Arabia Saudí	160
Gráfico 29: Principales partidas de gasto del presupuesto gubernamental en 2016.....	162
Gráfico 30: Personal destinado a las Fuerzas Armadas en Oriente Medio en 2015.....	163
Tabla 3: Principales capacidades militares en el Golfo (2016-2017).....	165
Capítulo V Principales amenazas y oportunidades tras la primavera árabe	166
Tabla 4: Visión de la primavera árabe según Arabia Saudí	183
Gráfico 31: Etapas de la política regional saudita (2011-2016).....	189
Tabla 5: Objetivos regionales tras la primavera árabe	214
Capítulo VI Principales temas de la agenda regional saudita.....	215
Gráfico 32: Los círculos de la política exterior de Arabia Saudí	217
Tabla 6: Relaciones entre Estados del CCG, EE.UU. e Irán.....	219
Gráfico 33: Encuentros del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) (2011-2016).....	224
Mapa 3: Conflicto bélico en Yemen en 2015.....	238
Mapa 4: Conflicto bélico en Yemen en 2017.....	238
Gráfico 34: Evolución de la situación interna en Yemen (2011-2016).....	239
Gráfico 35: Principales actores en la guerra de Siria	245
Tabla 7: Despliegue de tropas estadounidenses en el Golfo en 2016.....	261
Tabla 8: Encuentros oficiales entre el presidente Barack Obama y líderes de Oriente Medio 2011-2016	267
Conclusión (Conclusion)	268
Fuentes bibliográficas	280

Índice de siglas

- AAAID (siglas en inglés). Autoridad Árabe para la Inversión y el Desarrollo Agrícola.
- AFESD (siglas en inglés). Fondo Árabe para Desarrollo Económico y Social.
- ALECSO (siglas en inglés). Organización Árabe de la Educación, la Cultura y la Ciencia.
- AMF (siglas en inglés). Fondo Monetario Árabe
- ARAMCO (siglas en inglés). Arabian American Oil Co.
- ARABSAT (siglas en inglés). Organización Árabe de Comunicaciones por Satélite.
- ASBU (siglas en inglés). Unión de Radiodifusión de los Estados Árabes.
- ATO (siglas en inglés). Organización de Ciudades Árabes.
- CEDA (siglas en inglés). Consejo de Asuntos Económicos y Desarrollo.
- CESPAC (siglas en castellano). Comisión Económica y Social para Asia Occidente.
- CPSA (siglas en inglés). Consejo de Asuntos Políticos y Seguridad.
- C.I.A. (siglas en inglés). Agencia Central de Inteligencia.
- E.A.U. (siglas en castellano). Emiratos Árabes Unidos.
- EE.UU. (siglas en castellano). Estados Unidos de América.
- EIA (siglas en inglés). U.S. Energy Information Administration.
- CCG (siglas en castellano). Consejo de Cooperación para los Estados Árabes del Golfo.
- FMI (siglas en castellano). Fondo Monetario Internacional.
- GOIC (siglas en inglés). Organización del Golfo para la Consultoría Industrial.
- GWOT (siglas en inglés). Guerra Global contra el Terror.
- G-20. Grupo de los 20 países industrializados y emergentes.
- IISS (siglas en inglés). International Institute for Strategic Security.
- IMAFT (siglas en inglés). Alianza Militar Islámica contra el Terrorismo.
- ISBO (siglas en inglés). Organización de Radiodifusión de Estados Islámicos.
- ISESCO (siglas en inglés). Organización Islámica de Educación, Ciencia y Cultura.
- JCPOA (siglas en inglés). Acuerdo del Plan de Acción Integral Conjunto.
- K.S.A. (siglas en inglés). Reino de Arabia Saudí.

- MAEC (siglas en castellano). Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación. Gobierno de España
- MODA (siglas en inglés). Ministerio de Defensa y Aviación. Reino de Arabia Saudí.
- MOFA (siglas en inglés). Ministerio de Asuntos Exteriores. Reino de Arabia Saudí.
- MOI (siglas en inglés). Ministerio de Interior. Reino de Arabia Saudí.
- PIB (siglas en castellano). Producto Interior Bruto.
- OADA (siglas en castellano). Organización Árabe para el Desarrollo Agrícola.
- OAPEC (siglas en inglés). Organización de Países Árabes Exportadores de Petróleo.
- OIC (siglas en castellano). Organización para la Cooperación Islámica.
- OIEA (siglas en castellano). Organización Internacional de la Energía Atómica.
- OIR (siglas en inglés). Operación Determinación Inquebrantable.
- OMC (siglas en castellano). Organización Mundial del Comercio.
- ONU (siglas en castellano). Organización de Naciones Unidas.
- OPEP (siglas en castellano). Organización de Países Exportadores de Petróleo.
- PDRY (siglas en inglés). República Popular Democrática de Yemen.
- SAMA (siglas en inglés). Autoridad Monetaria de Arabia Saudí.
- SANG (siglas en inglés).Guardia Nacional de Arabia Saudí.
- SIPRI (siglas en inglés). Stockholm International Peace Research Institute.
- UAR (siglas en inglés). República Árabe Unida.
- U.E. (siglas en castellano). Unión Europea.
- U.R.S.S. (siglas en castellano). Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.
- U.S. (siglas en inglés). Estados Unidos de América.
- USCENTCOM o CENTCOM (siglas en inglés). Comando Central de Estados Unidos.
- YAR (siglas en inglés). República Árabe de Yemen.

Resumen

Esta tesis tiene como objeto de estudio la política exterior de Arabia Saudí en Oriente Medio tras la primavera árabe y sus objetivos y estrategias regionales entre 2011-2016. Las movilizaciones y levantamientos populares ocurridos en 2011 y los conflictos posteriores suponen un punto de inflexión en el orden político de Oriente Medio. Todos los actores presentes en la zona están obligados a tener que adaptar sus estrategias de seguridad, defensa y acción regional a un contexto local diferente. El Estado saudita es uno de los actores centrales en Oriente Medio y la esfera musulmana. Desde hace décadas ocupa una posición hegemónica en las relaciones regionales. Sin embargo, su liderazgo político y religioso en el Golfo y el mundo árabe se está viendo amenazado por los efectos de las revueltas árabes y los cambios que están teniendo lugar.

La tesis analiza varios aspectos: las características fundamentales de la política exterior saudita y el proceso de toma de decisiones del Gobierno; los efectos de la primavera árabe tanto dentro del país como sobre la hegemonía saudita en la región; las percepciones de amenazas y oportunidades de la familia real saudita ante los cambios en su entorno; el papel del Estado saudita en las principales crisis de Oriente Medio y, por último, la relación de la familia Saud con el resto de dirigentes de los países vecinos y su histórico aliado estadounidense. Los objetivos de la tesis son tres: 1) analizar el comportamiento de Arabia Saudí durante la primavera árabe y en los momentos posteriores, dedicando especial atención a su relación con los socios del Consejo de Cooperación del Golfo, Irán y Estados Unidos, así como sus acciones en países como Siria, Irak o Yemen; 2) estudiar las motivaciones que conducen al Estado saudita a dar ese tipo de respuestas ante las transformaciones en el statu quo regional y 3) examinar la situación actual de la nación saudita tras estos convulsos años y su posición en el régimen local.

En conclusión, los mayores esfuerzos del Estado saudita en su política exterior en Oriente Medio están en seguir manteniendo su posición hegemónica y contrarrestar las fuerzas contestarías que erosionan el poder saudita. Después de cinco años de la primavera árabe, el Gobierno de Arabia Saudí hace frente a un contexto regional donde tiene mucho más difícil hacer prevalecer sus intereses. Aunque mantiene una posición hegemónica, su liderazgo es más débil que tiempo atrás. En este período se observa una respuesta irregular del Estado saudita a los desafíos en la zona, con una clara diferencia en la gestión entre el rey Abdalá y su sucesor en el cargo Salmán. El actual monarca junto al príncipe heredero Mohammed bin Salman están introduciendo importantes cambios en la gestión interna y acción exterior. Su propósito final es asegurar la pervivencia del régimen en un entorno convulso. La incompatibilidad de los objetivos de Arabia Saudí con los de otros Estados vecinos como Irán, Catar o Turquía, hacen preveer que la región estará todavía sumida en la incertidumbre y la inseguridad a medio plazo.

Palabras clave: Arabia Saudí, Oriente Medio, primavera árabe, hegemonía y política exterior.

Abstract

This thesis' subject of study is the foreign policy of Saudi Arabia in the Middle East after the Arab Spring and its objectives and regional strategies during the period comprising 2011 to 2016. The mobilizations and popular uprisings that took place in 2011 and the subsequent conflicts represent a turning point in the political order of the Middle East. All the actors present in the area are obliged to adapt their security, defense and regional action strategies to a different local context. The Saudi State is one of the central actors in the Middle East and the Muslim sphere. For decades, it has occupied a hegemonic position in regional relations. However, its political and religious leadership in the Gulf and the Arab world is being threatened by effects of the Arab revolts and the changes that are coming about.

Several aspects are analyzed: the fundamental characteristics of the Saudi foreign policy and the decision-making process of the Government; the effects of the Arab spring both within the country and over Saudi hegemony in the region; the perceptions of threats and opportunities of the Saudi royal family in the face of transformations taking place in their milieu; the role of the Saudi state in the main crises that affected the Middle East; and, lastly, the relationship of the Saudi family with the rest of the leaders of the neighboring countries and their long-standing American ally. Hence, the objectives are: 1) to analyze the behavior of Saudi Arabia during the Arab Spring and in the subsequent times, with a particular focus on its relationship with its partners of the Gulf Cooperation Council, Iran and the United States, as well as its actions in countries such as Syria, Iraq or Yemen; 2) study of the reasons that lead the Saudi state to implement that sort of responses to face transformations in the surroundings and 3) to examine the situation of the Saudi nation after these troubled years and its position in the local regime.

In summary, the greatest efforts of the Saudi state in its foreign policy in the Middle East are to continue maintaining its hegemonic position and counteracting the push of contestation forces that are eroding Saudi power. Five years after the Arab Spring, the Government of Saudi Arabia is facing a regional context where it is much more difficult to make its interests prevail. Although, it conserves a hegemonic position, its leadership is apparently weaker than in the past. In this period, an irregular response from the Saudi state to challenges in the area can be observed, with a clear difference in management between King Abdullah and his successor Salman. The current King of Saudi Arabia with Crown Prince Mohammed bin Salman are introducing important changes in the internal management and the external action. Their final purpose is to ensure the survival of the regime in a complicated environment. The incompatibility of goals of Saudi Arabia with those of other neighboring states such as Iran Turkey or Qatar, it raises that the region will still be mired in uncertainty and insecurity in the medium term.

Key words: Saudi Arabia, Middle East, Arab Spring, hegemony y foreign policy.

Introducción (Introduction)

The Middle East is one of the most important geographical enclaves for international dynamics. Any incident in this area can have a considerable impact on global security and stability. The main state actors of the international society and another infinity of agents are concentrated in this space, who seek in one way or another to influence the course of latest events. As a meeting point between Africa, Asia and Europe, the region has a significant weight on the history of many peoples, cultures and nations. It has been the origin of three of the most important religions in the history of humanity, which are still trying to coexist in a complicated environment.

Throughout the second half of the 20th century and the beginning of the 21st century, the region is witnessed numerous episodes of great transcendence, which have marked the future of all those nations. In recent years, there is an intensification of crises and problems in the conjunctures of the Middle East. The Arab Spring had a decisive scope in the composition of regional relations and in the local political future. The consequences of the riots and revolts are still being noticed nowadays. They represent a decisive instant between what it was and what it might become the political and social structure of this area. The events that took place during 2011 and the subsequent crises marked the beginning of a new stage for this part of the world.

The international society is going through a period of great uncertainty, in which spaces of power and influence are being deeply reviewed. In this phase of convulsed and conflicted transition, very different and varied forces converge. On the one hand, those who postulate a change of the current regime, complying with their interests and not linked exclusively to the values of a specific area. On the other hand, those who defend to maintain the premises inherited from the last century, which have pivoted on the western demarcation. This geopolitical map of transition towards a new order, that it is still imprecise, is generating an intensification of conflicts and pressures given the lack of consensus on the contours that should prevail. Current circumstances present a very complicated medium-term horizon for global stability.

The 90s was the consecration of the United States (U.S.) as a hegemonic power, which had been able to withstand more than forty years of Cold War. At that time, the preludes seemed to augur a time of unipolarity stamped by U.S. power, capable of imposing a specific agenda in which there was no force that could counteract its leadership. However, throughout the first decade of the new millennium there is a disintegration of international power and the growing participation of different poles, which generate a rebalance of the world order. In this context of doubtfulness, where it is very complicated to predict the horizon in the medium term, an increase in perceptions of insecurity and potential threats is inevitably generated. Each agent tries to safeguard their interests and avoid losing spaces of power in international society.

This general situation is not totally alien to the Middle East. As a feedback relationship, many of the international vicissitudes have direct effect on the area and vice versa. Due to its geostrategic importance, any incident in these latitudes might condition the evolution of the system in general. Moreover, some of the reasons that have caused the last convulsions in this area are partly induced by the growing transformations worldwide. At the same time, there are causes that have their roots in the local characteristics of each country, which partly explain the different situation that each state now faces. The effects of recent events exceed in its extent the traditional limits, making the region one of the most important focus of international political attention.

The Arab Spring is a turning point in the region. Its consequences will still be felt for a long period. The assessment of the uprisings that occurred throughout 2011 does not have to be judged only by the number of regimes that have fallen or by the democratization of political systems. The most characteristic feature of this time is that it is generating a different political and social climate, at both national level and at Middle East level. The behavior of these states is changing, forced by circumstances different from those ones of years ago. The framework of security and confidence among state actors has been broken. The relationship between state power and citizen has ceased to be as unidirectional as it was for so many decades. There is an empowerment of both society and of the individuals as active political agents.

The Arab Spring, understood as a set of popular revolts that lead to a change of regime and the establishment of democratic systems, seems to have achieved its objective only in Tunisia. In the other countries where it also took place, the result was repression or a bloody war. Nevertheless, the real dimension of these mobilizations has relapsed as much in the nature of the regional dynamics as in the evolution of each population. Several years later, the local landscape is much more complex and convulsive. It is very difficult to determine what the contours of the new context of the Middle East will be in the medium and long term, but it is clear that it will be very different from what it was all this time ago. The inaccuracy about what may happen it is causing an increase of the tension this side of the world.

The 11th September attacks are taken symbolically as the beginning of a different stage in international society, signifying the starting point of the a new horizon and the deterioration of the order inherited from the second half of the 20th century. The war in Iraq in 2003 and the overthrow of Saddam Hussein are considered the prelude to profound transformations that they were going to happen in the Middle East. This trend that was already intuited then it is confirmed with the Arab Spring in 2011. The months in which the demonstrations and popular uprisings spread through most countries, together with the crises and subsequent wars, put an end to the prevailing status quo so many decades, beginning of a transition time towards a new regional model. In this period, there is a collision of interests of different state and non-state actors.

The International Relations science has always paid special attention to the Middle East. Because of the innumerable issues that arose during the past century, the region was always under the spotlight of academic analysis. The interests of the leading western powers and some emerging countries in these nations have also motivated this trend throughout years. The different theoretical currents have given their explanatory contributions to the main dilemmas, which have regularly been present in the agenda of the actors involved. However, the Arab Spring also implies a formulation of certain principles that were considered the most appropriate and accurate to study the social and political nature of the area until that moment. The geopolitical map is being redefined and with it the way to apprehend it by the observer.

The Arab Spring introduces relevant changes in three levels: 1) national level; 2) regional and 3) international level. Most countries in the Middle East have been affected in one way or another by the Arab revolts. There is a group of them in which there was a direct effect, as it is the case in Egypt, Syria or Yemen. In these states, the protests reached such a dimension that they questioned not only the nature of the regimes and but even the integration and cohesion of the countries. Another set was constituted by those countries in which the demonstrations had a limited impact, such as Bahrain or Saudi Arabia, where the opposition was management to be suffocated. Nevertheless, the use of the repression does not ensure that social tensions do not continue to reproduce and increase internal instability in the future

The majority sector is constituted by those countries where the Arab Spring had a very limited or even nonexistent presence. For several internal and external reasons in these states, the revolts did not represent a challenge in the short term. As it happened in Qatar, Oman, United Arab Emirates, Iraq, Lebanon, Jordan or Iran. In each of them, there were no favorable conditions for revolts to take place, such as those in neighboring countries. In the Iraqi or Lebanese nation, the social and political polarization was such that new protests barely found space to emerge, preventing diverting the political debate to other issues. The Islamic Republic of Iran had already experienced its particular Arab spring in 2009, with massive mobilizations after the presidential elections. In the other countries, there was considerable internal stability.

For the political and social evolution of the Middle East, the Arab Spring means a total break with much of the political status of the past. For decades, the region was delimited by an order, in which Saudi Arabia occupied a central space and unquestionable. This situation radically changed as of 2011. The leadership, as well as the areas of influence, the roles of each actor and the perceptions of threats and dangers are questioned. The war in Syria or Yemen become the scene of the struggle of different forces to prevail their interests over others. These disputes have transcended the conventional conflict, disrupting diplomatic, economic and cultural relations, as well as strategic alliances or religious and national identities.

The international backwashes of the Arab spring are clearly perceived in the response of foreign powers. The United States has had a preponderant presence in the region, but this condition has begun to change in recent years, especially under the Obama administration. The Washington attitude towards the revolts and the subsequent wars is a confirmation of the mutation of interests on U.S. government side. The context in the Middle East is helping to sharpen the imbalances in the international system, contributing to a growing sense of multipolarity. In this region and in other areas of the world, this dilemma is being exploited by third agents to augment their margins of influence, reducing the power of traditional hegemonies.

Iran is being the local state that is getting the most advantage inner the instability that suffers the region. The Tehran Government has taken advantage of the open cracks in the status quo and the weakness of the Saudi leadership to improve its position. In just a decade, the Iranians have gone from suffering an international blockade and exclusion by most neighboring countries, to become a key player for the future of the Middle East and dispute directly the hegemony of the Saudis. Nevertheless, the Iranians are not the only governments that are trying to expand their spaces in regional relations. Qatar, United Arab Emirates or Jordan begin to be considerate as states that wish to have a more significant role in the regional scenery. In contrast, capitals that had relevance in the past, such as Cairo or Baghdad, have lost prominence.

The United States together with its partners in the European Union are the ones who have shown a more erratic regional strategy. The Arab Spring coincides with a serious economic and political crisis in the Western European countries, causing them to ignore the problems that occurred on the Mediterranean border. This imprecise behavior of the U.S. hegemon or members of European Union are divergent to the actions undertaken by Russia, Turkey or China. In general terms, Putin raises a more ambitious foreign policy, which has its reflex in the Middle East, where his government is more aggressive in defending their interests. For the Erdogan's executive, the crises in the Arab countries are considered an opportunity to strengthen ties with their neighbors, while Beijing continues to firm up its economic associations by occupying the space left by others.

The Arab Spring can also be valued for its effects in the short and medium term. The clearest manifestations of what the revolts have represented were the fall of some dictators, such as Ben Alí, Gaddafi, Mubarak and Saleh, the repressed demonstrations and the wars started. In both Syria and Yemen, the causes of the conflict have their roots in a number of internal factors that have dragged on over the years. The demonstrations in 2011 provided an auspicious climate for the fierce clashes to break out. In the Syrian affair, the confrontation occurred almost immediately, between opposing factions and the forces loyal of Bashar al-Assad. The fighting in Yemen had been postponed until 2014, with several unsuccessful attempts at national dialogue. In 2014, when the Houthis' great offensive against the president Hadi's forces occurs, the civil war is unleashed. In both circumstances, the participation of foreign actors is being decisive.

Another clear evidence of the Arab Spring was the worsening of political and social situations in countries such as Egypt or Bahrain. The concentrations in the Tahrir square meant the tumble of Mubarak, the celebration of elections and the arrival of the Muslim Brothers to the Government. Despite the two years of Mohammed Morsi's presidency, a military man returned to take power, in the figure of General Abdelfatah Al-Sisi in 2013. In the Bahraini archipelago, the social tension was so strong that the Al Khalifa royal dynasty was forced to ask for assistance from neighboring allies, with a military coalition of members of the Gulf Cooperation Council that managed to quell the revolts. The growing discomfort on the certain segments of population was translated in demonstrations throughout the region and in constant movements by social networks, which benefited a greater degree of political awareness among common citizens.

The aftermath of the Arab Spring in the medium and long term are too beginning to make their mark in the region. The events of 2011 entail a definitive gap in the local status quo. The decay of the status quo in which relations had developed for so long was damaged. The reconfiguration of the geopolitical map will involve a much longer journey. It is very difficult to predict what the main issues on the agenda of all these countries will be. Recovering pre-revolts stability or security levels is a very complicated task, which might take several decades to achieve. Nonetheless, the rearrangement of the roles of the different actors will surely lead to it a certain hierarchy and order that will improve the margin of certainty.

The rupture of the regional order involves a cluster of frictions at several levels. The most striking one is the struggle produced by the hegemony of the Middle East, which has as main characters Saudi Arabia and Iran. These two states shown ambitions to get a referential position. In the last sixty years, regional leadership has been a point of contention between different regimes. During the decade of the 1950s and 1960s, Egypt was in the local top, under the charismatic leadership of Nasser. Later, the Saudis managed to rise within the local hierarchy the mid-seventies, as opposed to the decay of the Egyptians. In the 1980s and 1990s, the Islamic Republic of Ayatollahs and Saddam Hussein are the strongest opposition to the Saudi power. Despite this, at the beginning of the new century the local context was very benign to the interests of the Saud.

The Arab Spring intensify the disputed hegemony between the Saudi power and the Iranian state again. At a lower level, a competition is taking place between different states to gain more weight and autonomy. Nowadays, the monarchy of Saudi Arabia head by king Salman and the Government of Rouhani are trying to weave regional alliances, which allow them to establish zones of influence and counteract the strength of their main opponents. But there are states that are not willing to fall so easily into the domain of one of these two blocks. Qatar, United Arab Emirates, Oman or Jordan, despite being closer to one or another leader, try to gain space for their foreign policy and protect their interests for themselves. The Middle East is witnessing a multipolarization of power, which affects the security of the entire area.

The state of Saudi Arabia has a fundamental weight in the Middle East. Its importance exceeds the limits of politics to reach the sphere of religion and ethnicity. Before the Arab Spring, the Saudi kingdom exercised the role of leader among Arab and Muslim countries. These revolts and the subsequent crises have been the greatest challenge to their hegemony since years. In addition, there is a great particularity in these circumstances. In the past, the Saudis had to face specific threats or dangers, in most cases referring to the aspirations of other states. Now the Saud family is having its power questioned from different and simultaneous fronts. It is not just another regime that is having the Saudi preponderance questioned. There are also internal and external elements that are challenged the power of the Saudi monarchy.

The foreign policy of Saudi Arabia and its regional strategy are determining components for the future of the region. To understand the reasons that have led to this area to this exact moment and which the possible scenarios in the future might be, it is essential to analyze the behavior of the Saudi state and the factors that have motivated Riyadh to make certain decisions after the revolts and turmoil. Although the rupture of the status quo is a direct attack on the Saudi leadership, the truth is that this country still occupies a central space. One cannot ignore the strength of the Saudi state when it comes to addressing solutions to the main problems of the Middle East. The Saudi kings have already shown their strong commitment to preserve their interests, maintain internal order and protect the security of those they consider their allies.

The central subject of this thesis is the foreign policy of Saudi Arabia in the region after the Arab Spring between 2011 and 2016. It is specifically studied the regional strategy of the Saudis during and after the revolts, which caused an unprecedented pressure on their leadership and ability to exercise their power with hegemonic authority. This five-years-time period provides enough perspective to figure out the behavior of the Saudi state and assess possible changes that may take place. The origin of the popular uprisings comes from in December 2010 in Tunisia, but extended their reach throughout the Maghreb and the Middle East in the first months of the following year. By the end of 2016, the local context has undergone enormous changes, which enable us to talk about of a political and social panorama that is unequal to the previous one.

Lately, several events have occurred at national and regional level that must be taken into account. In January 2015, the death of King Abdullah and the coronation of his brother Salman took place. The new king and his son Mohammed bin Salman have begun a new stage in the Saudi foreign policy, which have had its first great initiative in the intervention in Yemeni Civil War. But there are internal aspects that are conditioning the decisions made by the Government and should not be ignored. The social composition of Saudi Arabia is much more fragile than it might be thought at first. These circumstances cause that the leaders must attend to the movements that occur among the Saudi people and not only focus on the external environment.

At regional level, two essential issues must be beheld. On the one hand, the future of the Arab spring in the different places where it had a greater impact. On the other hand, the response of the central actors to the difficulties that are befalling. Now, the primary theme is the war in Syria that has engaged most of the interest of all states. However, what is happening in other points cannot be ignored such as the struggle in Yemen or the expansion the Daesh in near places. In the same way, the political situation in Egypt, Lebanon or Iraq has not improved. Besides, several issues should be considered, for instance, the strategy proposed by the new president of the U.S., the development of the nuclear pact with Iran, the discrepancies within the Gulf Cooperation Council, or the increasing participation of the Arab states in internal affairs of their neighbors.

This thesis focuses on studying the basic objectives of Saudi Arabia's policy in the Middle East. The regional strategy that is being developed by the Saudi government to deal with the aftermath of the Arab Spring is determined by a series of values, ideas and beliefs. Furthermore, these principles condition the House of Saud's perceptions has on the changes that are happening in the surroundings. The actions carried out by the Saudi State in recent years in the area are influenced by these elements and by both internal and external factors. The decision-making within the monarchy of the Saud is linked to the vision that the Royal Family themselves have of the region and the role they believe they should play in it. Now, the regime is obliged to adapt its plan of action in order to maintain its hegemonic position.

Analyzing the main threats and perceived risks by the Arab monarchy helps to have a better understanding at certain patterns of Saudi Arabia conduct in recent years. The events that began in 2011 represent, in general terms, a great menace to the Saudi princes. Any focus of conflict is seen as a potential danger to their hegemony. The Saudi state needs a predictable and safe regional context, which allows it to manage present and future challenges more easily. Before the Arab Spring happened, the Government of the kingdom had very well located the strongest fronts against its power. This fact allowed predicting different scenarios and take action about them. Nowadays, it is much more complicated due to the number of threats has grown because the certainty provided by the previous status quo has disappeared.

Saudi Arabia is a central actor in regional dynamics. That is why it is essential to study what is being its response to the conjunctures that have arisen in the area in these years. The kingdom has been forced to act in a context of continuous full transformation, which in many ways no longer responds to the margins on which it has been running for so long, when Riyadh had an indisputable hegemony. For the period between 2011 and 2015, there has been a process of learning and evolution of Saudi regional policy to adapt to new vicissitudes, introducing a different perspective of how to relate their capabilities to the changing medium. The objectives will remain the same, basically, those ones what seek to preserver hegemony and areas of influence, but keeping these objectives meant a necessary change of their strategy.

The structure of the thesis has been arranged in six chapters accompanied by the introduction and conclusions. Chapter I treats on methodological issues and theoretical framework. Concreted and limited research processes are established, according to the scientific method. The object is explained through three theory prism: social constructivism, the theory of hegemony explain by Gramsci and international relations from perspective of Islamic tradition. Constructivism allows to observe world politics, as a subjective and social process that is constantly evolving. The work of the Italian author Antonio Gramsci helps to reflect on the characteristics of political power and the essence of hegemony. The vision of international relations according to Islam provides a different viewpoint to the dominant one within the European academy.

Chapter II deals with the objectives of Saudi Arabia's foreign strategy. A series of basic national interests are presented, which are the foundation of their national and international policy. From these principles emerge a series of specific objectives for the region. In this section, it is added a review of the history of Saudi foreign policy since the formation of the modern state until the current moment, analyzing how it was built its role of leader. Finally, we review the institutional framework through which the decision-making within government is channeled. Chapters III and IV deal with the internal conditions and problems, as well as capacities of the country to implement its programs for the region and safeguard its leadership in the face of all those threats.

There are two elements among the internal conditions closely linked to power, such as Wahhabism and the Saud family, that are the central core that articulates the foundations of the state. Apart from them, there are a series of forces that try to modify the national context, some progressive tendencies others more conservative, besides the problematic of the Shia Saudis in the Eastern. Chapter IV considers two essential components for the maintenance and sustainability of the regime: oil and military force. Crude oil has been the main engine of the development of the country, enabling ambitious external plans to be carried out. Otherwise, Saudi Arabia has become one of the countries in the region with one of the best trained security and defence systems, both deterrent and direct action elements.

Chapter V relates the changes produced after the Arab Spring to the menaces and dangers perceived by the Saudis, following their picture of objectives and interests and the means and resources at their disposal to achieve it. Chapter VI discusses the main issues on the regional agenda of Saud family: the relationship with the Gulf Cooperation Council partners, the war in Yemen, the conflict in Syria, the hegemonic dispute with Iran and, moreover, the alliance with the United States. In the final part, the conclusions include the synthesis of the whole thesis, reviewing whether the initial hypotheses are true and whether the research questions have been answered appropriately. Moreover, taking the lead the way to continue a similar line of work, encouraging discussion of new aspects and complement existing academic debate.

Capítulo I

Aspectos metodológicos y marco teórico

La política regional de Arabia Saudí tras la primavera árabe es un tema de gran interés para cualquier investigador de la sociedad internacional. El análisis de esta cuestión ayuda a comprender mejor las circunstancias actuales de Oriente Medio y dilucidar los posibles escenarios futuros en la región. Para estudiar dicha realidad se tienen que establecer unos procedimientos metodológicos definidos, que permitan desarrollar la labor científica con rigor y concreción. Para ello es necesario precisar el objeto de estudio, a partir del cual, gracias al método científico y las técnicas de investigación, se consiguen desarrollar una serie de objetivos, preguntas iniciales e hipótesis, que estarán condicionadas por un marco de elementos teóricos.

Las revueltas sucedidas en 2011 marcan un punto de inflexión en las relaciones regionales de la zona. Los objetivos de esta tesis van orientados a intentar comprender de qué forma el Estado saudita se está adaptando a un entorno diferente, para conseguir preservar su protagonismo en el entorno. Para ello, se analizan las prioridades de la política exterior de Arabia Saudí en Oriente Medio, la actuación que está llevando a cabo el Estado saudita para hacer frente a los cambios ocurridos en toda la región y examinar la situación actual del reino saudita en un contexto local diferente al de épocas pasadas. Cada uno de estos objetivos va acompañado por una pregunta de investigación, que a su vez es respondida por una hipótesis inicial.

El método científico estipula un conjunto de pasos analíticos que conducen de la observación de un problema determinado, pasando por su análisis hasta la elaboración de una secuencia de conclusiones relevantes. El método de investigación analítico-sintético obliga al investigador no solo a tener que describir y discernir los diferentes elementos que conforman el objeto de estudio, sino también a explicar sus interrelaciones y evolución. Para ello, una de las técnicas de investigación más recurrentes en las Relaciones Internacionales es la recopilación sistemática de información. En este caso, supone trabajar directamente sobre la extensa bibliografía que está escrita sobre las relaciones regionales en Oriente Medio y el rol de Arabia Saudí.

El marco teórico la tesis se apoya en la complementariedad de tres grandes puntos analíticos, idóneos para examinar el complejo objeto de estudio de la investigación. El primero de ellos se fundamenta en las contribuciones del constructivismo social, cuya corriente trata con detenimiento los factores materiales e intersubjetivos que conforman las relaciones internacionales. El segundo de los pilares teóricos es el estudio del poder y la hegemonía desde la visión de Antonio Gramsci, que ayuda a profundizar en el análisis del rol de Arabia Saudí en la región y sus relaciones con otros actores. Por último, se complementa el enfoque con una aproximación a las concepciones políticas que se derivan de la interpretación islámica.

Los principales elementos sobre los que se asienta toda la orientación constructivista enfatizan las dimensiones ideacionales, percepciones, estructuras normativas y procesos intersubjetivos en la creación de realidades políticas. En este sentido, los constructos sociales y políticos no son principios objetivos e inmutables, sino que posee un entramado de ideas y normas que se encuentran en permanente construcción, alteración y discusión. La posición de Arabia Saudí en Oriente Medio no puede llegar a ser reflejada en su totalidad, si no se atiende a las prácticas de los actores involucrados, sus intereses y limitaciones en un contexto de cambio.

Las identidades, intereses y comportamientos de los Estados son un punto central para los autores del constructivismo. El trabajo sobre estos aspectos sirve para contextualizar y reflexionar sobre la conducta emprendida por el Estado saudita en Oriente Medio tras la primavera árabe. El vínculo entre la potencia árabe y el resto de Estados vecinos se establece desde un nivel de liderazgo y preponderancia. La definición de hegemonía tiene una importancia vital en el caso de Arabia Saudí. Los razonamientos del constructivismo social son complementados con los aportes del pensador italiano Antonio Gramsci, quien trabajó en profundidad la naturaleza de la hegemonía, el poder político, el Estado y las relaciones de poder en la sociedad.

El estudio de Gramsci sobre el poder y la hegemonía ha tenido un seguimiento amplio entre pensadores marxistas, pero también dentro de algunas corrientes de las Relaciones Internacionalistas. Su mayor repercusión se encuentra en las publicaciones constructivistas y estudios alternativos de la teoría crítica. Como se evidencian en el caso del país árabe, se requieren definiciones mucho más amplias sobre términos como el liderazgo, que las postuladas por la teoría neorrealista y neoliberal, que aún abogan por explicaciones muy rígidas y limitadas.

Por último, esta tesis se acerca a las concepciones políticas, sociales e internacionales que se derivan de la propia interpretación de la tradición musulmana. El islam y, en concreto la corriente wahabita, son elementos relevantes en la toma de decisiones y acciones políticas de los sauditas. La religión no es un factor que pueda ser prescindible en el estudio de la política saudita, ya que está en el origen y desarrollo de este Estado. Todo ello, provoca que desde Riad se tenga una visión muy singular de las relaciones internacionales y del papel del reino en la región.

Desde hace décadas, existe una prolifera línea de investigación desarrollada por autores de diferentes escuelas, que reflexionan sobre las definiciones politológicas que desde el islam se extraen de concepciones tan complejas como guerra, paz, gobierno o política exterior. El comportamiento que el actor saudita tiene en la región debe ser asimilado desde una óptica que supere las perspectivas dominantes en la academia europea. La propia historia del país, su composición social o el marco decisorio en el que se mueven sus dirigentes, viene condicionado por una red de valores, ideales y debates intelectuales que surgen desde la esfera musulmana, a partir del intrincado debate entre la relación de la política y la religión.

1.1. Hipótesis y preguntas de investigación

La primavera árabe es un acontecimiento transcendental para las dinámicas regionales de Oriente Medio. Marca el inicio de una nueva etapa en las relaciones locales. Como resultado de la inseguridad y convulsión provocadas por las revueltas y las crisis posteriores son diversos los aspectos políticos y sociales que se ven afectados. Los hechos que están sucediendo tras el año 2011 están llenos de incertidumbre e imprecisión, que complican el trabajo del investigador a la hora de abordar el análisis de un tema tan complejo. En muchas de estas cuestiones abiertas tiene un papel significativo el Estado saudita, que ocupa un rol central en el escenario político del entorno y cuyas acciones tienen un alcance amplio en las vicisitudes actuales.

El objeto de estudio de la tesis se centra en la política exterior de Arabia Saudí en Oriente Medio tras la primavera árabe y en los objetivos y estrategias regionales entre 2011 y 2016, por varios motivos: 1) la complejidad del tema requiere de una mayor acotación del punto de análisis, para elaborar una investigación más precisa y exhaustiva sobre la unidad de trabajo; 2) las revueltas árabes suponen un punto de inflexión y cambios profundos en Oriente Medio, que incentivan la atención de los académicos para alcanzar explicaciones rigurosas de lo que está pasando y 3) Arabia Saudí tiene un papel protagonista en la mayoría de dinámicas regionales, que le convierte en uno de los actores centrales del tablero político de la zona.

1) La evolución de la primavera árabe es muy dispar a lo largo de Oriente Medio y el Magreb. Sus efectos y las contestaciones de los actores ante este fenómeno dan lugar a una gran variedad de frentes y escenarios posibles. Abarcar toda la sucesión de hechos durante estos años es poco productivo en una tesis de estas características, ya que no ofrecería un examen detallado y completo. Por eso, es imprescindible limitar el objeto de estudio a una cuestión concreta, cuyo análisis pueda dar una aportación valiosa para el debate académico.

2) Las revueltas árabes tienen una repercusión esencial en la historia reciente de la región. Tanto las causas que llevaron a estos levantamientos, las crisis y conflictos posteriores como las respuestas de los diferentes actores ante los nuevos retos, generan un amplio conjunto de temas que pueden ser examinados. El estudio de componentes importantes de esta realidad ayudan a comprender mejor la situación actual e intuir cuáles pueden ser las tendencias a medio plazo.

3) Desde hace décadas en la política de Oriente Medio, Arabia Saudí representa el papel de hegemonía entre los países árabes. Su peso es muy relevante en las dinámicas locales. Aunque la primavera árabe supone una fase de profunda transformación, el Estado saudita aún tiene una significación incuestionable en el status de esta área. Estudiar la figura del reino saudita, sus decisiones y acciones ante los cambios que se producen en el entorno, facilita discernir mejor los puntos claves de las relaciones regionales. Muchas de las posibles soluciones a las crisis y conflictos que sacuden la zona están condicionadas por las respuestas que se den desde Riad.

El objeto de estudio centrado en la política exterior de Arabia Saudí en Oriente Medio tras la primavera árabe, sus objetivos y estrategias regionales, da lugar al desarrollo de unos objetivos del proyecto de investigación concretos:

- A) Analizar los principios e intereses básicos de la política exterior del reino saudita en Oriente Medio.
- B) Explicar las percepciones del Gobierno saudita sobre la primavera árabe y los acontecimientos posteriores, tanto las impresiones de amenazas y peligros como las que le llevan a contemplar posibles oportunidades en el escenario regional.
- C) Examinar las transformaciones que se están produciendo en la zona y los efectos que tienen tanto en el statu quo como en las estrategias de los principales actores involucrados.

A) La política exterior de Arabia Saudí está formulada desde unos principios e intereses elementales, que son intrínsecos a la propia naturaleza del Estado saudita. Este conjunto programático determina el comportamiento del Gobierno en el entorno regional. Los fines que persiguen los sauditas en Oriente Medio vienen dados por aquellos intereses nacionales, que marcan el funcionamiento del régimen saudita tanto dentro de su territorio como en las relaciones internacionales. Estos objetivos llevan presentes en la política del reino prácticamente desde su fundación, provocando que la visión que tienen del mundo, el entorno local y el papel que ellos deben realizar en estos espacios, esté influenciada y restringida por los mismos.

B) La primavera árabe y los conflictos derivados de las revueltas no son percibidos de la misma manera por todos los actores de la región. Para algunos de ellos, estas crisis suponen una oportunidad única para mejorar su posición en el escenario local y ampliar sus márgenes de influencia. Para otros agentes, el crecimiento de la inestabilidad e inseguridad es observado con preocupación, considerándolo un horizonte mucho más peligroso que en épocas pasadas. Para el Gobierno de Arabia Saudí los problemas de estos últimos años suponen, en términos generales, una seria amenaza para su posición de liderazgo, ya que rompen con el orden regional que era congruente con sus intereses. No obstante, los príncipes sauditas también ven en algunas crisis del entorno una oportunidad para fortalecer su poder.

C) Los levantamientos populares y las crisis políticas y guerras sucesivas a partir de 2011 generaron un mapa regional mucho más convulso e incierto. Estas circunstancias afectan directamente al statu quo imperante hasta entonces, a las alianzas establecidas y al tipo de relaciones entre los actores. Uno de los elementos que más se está viendo afectado es el papel hegemónico de Arabia Saudí, que tiene que hacer frente a un horizonte local mucho más adverso. Aproximarse y profundizar en las transformaciones que están teniendo lugar desde aquella fecha, sirve para aprehender mejor las razones por las que el Estado saudita decide actuar de una manera determinada y las acciones que llevan a cabo el resto de agentes.

El primero de los objetivos de la tesis, el análisis de los principios e intereses básicos de la política exterior del reino saudita en Oriente Medio, lleva a plantear la siguiente pregunta de investigación:

- ¿Cuáles son las prioridades de la política regional de Arabia Saudí tras la primavera árabe en Oriente Medio?

El Estado saudita posee un programa básico de intereses nacionales, que constituyen la razón de ser del régimen. Estos puntos marcan tanto la política interna del Gobierno como sus relaciones internacionales. Los principales esfuerzos de la acción exterior de los príncipes sauditas se focalizan en el Golfo y Oriente Medio. El entorno regional es, tras la estabilidad y seguridad del reino, la máxima preocupación de los gobernantes de esta nación árabe. Las prioridades de la política regional de Arabia Saudí tras la primavera árabe vienen dados por esos principios, que son inmutables a lo largo del tiempo. La monarquía puede decidir cambiar la manera de actuar en la zona, pero nunca renunciará a estos fundamentos que configuran su poder.

Para dar respuesta a esta pregunta de investigación, se plantea la siguiente hipótesis:

- Las prioridades de la política regional de Arabia Saudí tras la primavera árabe son preservar su posición de liderazgo en Oriente Medio, recuperar márgenes de seguridad y certidumbre en la zona y contrarrestar el empuje de las fuerzas contestatarias.

El liderazgo regional representa para el Estado saudita un principio irrenunciable de su política exterior. La monarquía de los Saud asocia la supervivencia del propio régimen y la integridad y estabilidad de su país a la preservación de una posición hegemónica en las dinámicas locales. La primavera árabe supone para el régimen saudita una amenaza directa a su poder en la zona. Surgen nuevos frentes que atacan directamente a la autoridad que ejerce el Gobierno de esta nación sobre el resto de países vecinos. La familia real saudita no solamente aspira a conservar el control de su territorio, sino que también quiere ser el pivote central de la política y la religión dentro de la esfera musulmana. Además, bajo esta condición los príncipes sauditas intentan erigirse como los únicos interlocutores válidos ante potencias extranjeras.

La primavera árabe y los conflictos posteriores suponen la brecha definitiva en el statu quo de Oriente Medio. Este orden regional era enormemente congruente con los intereses y objetivos del Gobierno saudita. En este sentido, la monarquía de los Saud necesita recuperar un margen regional que le sea propicio y que no suponga un ataque directo a su liderazgo. Para ello, las prioridades del Estado saudita tras las revueltas de 2011 están yendo encaminadas a restablecer contornos de seguridad y certidumbre, que faciliten la aplicación de su política regional y ayuden a poder predecir posibles escenarios. Para la consecución de este cometido, los príncipes sauditas tienen que hacer frente, tanto en el interior del país como en las proximidades, a fuerzas contestatarias de distinta índole, que reivindican una revisión completa del statu quo, poniendo seriamente en cuestión el papel referencial de la Casa de Saud.

El segundo de los objetivos de la tesis relacionado con las percepciones del Gobierno saudita sobre la primavera árabe y los acontecimientos posteriores, tanto las impresiones de amenazas y riesgos como las de posibles oportunidades en el escenario regional, da lugar a plantear la siguiente pregunta de investigación:

- ¿Qué respuesta ofrece Arabia Saudí ante los cambios producidos en Oriente Medio?

La acción saudita tras la primavera árabe viene condicionada por dos factores. Por un lado, el reconocimiento de cambios producidos en la región, supone asumir que las circunstancias no son las mismas que en el pasado. Por otro lado, toda la política exterior de Arabia Saudí está determinada por los principios, intereses y prioridades del régimen. La clave principal de esta etapa de las relaciones sauditas con el entorno es su capacidad de adaptación a los cambios. El Estado saudita representó el rol hegemónico durante décadas, sobre un orden en el que los príncipes sauditas tenían una gran capacidad de influencia. Todo esto cambió a partir del 2011, provocando que la mayoría de los agentes involucrado estuvieran obligados a reformular sus estrategias. El reino saudita también tiene que modificar algunas de sus actuaciones.

Para dar respuesta a esta pregunta de investigación, se plantea la siguiente hipótesis:

- La respuesta de Arabia Saudí ante los cambios producidos en Oriente Medio es irregular e imprecisa, con importantes variaciones en la forma de gestionar las crisis regionales por parte del rey Salmán con respecto a su hermano el rey Abdalá.

Al analizar las acciones emprendidas por Arabia Saudí a lo largo de las crisis originadas tras la primavera árabe, se observan una serie de fases o etapas muy diferenciadas, en las que la conducta del Estado árabe fue distinta. Estas divergencias en la manera de proceder se hacen notorias durante los primeros años del reinado de Salmán. El actual monarca presenta una política regional que revisa y altera las premisas de la gestión realizada por su antecesor en el cargo el rey Abdalá. Desde una perspectiva general, entre 2011 y 2016 se contempla como el reino saudita tuvo una respuesta irregular, ambivalente e imprecisa, que favoreció que su posición hegemónica fuera debilitándose y dando mayor espacio a las corrientes contestatarias y críticas.

Desde la llegada al trono del rey Salmán, Arabia Saudí comienza a desarrollar una estrategia totalmente distinta a la postulada por el rey Abdalá. La primavera árabe estalla cuando la familia Saud tenía un status muy favorable tanto dentro del país como a escala regional. Sin embargo, los príncipes sauditas no supieron en un principio como hacer frente a las vicisitudes nuevas que surgían en la zona. El entonces monarca, Abdalá, no fue partidario de emprender una acción activa en el convulso panorama local, para evitar caer en una situación más problemática. Esta actitud es enmendada por el actual dirigente y su hijo, Mohammed bin Salman, quienes están impulsando la reactivación del papel de Arabia Saudí en las principales cuestiones de la región, para mejorar la capacidad de respuesta del Estado y mantener su liderazgo.

El tercero de los objetivos de la tesis, examinar las principales transformaciones que se están produciendo en la zona y los efectos que tienen tanto en el statu quo como en las estrategias de los principales actores involucrados, lleva a plantear la siguiente pregunta de investigación:

- ¿Cuál es la posición de Arabia Saudí en la región cinco años después de que tuviera lugar la primavera árabe?

Unos de los efectos más importantes de las revueltas del año 2011 es la ruptura del statu quo regional. Este hecho tiene un impacto directo sobre las relaciones entre los distintos actores y las dinámicas en Oriente Medio. Con todo ello, se inicia una nueva etapa en la que convergen dos tipos de fuerzas: quienes propugnan un nuevo orden totalmente diferente al anterior y quienes defiende la urgencia de mantener algunos de los pilares del antiguo régimen. A esta tesitura se enfrentan todos los agentes estatales con intereses en esta área. Arabia Saudí se posiciona en la corriente que buscar preservar ciertas características del modelo pasado, sobre todo, para reducir las amenazas que pueden ir dirigidas contra su liderazgo.

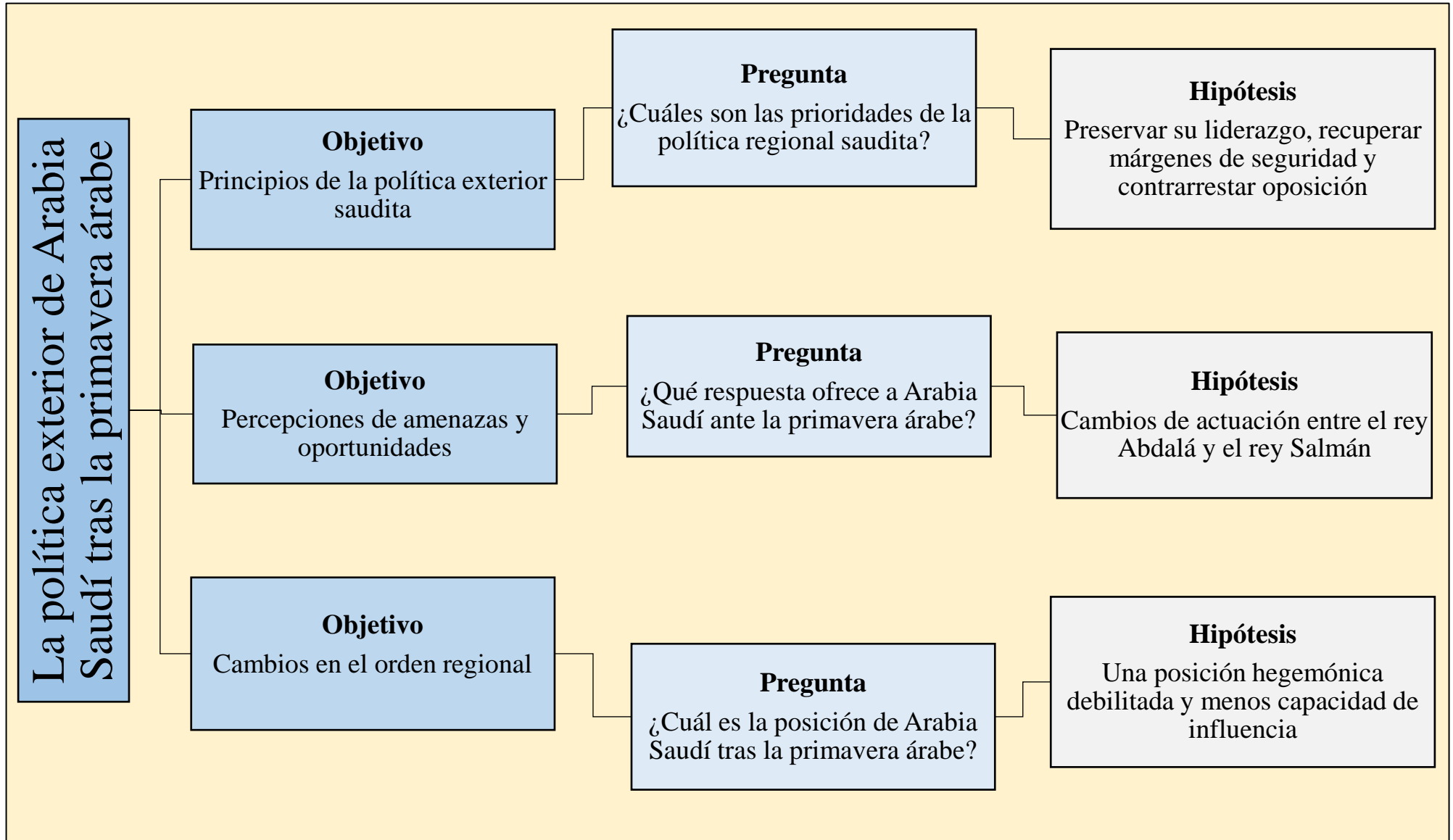
Para dar respuesta a esta pregunta de investigación, se plantea la siguiente hipótesis:

- La posición de Arabia Saudí cinco años después de que tuviera lugar la primavera árabe sigue siendo hegemónica pero debilitada, debido a que tiene mayores problemas para imponer sus intereses en la agenda regional e influir sobre la conducta de otros actores.

Las revueltas árabes y crisis posteriores sirven de incentivo para un conjunto de Estados y agentes no estatales, que buscan redefinir la jerarquía regional y reducir el poder de los sauditas. En este grupo destaca Irán, pero también otros Gobiernos como los de Catar y Turquía, que quieren establecer un nuevo marco operacional en la región, que no sea tan favorable para los intereses del Estado saudita. También existen otros países como Kuwait, Jordania o Irak, que sin presentar un enfrentamiento directo contra las posiciones de Arabia Saudí, quieren aprovechar las circunstancias actuales para ampliar su autonomía a la hora de actuar en el escenario local. Estas cuestiones afectan directamente al liderazgo que ha estado ejerciendo el régimen saudita.

La posición de Arabia Saudí sigue siendo hegemónica porque todavía no hay un polo capaz de hacerle frente con rotundidad y desplazarle de su posición de poder. Sin embargo, la imprecisión de su respuesta ante los cambios producidos en Oriente Medio, las maniobras realizadas por otros actores al margen de las prioridades sauditas, junto a la evolución propia de las diferentes crisis abiertas, están provocando que el liderazgo saudita se encuentre más debilitado que hace cinco años. El Estado saudita tiene graves problemas para construir alianzas con el resto de países vecinos, al mismo tiempo, que pierde protagonismo en algunas de las coyunturas más relevantes. El rey Salmán está intentando reconducir esta situación, pero la oposición a que Arabia Saudí vuelva a tener un poder incuestionable es demasiado fuerte para que a medio plazo se reproduzca un contexto tan favorable como el anterior a la primavera árabe.

Gráfico 1: Hipótesis y preguntas de investigación



Fuente: Elaboración propia

1.2. Método científico y técnicas de investigación

La elaboración de un proyecto doctoral en el campo de las Relaciones Internacionales demanda cumplir con una serie de deberes metodológicos que, sobre todo, categoricen el trabajo realizado dentro de la labor científica. El método científico es un ineludible quehacer del investigador, que distingue el cometido académico de otras actividades menos precisas de análisis. Supone desarrollar una serie de procedimientos operativos rigurosos (Del Arenal, 2007, pp. 453-457), que facilitan la comprensión del proceso de investigación para sacarlo a la luz del debate académico. En las Relaciones Internacionales, la ciencia trabaja sobre la naturaleza de la sociedad internacional, dando lugar a diferentes preferencias teóricas para su explicación. El método es la vía por la que se canaliza la teoría utilizada para el análisis del objeto de estudio.

Si bien es cierto que el contenido de estas fases varía según la disciplina en la que se aplica y el propio objeto de estudio que se contempla (Calduch, 1998, pp. 9-10), sobre el método científico existe un consenso generalizado relativo a los pasos o etapas que debe tener siempre: 1) un punto de partida marcado por el descubrimiento u observación de un problema a investigar; 2) continúa con la concreción del asunto u objeto; 3) la selección del método de investigación y las técnicas de recopilación de información relativa a la realidad sujeta; 4) el estudio, discusión e interpretación de toda esa información recabada y 5) finalmente, el establecimiento de explicaciones y elaboración de conclusiones como resultado de todo el trabajo realizado.

En cada uno de estos niveles o pasos se conjugan los elementos que forman la tesis, ligados desde el principio hasta el final. De la observación y concreción del problema o parcela de la realidad que se quiere estudiar, se extraen las hipótesis y preguntas de investigación anteriormente citadas, que serán las que irán guiando todo el estudio. Para refutar y darles respuestas se utiliza un selectivo método de trabajo, basado en delimitadas técnicas de investigación, que propician la recogida de información sistemática y su posterior clasificación. La interpretación de la información obtenida junto a su explicación se plantea desde unos concretos apoyos teóricos, que sitúan el contenido y su verificación en un espacio definido de las discusiones académicas.

La política regional de Arabia Saudí en Oriente Medio tras la primavera árabe (2011-2016) parte del interés personal hacia un fenómeno político internacional que recoge un sentido único y contingente: las revueltas, conflictos y crisis que emergieron en Oriente Medio. Desde el punto de vista del estudio de las relaciones internacionales, con una preocupación preferente por los asuntos geopolíticos ligados a estas áreas, este tema tiene un especial atractivo para profundizar en las relaciones que se establecen entre los miembros de la sociedad internacional (Mesa, 1977, pp. 28-30), en esta región específica. Las primeras acciones investigadoras fueron dedicadas a la formación sobre lo que había ocurrido y aún estaba sucediendo en esos países, intentando extraer unas primeras visiones y perspectivas de un momento excepcional.

La bibliografía disponible sobre el tema es muy extensa, teniendo en cuenta además que la primavera árabe tuvo evoluciones muy variadas en las naciones afectadas. Estos acontecimientos sorprendieron a la mayoría de responsables políticos y especialistas en la materia, exigiendo una reformulación de muchas de las premisas sobre las que se habían asentado los análisis hasta entonces. En este sentido, la intención de investigar sobre este fenómeno político tiene dos condicionantes considerables, que determinan la necesidad de canalizar y delimitar mucho más el tema de estudio. Primeramente, la propia primavera árabe y las vicisitudes posteriores son de una complejidad desbordante, que origina una gran variedad de circunstancias, que imposibilitaban aprehenderlos convenientemente a través de un proyecto doctoral.

En segundo lugar, ante una coyuntura tan excepcional en Oriente Medio, son muchos los autores que se están dedicados a estudiar todos los hechos que están surgiendo en los últimos años, lo que dificulta que se pueda encontrar el espacio suficiente dentro del debate académico donde realizar un aporte original. Estos precedentes originan que se tenga que trasladar el foco hacia una dimensión micro-internacional (Calduch, 1991, pp. 15-16), centrada en un actor o en un episodio acotado. El objeto de estudio requiere ser puntualizado tanto en el espacio, como en el tiempo y en la acción, para aprehender de forma conveniente la realidad social y extraer de la misma unos resultados concluyentes y relevantes para la disciplina de las Relaciones Internacionales.

El objeto se concreta en la política regional de Arabia Saudí en el período comprendido entre 2011-2016. Hay una acción y un único agente a analizar, la conducta del Estado saudí, dentro de un ámbito espacial limitado, que en este caso es la región de Oriente Medio y un encuadre temporal también acotado de cinco años. Las primeras aproximaciones con la información disponible alentaron a que podría ser un tema destacable que examinar desde una perspectiva científica. Asimismo, la especificidad del objeto conllevaba también la constitución de unos primeros objetivos, tanto generales como más específicos, que fueran los fines que debieran dirigir la investigación (Rivera-Camino, 2014, pp. 80-82). El objetivo general derivaba de la elección inicial: analizar la política regional del Estado de Arabia Saudí entre 2011-2016.

De dicho propósito se proyectan unos propósitos más concretos. A partir de los mismos, se plantean una serie de hipótesis iniciales y preguntas de investigación, que surgen tras las primeras búsquedas sobre el tema. Estas suposiciones son la referencia para profundizar en el objeto de estudio y trabajar sobre los factores señalados, con la finalidad de ofrecer al debate académico unas aportaciones enriquecedoras. La tarea a lo largo de esta tesis es la de argumentar y verificar la validez de las mismas (Bunge, 2013, pp. 49-52), poniéndolas a prueba con la información disponible sobre el Estado saudita y su política exterior. Su misión fundamental es doble, por un lado, actuando como referentes a lo largo de la realización de la tesis, convertidos en puntos centrales de la misma; por otra parte, estas hipótesis ayudan a desarrollar una explicación preliminar sobre el problema, que permite al investigador contextualizar mejor la materia.

La primera etapa de la tesis está marcada por la observación de una realidad: la primavera árabe y los sucesivos conflictos que emergieron; la limitación del asunto en la política regional de Arabia Saudí y el diseño de un entramado de hipótesis y preguntas de investigación (Cuéllar, 2009, pp. 70-72). La segunda parte del trabajo consiste en seleccionar el método de investigación y las técnicas más apropiadas. Este paso es igual de primordial porque estas dos cuestiones serán las responsables de dar forma a la investigación. Asimismo, proporcionan las herramientas necesarias para recoger la información sobre el tema, diseminar y calificar las referencias, para posteriormente, en la siguiente fase, adentrarse en la explicación de todas estas variables.

El método en el que se apoya esta tesis tiene un carácter analítico-sintético, considerando que este es el mejor sistema por el cual proseguir la investigación. Más allá de distinguir entre un estudio analítico, descriptivo o sintético, estas características pueden ser complementarias y utilizarse conjuntamente durante todo el trabajo (Garza, 1996, pp. 5-7). En este sentido, la formulación de un objeto de estudio tan concreto requiere dos acciones: 1) describir y analizar las principales propiedades, condicionantes, componentes y factores que convergen en la política regional de Arabia Saudí, dando a conocer la dimensión del tema y la naturaleza de cada una de las unidades que conforman el objeto y 2) explicar cada uno de esos elementos, que conlleva también valorar las relaciones e intersecciones que existen entre los mismos.

La técnica de investigación elegida fue la recopilación de información a través del estudio sistemático de bibliografía. Este recurso es utilizado con asiduidad en la disciplina de las Relaciones Internacionales. La tarea fue dividida en dos ámbitos de actuación. En una primera fase, la recopilación de información en torno al objeto que se desea estudiar, conociendo el estado de la cuestión desde las aportaciones de otros autores (Miras y Solé, 2007, pp. 86-87) En un segundo punto, la clasificación de dichas reseñas por fuentes, contenido o propósitos del investigador. Referido al caso de esta tesis, primeramente, se reunió toda la literatura y datos ya existentes sobre la primavera árabe en Oriente Medio, la situación interna saudita y las estrategias regionales del Gobierno saudí. Después de ello, se llevó a cabo una ordenación sistemática de todas estas reseñas, teniendo en cuenta su autoría y relación directa con los objetivos del proyecto.

Una razón añadida para escoger este tipo de técnica de investigación fue la imposibilidad de trasladarse al país de estudio y conocer de primera mano las cuestiones referidas. Por este motivo, se descartó realizar una investigación de campo. Asimismo, esta tesis tuvo que hacer frente al asunto del idioma árabe, aunque la falta de esas aportaciones fue suplida con la amplia bibliografía reunida en inglés y castellano, dos de las lenguas en las que más se escribe sobre Oriente Medio. Si bien esta situación supuso una relativa dificultad a la hora de intentar acceder a información de fuentes de primarias (García de la Fuente, 1994, pp. 148-150), se buscó reforzar este aspecto recurriendo a fuentes de índole secundario o indirecto, es decir, todas las reflexiones y trabajos previos de autores que ya estaban investigando en la misma línea de debate.

Tras realizar una primera clasificación básica de la literatura y datos, que tuvo lugar en los primeros acercamientos al problema de investigación. En la segunda parte de esta fase, se aplicaron criterios más estrictos para la obtención y clasificación de toda la bibliografía que podría ser relevante y útil para el tema (Olaz, 2017, pp. 61-63). En un inicio, el trabajo se centró en buscar obras y estudios que hubieran tratado de una forma completa la primavera árabe y su evolución en los diversos puntos afectados. Con posterioridad se fue centrando la búsqueda sobre Arabia Saudí, diseminándola en los aspectos más determinantes de la estructura política y la toma de decisiones dentro del reino. Sobre todo, focalizándose en explicaciones que relacionarán el comportamiento del Estado saudita en el entorno regional.

Dentro de la literatura recabada sobre la primavera árabe y Oriente Medio se decidió clasificarla en dos grandes grupos según la periodicidad. En un subgrupo estarían los estudios que abarcan todo lo ocurrido durante los meses del 2011, prestando atención a las diversas crisis y conflictos que surgieron en esos primeros meses de elevada convulsión. En una segunda categoría quedan aquellas obras que fueron elaboradas partiendo de lo sucedido en aquel momento, pero que continúan analizando los hechos de los siguientes. En este punto, todas esas publicaciones pueden reorganizarse a su vez en temas más específicos como: la guerra en Siria, la situación de Yemen, el conflicto en Libia, la inestabilidad en Irak, la amenaza terrorista, etc.

De la misma manera, dentro de la categoría de información referida a Arabia Saudí se produjo una división temática semejante a la realizada anteriormente, distinguiendo entre tres grandes grupos de trabajos: A) las observaciones referidas al papel saudí dentro de las crisis regionales abiertas por la primavera árabe; B) los análisis sobre las relaciones exteriores del Estado saudita antes y durante estos años con los diferentes actores presentes en la zona; C) toda la relación de documentos que trataban temas de la política y sociedad interna del reino.

Dentro del grupo que analiza el papel de Arabia Saudí en la primavera árabe se diferenció según los temas o localizaciones, como por ejemplo su papel en la intervención en Libia, la guerra de Siria, sus acciones en Yemen, Bahreín, Líbano o Irak. Sobre las relaciones exteriores del Estado saudita se establecieron siete subclasificaciones: 1) las relaciones y desavenencias con su vecino iraní, tema que está siendo foco de gran atención entre muchos expertos; 2) las relaciones con sus socios del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) y Yemen, que son la piedra angular de su política regional y representan el área de máxima prioridad; 3) su alianza histórica con la potencia estadounidense, uno de los elementos más importantes de sus estrategias de seguridad y defensa; 4) las relaciones que mantiene con el resto de países Oriente Medio y el Magreb; 5) sus vínculos con otros actores estatales extranjeros con fuerte presencia en la zona; 6) la presencia y conducta de Arabia Saudí en instituciones internacionales y regionales; 7) las relaciones del Estado saudita con otros agentes no estatales pero con un rol relevante en la zona.

En lo relativo al espacio nacional del reino se decidió ordenar la bibliografía en los siguientes apartados: A) obras de carácter histórico que hacían una exposición de la historia reciente del Estado moderno saudita; B) trabajos que trataban la estructura y el contexto político nacional, con especial inclinación hacia las vicisitudes de la familia real y las principales autoridades del país; C) la cuestión de la religión dentro de la formación del Estado, del poder político y la sociedad saudita, profundizando en las raíces del wahabismo; D) los aspectos económicos, con numerosas reflexiones sobre el peso del petróleo en la riqueza del país; E) la sociedad saudita y los grupos disidentes o de oposición, tanto de índole aperturista como los de carácter rigorista.

La universidad española es un lugar idóneo para realizar investigaciones sobre la situación política del Magreb y Oriente Medio. Sobresalen centros de estudio como el departamento de Relaciones Internacionales e Historia Global de la Universidad Complutense de Madrid, en el que se encuentran el grupo de investigación Relaciones Internacionales Siglo XXI. También cabe mencionar el Departamento de Estudios Árabes e Islámicos y Estudios Orientales de la Universidad Autónoma de Madrid; el Grupo de Estudios en Seguridad Internacional de la Universidad de Granada; el Instituto Universitario Gutiérrez Mellado y la biblioteca de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

Fuera de la universidad, pero no desligada de ella, existen otros centros de estudio destacables: Biblioteca Islámica de la Agencia Española de Cooperación Internacional al Desarrollo, el Real Instituto Elcano, el Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE), el extinto think tank FRIDE, Barcelona Centre for International Affairs (CIDOB), Centro de Educación e Investigación por la Paz (CEIPAZ), el Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria (IECAH), Instituto Europeo del Mediterráneo (IEMed), Casa Árabe, la Sociedad Española de Estudios Árabes o la Asociación de Diplomados en Seguridad y Defensa (ADESyD).

En lengua castellana son numerosos portales especializados y medios en papel, así como revistas académicas, dedicados al análisis exhaustivo de Oriente Medio, o bien, que cuentan con importantes contribuciones a este campo. Cabría citar: Política Exterior, AWRAQ, AFKAR Ideas, Le Monde Diplomatique en español, Revista Académica de Relaciones Internacionales, Revista de Estudios en Seguridad Internacional, Revista Geopolítica(s), la revista Política y Sociedad, Revista Relaciones Internacionales (Ri), Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos, Revista Electrónica de Estudios Internacionales, Cuadernos del Mediterráneo, Revista Papeles de Europa, EsGlobal o El Orden Mundial en el S.XXI.

En los últimos años está crecido exponencialmente el número de medios de comunicación en el mundo árabe, sobre todo en la zona del Golfo, que tienen noticias y reportajes en varios idiomas, como Al Arabiya, Arab News, Arabia Watch, Al Jazeera, Gulf News, Al Monitor, Saudi Gazzete, Middle East Monitor o Middle East Eye. Existen otras tantas revistas académicas a las

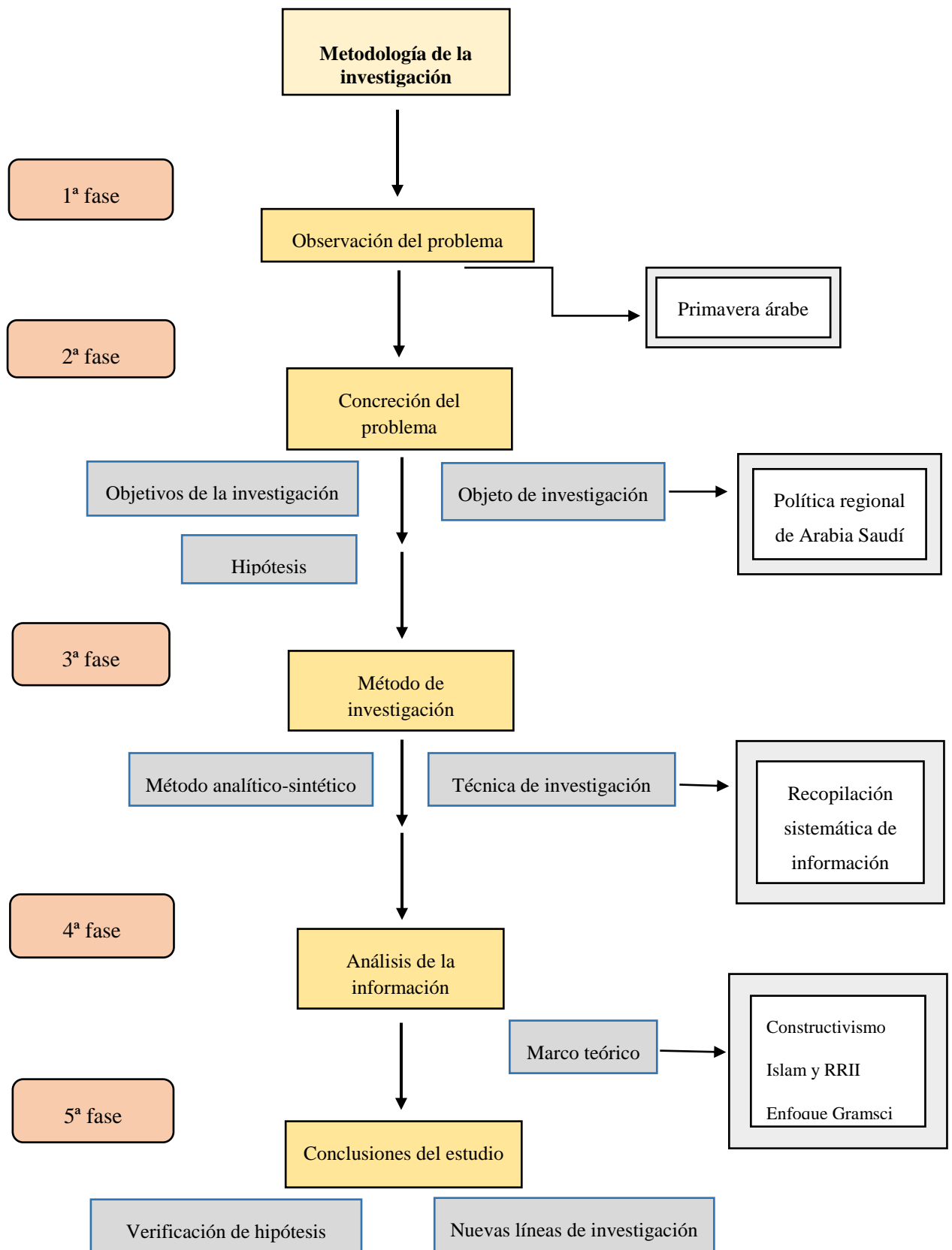
que se puede acceder en su mayoría, gracias a los servicios de la biblioteca de la Universidad Complutense, que publican estudios sobre Oriente Medio como los reputados ejemplares de *The Middle East Journal*, *International Journal of Middle East Studies*, *Middle Eastern Studies*, *Middle East Policy*, *Mediterranean Politics*, *Journal of International Affairs*, *International Journal of Humanities and Social Science* o *World Affairs Journal* entre otros.

Por otra parte, se recogen datos extraídos de instituciones internacionales y regionales, tanto privadas como públicas. Se recurre a los más importantes organismos gubernamentales del reino, la mayor parte de los cuales disponen de versiones en inglés: Ministry of Foreign Affairs Kingdom of Saudi Arabia, Ministry of Saudi Arabian National Guard, Saudi Arabian Monetary Agency (SAMA), Saudi National Portal o General Authority for Statistics of Kingdom Saudi Arabia. También se pueden consultar la base de datos de organismos internacionales como El Banco Mundial y la Organización de Países Exportadores de Petróleo. Además, destacan instituciones estadounidenses como la Agencia Central de Inteligencia, Congressional Research Centre, U.S. Energy Information Administration o el Departamento de Estados del Gobierno estadounidense, que poseen bases estadísticas y estudios con estimaciones de la mayor parte de países del mundo. Como entes privados también hay que destacar las estadísticas de la petrolera BP, y los estudios de centros como International Institute for Strategic Studies, Stockholm International Peace Research Institute, Pew Research Center o International Crisis Group.

En esta misma línea, se pueden llegar a encontrar numerosos think tank y centros de estudios, que se dedican a cuestiones referidas a la política, sociedad y seguridad de esta región, por citar algunos de ellos, que tienen gran prestigio dentro de la disciplina: Brookings Institution, Carnegie Endowment for International Peace, Council on Foreign Relations, Gulf Research Centre, Middle East Institute, Middle East Policy Council, Oxford Gulf & Arabian Peninsula Studies Forum, Rubin Center. Research in International Affairs o STRATPOL, Strategic Policy Institute entre otros. Al igual que ocurre con algunos medios digitales y revistas especializadas, muchas de estas organizaciones son de propiedad privada, pública o semipública, por lo que se tiene que ser conscientes de los puntos de vista y opiniones que pueden llegar a presentarse en los mismos.

La etapa de recogida y clasificación de la información concluye tras leer y organizar toda la documentación extraída de las distintas fuentes. El perfeccionamiento y orientación del trabajo se puede mejorar aún más con la consulta a científicos o autoridades de esta materia (Sierra, 1988, pp. 173-175), acción que se realizó tanto en Madrid, como en la estancia llevada a cabo en Middle East Centre of London School of Economics and Political Science. El siguiente tramo de la investigación consistiría en la interpretación de todo lo recogido, que se efectúa a través de los marcos referenciales teóricos escogidos para el análisis. De la interpretación efectuada gracias a las líneas establecidas por los apoyos teóricos, se podrá pasar al nivel de explicar la cuestión verificando las hipótesis iniciales y aportando conclusiones reveladoras.

Gráfico 2: Metodología de la investigación



Fuente: Elaboración propia a partir de Calduch, 1998; Garza, 1996; Sierra, 1988.

1.3. Estado de la cuestión

Desde la disciplina de las Relaciones Internacionales, Oriente Medio es un enclave geopolítico que ocupa el centro de numerosas investigaciones y profundos debates. Desde la segunda mitad del siglo XX esta región ha protagonizado variados episodios históricos, que han ido marcando su devenir y afectando a la propia evolución de la sociedad internacional. Las distintas corrientes multidisciplinares que nutren el estudio internacionalista se aproximan con mayor o menor acierto a los problemas que surgen en esta zona. Son innumerables los autores que desde una base histórica, sociológica, cultural, económica, política o militar tratan con profundidad las principales cuestiones de la agenda local y los principales actores implicados.

En los trabajos de habla inglesa se utiliza el concepto de “Middle East” para referirse a la región que va desde Marruecos hasta Irán, que también puede incluir Afganistán y Pakistán. En la academia de habla castellana se utiliza Magreb para referirse al espacio entre Marruecos, Mauritania, Argelia, Túnez y Libia. La Fundación del Español Urgente (Fundéu) recomienda utilizar Oriente Próximo para la zona comprendida entre Egipto e Irán, distinguiendo Oriente Medio para mencionar Afganistán, Pakistán e India y Extremo Oriente a los países más allá de la nación india. Sin embargo, la tendencia mayoritaria es el uso de Oriente Medio para definir el área circunscrita a Egipto, Jordania, Israel, Líbano, Siria, Irak, Irán, Yemen, Sudán y los miembros del CCG, donde se puede incluir a Turquía, como así se hace en esta tesis.

El fenómeno de la primavera árabe genera una mayor preocupación y diversificación de los enfoques y perspectivas analíticas sobre Magreb y Oriente Medio. Las investigaciones realizadas a principios del siglo XXI estuvieron centradas en contenidos como el conflicto palestino-israelí, el enfrentamiento iraní-estadounidense, la convulsa situación en Líbano o las guerras iraquíes. El 11 de septiembre de 2001 abrió un nuevo foco de atención en los temas relacionados con el terrorismo, radicalismo y sobre las tensiones entre distintas sociedades e identidades culturales (Huntington, 2001, pp. 175-179). Esta última línea impulsó un inabarcable debate sobre la coexistencia conflictiva entre comunidades políticas y sociales con rasgos definitorios diferentes.

Todos estos análisis partían de unas premisas que comenzaron a resquebrajarse a partir de 2003 con la intervención militar estadounidense en Irak, pero que se verán sobrepasados en los primeros meses de 2011. Entre los investigadores predominó un arquetipo analítico centrado casi en exclusividad en los actores estatales y en unos cuantos asuntos recurrentes, que habían monopolizado la temática analítica durante mucho tiempo. La primavera árabe inaugura un período de numerosos acontecimientos, que obligan a repensar los enfoques de investigación, así como los temas que quedan por tratar (Gause, 2011a). En un contexto de por sí inestable y convulso, a lo largo de estos años se suceden hechos trascendentales en distintos puntos de Oriente Medio, que requieren de un mayor esfuerzo y exhaustividad metódica.

Al trabajar sobre el objeto de estudio, la política regional de Arabia Saudí tras la primavera árabe, se sitúa el contenido del trabajo en el punto medio de dos grandes líneas de investigación, que han ido conduciendo los principales debates científicos en los últimos años. En términos generales, se puede indicar una vertiente de estudio que tiene su origen en la emergencia de la primera árabe, que luego deriva en ensayos más específicos según la evolución de las diferentes crisis abiertas en cada país. Otra vía de análisis es la encargada de estudiar las relaciones regionales, políticas y estrategias de los agentes involucrados en Oriente Medio, como respuestas a las transformaciones que están produciéndose en la zona durante este período.

Sobre la primavera árabe pueden contemplarse dos vías en las que se ha ido encauzando la labor científica. Por un lado, los trabajos que aprehenden el tema desde una óptica general, por otro lado, las publicaciones que se centran en aspectos muy concretos. Las dudas sobre este fenómeno político pronto se tradujeron en un profundo debate, que tuvo como punto de inicio la reflexión sobre los motivos de tales convulsiones (Abu-Tarbush, 2014, pp. 38-43). La prototípica visión de sociedades poco movilizadas y contestarías, bajo regímenes autoritarios que lograban afianzarse en el poder se desvaneció. Ahora el interés estaba en conocer cuál era la situación social y política de cada país para desentrañar las causas de esos movimientos políticos. Era un medio de verse ante el espejo de las propias fuentes científicas, preguntándose cómo la mayoría de autores fue incapaz de intuir lo que llegaría a suceder.

Después de varios años del inicio de este fenómeno político, algunos expertos comenzaron a valorar cuáles eran los efectos verdaderos de esa llamada primavera o primaveras árabes. Incluso sobre la terminación del acto existen ciertas contrariedades, primero, sobre si se debe hablar en plural de las primaveras árabes o primavera árabe, ya que en cada país tuvo su propia evolución (Dalacoura, 2012, pp. 65-71). En la bibliografía anglosajona se impone el término “Arab Spring” (primavera árabe) para mencionar el momento histórico que fue protagonizado por “Arab uprisings” (levantamientos árabes). Es decir, distintas sublevaciones y movilizaciones que se desarrollaron casi en paralelo en diferentes demarcaciones del mapa regional.

Esta parece ser la tendencia dominante entre los escritos de habla castellana. Sin embargo, otro dilema que ha ido creciendo con el tiempo es el de la idoneidad de seguir bautizándolo como primavera árabe (Álvarez-Ossorio, 2012, pp. 109-112). El cuestionamiento de la validez de este término, viene del hecho de que esa terminología es históricamente utilizada para denominar momentos revolucionarios, donde se ocasiona el derrocamiento de las posiciones autoritarias y da lugar a un nuevo régimen político, asociado en su mayor parte con la democracia liberal predominante en los sistemas occidentales. Empero, no son pocos los autores que debaten si se puede hablar de primavera, cuando solo en Túnez parece que se logra implementar un nuevo modelo de sistema político, mientras en el resto de vecinos las formas clásicas de poder prevalecen, o bien, hay un auge de las posiciones islamistas más conservadoras.

En esta línea de debate sobre la evaluación de los efectos de la primavera árabe, que deriva, entre otras cosas, en dilucidar el grado de recepción a la democracia en el país y la coexistencia de valores postmodernos con la tradición islámica. Existe también entre las esferas académicas europeas y norteamericanas una amplia discusión sobre la respuesta que desde esos países se está dando a las crisis en Oriente Medio (Youngs, 2012, pp. 146-148). La polémica sobre la responsabilidad de las potencias occidentales en el apoyo a regímenes autoritarios, la escasa preocupación por el respeto a los derechos y bienestar de estas poblaciones, o bien, la implicación de potencias extranjeras en determinados conflictos o el respaldo a ciertos levantamientos populares, se ha trasladado tanto a trabajos científicos como a la propia opinión pública.

Por último, una de las unidades de debate más fecundas está siendo la que expone las transformaciones que está sufriendo el statu quo local desde el año 2011 (Elakawi, 2014, pp. 223-224). Los principales actores implicados en la zona, en especial los agentes estatales, se ven obligados a modificar sus estrategias y objetivos de política regional, debido a las variaciones de los márgenes de seguridad y certidumbre de las últimas décadas. La confianza y las alianzas están mutando, así como se reavivan rivalidades por adquirir posiciones ventajosas en los nuevos roles que quedan por definir. La evaluación de las consecuencias provocadas por la desaparición del antiguo orden y las implicaciones de todos los movimientos intrarregionales que están ocurriendo, son unos de los puntos esenciales de los que parte esta tesis.

Desde una visión general comenzaron a presentarse observaciones más exactas para cada uno de los episodios que emergían en la zona. Las investigaciones fueron trasladándose a los hechos que ocurren en cada país, así como asuntos que tienen un alcance significativo para las dinámicas regionales y la sociedad internacional. En este sentido, el auge del terrorismo, que está teniendo una fuerte presencia tanto en territorios de Oriente Medio como fuera de la región, es uno de los elementos que más interés está provocando. Esto se está dando, especialmente, por el pujante crecimiento del Daesh (Martín, 2015, pp. 36-46), así como por la expansión de Al Qaeda y otras organizaciones afines, propiciando un prolífero cuadro de estudio al respecto.

Existen países a los que se les dedica una mayor atención académica a la hora de estudiar las causas y consecuencias de la primavera árabe. Uno de ellos es Túnez. Este país fue el primer punto de fricción de las revueltas árabes en el Magreb, también es el único ejemplo hasta el momento que más se aproxima a la transición hacia un sistema democrático (Moral, 2016). Esta excepcionalidad provoca que sean muchos los estudios que traten el caso tunecino, sobre todo, planteando las posibilidades de que se asiente la democracia liberal en esta área del mundo. Igualmente, Egipto, por su alcance estratégico en la región, es centro de innumerables discusiones debido a que ha tenido una trayectoria distinguida con respecto al resto de vecinos, siendo uno de los Estados que presentan un recorrido político-social muy volátil desde 2011.

Por el resultado conflictivo de las revueltas, Libia, Siria y Yemen son temas que están dando lugar a una amplia literatura académica. La desaparición del régimen de Gadafi supuso un momento único en el Magreb, que fue incluso acompañado por una llamativa participación de potencias extranjeras. Pero trajo consigo el desmembramiento del Estado libio y la perpetuación de enfrentamientos y divisiones territoriales y tribales (Meneses, 2012, pp. 126-131). El país yemení está sometido a una incesante presión, que se vuelve más compleja con la intervención internacional encabezada por Arabia Saudí, la amenazante presencia de Al Qaeda y el Daesh, así como la honda división territorial. Ambas circunstancias están más que latentes pero las prioridades políticas se han enfocado durante estos años en el país sirio.

Siria está representando el mayor punto de inestabilidad de la región, donde Arabia Saudí tiene un rol cada vez más significativo. En su territorio se encuentran potencias regionales e internacionales, grupos terroristas, una variedad de facciones opositores y los bandos oficialistas. La virulencia de sus enfrentamientos y la dificultad de encontrar una solución convincente está afectando a otros Estados como Irak, Turquía o Líbano (Villamarín, 2015, pp. 234-238). A la cruenta condición de esta guerra, que dura ya más de siete años, se le suman otros graves problemas. Las condiciones de vida de todos aquellos civiles que se encuentran en medio de los frentes, así como el éxodo masivo de refugiados que llegan a los países fronterizos o intentan alcanzar Europa, representando un desplazamiento humano insólito en el siglo XXI.

Los países árabes del Golfo e Irán son estudiados en conjunto con bastante asiduidad, refiriéndose en muchos casos a los efectos de la primavera árabe en el Golfo o las revueltas árabes en el Golfo, como si no hubieran existido grandes diferencias entre lo que sucedió en cada uno de estos Estados. Es cierto, que exceptuando el Irak, que está sometido a un nivel de inestabilidad notable desde 2003, la revuelta o levantamiento popular solo alcanzó una resonancia considerable durante los primeros meses de 2011 en el pequeño archipiélago de Bahrein (Louër, 2011). El resto de monarquías árabes del CCG. Arabia Saudí, Kuwait, Catar, Emiratos Árabes Unidos (E.A.U.) y Omán, así como el régimen iraní apenas sufrieron acontecimientos parecidos a los levantamientos y movilizaciones ocurridos en otras partes de Oriente Medio.

Las dinastías árabes del Golfo fueron capaces de resistir a las revueltas de 2011. En la mayoría de ellas las manifestaciones populares no llegaron a ser trascendentes. La única gran excepción fue el citado caso bahreiní y algunos núcleos de fricción en Arabia Saudí. Esto generó que gran parte de los analistas que se aproximaron a analizar los efectos de la primavera árabe en esta área de Oriente Medio trataron exclusivamente el caso de Bahrein y el reino saudita (Al-Rasheed, 2011a). En el primero, las manifestaciones de parte de la población alcanzaron una dimensión parecida a Egipto o Siria, pero en este caso el régimen tuvo la estimable ayuda e intervención de países cercanos y la despreocupación interesada de potencias extranjeras para sofocarlas.

La primavera árabe en Arabia Saudí y el papel de este Estado en la misma son uno de los pilares sobre los que se apoya este trabajo, los otros elementos son los análisis previos realizados sobre la política exterior saudita y cómo el statu quo regional está transformándose, motivando una redefinición de roles y relaciones. Dentro de la primera de estas cuestiones se destacan tres inclinaciones fundamentales de investigación: primero, las que apuntan a las acciones realizadas por los sauditas en su entorno más próximo; en segundo lugar, las que partiendo de las fricciones que sucedieron en territorio saudita están ampliando el foco de análisis para hablar de la situación interna del país y, por último, autores que tratan la histórica rivalidad entre el polo iraní y el liderado por los Saud en un cambiante orden regional.

En torno al papel que está teniendo Arabia Saudí en las crisis presentes a lo largo de la región, existe una posición generalizada a considerar al reino wahabita como el principal actor estatal contrarrevolucionario (Gause, 2011b). Es decir, como defensor clave de la pervivencia del antiguo orden, desalentando las revueltas y corrientes de cambio. Esta idea es matizada en esta tesis. Desde su status regional preponderante, el Gobierno saudita buscó inicialmente que el contexto local no acabara fracturado, ya que era congruente con sus intereses. No obstante, tampoco está desechando las opciones de apoyar a aquellas revueltas que puedan ser positivas para sus objetivos. Así, está estableciendo alianzas y dando apoyo a los bandos sublevados en determinados países, donde el régimen tenía conflictivas relaciones con los Saud.

La primavera árabe también llegó al interior del reino saudita, aunque en un nivel mucho menor que en el resto de países. En la mayoría de Estados árabes del Golfo los efectos de las revueltas fueron reducidos. Este hecho da lugar a que se continúe profundizando sobre las características políticas, sociales, culturales y económicas de estos regímenes para explicar su capacidad de resistencia (Davidson, 2014, pp. 49-50). Las restricciones que existen a la información, el férreo control sobre los medios de comunicación o sobre la vida de sus propios ciudadanos, así como la escasa claridad sobre las familias dirigentes, el Gobierno o la toma de decisiones, provocan una especie de atracción e interés por intentar descifrar y clarificar todos estos aspectos.

Hay un gran número de trabajos de tinte historicista que sintetizan el pasado de Arabia Saudí, acompañados por una extensa documentación sobre la composición social del reino y la relación especial que se establece entre ciudadano y gobernante. Los nacionales sauditas de confesión chiita, localizados en su mayoría en la costa este del país, son epicentro de atención de innumerables análisis. Más aún, tras la primavera árabe y las últimas tensiones religiosas y políticas con Irán (Alterman y McCants, 2015, pp. 165-167). Del mismo modo, la extensión de la doctrina oficial wahabita más allá de Arabia Saudí, creando comunidades musulmanas por todo el mundo, genera que desde principios del siglo XXI existan numerosos académicos que intentan acercarse a descifrar las ideas y valores sustanciales de esta interpretación islámica.

La riqueza en petróleo y gas y la estructura económica de Arabia Saudí es un tema recurrente en los análisis referidos al país, sobre todo, al peso incuestionable saudita en los mercados internacionales de energía. De igual forma, también hay extensa literatura sobre sus capacidades militares y medios de seguridad, más aún, teniendo en cuenta el entorno en el que se encuentra y sus ambiciones de liderazgo (Takeyh, 2015). Estos componentes internos actúan como condicionantes de la política exterior y resulta elemental abordarlos para profundizar en las relaciones internacionales del reino. En este punto, los efectos de la primavera árabe en el liderazgo regional del Estado saudita y los factores internos que influyen en la política exterior del reino son unos de los grandes espacios sobre los que se desarrolla el contenido de esta tesis.

Otra gran línea de investigación en la que se sitúa este trabajo son los estudios sobre las relaciones regionales de Oriente Medio. Esta unidad puede dividirse en siete grandes campos de estudio. Primero, los trabajos que analizan la formación de los Estados, los ideales nacionalistas, el movimiento panarabista, el fundamentalismo y el islamismo político (Kramer, 2003), que son los tótems sobre los que se constituyen las formas de relacionarse de los diferentes Estados y agentes no estatales. Segundo, la cuestión palestina, que desde finales de la década de los cuarenta es un tema indispensable y polémico en la agenda regional. Sobre todo, qué relación deben mantener los Estados vecinos árabes con el Estado israelí. Este asunto se vuelve más comprometido para los Gobiernos de la zona a partir del tratado de paz de Camp David en 1978.

Palestina y la rivalidad con el Estado judío están presentes en la política regional de los países árabes, exceptuando cuando surge un episodio nuevo y más azaroso como fueron las intervenciones militares en Irak, la primavera árabe o el enquistado conflicto sirio. Existen Estados que se decantan por tener una relación más o menos cordial y cooperativa con las autoridades israelíes, como Jordania, Egipto, Turquía o Catar, otros que prefieren una postura más ambivalente y fría, como Arabia Saudí, Irak o los pequeños emiratos del Golfo (Ulrichsen, 2016), mientras que Siria, Libia, Irán o algunas fuerzas paraestatales de Líbano optan por una posición combativa con la nación judía y con sus máximos valedores extranjeros. Acusando al Estado israelí de ser uno de los desencadenantes de la inestabilidad e inseguridad local.

Más allá de la historia propia de los Estados-nación y la interminable disputa de Palestina e Israel, otros temas regionales también son protagonistas de amplias discusiones científicas y políticas. Recientemente, vuelve a tener repercusión el estudio de la política exterior de los Estados con mayor peso regional, como Turquía o la acción exterior de Irán (Farzamnia, 2009, pp. 15-18). Las potencias turca e iraní cuentan con una extensa bibliografía, que intenta explicar los pasos que estos dos polos intentan realizar ante un panorama local cambiante. Su propósito no es otro que el de mejorar su posición y tener un rol más influyente en la zona. Esta estrategia les lleva a chocar con los intereses sauditas, que no pretenden renunciar a su hegemonía.

Dentro del continente europeo hay centros universitarios e instituciones científicas especializados en estudiar las relaciones del viejo continente con Oriente Medio y el Magreb. Estos espacios tienen una larga tradición en España, Francia, Italia y Reino Unido. La orilla sur del Mediterráneo es un delicado punto fronterizo, donde los socios europeos tienen importantes intereses. De hecho, la primavera árabe evidencia el carácter vital de esta región para la seguridad y estabilidad de las capitales europeas. El análisis de potencias extranjeras involucradas en la zona, también se extiende a actores como China y sus vínculos económicos y políticos (Leverett y Bader, 2005, pp. 189-193). El hegemon asiático está teniendo cada vez más peso en esta área del mundo, dando lugar a escritos e informes sobre el papel chino en estas economías.

Un quinto elemento en el análisis de las relaciones regionales son los temas relacionados con los ámbitos de la seguridad y defensa. La significación geoestratégica que tiene el Golfo para potencias como Estados Unidos (EE.UU.), cuya interés por este enclave parte inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, convirtiéndolo en punto vital de sus intereses nacionales (Wright, 2008, pp. 230-235), genera que tanto desde los Gobiernos extranjeros como desde la academia exista una amplia línea de estudio sobre los niveles de peligro y amenaza en la región. Los análisis en este campo han crecido en los últimos años por los conflictos surgidos y la revisión de las estrategias y planes de seguridad nacional que están llevando a cabo los Gobiernos.

Debido a la fuerte presencia de EE.UU., existe una línea de la literatura académica centrada en las estrategias y conductas por parte de este hegemon en todo Oriente Medio. Muchos de los Estados que surgieron tras el proceso descolonizador encontraron dos maneras de relacionarse con esta potencia mundial. Por un lado, aliándose con Washington y buscando el respaldo de su Fuerza Armada, o bien, presentando oposición y reticencias a su injerencia, incitando el discurso antimperialista. Un asunto de enorme controversia para sus socios y principales enemigos es su apoyo incondicional al Estado israelí (Cobo, 2007, pp. 94-97). La potencia estadounidense es uno de los actores más relevantes de las relaciones regionales, con una alta presencia en ámbitos como el militar, las relaciones económicas y diplomáticas.

El séptimo campo de observación, que más ensayos está generando, es el del análisis de las relaciones entre los países del Golfo. En estas costas en las que convergen ocho Estados, bases militares estadounidenses y británicas, y los intereses económicos de otras tantas naciones, tres regímenes son tradicionalmente los que más observaciones y discusiones centran: Irak, Irán y Arabia Saudí. Estos países durante décadas representaron tres sistemas políticos distintos. Riad parte desde el conservadurismo wahabita y la autoridad dinástica absolutista, Teherán desde los años ochenta con un modelo de república islámica tutorizada por clérigos chiitas (Karawan, 2002, pp. 95-98) y hasta la caída de Sadam Hussein, el Estado iraquí estuvo regido por un modelo dictatorial de partido único, aunque ahora intenta afianzar un sistema democrático.

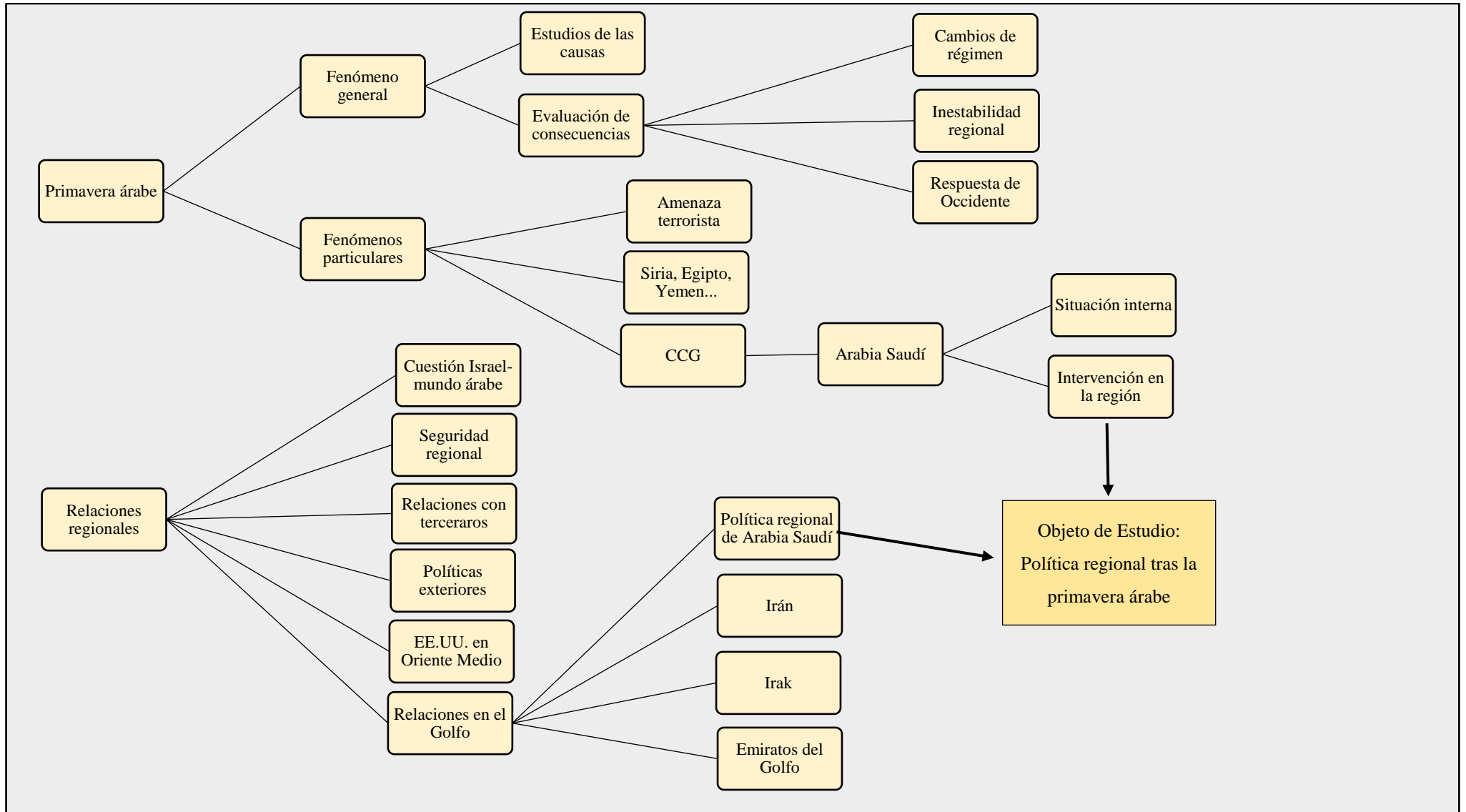
Una de las vertientes de estudio más prolíferas derivadas del análisis de la primavera árabe son los trabajos relacionados con la disputa hegemónica entre Irán y Arabia Saudí. En este sentido, dentro de las observaciones sobre las relaciones del Golfo existen numerosos aportes en torno a las controvertidas bilateralidades entre el país wahabita y el persa. Nunca tuvieron en el pasado una estrecha relación, pero la revolución iraní de 1979 marca un antes y un después en las relaciones regionales, generando un clima de desconfianza mutua entre saudíes e iraníes (Shilabi, 2018). Desde aquella fecha tanto la jerarquía iraní como la casa real saudita se autoproclaman referentes del mundo musulmán, intentando contraponer sus intereses a los del vecino. La guerra en Siria, Yemen, el acuerdo nuclear iraní o las revueltas en Bahrein acentúan la rivalidad.

Pero otros Estados del Golfo también están siendo objeto de estudio. Por supuesto, como ya se ha mencionado, Irak es el tercer país que más es analizado junto a Irán y Arabia Saudí. Hechos como la guerra irano-iraquí en los años ochenta, la invasión de Kuwait en 1991, la ofensiva estadounidense en 2003, la inestabilidad interna en los años siguientes o la expansión del Daesh desde 2014, motivan que la nación iraquí esté siempre en el punto de mira de los expertos de Oriente Medio. De la misma forma, también se extienden los análisis sobre países como Catar, gracias a su potencialidad económica y ambiciosa política internacional (Khatib, 2013, pp. 425-428), así como E.A.U. o Kuwait, que empiezan a tener mayor resonancia académica.

El status de Arabia Saudí como referente del Golfo, Oriente Medio y el mundo árabe, induce a numerosos expertos a acercarse a los orígenes de este Estado (Wynbrandt, 2004, pp. 188-95), para examinar las razones de su poder en el ámbito interno, pero también a ahondar sobre la política exterior saudita y las relaciones con actores regionales y otras potencias extranjeras. Estos estudios, junto a lo escrito sobre las acciones sauditas tras la primavera árabe, son las dos columnas sobre las que se fundamenta la tesis. Con ello, se quiere enriquecer el debate académico en un campo concreto de las dinámicas regionales, vinculando la hegemonía saudita y el poder de familia Saud dentro de las transformaciones que están sucediéndose desde 2011.

La política exterior de Arabia Saudí fue estudiada pormenorizadamente hasta la irrupción de la primavera árabe. A partir de ese momento, se tiende a detallar cada una de las apariciones sauditas en el escenario regional, pero con falta de perspectiva general y sin abordar las motivaciones finales de tal comportamiento. Esta investigación busca llenar ese vacío teórico, ligando los objetivos y fines del reino de los Saud en su entorno, con todos los hechos que ocurrieron en estos años. La finalidad es comprender cómo perciben los cambios los príncipes sauditas, qué peligros y oportunidades visualizan y cómo adaptan su política exterior y las estrategias de seguridad y defensa a un entorno en transformación. De esta manera, se continúa la línea sobre las relaciones internacionales de la Casa de Saud, al mismo tiempo que se reflexiona sobre las motivaciones que le llevan a actuar así desde el año 2011 y qué intenciones tiene para el futuro más inmediato.

Gráfico 3: Principales líneas de debate sobre Oriente Medio



Fuente: Elaboración propia

1.4. Constructivismo social, identidades y discurso

Hasta la década de los ochenta del siglo XX, la teoría de las Relaciones Internacionales estuvo dominada por dos enfoques: el realismo y el liberalismo. Dos aportaciones esenciales de la academia internacionalista, que a lo largo de la historia de esta disciplina han contado con las aportaciones de multitud de autores. Sin embargo, en correspondencia con los cambios que comienzan a producirse a escala mundial, el decaimiento de la Unión Soviética y la desaparición de la estructura bipolar, surgen nuevas perspectivas que plantean formas distintas de analizar los acontecimientos de la sociedad internacional. Estas corrientes rupturistas parten de la premisa de que los paradigmas clásicos eran incapaces de recoger toda la complejidad de la política mundial.

Se produce una aguda renovación en el mundo académico, ampliándose el número de perspectivas que van a trabajar y reflexionar sobre la naturaleza de la sociedad internacional. Las voces dominantes de las Relaciones Internacionales por entonces, el neorrealismo y el neoliberalismo, ven cuestionadas y refutadas los planteamientos elementales sobre los que parten sus explicaciones. Las obras alternativas que comienzan a surgir, proponen la necesidad de dirigir el debate teórico hacia otros puntos no tratados hasta el momento (Barbé, 2007, pp. 83-85). Se produce una reformulación de las preguntas desde las cuáles habían partido los debates liberales y realistas, puesto que se creían que eran insuficientes y excesivamente empíricas. Todo ello, supone abordar la realidad internacional desde una posición distinta.

En este contexto, tiene lugar la gran división entre discursos racionales o positivistas y ejes pospositivistas y reflectivismo o interpretativo. La teoría crítica liderada por Robert Cox o el posmodernismo de los estudios de James Der Derian intentan reorientar los debates de las Relaciones Internacionales hacia temas parecidos a los que se habían creado en otros campos de las ciencias sociales. Estos autores rechazan algunas premisas anteriores, como la mera observación empírica, centrándose en la comprensión y reflexión de los significados y conceptos que subyacen en la política internacional y las explicaciones que se realizan de ella (Lamont, 2015, pp. 17-19). El propósito final es el de adentrarse en el terreno del sentido del conocimiento y el papel del investigador a la hora de trabajar sobre realidades sociales.

Los pensadores del reflectivismo o interpretativo rechazan la idea genuina de los neorrealistas y neoliberales, que consideran que las relaciones internacionales son una realidad objetiva que puede ser estudiada como si se tratase de un elemento ajeno al investigador y cuyas hipótesis pueden ser testeadas por la pura observación de los hechos objetivos. En una posición intermedia y actuando como puente de comprensión entre ambas perspectivas, se posiciona el constructivismo social (Wendt, 2005, pp. 3-5). Este no rechaza la pretensión de elaborar toda una ciencia en torno a la sociedad internacional, pero entiende que no existe un objeto de estudio ajeno a los componentes sociales y la subjetividad de los agentes implicados.

John G. Ruggie, Friedrich Kratochwil, Alexander Wendt o Richard K. Ashley a partir de mediados de los ochenta y principios de los noventa abren el camino del constructivismo social, que en apenas unos 30 años consigue posicionarse como unas de las ramas teóricas más recurrentes de las Relaciones Internacionales. Sus estudios se desarrollan a partir de analizar la acción social más allá de relaciones causales objetivas, insertándolo sobre el contexto en el que tiene lugar, las reglas sociales que lo producen o lo limitan y las ideas y significados que se le asignan (Santa Cruz, 2009, pp. 14-17). El punto central está en reflejar que la realidad social no es un ente ajeno a su tiempo, como si los acontecimientos internacionales se debieran a leyes naturales que pueden ser estipuladas y demostradas empíricamente.

El constructivismo social se convierte en el soporte teórico básico en el que se apoya esta tesis por varias razones: 1) la política regional de Arabia Saudí es una construcción política constante, fundamentada en percepciones de unos actores y otros que le va dando forma y adaptando según las circunstancias; 2) la acción exterior de un Estado no es un objeto inerte que responde solo a un razonamiento de causa-efecto, sino que se entabla en un proceso recíproco y condicionado por multitud de factores; 3) al introducirse en el estudio de la política saudita, se puede comprobar con bastante claridad la importancia que tiene para la evolución interna y externa del agente estatal la particular visión que los gobernantes sauditas tienen del mundo, de la región y del papel que les corresponde desempeñar en los distintos niveles.

Una explicación enraizada en los trabajos liberales o realistas no deja espacio para interconectar esos dos grandes ámbitos que son las ideas y la propia acción política. Los Estados no actúan en el escenario regional o internacional, relacionándose con otros actores estatales y no estatales, partiendo de un sustrato ideacional básico e inmutable dado, que le lleva a operar según unos estipulados márgenes de maniobra. Para estos autores, la aparente anarquía descrita en la sociedad internacional es un rasgo intrínseco de la misma y no se debe a las propias ideas y apreciaciones que están construyendo los Estados sobre ello (Hopf, 1998, pp. 180-181). Las interpretaciones y percepciones que puedan llegar a realizar los agentes sobre su entorno y sobre el resto de actores, no son valoradas suficientemente por estas corrientes teóricas.

El constructivismo se desmarca del neorrealismo y neoliberalismo al destacar la intersubjetividad del conocimiento y la complejidad de la realidad social (Nugroho, 2008, pp. 88-90). Asumiendo que la política internacional está compuesta por un mundo material y una intersubjetividad que no pueden ser separados el uno del otro, ni omitir uno de ellos para explicar parcialmente al otro. Al contrario que los postmodernistas, los constructivistas sociales creen que se puede trabajar en la construcción de una red científica social, que ayude a comprender el mundo internacional. Sin embargo, difieren desde un nivel ontológico de las tradiciones liberales y realistas, al afirmar que la realidad no está compuesta en exclusividad de factores materiales, sino que son igual de relevantes y condicionantes los significados e ideas.

Las investigaciones en ciencias sociales que se adscriben a las líneas del constructivismo, sobre todo, las que se desarrollan en el campo de la teoría política y las relaciones internacionales, están enfocadas principalmente en dos grandes áreas de trabajo. Por un lado, los estudios centrados en el discurso y en profundizar en la descomposición de los conceptos y significados utilizados en las descripciones de la política internacional. Esta relectura del mundo a través de la labor de la intertextualidad les une directamente con las locuciones posestructuralistas. Para ellos, es requisito indispensable contextualizar todo paradigma y visión teórica en su momento histórico y en la propia práctica (Ashley, 1989, pp. 269-271). Enfatizando la intersubjetividad de todos los elementos definitorios que conforman y definen el mundo.

Por otro lado, está el enfoque realizado por el propio Alexander Wendt, que conduce a estrechar los lazos entre los estudios neoliberales sobre las instituciones y su papel limitante en la acción de los Estados y las investigaciones constructivistas sobre la creación de intereses, identidades y percepciones. En este sentido, las estructuras regionales o mundiales actúan como sistemas de interacción entre actores estatales, que favorecen el surgimiento de dinámicas colectivas y, por ende, la formación de identidades comunes y particulares (Wendt, 1994, pp. 388-389), según se desarrollan las diversas circunstancias. Así los regímenes y organismos mundiales y regionales de los que forman parte los Estados son uno de los mayores focos de creación de intereses, roles y definiciones que dan sentido a cada componente y al conjunto en su totalidad.

Esta tesis se sitúa dentro de esa vertiente constructivista que reflexiona sobre el origen, proceso y aplicación de las identidades, percepciones e intereses. La pieza esencial de este paradigma teórico es el de superar las presunciones que se equivocan al creer que ciertas cuestiones como la soberanía, la guerra, las impresiones de seguridad o inseguridad, así como otros temas de la importancia del liderazgo político o la hegemonía, son unidades ya dadas a los Estados y sobre los que estos lo único que pueden hacer es interactuar. A lo largo de esta tesis se intentan explicar los procesos ideacionales y materiales por los cuales Arabia Saudí, ante los acontecimientos derivados de la primavera árabe, se está comportado de esa manera en su entorno regional.

El desarrollo de la teoría crítica y, especialmente, los trabajos planteados por los constructivistas sociales, permitieron introducir en el estudio de las relaciones internacionales los conceptos teóricos de Antonio Gramsci, que tratan cuestiones como la hegemonía y el poder político. Además, el autor italiano también diseminó la importancia del liderazgo intelectual y el discurso, que forman parte de las reflexiones constructivistas. En este sentido, las estructuras normativas no regulan solo el comportamiento de los Estados, sino que además crean expectativas, identidades e intereses (Chekel, 1998, pp. 327-28), que van condicionado la manera de relacionarse de los actores estatales con el resto de agentes. A su vez ellos mismos ayudan a formular y definir estructuras e instituciones, en una correspondencia incesante que lleva a establecer marcos aclaratorios y discursos interpretativos sobre la realidad política.

El predominio de un Estado sobre otros, el funcionamiento concreto de una institución u organismos mundial, la formulación de alianzas o enemistades, así como el establecimiento de unos intereses nacionales y la percepción de amenazas o peligros, no son componentes de la política internacional que aparecen como principios inmutables y asepticos, sino que se deben a complejos procesos sociales donde interfieren infinidad de actores, estructuras y la constante formulación de imágenes y representaciones. Los objetivos de la política regional de Arabia Saudí son una elaboración hecha por sus propios gobernantes, a partir de la interpretación que realizan del entorno regional, de sus capacidades y cualidades, así como de todo un entramado de juicios y creencias de la que parte su acción tanto en el ámbito nacional como internacional.

El reino saudita juega el rol de líder regional en Oriente Medio, pero esta categorización no es concedida por deseo los propios sauditas, sino que se debe al reconocimiento que el resto de actores otorgan a este Estado y a la Casa de Saud. A partir de ahí, Arabia Saudí va a actuar en el contexto local y en la sociedad internacional como líder del mundo árabe y la esfera musulmana, lo cual lo define y le da una identidad que irá determinando su comportamiento con respecto a los demás agentes y los acontecimientos que vayan surgiendo (Barnett, 1993, pp. 274-275). Es decir, el Estado saudita se identifica con el papel de líder de la zona, lo que le induce a establecer una serie objetivos e intereses muy concretos, que van en sintonía con lo que los príncipes sauditas consideran que deben ser las prioridades de una potencia hegemónica.

Sobre el liderazgo en las relaciones internacionales, el constructivismo busca comprender cómo la interacción del mundo material y del mundo subjetivo e intersubjetivo ayuda a construir toda una realidad social en torno a un agente (Adler, 1997, pp. 330-333). Es decir, no solo consiste en aprehender factores materiales –recursos económicos, fuerza militar, población o presencia diplomática-, sino también aquello referido al conocimiento, imaginario colectivo y pensamiento tanto de los sauditas como del resto de agentes, que llevan a catalogarlo en la cúspide del sistema local. Arabia Saudí es líder tanto por su peso militar y económico, como podría pensar un autor realista, y porque le acompaña todo un discurso que le identifica como tal.

Las ideas influyen en el comportamiento de los Estados a través de dos vías: en primer lugar, en la construcción de su propia identidad y en las apreciaciones que elabora sobre el resto de actores; en segundo término, delimitando su comportamiento en el escenario nacional, regional y mundial. Los actores en las relaciones internacionales no operan solo a través de una elección racional de preferencias y oportunidades, sino que sus acciones están marcadas por una serie de valores, reglas y normas (Kratochwill, 1989, pp. 64-65), que están en constante evolución. Los constructivistas ponen de manifiesto que detrás de las conductas de los agentes estatales existe un trasfondo en el que la toma de una decisión u otra viene condicionada por elementos valorativos y principios, que van más allá de los cálculos puramente racionales.

Tras la primavera los dirigentes de Riad decidieron actuar en la región de una manera concreta, no solo basándose en un análisis de las ventajas y desventajas de realizar una u otra acción, sino porque los príncipes sauditas poseen una comprensión particular de las relaciones regionales y el papel de su país, que les diferencia del resto de Gobiernos de la zona. En las últimas décadas, el reino saudita adquirió un rol central entre los Estados del mundo árabe y la esfera musulmana, aspirando a consagrarse como el principal referente político y religioso. Para ello, la Casa de Saud se acompaña de un discurso que justifica y legitima sus decisiones a nivel mundial y en las instituciones internacionales. De esta manera, se propicia que se cree una imagen muy especial de la función hegemónica que debe desempeñar Arabia Saudí.

Todo ello, conlleva a la necesidad de poner énfasis en los aspectos sociales e intersubjetivos del poder político saudita. La hegemonía, el conflicto o la soberanía no son principios dados de por sí en la sociedad internacional, sino que son construcciones políticas en constante redefinición. La razón de Estado es una realidad social que da sentido a la existencia y acción de estos agentes (Reus-Smit, 1997, pp. 565-566), aportándole un soporte ideológico a partir del cual entender el mundo. Los intereses nacionales y objetivos de un Estado pueden variar a lo largo del tiempo, afectando a su comportamiento y a la manera de relacionarse. Pero estos cambios no tienen por qué deberse únicamente a transformaciones en las condiciones materiales, también pueden ser resultado del propio proceso de conocimiento y percepciones de unos actores u otros.

Las identidades de los agentes estatales y su conocimiento de la realidad internacional se encuentran intrínsecamente ligadas a la interacción con los otros Estados (Biersteker y Weber, 1996, pp. 12-13). Lo que un actor internacional es, y puede llegar a ser, es consecuencia inexorable de la manera de relacionarse con el resto de miembros de la sociedad, así como del modo que los otros le perciben. Arabia Saudí no obtiene esa preponderancia en Oriente Medio meramente porque viniera recogido en su programa de política exterior, sino que ha necesitado de una práctica que corroborará sus intenciones. El resto de actores, incluso los que se muestran contrarios y rechazan su poderío, le otorgan cierto reconocimiento como hegemón.

La Casa de Saud no distinguió con el mismo nivel de peligro e inquietud las revueltas en Túnez, que los levantamientos en el archipiélago de Bahrén, Yemen o Egipto. Asimismo, el derrocamiento de Gadafi en 2011 lo percibió como una oportunidad para ampliar su influencia en el Magreb, pero la caída de Mubarak o el levantamiento hutí en Yemen representaron serias amenazas, sobre todo, por el posible ascenso de Irán en la zona (Teller, 2016, pp. 234-236). De esta manera, es fundamental analizar cuáles son las interpretaciones que realizan los sauditas sobre todo los hechos de los últimos años. Su hegemonía regional se ve atacada por varios frentes, que cuestionan su liderazgo y propugnan un cambio en el statu quo. Arabia Saudí intenta preservar su cuota de protagonismo, mientras reconfigura sus estrategias y definiciones del entorno.

1.5. Hegemonía y poder político según Gramsci

Arabia Saudí mantiene una posición preponderante en las relaciones regionales de Oriente Medio. Pese a que los efectos de la primavera árabe debilitaron su capacidad hegemónica, el Estado saudita sigue representando un rol de liderazgo en el entorno. La autoridad que asume el reino saudita sobre el resto de Estados vecinos no puede ser explicada a través de concepciones limitadas de poder, que redunden únicamente elementos como la coerción o la fuerza bélica. El estudio de la sociedad internacional y, sobre todo, las circunstancias presentes en Oriente Medio, muestran la necesidad de establecer marcos analíticos más amplios y complejos, que planteen análisis multidimensionales donde se tenga en cuenta factores de carácter intersubjetivo.

Los postulados de la teoría crítica, en los que se situó a la cabeza Robert Cox, permitieron recuperar para el estudio de las relaciones internacionales los niveles analíticos y concepciones centrales del filósofo y teórico italiano Antonio Gramsci (Cox, 1993, pp. 58-63). Si bien es cierto que sus estudios tienen una larga trayectoria entre las diversas corrientes marxistas, su influencia dentro de las investigaciones en ciencias políticas y en la disciplina de las Relaciones Internacionales es mucho más reciente. El verdadero valor de las reflexiones de Gramsci, más allá del propósito ideológico de las mismas, es que tienen una extraordinaria utilidad y validez para clarificar cuestiones tan elementales como el poder político y el liderazgo.

La hegemonía es un término que se tienden a utilizar con cierta generalidad e imprecisión, asociándolo a una característica más del poder o a una condición de dominio de un actor político sobre otro. El autor italiano proporciona una visión más integral y compleja del concepto, entremezclando aspectos objetivos e intersubjetivos. Gramsci irá más allá del idealismo de *El príncipe* de Maquiavelo o del determinismo de las bases marxistas (Giacaglia, 2002, pp. 152-153), para plantear no solo lo que debe ser el liderazgo político, sino cómo es y qué implicaciones tiene una situación hegemónica. A partir de estas presunciones, sus reflexiones pueden ser extrapoladas al estudio del poder y la autoridad en la sociedad internacional.

La teoría de Gramsci es provechosa para esta tesis ya que permite enlazar la complejidad del término hegemonía con el liderazgo del Estado saudita en Oriente Medio. A través de este marco teórico se pueden entender mejor las conductas del agente saudita y el proceso de toma de decisiones del reino ante los acontecimientos que están ocurriendo en su entorno. Siguiendo la lógica del autor italiano, el poder político no debe ser comprendido como un objeto o bien externo a la sociedad, cuya disputa se da por una serie de leyes naturales, sino que es un proceso en constante tensión y construcción (Puentes y Suárez, 2016, pp. 454-456), que afecta directa o indirectamente a todas las esferas de la vida. Una posición hegemónica como la de la nación saudita, que perdura durante tanto tiempo, no se construye solamente con la fuerza de las armas, además requiere de otro tipo de mecanismos más sutiles y persistentes.

Desde la perspectiva analítica de la obra de Gramsci, la hegemonía parte de un contexto social donde el poder es ejercido por una determinada clase social sobre otra. El pensador italiano centró su atención en examinar el poder de la burguesía sobre el proletariado, así como intentar desentrañar el auge del fascismo y las posibilidades de una revolución (Noguera, 2011). En el caso saudita, en un primer plano, dicho contexto sería la relación dominante de familia Saud sobre el resto de la población y, en un segundo nivel, la preponderancia del Estado saudita sobre el resto de actores de Oriente Medio. En Arabia Saudí el régimen político y social fue impulsado por los propios Saud, quienes son los responsables de controlar los principales estamentos del Estado, ayudados por el wahabismo y las fuerzas de seguridad y defensa.

En la obra del político italiano se presenta una sociedad dual, donde coexisten dos grandes clases sociales: gobernados y el grupo social dominante (Gramsci, 1971, pp. 180-183). Ligado a la realidad política de Arabia Saudí, la familia reinante es el núcleo que ejerce el poder dentro del Estado saudita -dirigentes o gobernantes-, secundada por los sectores más conservadores de la religión y por otros grupos de la sociedad que también se ven beneficiados del actual orden político. Todos ellos están interesados en preservar el statu quo. Por otro lado, los gobernados serían el resto de la población saudita, sobre la que ejercen su poder los Saud.

Sin duda alguna, la sociedad saudita es mucho más compleja que una reducida clasificación tripartita, pero la síntesis del análisis de Gramsci resulta muy útil para esclarecer cuáles son las dinámicas internas del reino. Asimismo, toda la trayectoria académica que siguió a la discusión de las obras iniciales de Gramsci ha favorecido la extrapolación de sus ideas y praxis de observación al ámbito de las relaciones internacionales (Gill, 1993, pp. 2-5). De esta manera, este recurso es válido para estudiar la política nacional y para comprender las disyuntivas en el poder internacional. La hegemonía del Estado saudita en el contexto regional se origina simultáneamente por procesos internos y por otros en el escenario local y mundial. Todos ellos se encuentran interconectados y se condicionan mutuamente, provocando que el poder de Arabia Saudí esté en un constante proceso de evolución y sometido a diferentes tensiones.

El poder de los Saud fue trascendiendo progresivamente desde el interior del reino a la escala internacional. La familia real aspira a ser los líderes entre los sauditas y referente de los pueblos árabes y musulmanes. Para explicar la hegemonía regional saudita es útil engarzarlo con conceptos claves de la teoría de Gramsci. La hegemonía, la superestructura y el papel de la conciencia son premisas esenciales en su análisis (Femia, 1981, pp. 38-42). Estos términos pueden ser trasladados al campo de las relaciones internacionales y, especialmente, al estudio de la política regional de Arabia Saudí. La monarquía saudita ha logrado moldear un régimen nacional y un orden local congruente con sus intereses, valiéndose tanto de medios violentos como de otros instrumentos menos coercitivos. De hecho, el Estado saudita tiende a hacer uso de la fuerza en circunstancias muy excepcionales, aprovechando otros recursos para afianzar su poder.

El concepto de hegemonía derivado de los escritos del autor italiano sigue generando numerosas controversias, sobre todo, para su aplicación a la realidad política internacional del siglo XXI. Existe una comprensión básica de hegemonía como un modo de supremacía consistente en el dominio o coerción y el liderazgo en la dimensión moral e intelectual (Mouffe, 1979, pp. 179-183). La ciencia política y el estudio de las relaciones internacionales se habían inclinado por estudiar el primer aspecto, desatendiendo e infravalorando la relevancia del segundo. Precisamente, Arabia Saudí y sus estrategias regionales son reflejo de que la hegemonía es construida por la combinación de la fuerza y el dominio discursivo.

Una posición hegemónica de la naturaleza de Arabia Saudí requiere del poder de la violencia pero también de otros recursos no materiales (Bieler y Morton, 2004, pp. 87-89). El ejemplo del Estado saudita es clarividente a este respecto. Otros Estados vecinos cuentan con Fuerzas Armadas y cuerpos policiales tanto o más grandes que los de los sauditas. El control de la población saudita, las fronteras nacionales y la fuerte presencia del Estado en las dinámicas de la zona tiene que deberse a otros factores que no entran dentro de ese llamado liderazgo de coerción. El protagonismo saudita se explica en gran parte por la hegemonía intelectual y cultural, en palabras de Gramsci, que ha logrado alcanzar tanto dentro como fuera de sus fronteras. Arabia Saudí potencia al máximo recursos como la religión, para distinguirse del resto de actores.

La familia real saudí aparte de contar con el monopolio de la fuerza dentro de su territorio, que permite contener movimientos de oposición y crítica, también posee el control de los principales recursos económicos del país y de los medios de producción. Es el Gobierno el responsable directo de la distribución de la riqueza generada, que es utilizado como un instrumento más para los fines últimos del régimen. En esta misma línea, gracias a su coalición con las autoridades religiosas del país, la dinastía Saud consigue que su discurso político domine todas las esferas de la sociedad saudita. Desde el siglo XVIII y su alianza con el wahabismo, los monarcas son conscientes de la importancia de la religión para legitimar su liderazgo.

Para Gramsci, el poder y la lucha por el mismo sobrepasan los límites de las instituciones públicas, descendiendo a todos los ámbitos de la vida cotidiana. Todos los espacios sociales se convierten en centros de influencia y disputa política. Se habla entonces de una dicotomía entre la sociedad civil y la sociedad política, que son las dos esferas que conforman el Estado y se encuentran fuertemente interrelacionadas (Anderson, 1981, pp. 35-37). La hegemonía no se consigue sin el dominio de las instituciones estatales y aparatos de control y fuerza -sociedad política- y la prevalencia sobre estamentos sociales como la educación o los medios de comunicación -sociedad civil-. En este último caso, es imprescindible la superestructura ideológica, entendida como todas esas organizaciones y medios encargados de difundir modelos de pensamiento acordes con el discurso dominante, que sirven para adoctrinar y contener los argumentos críticos.

Las clases dominantes prevalecían en la época de Gramsci porque fueron capaces de articular con plenitud un liderazgo social, cultural, político y económico que les abrió la puerta a consolidar su poder (Thomas, 2013, pp. 27-29). En un grado similar, la Casa de Saud ha podido construir en apenas 80 años un Estado que responde principalmente a sus intereses políticos. Con ello, los príncipes sauditas consiguen dominar tanto la esfera de lo político como lo social. Controlan las principales instituciones del país y la toma de decisiones recae en el rey y su círculo de máxima confianza. Al mismo tiempo, la monarquía y el wahabismo se preocupan de elaborar un discurso que ayude a legitimar la autoridad de la casa real. Esta hegemonía se traslada también a un nivel regional, donde los Saud intentan ocupar un papel referencial en todos los países.

Los comentarios de Gramsci sobre la conciencia y la ideología abrieron un amplio abanico de posibilidades a distintas disciplinas como la sociología, la ciencia política y las Relaciones Internacionales. Estos instrumentos de creación de la moralidad son identificados en su obra en instituciones como el sistema educativo, espectáculos y entretenimientos colectivos, los medios de comunicación o la iglesia, que crean una cultura popular encargada de difundir los conceptos de las clases gobernantes (Billings, 1990, pp. 7-10). A través de estas vías se transmiten unos principios, que condicionan al individuo y su forma de ver el mundo, de entenderse a sí mismo y a su rol dentro del conjunto. Le aportan una clasificación elemental de lo que está bien y lo que está mal, así como el valor del respeto hacia una cierta jerarquía y orden social.

Los Saud apoyan su hegemonía política no solo en la coerción y el uso de la fuerza, sino también la preponderancia ideológica. Poco a poco las ambiciones e intereses de los gobernantes sauditas fueron yendo más allá de sus fronteras. Intentando consolidar su poder en territorios cercanos y entre el mundo musulmán. Los vehículos esenciales sobre los que se apoya su liderazgo y legitimidad regional son los de su potencial cultural y religioso (Chubin y Tripp, 1996, pp. 48-49), sus capacidades económicas y una extensa red diplomática. Las raíces de su modelo ideacional están en identificar a la Casa de Saud como los referentes de los creyentes musulmanes y como los únicos interlocutores válidos ante potencias extranjeras. El reconocimiento de Arabia Saudí como hegemon regional supone reafirmar la autoridad de la dinastía.

En la estrategia regional del reino saudita impera el razonamiento de que cualquier inestabilidad en Oriente Medio puede llegar a tener un efecto negativo sobre la seguridad de su territorio y la estabilidad del régimen. Por eso, el Gobierno de Arabia Saudí busca establecer zonas de influencia donde quede marcada su hegemonía. De la misma forma, cuando estalla la primavera árabe, los sauditas asumen un rol contrarrevolucionario en la región porque, siguiendo las explicaciones de Gramsci, temen que las ideas de cambio entren en el país y provoquen que el consentimiento de las clases sauditas dominadas termine por romperse (Öncü, 2003, pp. 309-310). Un fenómeno como el de las revueltas árabes supone una fractura en la superestructura hegemónica del poder saudita, que está obligado a redefinir su liderazgo en un contexto local en transformación.

1.6. Las relaciones internacionales desde la visión del islam

La disciplina de las Relaciones Internacionales se encuentra dominada por corrientes de pensamiento provenientes de las academias occidentales, en las que el análisis de composición de la sociedad internacional y el comportamiento de los Estados a escala mundial tiene una mayor tradición. Especialmente, son prolíferas las escuelas europeas y de los EE.UU., donde el recorrido histórico de los Estado-nación es más amplio, además de ser protagonistas de dos guerras mundiales, que propiciaron una mayor concienciación de los asuntos continentales y mundiales. La tradición científica sobre esta temática es de una dimensión más novedosa en otras regiones, como Asia o África, lo que provoca que en la mayoría de los casos se formulen explicaciones partiendo de las mismas raíces teóricas que los autores occidentales.

Esta situación no es distinta para el análisis de la política en Oriente Medio y el Magreb, donde la mayoría de los trabajos que reflexionan sobre las relaciones regionales lo hacen apoyados en las principales teorías elaboradas por investigadores estadounidenses y europeos. Existe una hegemonía de las teorías occidentales en las Relaciones Internacionales (Acharya y Buzan, 2010, pp. 17-18), que ha provocado un desconocimiento apreciable sobre otras perspectivas teóricas, que van más allá de la preponderancia de las premisas neorrealistas, neoliberales o constructivistas. Incluso los pensadores de aquellas zonas también tienden a formular sus trabajos desde las bases proporcionadas por las tradiciones del Oeste.

Todo ello induce a que se frenen las posibilidades de desarrollar métodos e interpretaciones propias de cada región. Esta situación genera que haya una mayor difusión de los análisis occidentales sobre un creciente número de temas internacionales, aunque se adolezca de un excesivo eurocentrismo (Buzan y Little, 2010, pp. 211), así como la incorporación de autores no occidentales a líneas de trabajo ya existentes. Esto está siendo el caso del mundo árabe, donde se produjo una ruptura con las tradiciones filosóficas, políticas y teológicas propias de esas poblaciones, para adaptarse a la influencia ideológica que llegó de Europa. No obstante, en los últimos tiempos, está aumentando el número de autores que abogan por incorporar al estudio sobre las relaciones internacionales elementos no presentes en las principales teorías occidentales.

En este trabajo se parte desde las presunciones básicas del constructivismo social, profundizando en torno a la cuestión discursiva de la hegemonía de Gramsci, para el estudio de la creación intersubjetiva de intereses, roles y normas que proporcionan significados a la política internacional. Para dotar de mayor fuerza teórica a la investigación, se recogen aquellas explicaciones que tienen sus orígenes en la tradición islámica. Al tratar Arabia Saudí, un Estado donde la religión tiene un peso esencial en la evolución de sus estrategias nacionales e internacionales, es imprescindible recoger los conceptos o principios del islam, que traten cuestiones tan fundamentales como el poder o las relaciones entre países.

Dentro de la esfera árabe, las fuentes ideológicas que están permitiendo el desarrollo de aportaciones internacionales son esencialmente tres: 1) los recursos extraídos de la tradición islámica y del mismo Corán, como pueden ser el Hadiz (dichos del Profeta), la sunna (hechos del Profeta) y la ijthad (reflexión e interpretación); 2) las aportaciones de los principales líderes políticos e intelectuales de estos países como imitación o reacción ante el encuentro con Occidente y su influencia dialéctica y 3) los intentos recientes de pensadores árabes para generar una vía propia del estudio de las ciencias sociales (Tadjbakhsh, 2010, pp. 176-179). Todo ello, ha derivado en que ciertas conceptualizaciones y elementos de las relaciones internacionales tengan un cariz singular cuando se trata de agentes estatales de confesión musulmana.

Durante el siglo XX, figuras tan significantes como el rey de Jordania Huséin I de Jordania, el coronel Nasser de Egipto, Faisal de Arabia Saudí o Jomeini de Irán aportaron sus propias interpretaciones y versiones a las ideas políticas que llegaron desde Europa y Norteamérica. No obstante, sus discursos no representaron verdaderamente una genuina corriente o aproximación a las relaciones internacionales desde una perspectiva árabe o musulmana, sino que fueron adaptaciones de ciertas premisas llegadas desde el viejo continente, como el nacionalismo, el derecho a la autodeterminación o la soberanía de un territorio. Pese a ello, la construcción reciente de los Estados-nación en Oriente Medio y el Magreb facilitó la oportunidad de construir análisis propios de la política internacional y de la situación regional.

En la tradición islámica, las explicaciones a fenómenos políticos y sociales tienen su origen en los textos sagrados, puesto que en el conjunto de la ley islámica hay referencias prácticamente a todos los aspectos de la vida en sociedad. Estos mandatos morales son entendidos como la manifestación clara y precisa de la voluntad divina en un grado transcendental e inmutable. Válido para juzgar cualquier conducta humana y las cuestiones propias de la convivencia en comunidad (Nasr, 1985, pp. 40-41). De estos fundamentos, proceden las corrientes intelectuales y religiosas musulmanes que abogaban por encontrar las soluciones a las vicisitudes de cada momento en los textos sagrados. En este sentido, la mayor parte de las sugerencias políticas toman como base los dichos y hechos del Profeta para estudiar cada circunstancia.

Desde la ontología islámica no existe una diferencia contundente entre el ámbito político y el religioso, como sí ha ocurrido en la tradición cristiana y en los modelos políticos occidentales (Mandaville, 2007, pp. 10-12). Para los teóricos del islam, todo es parte de un mismo conjunto indivisible e indisoluble que representa la creación de Dios. Por este motivo se han producido tensiones entre los que defienden la necesidad de adaptar los textos a cada tiempo y lugar, y los que mantienen posiciones rigoristas a favor de salvaguardar su literalidad. Esta colisión de interpretaciones se manifiesta en las diversas formas de Gobierno y Estado dadas en los países musulmanes, así como el espacio que ha ocupado la sharia en los sistemas legales de cada uno.

La religión en el estudio de las relaciones internacionales ha sido un elemento olvidado, o bien, tratado como un factor de escasa importancia. En general, las vertientes dominantes occidentales que se acercaron a esta realidad, especialmente los puntos de mira realistas y liberales, se inclinaron por negar la fuerza explicativa e influencia de la religión en el escenario político del mundo moderno (Shuriye, 2011, pp. 13-15). No obstante, la mayoría de trabajos enmarcados en la línea del constructivismo social ponen de relieve la importancia del factor religioso. Más aún, si tratamos regiones de las características de Oriente Medio y Estados de la singularidad de Arabia Saudí, la religión se convierte en un precepto de comportamientos, identidades y conocimientos, que no puede ser obviado al analizar la toma de decisiones de su Gobierno.

Algunos autores occidentales erraron a la hora de discriminar o infravalorar la condición de la religión en las relaciones internacionales, tal vez, debido a las raíces de una cultura política donde el peso de ese componente era cada vez menor. No obstante, en Estados-nación y poblaciones donde el islam ocupa un papel tan central no se puede eliminar dicho recurso, incluso se le debe otorgar un papel considerable. El islam influye en las concepciones sobre las relaciones exteriores de dos formas esenciales, por un lado, se ligan a los textos sagrados las explicaciones a conceptos políticos básicos, como puede ser Estado, guerra, paz o autoridad. Por otro lado, a través de la jurisprudencia islámica, los mandatarios y líderes políticos suelen encuadrar sus acciones, buscando un soporte ideológico desde los que decidir y justificar sus acciones.

El problema fundamental radica en que muchas de las explicaciones provenientes del Profeta, que poseen aclaraciones tanto políticos como sociales, se debieron a la necesidad de responder a problemas concretos a los que tuvieron que hacer frente los primeros seguidores, como pudo ser la organización y gestión de las nacientes comunidades de creyentes o la conquista de ciudades y territorios a los paganos. Los autores musulmanes han tenido que establecer analogías entre términos clásicos como “umma” y “dawlah” a conceptos posteriores como Estado-nación o país (Adiong, 2013, pp. 110-111), ya que las lecturas extraídas del Corán no poseen una argumentación concreta a realidades políticas que surgieron mucho tiempo después.

Estas peculiaridades de la tradición islámica provoca que la respuesta a estas controversias interpretativas se haya escenificado a lo largo de la historia entre tres posturas ideológicas enfrentadas: el modernismo islámico, nacionalismo y fundamentalismo islámico, aunque cada uno respondan a periodos y exigencias sociales distintas (Moaddel, 2005, pp. 326-37). Los dos primeros movimientos intentaron desde mediados del siglo XIX hasta la fecha pero, sobre todo, tras la descolonización a mediados del siglo pasado, vertebrar discursos políticos propios de los pueblos árabes y musulmanes utilizando nociones extraídas de Occidente. Por su parte, los fundamentalistas se han preocupado de desarrollar respuestas conservadoras e intransigentes a lo que consideran vulneraciones de la esencia espiritual de esos pueblos.

De las fuentes islámicas se extraen concepciones muy básicas sobre la organización social y la política internacional, que han tenido un mayor recorrido gracias al trabajo de las diferentes escuelas jurídicas islámicas desarrolladas a lo largo de los siglos. A través del contenido que se encuentra en el Corán se puede llegar a distinguir dos vías de enseñanzas políticas fundamentales: 1) las referidas a la administración de las comunidades de creyentes y 2) las que mencionan las relaciones de los creyentes con otras sociedades no musulmanas. El primer apartado es el que da lugar a todo el cuerpo de constituciones políticas y las normas esenciales que rigen el día a día de las sociedades musulmanas. El segundo grupo, desde el que parte un difuso campo teórico, intenta explicar las relaciones internacionales a través del prisma islámico.

En la mayoría de países musulmanes la arena de la política interna o nacional sigue estando dominada por los preceptos islámicos. La práctica y el funcionamiento de las instituciones de una manera u otra quedan marcadas por la jurisprudencia religiosa. En el nivel internacional, pese a que la mayoría de los líderes políticos aportan discursos con un fuerte componente islámico, su acción se desarrolla siguiendo las reglas y mecanismos heredados del sistema occidental (Berger, 2010, pp. 25-26). La gran parte de los Estados-nación de la región toman como suya la lógica dominante llegada desde el continente europeo, operando sobre los conceptos e intereses propios de cualquier actor estatal en la sociedad internacional. Empero, los Estados de tradición musulmana han ido poco a poco introduciendo matices desde la cosmovisión islámica.

La política exterior de aquellos Estados de Oriente Medio con una sólida base religiosa entremezcla componentes de la corriente secular occidental, donde existe un predominio de los intereses nacionales y la salvaguardia de la soberanía nacional, con otros factores provenientes de sus raíces islámicas. Arabia Saudí que se identifica como una nación musulmana, es un ejemplo claro de esta combinación en la que se postulan los objetivos de los gobernantes y el Estado con la influencia religiosa. Los príncipes sauditas utilizan el wahabismo como herramienta legitimadora de su autoridad y muro de contención de la oposición (Ayubi, 1991, pp. 99-101). El Estado saudita ha sabido perfeccionar con el tiempo el uso de lo religioso con fines políticos

No obstante, mientras muchos Gobiernos del mundo árabe persisten en utilizar el discurso de la fe y lo étnico para justificar sus políticas exteriores y exacerbar sentimientos identitarios, el peso de la figura estatal es cada vez más creciente en las sociedades nacionales. Todo ello está favoreciendo la polarización política de los ciudadanos y el auge de nuevas lealtades e identidades por encima de las tradicionalmente predominantes (Gause, 1992, pp. 456-462). Aunque los conflictos actuales de la región continúan retroalimentándose más por componentes religiosos. El discurso sectario es utilizado como instrumento útil para enmascarar conductas que responden a cálculos políticos. La religión no solo moviliza conciencias, sino que es un factor determinante en la evolución de las agendas exteriores de muchos de estos Estados.

El conjunto de textos sagrados del islam trata sobre cuál debe ser la relación entre los creyentes y los no creyentes, grupo que incluiría fieles de otras religiones monoteístas, politeístas o paganas, pero no lo trata en términos de territorios o poblaciones distintas. La división primigenia se establece entre el mundo regido por la ley islámica –“dar al-islam” o la morada de la paz- y la parte del mundo donde no domina el islam –“dar al-harm” o la morada de la guerra- (Saber, 2008, pp. 125-127). Desde inicios de la expansión del islam, el debate y la controversia para los dirigentes de territorios musulmanes fue cómo debían gestionar la relación con otras zonas donde su religión no era la preponderante. A partir de ahí, se cuestiona en profundidad si puede haber espacio para la cordialidad y la paz con otras sociedades no creyentes.

El término yihad (esfuerzo o lucha) está muy presente en la literatura islámica. Esta palabra es un tema recurrente para los gobernantes de países musulmanes, ya que es un significativo recurso movilizador y legitimador. El problema de este concepto radica en la multiplicidad de sus significados y en el abanico de posibles circunstancias en las que puede llegar a ser referido. En las primeras etapas de la difusión de la palabra del Profeta, la yihad aludía al deber de todo musulmán en la tarea de expandir la auténtica fe y persuadir o someter a los no musulmanes (Bramon, 2017, pp. 65-69). Esa acepción se ha ido enrevesando con el tiempo, con distintos actores políticos y religiosos haciendo uso de ello para diversos fines.

Existe una corriente clásica interpretativa que sigue apostando por una explicación de la esfera internacional desde una comprensión bipolar y belicista del mundo, la esfera del islam –“dar al-islam- que deben defenderse y combatir a los no creyentes (Abo-Kazleh, 2006, pp. 45-51). Sin embargo, otras aportaciones teóricas más renovadoras plantean una imagen menos divisoria, entendiendo que no son dos dominios irreconciliables, sino que pertenecen a un mismo mundo donde la paz debe ser la norma general. De este último razonamiento se extrae una idea de la yihad más acorde con la acepción de lucha interna y esfuerzo personal, relegando la mención de un estado de conflicto. Para este punto la violencia debe ser siempre el último recurso y es una anomalía dentro de las relaciones entre culturas o creencias distintas.

Mientras en el Corán la paz y la guerra están suficientemente explyados, la cuestión de la neutralidad es un asunto poco tratado, orientado por el término “i’itizal” que alude a no involucrarse o tomar parte en un conflicto (Hassan, 2007, pp. 11-12). En definitiva, estos preceptos han guiado durante mucho tiempo la manera de comportarse de los dirigentes de las comunidades musulmanes. Aunque ahora la mayor parte de los actores políticos y los Estados de Oriente Medio se relacionan bajo los prismas políticos y teóricos llegados desde tradiciones extranjeras, no es menos cierto, que la yihad, como deber de defensa o acción de ataque, y la visión reduccionista entre fieles e infieles todavía están muy presentes en muchas de las proclamas de los máximos dirigentes de la zona, entre ellos, los de la Casa de Saud.

Capítulo II

Objetivos de la política exterior de Arabia Saudí

Los objetivos de la política exterior del reino saudita y sus fines dentro del convulso contexto regional se entremezclan con los intereses concretos de la familia gobernante. Estudiar el Estado de Arabia Saudí supone dirigir la atención hacia la dinastía Saud, que desde el siglo XVIII han sido protagonistas de las principales vicisitudes internas de la península arábiga y, sobre todo, desde hace más de 80 años ha marcado el destino político de este país. No existe definición o limitación clara entre los objetivos estatales y las aspiraciones de la Casa de Saud. Este apellido patrimonializa un territorio, una población y un aparato estatal que ellos mismos han diseñado, siempre acorde con sus principales inquietudes y ambiciones.

La toma de decisiones sobre la acción regional de Arabia Saudí depende en última instancia del monarca, quien ejerce un control absoluto sobre las líneas maestras que determinan la trayectoria del reino tanto en el aspecto político como en el religioso. Solo el rey y unas pocas personas de su más estrecho entorno son las responsables de decidir el tipo de políticas a desarrollar por el Estado saudita. Pero el proceso decisorio es mucho más intrincado de lo que se podría llegar a imaginar inicialmente, ya que se produce una confluencia de factores internos y externos, que van condicionando las propuestas y acciones planteadas.

Para comprender el modo de comportarse de los líderes sauditas ante las crisis y desequilibrios derivados de la primavera árabe, resulta imprescindible analizar cuáles son los objetivos sobre los que se cimienta su política regional y que señalan los pasos de sus actuaciones frente a otros agentes y acontecimientos. Esta formulación se compone de un desarrollo recíproco donde hay unas respuestas específicas a los hechos acaecidos en el área regional, pero también toda una serie de medidas orientadas a propiciar un ambiente mucho más favorable a sus intereses. El cumplimiento de esos propósitos, en la medida de lo posible, concatenarán las percepciones de seguridad o inquietud de los altos cuadros del reino, como así ha ocurrido en los últimos tiempos tras la primavera árabe y los conflictos subsiguientes.

Al contrario de lo sucedido en otros Estados vecinos, que han ido alterando su papel en la escena local debido a cambios de Gobierno, movimientos impulsivos de sus dignatarios, iniciativas fracasadas o giros drásticos de alianzas, la política regional de Arabia Saudí ha tenido un cariz homogéneo y conservador durante décadas. Manteniendo constante una serie de principios que han dirigido sus acciones en el exterior y que han compuesto un soporte sólido sobre el que apoyar todas sus aspiraciones. A pesar de que las disyuntivas abiertas en Oriente Medio obligan a una mayor flexibilidad y adaptabilidad en la forma de pensar y ejecutar, no es menos cierto que todavía responden a unos determinados propósitos, consustanciales a la manera de entender la familia Saud su labor en el país y la de este en la región.

2.1. Objetivos e intereses nacionales de Arabia Saudí

Los objetivos de la política regional de Arabia Saudí se enmarcan dentro de su política exterior, que está destinada a cumplir y preservar los intereses nacionales sauditas más allá de sus fronteras. En los últimos tiempos, este concepto ha ido adquiriendo mayor amplitud y complejidad significativas, ampliando el número de elementos que se enmarcan dentro del denominado interés nacional. Ya no se trata de la visión tradicional donde solo se mencionaban aspectos relativos a la seguridad y defensa de puntos estratégicos. En los tiempos actuales las diversas transformaciones en las relaciones internacionales hacen que vayan agregándose nuevas realidades, que implican un enfoque mucho más economicista, social e incluso cultural.

Más allá de atender las fuentes de recursos y suministros, la seguridad de las fronteras nacionales o acuerdos con terceros Estados por un fin geoestratégico, ahora también se mencionan como intereses nacionales los puntos referidos al sistema económico, político y social de cada Estado-nación, que genera, entre otras cosas, una mayor diplomacia económica y atención prioritaria al funcionamiento de las empresas nacionales y sus inversiones en mercados extranjeros. Asimismo, crece la preocupación por el bienestar de aquellos compatriotas que viven fuera del país. Por último, también se busca promocionar ciertos valores o ideales en la sociedad internacional, que se creen representativos de sus principios nacionales (Pham, 2008, pp. 261-262), los cuales deben ser la guía para la toma de decisiones de los Estados.

En aquellos lugares donde los Estado-nación han tenido un desarrollo histórico considerable, como es el caso del continente europeo, uno de los factores más llamativos de esa transformación es la despatrimonialización de los intereses nacionales y la política exterior. El funcionamiento de los aparatos estatales ya no responde a las motivaciones personales del gobernante que ostenta el poder o de una dinastía concreta. Las relaciones internacionales se ejecutan como una cuestión que supera deseos o pretensiones particulares. Para llegar al punto donde los intereses nacionales no hacen referencia exclusiva al porvenir del mandatario o de la familia que ostenta el poder, han tenido que pasar varios siglos de crecimiento y afianzamiento progresivo de esta entidad política.

Arabia Saudí como Estado soberano es una creación reciente de poco más de 80 años, lo que provoca que muchos de sus comportamientos, tanto internos como externos, respondan a un nivel todavía poco evolucionado de la síntesis estatal. Aunque cuenta con un poderoso aparato y sistema burocrático, su organización social y política están aún influenciadas por rasgos que responden más a la diversidad tribal (Yamani, 2008, pp. 143-145), así como al fuerte rol que tiene la religión en el día a día de los sauditas. En este sentido, las relaciones con actores extranjeros y sus acciones en el contexto regional continúan respondiendo a las voluntades y presunciones de la extensa familia Saud, mezclándose los intereses nacionales con los de dicha dinastía.

Estos principios rectores versan sobre la prioridad fundacional de mantener el régimen creado por Abdulaziz bin Saud a principios del siglo XX, que supone implícitamente salvaguardar su poder sobre el territorio limitado dentro de la península arábiga. La soberanía territorial y la cohesión social están ligadas de una forma directa a la legitimidad del clan monárquico. El fundador Ibn Saud y su familia son convertidos en símbolos de la unidad nacional y del propio Estado. Se difunde un discurso construido para reafirmar la legitimidad del poder real (Al-Rasheed, 2004, pp. 193-198). Cualquier amenaza interna o externa para la estabilidad y unidad del país se percibe como un ataque hacia la supervivencia política de los Saud. Cualquier movimiento contestatario al poder de esta familia, es asumido desde el Estado como una seria fricción hacia el modelo que dio origen a la nación y por tanto a la existencia de esta.

Los intereses nacionales sauditas pivotan sobre cinco pilares, que han ido guiando su ascensión en la política exterior a lo largo de estos ocho decenios: 1) defender la soberanía nacional y unidad territorial; 2) asegurar la estabilidad interna del país frente a cualquier factor de tensión; 3) alcanzar el reconocimiento de la comunidad internacional, tanto como nación soberana y como figura referencia de la región y del mundo musulmán; 4) proteger los valores islámicos y el dogma del wahabismo, que es elemento cofundacional del Estado y uno de los pilares sobre los que se apoya el poder de los Saud; 5) la inquebrantable lealtad al monarca, descendiente del fundador, y a su autoridad incuestionable sobre toda la nación.

1) El primer componente es propio a la formación de cualquier entidad política de estas características, siendo uno de los pocos rasgos que Arabia Saudí comparte con otros actores estatales no árabes. Desde su fundación oficial en 1932, la unidad territorial es un aspecto que preocupa considerablemente a los dirigentes debido a las frágiles uniones que configuraron esta entidad política en sus inicios. Tanto por parte de las conductas de las autoridades, que han favorecido en ocasiones la disgregación tribal, como por las costumbres heredadas desde hace siglos, en la sociedad saudita persisten actitudes arraigadas en lazos familiares, étnicos y religiosos, que dificultan la construcción de una sólida entidad nacional.

Esto ha sido un fenómeno común en muchos de los países de la zona que surgen tras la Segunda Guerra Mundial y el proceso de descolonización. Excluyendo algunas naciones como la persa o la egipcia, que poseen un pasado histórico milenario que ha facilitado la construcción de un discurso nacionalista fuerte y una concordancia casi directa entre población y territorio (Lewis, 2000, pp. 54-59). En general, el resto de los actores estatales tienen que han tenido que combinar unas fronteras heredadas del reparto colonial, con poblaciones no habituadas a convivir bajo unos parámetros que no responden a sus hábitos más tradicionales. Este hecho motiva que Arabia Saudí y otros Estados, como los distintos emiratos del Golfo, tengan un extremo recelo a la hora de ceder soberanía nacional, perder competencias estatales o ver peligrar su extensión territorial.

El interés por la soberanía nacional y la unidad territorial se traduce en dos objetivos de la política regional muy concretos. Por un lado, la defensa de sus fronteras nacionales, una misión complicada y no exenta de tirantezas teniendo en cuenta el ambiente tan voluble en el que se asienta Oriente Medio desde hace décadas. Por otro lado, evitar cualquier injerencia externa o influencia ideológica que pueda desestabilizar el reino. Convirtiéndose este último en una de las mayores preocupaciones de los dirigentes sauditas, más aún tras la primavera árabe (Jahner, 2012, pp. 45-46). Se considera que cualquier forma de influencia ajena puede incentivar desequilibrios en el delicado orden interno y erosionar los cimientos sobre los que se apoya la autoridad y legitimidad del monarca y la Casa de Saud, por lo que resulta fundamental para el régimen controlar o vigilar los posibles actores disonantes.

Ambos propósitos desencadenaron que la política regional sea cada vez más compleja y amplíe sus ámbitos de acción. La mentalidad defensiva que predominó en la estrategia de Riad duramente los primeros momentos de su existencia, evolucionó de una manera radical a partir del Gobierno de Faisal (reinado 1964-1975), que introdujo un enfoque más complejo y ofensivo a la acción exterior. Según esta lógica, cualquier incidente que llegará a ocurrir en sus proximidades, se podría convertir en una amenaza real para la propia integridad territorial y estabilidad interna saudita. Por ello, Arabia Saudí fue asumiendo una mayor presencia en los países vecinos, con especial dedicación en los que sería sus socios del CCG.

Los gobernantes sauditas no pueden permitir un foco de inseguridad e incertidumbre próximo a su territorio, por eso reaccionaron con tanta celeridad a las revueltas ocurridas en Bahréin en 2011 o al conflicto bélico de Yemen en 2015. El archipiélago de Bahréin, el siempre dividido país yemení, Omán, Catar, E.A.U. y Kuwait, son lugares considerados como primordiales para la política regional saudita (Alasfoor, 2007, pp. 124-16). Los Saud siempre tan renuentes a que cualquier otro actor pueda llegar a inmiscuirse en sus asuntos, quieren ejercer una abrumadora influencia en las cuestiones internas de estos países, motivados por esa actitud preventiva de que su territorio no se vea golpeado por tensiones ajenas.

Como la primavera árabe puso de manifiesto, cualquier inestabilidad que sacuda algún área de Oriente Medio puede tener efectos generales y propagarse por todos los países de la zona. Esta concepción de un juego de fichas de dominó, que pueden ir cayendo una tras otra, está muy presente en las estrategias de seguridad y defensa de Riad, que no solo se manifiesta en esos objetivos iniciales de asegurar su soberanía y unidad territorial, sino también en cortar de raíz cualquier injerencia externa. Este último aspecto no se limita únicamente a controlar y limitar la presencia de intereses externos dentro del país, además el Gobierno saudita presta gran atención a los cambios que se producen en el entorno y que pueden derivar en que la población saudita se vuelva más exigente y crítica con sus gobernantes.

2) Estrechamente ligado a este interés nacional por salvaguardar la soberanía y unidad territorial, trasladado a los objetivos de proteger las fronteras y cercenar cualquier injerencia externa, se encuentra también otro importante principio como es el de la estabilidad interna, que no solo tiene sus márgenes de actuación dentro del país, sino que se traslada a las vicisitudes regionales. Esta proposición es elemental para seguir asegurando el modelo de monarquía absoluta diseñado por los Saud, ya que se estima que cualquier brecha no controlada incidiría en su legitimidad como gobernantes. Por eso, todas las reformas que poco a poco se introducen en la política, economía y sociedad saudita, por muy pequeñas que sean, son conducidas desde arriba, contando con una detallada planificación y un análisis de los posibles efectos.

En este sentido, existe el vínculo lógico que, si el contexto regional es favorable a los intereses de Riad, circunscribiéndose a un marco más o menos predecible, estable y preciso, el contexto nacional será mucho menos incierto y seguro. Las autoridades sauditas se han esforzado durante todo este tiempo por preservar un cierto orden regional (Kinninmont, 2016). En primer lugar, para que fuera acorde a sus intereses nacionales, pero también para que la inestabilidad no supusiera ninguna amenaza para el orden político y social interno. De esta forma, los objetivos regionales en este aspecto han girado en torno a mantener un statu quo local propicio y reforzar la presencia saudí en aquellos lugares donde un incidente tendría un efecto directo en el suelo saudita.

Desde que en la década de los setenta Reino Unido abandonara su presencia colonial en el Golfo, Arabia Saudí limitó una zona de influencia o área primordial, que siempre ha defendido con extremo recelo y que considera esencial mantener para su liderazgo regional y su estabilidad interna. Los Estados miembros del CCG y Yemen son puntos clave para la defensa y la seguridad interior del reino (Nonneman, 2006, pp. 331-332). Comparte frontera con estos países, además sus gobernantes comparten fuertes vínculos personales y familiares. Han sido tradicionales aliados de Riad, pero en los últimos tiempos algunos Estados intentan distanciarse de la política exterior saudita, buscando alcanzar su propio espacio en las relaciones regionales. Este hecho está provocando una importante disensión en el seno de la organización.

El cariz hegemónico que adquiere Arabia Saudí provoca que su atención no se dirija con exclusividad a los países más cercanos, sino que también se oriente hacia las principales dinámicas de toda la región. Este hecho le ha llevado a ampliar sus concepciones de posibles peligros y amenazas, así como los objetivos de su política regional. Esta tendencia se agudiza si detrás de cualquier cambio o movimiento que se produzca en la zona, Irán puede conseguir algún provecho y apuntalar también su posición preponderante. Uno de los mayores temores del Gobierno saudita es que sus fronteras o incluso su solidez interna, pueda verse alterada por algún movimiento de influjo iraní, lo que sin duda alguna debilitaría su posición de líder, ya que se entiende que los intereses de Riad y Teherán son contrapuestos.

La inclinación de Arabia Saudí por mantener cierto orden en las relaciones regionales viene impulsada por dos razones elementales. Primero, porque la nación saudita ocupa una posición preponderante que le ha permitido hasta el momento ir perfilando la agenda política de Oriente Medio, siempre acorde con sus intereses. Segundo, porque esa consistencia en el contexto local le proporciona seguridad y certidumbre en sus estrategias, lo que facilita su labor tanto a escala internacional como nacional. De ahí viene la acostumbrada actitud de los dirigentes sauditas de reaccionar como motores contrarrevolucionarios en muchas de las disyuntivas abiertas en los países vecinos, sobre todo si Irán puede estar detrás de ellos. Principalmente porque consideran que en la actualidad Teherán representa el único polo alternativo a su hegemonía.

3) Esta reflexión conduce al siguiente interés nacional de gran transcendencia para los monarcas sauditas, el reconocimiento de la comunidad internacional. Este principio hace referencia a la necesidad que tienen los mandatarios de este país no solo de alcanzar una situación de preeminente poder más allá de su propio territorio, sino que exista un consenso generalizado en el extranjero de su autoridad política y religiosa. Con el estrecho ligazón que se da entre la razón de Estado y los objetivos de la dinastía, asumir que Arabia Saudí tiene un papel protagonista supone admitir la transcendencia de la figura de los Saud en el mundo árabe y musulmán. Convirtiéndose así en otra manera de garantizar su supervivencia en el trono.

Para ello, es esencial lograr dos objetivos básicos para una potencia regional: el liderazgo en la región y el reconocimiento de su peso en la idiosincrasia islámica, tanto del resto de naciones como de otras potencias extranjeras. Esta primacía se vio amenazada durante la década de los cincuenta y sesenta por el Gobierno de Nasser en Egipto y, desde la revolución de 1979, por la República Islámica de Irán (Joffe, 2009, pp. 60-61). Ambos Estados presentaron modelos políticos contrapuestos al de Arabia Saudí. El arquetipo egipcio con un componente secular y nacionalista, convertido en el emblema del panarabismo. El modelo iraní de los ayatolás con un poso religioso tan fuerte como el que tiene la familia Saud, pero con una estructura política y una estrategia internacional que difiere de sus homólogos sauditas.

La consecución por el liderazgo regional no implica únicamente el reconocimiento del resto de actores de la zona, sino también el de potencias extranjeras. Arabia Saudí ha buscado ser tomada como referente del mundo musulmán entre los propios musulmanes y como hegemón de las naciones árabes dentro de la sociedad internacional (Hartmann, 2016). El fin último es que cualquier solución que se dé a los acontecimientos que ocurren en Oriente Medio, pase por la consulta al Gobierno saudita. De esta forma, se asegura ser un interlocutor fundamental en las principales disyuntivas regionales y que su palabra sea tenida muy en cuenta. De hecho, la experiencia le ha demostrado a EE.UU. que necesita aún contar con el respaldo, directo o tácito, de los saudíes para emprender acciones en este enclave.

4) Otro elemento básico de la política regional saudí es proteger la particular interpretación del islam que predomina en el país. La mayor parte de su población pertenece a la corriente religiosa sunnita, la rama musulmana mayoritaria en todo el mundo. Sin embargo, dentro de los sunitas existen multitud de escuelas y dogmas, entre los que destaca el wahabismo, que cuenta con un número creciente de adeptos gracias al soporte político y económico de la familia Saud y otras figuras sauditas. La simbiótica relación entre el dogma wahabita y la Corona saudita es centenaria. No obstante, fue a partir de finales del siglo pasado cuando comenzó a potenciarse su discurso fuera del país, tanto en toda la franja árabe como en otras partes del planeta.

La doctrina religiosa wahabita no solo da una particular visión religiosa, sino que también aporta un imprescindible soporte ideológico al poder de los Saud. Por su parte, la familia reinante se ha encargado de proteger la interpretación de Wahab, que siempre es divulgada en concordancia con sus intereses políticos. El wahabismo ha sido esencial para asentar el poder político de los Saud sobre las divisiones tribales del país (Halliday, 2002, pp. 47-49), impulsar el Estado saudita y convertir a la familia real en un referente religioso del mundo musulmán. Este hecho provoca que la política regional saudita se recojan dos ideas esenciales, por un lado, la divulgación de esta interpretación del islam y, por otro lado, la potenciación de grupos afines mientras se contraargumenta a aquellos sectores políticos y religiosos considerados como críticos.

El wahabismo ha resultado ser una herramienta útil para los distintos monarcas sauditas por dos motivos: A) por ser un discurso que favorece y legitima el poder de esta dinastía, particularmente entre la propia población del país; B) al mismo tiempo, sirve para contrarrestar el liderazgo de otros actores en la región, que han intentado o quieren convertirse en referentes del mundo árabe y la esfera musulmana. Esta última circunstancia se dio en los años cincuenta y sesenta cuando dominó el discurso panarabista árabe con connotaciones socialistas y antimperialista, bajo la figura de Nasser en Egipto (Bronson, 2005, pp. 378-380). Más adelante, tras la revolución de Jomeini, la República Islámica de Irán emerge en los ochenta como un punto de encuentro para los musulmanes, contrarrestando el modelo político y religioso presentado por Arabia Saudí.

La tensión política y religiosa con Irán sigue aún latente, incluso se ha agudizado tras la primavera árabe y los diferentes frentes de inestabilidad que están presentes en la zona (Fernández, 2013). Pero también el wahabismo ha servido como cortafuego de otros movimientos, que plantearon posturas revisionistas y que querían convertirse en nuevos referentes de luchas islámicas. Esto ocurrió durante la década de los noventa y principios del siglo XX con distintas fuerzas salafistas, o grupos terroristas como Al Qaeda. Ahora en estos últimos cuatro años con el autoproclamado Estado Islámico. Tanto la organización de Bin Laden como el Daesh se muestran muy críticos con el poder de los Saud, considerándolos traidores al islam, por ser aliados de poderes como el estadounidense, y gobernantes ilegítimos de tierras sagradas.

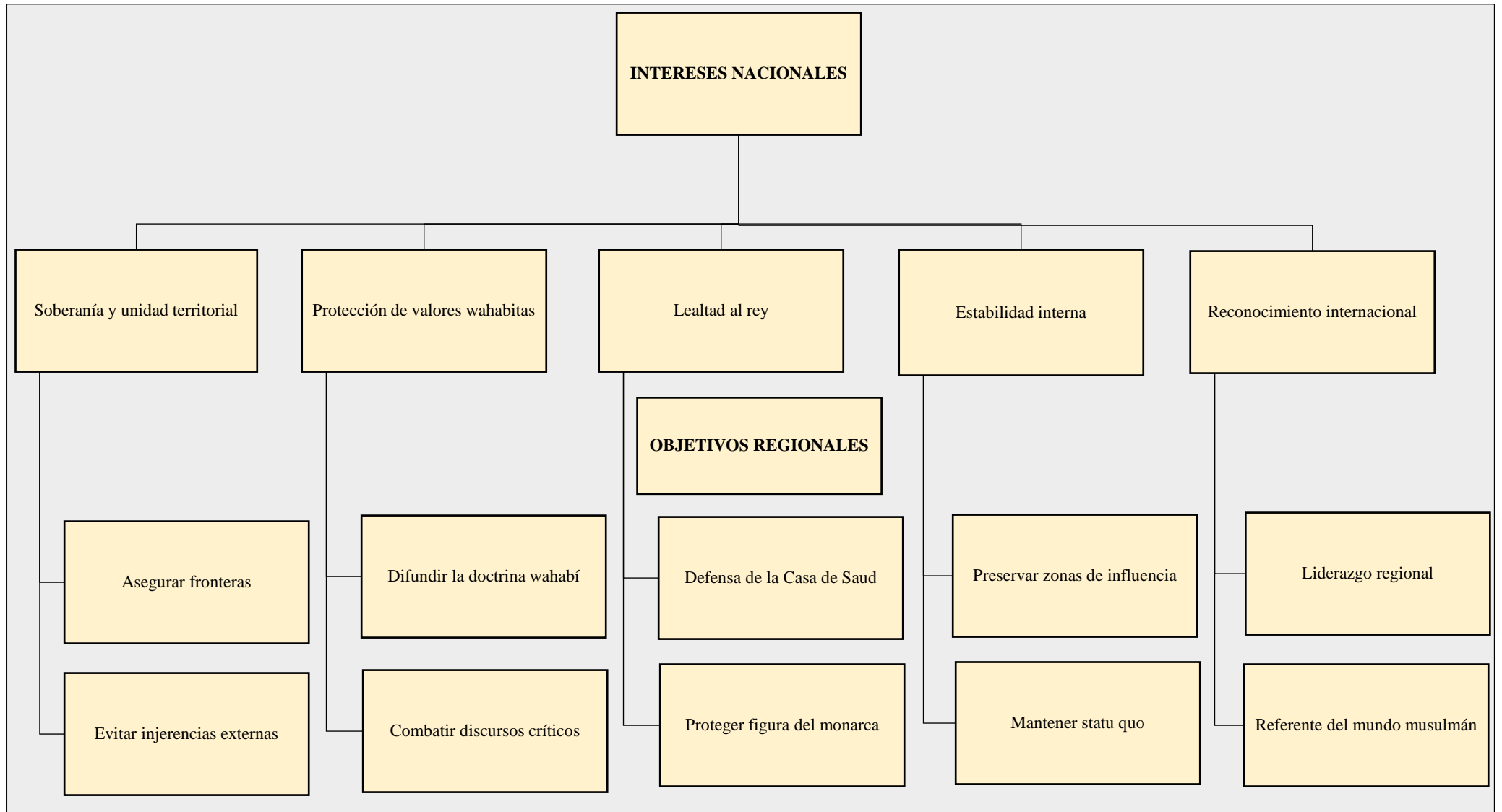
El proselitismo que se ejerce desde Riad del wahabismo no está exento de polémicas. Esta corriente representa una vertiente conservadora y ortodoxa del islam. Choca en principio con otras vías mucho más aperturistas y progresistas, por lo que el establecimiento de grupos afines a esta doctrina, que cuentan con el respaldo de las autoridades sauditas, no es visto con buenos ojos por parte de otros Gobiernos (Blanchard, 2008). Los lazos que algunas de estas congregaciones han llegado a tener con grupos violentos y terroristas, provoca que ciertos aliados del Estado saudita, incluso miembros de la propia familia real, cuestionen esta estrategia. Pese a ello, los distintos soberanos han continuado trabajando sobre esta línea que, en muchos casos, representa el ejemplo más nítido del poder blando desarrollado por Arabia Saudí.

5) El wahabismo y la figura del rey Saud son los dos elementos cofundacionales de este país. Desde el origen del Estado los príncipes sauditas se han preocupado de fomentar la lealtad de sus súbditos, que se encontraban disgregados en diferentes clanes. Al mismo tiempo que han buscado siempre el reconocimiento de actores extranjeros. Los objetivos regionales acordes a este interés nacional se plasman en dos vías de actuación: 1) trabajar sobre el resto de vecinos estatales y no estatales, así como otros agentes extranjeros, para que se admita de facto al monarca Saud como único representante político de la nación; 2) cercenar cualquier cuestionamiento o crítica sobre el modelo del régimen y sobre el control que ejerce la familia real sobre la nación.

La patrimonialización de la Jefatura del Estado en Arabia Saudí provoca que el poder no recaiga solamente sobre un hombre, sino que es toda una familia la que controla la vida política y social del reino. La posición preferente que ocupa la amplia dinastía Saud en los distintos niveles políticos y religiosos, les convierten en una clase social distinguida sobre el resto de los ciudadanos sauditas (Clarfield, 2011). El control de los príncipes Saud de toda la Administración pública, con especial atención en los campos de la seguridad, los servicios de inteligencia, el ejército, la economía y las relaciones internacionales, genera que el resto de los actores estatales y no estatales tengan que interactuar con los miembros más poderosos de la realeza. De esta forma, el resto de agentes asumen y reconocen el poder dominante que tienen en el reino saudita.

Cuando se trata de defender el emblema monárquico no solo se está protegiendo la autoridad del monarca que ocupa el trono en ese momento, sino toda una dinastía que mantiene el control de las institucionales estatales (Champion, 2003, pp. 72-74). El cuestionamiento de la monarquía o de sus dirigentes, supone plantear la duda sobre la pervivencia de los Saud como la única autoridad política de la nación. Ello conllevaría reconfigurar la identidad nacional planteada sobre una corona, un dogma religioso y un territorio. Arabia Saudí no solo necesita que se le acepte de facto como líder regional en el ámbito político y religioso desde la perspectiva de Estado, también vela porque sea al rey Saud a quien se le tome como único interlocutor válido y representante exclusivo de una soberanía nacional y un Estado.

Gráfico 4: Intereses nacionales y objetivos regionales de Arabia Saudí



Fuente: Elaboración propia

2.2. Evolución de la política regional tras la II Guerra Mundial

La evolución de la política regional de Arabia Saudí a lo largo de la segunda mitad del siglo XX y principios del XXI, es la propia de un Estado que va progresivamente adquiriendo una relevancia mayor a escala local e internacional. En este peculiar progreso se consiguen distinguir cinco etapas: 1) los inicios de su política exterior durante la década de los cuarenta y cincuenta; 2) la transformación política emprendida por el rey Faisal; 3) el ascenso como potencia regional en los setenta y ochenta; 4) la consolidación como referente del mundo musulmán antes del nuevo siglo y 5) la estrategia regional tras la primavera árabe. En definitiva, la trayectoria de un país que llega a convertirse en líder regional y ahora no desea perder esa preponderancia.

Existen diversas fases históricas que son trascendentales para el ascenso de Arabia Saudí a escala local. Desde su estratégica alianza con EE.UU., a una variación radical de política interna y exterior que plantea el rey Faisal. Más adelante reforzaran su imagen como líder, la revolución iraní y su enfrentamiento con el hegemon estadounidense, así como el decaimiento de Egipto como referente regional. Ya entrado el nuevo siglo, la amenaza yihadista y todos los acontecimientos surgidos tras el convulso 2011 amenazarán su posición hegemónica. Estos episodios obligan a redefinir la política aplicada por el Gobierno saudita, asentado a lo largo de este tiempo en la defensa y promoción de unos intereses nacionales concretos.

A lo largo de la reciente historia del país, un rasgo habitual entre los diferentes monarcas del reino ha sido el de mantener una actitud reactiva en vez de proactiva ante los desafíos en el entorno, actuando siempre desde posiciones defensivas. Es decir, Arabia Saudí en escasas ocasiones ha ocupado una función de foco de cambio o transformación en el panorama regional. Al contrario, ha sido habitual que fuera una de las mayores resistencias y fuerzas contrarias a alteraciones radicales en Oriente Medio. La imagen para los sauditas de la infinidad de crisis producidas en la región recientemente, es percibida como un conjunto de peligros y amenazas para su poder. En muy pocas circunstancias está viendo oportunidades para ampliar su influencia y supremacía.

Esa cautela en las actuaciones a nivel regional ha variado de una manera drástica bajo el reinado de Salmán a partir de enero de 2015. Este monarca confía la política exterior del reino en la estrategia diseñada por su hijo Mohammed bin Salman, quien ha decidido dar un paso adelante ante un contexto que se ha vuelto corrosivo para los fines sauditas y que no le permite seguir manteniendo un perfil tan bajo o inactivo. Como ocurriera en los años sesenta con el carismático liderazgo de Nasser, así con el ascenso a escena de Irán bajo el discurso de Jomeini, que fueron percibidos como fuertes competidores; actualmente, Arabia Saudí se encuentra sometida a la tesitura de tener que mover ficha no solo para salvaguardar lo logrado en todos estos años, sino para no perder su espacio de hegemonía en el mapa regional.

2.2.1. El Estado saudita y los primeros desafíos regionales (1945-1964)

Los primeros años de la nación saudí como Estado soberano estuvieron caracterizados por el fortalecimiento de la monarquía dentro de su territorio y por un escaso protagonismo en las relaciones regionales e internacionales. Hasta la Segunda Guerra Mundial, el enclave de Oriente Medio había caído en una lógica de reparto colonial entre dos potencias europeas, como eran Francia y Reino Unido, junto a un Imperio Otomano en claro retroceso. La península arábiga era una extensa franja de territorio bajo el protectorado británico, si bien es cierto que este solo había mostrado interés por la costa del Golfo y por los primeros yacimientos de petróleo descubiertos en la zona oriental. Su presencia apenas se había hecho notar en el interior y tampoco se había inmiscuido en las luchas tribales que por entonces dominaban el gran desierto.

El gran conflicto bélico tuvo escasa repercusión en el nuevo Estado que surgía de la mano de Abdulaziz bin Saud, sin embargo supuso el reequilibrio de fuerzas en la región y el ascenso de nuevas potencias en sustitución de las viejas a nivel mundial. El año 1945 marca un punto de inflexión en la sociedad internacional, en las relaciones regionales y en la política exterior saudí. El espacio ocupado por Reino Unido pasa casi de manera automática a ser monopolizado por EE.UU. (Pollack, 2002, pp. 78-79). El nuevo hegemon que tendrá desde entonces una presencia determinante en la zona. Paralelamente surge del proceso descolonizador una amalgama de Estados con diferentes formas de Gobierno y fronteras, en muchos casos, creadas ad hoc.

Hasta entonces el rey saudita había mantenido una actitud discreta en las relaciones regionales, centrado en fortalecer su poder dentro un territorio, que acababa de ser unificado tras décadas de luchas tribales. A partir de 1945 cambian las expectativas y las preocupaciones de Riad, gracias a su estratégica alianza con EE.UU. y la creación de la Liga Árabe, una entidad política a la que los sauditas se unen, aunque la idea fue auspiciada por Irak, Siria y Jordania (Pinfari, 2009, pp. 2-3). En este punto, la creación del Estado de Israel supondrá un tremendo impacto para la opinión pública árabe y para unos dirigentes que acababan de asumir la autonomía de sus Gobiernos, convirtiéndose desde ese momento en un tema recurrente en la agenda regional.

El fundador de Arabia Saudí partirá de tres premisas básicas, que seguirá su hijo y sucesor a la corona, Saúd bin Abdulaziz (reinado 1953-1964), para ir desarrollando poco a poco su política regional, aunque con unos objetivos por entonces poco ambiciosos. Por un lado, pivotar sus estrategias de seguridad y defensa en torno a la relación con Washington, que será también fundamental para el crecimiento de su economía y su expansión comercial. Segundo, apostar por el entendimiento inicial con el resto de actores estatales regionales, independientemente del modelo de Gobierno o ideología que encabezaban sus líderes, apostando por el acuerdo y la no beligerancia dentro del marco de la Liga Árabe. Por supuesto, de esta intencionalidad quedará excluido desde el inicio el Estado israelí, a quién le mostrarán todo su rechazo.

La tercera premisa consistiría en mantener una actitud reservada y cauta para evitar tensiones o controversias con terceros Estados, no participando en la primera línea de los conflictos locales. Esta estrategia debía perdurar hasta que Arabia Saudí contara con las suficientes capacidades para hacer frente a los retos locales y pudiera jugar un papel más significativo. Estos tres ejes marcarán la gestión internacional tanto del primer monarca como la de su hijo y sucesor, pero serán alterados con la llegada en los años sesenta de Faisal bin Abdulaziz (reinado 1964-1975), quien establecerá una línea de actuación mucho más activa, marcando el inicio de una nueva etapa. Faisal pone las bases para que en las décadas siguientes el reino pueda postularse con fuerza por el liderazgo regional y por un papel protagonista en la escena mundial.

En un primer momento, la monarquía no quería embarcarse en una prolífera actividad regional que pudiera erosionar la frágil estabilidad interna. La preocupación esencial de los dos primeros monarcas estaba en afianzar las bases del régimen desde dentro. Para esta labor fue fundamental el vínculo tan estrecho que se logró alcanzar con los estadounidenses (Bowen, 2008, pp. 110-112), lo que les permitió desentenderse en cierta manera de las cuestiones cercanas a sus fronteras. Esta estrategia es lo que explica que Arabia Saudí rehuyera involucrarse con más contundencia en el frente común árabe contra el Estado de Israel, o bien, que dejara que fueran otros los que comenzaran a asumir el papel de líderes en Oriente Medio.

La poca actividad inicial de los sauditas contra Israel se explica también por su temor a que la alianza con EE.UU. se viera afectada, tampoco tenían estructuras militares suficientes para hacer frente a una contienda de esa magnitud. Además, el panarabismo que comenzó a avanzar por amplias áreas de Oriente Medio como ideología emancipadora durante los cincuenta, tuvo en la contienda contra Israel un poderoso acicate. Esta circunstancia no fue bien vista en la esfera de la Casa de Saud, que rechazaba esas tesis políticas. Las diferencias con ese movimiento árabe se reflejarán en sus tensas relaciones con el Gobierno nasserista durante los sesenta (Schenker, D. y Henderson, S, 2009). Por entonces, la familia reinante estaba preocupada en la construcción de una lealtad nacional dentro de su territorio y no compartía en absoluto el plan regional de Egipto.

A mediados de los setenta Arabia Saudí se apropiará de ese espíritu panarabista, pero aportando un contenido acorde con sus intereses e introduciendo un trasfondo más religioso y menos secular. Sin embargo, en pleno auge de este fenómeno, a principios de los años cincuenta, desde la capital del reino se observó con temor y cautela como algunas de las débiles monarquías vecinas que habían surgido tras la Segunda Guerra Mundial, comenzaban a caer en procesos revolucionarios. La mayoría de estos cambios políticos estuvieron acompañados por el entusiasmo generalizado de las poblaciones. Para la caída de los antiguos regímenes fue esencial el papel jugado por el ejército, convertido en motor de la revolución, y por formaciones políticas que construyeron un programa basado en las premisas socialistas y nacionalistas llegadas desde Europa.

El régimen saudí consiguió evitar estas soflamas revolucionarias gracias a que sus Fuerzas Armadas aún tenían una capacidad muy limitada y sus oficiales poca preparación, lo que impedía que fueran propulsores de posibles levantamientos. Asimismo, entre su población no había aún una gran actividad política. Desde hacía más de treinta años, la familia real se había preocupado por enraizar su poder dentro de las fronteras nacionales, cercenando cualquier oposición. Estos movimientos y la convulsión en la zona convencieron al sucesor en el trono, Saúd bin Abdulaziz, de la necesidad de seguir manteniendo una política regional de bajo perfil, sustentada en los pilares de prevención y cautela que ya señaló su padre. Para el nuevo rey el contexto, tanto interno como externo, era aún poco favorable para aventuras de mayor calado.

Esta suposición hará que Arabia Saudí quede durante más de una década en un segundo plano de las relaciones internacionales y regionales. A esta situación no ayudó la figura de un rey que fue acusado de tener dotes poco propicias para el Gobierno y una personalidad mucho menos carismática que la de su padre. En esos años, Oriente Medio encontrará su referente en el Egipto del joven general Gamal Abdel Nasser, quien postulará un liderazgo y modelo político que tendrá seguidores en distintos países de la esfera árabe (Sharnoff, 2011). En un principio, sus planteamientos ideológicos contraponían otros más conservadores como los de la Casa de Saud, quienes no compartían las premisas nasseristas heredadas del socialismo europeo.

El monarca Saúd bin Abdulaziz, quien asumió el cargo en 1953, mostró un talante inseguro hacia Nasser y el resto de nuevos jefes de Estado que se erigieron en el resto de países cercanos. La mayoría de ellos presentaban un discurso totalmente diferente a la ortodoxia saudita. Dentro del momento más álgido de la Guerra Fría, Oriente Medio no pasó desapercibida a estas circunstancias mundiales de polarización, muchos de estos nuevos Gobiernos, que tenían un cierto tinte socialista, empezaron a establecer fructíferos lazos con la URSS, algo que preocupó sobremanera a la inteligencia estadounidense (Bokhari, 2017). No obstante, Washington encontró en Riad y Teherán sus dos mejores aliados en la zona, que les sirvieron como puntos estratégicos esenciales para asegurarse los vastos suministros energéticos de las dos orillas del Golfo.

A finales de los cincuenta, dentro de la amplia dinastía saudita comenzó a surgir una fuerte oposición al monarca, por su casi inactividad en la política nacional y regional, así como por señalar a sus hijos en puestos de responsabilidad en detrimento de sus hermanos (Al-Rasheed, 2018a, pp.52-54). Posteriormente, a inicios de la década de los sesenta, Arabia Saudí afrontó una profunda crisis económica, que acrecentó el malestar entre la población al ver a otros países vecinos como ejemplos de desarrollo mientras ellos seguían claramente estancados. Además, la contención que mostraba la diplomacia saudita en Oriente Medio estaba favoreciendo que Egipto ocupara cada vez más cuotas de poder, quedándose Arabia Saudí excluida de los grandes debates regionales. Esta sensación se incrementó por la falta de iniciativa gubernamental en organismos como la Organización de los Países Exportadores de Petróleo (OPEP) y la Liga Árabe.

2.2.2. La revolución del rey Faisal (1964-1975)

La llegada al trono de Saúd bin Abdulaziz supone el primer gran cisma entre la familia, pues muchos de sus miembros incluidos hermanos directos, no le consideraban apto para el cargo y menos para seguir con el legado establecido por su padre. Tan solo diez años después de empezar su reinado, el clima político saudí se encontraba dividido entre aquellos que seguían apostando por la fidelidad al vigente monarca y otros que consideraban necesaria una modificación urgente en el Gobierno. Esta disputa no era una mera lucha de poder entre hermanos de un mismo clan. Ambos representaban posiciones contrarias dentro de la élite del país. Estas divergencias tenían sus raíces a la hora de cómo afrontar las vicisitudes que golpeaban Oriente Medio, así como qué medidas desarrollar para buscar la modernización económica del país.

La posición de Saúd bin Abdulaziz consistía en conservar un perfil bajo en política regional, alejándose del primer plano y cediendo el protagonismo a otras potencias como Egipto. Sin embargo, su inactividad en el escenario internacional y los problemas que comenzaban a acuciar en el interior (Riedel 2018, pp. 32-24), hicieron cada vez más difícil secundar una gestión que para gran parte de los príncipes sauditas resultaba deficiente. Los críticos, liderados por su hermano Faisal bin Abdulaziz (reinado 1964-1975), planteaban una profunda revisión de los postulados que estaban guiando al Estado saudita. Consideraban urgente que Arabia Saudí comenzara a tener mayor actividad en los acontecimientos que se sucedían en los países vecinos.

La Guerra del Sinaí (1956) encumbró a Nasser como la figura más sólida del mundo árabe y a su proyecto de República Árabe Unida (UAR). Aunque siempre fue visto con desconfianza por las autoridades sauditas por representar una forma política distinta a su monarquía tradicionalista, conservadora y religiosa (Gause, 2009a), el rey Saúd bin Abdulaziz parecía asumir de forma implícita un status de subordinación con respecto al Gobierno egipcio. Este hecho creó malestar entre los familiares más reacios a tal estrategia, que comenzaron a agruparse en torno al príncipe Faisal. Este grupo entendían como una muestra de gran flaqueza, el escaso ímpetu que estaba mostrando la Corona en defender los intereses sauditas ante el avance de El Cairo.

El malestar alcanzó su máximo nivel cuando en 1962 estallan sendos conflictos bélicos en países fronterizos con Arabia Saudí, tanto en Omán como en Yemen. En este caso los militares egipcios no dudaron en involucrarse en la contienda (Ferris, 2015). El cisma se agudizó entre los familiares que seguían apostando por la contención y la no intervención, frente los que veían inevitable que el Gobierno debía intentar imponer ciertas restricciones en las dinámicas regionales, apostando por defender con más vehemencia sus intereses, principalmente frente a Nasser. Esta brecha interna se manifestó claramente cuando el omnipresente ejército egipcio se involucró en el conflicto de Yemen. Esta acción fue considerada toda una amenaza para la seguridad del reino saudita. Incluso EE.UU. comenzó a mostrarse favorable de un cambio de poder en Riad.

Desde Washington se vio con preocupación la deriva que estaba tomando la política de Egipto como la situación interna en Arabia Saudí. La nación egipcia mantenía una estrecha colaboración con la Unión Soviética, a pesar de ser miembro de los Países No Alineados. Bajo el liderazgo del general Nasser alcanzó un protagonismo tan exacerbado en Oriente Medio, que parecía que no existía otro actor local que pudiera contrarrestar su influencia. Por su parte, el reino saudita se encontraba sumido en luchas palaciegas, bajo un monarca que se mostraba incapaz de resolver los graves problemas económicos y financieros del país (Vassiliev, 2012, pp. 215-218). Solo los Saud y Reza Pahlavi en Irán eran los únicos Gobiernos, que podrían llegar a hacer sombra y reducir el alcance del nasserismo y otros movimientos revolucionarios parecidos.

En 1962, aprovechando la ausencia de su hermano del país, Faisal constituyó un gabinete de Gobierno alternativo junto a algunos de sus hermanos de máxima confianza y cesando a los hijos de Saúd bin Abdulaziz. Promovió en unos pocos días una serie de medidas y reformas orientadas a mejorar la economía del país, la exigua Administración estatal y a reducir los poderes del monarca. A su regreso, el aún rey rechazó estas políticas, pero se encontró con la fuerte oposición de gran parte de sus familiares, cargos religiosos y la mayoría de los oficiales y miembros de la poderosa Guardia Nacional. Tras dos años de duras presiones internas, siendo Saúd incapaz de ejercer en la práctica su cargo, terminó abdicando en 1964 en favor de su hermano Faisal. Comenzaba así una nueva fase en la política saudita que resultaría crucial en su historia.

El reinado de Faisal (1964-1975) tiene transcendencia vital para el Estado moderno del Reino de Arabia Saudí. Su padre fue el fundador de la nación y su labor durante más de cuarenta años fue la de unificar una tierra habituada a la disgregación y constantes luchas. Su hermano Saúd tuvo un papel, visto con perspectiva histórica, intrascendente, pero Faisal estableció las bases para el progreso económico del país y su ascenso meteórico en el panorama mundial y regional (Abukhalil, 2004, pp. 95-100). Los principales esfuerzos de su reinado se orientaron en dos áreas, sanear las finanzas nacionales y mejorar la explotación petrolera del país, para adquirir así los suficientes recursos para emprender una política exterior ambiciosa.

Con el respaldo de la mayoría de los hijos del fundador y el apoyo de la poderosa Guardia Nacional, Faisal rediseñó la política exterior, desechando la postura conciliadora, cauta y reservada que primó bajo los dos anteriores monarcas. Para el nuevo monarca, preservar los intereses nacionales en un ambiente tan complicado como el de Oriente Medio, pasaba por dejar atrás la estrategia de contención y desarrollar una agenda local más activa y dilatada. El cambio de perspectiva estaba en que ya no era útil esperar a adaptarse al contexto y comportarse según las iniciativas de otros, al contrario, ahora Arabia Saudí debía hacer todo lo posible para intervenir en el medio e intentar hacer que este fuera lo más propicio a sus intereses. Se pasa de una actitud reactiva y defensiva a una de cariz totalmente proactiva.

El objetivo final fue el de convertirse en el líder del mundo árabe y musulmán. Se potenciaron las capacidades económicas, que venían dadas por su riqueza en recursos de petróleo y gas, para desarrollar la estructura del Estado. Se mejoraron los medios militares y de seguridad interior con la ayuda estadounidense, que vio en Arabia Saudí un aliado perfecto para contrarrestar los movimientos revolucionarios y socialista en Oriente Medio (Matthiesen, 2018, pp. 222-225). Se amplió la proyección exterior con presencia creciente en las estructuras regionales e internacionales y diversificación de sus relaciones bilaterales. Por último, creció la relevancia cultural y religiosa saudita, gracias a que los lugares sagrados como La Meca y Medina están en su territorio y, al mismo tiempo, por su relación simbiótica con el wahabismo.

Los ejes de la política exterior de Faisal, que luego seguirán en mayor o menor medida sus hermanos y sucesores en el trono, se cimentan en cuatro pilares básicos, primeramente, preservar su alianza estratégica con EE.UU., aumentando vínculos comerciales y mejorando la colaboración en los campos de seguridad e inteligencia. Arabia Saudí será el aliado más estrecho de los estadounidenses en la zona junto a Israel y el sha de Persia (Al-Rasheed, 2003, pp.189-192). En contraparte, Arabia Saudí se aseguró que los estadounidenses les reconocieran como los interlocutores idóneos para afrontar conjuntamente las principales crisis locales. Teherán y Riad fueron los principales socios en los que se apoyó la Administración de Washington para contener movimientos revolucionarios durante más de dos décadas.

La Corona saudita asumirá el discurso arabista y antijudío, que hasta el momento habían entablado otros actores. Esta decisión le granjeará las simpatías de la opinión pública del resto de países vecinos, que verán a Arabia Saudí como un nuevo símbolo vigoroso de la identidad árabe, pero con el tiempo le acarrearán numerosos encontronazos diplomáticos con Washington. Ante la desaparición de Nasser, el panarabismo pierde su principal símbolo en el siglo XX y Arabia Saudí consigue reducir una de las grandes amenazas a sus planes regionales (Mann, 2012, pp. 760-761). Estos ocupan el hueco dejado por los egipcios como líderes árabes, dándole un toque mucho más religioso, conservador y étnico. Es el ascenso del fundamentalismo islámico en el mismo momento que la guerra en Afganistán o la revolución iraní.

A lo largo de estos años las autoridades sauditas han ido combinando a duras penas esa difícil mezcla entre amistad con EE.UU., defensa de los pueblos árabes y críticas al Estado de Israel. Si bien es cierto que sobre este último desde Riad nunca ha existido un enfrentamiento directo. La precaución de los sauditas con Tel Aviv, cuyos ataques no van nunca más allá del papel, es el tema de mayor controversia en sus reuniones con los distintos presidentes estadounidenses (Jordan y Fiffer, 2015, pp. 50-52). Desde su primer encuentro con el presidente Roosevelt en 1945 hasta la Administración de Obama, los sauditas siempre han insistido a sus homólogos de Washington sobre esta cuestión y la necesidad de un reconocimiento del Estado palestino. Los estadounidenses nunca han respondido satisfactoriamente a las exigencias árabes.

Junto al establecimiento de buenas relaciones con la potencia estadounidense y la apropiación del discurso arabista, el rey Faisal tejió otros dos ejes más de su política regional que fueron secundados con posterioridad por sus hermanos: A) una presencia notable de Arabia Saudí en los principales organismos regionales e internacionales, así como la proliferación de relaciones bilaterales, para ejercer de forma resolutiva su poder y convertirse en un actor con los medios suficientes para imponer sus propias proposiciones; B) dejar claro al resto de vecinos y actores mundiales, que Arabia Saudí no iba a permitir intromisiones en las cuestiones internas ni tampoco en las áreas que ellos asumían como sus márgenes de influencia, como podían ser Yemen y Omán entonces, y en las décadas siguientes el resto de Estados del Golfo.

Sobre el auge de Arabia Saudí en el escenario regional e internacional, seguramente sus decisiones en torno a la OPEP durante mediados de los setenta son la manifestación más clara del nuevo salto que los Saud estuvieron dispuestos a dar. Fue la herencia más notable que dejó Faisal a sus sucesores en el cargo. Riad descubrió que no solo el petróleo les reportaba beneficios económicos y una considerable prosperidad. Además, podría convertirse en una herramienta de extraordinaria utilidad para sus objetivos políticos a escala internacional (Baalke, 2014). Los sauditas poseen en abundancia un recurso que pocos tienen, aunque en ocasiones esta estrategia ha derivado en una fuerte dependencia que ahora Salmán bin Abdulaziz intenta reducir.

La crisis del petróleo (1973) resultó beneficiosa para Arabia Saudí, tanto desde el punto de vista económico como político, mostrándose como una actuación astuta e inteligente del rey Faisal, quien inicialmente no había partidario de esta medida. Una operación de presión a las economías occidentales por su apoyo a Israel en la Guerra del Yom Kippur. Fue la primera gran disensión de intereses entre estadounidenses y sauditas (Cooper, 2012, pp. 118-124), ya que Riad comenzó a sacar su faceta de referente árabe, rompiendo con el férreo alineamiento que había tenido con la Casa Blanca. Esto le permitió reajustar la estratégica alianza, que hasta el momento había sido provechosa para ambos, pero que se había realizado desde una categoría casi subyugada.

Washington, otros aliados occidentales y el resto de los vecinos de Oriente Medio vieron como Arabia Saudí definitivamente salía a escena y desde el principio comenzó a ejercer un liderazgo que ni propios ni extraños parecían contestarle. Esta situación ventajosa ayudó a que Faisal comenzara a marcar las que serían las prioridades y máximas preferencias de los sauditas, que más tarde guiarían las actuaciones de los monarcas en las décadas posteriores. Empezó a trabajar en un frente común de Estados del Golfo, que con la posterior revolución iraní y la crisis derivada de la guerra entre iraquíes e iraníes durante los ochenta culminaría en la creación del CCG entre las seis monarquías árabes (Al-Qassab, 2017, pp. 73-74). Se señaló como objetivo esencial la estabilidad regional, sobre todo, en países cercanos al reino, en el que la nación saudita se comprometía incluso si fuera necesario con medios militares.

2.2.3. El ascenso saudí en el panorama internacional (1975-2001)

Durante casi dos décadas Arabia Saudí tuvo un papel protagonista en la escena regional, donde bajo los Gobiernos de Jálid bin Abdulaziz (reinado 1975-1982) y Fahd bin Abdulaziz (1982-2005) se desarrollaron con plenitud las tesis defendidas por su hermano Faisal. En este largo período, Oriente Medio y la propia sociedad internacional fueron testigos de radicales cambios. A escala internacional, con el fin de la Guerra Fría y el liderazgo incontestable de EE.UU. a partir de finales de los ochenta. En el caso de la región, hubo episodios tan trascendentales como la Revolución iraní y el ascenso de los ayatolás (1979), la Guerra Irak-Irán (1980-1988), la Guerra del Líbano (1975-1990), la Primera Intifada (1987) o la Primera Guerra del Golfo (1991), que tuvieron un alcance crucial en el devenir de las dinámicas de la zona.

Tanto Jálid como Fahd fueron perfeccionando la portentosa política regional heredada de su antecesor, estableciendo tres premisas fundamentales: 1) cualquier intervención extranjera en la región debía contar con el beneplácito o consulta de Arabia Saudí; 2) cualquier hecho o crisis local que pudiera poner en peligro el liderazgo saudita requeriría la intervención inmediata; 3) se establecía un orden de prioridades, según el grado de afectación al orden regional y primacía saudita del acontecimiento. Riad planteaba toda la política regional en torno a la consecución y mantenimiento de los objetivos de liderazgo regional (Wilson y Graham, 1994, pp. 131-133), preservación de un statu quo favorable a sus intereses y su propia seguridad nacional.

Tras la crisis del petróleo y el peso que alcanzó Riad en la escena regional, EE.UU. entendió que la relación con su aliado árabe entró en una nueva fase, donde los sauditas iban a intentar estipular una bilateralidad menos desequilibrada y más de igual a igual. Washington es la potencia extranjera que mayor presencia ha tenido a lo largo de estos años en Oriente Medio. Sus acciones siempre buscaron el respaldo directo o indirecto de los monarcas sauditas, sabedores que el apoyo del reino árabe le supondría el respaldo de la mayoría de los Estados del área. Esta situación se vulneró en 2003 con la segunda intervención estadounidense en Irak, donde la Casa Blanca actuó casi de manera unilateral y sin la prebenda de aliados locales.

Arabia Saudí se erigió, junto a Egipto, en el mejor partenaire y apoyo que tuvieron los EE.UU. en Oriente Medio para frenar a otros Estados más contestatarios, como Irán, Irak o Siria, y ganarse la confianza de la mayoría de los actores de la zona cuando lo necesitó. Una relación fundamentada en algo más que el petróleo. Sin el respaldo de la potencia estadounidense los príncipes sauditas no pudieron alcanzar la hegemonía regional que tanto deseaban. Asimismo, esta nación árabe ha sido un soporte clave para que los intereses estadounidenses pudieran ser realizados (Suto, 2016). De esta manera, se constituyó una relación cada vez más dependiente, que ha sido muy fructífera para ambas partes. Fue el 11 de septiembre de 2001, Irak y la doctrina Obama los desencadenantes que han debilitado los lazos comunes entre ambos Estados.

El reino saudita ya no asimila su seguridad y defensa en términos tan reducidos como los de asegurar sus fronteras, mantener el orden interno y fortalecer el poder del monarca. Para alcanzar una cierta certidumbre y estabilidad necesita actuar con efectividad en su entorno y consolidar su liderazgo regional. Es la única clave que tiene para construir un entorno local mucho más congruente con sus intereses. En este sentido, los sauditas combinarán dos actitudes, por un lado, llevar la iniciativa en muchas de las dinámicas locales, con la finalidad de ir marcando los pasos de la agenda regional y conseguir que se culminen algunos de sus objetivos. Por otro lado, reaccionar con rapidez ante los diversos acontecimientos o focos de tensión que pudieran ocurrir en Oriente Medio y atentaran contra el statu quo imperante.

El establecimiento de una agenda propia, que irá poco a poco imponiendo en su entorno, hizo que existiera una preferencia a la hora de abordar unos temas en lugar de otros. Concretamente, el conflicto palestino-israelí estuvo presente en su política regional siempre y cuando no existieran otras crisis que resolver, o bien, que Arabia Saudí no percibiera cualquier otra circunstancia como peligrosa (Bahgat, 2009, pp. 181-183). Esto ha provocado que cuando surgen otros temas de gran calado, la política exterior agresiva de Sadam Hussein en los noventa, los enfrentamientos sectarios en el Líbano o el auge de Irán, la situación de Palestina pasa a un segundo plano y queda relegada en la lista de prioridades de los príncipes sauditas.

La cuestión palestina es utilizada por los sauditas y otros Gobiernos de la zona, entre ellos Irán, como un recurso socorrido para su alegato musulmán y regionalista (Khajehpour-Khoei, 2002, pp. 243-244). En su condición de líder, Arabia Saudí ha presionado regularmente a EE.UU. sobre este asunto, pero es cierto que no ha desafiado de un modo directo a Tel Aviv. En cierta medida, su acción se limita en buscar un frente común sólido entre los vecinos árabes para encarar este problema y dar imagen de unidad. Las verdaderas inquietudes sauditas se han fijado desde los años ochenta en evitar que cualquier foco de inseguridad en la región favorezca el auge de otro poder. A lo largo de estos años la monarquía saudita ha participado, desde un rol protagonista, en la configuración del statu quo regional, intentando acaudillar los temas más espinosos.

Este dinamismo que mostró Arabia Saudí a lo largo de más de dos décadas se fundamentaba en el principio de que cualquier incidente local, no tenía que suponer un peligro o amenaza, sino también una oportunidad de aumentar su influencia y preponderancia. Esta visión comienza a cambiar a principios del nuevo milenio, bajo el mandato de Abdalá bin Abdulaziz (reinado 2005-2015), ya que fue cuando la Casa de Saud pasa a un comportamiento más pasivo, conservador y ambivalente de puertas para fuera (Riedel, 2016). La primavera árabe y la postura saudita hacia el conjunto de hechos que se sucederán después, son el ejemplo perfecto de cómo el gigante árabe vio amenazado su poder y seguridad y actuó inicialmente de una forma imprecisa y lenta. Esto favoreció en parte que el statu quo se desquebrajara a un ritmo más acelerado.

En los años ochenta del siglo pasado, se percibe cómo Arabia Saudí realiza un extraordinario esfuerzo político para construir su liderazgo regional. En este tiempo, la única amenaza real que existe a la autoridad saudita será la República Islámica que se establecerá a la otra orilla del Golfo. Egipto bajo la presidencia de Anwar el-Sadat (gobierno 1970-1981) emprendió un cambio radical en su política internacional, que le llevó a un acercamiento con EE.UU. e Israel (Cook, 2013). Supuso una progresiva sustitución de su espíritu revolucionario y panarabista por una acción regional más medida y de un perfil menos carismático. Los egipcios aceptaron ceder el mayor peso político a los príncipes sauditas. De esta forma, el desafío más importante con el que se encontraría la familia Saud llegaría con la ascensión al poder de Jomeini en 1979.

Hasta el derrocamiento del sha de Persia, las relaciones entre Teherán y Riad fueron cordiales. Ambos llegaron a ser los principales aliados estadounidenses en Oriente Medio. Poseían ricos yacimientos de petróleo y gas y contaban en sus Gobiernos con formas de monarquía absolutistas. Reza Pahleví (reinado 1941-1979), no mostró una actitud reacia ante los Saud. Sus aspiraciones a nivel local parecían no chocar con los del reino saudita. Sin embargo, la reciprocidad siempre estuvo muy restringida, por el escepticismo y rechazo con que los sauditas observaron a sus vecinos persas. Persia era uno de los pocos países que poseía las capacidades suficientes para convertirse en protagonista regional y su condición religiosa y étnica era diferente a la saudita.

Tanto en los años ochenta como ahora tras la primavera árabe, Arabia Saudí ha intentado explotar el discurso sectario, señalando dos diferencias que distinguieran a Irán del resto de países: su condición de no árabe y el predominio de la rama chií. Jomeini intentó, en los primeros momentos de su régimen, establecer un discurso que fuera más allá de estas distinciones, para ganarse el apoyo y simpatía de toda la opinión pública árabe y musulmana. Para ello, apeló a la comunidad del islam, a los pueblos oprimidos y a una emancipación de la región sobre poderes imperialistas (Mabon, 2015). No obstante, este discurso, que está presente a lo largo de la trayectoria del régimen de los ayatolás, ha quedado desacreditado en multitud de ocasiones, por ejemplo, cuando el propio Estado iraní también participa en conflictos entre países o grupos musulmanes.

El conflicto con Irak durante los años ochenta por las limitaciones fronterizas, supuso no solo un profundo desgaste económico y militar para Irán, sino que además erosionó la argumentación que apelaba a la unidad y fraternidad de los pueblos hermanos. Esta paradoja se ha repetido en la actualidad debido al decidido apoyo iraní al Gobierno de Bachar al Asad en Siria y su acercamiento a EE.UU. después de años de graves tensiones. Todo ello, está generando una revisión de los supuestos en lo que se asentó la política exterior de Teherán. Estas mismas contradicciones también están presentes en Arabia Saudí, sobre todo en lo que respecta a esa difícil combinación entre una proyección islamista conservadora y arabista, a la par de sostener su estrecha colaboración con Washington y una postura poco beligerante con el Estado de Israel.

Ante la amenaza de una República Islámica que aspiraba a copar la atención de todo el mundo musulmán, Arabia Saudí se sintió amenazado después de casi una década de liderazgo incuestionable. Pero en concordancia con la línea de actuación que habían mantenido los sauditas en esos años, no tardaron en reaccionar y potenciar una respuesta que excluyera el influjo iraní. La constitución del CCG fue la manifestación cristalina de las pretensiones sauditas por señalar una zona de influencia vinculada a sus intereses. Los sauditas insistieron en convertirlo en un medio para frenar a Irán e involucrar al resto de monarquías en su disputa (Guzansky, 2014). Además, utilizó la Liga Árabe como organismo regional predilecto, que bloqueará el ascenso iraní y sirviera como división identitaria entre árabes y persas.

A parte de la preponderancia iraní, los monarcas Jálid y Fahd tuvieron que hacer frente a otros actores estatales de la zona, que también mostraron un comportamiento crítico y de alta confrontación con Arabia Saudí. Si bien es cierto, que estas disputas nunca llegaron más allá del enfrentamiento dialéctico y las vicisitudes diplomáticas, dejaron muestras de que no existía una uniformidad total en cuanto al reconocimiento de los Saud como líderes de Oriente Medio. En cierta manera, estas fricciones entre Estados se debieron más bien a simpatías y animadversiones personales de los dirigentes. En esta región, el personalismo y el apellido familiar tienen un valor considerable en las relaciones entre Gobiernos.

El régimen libio de Muamar el Gadafi (gobierno 1969-2011), Siria con el presidente Háfes al-Ásad (gobierno 1971-2000) y Sadam Hussein en Irak (gobierno 1979-2003), representaron una crítica velada al poder que ejercía Arabia Saudí en la región. Sobre todo, por su relación con Estado Unidos y el resto de las potencias occidentales. Además, estos Estados eran modelos antagónicos de liderazgo e incluso presentaron interpretaciones diferentes de la relación que debía existir entre religión y política. Así como, propuestas divergentes de unidad árabe. Estos tres países fueron los puntos más controvertidos a los que tuvo que hacer frente EE.UU. antes del nuevo siglo. Esta condición favoreció el compromiso del país norteamericano con los sauditas, que se convirtieron en el mejor muro de contención contra ante estos líderes.

Al principio Irak y la presidencia de Sadam Hussein encontraron la estima de Riad y otros Estados de la región, gracias a su enfrentamiento con Irán, que permitió socavar las presunciones de Jomeini (Teitelbaum, 2010a). No obstante, los planes del político iraquí pronto encontraron la resistencia de los sauditas y de EE.UU., que no iban a permitir en ninguna circunstancia un ataque tal como el de la invasión de Kuwait (1990-1991). Para Riad el pequeño emirato se encontraba dentro de su área señalada de influencia, junto al resto de países del Golfo, lo que implicaba que no iba a dejar que otro país pudiera desequilibrar la frágil balanza en la que se movía el Golfo tras la llega al poder de Jomeini. Por su parte, Washington no iba a consentir perder un punto estratégico en la zona en favor de un país nada amistoso con ellos.

La guerra del Golfo (1991) iniciada por la invasión iraquí de Kuwait, confirmó el poderío militar de EE.UU. y que el siglo XX llegaba a su fin con su supremacía incontestable, que nadie podía en apariencia contrarrestar. Al mismo tiempo, Arabia Saudí también mostró su capacidad de liderazgo y fuerza política, gracias a que consiguió traer para su causa a la mayoría de los Estados árabes. Se reafirmó una vez más su autoridad tanto en la Liga Árabe como en el CCG. Desde ese momento, tanto Riad como Washington se preocuparon conjuntamente de que las discrepancias regionales no sobresalieran de los márgenes que ellos mismos podían controlar y atajar. Tras este conflicto, la zona quedaba en un impasse donde las desavenencias internas en el Líbano y Palestina serían los percances más notorios antes del nuevo milenio.

Como había hecho décadas atrás Egipto, Siria fue moldeando su actitud combativa y antimperialista, un giro definitivo que se produjo con la llegada de Bachar Al-Asad al poder en el año 2000. No obstante, Damasco comenzó a cimentar durante la década de los ochenta, una estrecha alianza con Irán y el régimen de los ayatolás. Un eje que ha inquietado siempre a Arabia Saudí (Kamrava, 2013, pp. 156-157), considerándolo la alianza que más podía perturbar su hegemonía regional. Además, el Gobierno sirio mantuvo a lo largo de este tiempo también una fuerte vinculación con Moscú, hecho que provocó que, pese a sus acercamientos a los Estados europeos, EE.UU. siguiera manteniendo una línea dura contra los Asad.

La presencia siria es más que notable en el Líbano, donde ha sabido condicionar el funcionamiento político del país durante varias décadas, ya sea con partidos políticos afines o con el propio brazo armado de Hezbolá. Esta circunstancia no ha pasado desapercibido a los sauditas, que también han intentado influir en las dinámicas internas libanesas, para evitar que el eje iraní-sirio se fuera aproximando a sus fronteras. Este tacticismo explicará el interés por parte de Arabia Saudí, EE.UU. y otros países de alrededor, de apoyar la sublevación y a los distintos grupos opositores del régimen de Bachar al-Asad desde 2011. El objetivo no es otro que debilitar un arco que comenzaba a introducirse en el Irak post Sadam.

Fuera de Oriente Medio, pero dentro de la esfera árabe del Magreb, Gadafi supuso en los últimos años del siglo XX una seria amenaza para las potencias occidentales y sus aliados en la zona, principalmente Arabia Saudí. El Gobierno libio se encargó siempre de señalar a la Casa de Saud como un caballo de Troya del imperialismo estadounidense, aunque esa dialéctica no pasó nunca de los malos gestos e improperios en reuniones de la Liga Árabe y encuentros multilaterales (Ahmad, 2009). No es menos cierto, que durante muchos años el territorio libio sirvió de campo de entrenamiento y cobijo para muchas células salafistas, que acometieron ataques terroristas tanto en Europa, como por el resto de los países de Oriente Medio. Estos hechos provocaron que Gadafi se ganara la enemistad de muchos Gobiernos vecinos y pasara por una etapa de marginación y asilamiento, como ya le ocurrió a Irán o Irak años atrás.

A principios del siglo XX, el clima en las relaciones interestatales era sin lugar a duda muy favorable para los intereses sauditas. Sus principales rivales o contrarios a su poder se encontraban en una seria desventaja, retirados de cualquier protagonismo. Por un lado, la guerra del Golfo (1991) y el bloqueo internacional habían relegado a Irak a una situación marginal a principios de los noventa. El Estado iraquí se hallaba sumido en un deterioro de sus Fuerzas Armadas y su economía, aunque Sadam Hussein continuaba controlando el país. Por su parte, sin abandonar sus fuertes interdependencias con Moscú y Teherán, Siria comenzó un proceso de acercamiento hacia las potencias occidentales, la casa real saudita y el resto de los países árabes. El propósito de Al Asad era no sufrir una exclusión como la que padecían los regímenes de Irán o Irak.

El régimen de Gadai comenzaba a abandonar el discurso radical, vehemente e impredecible. Intentaba no granjearse nuevas enemistades en la región y estrechaba relaciones comerciales con los europeos (Joffe y Paoletti, 2010, pp. 28-29). Por último, Irán sufría una efectiva pinza de bloqueo y aislamiento realizada entre EE.UU. y Arabia Saudí, que secundaban Tel Aviv y otras naciones árabes. Esto reducía sus posibilidades de relanzarse en la escena regional, aunque había conseguido asociarse con otros Estados a escala mundial contrarios al poder de los estadounidenses. Sus proclamas contra Washington, Israel o incluso la Casa de Saud no ayudaban a rebajar la tensión. De hecho, a puertas del nuevo siglo, los príncipes sauditas solo tenían una preocupación y esta era que Irán no recuperara el espacio perdido.

Durante los años ochenta y noventa del siglo pasado también se observa un cambio llamativo en la implementación de la política regional saudí y en especial su diversificación de las relaciones internacionales. Bajo el reinado de Faisal, el Gobierno saudita consiguió un creciente peso mundial, logrando diversificar sus vínculos con otros Estados, lo que también ayudó a que fueran cada vez más nacionalidades distintas las que participaran del comercio saudí. Sin embargo, a partir de los años ochenta, el monarca Jálid también comenzó a establecer nuevas conexiones, con otro tipo de actores que no tenían una naturaleza estatal (Taheri, 2004, pp. 459-461), en su mayoría grupos políticos y religiosos afines a la doctrina religiosa de Riad.

A principios de los años ochenta acontece el auge de toda una amalgama de grupos terroristas, políticos y religiosos, que de una forma u otra comienzan a adquirir cierta relevancia en las disputas políticas nacionales de Oriente Medio. Son los años en los que surge Hezbolá en el Líbano (1982), es asesinado Anwar Sadat en Egipto (1981) o se produce la toma violenta de la mezquita Masjid al-Haram en La Meca por un grupo de fundamentalistas (1979). Coincide con la lucha de los muyahidines en Afganistán frente la invasión soviética (1979-1988), que supuso la primera gran movilización voluntaria de musulmanes de todo el mundo, auspiciada entre otros por EE.UU. y Arabia Saudí. Esta última acción confirmaba que las relaciones regionales se complejizaban y ya no se resumían en un encuentro exclusivo entre Estados o Gobiernos.

2.2.4. La monarquía saudita frente al nuevo siglo (2001-2011)

La primera década del siglo XXI resultó convulsa y agitada en Oriente Medio, culminando en la primavera árabe que supuso el fin del orden regional imperante y el inicio de una nueva etapa de inestabilidad, inseguridad, multipolaridad e indefinición. Lo que ocurrió desde el 2001 hasta que el joven tunecino Mohamed Bouazazi se inmoló (diciembre 2010), fueron los precedentes que constituyeron el contexto favorable para que finalmente terminaran surgiendo todo ese conjunto de revueltas, conflictos bélicos y crisis regionales en los que derivaron los levantamientos populares de ese año. En los momentos anteriores a la primavera árabe, Arabia Saudí mantenía una posición destacada, pero las vicisitudes que comenzaron a sucederse y una cierta inanición del Gobierno provocaron que fuera erosionándose su poder regional.

En este período suceden hechos cruciales para el devenir de la zona como son: el 11 de septiembre de 2001; la Guerra Global contra el Terror (GWOT sus siglas en inglés) emprendida por la Administración de George Bush; el conflicto en Afganistán; el auge del terrorismo yihadista a escala mundial, la Guerra de Irak (2003) y la muerte de Sadam Hussein; la llegada al trono saudita de Abdalá bin Abdulaziz (reinado 2005-2015); la guerra de Israel-Hezbollah (2006), el programa nuclear iraní y las sanciones a su Gobierno; el auge en región de Catar y Turquía o el cambio de doctrina estadounidense con la llega de Barack Obama al poder y su menor papel en la seguridad regional (Williams, 2016, pp. 96-101). Todos estos acontecimientos advirtieron que la estructura local se encontraba en un agudo proceso de transformación, que ya la primavera árabe acelera.

En la política regional de Arabia Saudí se aprecia una variación notable del Gobierno de Fahd bin Abdulaziz al de su sucesor en el trono y hermano Abdalá bin Abdulaziz. Durante más de dos décadas ostentando el poder, Fahd se caracterizó por mantener la ambiciosa línea exterior que habían aplicado sus hermanos Faisal y Jálid, lo que permitió a Arabia Saudí entrar en el nuevo siglo en una situación ventajosa para sus intereses. Pero Abdalá tendrá una posición mucho más moderada y renuente a lo largo de su reinado, que quedará expresado con claridad cuando estallen las revueltas en el 2011. Bajo su mandato se aprecia una política regional de un perfil más bajo, caracterizado por la lentitud y poca habilidad en las respuestas.

Han sido habituales las críticas dentro de la familia Saud a la cautela y precaución con la que el Gobierno de Abdalá actuó ante retos tan relevantes para la región y que afectaban directamente a su liderazgo, como podían ser la Guerra de Irak (2003) o el programa nuclear iraní. También por su permisividad ante el ascenso de Doha en la convulsa primavera árabe (Nuruzzaman, 2015, pp. 228-229) o la inestabilidad en Yemen. Arabia Saudí mostró una fuerte resistencia a los cambios, mientras persistía en una actitud poco activa en la defensa de su papel hegemónico. Sin embargo, esta conducta varía con la llegada al poder en 2015 de Salmán bin Abdulaziz, quien parece decidido y comprometido a que los sauditas no pierdan su supremacía.

El reinado de Abdalá estuvo condicionado en el exterior por varios factores: 1) el deterioro progresivo en las relaciones con EE.UU.; 2) el renacer de Irán en la región; 3) la creciente contestación a la hegemonía saudita por parte de otros Estados y el aumento de grupos y movimientos no estatales, incluidos grupos terroristas, con un alcance de actuación regional. Estas circunstancias dejaron entrever la incapacidad del Gobierno saudita por intentar encauzar la situación, su falta de iniciativa y escasa flexibilidad para hacer frente a los nuevos retos. Arabia Saudí comenzó a acomodarse en su posición de líder regional y consideraba que no era necesario hacer esfuerzos añadidos para preservarla. Su estrategia se mostró errada casi de inmediato y ha exigido la rectificación por parte del nuevo monarca.

En la década de los noventa ya hubo atentados de tinte yihadista y, en concreto, los protagonizados por Al Qaeda, tanto en EE.UU., Arabia Saudí y otros países de Oriente Medio. No obstante, no sería hasta el 11 de septiembre de 2001 cuando se produce una conmoción general de la opinión pública mundial y los Gobiernos y servicios de inteligencia son conscientes del grado de la amenaza (Morell y Harlow, 2016, pp. 88-91). La presencia notable de ciudadanos saudís en muchas de las células terroristas, los vínculos estrechos de poderosas familias de Arabia Saudí con grupos terroristas y movimientos radicales, incluso la procedencia de Osama bin Laden hicieron que creciera la desconfianza de Washington hacia su tradicional amigo.

La relación estadounidense-saudita no se circunscribió únicamente a la colaboración comercial y energética, también había una fuerte ligazón en seguridad y defensa. Los acontecimientos terroristas y la relación de sauditas con grupos salafistas y otras entidades de dudosa actividad, provocaron que EE.UU. comenzará a desconfiar de su aliado. El ejecutivo de Bush presionó a los sauditas y otros socios árabes, para que se iniciaran reformas políticas y sociales que erradicaran los focos de radicalismo (Bin Hethlain, 2010, pp. 285-288). Esta interferencia estadounidense no sentó nada bien a los gobernantes de Arabia Saudí, que se sentían por primera vez reprendidos delante de la opinión pública internacional por su más estrecho aliado. Además, lo consideraron un ataque a su sistema político y a la autoridad de los Saud.

La guerra del Golfo (1991) fue un ejemplo nítido de cómo podían llegar a actuar conjuntamente y obtener unos réditos compartidos la Casa Blanca y la Casa de Saud. La Guerra de Irak en 2003 evidenció que las prioridades de ambos aliados ya no eran las mismas. Desde la Administración estadounidense se dieron cuenta que la acción regional de los sauditas en algunos aspectos no congeniaba en absoluto con sus objetivos (International Crisis Group, 2004). Por ello, EE.UU. se mostró más reactivo a que un Estado como el saudita tuviera tantas cotas de poder. Desde el otro lado, Riad asimiló como una brecha en su relación con los estadounidenses la intervención en Irak, donde la Casa Blanca no quiso contar con su respaldo, ni tampoco escuchar las advertencias sobre la inestabilidad que podría acarrear ese conflicto.

El Estado iraquí y su líder Sadam Hussein eran un Estado-tapón, que frenaba las posibilidades de expansión del influjo iraní. Este hecho estaba muy presente en los cuadros de poder de Arabia Saudí y de otros Estados de la región como Jordania y el resto de monarquías del Golfo. El Gobierno de Riad valoró los peligros que tendría una intervención en suelo iraquí y el vacío de poder que se podría crear tras el derrocamiento de Sadam, lo que dejaría un espacio apto para la injerencia de Teherán (Dazi-Héni, 2013, pp. 23-25). Este razonamiento no fue tenido en cuenta por los estadounidenses, lo que exacerbó el malestar de Arabia Saudí y alguno de sus aliados. Además, la Casa de Saud se comenzó a sentir deslegitimada por parte del gabinete estadounidense, quien comenzaba a dudar de la idoneidad de su liderazgo.

A partir de la doctrina Carter (1980), EE.UU. comprometió la defensa de sus intereses en el Golfo, afirmando que impediría que cualquier fuerza hostil pusiera en peligro la seguridad de los mismos (Klare, 2007, pp. 33-34). Durante las presidencias de Reagan, Bush y Clinton se potenció una mayor conexión en materia de defensa con sus principales aliados en zona, tanto con Arabia Saudí como con el resto de monarquías del Golfo. No obstante, a principios del siglo XXI, bajo la Administración Bush, con el trasfondo del 11 de septiembre de 2001 y la caída de Sadam Hussein en 2003 empieza a resquebrajarse esta relación. El malestar mutuo se escenificará bajo la presidencia de Barack Obama, quien pondrá una clara distancia con los príncipes sauditas.

George Bush mantuvo una línea dura con el régimen iraní y la política de Ahmadineyad (presidente de Irán 2005-2013), pero a partir del 2009 su sucesor demócrata emprendió unas medidas destinadas al acercamiento y a la solución pacífica y negociada, lo que devino en desavenencias con sus dos principales coligados en la región: Israel y Arabia Saudí (Fernández, 2014a). La aproximación de posturas entre EE.UU. y Teherán, que culminará en 2015 con el acuerdo sobre el programa nuclear iraní, es el punto más álgido del desgaste en la bilateralidad saudita-estadounidense. Mientras se confirma que la República Islámica de Irán vuelve a tener un papel significativo en Oriente Medio y confronta la hegemonía de los Saud, será importante observar cuál es la política seguida por el nuevo presidente estadounidense en este punto.

Tanto en el período de 2003-2011 como a lo largo de la primavera árabe, el Gobierno iraní aprovechó mucho mejor que los sauditas las oportunidades que se presentaron. A pesar de las sanciones y el intento de bloqueo internacional que intentó ejercer la Casa Blanca, las autoridades de la República Islámica supieron moverse con inteligencia entre las vicisitudes que surgían en el contexto regional e internacional. Existen dos hechos fundamentales que han permitido el ascenso de nuevo de Irán, el programa nuclear y el vacío de poder en el vecino Irak. Al contrario de lo que comúnmente se podría pensar, la tentativa nuclear, hizo que el país persa volviera con fuerza a la escena mundial. Su astuta diplomacia supo generar que se le tuviera otra vez en cuenta por parte de otros actores regionales y potencias extranjeras.

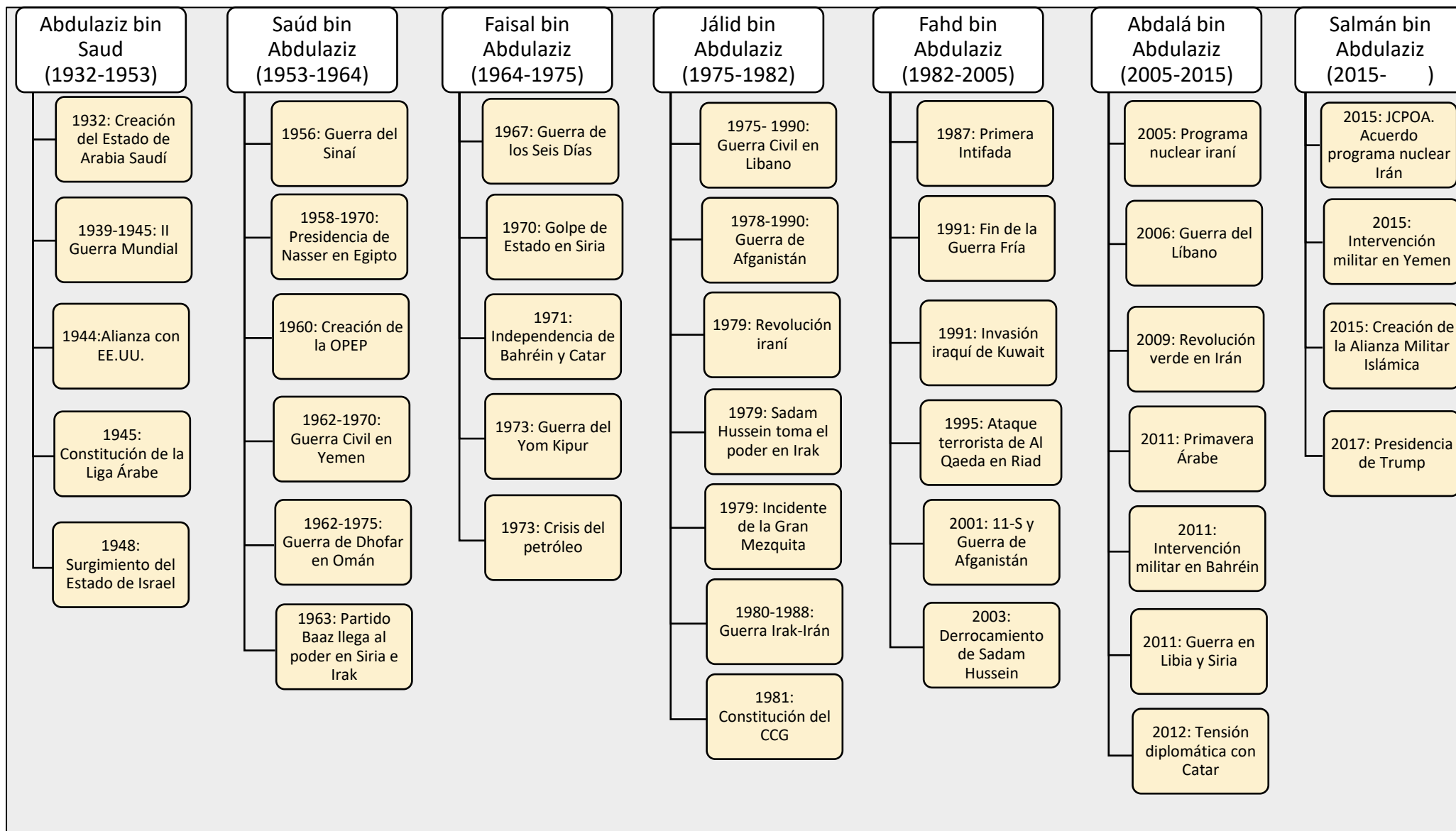
El otro gran problema que afectó a la política regional del rey Abdalá a lo largo de esos años fue el auge del extremismo religioso. Este se manifiesta a través de los grupos terroristas, pero también en facciones o grupos de presión, que están muy presentes en el entorno religioso saudita. Tras los atentados de Nueva York y la guerra de Afganistán, la amenaza del yihadismo y de otros grupos armados se confirmó como un problema a escala transnacional. Exigía soluciones mucho más complejas y transversales. Sin embargo, los Gobiernos de la región hicieron poco a la hora de trabajar conjuntamente a este respecto. Asimismo, hay numerosas críticas que acusan a los dirigentes sauditas de auspiciar a determinadas ramas salafistas, que son a su vez responsables de muchas de las inestabilidades generadas recientemente en Oriente Medio.

El elemento más llamativo de la política exterior del rey Abdalá fueron sus estímulos al proselitismo wahabita y el sustento de grupos afines religiosos y políticos por todo el mundo. Aunque este fue un elemento que ya comenzó a proyectar su antecesor Fahd, fue durante estos últimos diez años en los que se percibió con claridad las intenciones sauditas. Su propósito es hacer llegar a toda la comunidad musulmana una particular interpretación religiosa y visión política acorde a las aspiraciones de la dinastía Saud (Bonney, 2013a). En contraposición, a su escasa actividad política directa, en el campo de la diplomacia e incluso en cuestiones militares, Riad sí que tuvo durante estos años una considerable actividad en este ámbito.

Estas medidas todavía cuentan con ingente cantidad de dinero saudita, que perseguía un triple objetivo. Primero, fortalecer la presencia política en las sociedades árabes y alentar la baza religiosa desde los postulados wahabitas, a través de diferentes organizaciones caritativas e instituciones como la Organización Internacional Islámica de Socorro o la Liga Mundial Musulmana (Byman, 2016). Segundo, aumentar su influencia política en la zona, alentando grupos afines al régimen y favoreciendo que las dinámicas internas de los países vecinos sean más favorables a sus intereses. Tercero, ante el avance del yihadismo y el extremismo, intentar contrarrestar el empuje de aquellos grupos independientes y contestatarios con el orden establecido, con otros cercanos al programa saudita para reducir así los márgenes de inseguridad.

El Reino de Arabia Saudí quiere asegurarse que la trayectoria política y religiosa que se dé en la región sea acorde con sus expectativas. Empero, los diversos contratiempos surgidos han provocado que estas políticas a corto y medio plazo no resulten suficientes. En ocasiones, dichas medidas tienen unos efectos contrarios a los deseados por las autoridades sauditas, ya que esta nación árabe tampoco está exenta de ser golpeada por el radicalismo y terrorismo yihadista (Boucek, 2011). Su financiación de escuelas y grupos wahabitas le ha valido tensiones con otros países de la región y Gobiernos de todo el mundo, culpabilizando a la Casa de Saud del auge del radicalismo. Por si fuera poco, la nacionalidad saudita suele ser de la más común entre aquellos que deciden enrolarse en organizaciones terroristas de estas características. Todo un desafío para la seguridad del hegemon saudita que el rey Salmán tiene que encarar.

Gráfico 5: Jefes de Estado de Arabia Saudí (1932-2016)



Fuente: Elaboración propia

2.3. Marco institucional y procesos de toma de decisiones

La toma de decisiones de la política regional y las líneas maestras de la misma son directamente señaladas por el rey, quien es asesorado en la materia por un grupo reducido de familiares y burócratas de su máxima confianza. El funcionamiento político de Arabia Saudí tiene un marcado personalismo, debido a un régimen que responde a las características propias de una monarquía absolutista, donde las relaciones personales, familiares y tribales tienen un cariz significativo tanto en materia nacional como en la acción internacional (Gause, 2014a, pp. 200-202). Según versión oficial, no existen contrapesos al poder del monarca, pero las disyuntivas nacionales hacen que las acciones del gobernante estén determinadas por numerosos condicionantes, que provocan que el proceso decisorio tenga una mecánica mucho más compleja.

Dada su importancia para la propia pervivencia del país, es lógico que los monarcas sauditas dediquen especial atención a la política exterior. El Gobierno y los cargos de la Administración pública han sido repartidos entre los tres grupos de influencia que mueven sus intereses en la arena política saudí: 1) la familia Saud que ocupa los principales puestos del aparato estatal, con especial concentración en los ámbitos internacionales, seguridad, defensa y organización territorial, considerado como vitales; 2) los representantes religiosos se encargan tanto de las cuestiones de fe, como de la justicia y la educación primaria; 3) en último lugar, otro tipo de personalidades de un cariz mucho más burocrático y técnico.

Asuntos como la planificación económica tienden a recaer en nombres que no pertenecen a la familia Saud y que tampoco tienen un fuerte peso religioso. Los distintos monarcas han confiado los delicados asuntos de la seguridad nacional, la defensa o la política exterior a sus familiares más próximos. En los primeros años del reino, el Gobierno y la estructura institucional fueron exigüos y estuvieron monopolizados por la dinastía real. Empero, con el paso del tiempo y el desarrollo del Estado, la Administración saudita ha ido adquiriendo una naturaleza cada vez más similar en apariencia a la de un Estado moderno. Comienzan a emerger entre los ministerios e instituciones gubernamentales un grupo de responsables valorados por su experiencia.

Con todo ello, la Jefatura del Estado está dominada por un entramado de relaciones personales y ambiciones políticas entre los miembros del clan Saud, el clero wahabita, militares y líderes tribales. Son estos grupos quienes sustentan el actual régimen y a la vez compiten por ampliar sus espacios de poder. Aún se producen luchas entre las diferentes ramas de la dinastía por hacerse con el dominio de la línea sucesoria y los cargos más significativos (Mouline, 2009, pp. 54-57). Esta situación determina en buena medida los pasos que van dando los monarcas a lo largo de su reinado. El marco institucional de la toma de decisiones no atiende únicamente a una lógica racional-burocrática, sino que en ella se concentran multitud de factores, que hacen que la reacción de Arabia Saudí ante ciertas circunstancias resulte en buena medida imprevisible.

El difícil equilibrio de intereses entre la élite religiosa, la dinastía religiosa y la esfera tecnócrata se está viendo perturbado en los primeros años del reinado de Salmán bin Abdulaziz. El actual dirigente ha emprendido una serie de medidas a gran escala, que afectan a las relaciones internacionales del reino, su política económica y energética, el organigrama de su Gobierno y la estructura de la Administración pública (Barrett, 2015). Su antecesor en el cargo, su hermano Abdalá, ya introdujo algunas medidas sociales, reformas para el sistema legislativo y judicial. Pero es bajo el nuevo monarca, cuando Arabia Saudí se está encaminando a mayores transformaciones, que intenten adecuar al reino a un contexto regional diferente.

La estrategia de Salmán está cimentada en cuatro pilares básicos: 1) dar al Estado saudita una mayor operatividad y adaptabilidad, que supere todos los obstáculos y dinámicas que le habían convertido en un órgano estatal poco competitivo (Karasik, 2015a); 2) propiciar un salto generacional, que permita que los cambios introducidos para el siglo XXI sean protagonizados por las generaciones más jóvenes; 3) despatrimonializar progresivamente la Administración para dar espacio a un nuevo cuerpo de profesionales y expertos y 4) orientar los esfuerzos internos y externos para que Arabia Saudí mantenga una posición preferencial en Oriente Medio.

Salmán acepta que la región y la sociedad internacional se enmarcan en un tiempo de transición e incertidumbre. Las variaciones que están sucediendo son de una naturaleza irreversible, el statu quo en el que el reino saudita cimentó su liderazgo regional está fracturado. Es imprescindible para Riad llevar a cabo toda una serie de medidas a gran escala, que acomoden lo antes posible al a las nuevas disyuntivas internacionales y afiance de nuevo su protagonismo (Domínguez de Olazábal, 2017a). Al empeño por seguir liderando la región y reequilibrar el orden interno parecen dirigidas todas las acciones emprendidas por su hijo Mohammed bin Salman.

El actual rey y su carismático hijo pertenecen a esa línea familiar proclive a introducir reformas paulatinas en diversos aspectos de la economía, sociedad, seguridad y política exterior. Sin embargo, existen posiciones contrapuestas en los Saud. Por un lado, quienes consideraban que lo esfuerzos debían ir orientados a salvaguardar el orden establecido, proponiendo una actitud precavida. Por otro lado, están quienes defienden la necesidad de renovar la estrategia, imponiendo una visión basada en la renovación de capacidades y formas de pensar y actuar.

El objetivo último es que Arabia Saudí continúe preservando su cuota de liderazgo regional y protagonismo en la esfera musulmana. El rey Salmán y gran parte de los cuadros dirigentes sauditas creen que esa meta no puede ser lograda si se piensa con parámetros de otro siglo, que no tienen en cuenta todas las consecuencias que de la primavera árabe. En este sentido, es imprescindible que toda una nueva generación de sauditas, que habían crecido bajo unos prismas sociales y políticos distintos a los de sus padres y abuelos, cuyo ascenso profesional se había visto frenado por el mero hecho de la edad, comience a ocupar puestos de responsabilidad.

La plasmación más llamativa de esta renovación estuvo en los nombramientos de Mohammed bin Nayef y Mohammed bin Salman, quienes se convirtieron tras el monarca en las dos grandes personalidades políticas del país. Salmán decidió en 2015 dar un salto generacional en la sucesión al trono, nombrando “Príncipe Heredero”, vicepresidente primero y ministro de Interior a su sobrino Mohammed bin Nayef (57 años). Así como a su hijo Mohammed bin Salman (31 años) “Sucesor del Príncipe Heredero”, ministro de Defensa y vicepresidente segundo, si bien en junio de 2017 pasaría a ser el primero en la línea sucesoria, relegando a su primo bin Nayef.

Estos nombramientos tenían una transcendencia no solo en la línea sucesoria, sino en el funcionamiento del propio Gobierno. Ambos príncipes se convertían tras el rey en los dos grandes responsables de la política nacional e internacional. El ambicioso plan económico Saudi Visión 2030 anunciado en 2016, que pretende transformar la economía saudita en apenas una década, es un proyecto que nació impulsado por el joven Mohammed bin Salman (Sikimic, 2016). El hijo del monarca está siendo el portavoz y ejecutor de las grandes reformas presentadas a lo largo de estos últimos años, convirtiéndose en la figura política más importante del reino.

El Ministerio de Interior y el Ministerio de Defensa tienen una significación elevada, debido a que son cargos que ostentan los miembros de la familia Saud llamados a ser reyes algún día. La seguridad, estabilidad y defensa del reino y de la propia familia real recae sobre estos ministerios clave (Alsultan, 2013, pp. 458-460), por lo que es indispensable que la dirección de los mismos esté en personalidades de la máxima confianza del monarca. Debido a que estos ministros vienen acompañados del título de príncipes herederos, sus funciones trascienden las labores típicas de sus carteras, llegando a tener una presencia destacada en el resto de ministerios, especialmente en áreas como la política internacional o la economía.

La estructura gubernamental saudita responde a un funcionamiento jerárquico, en el que el rey se encuentra por encima del resto de responsables políticos. Es él quien tiene siempre la última palabra en la toma de decisiones de gran envergadura. Toda la Administración funciona en torno a este principio. Tras él se sitúan el vicepresidente y príncipes heredero, que a pesar de tener ya a su cargo unos ministerios concretos, su autoridad también llega al resto de miembros del Gobierno y secretarías de Estado. De hecho, es muy complicado que alguna propuesta pueda llegar a la mesa del rey si no ha pasado antes por la supervisión del príncipe Mohammed. El monarca delega en su sucesor las tareas más ordinarias y administrativas.

El resto de los ministros y secretarios o consejeros se encuentran supeditados al príncipe y vicepresidente y al propio rey. Por eso, un plan económico de la envergadura de Saudi Vision 2030 fue elaborado en conjunto entre el ministro de Economía y Mohammed bin Salman, quienes fueron sus principales valedores ante el rey y la opinión pública (Jadri, 2016). Por otra parte, aunque Arabia Saudí cuenta con una extensa diplomacia y consolidada agencia internacional, que

tiene bajo su dirección un ministerio determinado, no es menos cierto que la política exterior siempre ha quedado bajo el atento tutelaje del príncipe heredero, lo que favorece su reconocimiento más allá de las fronteras nacionales.

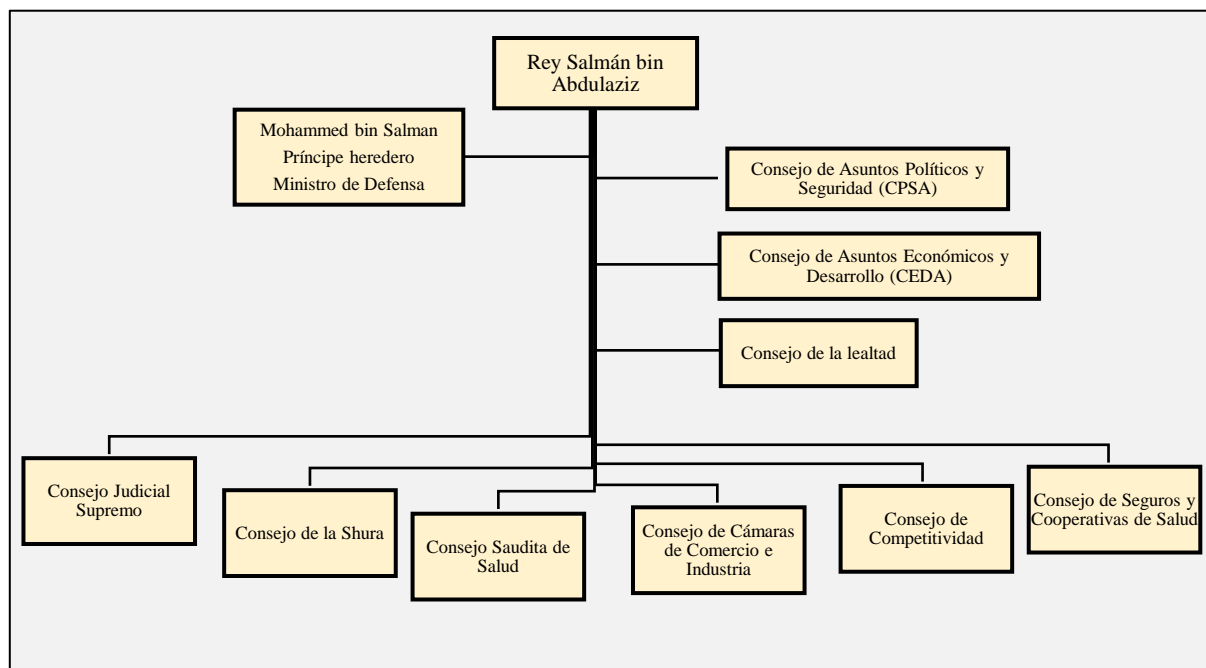
El príncipe Mohammed bin Salman pretende emular el modelo de E.A.U., combinando aperturas económicas y sociales mientras conserva el poder central del régimen. Un liberalismo autoritario que permita asegurar la supervivencia de la economía nacional ante nuevos desafíos (Espinosa, 2017). Uno de los cambios más llamativos introducidos es el de favorecer la promoción interna de personas que no son miembros del apellido Saud. Aunque es cierto que la seguridad o la organización territorial aún recaen en manos de familiares del rey, no es menos cierto que en los distintos niveles del Estado se produce una despatrimonialización de responsabilidades.

Esta tendencia, que ya se inició durante el reinado de Abdalá, explica porque por primera vez la dirección del Ministerio de Asuntos Exteriores no esté siendo ocupada un Saud, sino por una persona de carrera como Adel al Jubeir. Este nombramiento fue acompañado por otros cargos de nivel medio y alto, que provocaron que los Saud fueran perdiendo peso en la esfera política nacional. Según la página oficial de la casa real, los miembros del apellido Saud son alrededor de 15 mil personas, pero solo unos 2 mil serían del entorno más cercano del rey. En la mayoría de los casos ocupan puestos importantes en la estructura estatal, concentradas en el ejército, gestión territorial, empresas estatales y diplomacia (Kulish y Mazzetti, 2016). Las autoridades religiosas tienen su influencia también en la elaboración de muchas de las decisiones tomadas.

Otro punto llamativo de las reformas de Salmán es su apuesta por la reestructuración del marco institucional, orientado a hacerlo más operativo y flexible. Las principales decisiones del Gobierno y la cuestión sucesoria tradicionalmente son consensuadas entre los miembros de la familia real (Guzansky, 2015a, pp. 13-14). Los repartos de poder en las instituciones del Estado siempre intentaron responder a las distintas sensibilidades dentro de los Saud, autoridades religiosas, cúpula militar y clanes tribales. Las medidas que, a lo largo de sus primeros años, ha aprobado el rey Salmán, contienen la preocupación por el funcionamiento del Estado.

Todas las medidas para reformar el funcionamiento interno están centradas en la consecución de tres objetivos fundamentales: A) mejora de la economía saudita; B) asegurar la estabilidad interna y C) salvaguardar los intereses de Arabia Saudí en Oriente Medio. Para ello, todos los cambios en el organigrama gubernamental se están dirigiendo hacia la consecución de esos principios, que están llamados a ser la piedra angular sobre la que se apoye el reinado de Salmán. En esta línea, se crearon dos Consejos Reales, donde se dirimen las políticas y juicios a tomar en torno a la economía, las relaciones internacionales, la seguridad y defensa. Estas instituciones están bajo la potestad del príncipe Mohammed bin Salman, quien presenta las estrategias generales sobre en política nacional y exterior directamente al rey.

Gráfico 6: Consejos del Reino de Arabia Saudí



Fuente: Elaboración propia a partir de información de www.saudi.gov.sa

El Consejo de Asuntos Económicos y Desarrollo se constituyó para planificar los esfuerzos en materia económica del reino para la próxima década, que se han visto en estos últimos años plasmados en el plan Saudi Vision 2030 (Espinoso, 2016). Está presidido por el príncipe heredero, vicepresidente y ministro de Defensa Mohammed bin Salman, que coordina las acciones de los ministerios relacionados con la temática del desarrollo económico y social del país, como pueden ser el Ministerio de Economía, Finanzas, Comercio, Trabajo, Vivienda o Comunicaciones. Su labor queda recogida en documentos oficiales que pasan por la supervisión directa del rey, quien decide en última instancia aprobar o enmendar lo elaborado.

El Consejo de Asuntos Políticos y Defensa es junto al órgano de Asuntos Económicos y Desarrollo la institución consultiva más importante del ejecutivo saudita. Tiene la potestad de elaborar las líneas maestras de la política nacional y exterior del país, que son posteriormente refrendadas por el monarca y que marcan la trayectoria del reino a medio y largo plazo. Este Consejo está centrado en la evaluación de las relaciones internacionales de Riad, en la estabilidad de la nación y en las posibles amenazas y peligros a la defensa de su soberanía territorial, la monarquía y los intereses nacionales. Estuvo presidido por el príncipe heredero, vicepresidente primero y ministro de Interior, Mohammed bin Nayef, sobrino del actual monarca, hasta su destitución en 2017, ocupando ese ministerio el príncipe Abdulaziz bin Saud bin Nayef.

Hasta esa fecha, toda la atención se centró en la figura de Mohammed bin Nayef, hijo del príncipe Nayef bin Abdulaziz, que falleció en 2012 cuando ostentaba el cargo de ministro de Interior y el

título de príncipe heredero. Mohammed bin Nayef realizó toda su formación académica en el extranjero, entre EE.UU. y Reino Unido, siempre ha trabajado en el Ministerio de Interior sobre temas de seguridad (Tisdall, 2015). Representaba, junto a su primo Mohammed bin Salman, la línea más reformista y ambiciosa de la dinastía real. Ambos parecían estar dispuestos a emprender conjuntamente una forma diferente de actuar en el reino.

Por su formación anglosajona y su trabajo en el Ministerio de Interior durante tantos años, tuvo relación directa con los servicios de inteligencia de otros países, especialmente los de su socio estadounidense. Mohammed bin Nayef también se enmarca dentro de esa vertiente del clan saudita partidaria de seguir manteniendo una estrecha relación con EE.UU., asegurando esta estratégica alianza pese a las dinámicas regionales y las intenciones de la Administración de Barack Obama para afrontar los retos locales (Igalada, 2016, pp. 10-11). En la misma línea, considera indispensable que Arabia Saudí retome un nivel de actividad alto en su entorno, para seguir ocupando un papel protagonista pese a los cambios inducidos por la primavera árabe.

Tras la destitución de su primo bin Nayef, es el actual príncipe heredero, Mohammed bin Salman, quien está llamado a establecer futuras del reino saudita, junto el ministro de Asuntos Exteriores Adel al Jubeir. Este último es un diplomático de amplia carrera, el primer saudita no miembro de la familia real que llega al más alto cargo del Ministerio. Realizó sus estudios en las mejores universidades norteamericanas, donde fue embajador entre 2007 y 2015. Su elección como ministro de Asuntos Exteriores no solo se tomó como ejemplo del impulso generacional que quería dar el monarca, también como un gesto de proximidad hacia EE.UU. Aunque en los últimos años de la Administración Obama la relación bilateral no mejoró.

Mohammed bin Salman y Adel al Jubeir son los dos grandes diseñadores de la política regional de Arabia Saudí bajo el reinado de Salmán, siendo los promotores de ese cambio en la estrategia internacional que propuso el monarca con el objetivo de superar los problemas heredados de su antecesor Abdalá. En estos años está sobresaliendo la figura de Mohammed bin Salman, hijo del actual monarca, que con 31 años se ha convertido en uno de los líderes más influyentes de la región (Malsin, 2017). Su papel ha destacado en los últimos tiempos, porque a pesar de ser ministro de Defensa, su padre el rey Salmán le nombró también presidente del Consejo de Asuntos Económicos y es el principal valedor del proyecto Saudi Vision 2030 y la intervención en Yemen, adquiriendo un papel omnipresente en la dinámica interna.

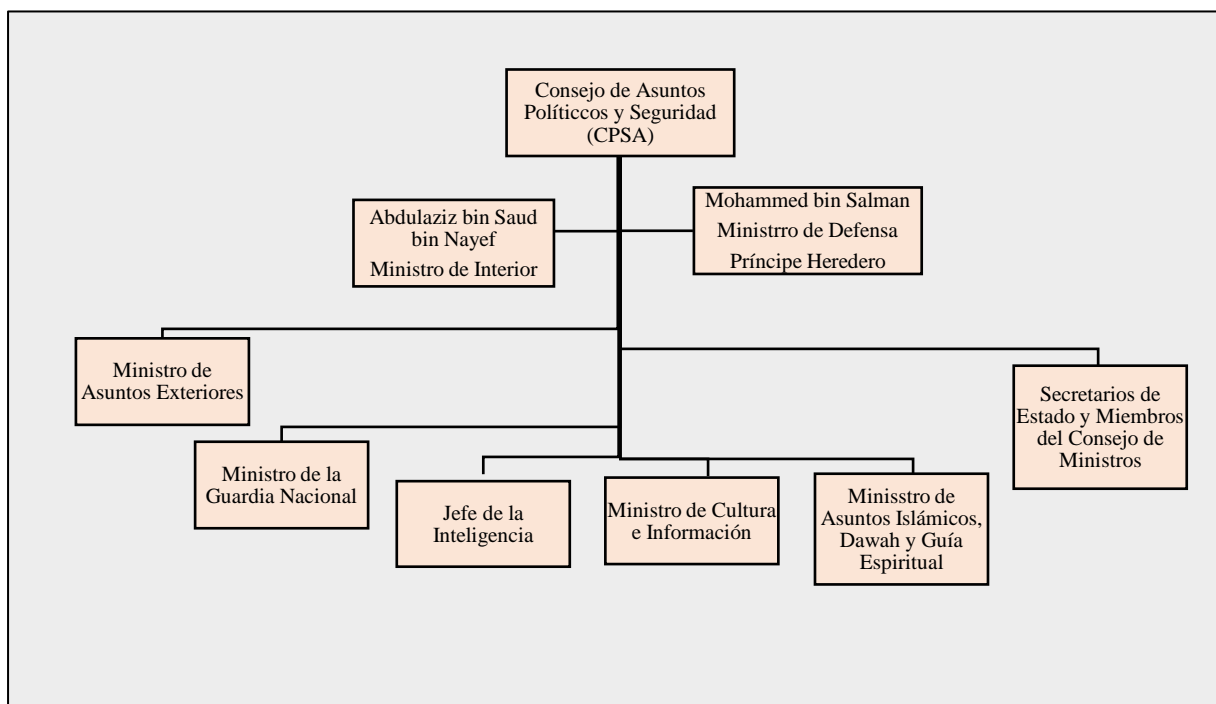
Mohammed bin Salman es ya un personaje central en la política saudita. Todo parece indicar que cuando Salmán deje el trono, será él quien dirija el destino del país (Carrión, 2016), tras apartar a su primo bin Nayef y otros familiares de los círculos de poder. Sus primeras gestiones se centran en realizar una revisión de las premisas sobre las que se apoyó durante décadas la política exterior, económica y de seguridad y defensa del país, aunque dejando por el momento de lado temas

sociales. Tanto el rey Salmán como su hijo consideran imprescindible que Arabia Saudí se encamine hacia un proceso de grandes reformas, que, sin alterar los pilares sustanciales del regimen, le permitan seguir postulándose como el principal líder regional en el siglo XXI.

El proceso de decisiones en cuanto a la política hacia Oriente Medio es formulado a través del recién constituido Consejo de Asuntos Políticos y Defensa (CPSA). Su función básica es la de planear las estrategias nacionales en seguridad, defensa o política exterior. En este órgano consultivo están representados todos los ámbitos de poder que tienen alguna relación con este tema, empezando por el propio príncipe heredero y ministro de Defensa, continuando con el ministro de Interior, el ministro de Asuntos Exteriores, el máximo responsable de la Guardia Nacional, el representante ministerial de Cultura e Información y el de Asuntos Islámicos. Además, están presentes los jefes de la inteligencia saudí y otros consejeros personales del rey.

Este Consejo se reúne con cierta periodicidad a petición del príncipe heredero, del propio monarca o el ministro de Interior. Se conciertan sus encuentros por tres razones: 1), porque ha surgido algún imprevisto o incidente en el entorno regional, internacional o nacional, que afecta a la política exterior, a la seguridad y defensa del reino, y que requiere de una respuesta inmediata por parte del Gobierno; 2) para el diseño de grandes estrategias en los campos referidos, que requieren de la coordinación de todos los ministerios y agencias afectadas; 3) para la evaluación ordinaria de los asuntos de Estado, con el propósito de valorar los sectores en los que se puede mejorar el funcionamiento o prever posibles amenazas.

Gráfico 7: Miembros del Consejo de Asuntos Políticos y Seguridad



Fuente: Elaboración propia a partir de Karasik, 2015

La creación de este Consejo se debió a dos razones, por un lado, los sectores más críticos con el anterior rey entendían que era necesario nuevos planteamientos de funcionamiento ante los cambios que estaban sacudiendo la región. Por otro lado, durante décadas el desarrollo de los distintos estamentos gubernamentales se realizó atendiendo al principio del control absoluto del rey, combinado con el respeto y atención a las diversas sensibilidades tribales y los márgenes de influencia de los diferentes brazos dentro de la familia real. Esto originó una estructura rígida y poco adaptada a los nuevos retos (Al Otaibi, 2015, pp. 39-40), que provocaba que Arabia Saudí estuviera perdiendo capacidad de respuesta y fortaleza para defender sus intereses.

El rey Salmán crea este Consejo con el propósito de tener un órgano donde los principales ejecutores y consejeros de la política nacional, de defensa e internacional le asesoren directamente y planifiquen las líneas de actuación maestras de los próximos años. Una forma de mejorar la coordinación y la rapidez en las respuestas del Estado. La estabilidad y seguridad del país son entendidas desde una perspectiva integral y completa (Yamada, 2015, pp. 121-122), confluyendo la estrategia económica, la cuestión religiosa y las reformas políticas nacionales, así como la política exterior y de seguridad implementada en un entorno cada vez más inseguro y desafiante. Salmán encomendó a este Consejo de Asuntos Políticos y Defensa la obligación de perfeccionar el trabajo conjunto entre los distintos estamentos.

Cada ministro se encarga de la gestión de las áreas designadas y aconseja al rey sobre la aplicación o promulgación de alguna determinada ley, como está siendo el caso de su hijo y de ministro de Defensa Mohammed bin Salman. No obstante, solo el Jefe del Estado tiene la facultad para promulgar nuevas leyes y decretos o modificar la legislación vigente, sin la necesidad de contar con el apoyo del resto del ejecutivo. En el caso saudita, el Consejo de Ministros del Gobierno no funciona como un cuerpo colegiado, sino que cada ministro responde solo ante el rey. Es el monarca el único con la potestad de aprobar o desaprobar las medidas planteadas en cada ámbito gubernamental. En la práctica los ministros funcionan como brazos ejecutores de las resoluciones del rey y de las principales premisas planteadas por el príncipe heredero.

Este funcionamiento se da en los mismos parámetros dentro del Consejo de Asuntos Políticos y Defensa, que realiza la tarea fundamental de coordinar a todos los componentes relaciones con esas materias tan sensibles. De sus encuentros salen medidas concretas para ser aplicadas tras contar con el visto bueno del rey. Ese Consejo emerge como uno de los apéndices de la Jefatura de Estado del Reino de Arabia Saudí más importante, tanto por el contenido que trata como por su relación directa con las decisiones que Salmán toma al respecto. La política regional que el régimen de los Saud está emprendiendo durante estos años y la respuesta ante los diversos acontecimientos que ocurren en Oriente Medio, se discute en las reuniones de este Consejo, que va marcando la estrategia general del reino.

Tabla 1: Miembros del Consejo de Ministros de Arabia Saudí en 2015

Rey Salmán bin Abdulaziz Al Saud, Jefe de Estado y Primer Ministro	
X Príncipe Mohammed bin Nayef bin Abdulaziz Al Saud, príncipe heredero, vicepresidente primero y ministro de Interior (destituído en 2017) Abdulaziz bin Saud bin Nayef. Ministro de Interior desde 2017	Príncipe Mohammed bin Salman bin Abdulaziz Al Saud Príncipe heredero, vicepresidente desde 2017 y ministro de Defensa desde 2015
Ministro de la Guardia Nacional: Príncipe Meteeb bin Abdullah bin Abdulaziz Al Saud	Ministro de Asuntos Exteriores: Adel al Jubeir
Ministro de Transporte: Sulelman Al Hamdan	Ministro de Asuntos Municipales y Rurales: Abdulatif bin Abdulmalik bin Omar al-AsShaih
X Ministro de Trabajo y Desarrollo Social: Ali bin Nasser Al-Ghafis (destituído en 2017) Mufrej bin Saad Al-Haqbani. Ministro de Trabajo y Desarrollo Social desde 2017	Ministro de Asuntos Islámicos, Dawah y Guía Espiritual: Jeque Saleh bin Abulaziz bin Mohamed bin Ibrahim Al Alsheikh
Ministro de Vivienda: Majid bin Abdullah bin Hamad Al Hogair	Ministro de Salud: Tawfiq Al Rabiah
Ministro de Haj y Umra: Mohammed Saleh Bentin	Ministro de Finanzas: Mohamed Al Jadaan
Ministro de Medioambiente, Agua y Agricultura: Abdulrrahman Al Fadli	Ministro de Energía, Industria y Recursos Minerales: Khaled Al Falih
Ministro de Economía y Planificación: Adel Fakeih	X Ministro de Cultura e Información: Adel bin Zaid Al Turaifi (destituído en 2017) Awwad Al-Awwad Ministro de Cultura e Información desde 2017
X Ministro de Comunicación e Información Tecnológica: Mohamed bin Ibrahim Al Suwail (destituído en 2017) Abdullah bin Amer Al-Sawaha. Ministro de Comunicación e Información Tecnológica desde 2017	Ministro de Comercio e Inversion: Majid Al Qassabi
Ministro de Servicio Civil: Khalid bin Abdullah Al-Araj	Ministro de Justicia: Walid bin Mohamed bin Saleh Al Samaani
Ministro de Educación: Ahmed bin Mohammed Al-Issa	Ministro de Estado y Consejero del Custodio de las Dos Santas Mezquitas: Príncipe Mansour bin Meteeb bin Abdulaziz
Ministro de Estado y Miembro del Consejo para Asuntos del Shoura: Mohamed bin Faisal bin Jaber Abu Saq	Ministro de Estado: Saad bin Khaled bin Saadallah Al Jabri
Ministro de Estado: Musaed bin Mohamed Al Aiban	Ministro de Estado: Matlab bin Abdullah Al Nafisah
Ministro de Estado: Mohamed bin Abdulmalik bin Abdullah Al Alsheikh	Vice Ministro de Economía y Planificación y Miembro del Consejo: Mohammed Al Tuwajiri

Fuente: Elaboración propia a partir de información de: www.saudi.gov.sa y Ficha país: Arabia Saudí del MAEC *X: miembros destituídos o revocados de sus cargos en 2017

Capítulo III

Condicionantes internos de la política exterior

La estructura política de Arabia Saudí como monarquía absoluta, donde el rey ocupa una posición central en el aspecto religioso y político, no garantiza que el funcionamiento del Estado sea homogéneo y no existan espacios de la disensión y disputa. La realidad del reino saudita y la complejidad de Oriente Medio provocan que numerosos factores internos condicionen las decisiones que toma el Jefe del Estado, tanto para los problemas a escala nacional como para la estrategia internacional. Las dificultades para formular y aplicar una estrategia regional concreta tras la primavera árabe, así como las disyuntivas que ha habido en estos cinco años, confirman que la vida política del reino es mucho más enrevesada de lo que en público se simula.

Dentro de estos condicionantes políticos internos destacan: 1) la influencia del wahabismo como doctrina religiosa y política, componente vertebrador de la unidad del reino y la legitimidad del poder del monarca; 2) las disputas internas entre los miembros de la propia familia real por la sucesión al trono y por concentrar cuotas de poder en las estructuras del Estado; 3) los movimientos que reclaman cambios profundos en la estructura política y social, donde destacan los grupos que aspiran a un mayor aperturismo, democratización y modernización del país, frente a quienes se oponen desde sus interpretaciones ortodoxas del islam a transformaciones políticas y sociales y la minoría chiita del país que reivindica un trato distinto de las autoridades.

El wahabismo ha sido durante muchos años la principal herramienta argumentativa de la Casa de Saud para legitimar su poder. La doctrina wahabita ha tenido una doble utilidad, tanto para consolidar el poder del monarca dentro del reino, como para fortalecer el liderazgo saudita sobre el resto de los países de la zona. Por otra parte, la familia real sigue siendo uno de los elementos que mayores tensiones genera internamente. Las disputas internas más de una vez han salido a la luz motivadas por la controvertida cuestión de la sucesión al trono, por el reparto de funciones en el Gobierno y la Administración, así como las líneas maestras que debía seguir la Corona en las vicisitudes internas, como la política económica y organización territorial, y la política exterior.

Pese a la percepción extendida de que Arabia Saudí es una nación con una gran estabilidad interna, en los últimos tiempos se han detectado fuertes tensiones dentro del país. La población chiita saudita, que es mayoritaria en la región oriental del país, siempre se ha quejado de la exclusión a la que le tiene sometido el Gobierno debido a su condición religiosa. Por otro lado, existen algunos movimientos encabezados por los más jóvenes y mujeres, que reclaman cambios políticos y sociales encaminados a un mayor aperturismo democrático. Asimismo, la amenaza del radicalismo religioso, que tiene una larga trayectoria en el país con diversos grupos salafistas y organizaciones terroristas, ha encontrado en el reino uno de los mejores centros de adoctrinamiento y financiamiento, además de convertirlo en objetivo de sus acciones.

3.1. Influencia ideológica del wahabismo

El wahabismo en Arabia Saudí tiene un peso fundamental en la política y sociedad, así como en el comportamiento del Estado hacia el resto de los actores internacionales. La fructífera relación entre el wahabismo y el clan Saud deviene de mediados del siglo XVIII cuando el clérigo Muhammad bin Al-Wahab llega al emirato de Diriyya, entrando en contacto con el emir Muhammad bin Saud. Hasta entonces, el religioso pasó algunos años dedicado al proselitismo de sus tesis islámicas, pero no consiguió más que el rechazo de otras figuras de la Umma e incluso había sido desterrado de varios emiratos de la zona (Martín, 2013, pp. 23-25). Su suerte cambia cuando encuentra la protección de la familia Saud, quien advierte en su discurso la argumentación necesaria para emprender sus luchas políticas contra otros clanes y asentar su autoridad.

Al-Wahab fue un estudioso del islam que se dedicó desde pronta edad al aprendizaje de la Sharia. Su formación le llevó a las mejores instituciones religiosas de la época, pasando por La Meca, Basora y la ciudad iraní de Qom. Durante esos viajes entró en contacto con famosos profesores y eruditos de la escuela Hanbalí, comenzando todo un proceso de reflexiones personales, que culminó con una particular visión del islam. Al volver a la península arábiga en 1744 entró en contacto con los Saud, lo que le permitió contar con el respaldo suficiente para extender su doctrina (Habib, 2009, pp. 57-59). Su propósito fue reconducir a los creyentes hacia el camino verdadero, acorde con las enseñanzas del Profeta y los primeros califas. A su parecer la comunidad musulmana se había desviado del sentido auténtico del Corán.

Dentro de la confesión musulmana coexisten dos grandes ramas que han protagonizado durante siglos un enconado enfrentamiento religioso. Por un lado, está la rama de los chiitas, que representarían en torno al 15% o 20% de todos los musulmanes del mundo (Lipka, 2017). Tienen una presencia predominante en Irán, mayoritaria en Irak, Líbano y Bahrein, y cuentan con notables núcleos de creyentes en Siria, la parte oriental de Arabia Saudí y en el noroeste de Yemen. Sin duda alguna, las poblaciones chiitas de los distintos países tienen diferencias destacables y muchos de ellos no pertenecen al mismo grupo religioso. No obstante, el tradicional enfrentamiento con los sunnitas ha provocado, como ocurre en la actualidad, que el discurso sectario se extienda en la región y se establezca una analogía entre ellos.

La otra gran familia del islam son los sunnitas, que representarían aproximadamente el 80% de los musulmanes de toda la comunidad islámica. La mayor parte de las poblaciones de los países de Oriente Medio (Arabia Saudí, Catar, Kuwait, Omán, Yemen, E.A.U., Egipto, Siria, Turquía) y el Magreb (Libia, Argelia, Túnez y Marruecos) son de confesión sunnita. Como ocurre con los chiitas, existen apreciables diferencias entre las doctrinas que dominan en unas y otras naciones. El wahabismo es una corriente sunnita solo mayoritaria y de carácter oficial en el reino saudita y en el emirato catari (Baskan y Wright, 2011, pp. 96-98), si bien es cierto que desde hace unas

décadas han aumentado el número de congregaciones wahabitas por toda la región, gracias al soporte que le está dando la propia familia real saudita.

Dentro del sunnismo han dominado cuatro “Madhad” o corrientes de interpretación jurídica del Corán, la escuela Hanafí, la Malikí, la Shafi’i y la Hanbalí. Estas escuelas comenzaron a desarrollarse a finales del siglo VIII y principios del siglo IX, a partir de enseñanzas de grandes juristas y teólogos de la época. La Hanafí nació en Irak y ha tenido un fuerte arraigo en Egipto, Siria y las regiones asiáticas. Es considerada la más flexible de los cuatro grandes “Madhad”. La Malikí encontró mayor difusión en el Norte de África, siendo de un cariz más rigorista que la primera corriente. Por otra parte, la safí’í, que surgió como punto de encuentro entre las posturas de los hanafíes y los malekíes (El Ouazzani, 2003, pp. 194-193), tuvo seguidores en la antigua Persia, en El Cairo, Bagdad y Damasco. La escuela Hanbalí es reconocida como la más conservadora de las cuatro y tiene su espacio de influencia dentro de la península arábiga.

El estudio del Corán y la Sunna por parte de los adeptos de la tradición Hanbalí ha propiciado que a lo largo de la historia y, especialmente en la época moderna, surgieran distintos movimientos religiosos, políticos e incluso violentos, que exaltan formas de fe estrictas y austeras. Esto ha motivado que algunos autores y escritos hanbalíes entren en constante conflicto con las argumentaciones que se realizan desde las otras escuelas, más proclives a argumentaciones tolerantes. Por su interpretación tan rigurosa y estricta, el wahabismo es relacionado con las corrientes fundamentalistas del islam (Choksy y Choksy, 2015). La doctrina wahabita es tachada por las ramas del chiismo y otras escuelas sunitas de ser extremadamente radical.

El hanbalismo había la escuela con menos peso dentro del mundo musulmán hasta hace poco, ya que al contar con el soporte de las monarquías del Golfo está empezando a tener un alcance regional y mundial. De las premisas básicas hanbalíes surgió una corriente fundamentalista, el salafismo, que aboga por retrotraerse a las esencias más puras del islam (González, 2015, pp. 6-7). Desecha las aplicaciones adaptativas que se tomaron en las distintas épocas, buscando interpretaciones más estrictas. Dentro del mismo, se han sucedido a lo largo de la historia distintos tipos de actores, ya fueran sectas, escuelas, organizaciones políticas o grupos extremistas, que elaboran su particular discurso religioso. En la esfera salafista también se sitúa el wahabismo, que mantiene un particular razonamiento fundamentalista.

El Gobierno saudita es partidario siempre de auxiliar y apoyar a aquellos actores políticos y religiosos con los que comparte un fundamentalismo parecido, rehuendo de alentar a aquellos otros que tienen un programa más moderado, secular o incluso fuera del sunnismo. Este planteamiento se ha manifestado en todos los monarcas sauditas, ya sea frente al panarabismo de Nasser, las tensiones con los ayatolás iraníes o los Hermanos Musulmanes (Al Qassemí, 2013). También durante la primavera árabe, en la que Riad únicamente apoyó a aquellos levantamientos

donde estuvieran detrás elementos afines a los intereses de la Casa de Saud, que comulgaran con los dogmas wahabitas. Actualmente, los sauditas dan sustento directo a las partes salafistas de la oposición siria y a las facciones libias más conservadores.

Los wahabitas no se consideran a sí mismos como una secta dentro del mundo musulmán con su particular visión del islam, puesto que no reconocen la validez de las otras interpretaciones ni posibles disentimientos explicativos. El wahabismo representaría la restauración de la verdadera fe (Valentine, 2015, pp. 21-25), donde uno de sus objetivos más importantes es la de devolver a los fieles hacia la práctica correcta. Por esto, nunca se autodenominan wahabitas, sino simplemente creyentes, o bien, son conocidos por otros musulmanes como los “unitarios”, porque defienden que solo existe una manera de seguir la palabra del Profeta y que Al-Wahab mostró la forma de respetar literalmente el significado de sus enseñanzas.

El wahabismo tiene un fuerte carácter proselitista y también un espíritu de supremacía, en el que el resto de los musulmanes se encuentran siguiendo unos referentes equivocados, que transgreden la auténtica naturaleza del Corán. Para los wahabitas, los demás sunitas se hayan adheridos a unos postulados inciertos, mientras que otras variantes de la condición del sufismo o el chiismo son ya entendidas como pecaminosas (Sánchez, 2016, pp. 2-3). Esta lógica lleva a que el wahabismo reciba numerosas críticas por parte de otras comunidades musulmanas. Aún más, es la parta sunita que se muestra más combativa y agresiva con el chiismo. Ello favorece que exista esa constante tensión entre el país chiita por antonomasia, la República Islámica de Irán y, la tierra de los creyentes unitarios, el Reino de Arabia Saudí.

La evolución del discurso wahabita ayudó a afianzar los objetivos políticos de la familia Saud tanto dentro de su reino como fuera. La propia orientación de los wahabitas los lleva a plantear que los feligreses de la península arábiga se encuentran en una posición preferencial (Fernández, 2014, pp. 5-6), pues secundan escrupulosamente el auténtico islam. Son los sauditas los llamados a proteger los Santos Lugares de La Meca y Medina. Son la tierra de Mahoma y del maestro Al-Wahab, que trajo de nuevo la integridad. Los sunitas de Arabia Saudí tienen muy asumida esta idea de pueblo elegido o referencial, siendo uno de los componentes que más influye a la hora de dar forma a la política regional de Riad y su decisión por ocupar un espacio de liderazgo.

La política exterior de un Estado de las características del reino saudita requiere ser analizada tanto por determinados supuestos ideológicos, el wahabismo, así como por recursos materiales, petróleo o poder militar. En este sentido, las ambiciones de liderazgo regional y de supremacía dentro del mundo musulmán, que acompañan a los mandatarios sauditas, tienen en parte su origen en los planteamientos derivados del wahabismo. Los sauditas y, sobre todo la familia Saud, entienden que la propia religión les concede una atribución moral sobre el resto de creyentes de la esfera musulmana. Una particular versión excepcionalista de su papel en el orden mundial

(Ottaway, 2011, pp. 3-4), que da una excusa identitaria y religiosa al protagonismo saudita y a su apuesta por ocupar una posición central en Oriente Medio y en la narración musulmana.

El enfrentamiento hegemónico entre los dirigentes iraníes y la realeza saudita tiene sus raíces en las pretensiones de ambos por ocupar una posición preferencial dentro de los creyentes musulmanes y la región (Ortega, 2016). Los chiitas de la orilla oriental del Golfo y los wahabitas de la península tienen formas diferentes de pensar la sociedad, la religión y su papel en las relaciones con el resto de países vecinos. Aunque en este caso el componente religioso no explica en su totalidad la complejidad del tema, no es menos cierto que la división entre sunnitas y chiitas, o bien, la disgregación entre árabes y persas, alimentan multitud de discursos políticos y propicia un incremento sin precedentes de la conflictividad en Oriente Medio.

El clérigo Al-Wahab dejó plasmadas sus principales ideas en la obra “Kitab al Tawhid” o Libro del monoteísmo. Sin embargo, fueron sus discípulos quienes han continuado con su legado teórico ampliando las deducciones iniciales. A través de fatwas han ido marcando las posiciones de los representantes religiosos con respecto algunos temas nacionales e internacionales. Desde el inicio de las primeras comunidades musulmanas la relación entre religión y autoridad política ha sido un tema central. Sin el poder político la unidad de la Umma, la comunidad de creyentes, sería impensable (AbuSulayman, 1993, pp. 51-52). Por eso, no existe distinción entre espacio político y religioso porque forman parte de la misma unidad. El wahabismo revitaliza unos cuantos elementos que resultan esenciales para la organización social de Arabia Saudí.

No existe una disgregación entre la esfera religiosa y política, ni tampoco entre el ámbito privado o público. Ligado a este planteamiento se recogen dos principios rectores: la unidad y la obediencia. Defiende que solo hay un Dios y una manera de seguir su compromiso. Ante un único poder divino todos los creyentes deben congregarse en torno a una misma unidad política (al-Dakhil, 2009, pp. 28-30), obedeciendo al poder del gobernante. Un buen practicante respeta la palabra sagrada, es fiel y leal a la comunidad y no cuestiona la autoridad de aquel que dirige la vida terrenal. Los enfrentamientos políticos solo provocan la fractura entre los musulmanes.

Este razonamiento ha ayudado a afianzar el poder de los Saud dentro de su territorio, siendo su principal fuente de legitimidad (McDowall, 2014). Un instrumento ideal para mitigar cualquier tipo de crítica. Exceptuando los movimientos más radicales que desacreditan a la familia real y suelen tacharlos de infieles, entre la ciudadanía del país se procesa un sentimiento de máximo respeto y fervor por el monarca, lo que provoca que su potestad sea apenas refutada. Dentro de las vertientes más rigoristas del islam destacan cuatro conceptos clave sobre los cuales cada maestro fue dando su propia significación. La “Shirk” (idolatría), la “Tawhid” (fe en el único Dios), “Kafir” (infiel) y “Yihad” (esfuerzo o lucha), tienen una profundidad en el wahabismo considerable y son disposiciones distinguibles en sus proclamas.

La unidad y obediencia, sobre la que insisten con asiduidad en los estudios wahabitas, se deriva de la definición de “Tawhid” y propicia que los wahabitas se vean a sí mismos como un reposo de la verdadera fe. La obediencia les lleva a ligar la fidelidad a Dios a la lealtad hacia un único gobernante. Otro elemento fundamental para el modelo político saudita extraído del wahabismo es el proselitismo de sus enseñanzas. Los preceptos de Al-Wahab han sido respaldados por los Saud tanto dentro como fuera de sus fronteras (Saage, 2015, pp. 4-5). Al considerarse ellos mismos como los auténticos creyentes, el cometido del clan de los Saud consiste en convocar hacia la rectitud al resto de musulmanes, proyectando más allá de sus fronteras el wahabismo.

Desde la década de los cincuenta del siglo pasado, Arabia Saudí ha servido de refugio para muchos líderes religiosos y sectas salafistas, que son expulsadas o perseguidos de sus países por su radicalismo y su crítica al poder gubernamental. No obstante, el reino también ha empleado esa política de perseguir y condenar aquellas personalidades religiosas que tuvieran un discurso crítico con el orden interno, especialmente líderes chiitas del este del país. Asimismo, las instituciones gubernamentales y figuras de la sociedad se centran en exportar el wahabismo por la región y por otros continentes (Bonney, 2013b). Sus principales acciones son la financiación de mezquitas, escuelas musulmanes y organizaciones de ayuda a comunidades de creyentes.

La construcción de madrasas y mezquitas, el soporte a nuevas comunidades de creyentes, protección a minorías sunitas y la creación de medios de comunicación reciben cuantiosas ayudas del Gobierno, congregaciones religiosas, miembros de la familia real o donaciones de particulares. Tras el 11 de septiembre de 2001, se puso en evidencia los estrechos nudos que existían entre algunos ciudadanos sauditas con organizaciones extremistas (Gause, 2009b, pp. 141-143). Pese a ello, los sauditas están centrados en extender su red de instituciones y contactos personales. Favoreciendo que aumente el peso del wahabismo y de la familia Saud dentro de la opinión pública musulmana, para propiciar dinámicas regionales que le sean más favorables.

El tercer elemento del wahabismo que se entronca con la razón de ser del Estado saudita, que deviene de los significados de “Shirk” y “Kafir”, es su combatividad contra la idolatría y manifestaciones que considera propias de infieles. Los wahabitas exponen una práctica religiosa sobria, que no acepta ninguna forma de culto más allá del realizado al propio Dios. Para los wahabitas el sufismo o las diversas fiestas que celebran los chiitas están fuera de los predicados del Corán. La familia real es para los sauditas símbolo de ejemplo y referencia (House, 2012, pp. 26-28), valorados por su comportamiento íntegro y honesto. No obstante, la lealtad a la monarquía no se traduce en devoción sagrada, puesto que está determinadamente prohibido.

“Kafir” se utiliza en el islam para señalar al infiel o al no creyente. El wahabismo es una corriente que tiene un alto grado de especialización en marcar las prácticas consideradas como propias de infieles, lo que se conoce como “Takfir”. Este término tiene una gran transcendencia en la

moralidad musulmana, porque su declaración supone la expulsión directa de la comunidad de creyentes (Pérez, 2012). Esta herramienta ideológica es utilizada con asiduidad por dirigentes políticos y religiosos del mundo musulmán. El Estado saudita lo utiliza tanto para desprestigiar a enemigos externos, como ha llegado a ocurrir con los dirigentes de Teherán, así como a movimientos internos que realizan críticas a las autoridades del país.

La “Yihad” es un término cuyo significado está rodeado de controversia entre los estudiosos coránicos. Es una palabra que reconoce dos acepciones primordiales: lucha interna por alcanzar la actitud acorde con el islam, o bien, enfrentamiento justificado para combatir la herejía y a aquellos que agreden a la comunidad musulmana. Al igual que ocurre con la acción de “Takfir”, la propia “Yihad” es utilizada como instrumento discursivo para justificar ciertos conflictos bélicos, acciones violentas y decisiones gubernamentales. La nación saudita apoyándose en el wahabismo hace uso de esta palabra cuando necesita legitimar algunos de sus intereses políticos, convirtiéndola en una herramienta de retórica útil para la movilización de simpatizantes. En los años ochenta se explicó la guerra en Afganistán como una cuestión religiosa, movilizando a creyentes de todo el mundo (Rubin, 2002). Actualmente, los círculos de poder sauditas tienden a referirse públicamente a su enfrentamiento con Irán desde una perspectiva de Guerra Santa o lucha entre los buenos creyentes y los heréticos persas.

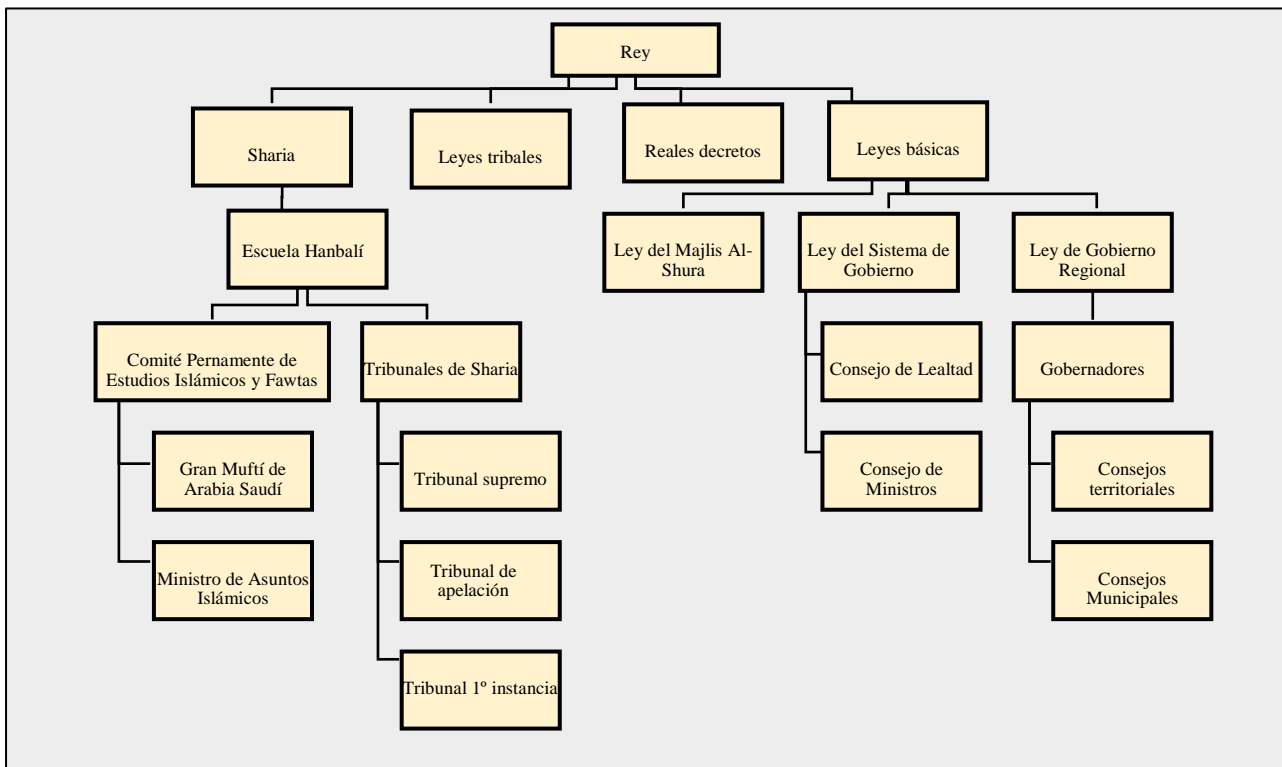
El discurso wahabita resulta muy útil a los monarcas sauditas tanto para legitimar su poder entre sus súbditos como para erigirse en referentes de los creyentes musulmanes (Schwartz, 2007, pp. 115-117). La élite wahabita más próxima al clan familiar desarrolla un discurso que presenta a los príncipes sauditas como ejemplos de liderazgo para la comunidad y los idóneos seguidores de la correcta fe. La capacidad de dominio que tiene el Gobierno saudita sobre su población y la supervivencia durante tanto tiempo del régimen, no puede ser asimilada sin el trabajo que hace la doctrina wahabita como regidor de comportamientos individuales y sociales.

Desde el reinado de Abdulaziz bin Saud, los príncipes sauditas apoyan su poder en cuatro elementos básicos; 1) reparto equilibrado del poder local entre los diferentes clanes, para evitar la división territorial y promover la unidad en torno a la corona; 2) gracias a las rentas obtenidas del petróleo se ha establecido un sistema clientelar, que garantiza el apoyo de gran parte de la población al régimen (Priego, 2017, pp. 4-5); 3) existen poderosos instrumentos de coerción, como la policía, la Guardia Nacional o la “mutawa” (policía religiosa), que realizan una vigilancia exhaustiva de los comportamientos sociales, frenando el surgimiento de movimientos contestatarios y 4) el wahabismo actúa como herramienta doctrinal para legitimar el poder de la monarquía, identificando inequívocamente la lealtad religiosa a la política.

El peso del wahabismo en la sociedad saudita se traslada a su fuerte presencia en la mayor parte de instituciones del país. En este sentido, son tres los ámbitos donde el wahabismo tiene un

predominio considerable: religión, justicia y sistema educativo (Domínguez de Olazábal, 2017b, pp. 7-9). Desde la formación del Estado moderno saudí, los temas religiosos están bajo el estricto control de la doctrina wahabita. Aunque es cierto que el rey tiene un protagonismo simbólico gracias en parte a su autodenominado título de Guardián de los Santos Lugares y su prerrogativa para nombrar a los principales cargos de la corriente religiosa. El wahabismo ha conseguido desarrollarse a través de tres altos órganos: el Comité Permanente de Estudios Islámicos y Fatwas, el Ministerio de Asuntos Islámicos, Dawah y Guía Espiritual y por la figura del Gran Muftí.

Gráfico 8: Sistema Político y Judicial de Arabia Saudí



Fuente: Elaboración propia a partir de Stenslie, 2012 y Ficha país: Arabia Saudí de MAEC

Los descendientes directos de Al-Wahab y los discípulos de las madrasas wahabitas más importantes del país ocupan puestos de gran responsabilidad en la estructura eclesiástica y la Administración (Stenslie, 2012, pp. 44-48). El Comité Permanente de Estudios Islámicos y Fatwas es la institución religiosa más importante y representa uno de los principales grupos de influencia sobre la política del monarca. La familia Saud recurre a los estamentos wahabitas cuando necesita asesoramiento en cuestiones políticas, pero también para reforzar la legitimidad de sus decisiones y asegurar el inquebrantable apoyo de la ciudadanía.

El presidente de este Comité es el Gran Muftí de Arabia Saudí, la máxima autoridad religiosa del reino, que es elegido por el monarca. Actualmente es Abdulaziz bin Muhammad bin Abdul Rahman bin Abdullah Al ash-Sheikh. Sus fatwas son tomadas como el pronunciamiento legal más significativo de la comunidad religiosa. El wahabismo tiene también su espacio en el Gobierno, con un ministerio que siempre está a cargo de un hombre de la máxima confianza del

rey y el Gran Muftí. Esta cartera ministerial junto al Comité Permanente de Estudios Islámicos y Fatwas realiza una supervisión de las conductas permitidas por el islam. La policía religiosa, “mutawa”, sobre la que tiene la prerrogativa el propio Comité Permanente es una entidad al margen de los otros aparatos de seguridad y defensa, con la capacidad para detener y sancionar en el momento, sirviendo como uno de los apéndices de represión y dominio más efectivos.

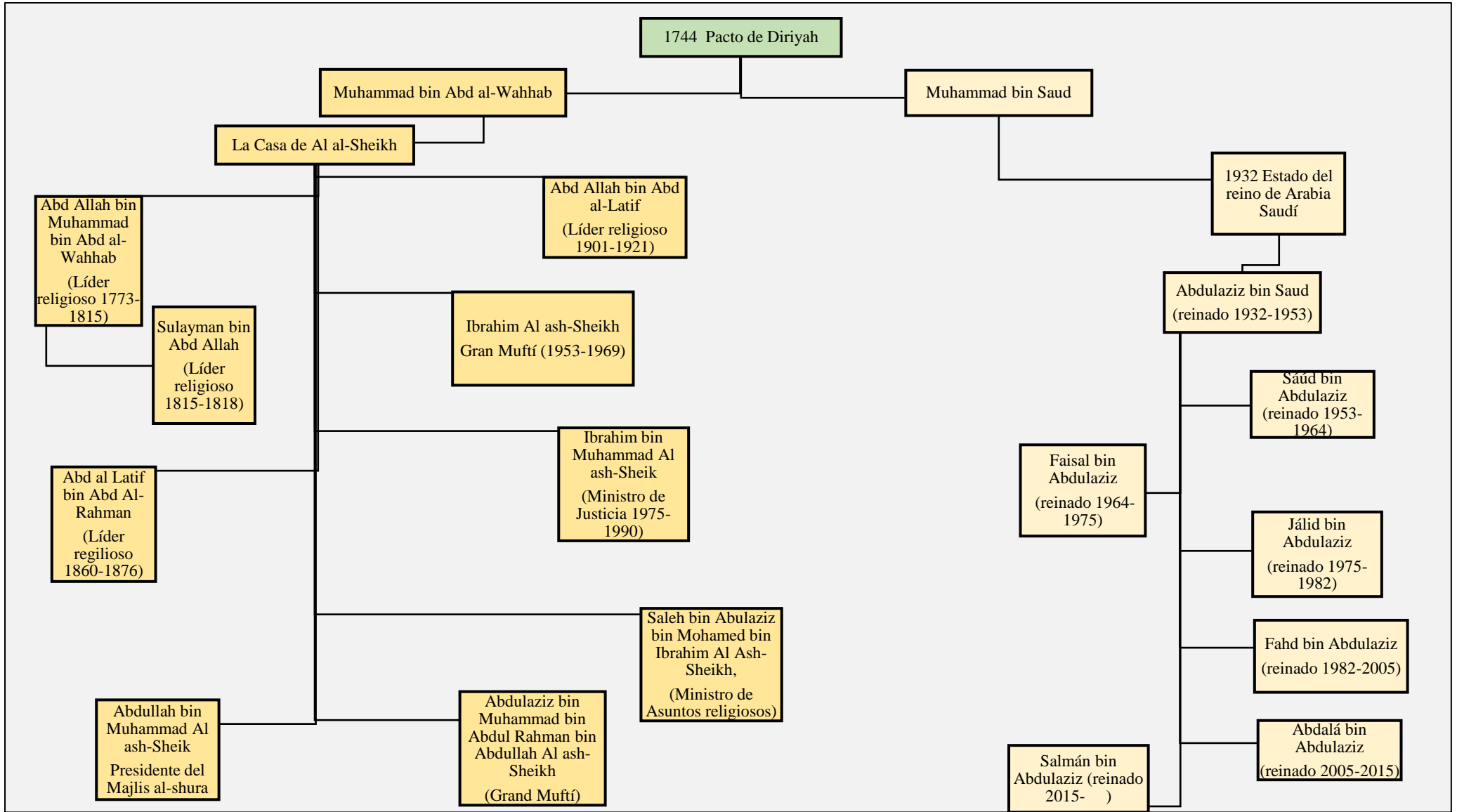
Desde la constitución en 1932 del Estado moderno saudita, el único sistema legal reconocido es el emanado de la Sharia. Las leyes en Arabia Saudí son un compendio simple en comparación con el de otras naciones de la zona. Sin embargo, tienen cierta importancia los reales decretos y las leyes básicas, que son promulgadas por el rey, y las leyes tribales heredadas de costumbres centenarias (Maisel, 2009). Son estos elementos, junto a la jurisprudencia islámica, en los que se apoyan los jueces sauditas para aplicar la justicia en el país, aunque pueden existir disonancias según la interpretación de cada magistrado o costumbre de cada localidad.

Debido a la complejidad que adquirió la política nacional y la Administración pública, además de intentar responder a las demandas de su propia familia, que exigía una cierta limitación de poderes, en 1992 el rey Fahd decidió promulgar las llamadas leyes básicas (Wehrey, 2015a). Estas conforman junto a los reales decretos, las costumbres y la Sharia los pilares básicos del derecho saudita. Las leyes básicas se disgregan sobre dos cuestiones: A) ley de Gobierno regional, centrada en la estructuración de la Administración a nivel comarcal y local; B) ley del Majlis Al-Shura o asamblea consultiva, donde se regula el funcionamiento de este órgano con la intención de limitar los poderes del rey a la hora de legislar y evaluar la actividad de los ministerios.

Los 150 miembros del Majlis Al-Shura son seleccionados por el monarca directamente, quien va renovando la Cámara cada cinco años. El rey Abdalá se comprometió a que una treintena de asientos fueran siempre ocupados por mujeres. Los consejeros son seleccionados por criterio personal del monarca en función a su experiencia y conocimiento. Esta Cámara consultiva es reflejo del incesante interés del Gobierno por tener representados a los distintos grupos del país, contando con el clero, ejército, profesores de universidad, intelectuales, funcionarios de carrera, miembros de la familia real y portavoces de los distintos clanes de cada una de las regiones.

No obstante, la autoridad del wahabismo sobre la población se está erosionando. Arabia Saudí necesita generaciones cada vez mejor formadas para aumentar facilitar el desarrollo del país, pero debido a que aún no posee las instituciones y medios necesarios, tiene que recurrir a la flexibilización del control sobre el sistema educativo (Commins, 2006, pp. 13-126), para atraer talento de fuera. Esto genera que los jóvenes con mayor formación comienzan a ser conscientes de otras posibilidades que escapan a los preceptos del wahabismo. Debido a la revolución de las nuevas tecnologías y la difusión de culturas extranjeras, la contención que ejerce la doctrina de Al-Wahab se va debilitando, acelerando las diferencias políticas entre la población.

Gráfico 9: Principales figuras de la Casa de al-Wahhab y de Saud



Fuente: Elaboración propia a partir de Martín, 2015; Commins, 2006 y www.arabnews.com

3.2. El papel de la familia real en el Estado saudita

Entre los miembros de la familia real existen facciones enfrentadas por el poder de Arabia Saudí. Circunstancia que parece haber agravado bajo el reinado de Salmán y la elección de su hijo como su sucesor. Ni el reino árabe posee una estabilidad social como desde el Gobierno se intenta difundir, ni dentro de la propia dinastía se convive en una armonía completa de intereses. Desde su constitución en 1932, los Saud han protagonizado numerosas disputas políticas, que se han convertido en uno de los elementos más condicionantes de la política nacional. Aunque el secretismo marca siempre las actuaciones de sus miembros, no son pocas las ocasiones en las que las disensiones han salido a la luz. Esto ha ayudado a dar conocer las diferentes posiciones dentro del círculo familiar, que se convierte en una de las mayores preocupaciones del rey.

A las conspiraciones y animadversiones dentro de la dinastía saudita, se suceden las relaciones de los Saud con otros clanes históricos de la península arábiga, que poseen estructuras de poder semejantes al saudí (Batalla, 2011). Por supuesto, no hay que olvidar la relación con los principales dirigentes religiosos, cuya colaboración es esencial para que los hijos de Abdulaziz hayan podido gobernar durante todas estas décadas. Asimismo, la población saudita ha variado con el tiempo su apreciación sobre la casa real, si públicamente son mencionados como eminencias respetadas y casi veneradas, de puertas para dentro muchos ciudadanos muestran sus recelos hacia el comportamiento de algunos de ellos.

La orilla árabe del Golfo está dominada por clanes monárquicas que llevan en el poder varios siglos. Los Al-Sabah en Kuwait, desde mediados del siglo XVIII en el trono del pequeño emirato costero, como los Al-Khalifa en el archipiélago de Bahrein, los Al-Said en Omán y los Al-Nahayan en Abu Dabi desde finales del mismo, o bien, los Al-Thani en Catar y los Al-Maktoum en Dubái desde del siglo XIX. Gracias al apoyo brindado por la flota británica, que tenía predilección estratégica por controlar los principales puertos de la zona (Weiner, 2016, pp. 4-5), todos estos linajes llegaron al poder de una forma u otra, aprovechando la debilidad de sus antiguos dominadores, el Imperio Otomano y el Imperio Persa.

A lo largo del último siglo, se repiten los ejemplos en todas las jefaturas de Oriente Medio y el Magreb, donde una familia conseguía perpetuarse en el poder. Una especie de tendencia compartida por la mayor parte de los dirigentes de los países, independientemente de si su régimen era república o monarquía. Ya sea a través de dinastías reales como los hachemitas en Jordania, o bien, clanes políticos como los al-Asad en Siria, donde hubo una cesión directa del mando de padre a hijo. También parecían ser estas las intenciones de Mubarak en Egipto antes de que estallara la primavera árabe, cuando procuró ubicar a su hijo Gamal en los mejores puntos del Estado (Sobelman, 2001). Este panorama ha hecho que las relaciones regionales estén muy condicionadas por las afinidades personales de sus líderes políticos.

Las principales discrepancias en la familia real de Arabia Saudí se deben básicamente a tres motivos: el primero y más importante, la cuestión sucesoria que ha generadora intensas controversias en el núcleo familiar desde el fallecimiento de Abdulaziz bin Saud en 1953; el segundo tema es la distribución de los cargos de mayor responsabilidad del Estado y el acceso a la distribución de la riqueza generada por la explotación de los recursos petrolíferos; por último, el tercer aspecto trata sobre las grandes medidas que debe desarrollar el Gobierno tanto a nivel interno como en el ámbito internacional. En estas cuestiones también ejerce una gran presión el punto de vista de los líderes wahabitas y otras importantes familias sauditas, así como la movilización social que en ciertos momentos se produce en el reino.

El trono ha sido ocupado por hijos directos de Abdulaziz hasta la llegada de Salmán en 2015, que propicia cambios en el Gobierno, la línea sucesoria y la Administración del Estado (Stenslie, 2015). Con el nombramiento de su sobrino Mohammed bin Nayef como “Príncipe Heredero” y su hijo Mohammed bin Salman como el “Sucesor del Príncipe Heredero”, el actual monarca dio un salto generacional sin precedentes en la sucesión de la corona. Incluso, desechando la alternativa de otros hermanos suyos como Muqrin bin Abdulaziz o Bandar bin Abdulaziz. Esta decisión supuso una declaración clara de intenciones del nuevo monarca, en una casa real acostumbrada a dar pocas sorpresas o giros inesperados a sus costumbres políticas.

El ascenso en 2015 de Mohammed bin Nayef y Mohammed bin Salman a los niveles más altos del organigrama gubernamental, supuso la victoria de una vertiente concreta de los Saud, que quería emprender importantes reformas. Así, se confirmó la idea de que una nueva generación de dirigentes estaban dispuestos a hacerse cargo del destino del país, procurando como uno de sus objetivos últimos, que Riad no pierda protagonismo en Oriente Medio (Espinosa, 2015). La llegada al trono de uno u otro Saud sobrepasa la relación simple de un traspaso de poder de padres a hijos o de hermanos a hermanos, adquiriendo importancia vital para la estabilidad interna y la unión de la familia real. Ante la ausencia de una norma o costumbre clara que impusiera el modo de acceso al trono, la elección del mandatario está sometida a incesantes desavenencias.

La costumbre fue imponiendo que el cargo fuera heredado entre los descendientes directos de Abdulaziz, lo que hacía que Arabia Saudí se caracterizara por la senectud de sus máximos dirigentes. El nombramiento de un príncipe heredero quedaba a expensas de la decisión del monarca, lo que provocaba enormes tensiones en el núcleo familiar y un alto grado de incertidumbre y controversia. Distintas fuentes han estimado que dentro de la numerosa dinastía Saud, solamente unas 200 personas reciben el título de Alteza (Taheri, 2012, pp. 140-141), lo que genera que dentro de un grupo tan amplio emerjan diferentes facciones. El rey no solo tiene que asegurarse el apoyo de sus hijos y familiares directos, también debe granjearse el respaldo de hermanastros, tíos, sobrinos, primos. La unidad del clan es muy delicada y se sustenta en el fin compartido por todos de mantener el linaje Saud en el poder central.

La mayor rivalidad conocida fue la acaecida durante la década de los cincuenta entre Saúd bin Abdulaziz y Faisal bin Abdulaziz, que concluyó en una especie de golpe de estado palaciego y en la renuncia de aquél en favor de su hermano en 1962. En este caso se puso en evidencia las disyuntivas a las que se enfrenta un monarca saudita y los apoyos que necesita para su gestión. Faisal supo granarse el apoyo de gran parte del clero wahabita, manejar las estructuras básicas de seguridad del país como la Guardia Nacional y unas emergentes Fuerzas Armadas, así como ir obteniendo el apoyo de las principales figuras de la familia. Saúd creyó erróneamente que en este reino, el cargo de rey le daba ya de por sí una autoridad y legitimidad que le volvían intocable, al contrario que su hermano que comprendió a la perfección la complejidad del asunto.

En 1975, el asesinato del rey Faisal por uno de sus sobrinos dejaba entrever de nuevo que la aparente tranquilidad en la monarquía saudita era pura fachada. Ni las leyes básicas promulgadas por el rey Fahd en 1992 fueron capaces de dar mayor claridad al proceso de sucesión, en el que supuestamente se tiene en cuenta la consanguinidad, los méritos y capacidades del candidato y la aprobación general del resto de parientes (Henderson, 2009). Dentro de los Saud, están aquellos que participan activamente en las disputas por la sucesión. Si el candidato que han apoyado no es el seleccionado como sucesor, suelen ser apartados y excluidos de las esferas de Gobierno, pero si su apuesta es la ganadora consiguen alcanzar mayores cotas de responsabilidad.

En esta carrera por el poder existen otros miembros que no se involucran de forma tan directa en las luchas por el trono, centrando sus esfuerzos en un ámbito concreto de la política o la economía, realizando su carrera profesional alejados de la primera línea del enfrentamiento dinástico. Este fue el caso del príncipe Saud bin Faisal que llegó a ser ministro de Asuntos Exteriores durante 40 años con distintos monarcas, manteniéndose siempre en su puesto pese a los cambios de gabinete (Hubbard, 2015a). Con todo ello, en un linaje tan extenso la mayoría de sus miembros lleva una vida alejada de las principales obligaciones políticas, centrados en negocios privados o en la gestión de algunas empresas estatales. La familia Saud es uno de los grandes polos económicos del país y están presentes en numerosos sectores y actividades.

En un país donde la mujer ocupa un papel marginal, el origen materno tiene una importancia fundamental entre los miembros de la casa real. Los diversos grupos que dentro de los Saud se han formado a lo largo de estas décadas deben su razón a que los diferentes hijos de Abdulaziz proceden de madres distintas. Por ello, cada monarca ha intentado que bajo su mandato aquellos familiares directos sean los que cierren su círculo de confianza, como es el caso de Salmán con su hijo Mohammed (Munayyer, 2017). Dentro del clan, la política del rey se suele cimentar en el apoyo de aquellos familiares, hermanos, tíos, primos o sobrinos con los que comparte un mismo apellido materno. En la realeza saudita, la división entre hermano y hermanastro es una brecha muy aguda que rompe la aparente cohesión de la familia real.

Abdulaziz bin Saud durante más de 20 años protagonizó una progresiva reunificación del territorio, basada en dos vías de acción: la alianza pacífica con otras tribus de la península, a través de pactos de unión de armas, donde se reconocía la autoridad del joven emir a cambio de asegurarles protección. También por medio de una constante lucha con otros clanes, donde el líder saudita no mostró compasión alguna. En ambos casos, el joven emir solía reafirmar sus alianzas o victorias esposándose con las hijas de los jeques (Lindsey, 2006, pp. 111-113). Con ello, consiguió aumentar el número de miembros de la familia real y sus lazos territoriales. Es decir, utilizó los matrimonios como herramienta política para facilitar sus objetivos.

No existen datos oficiales del número exacto de mujeres con las que contrajo nupcias Abdulaziz, más aún, sabiendo que tuvo numerosas amantes. Los hijos directos y reconocidos se calculan en una cincuentena y otras tantas hijas, que a su vez fueron aumentando la progenie en muchos casos con matrimonios entre miembros del mismo apellido. Una de las ramas de los Saud que más peso ha tenido en la política del país y copado importantes cargos dentro del régimen, es la compuesta por los llamados “Siete Sudairi”. Está formada por los siete hijos del rey fundador que tuvo con una de sus mujeres favoritas, Hussa bin Ahmed Al Sudairi, perteneciente a la poderosa saga Al Sudairi de la región central de Najd, donde se encuentra la capital.

De los “Siete Sudairi” formaba parte el rey Fahd (reinado 1982-2005) y el actual dirigente Salmán, también su hermano Nayef bin Abdulaziz, padre del que fuera príncipe heredero Mohammed bin Nayef hasta su destitución. Cuando llega al trono en 2015, Salmán procuró que miembros cercanos de la rama Sudairi recobraran importancia en el organigrama gubernamental (Helfont, 2015), hecho que desencadenó malestar en otras alas familiares. La posición preferente que está ocupando Mohammed bin Salman ha llevado a apartar a otros candidatos de la línea sucesoria, entre ellos a hijos del fundador y hasta a su propio sobrino. Aunque no se ha percibido una fuerte contestación por otros familiares hasta ahora, puede que las tensiones vuelvan a resurgir en el futuro cuando el monarca Salmán deje el poder. Por el momento, la línea del rey y su hijo ocupan una posición dominante en el panorama político.

El rey Abdalá falleció en 2015 y dejó una herencia reprobada por los sectores más conservadores y ambiciosos del reino, pero respaldada por los grupos más aperturistas. Es considerado el monarca más abierto y reformador de los seis hijos de Abdulaziz que han ocupado el cargo (Martin y Hubbard, 2015b). Esta reputación viene en parte porque introdujo una serie de reformas políticas y sociales, orientadas a atender las reivindicaciones de aquellos agentes que han sido tradicionalmente excluidos por el poder central, como los más jóvenes, las mujeres o la minoría chiita. La política regional emprendida durante la primavera árabe fue criticada dentro del propio Gobierno y por familiares directos, pues consideraron su estrategia errada por la falta de respuestas contundentes ante los numerosos desafíos que surgieron.

Abdalá era consciente de que el tema de la sucesión comenzaría a complicarse con el paso de los años y cuando los hijos del fundador fueran desapareciendo por edad. Llegado el momento habría que dar un salto generacional, que conociendo el pasado familiar, iba a suponer un más que probable número enfrentamientos entre los príncipes. En 2006 decidió crear el Consejo de la Lealtad para mejorar y esclarecer el funcionamiento a la hora de seleccionar al candidato. El artículo 5 de las leyes básicas promulgadas por Fahd, señalaba que el sucesor era elegido por el rey entre sus parientes, los hijos del rey fundador Abdulaziz bin Saud y los hijos de sus hijos (Stenslie, 2014). Dicho enunciado no aclara cuando un nieto del primer monarca podría llegar a ser nombrado príncipe heredero, lo que da mayor transcendencia a la decisión tomada por Salmán.

El Consejo de la Lealtad está compuesto por 34 descendientes de Abdulaziz, 15 de sus hijos y 19 nietos. Fue creado con el propósito de que la última decisión con respecto a la Jefatura del Estado se tomara de una manera colegiada, intentando que todas las ramas dentro de los Saud pudieran ser tenidas en cuenta. El Consejo de la Lealtad puede incapacitar al dignatario o al príncipe heredero por cuestiones de salud. Este hecho fue tomado en cuenta al llegar al trono Salmán, a quién se le presupone por su avanzada edad diversas dificultades físicas. Como mostró Salmán en el segundo año de su reinado, este Consejo en la práctica no contraviene públicamente la autoridad del rey. Ejemplo de ello fue la decisión de nombrar a su hijo Mohammed bin Salman príncipe heredero, sin que ninguno de los miembros del Consejo lo reprobara.

Los intereses familiares van más allá de la cuestión sucesoria. También es tema de debate el tipo de política a aplicar a lo largo de un reinado. En los últimos años se han percibido varios grupos dentro de la dinastía, que muestran posturas enfrentadas en asuntos vitales para el régimen. Sobre la política nacional se discuten materias como la desigualdad social, la exclusión de las mujeres de la vida pública, el trato a la minoría chiita o la introducción de reformas que dejen más espacio al aperturismo en detrimento del conservadurismo wahabita. Del mismo modo, son tratadas las acciones a emprender en el escenario internacional, más aún, en un contexto regional tan convulso. Son puntos centrales de estas polémicas el tipo de relación que el Estado saudita debe mantener con EE.UU., con Irán, Israel o el resto de socios del CCG.

Pese a las diferencias, todos los príncipes Saud entienden que el fin último debe sostener el régimen creado por Abdulaziz bin Saud en los años treinta del siglo pasado. Sin embargo, existen los que piensan que para acabar con la inestabilidad social del interior, por ejemplo, es imprescindible otorgar más derechos a las mujeres, jóvenes y minorías, así como ir progresivamente reformando las instituciones políticas y jurídicas del país. Para otras partes del clan real, unas medidas de este calado solo muy peligrosas, pues conllevarían a profundizar en lo que Samuel Huntington llamó el “Dilema del rey” (Aarts y Roelants, 2015, pp. 143-144). Es decir, cuando un monarca decide atender las demandas del pueblo, comienzan una etapa de reformas que desencadena antes o después el fin de su propio poder.

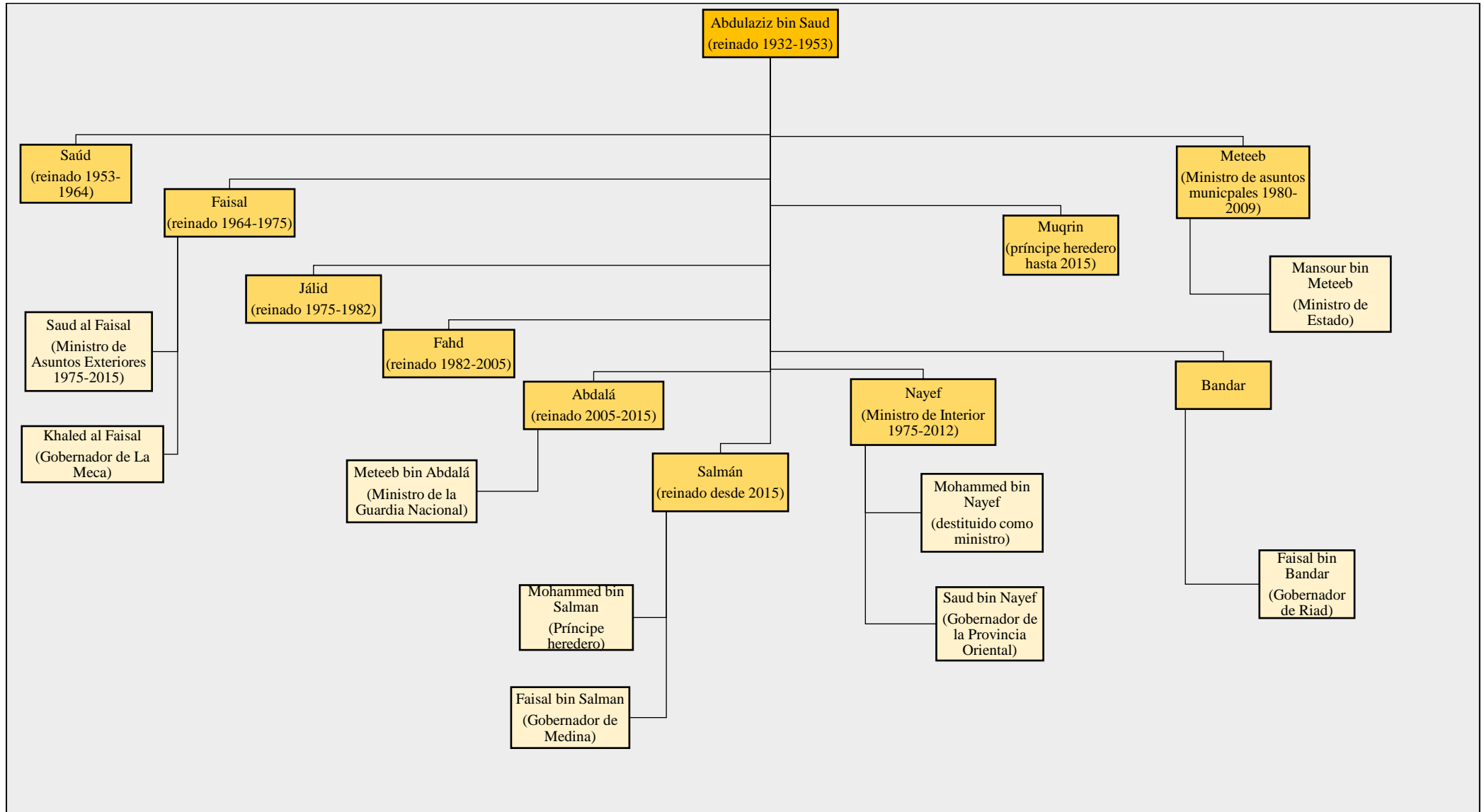
La disyuntiva está entre ir reformando paulatinamente el panorama nacional, o bien, mantener una conducta inmovilista e intransigente, porque se entiende que cualquier modificación sería tomada por terceros como un gesto de cesión o debilidad. En los últimos años del reinado de Abdalá, estaban los que consideran que era necesario, entre otras muchas cosas, ir desvinculándose de la alianza con los EE.UU., mostrarse más agresivos con el auge de Irán, así como darle un enfoque arabista y sunnita a la estrategia regional (Al-Rasheed, 2016a). En otro lado, estaban los que defendieron que la asociación con Washington seguía siendo primordial para la seguridad del reino y había que evitar verse involucrados en las crisis locales. La llegada al trono de Salmán y su hijo Mohammed, supone el triunfo de la primera tesis sobre la segunda.

La década de reinado de Abdalá estuvo caracterizada por una serie de medidas aperturistas en materias sociales, como fue la celebración de elecciones a escala municipal, la participación de las mujeres en las instituciones políticas (Vela, 2015), el desarrollo de programas educativos y el establecimiento de nuevos centros universitarios e de investigación. Introdujo pequeñas medidas de liberalización en el modelo económico. Además, se suavizó el control sobre el acceso a internet y se abrieron espacios públicos donde para hombres y mujeres. Muchas de estas decisiones contaron con la firme oposición de los sectores más conservadores de la familia real y del wahabismo. A pesar de ello, el rey mantuvo intactas las fuerzas de coacción y represión del Estado, que actuaron ante cualquier percepción de amenaza de inestabilidad.

Salmán llega al poder con una agenda marcada por la política internacional y por la economía. En sus primeros años de gobierno parece dejar aparcados los debates sociales abiertos por su hermano, centrándose exclusivamente en la urgencia de modernizar la estructura económica del país, el funcionamiento de la Administración pública y proteger los intereses sauditas en el Golfo y Oriente Medio. La política interna aplicada por Salmán suponen una continuación del carácter más conservador y represivo del Estado saudita, sobre todo, para las corrientes de oposición y disidentes políticos (Sarrión, 2015, pp. 44-45). Al mismo tiempo, encarna la reafirmación del ala más ambiciosa y proactiva de los Saud, en lo que se refiere a los objetivos señalados en la economía y la política exterior, que buscan redefinir el liderazgo regional saudita.

Las responsabilidades asumidas por Mohammed bin Salman en estos años, confirman las intenciones del rey Salmán por dejar la cuestión de la sucesión cerrada. El monarca quiere que sea su propio hijo sea el que lidere los cambios necesarios para Arabia Saudí. Salmán está estableciendo las bases sobre las que seguramente se asentará el mandato del joven príncipe cuando llegue al trono, concediéndole ya los encargos más importantes de su gobierno. Mohammed bin Salman está dirigiendo sus esfuerzos a abrir el camino a transformaciones en la estructura económica del país, mientras intenta descartar cualquier atisbo de oposición interna dentro de la familia real y reconfigurar la estrategia regional del Estado saudita.

Gráfico 10: Principales miembros de la Casa de Saud



Fuente: Elaboración propia a partir de información de www.houseofsaud.com y www.saudi.gov.sa

3.3. Corrientes contestatarias dentro del reino

El escaso impacto que tuvo la primavera árabe en Arabia Saudí comparada con otros países vecinos, vendría a confirmar la percepción de que la población saudí es escasamente contestataria y poco dada a la movilización. Cabe recordar que los Saud tienen en su disposición poderosos instrumentos de adoctrinamiento y control de su población, que hacen que sea más difícil que surjan movimientos sociales que puedan suponer una amenaza real al orden establecido. Pese a ello, desde Riad siempre se teme que la estabilidad interna de la que en apariencia disfruta su país, pueda llegar a romperse por la injerencia o influencia de factores externos, o bien, por cuestiones internas que la monarquía saudita es incapaz de resolver.

En Arabia Saudí ya existían ciertos problemas internos que condicionaban la agenda nacional y sobre las cuáles el rey Abdalá intentó actuar, antes de que todo Oriente Medio se viera afectado, en mayor o menor medida, por las revueltas de 2011. En la primera fase de la primavera árabe, las exigencias de determinados grupos de la sociedad saudita emergieron con más fuerza, aunque no tuvieron un alcance prolongado. Los primeros pasos de Salmán en el trono parecen señalar que sus preocupaciones irán hacia otros temas. El nuevo monarca apuesta porque las grandes reformas económicas y la redefinición de la política exterior sean los elementos que propicien que el Gobierno pueda afrontar mejor los complicados retos internos y externos.

Abdalá adquirió fama de reformador gracias a diversas iniciativas dirigidas a promover el aperturismo en el país. Destacaron medidas orientadas a dar mayor voz a las mujeres en la sociedad y política nacional, su apuesta por proyectos educativos y culturales a gran escala y cambios en las instituciones para que fueran más participativas y transparentes. A pesar de ello, no consiguió evitar que cierto malestar social saliera a la luz, dando a conocer a la opinión pública mundial una realidad de la población saudita distinta a la que las fuentes oficiales ofrecen. Entre estos problemas, se encuentra el de la población chiita de la región oriental del país, donde precisamente se localizan los yacimientos de petróleo más grandes.

El sectarismo en los discursos enfrentados entre Irán y Arabia Saudí hace que recobre especial atención la provincia este del reino, donde en algunos municipios son mayoría los sauditas chiitas. Esta área tiene un importancia estratégica vital para el régimen por el número de campos de petróleo y gas. No obstante, las autoridades de Riad no deben desatender otros asuntos también relevantes, como son el descontento y desafección de los más jóvenes y clases populares, las exigencias de parte de la población femenina por derechos y condiciones dignas o el persistente peligro de los grupos salafistas y células terroristas. Estos cuatro puntos más la situación económica del país, las luchas dentro de la familia real y el peso del wahabismo, son los aspectos primordiales que más preocupan en el Gobierno, sobre todo, porque pueden condicionar las capacidades de la monarquía para desarrollar sus planes regionales.

3.3.1. La minoría chiita de Arabia Saudí

En muchos países de Oriente Medio los levantamientos populares adquirieron un rasgo sectario. En el caso de Arabia Saudí las tensiones religiosas llevan tiempo estando presentes, representando uno de los desafíos más complicados a los que tiene que hacer frente Salmán. El reino saudita es el referente del mundo musulmán gracias a ser la tierra del Profeta y a acoger cada año la llegada de millones de peregrinos, además desde la Casa de Saud se apuesta decididamente por erigirse como líderes de los musulmanes sunnitas gracias al soporte ideológico del wahabismo. Este hecho provoca que sean habituales las tensiones con comunidades de creyentes que no son sunnitas, particularmente con la jerarquía chiita iraní, así como con otras ramas del islam de países vecinos en las que no impera una interpretación del Corán tan estricta.

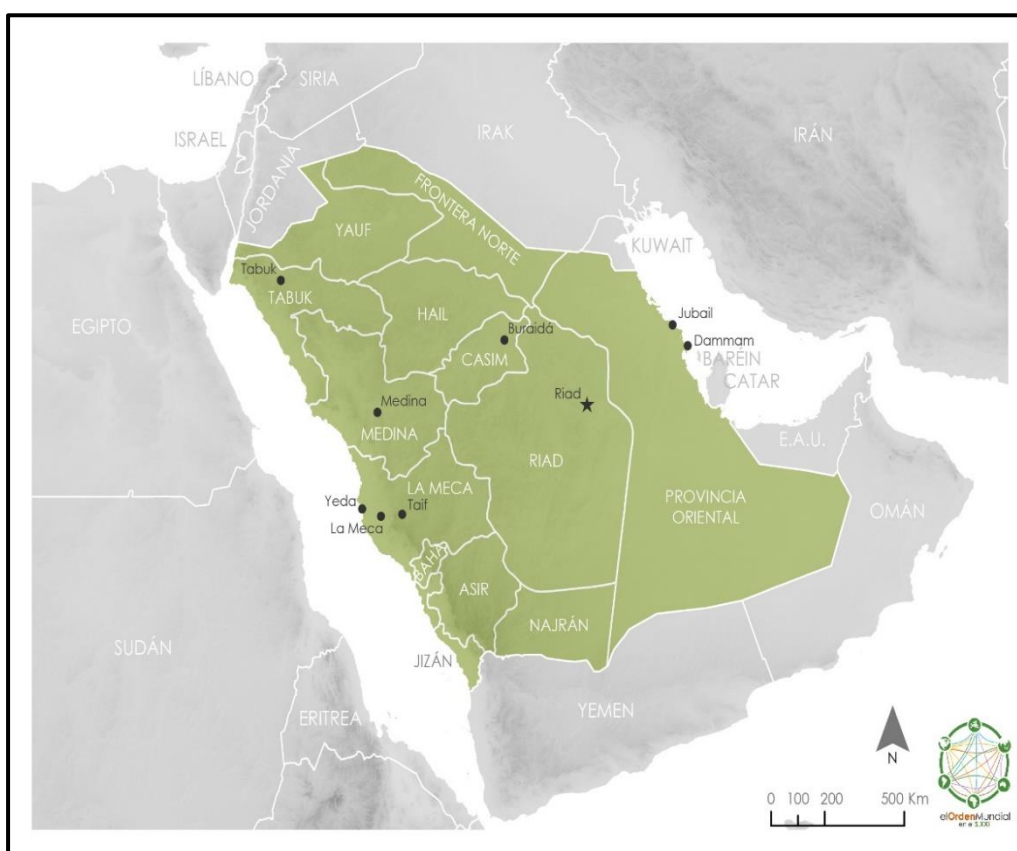
El wahabismo describe en sus postulados más ortodoxos a musulmanes sufistas o chiitas como herejes, argumento que es utilizado recurrentemente por las autoridades sauditas para justificar su enemistad con el Irán de los ayatolás. El problema es que dentro del país existe una población considerable de sauditas que procesan el chiismo (Wehrey, 2014a), lo que supone verdaderamente un inconveniente para los deseos de estabilidad interna de sus gobernantes. La Casa de Saud considera a este grupo de la población como una amenaza permanente para el régimen. Sobre todo, a partir de la revolución iraní de 1979, temiendo que en cualquier momento pudieran actuar como quinta columna del Gobierno de Teherán para desestabilizar al reino.

Desde la creación del Estado de Arabia Saudí, el Gobierno se ha empeñado en construir una identidad nacional por encima de las entidades tribales o étnicas. Este débil nacionalismo ha estado sustentado en la defensa de la unidad del país, la lealtad a la corona y la fe según una doctrina religiosa concreta. Los chiitas sauditas no comulgaban completamente con estos ideales, principalmente porque no están bajo las premisas del sunnismo y ni mucho menos de la ortodoxia del wahabismo, de la que se sienten atacados asiduamente (Teitelbaum, 2010b, pp. 72-73). Sienten que desde la Jefatura del Estado se les ha tratado injustamente y discriminado, lo que ha debilitado su sentimiento de pertenencia a una comunidad nacional y su respeto al rey.

El Gobierno saudita no ofrece datos al respecto, pero se estima que en torno al 15%-20% de la población total es de confesión chiita, localizándose la mayoría de ellos en las ciudades de la costa este del país entre Qatif y al-Ahsa (Soage, 2017, pp. 4-5), especialmente las más próximas a los yacimientos. En algunos de estos municipios costeros los chiitas sauditas llegan a ser el grupo social más grande. Para los dirigentes sauditas es un peligro que los chiitas nacionales estén repartidos en áreas tan cercanas a las fronteras con Catar y Bahreín y de los principales pozos de petróleo. Desde el año 2011 y en paralelo al auge de las tensiones con Irán, la cuestión chiita ha recobrado un gran protagonismo en la agenda nacional. Son varios los incidentes que han tenido lugar en estos últimos años entre manifestantes chiitas y las fuerzas de seguridad del Estado.

Entre 1932 y 1980 Arabia Saudí estuvo organizada administrativamente en seis grandes provincias, que respondían a la tradición en la que los grandes clanes y familias habían repartido sus márgenes de influencia y división territorial que realizó el Imperio Otomano siglos atrás: la Provincia de Asir y la Provincia de Rub al Khlai en el sur, la Provincia de El Hasa en el este, la Provincia de Hejaz en el oeste, la Provincia de Nejd en el área central y la Provincia de Shammar en el norte. En el año 1980 el rey Jálid promulga un real decreto donde establece una nueva división, pasando de seis a trece provincias: Provincia de Tabouk, de las Fronteras Septentrionales, de Riyadh, de Najran, de La Meca, de Medina, de Jazan, de Al-Jowf, de Hael, Provincia Oriental o Provincia Este, de Asser, de Al-Qasim y de Al-Baaha.

Mapa 1: Provincias del Reino de Arabia Saudí

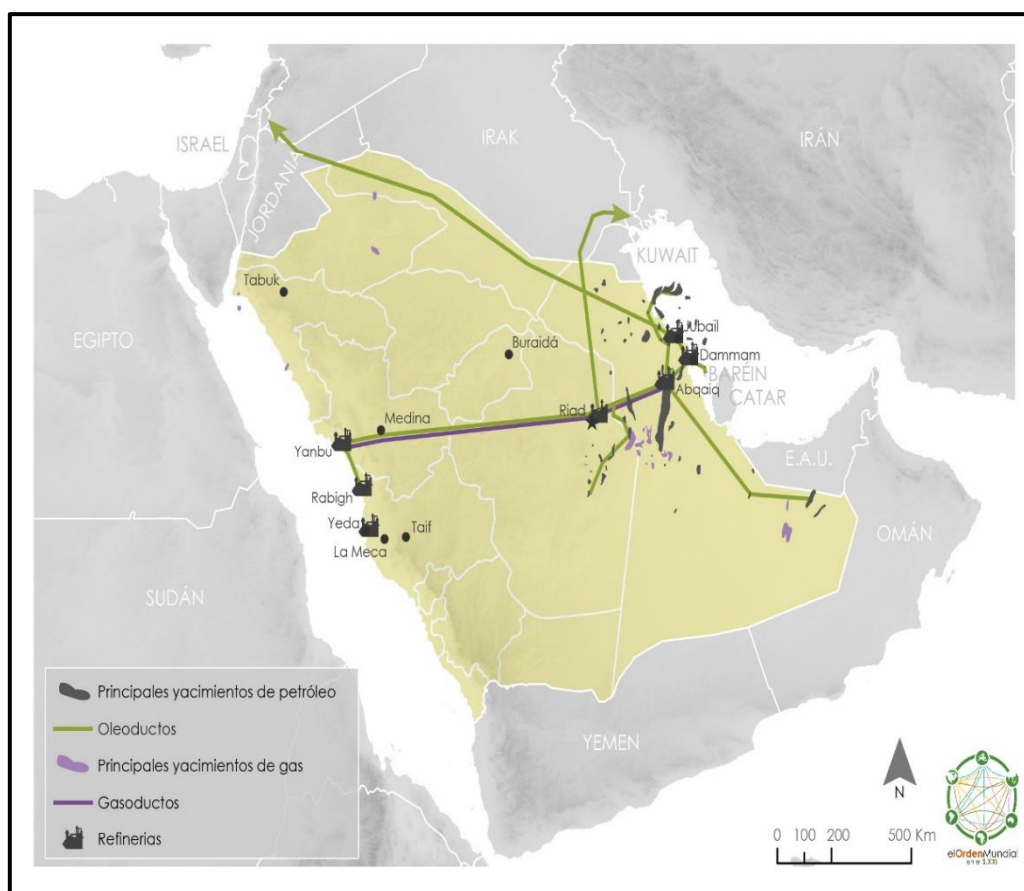


Fuente: El Orden Mundial en el S.XXI

Cada provincia cuenta con su propio Gobernador, que es nombrado o destituido por el rey, dependiendo directamente del Ministerio de Interior. El cargo lo han ocupado únicamente miembros de la familia real. Cada una de estas regiones posee sus propias instituciones administrativas que se encuentran en la capital de provincia correspondiente, encargadas de realizar la gestión de los temas locales. A su vez cada una de ellas está dividida en gobernaciones y subgobernaciones. Poseen consejos consultivos locales encargados de asesorar al Gobernador, principalmente en la formulación de presupuestos. Estos consejos actúan como asambleas provinciales y municipales, en los que parte de los representantes son elegidos por los ciudadanos.

La Provincia Oriental es la región administrativa más extensa del país y tiene una gran importancia estratégica, ya que hace frontera con: Irak; Kuwait; con el archipiélago de Bahrén, que se comunica por vía terrestre gracias al puente de la Calzada del Rey Fahd; Catar; E.A.U.; Omán y Yemen. Es la tercera provincia por número de habitantes según las estadísticas del Gobierno, con 4.780.619 habitantes, solo superado por la Provincia de Riyadh (8.002.100) y la Provincia de La Meca (8.325.304) de una población total de 31.742.308 para el año 2016. Su capital Damman es una de las ciudades más habitadas del país, con más de 700 mil ciudadanos. Pero su verdadera transcendencia radica en el número de chiitas que viven allí y porque se encuentra a pocos kilómetros de los principales yacimientos de petróleo del reino.

Mapa 2: Principales instalaciones de petróleo y gas en Arabia Saudí



Fuente: El Orden Mundial en el S.XXI

A lo largo de la costa que va desde Kuwait hasta Catar, pasando por las localidades de Ra's al Khafji, Al Jubayl, Ras Tanura, Al-Qatif y Damman existe una gran actividad de extracción asociada al petróleo y gas. En todo el país hay tres grandes núcleos de refinería y procesamiento, los primeros se localizan en esta orilla del Golfo, el segundo en la capital y los terceros en la costa del Mar Rojo entre las ciudades de Yanbu y Yeda. De esta manera, la base de la producción de petróleo saudita se encuentra principalmente en la región oriental, lo que la convierte en un pilar básico para el desarrollo de la economía. Además, para aumentar el valor geoestratégico de la

provincia, al norte de la misma se sitúa la ciudad militar Rey Jálid, uno de los complejos militares más grandes del país, que fue vital para las comunicaciones en la guerra del Golfo de 1991.

Mientras la población chiita saudita, en el cómputo total del Estado, no llega a representar más del 15%-20%, en los principales núcleos de población de la Provincia del Este llegan a ser mayoría, como en el caso de la ciudad de Qatif. Fue en estas comarcas donde se registraron algunas manifestaciones durante la primavera árabe, en el llamado “Día de la Ira” (Barany, 2012, pp. 4-5), que volvía a sacar a la luz las reivindicaciones de los chiitas. En la región que más aporta al progreso del país, una parte importante de sus ciudadanos se sienten excluidos y perseguidos por razones religiosas. El malestar de los chiitas no es un fenómeno nuevo ni circunstancial a la primavera árabe, sino que viene alimentándose desde hace varias décadas.

La primavera árabe tuvo una cierta repercusión dentro de Arabia Saudí en aquellos núcleos de población donde viven un importante número de chiitas. El Gobierno pronto señaló como motivo de estas manifestaciones a la intromisión iraní, que estaría intentando alentar a sus correligionarios para desestabilizar el reino (Al-Rasheed, 2013a). No obstante, estas movilizaciones llevaban produciéndose desde hacía tiempo y simplemente se agravaron porque encontraron en otros países de la zona un ejemplo de lucha. La razón fundamental de esta tensión interna se debe a la política sectaria aplicada por los Saud, que tiene uno de sus máximos exponentes en la manera de gestionar la diversidad religiosa dentro de su territorio.

El discurso sectario y la difusión del wahabismo son armas políticas de doble filo. Los gobernantes sauditas son conscientes de esta circunstancia. Estos recursos les sirven para afianzar su liderazgo y adoctrinar a la población en unos valores congruentes a sus intereses. También les ayuda a proyectar su imagen de líderes de la comunidad musulmana a escala regional y mundial. Dentro de Arabia Saudí gran parte de la población sunita no ve a los sauditas chiitas como compatriotas, ya que son percibidos con desconfianza y hostilidad. Las autoridades religiosas y políticas se han encargado en parte de incitar la división social con un discurso contra los chiitas sauditas, que los representan como sujetos con intereses ocultos y que profesan una fe errada.

Esa lógica ha propiciado un clima de crispación sectaria dentro y fuera del país, hasta el punto de que los sauditas sunnitas cuestionan la lealtad de la población chií a su nacionalidad (Ismail, 2015). Esta circunstancia está fomentado que se radicalicen aún más las actitudes de los chiitas sauditas, quienes centran sus quejas en tres puntos: 1) por su condición religiosa se sienten tratados como ciudadanos de segunda, restringiéndoles el acceso a algunos servicios e incluso impidiéndoles trabajar en la Administración pública y empresas estatales como las del petróleo; 2) creen ser perseguidos por su fe, sufriendo la coacción y represión de las fuerzas de seguridad e impidiéndoles disfrutar y manifestar plenamente su espiritualidad; 3) pertenecen a una región próspera por el petróleo pero no disfrutan de la riqueza generada por su tierra.

En las manifestaciones de los chiitas hay un discurso común: la exigencia de respeto y dignidad. Sus concentraciones tienen un espíritu de indignación y hastío, cansados de ser tratados injustamente dentro de su propio país. Para el Gobierno este asunto es el factor que más daño puede hacer al equilibrio interno. Las soluciones de la monarquía a esta problema han tendido a ser dos: por un lado, un continuado hostigamiento a la población chiita, sobre todo, impidiendo sus expresiones públicas, reduciendo su unión en congregaciones religiosas o el contacto con otras agrupaciones chiitas de la región; por otro lado, la redistribución demográfica de la población, favoreciendo la llegada de sunitas de otras áreas del país al área oriental, garantizándoles puestos de trabajo en los campos de extracción en detrimento de los chiitas.

Las ciudades fronterizas con Catar, E.A.U. y Bahreín sirven de puente para que multitud de ciudadanos sauditas salgan del país de vez en cuando y conozcan sociedades menos conservadoras e inflexibles que la saudita. Esto ocasiona que sea también la Provincia Oriental la puerta de entrada de ideas y discursos políticos distintos al rigorismo wahabita. Cuando a principios del 2011 llegaron las noticias de revueltas populares en las calles de Manama y el apoyo que desde las Fuerzas Armadas sauditas se estaba dando a la monarquía Al Jalifa (Bronner y Slackman, 2011), que ayudó a reprimir duramente las concentraciones de su población, los chiitas sauditas también salieron a las plazas en solidaridad con sus hermanos bahreiníes.

El reformador Abdalá, que había procurado introducir cambios paulatinos en el sistema político, dejando espacios de participación a los representantes de la minoría chiita, no tuvo contemplaciones ante estas movilizaciones e intervino con toda la dureza. Esa misma línea de actuación es mantenida por el rey Salmán. En enero de 2016, el Gobierno saudita anunció la ejecución del clérigo chíí Nimr Baqr al Nimr junto a otros 46 acusados de terrorismo (Ricotta, 2016). Con esta decisión el actual monarca demostró que sus intenciones no iban a ser otras que las de sofocar cualquier atisbo de revuelta popular, frenando las tensiones sociales en una comarca tan delicada como la Provincia Oriental. La respuesta airada del régimen iraní contra estas ejecuciones ayudó a acrecentar la división sectaria dentro del reino y en la región.

Antes de la primavera árabe, el rey Abdalá había hecho algunos acercamientos hacia los chiitas sauditas, haciéndoles partícipes del proyecto de reconciliación nacional (Mamouri, 2015), que aspiraba a atender las exigencias de los sectores más discriminados por el régimen. Sin embargo, la inestabilidad del 2011 y la amenaza iraní hicieron que los Saud volvieran a una posición menos aperturista. La monarquía no va a permitir que la región que tiene las principales reservas de petróleo del país, quede aparte de su absoluto control y pueda ser punto de intromisiones extranjeras. El modelo de Estado saudita, bajo una monarquía absoluta y con el fuerte pilar teórico del wahabismo, impide que se puedan plantear diferentes modelos de organización territorial, política y social, que canalicen la singularidad de los chiitas sin debilitar la unidad del país.

3.3.2. Movimientos aperturistas en la sociedad saudita

Arabia Saudí cuenta con una población de más de 31 millones de habitantes, de los cuales aproximadamente 21 millones son de nacionalidad saudí. En el año 2016, según datos del Gobierno, cerca del 50% de la población es menor de 30 años, hecho que contrasta con la senectud de la mayoría de sus dirigentes. El reino presenta una sociedad joven, rasgo que comparte con la mayoría de Estados de la región (D’Cunha, 2016). Esta brecha generacional se hace cada vez más patente entre los sauditas, donde las mujeres y hombres veinteañeros y treintañeros comienzan a introducir unos hábitos en el ámbito familiar y social, alejados de las costumbres y tradiciones tan arraigadas entre los más mayores. Estas circunstancias están obligando a la monarquía a hacer frente a emergentes desafíos.

La discriminación de la mujer, la desigualdad y la pobreza y las expectativas de las nuevas generaciones son temas que están sobre la mesa del rey Salmán. El malestar por estos temas ya se ha hecho notar en movilizaciones esporádicas en algunas ciudades, así como corrientes críticas en internet (Perlov y Guzansky, 2014). La lucha por el empoderamiento de las mujeres o las exigencias de políticas más progresistas son fenómenos más recientes en comparación con las reivindicaciones de la minoría chiita. Pese a ello, estos asuntos están cobrando una relevancia cada vez mayor, sobre todo, a partir de la primavera árabe, donde encontraron un estímulo cercano y un ejemplo de cómo atraer la atención mediática internacional. Empero, son acciones que carecen en la mayoría de las ocasiones de organización y planificación.

La ciudad portuaria de Yeda, a orillas del mar Rojo, es el máximo exponente de aperturismo social y político dentro del régimen saudita. Es la imagen oficial que quiere dar al mundo el Gobierno, sobre todo, a sus socios occidentales (Hammond, 2008). Es la segunda ciudad más habitada del país, tras Riad, con más de 4 millones de habitantes, situada a tan solo 100 kilómetros de La Meca y rodeada por los más importantes centros de estudio wahabitas. Yeda es el principal centro financiero, investigación y de cultura del país. En esta ciudad están establecidas las universidades públicas y privadas más prestigiosas. Fue en Yeda donde se abrieron, bajo reinado de Abdalá, los primeros espacios públicos mixtos. Después de Riad, es la segunda ciudad preferida por la familia Saud como residencia. El príncipe Mohammed bin Salman nació y creció allí.

La desigualdad social es un problema estructural en el reino saudita, que viene dada por una distribución de la riqueza inequitativa. Los datos desprendidos por el Gobierno suelen estimar que el número de sauditas en condición de pobreza está en torno a un 14%. Aunque la mayoría de análisis internacionales elevan el número de sauditas que viven por debajo del umbral de la pobreza. Aproximadamente 4 millones de sauditas viven por debajo de esta línea y 1,6% en condiciones de pobreza extrema (Baker, 2013). El Gobierno se ha preocupado siempre de ofrecer cuantiosos programas de ayudas y asistencia social para evitar el malestar entre la ciudadanía.

La primavera árabe tuvo su propio recorrido en cada uno de los países en los que se hizo notar, pero existían rasgos que eran en menor o mayor medida comunes: la corrupción de los regímenes; las demandas ciudadanas de reforma política; las protestas de sectores sociales o colectivos excluidos; la creciente desigualdad; la falta de oportunidades para los más jóvenes y la carestía de los precios (Lim, 2013 pp. 185-186). Si bien en general, en Arabia Saudí estas causas tuvieron su plasmación en movimientos de distinta índole, las quejas por las desigualdad social y pobreza no han estado entre las principales motivaciones. Esto es debido a dos elementos: 1) un Estado rentista que asegura a través de subvenciones y ayudas un nivel mínimo de bienestar a los más desfavorecidos; 2) el wahabismo juega un papel esencial como barrera al malestar e indignación social, así como motor de adoctrinamiento.

Las monarquías del Golfo se han asegurado siempre de que los productos básicos no tuvieran unos precios excesivos. Los subsidios al consumo de gasolina o electricidad son una de las medidas sociales más arraigadas en estos Estados, pese a las dificultades para equilibrar las balanzas públicas (El-Katiri y Fattouh, 2015, pp. 6-7). Estos regímenes procuran facilitar acceso a mejores ratios de educación y sanidad gracias a cuantiosos programas de becas y asistencia social. Pero he ahí donde radica el origen del malestar de parte de la población saudita, percibiendo que el actual sistema político es incapaz de satisfacer sus expectativas. Un ejemplo de esta situación son las mujeres jóvenes saudíes con alta cualificación, que pueden formarse incluso fuera del país, pero que tienen muchas limitaciones para trabajar en el reino.

En Arabia Saudí no existe una oposición política fuerte que no se circunscriba a las reclamaciones de los chiitas del este o a grupúsculos salafistas. Al contrario de lo que ocurrió en otros países como Egipto, Siria o Túnez antes de la primavera árabe, donde existían partidos políticos opositores al Gobierno en la clandestinidad o en el exilio, ese tipo de organizaciones en el contexto saudita nunca han llegado a estructurarse. Sin embargo, como sucedió en la ciudad de Yeda en 2009, tras unas graves inundaciones y la deficiente actuación de las autoridades (Dorsey, 2017), en los últimos tiempos las movilizaciones y campañas contra la corrupción del régimen y la falta de libertades y derechos han empezado a notarse con fuerza.

Hay cada vez más campañas internacionales y testimonios de activistas denunciando la vulneración sistemática de los derechos humanos en Arabia Saudí, como la condena a muerte del poeta Ashraf Fayadh acusado de apostasía por una de sus obras (Olías, 2015), que finalmente la presión internacional consiguió anular. Tampoco se puede obviar el tema de la homosexualidad, que está prohibida y perseguida, al igual que ocurre en otros países vecinos. Los derechos y libertades de la población saudita son un tema polémico en las relaciones de los socios occidentales con Riad. Esta circunstancia no ayuda a mejorar la apreciación sobre la monarquía de los Saud en muchos países del mundo. Más aún, la controversia sobre estos asuntos suele representar una gran dificultad para los ejecutivos occidentales ante sus opiniones públicas.

Desde los reinados de Fahd y Jálid, se han implementado sucesivas políticas para mejorar el deficiente sistema educativo y universitario, aumentando el acceso de aquellos ciudadanos sin recursos. Estos programas están dando como resultado que, a principios del siglo XXI, la monarquía saudita se encuentre ante ciudadanos con una amplia formación, muchos de los cuales han estudiado o trabajado en el extranjero. Además, los jóvenes sauditas están creciendo en una sociedad diferente a la de sus padres, acompañados por internet, los medios de comunicación de masas, las redes sociales y por el permanente contacto con otras culturas y estilos de vida. Estas generaciones no se conforman con la herencia política y religiosa recibida de sus antecesores.

La contradicción de intereses entre las generaciones más mayores y los que han nacido en los finales del siglo XX y el nuevo milenio, está comenzando a generar desavenencias que, sobre todo, están afectando a la credibilidad y alcance moral del discurso religioso. La revolución de los medios e internet da más espacio para corrientes progresistas y nuevos movimientos extremistas (Hegghammer, 2010, pp. 322-324), debilitando el monopolio del Estado y el de la jerarquía wahabita. Pese a que aún la oposición crítica en este sentido no posee una clara organización, desde luego la monarquía no puede desdeñar las inquietudes sociales que están surgiendo, signo de que los tiempos están cambiando y que su legitimidad comienza a estar más cuestionada. A este respecto la figura de la mujer dentro de la sociedad saudí está entrando en un proceso de transformación, que empuja hacia una redefinición más justa y emancipadora.

Existe un prolífero campo de prohibiciones y restricciones para todos los ciudadanos dentro de la jurisprudencia saudita. Estos impedimentos se vuelven especialmente duros para las mujeres (Chinchilla, 2016). La población femenina se encuentra apartada de la esfera pública en Arabia Saudí. Las mujeres sauditas se enfrentan a tres formas de delimitaciones: 1) dentro de su familia y entorno más cercano; 2) la que se produce en el conjunto de la sociedad; 3) la que queda recogida en las leyes. En el núcleo familiar sigue estando sometida a la autoridad masculina. En la sociedad la mujer se encuentra apartada de la mayoría de espacios públicos, teniendo un rol de escasa visibilidad. Todas estas costumbres y actitudes sociales parten de la interpretación religiosa, plasmada en códigos legales, donde impera una visión androcéntrica del mundo.

Los derechos de las mujeres están presentes en el debate nacional. Partiendo de una educación destinada a perpetuar la diferencia de roles entre géneros (Al-Rasheed, 2013b, pp. 77-79), las mujeres representan un porcentaje mayor de universitarias y graduadas. Pero apenas más del 10% consigue entrar en el mercado laboral o desarrollar sus propios negocios. Mientras se les permite votar y se les reserva espacios en las instituciones políticas, todavía sufren restricciones como necesitar el permiso de un hombre para viajar o que la entrada en edificios públicos sea distinta para ambos géneros. Son estas jóvenes mujeres formadas, que tienen una visión del mundo más completa que sus antepasados, las que están llamadas a protagonizar una lenta pero constante revolución hacia la construcción de un país más igualitario.

3.3.3. El radicalismo religioso dentro de Arabia Saudí

Tras el 11 de septiembre de 2001, la atención mediática occidental se vuelve hacia Arabia Saudí, subrayando su corresponsabilidad en el auge del radicalismo religioso y el creciente número de grupos salafistas y células terroristas presentes en varios continentes. Los estrechos vínculos de sauditas con Al Qaeda evidenciaron un problema arrastrado desde hace tiempo. Durante décadas el reino había sido el soporte económico e ideológico de actores políticos y religiosos de dudosa reputación y con unos fines muy peligrosos. Esta situación venía dándose ya desde los años ochenta, pero los atentados de tinte yihadista en suelo estadounidense y después en ciudades de todo el mundo revitalizan el debate. Se ponen en cuestión los esfuerzos gubernamentales sauditas para acabar con el terrorismo y el yihadismo dentro y fuera de sus fronteras.

Arabia Saudí también ha sufrido dentro de su territorio atentados yihadistas, como los ocurridos en 2003 en Riad que dejaron más de 90 muertos, o los ataques durante el años 2016 en distintos lugares del país (Hubbard, 2016). El rey Salmán, que fue ministro de Defensa bajo el reinado de su hermano Abdalá, introdujo una modificación sustancial en la estrategia de seguridad interna y externa, mostrándose mucho menos indulgente con las organizaciones extremistas. Hasta ese momento, las autoridades sauditas habían mantenido una cierta ambigüedad con respecto a estos agentes violentos. Para una parte de las autoridades sauditas el riesgo del yihadismo no era una amenaza directa y, por tanto, no era un cometido al que dedicar especial vigilancia.

Los atentados que sufrió Arabia Saudí en el año 2003, junto a las presiones de la Administración de George Bush a los dirigentes de los países aliados del Golfo, inducirán un importante cambio de perspectiva con respecto a este tema por parte de la monarquía saudita (Russell, 2005, pp. 66-67). La premisa esencial será que el terrorismo y los grupos extremistas afectan seriamente a la seguridad y orden interno, lo que conlleva que deben ser tomados como una amenaza seria para los intereses de la familia Saud. La política seguida será la de acabar con el terrorismo y la oposición de esta naturaleza dentro del territorio, mejorando la colaboración con los servicios de inteligencia estadounidenses y de otros países. Además, el Estado saudita conseguiría así mejorar su imagen internacional, ya que habían sido acusados de auspiciar el terrorismo.

Para conseguir este objetivo fue primordial la actitud mantenida por el monarca Abdalá durante la década de su mandato. Sus antecesores en el cargo tuvieron un comportamiento bastante diferente, siempre que surgía una fuerte oposición de los sectores más conservadores del país ante sus reformas aperturistas, estos declinaban sus intenciones y volvían a una actitud más reservada, temerosos de perder el apoyo del wahabismo y la legitimidad entre parte de sus ciudadanos. Abdalá preservó su agenda reformadora con graduales medidas aperturistas (Lippman, 2015), como la presencia de las mujeres en política y reformas en el sistema educativo. Estas políticas sentaron nada bien a las facciones wahabitas más estrictas y rigoristas.

Los atentados que sacudieron varios barrios residenciales y diplomáticos de Riad en mayo de 2003 o el atentado que sufrió en 2009 el príncipe Mohammed bin Nayef (Allam, 2009), fueron mensajes directos a la monarquía saudita. La familia real había pasado a ser un objetivo más del terrorismo yihadista por su asociación con países occidentales. Hasta ese instante, habían sido recurrentes las acusaciones hacia los dirigentes sauditas de ser valedores directos o indirectos de grupos terroristas. En la lógica de agentes extremistas, como el Daesh o Al Qaeda, el régimen saudita y la familia real, simbolizan un ejemplo de apostasía y herejía, considerados por ser unos falsos creyentes que atienden solo a sus propios intereses y a los de potencias extranjeras.

La dinastía real, asistida por el wahabismo, se postula ante la opinión pública musulmana como auténticos devotos, salvaguardas de los Santos Lugares, que se rigen por la práctica correcta del islam. A lo largo de la historia del Estado saudita han surgido movimientos aún más ortodoxos que la doctrina oficial, que recriminaban a los dirigentes del reino abandonar la lectura literal del Corán. Desde el propio Gobierno de Riad se ha fomentado ciertos movimientos religiosos de tintes conservadores y tradicionalista que se han vuelto en su contra en ocasiones. La necesidad de potenciar el wahabismo, debido a que es consustancial a la formación del país y herramienta elemental para la legitimidad su poder, ha producido unos efectos perjudiciales para la estabilidad y seguridad del reino que los Saud tienen muy complicado de controlar.

En las últimas décadas son numerosos los ejemplos de este fenómeno dentro de Arabia Saudí. Primero, el incidente de la Gran Mezquita en 1979, donde unos 400 correligionarios tomaron durante más de dos semanas la Masjid al-Haram (la Mezquita Sagrada) en la Meca. Segundo, Las críticas generalizadas en contra de la presencia militar estadounidense en el país durante la guerra del Golfo en los noventa (Lacroix, 2015, pp. 175-176). Posteriormente, diversos atentados ocurridos a principios del siglo XXI. Estos hechos son signos persistentes de que las presiones al Gobierno no vienen solamente de los sectores más progresistas, sino que las opiniones de los polos más inmovilistas tienen una notable influencia en las dinámicas internas. Al hacer bandera del tradicionalismo islámico, los mandatarios sauditas se han topado con una oposición que siempre reclama ir un paso más allá, lo que los coloca en una tesitura muy difícil.

Desde mediados del siglo pasado, el reino de los Saud ha servido de amparo para diferentes líderes y formaciones políticas y religiosas, que se encuentran perseguidas en sus países de procedencia. Esta situación comenzó en los cincuenta y sesenta con los Hermanos Musulmanes durante el Gobierno de Nasser y se ha repetido con otros grupos perseguidos en sus países. A partir de la década de los ochenta, sobre todo tras la guerra de Afganistán y la llamada masiva de muyahidines, que continuó en los conflictos de los Balcanes (Weinberg, 2015), Riad decide no solo ofrecer resguardo a movimientos islamistas, sino también fomentar su activismo en distintas partes del mundo. De esta manera, se estableció una red de contactos con infinidad de organizaciones, que concordaban con el programa ideológico de la familia real.

El rey Abdalá fue muy proclive durante su reinado a impulsar entidades religiosas y políticas allegadas al wahabismo y a los intereses oficiales estatales en el resto de países, mientras en su interior aumentó la vigilancia sobre el dogmatismo que se lanzaba desde las mezquitas, madrasas y universidades. El fin último de este proselitismo está en afianzar a Arabia Saudí como líder religioso y político del mundo musulmán. Para ello, utiliza la religión como instrumento de política exterior. Un elemento perfecto para granjearse el apoyo y respeto de las opiniones públicas de las otras naciones. Este acción se ejecuta directamente por parte del Gobierno saudita, a través de campañas de cooperación y asistencia con importantes fondos ministeriales, o bien, desde canales de subvención de particulares y asociaciones civiles sauditas.

El principal problema en estos últimos años ha sido intentar controlar ese flujo de ayuda, que prestan particulares a organizaciones claramente de índole terrorista. De igual manera, la monarquía parece haber centrado sus esfuerzos en patrocinar centros wahabitas alrededor de Oriente Medio y otras latitudes, lo que ha provocado el malestar y las reticencias de la mayoría de Gobiernos. Gran parte de las autoridades de los países occidentales consideran que estos programas pueden favorecer la radicalización de segmentos vulnerables de sus poblaciones y alentar la violencia yihadista (Alonso, 2016, pp. 16-17). Los regímenes vecinos temen que este sea una manera de injerencia saudita en la política nacional y dé alas a los opositores.

Desde el 2011 hasta estos días, esta estrategia de Arabia Saudí ha permanecido inmutable pese a las críticas. La monarquía continúa profundizando en sus acciones de aumentar la presencia religiosa a través de comunidades wahabitas y dando soporte a los rivales de regímenes como el de Gadafi en Libia, los rebeldes en Siria o partidarios sunitas en Irak y Líbano (Wehrey, 2014b). Empero, la inestabilidad en la zona ha favorecido el auge del terrorismo y movimientos fanáticos, que tampoco ven en la familia Saud como un aliado, sino más bien como un poderoso enemigo al que combatir. En los mensajes aleccionadores de grupos como Al Qaeda o Daesh existen habitualmente espacios reservados a amenazar a los gobernantes sauditas. Esta circunstancia está presionando a Riad, para que dedique más esfuerzos a intentar resolver este problema.

Salmán tiene frente a sí el reto de seguir combinando elementos tan espinosos como la asociación con EE.UU., la perduración del régimen y la difusión del wahabismo. Además, proseguir la lucha contra el terrorismo y las corrientes radicales que van más allá de la moderación oficial. En Arabia Saudí se dan dos fuerzas centrífugas, las posturas aperturistas que defienden una remodelación del orden interno tanto a nivel social como político, y las posiciones reaccionarias que postulan una plasmación del islam inflexible (Galindo, 2006, pp. 344-347). Estos grupos más rigoristas están muy presentes en las decisiones de los monarcas. Los Saud consideran a estas facciones, aparte de los chiitas, el bloque más desafiante para la estabilidad interna, porque atacan directamente a la legitimidad de su autoridad y al discurso oficial wahabita.

Capítulo IV

Recursos energéticos y capacidades militares

El liderazgo saudita se apoya en el factor religioso, en el petróleo y gas y en la fuerza militar. El surgimiento del reino se asentó en la unión entre el wahabismo y la familia Saud, que permitió el establecimiento de un poder político único en todo el territorio. La construcción del Estado moderno saudita se produce a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, gracias a la producción de petróleo. Desde el descubrimiento de los primeros yacimientos, la familia real ya no solamente tendrá de su lado el discurso religioso, sino que además contará con los réditos económicos que reporta el crudo. La potenciación de sus Fuerzas Armadas es un fenómeno más reciente, pero pronto se erigió como un instrumento básico de su política exterior.

Las décadas de los cuarenta, cincuenta y sesenta del siglo XX serán las de la construcción del Estado moderno saudita. Gracias a la rentas del petróleo, y en menor medida del gas, el Gobierno saudita pudo implementar su particular modelo político. Perfeccionando con el tiempo diversos mecanismos para consolidarse en el poder. Pero la validez de este recurso no se limita únicamente al escenario nacional, sino que además es utilizado para respaldar la política exterior. El rol de Arabia Saudí en Oriente Medio ha crecido acorde a sus aspiraciones de llegar a ser líder tanto en la región como en la esfera musulmana. Su influencia en las distintas dinámicas locales ha sido posible gracias a sus recursos económicos, que vienen directamente de las rentas del petróleo.

En 2015, el príncipe Mohammed bin Salman anunció el plan de reformas Saudi Vision 2030 para resolver los principales problemas de la economía, muchos de los cuales estaban presentes desde hace décadas. El principal de ellos es el crecimiento ligado a la explotación del crudo genera una alta dependencia sobre este recurso. Además, hay tareas pendientes que no se consiguieron resolver en el pasado, como los altos índices de desempleo entre jóvenes y mujeres, la desigualdad social, el problema de la diversificación de la industria nacional o el funcionamiento de la Administración pública. Entre los planes de transformación del monarca también está la cuestión de la defensa para, entre otras cosas, continuar dando impulso a sus Fuerzas Armadas.

Durante mucho tiempo la defensa fue un asunto que recayó en la protección de EE.UU. Pero si Arabia Saudí quiere mantener su hegemonía regional, necesita contar con unas Fuerzas Armadas lo suficientemente capacitadas para defender el reino y sus intereses en el exterior. El gran salto de los ejércitos sauditas se ha producido en las dos últimas décadas, con un proceso de grandes inversiones en el sector militar. Los sauditas están liderando una renovación en los paradigmas de defensa del Golfo. La fuerza militar ya no se formula en términos de componente disuasorio, sino que pasa a ser un instrumento más de la política regional. Un ejército listo para actuar en distintos puntos de Oriente Medio, ayudando a desplegar la agenda internacional de los Saud.

4.1. La importancia del petróleo en el desarrollo del Estado

El petróleo resulta ser un componente primordial en la historia reciente de Arabia Saudí. La supervivencia de la monarquía Saud en un contexto regional tan convulso, no puede ser explicada sin atender a la importancia de este recurso en el devenir del país. Su relevancia radica en tres aspectos: A) como sustento de la economía y riqueza del país; B) uno de pilares del poder de los Saud; C) punto de apoyo para la ambiciosa política exterior. La combinación entre religión, petróleo y concentración del poder en una dinastía, ha permitido que mientras otros regímenes vecinos caían o se transformaban, el reino saudí haya permanecido inmutable durante más de ochenta años. Un modelo de monarquía capaz de resistir presiones internas y externas.

A) El petróleo es el elemento central de la economía saudita. Hasta el descubrimiento de los primeros pozos de petróleo, Arabia Saudí era un país pobre y poco desarrollado, cuyos sustentos básicos eran los intercambios comerciales entre tribus, algunos puertos pesqueros y las donaciones que dejaban los peregrinos cada año. La explotación del crudo y el gas le permitió dar un paso trascendental en su industrialización y modernización. Es el principal motor de la actividad económica, cuyo crecimiento está intrínsecamente ligado a la producción y exportación del llamado oro negro. La gran mayoría de la riqueza generada por los sauditas procede de este recurso, que permite suplir otras carencias en otros sectores. En la actualidad, las discusiones dentro del Gobierno se centran en cómo reducir la alta dependencia sobre el petróleo.

B) Además de ser el centro de la economía nacional, el petróleo rápidamente se convirtió en una herramienta política más en manos de los Saud. Los beneficios extraídos del crudo permitieron construir una forma de Estado a la medida del régimen. Un tipo de contrato social surgió en torno a la forma de distribuir la riqueza generada por la extracción. El poder central garantiza a sus ciudadanos un mínimo de bienestar y protección, a cambio de que estos se mantengan leales al rey. Las políticas sociales, ayudas y subvenciones parten de las rentas obtenidas por el petróleo, lo que provoca que la estabilidad interna esté muy ligada a este recurso. Cualquier política de reforma y modernización es realizada gracias a los fondos obtenidos de este sector.

C) El alcance del petróleo no se limita a la política nacional, sino que tiene una trascendencia notable en la acción exterior. Esta característica se manifiesta en tres ámbitos. Primero, la alianza con EE.UU. parte del pacto entre petróleo y seguridad, que con el tiempo se convirtió en asociación política estratégica. Segundo, a partir de los sesenta, con la creación de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) y, sobre todo, durante los setenta, Arabia Saudí utiliza la producción de este recurso como una forma de condicionar las relaciones internacionales. Tercero, al igual que financia sus programas sociales y políticas de reforma interna, la monarquía hace lo mismo para proyectar sus objetivos internacionales, como es dar cobertura a actores políticos y congregaciones religiosas por todo el mundo.

4.1.1. El petróleo como herramienta política

El petróleo es un eje central en la economía y política de Arabia Saudí. El ejemplo más evidente es la empresa estatal Aramco, que controla la mayor parte de la red de hidrocarburos y reservas del territorio saudita. La producción nacional de crudo y gas es dirigida desde esta compañía según las directrices gubernamentales. La existencia de la entidad está vinculada a la evolución del propio Estado y las dinámicas en la política interna y externa. Es pieza fundamental en los planes económicos y sociales del Gobierno, quien tiene en ella una llave vital para dar soporte a muchas de sus medidas. Debido a la importancia de estos recursos energéticos para el sostenimiento del régimen, Saudi Aramco tiene un crucial valor estratégico, al mismo nivel que el de las Fuerzas Armadas, la Guardia Nacional o las instituciones religiosas.

A principios de los años treinta del siglo pasado, se producen los primeros contactos con norteamericanos. Hasta entonces, las relaciones exteriores de la Casa de Saud habían sido muy exiguas, con encuentros con monarquías vecinas y diplomáticos británicos. Canadienses y estadounidenses se adentran en esta región en busca de petróleo y gas para sus industrias. Después de duras negociaciones con la monarquía saudita para lograr explorar yacimientos, finalmente en 1938 se descubre el primer yacimiento cerca del área Damman, en la costa este del país (Anderson, 1981, pp. 23-28). Esto provocará la llegada de compañías extranjeras por toda la franja costera, multiplicándose la actividad para la explotación de nuevos pozos.

Los sauditas pronto fueron conscientes de la riqueza que se escondía en su tierra. En 1948 se descubre petróleo en Al-Ghawar (Philowitz, 2013, pp. 92-93), considerado el campo de explotación más grande del mundo, también localizado en la zona este del reino. El rey Abdulaziz acepta la presencia creciente de actores extranjeros en su reino por tres motivos: 1) buscar el reconocimiento internacional a su reinado y posibles nuevos aliados ante complicaciones internas; 2) las inversiones llegadas de fuera permitirían desarrollar la débil economía saudita, mejorando infraestructuras y creando empleo y 3) la Corona podría obtener mayores rentas de otras actividades, que no fueran el peregrinaje o el comercio entre tribus.

En la historia de Saudi Aramco se observan varios momentos cruciales. Durante la década de los treinta, se otorgan las primeras licencias a empresas extranjeras para explorar petróleo en el territorio saudita. En los años cuarenta, se establece el germen de lo que es la actual empresa, a través de la constitución de Arabian American Oil Co. (ARAMCO), mientras se produce una competencia entre estadounidenses y británicos por las concesiones de explotación (Brown, 2001, pp.129.138). Finalmente la ventaja caerá a favor de Washington con el encuentro entre Roosevelt y Abdulaziz en 1945. La década de los setenta es crucial en la relación del Estado saudita con el petróleo. Se lleva a cabo la nacionalización de la compañía y Arabia Saudí comienza a actuar dentro de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) con propósitos políticos.

En la década de los ochenta el rey Fahd ordena el cambio de nombre a Saudi Aramco. Los réditos de la producción de petróleo se utilizan tanto para financiar proyectos a escala interna como a nivel internacional. En la primera década de los dos mil, bajo el reino de Abdalá, se proponen los primeros intentos para reducir la dependencia del petróleo y buscar nuevas vías para generar riqueza (Echagüe y Burke, 2009, pp. 2-4). Estos esfuerzos no fueron del todo decisivos porque coinciden con unos precios del petróleo en sus máximos niveles históricos. Actualmente, el plan Saudi Vision 2030 propone profundizar en la línea marcada por el anterior monarca, intentando dinamizar el sector privado y seguir atrayendo inversiones extranjeras.

La explotación de los primeros yacimientos en la década de los treinta y cuarenta se hizo a través de la empresa estadounidense California-Arabian Standard Oil Co, posteriormente Aramco. En el último periodo del reinado de Abdulaziz emerge una figura clave, Abdallah Tariki supervisor del Ministerio de Finanzas para los asuntos del petróleo. En una de sus primeras tareas, Tariki plantea una revisión completa del acuerdo de reparto de beneficios entre los inversores estadounidenses y la realeza saudita (Vitalis, 2009, pp. 133-134). El rey amenazó con nacionalizar las instalaciones de hidrocarburos, si la compañía no accedía a compartir un 50% de los beneficios obtenidos con el Gobierno. De esta forma, los Saud comenzarán a recibir mayores sumas de ingresos, que ayudaron en el posterior desarrollo del Estado.

En enero de 1960, Venezuela y Arabia Saudí impulsan la creación de la OPEP. En los dos primeros años se adhieren al pacto siete países más, seis de ellos de Oriente Medio y el Magreb. El Gobierno venezolano y la monarquía saudita ven en esta organización una vía clara de poder influir en el mercado del petróleo. Después de varios años en los que los precios del petróleo habían sido bajos, esta unión surge con el fin de establecer estrategias compartidas, que impulsen precios acordes con los intereses de los exportadores (Citino, 2002, pp. 145-146), estableciendo medidas como la cuota de producción. Los sauditas buscaron en la creación de esta organización internacional, un nuevo escenario donde hacer prevalecer sus prioridades, ya que por entonces la Liga Árabe se encontraba muy condicionada por el movimiento panarabista.

El primer paso de los Saud para convertir el petróleo en una herramienta política se dio en los cincuenta al presionar para obtener mayores rentas por la producción de crudo. El segundo avance en este sentido se da con la creación de la OPEP, comenzando Arabia Saudí a desligar sus intereses sobre el petróleo y gas de los de EE.UU. La nación estadounidense seguirá siendo su principal destino de exportaciones, pero los Saud tenderán a buscar una posición más dominante en este ámbito. La política exterior y económica saudita encuentra en la OPEP un terreno idóneo para implementarse según la estrategia de Riad. Desde su creación, los sauditas utilizan su fuerza en el campo petrolífero, presionando para que se establezcan cuotas de producción entre los países exportadores acordes con sus objetivos políticos, rompiendo en muchos casos el consenso interno.

La década de los setenta y principios de los ochenta es crucial para la organización y gran parte de los países exportadores. Se produce un alza de los precios del barril en 1973, cuando Arabia Saudita, Irán, Irak, E.A.U., Kuwait y Catar suben los precios y anuncian cortes de suministro, posteriormente a la guerra de Yom Kipur. Arabia Saudí utiliza la OPEP para adecuar los precios del petróleo a sus propósitos internacionales (Pierce, 2012, pp. 91-93). Presiona tanto al resto de países exportadores como importadores, sabedor de su capacidad en este sector. A partir de entonces, los encuentros entre los países exportadores ya no tienen un mero cariz económico, sino que son una constante adecuación de intereses políticos. Es en esta década es cuando se produce el gran ascenso en el tablero internacional de las monarquías árabes del Golfo.

En paralelo a esta relevancia internacional de la OPEP, acontecen una serie de cambios importantes en el seno de Aramco. A mediados de los setenta, el Estado saudita se hace con el 60% de las acciones de la empresa. En 1965 el rey Faisal crea la Organización Central de Planificación, encargada de formular proyectos de desarrollo y coordinar el trabajo de los ministerios (Jones, 2010, pp. 64-66). El objetivo final es aprovechar la producción de crudo para ayudar al progreso del país. Finalmente, el rey Jálid anuncia la nacionalización de la compañía en 1980. Ocho años después el rey Fahd decretaría el cambio nombre de Saudi Arabian Oil Co. En poco más de una década los Saud se hicieron con el control de los recursos energéticos de su propio país. Desde entonces la empresa ha estado dirigida por algún miembro de la familia real.

Los emiratos del Golfo aprovechan el auge de los precios de los hidrocarburos para modernizar sus Estados. Se aprecian tres etapas: 1) entre 1973-1985 estos regímenes se embarcan en un proceso de constituir sus propias estructuras estatales modernas. Los ingresos derivados del boom del petróleo les permiten extender las actividades gubernamentales (Hertog, 2012), creando las condiciones propicias para afianzar la existencia de sus monarquías; 2) entre 1985-1995, acaece crisis económica producida por la caída de los precios del petróleo y 3) entre 1995-2011, es el gran salto económico de estos países, gracias a la riqueza de sus yacimientos de petróleo y gas pueden hacer frente a intensos procesos de modernización. Además de diversificar sus relaciones comerciales y adquirir un cariz más autónomo en sus decisiones de política internacional.

A finales de los setenta y principios de los ochenta se produce la revolución iraní, el ascenso al poder de Sadam Hussein y la guerra entre iraquíes e iraníes. Estos acontecimientos cambian los equilibrios de Oriente Medio y el Golfo. Entre 1984 y principios de los noventa, se produce un descenso considerable de los precios del petróleo. El Estado saudita sufre su primera grave crisis económica (Chaudhry, 1997, pp. 271-275), con importantes consecuencias sobre las arcas públicas, las políticas sociales y los proyectos de modernización. Pese a los esfuerzos gubernamentales por aplicar medidas de austeridad, como recortes en subsidios y ayudas públicas, lo cierto es que la economía no volverá a crecer hasta que no se recupera el sector del crudo.

Con la recuperación económica a finales de los noventa, vuelven las grandes inversiones en infraestructuras, la renovación de las fuerzas de seguridad y defensa, así como políticas sociales y ayudas públicas. El Estado representa una figura social que presta servicios y garantiza seguridad y porvenir a sus ciudadanos. Pero los ingresos obtenidos por el petróleo y gas no se limitarán a políticas internas. Arabia Saudí inicia sus programas de financiación de actores políticos y religiosos en el extranjero, para ampliar sus márgenes de influencia principalmente dentro de la esfera musulmana (Cordesman, 2003a, pp. 113-116). La expansión de comunidades religiosas por Oriente Medio, Asia o Europa con ayudas económicas de particulares o gubernamentales, se erige como la vía principal para extender su particular visión del mundo.

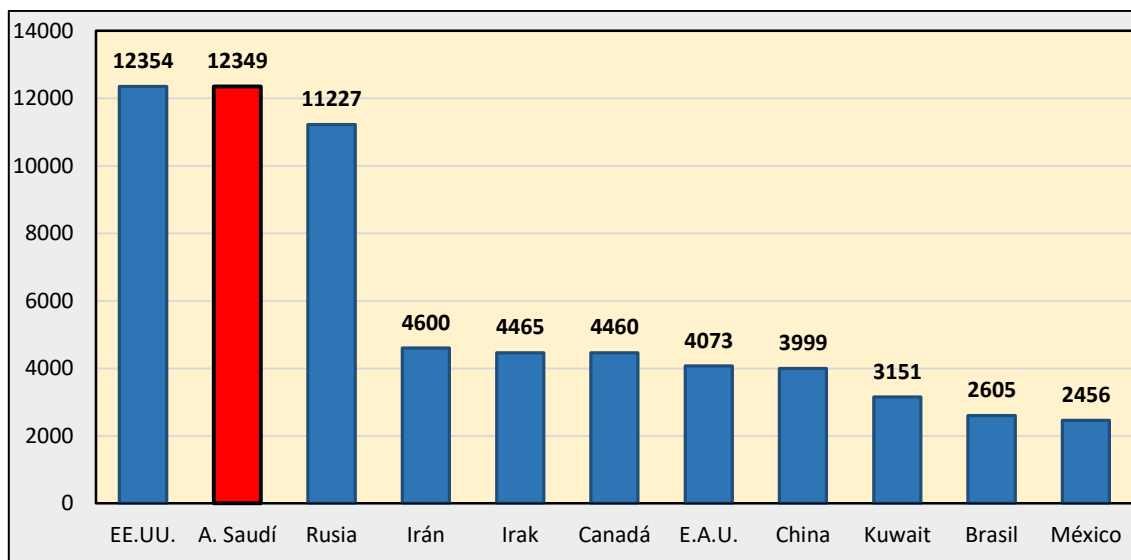
La primera década del nuevo siglo coincide con la guerra en Afganistán (2001) y la guerra en Irak (2003). Son años con unos precios elevados del barril de crudo, que permiten seguir aportando recursos a la cada vez más compleja política exterior y reforzar elementos como las Fuerzas Armadas (Young, 2016, pp. 6-7). Durante la primavera árabe y los años siguientes, el Gobierno saudita y otras monarquías del Golfo se valen de su potencial económico para asegurar la estabilidad interna. Las únicas excepciones puntuales fueron Bahréin o Arabia Saudí, donde fueron notables las manifestaciones chiitas. La resistencia de las monarquías a los levantamientos populares se explica en parte porque en los años anteriores, los Gobiernos ofrecieron un mínimo de bienestar a sus ciudadanos, que sirvió para frenar pretensiones de cambios políticos.

Las primeras protestas en 2011 son acalladas por las monarquías árabes con censura y represión, pero también con promesas de nuevas reformas. Cinco años después las modificaciones en las instituciones han sido limitadas, como fue la inclusión del derecho de las mujeres a poder votar en Arabia Saudí (Ezz, 2016, pp. 2-3). Con todo ello, asegurado el orden interno, la monarquía saudita amplió el campo de acción para limitar la primavera árabe en su entorno. Con este propósito, ha asistido a sus aliados regionales tanto en cooperación militar como con ayuda económica. A principios de marzo de ese mismo año, a la vez que el CGG desplegaba sus fuerzas militares del Escudo de la Península en Manama, la organización anunciaba un paquete de ayuda para Bahréin y Omán, con el objetivo de financiar programas de infraestructura y ayudas sociales.

Las recientes iniciativas de los sauditas en Oriente Medio no pueden ser comprendidas sin los recursos con los que cuenta el Estado gracias al petróleo. Arabia Saudí lidera el apoyo económico y logístico de determinados grupos opositores que combaten en Siria. Es el principal respaldo internacional del presidente yemení al-Hadi, dándole asistencia diplomática, económica y militar. En los últimos tiempos ha cerrado importantes acuerdos de inversiones con países aliados que pasan por una delicada situación interna. Ya sea para consolidar a la familia Al Jalifa en Bahréin o al general Al Sisi en Egipto. De esta forma, Arabia Saudí consigue con sus programas de financiación atraer hacia su zona de influencia a otros Gobiernos de la región.

Arabia Saudí está entre los principales productores de petróleo del mundo. Una situación de preponderancia que lleva dándose desde hacía varias décadas. Junto a Rusia y EE.UU. son las tres potencias de este sector, lo que le permite a Riad tener una fuerza considerable a la hora de fijar precios e influir en la oferta. Este protagonismo se traduce en las decisiones tomadas por la OPEP, donde los sauditas han conseguido tener un liderazgo casi incuestionable.

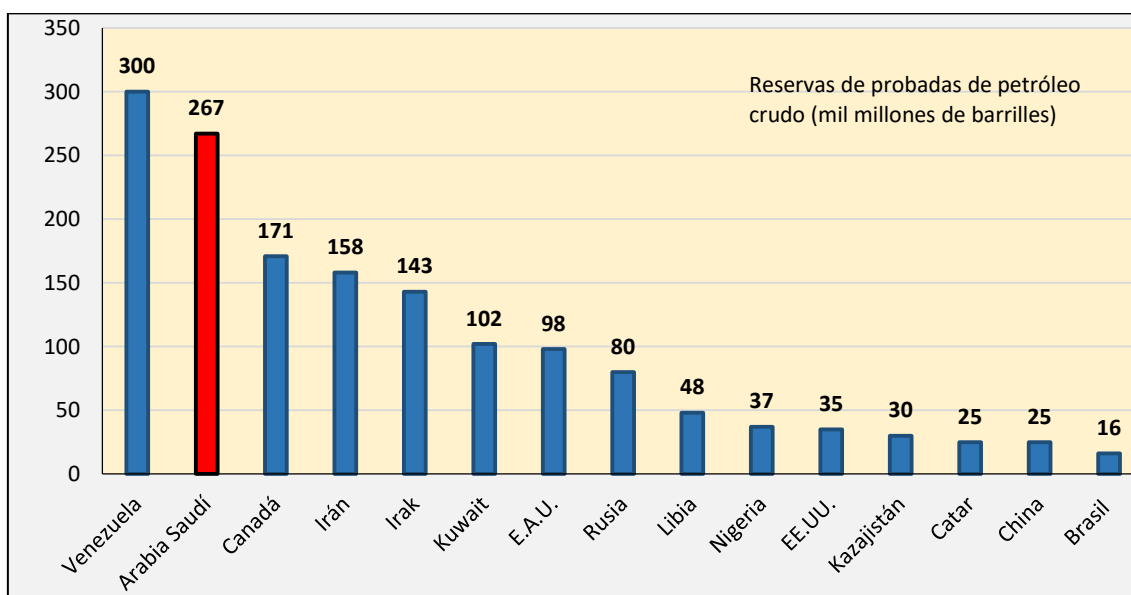
Gráfico 11: Producción de barriles de petróleo al día en 2016



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de BP Statistical Review of World Energy June 2017

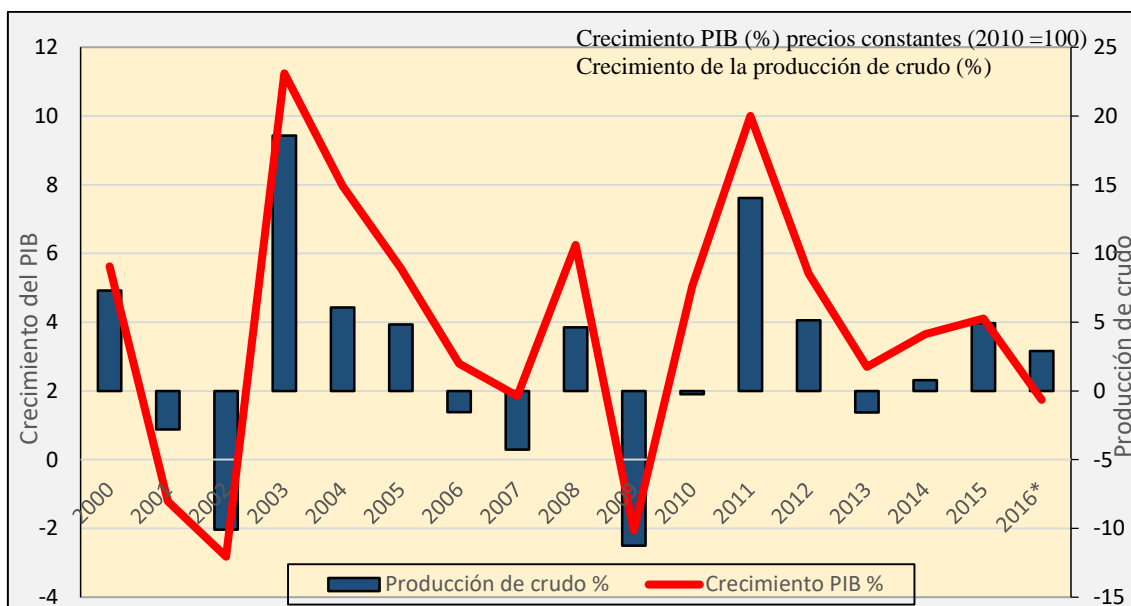
Además, los sauditas cuentan con las segundas reservas probadas de petróleo más voluminosas, solamente superadas por Venezuela. Tanto en producción como en reservas sobresale con respecto al resto de Estados del Golfo. Su máximo competidor por la hegemonía regional, Irán, aunque posee unos recursos petrolíferos considerables no llega a los niveles de Arabia Saudí.

Gráfico 12: Principales reservas probadas de petróleo crudo en 2016



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de www.iea.gov

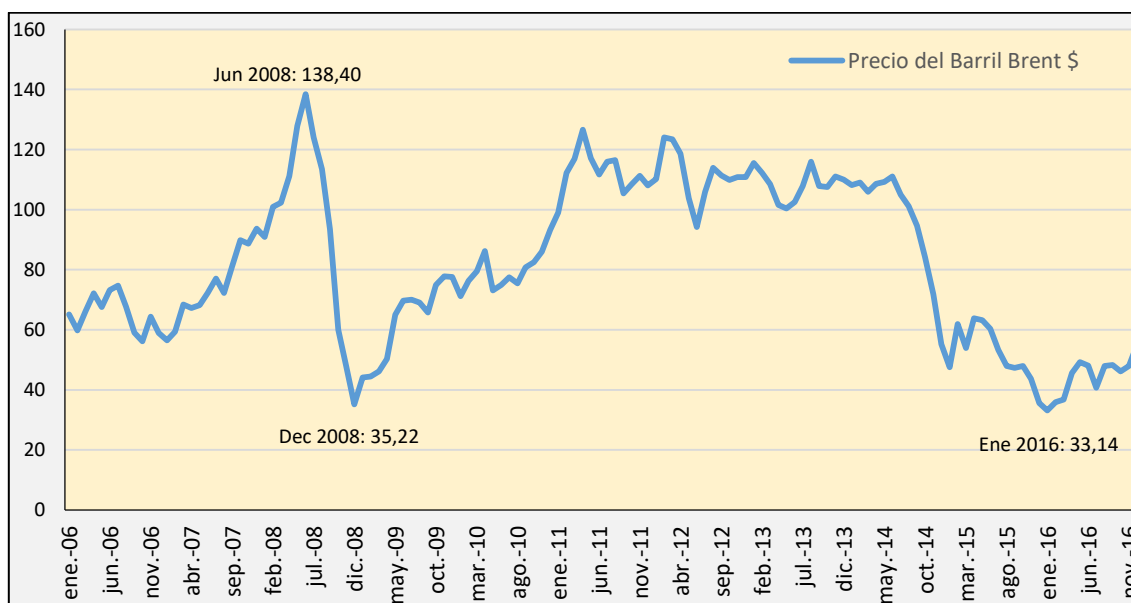
Gráfico 13: Crecimiento PIB y producción de crudo (2000-2016)



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de www.sama.gov.sa *2016 datos provisionales

El crecimiento del Producto Interior Bruto (PIB) está muy ligado a la producción del crudo. En el período comprendido entre el año 2000 y el 2016 la evolución de la economía saudita tiene una trayectoria semejante a los niveles de la producción de petróleo. El crecimiento en el sector petrolero es determinante en la actividad económica del país.

Gráfico 14: Precio del barril Brent (\$) a final de cada mes (2006-2016)

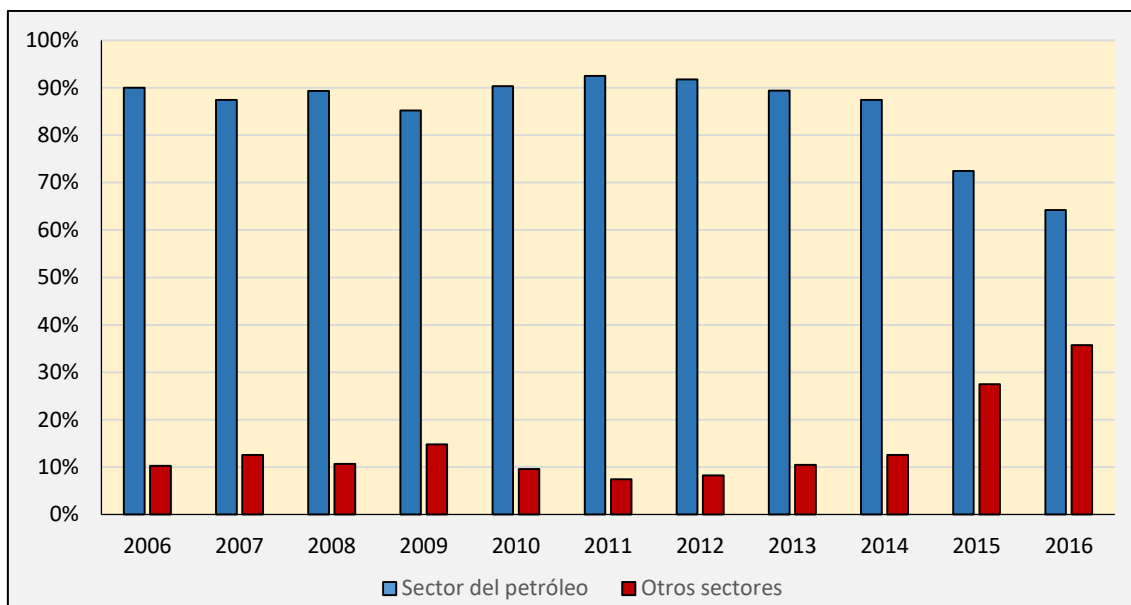


Fuente: Elaboración propia a partir de datos de www.iea.gov

Una economía de las características de Arabia Saudí depende considerablemente de la evolución de los precios del petróleo. Entre 2006 y 2016 el barril de Brent ha alcanzado niveles notables, como a principios de 2008 y durante 2011 y 2012. Pero también ha tenido puntos muy bajos,

como los alcanzados a finales de 2008 y en el último año. Estos fenómenos tienen una repercusión directa sobre las rentas del Estado saudita, ya que la producción y exportación de petróleo es la principal fuente de riqueza del país. Entre 2006 y 2016 se observa cómo en los ingresos del Estado el sector del petróleo ha llegado a suponer más del 90% de los mismos, como en 2011 y 2012, pero es cierto que a partir de 2014 hay un progresivo descenso hasta poco más del 60%.

Gráfico 15: Ingresos del Estado saudita por sectores (%) (2006-2016)



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de www.sama.gov.sa

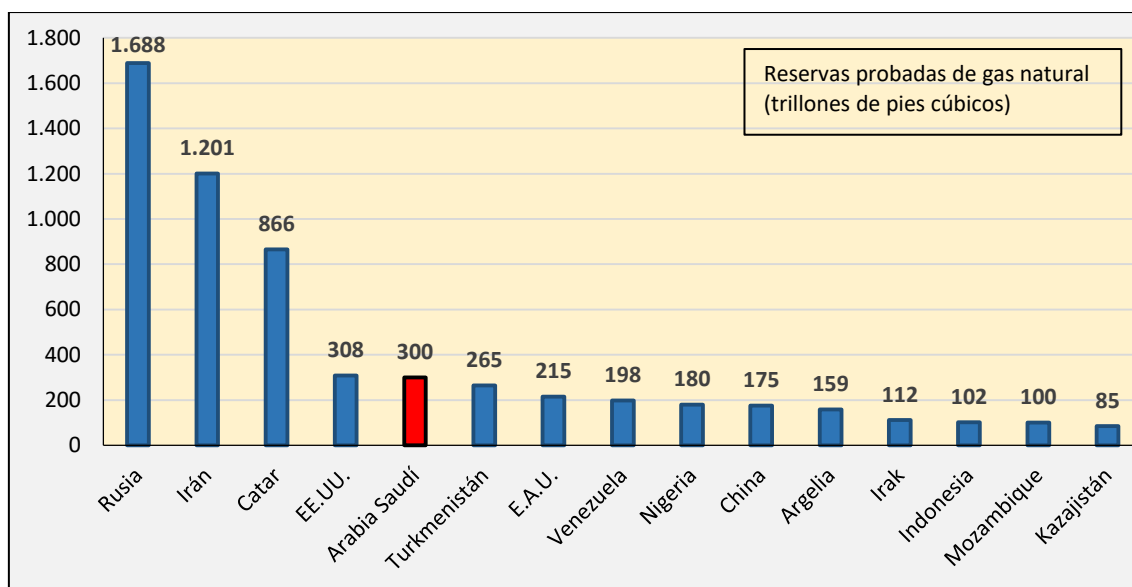
Como el crecimiento de la economía sigue estando ligado a la producción de petróleo, las variaciones de esta tienen un efecto inmediato en la evolución de los valores macroeconómicos del país. En los últimos años Arabia Saudí ha conocido pequeños periodos de gran expansión que coinciden con las fases de mayor rendimiento de la industria del crudo

La importancia del combustible y los beneficios que se obtienen del mismo son esenciales para asegurar la estabilidad interna y facilitar la consecución de objetivos más allá de las fronteras nacionales. Esto provoca inevitablemente que se produzca una elevada dependencia de este recurso (Even y Guzansky, 2016), que sujeta el porvenir del país a una única fuente de enriquecimiento. Ante unas circunstancias transnacionales cada vez más inciertas, en el año 2015 el rey Salmán y su hijo decidieron dar un salto más en la frágil estructura productiva.

Las anunciadas reformas económicas y en la Administración pública para el periodo de 2015-2030, insisten en la estela ya marcada del anterior monarca. El rey Abdalá implementó ciertas medidas para el sector del petróleo. Por ejemplo, incrementó el número de licencias que se daban a compañías de otros países, principalmente rusas, chinas, españolas y francesas, para la exploración conjunta de nuevos yacimientos y la construcción de más instalaciones (Taher, 2011, pp. 77-79). Estas políticas gubernamentales buscaban incentivar la entrada al mercado autóctono

de empresas extranjeras. En una primera etapa orientadas al sector energético, pero seguidamente permitiendo su inclusión en diferentes ámbitos de la economía saudita.

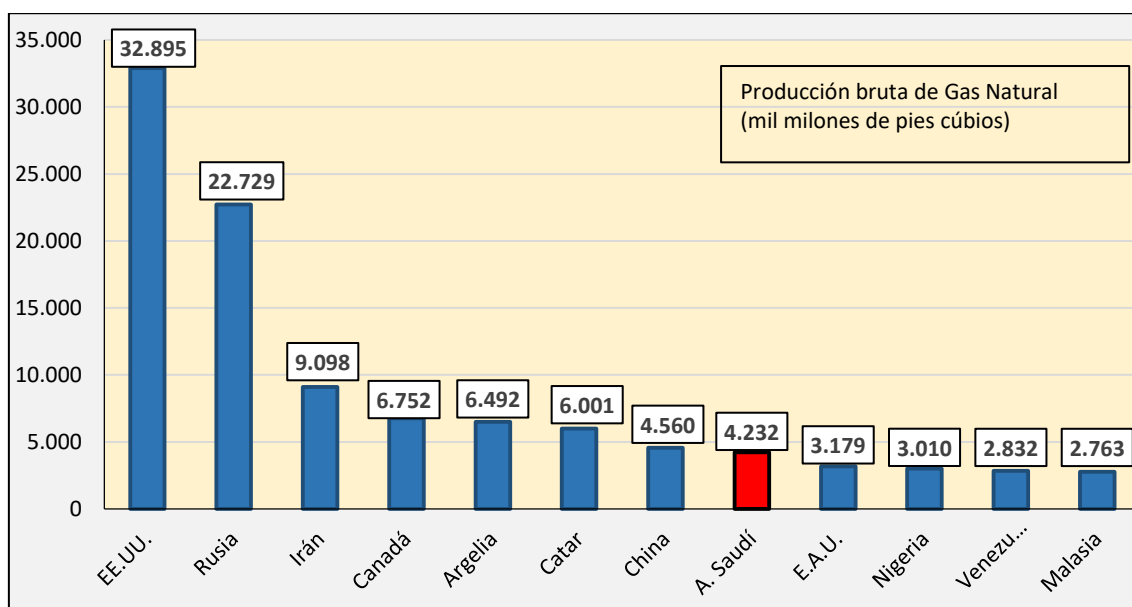
Gráfico 16: Principales reservas probadas de gas natural en 2016



Fuente: Elaboración propia a partir de www.iea.gov

Arabia Saudí es una potencia mundial en la explotación de petróleo. Pero en el terreno del gas también cuenta con unos relevantes recursos, que lo colocan entre los principales países productores. En 2016 Arabia Saudí era el quinto país del mundo con las mayores reservas probadas de gas natural. En 2015 era el octavo país productor de gas natural. A nivel regional solo es superado por Irán y Catar, quienes cuentan con unas reservas superiores al resto de países vecinos, situándose entre los principales productores del mundo.

Gráfico 17: Principales productores de gas natural en 2015



Fuente: Elaboración propia a partir de datos www.iea.gov

4.1.2. Características de la economía nacional y sus principales problemas

La riqueza en petróleo y gas de Arabia Saudí representan unos capitales muy útiles para el Estado y la familia Saud. La hegemonía regional se ha logrado en gran medida a la existencia de estos recursos, que permiten implementar ambiciosas políticas nacionales e internacionales. Sin embargo, la propia naturaleza del país es muy desigual en cuanto a los recursos que ofrece. Hasta el descubrimiento del crudo en los años treinta, las zonas más dinámicas se encontraban situadas en las áreas costeras y en torno algunos oasis (Niblock y Malik, 2007, pp. 35-36). El desierto de la península arábiga ocupa grandes extensiones de superficie, que limitan considerablemente las posibilidades de desarrollo. Estas carencias propias del reino se ven reflejadas en la estructura productiva y en algunos problemas que no logran resolverse.

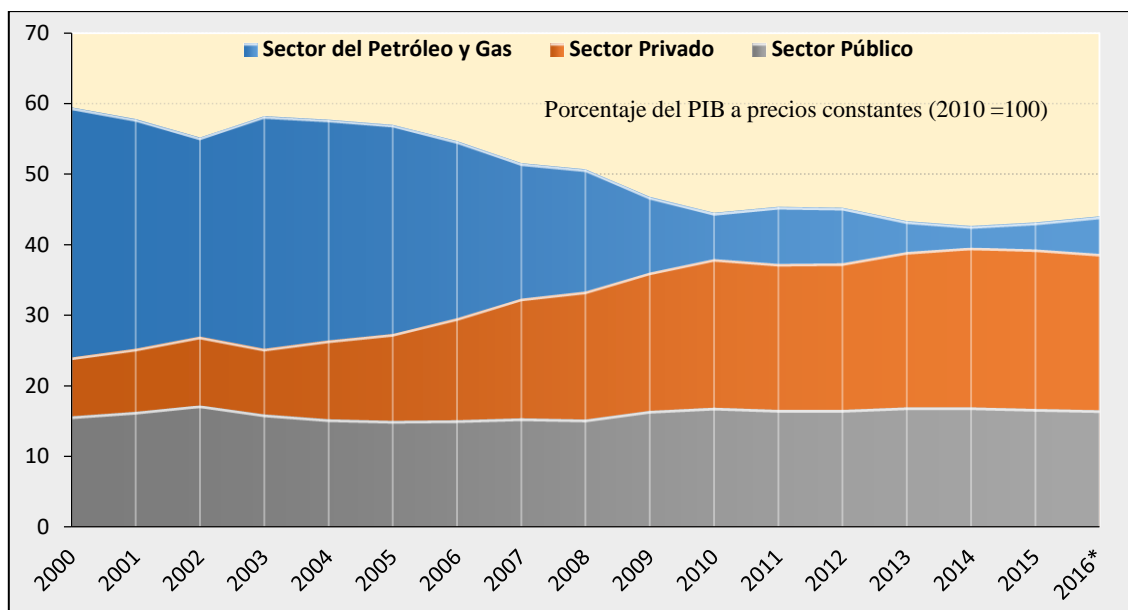
El petróleo y gas presentan un serio dilema para Arabia Saudí. Su peso es tan significativo en diferentes aspectos de la economía, que ha provocado que desde un principio exista una alta dependencia sobre estos recursos. Esa supeditación se manifiesta en varios niveles, que a lo largo de las décadas los Gobiernos intentaron resolver sin mucho éxito. Primero, el crecimiento de la economía está directamente vinculado a la producción de petróleo, lo que genera que exista una alta vulnerabilidad a las fluctuaciones de los precios del barril de crudo. Segundo, la principal fuente de ingresos para el Estado es la exportación de petróleo y gas, por lo que las finanzas públicas se encuentran muy ligadas a las rentas obtenidas (Alwahabi, 2014). Tercero, la principal atracción para inversiones extranjeras todavía son los sectores de recursos energéticos.

La economía saudita presenta otras grandes dificultades. Por un lado, la distribución de la riqueza es muy desigual. A pesar de los beneficios obtenidos por la explotación del crudo, una gran parte de la población vive en situación de exclusión. El Estado es el garante de bienestar para muchas familias que necesitan de la asistencia pública para subsistir (Hertog, 2016, pp. 2-3). Por otro lado, el mercado laboral posee una serie de problemas estructurales. Uno de ellos es las dificultades que tienen los más jóvenes y las mujeres para encontrar trabajo. Otra es la segmentación del mercado según nacionalidades. Los sauditas suelen decantarse más por los puestos en la Administración pública, mientras el sector privado es copado por extranjeros.

A esto hay que añadirle problemas en el sistema de formación de mano de obra nacional y en la falta de emprendimiento. El rey Abdalá ya inició bajo su reinado una política de liberalización, teniendo presentes las limitaciones que presentaba el modelo de desarrollo conducido únicamente por el petróleo (Boonstra, Burke y Youngs, 2008, pp. 10-11). La síntesis de su política económica estuvo en favorecer la apertura de Arabia Saudí a los flujos comerciales internacionales, modernizar el sistema educativo y diversificar el sector productivo. Pero los resultados fueron muy limitados. Entre los principales desafíos está ahora atender a las demandas de una población muy joven, que tiene unas reivindicaciones distintas a las de las generaciones anteriores.

El sector del petróleo y gas ocupa un espacio central en el crecimiento del país, aunque su importancia se ha ido reduciendo en este siglo. Entre 2000 y 2016 se observa como la explotación de estos recursos pierde peso en favor de otras actividades localizadas en el sector privado. Si bien es cierto que a principios de los años dos mil el petróleo y el gas representaban cerca del 60% del producto interior bruto, actualmente se sitúan en torno a un 45%, mientras el sector privado (actividades no gubernamentales) es cerca de un 40% y el público (actividades gubernamentales no vinculadas con el petróleo y gas) en torno a un 15%.

Gráfico 18: Participación de sector del petróleo y gas en el PIB (%) (2000-2016)



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de www.sama.gov.sa *2016 datos provisionales

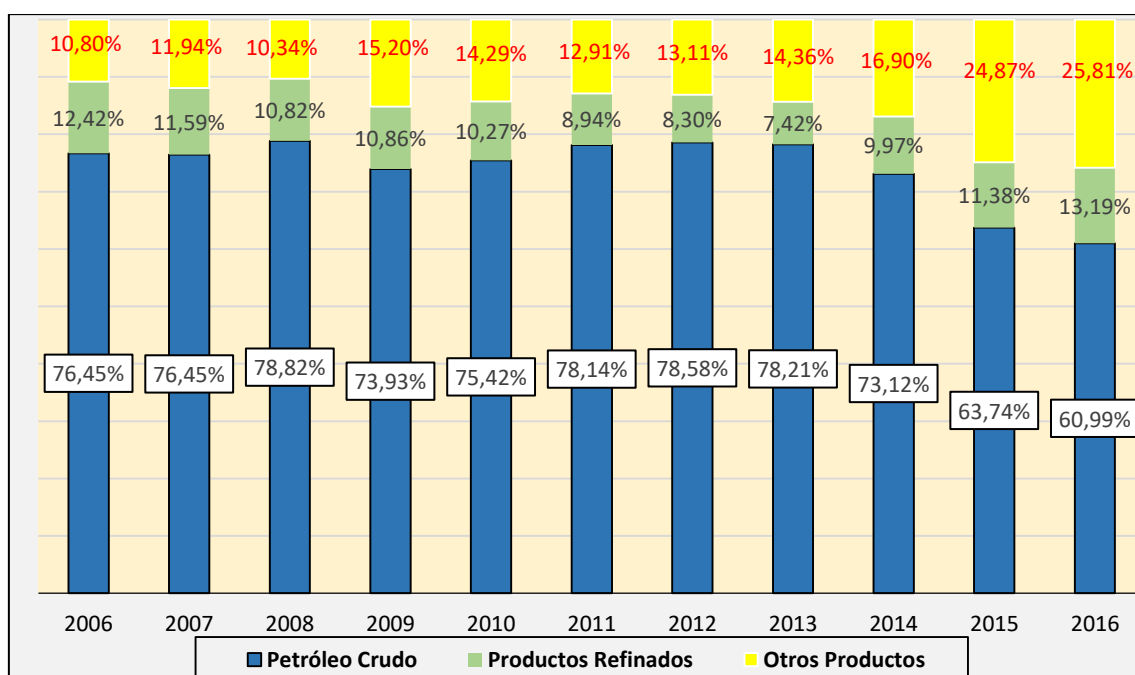
En los años en los que hubo un repunte en la producción y en los precios del barril del petróleo, también se detecta un crecimiento del sector de los hidrocarburos en su aportación al PIB, sobre todo en detrimento del sector privado. En 2003, 2008, 2011 y a lo largo de 2015 quedó clara esa relación tripartita entre: precios elevados del barril de petróleo, aumento de la producción del crudo y crecimiento del PIB. Esas fases coincidieron con periodos excepcionales a nivel regional e internacional, que precipitaron algunas políticas de reforma económica.

La guerra de Irak en 2003 generó una alteración en los mercados de la energía, que derivó en un ascenso de los precios. Entre 2003 y 2008 se produce una tendencia negativa sobre el valor del barril. En esas circunstancias de volatilidad, el rey Abdalá abogará por introducir paulatinos cambios. El 8º Plan de Desarrollo (2005-2009) y el 9º Plan de Desarrollo (2010-2014), recogían la intención gubernamental de impulsar un modelo más sostenible (Ramady, 2010, pp. 23-26). Las medidas de liberalización y modernización se vieron frenadas por dos elementos geopolíticos: la primavera árabe y el ascenso iraní. Esto provocó que las autoridades frenaran su voluntad de

reformas, apoyándose aún en el petróleo para contener revueltas populares y frenar en el escenario regional a Teherán. Con el nuevo monarca se recuperan esas iniciativas de transformación.

Como ocurren con los ingresos estatales o la participación en el PIB, en la última década se observa una disminución del peso del petróleo en las exportaciones. Actualmente está cerca del 60% cuando hace diez años atrás superaba el 76%. El petróleo crudo ha ido dejando paso a otros productos no relacionados con este recurso (26% del total de las exportaciones). Mientras los productos refinados del petróleo se mantienen en una horquilla entre el 7% y 13%.

Gráfico 19: Tipo de exportaciones de Arabia Saudí (%) (2006-2016)



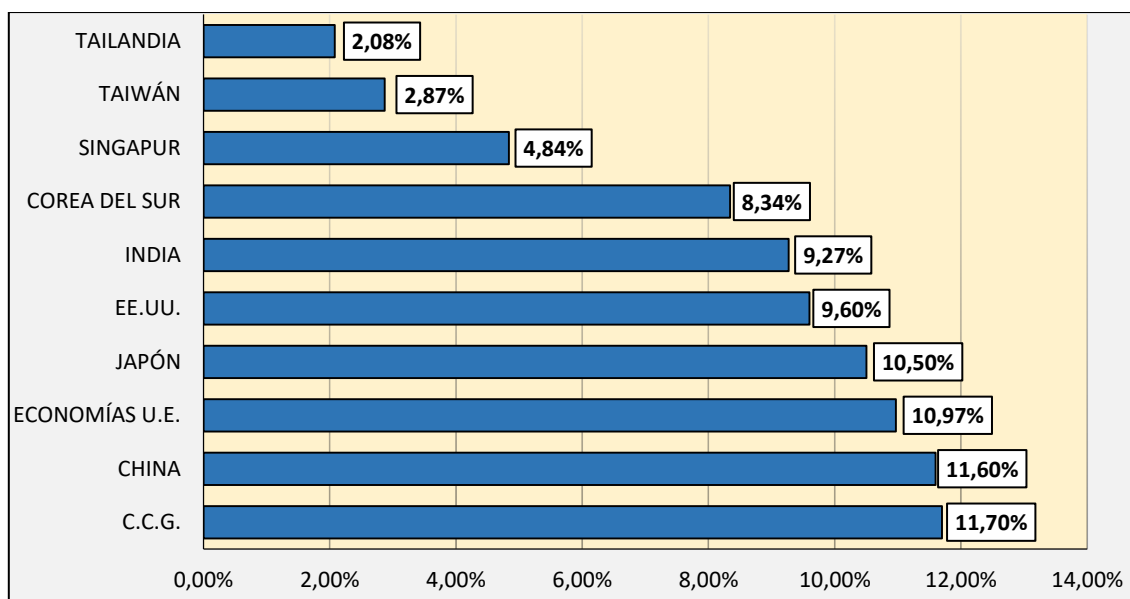
Fuente: Elaboración propia a partir de datos de www.sama.gov.sa

Los principales socios comerciales de Arabia Saudí se localizan en cuatro polos: 1) los miembros del CCG, sobre todo, E.A.U. y Bahreín; 2) algunas de las más importantes economías de la Unión Europea (U.E.), como Francia, Reino Unido, España, Italia o Alemania; 3) EE.UU. y 4) las potencias económicas de Asia Pacífico, como China, Japón, Corea del Sur, India o Singapur. De hecho, la nación saudita posee unas conexiones comerciales mucho más cuantiosas con estos países asiáticos que con otros Estados de Oriente Medio o el norte de África.

En los últimos años, el reino saudita ha intensificado sus relaciones comerciales, diversificando el origen de sus importaciones y el destino de sus exportaciones. Los cambios estructurales en los mercados internacionales de la energía, junto a la tendencia de EE.UU. a pivotar hacia Asia Pacífico, producen inquietud entre los Gobiernos del Golfo. Por el momento, están encontrado en los países asiáticos y, sobre todo, en la emergente China, los socios comerciales idóneos para el desarrollo de relaciones muy fructíferas (Guang, 2014, pp. 144-147). Durante un momento muy

delicado para la producción y exportación de petróleo y gas, los sauditas y el resto de las monarquías vecinas encontraron un resorte en la creciente demanda de las economías asiáticas.

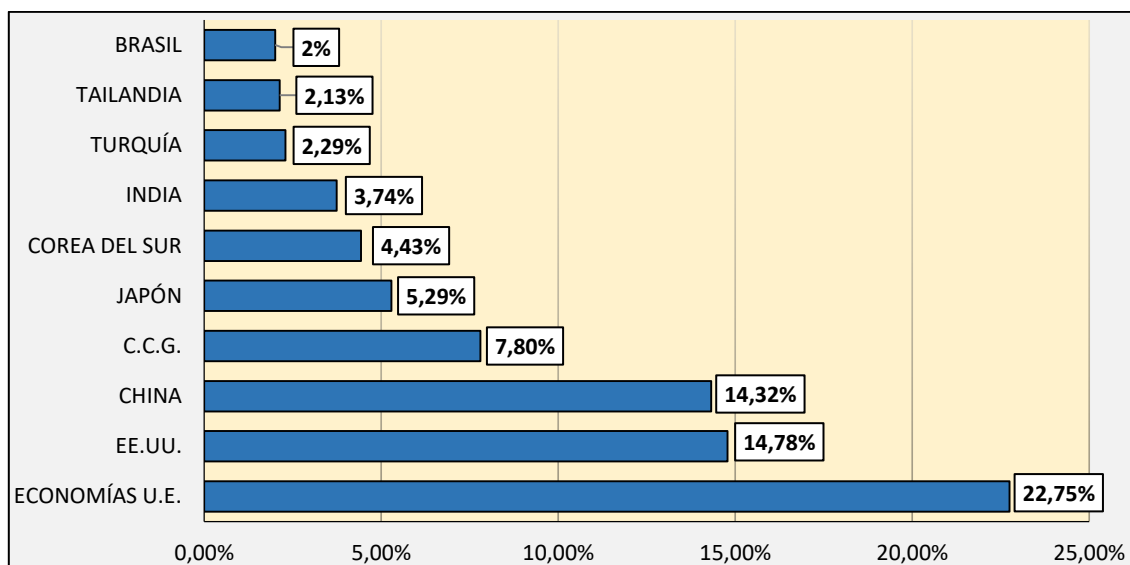
Gráfico 20: Principales destinos de las exportaciones (%) de Arabia Saudí en 2015



Fuente: Elaboración propia a partir de datos www.sama.gov.sa

Si se considerarán a la UE y el CCG como actores comerciales, las economías europeas serían las primeras importadoras de productos a Arabia Saudí y los socios del Golfo sería el principal destino de exportaciones sauditas. Por países, China y EE.UU. serían las dos grandes economías con las que Arabia Saudí tiene un volumen mayor de intercambios. Son seguidas por otras potencias asiáticas como Corea del Sur, Japón, India o Tailandia. En el caso de las importaciones aparecen entre los diez primeros, Turquía y Brasil, a pesar de que los flujos comerciales con América Latina y Oriente Medio son menores que con otras regiones.

Gráfico 21: Principales orígenes de las importaciones (%) de Arabia Saudí en 2016



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de www.sama.gov.sa

Tabla 2: Tipo de importaciones y exportaciones de Arabia Saudí en 2016

Principales intercambios con China	
Importaciones desde China	Exportaciones hacia China
24,43% EQUIPOS ELÉCTRICOS	76,76% RECURSOS Y PRODUCTOS MINERALES
17,02% MAQUINARIA	14,82% PRODUCTOS QUÍMICOS ORGÁNICOS
5,67% HIERRO Y ACERO	5,96% PLÁSTICOS
5,14% TEXTIL	0,057% ARTE Y ANTIGÜEDADES

Principales intercambios con EE.UU.	
Importaciones desde EE.UU.	Exportaciones hacia EE.UU.
20,93% VEHÍCULOS	91,02% RECURSOS Y PRODUCTOS MINERALES
20,67% MAQUINARIA	1,42% PRODUCTOS QUÍMICOS ORGÁNICOS
10,95% AERONAVES	0,87% FERTILIZANTES
4,78% APARATOS MÉDICOS Y OTROS	

Principales intercambios con Japón	
Importaciones desde Japón	Exportaciones hacia Japón
57,81% VEHÍCULOS	96,33% RECURSOS Y PRODUCTOS MINERALES
13,27% MAQUINARIA	3,38% PRODUCTOS DE ALUMINIO
4,61% EQUIPOS ELÉCTRICOS	1,10% PRODUCTOS QUÍMICOS ORGÁNICOS
4,43% PRODUCTOS DE CAUCHO	0,049% PLÁSTICOS

Principales intercambios con Corea del Sur	
Importaciones desde Corea del Sur	Exportaciones hacia Corea del Sur
41,75% VEHÍCULOS	95,42% RECURSOS Y PRODUCTOS MINERALES
18,96% EQUIPOS ELÉCTRICOS	1,84% PRODUCTOS QUÍMICOS ORGÁNICOS
13,24% MAQUINARIA	1,19% PRODUCTOS DE ALUMINIO
5,01% PRODUCTOS DE HIERRO Y ACERO	0,059% PRODUCTOS DE COBRE

Principales intercambios con E.A.U.	
Importaciones desde E.A.U.	Exportaciones hacia E.A.U.
19,29% PIEDRAS Y METALES PRECIOSOS	42,58% RECURSOS Y PRODUCTOS MINERALES
7,38% COBRE Y SUS MANUFACTURAS	7,53% PLÁSTICOS
7,20% RECURSOS Y PRODUCTOS MINERALES	5,03% PIEDRAS Y METALES PRECIOSOS
5,31% PLÁSTICOS	3,15 % PRODUCTOS QUÍMICOS ORGÁNICOS

Principales intercambios con Francia	
Importaciones desde Francia	Exportaciones hacia Francia
60,67% VEHÍCULOS	88,88% RECURSOS Y PRODUCTOS MINERALES
10,73% MAQUINARIA	0,071% PRODUCTOS DE ALUMINIO
8,88% PRODUCTOS FARMACEÚTICOS	0,048% PRODUCTOS QUÍMICOS ORGÁNICOS
8,80% EQUIPOS ELÉCTRICOS	

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de www.stats.gov.sa

Según datos ofrecidos por la Autoridad Monetaria Saudita, EE.UU., China, Japón y Corea del Sur son los cuatro países con los que Arabia Saudí tiene mayores intercambios comerciales, atendiendo al valor de sus exportaciones e importaciones. La economía saudita continúa siendo el segundo socio comercial de EE.UU. en Oriente Medio después de Israel (Blanchard, 2017, pp. 36-37), aunque los estadounidenses están perdiendo cuota de mercado en favor de otros países. Dentro de la zona de la U.E., que es en su conjunto el primer importador del reino, la economía francesa destaca por su flujo comercial con los sauditas sobre otros Estados, como Reino Unido, España y Alemania. Por otra parte, E.A.U. es el país del CCG y de toda el área de Oriente Medio que tiene unos vínculos comerciales más cuantiosos con Arabia Saudí.

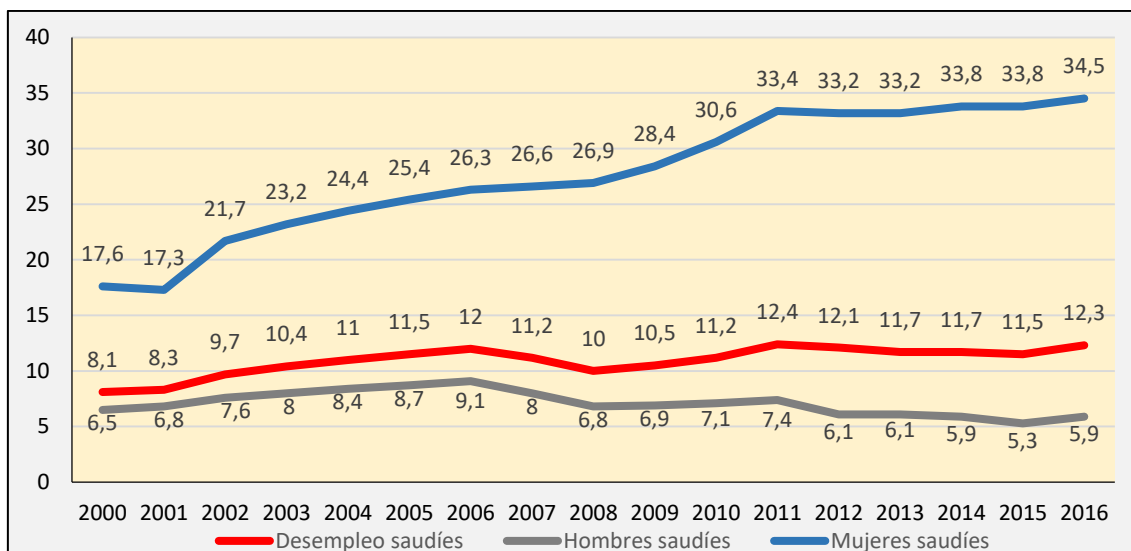
Independientemente del destino de sus exportaciones, la línea de productos que más compran el resto de las economías a Arabia Saudí son los relacionados con recursos minerales. Dentro de este apartado se recogen una amalgama de elementos, como petróleo crudo, refinado, gas natural y otros bienes energéticos naturales. Norteamericanos, asiáticos, europeos e incluso países vecinos demandan primeramente estos productos, si bien el porcentaje de cada país varía significativamente. Más del 90% de las importaciones que realizan EE.UU., Japón y Corea del Sur son relacionadas con recursos y productos minerales, es decir, fundamentalmente petróleo y gas. Para la economía francesa (88,88% del total de exportaciones) y para China (76,76%) el porcentaje es menor pero claramente superior al resto de productos, bienes o servicios.

E.A.U. es el Estado que más ha apostado por favorecer la integración de las economías del CCG (Martini, Wasser, Kayne et al. 2016, pp. 25-27), introduciendo políticas liberalizadas y promoviendo el comercio bilateral. Por ello, E.A.U. tiene unos flujos comerciales mayores con Arabia Saudí que otros socios de la organización. Desde E.A.U. también se demandan productos relacionados con recursos naturales (42,58%), pero en un porcentaje mucho menor que el de otros compradores. Productos químicos orgánicos son otro componente presente en la mayoría de exportaciones sauditas, aunque en un peso mucho menor que el del petróleo o el gas, al igual que la exportación de productos de aluminio y plásticos. Arabia Saudí es una economía focalizada en productos y recursos minerales, es decir, centrado principalmente en petróleo y gas.

La mayor parte de exportaciones son recursos naturales y bienes poco elaborados. En contraposición, las importaciones están claramente definidas por una mayor elaboración y valor añadido. Exceptuando el caso de los intercambios con E.A.U., donde los productos comercializados son de una gama parecida, con las economías asiáticas o las occidentales se aprecia una divergencia en el tipo de producto exportado y el importado. El peso de cada bien dentro de las importaciones es más equilibrado que con respecto a las exportaciones, que estaban monopolizadas por recursos naturales. Arabia Saudí compra del extranjero fundamentalmente vehículos, maquinaria y equipos eléctricos. Este rasgo comercial es otra evidencia más de las carencias del tejido productivo saudí y su dependencia del petróleo.

Según la Autoridad Monetaria Saudita, la tasa de desempleo de sauditas se sitúa en torno el 12%, mientras el porcentaje de parados totales es de apenas el 5,6% en 2016. El desempleo es un problema que afecta principalmente a los nacionales, ya que entre los extranjeros el desempleo irrelevante del 0,5%. La diferencia entre el porcentaje de parados hombres y mujeres es muy notoria. Entre las mujeres se registra una tasa superior al 33%, entre los hombres no llega al 6%.

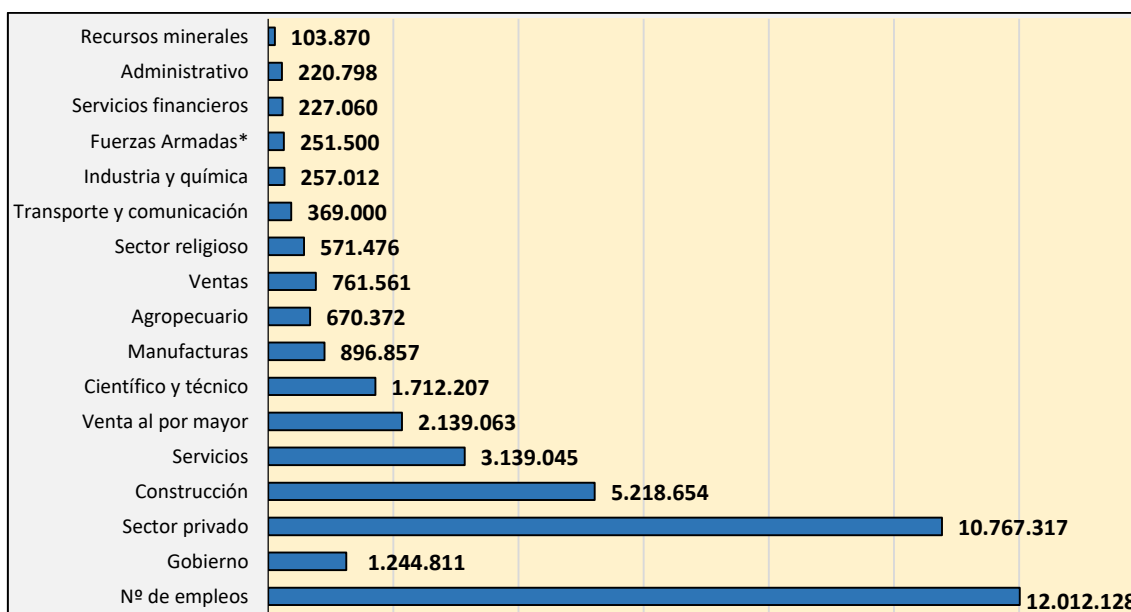
Gráfico 22: Tasa de desempleo entre nacionales saudíes (%) (2000-2016)



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de www.sama.gov.sa

Desde hace cinco años las tasas de desempleo parecen haberse estabilizado y no existen indicios de una permuta en su trayectoria. El número de empleados es superior a los 12 millones sobre una población de poco más de 32 millones. La gran mayoría trabaja en el sector privado, donde la construcción, servicios y venta al por mayor son las que más puestos de trabajo concentran.

Gráfico 23: Número de empleos en las principales ramas de actividad en 2016



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de www.sama.gov.sa *Dato Banco Mundial: Fuerzas Armadas

La construcción, servicios y venta al por mayor acumulan en torno al 87,3% del número total de empleados, seguidos por el sector científico y técnico y gubernamental y Administración pública. Según datos del Banco Mundial, las Fuerzas Armadas emplearían a más 250 mil personas sobre un total de trabajadores públicos que el Gobierno cifran en 1.244.811, lo que significa que de los empleos del Estado el 20,20% pertenecen a los cuerpos militares. Por otra parte, en el sector de recursos minerales, que engloba entre otras actividades la extracción y producción de petróleo y gas, pese a su peso en el PIB y en los ingresos estatales, el número de empleados es de 103.870, mucho menor que otros sectores como el financiero (227.060), transporte y comunicaciones (369.000) o el incluso el ámbito religioso que emplea a 571.476 personas.

Existe una gran divergencia entre los datos que aportan el Gobierno y las estimaciones independientes sobre pobreza o desempleo. La Autoridad Monetaria Saudita indican que el desempleo no sería superior al 5,6% del total de la población, llegando a un 12% entre los nacionales sauditas, 21% en las mujeres y próximo al 30% entre los jóvenes menores de 30 años. Igualmente, los medios públicos señalan que la pobreza afecta en torno a un 13-14% de los ciudadanos. Estos datos son rebatidos desde fuera del país, presentando un panorama económico y social preocupante (Aarts y Roelants, 2016). Cerca del 35% de los sauditas vivirían en situación de pobreza y el desempleo entre los jóvenes y las mujeres llegarían a niveles muy superiores.

Ante estas circunstancias internas, el reino saudita podría llegar a ser un lugar propicio para que emergiera con fuerza una contestación social. Pero algunos contrapesos están consiguiendo limitar tales fenómenos: A) la religión y su ligazón con el clan real de los Saud; B) las estructuras familiares y tribales insertas en la sociedad; C) una economía rentista, que utiliza la distribución de la riqueza como un instrumento político (Hegghammer, 2011, pp. 75-77). La mayoría de los reinos del Golfo han conseguido evitar verse afectados por las revueltas. Aparte de la riqueza generada por el petróleo, que permite atender a las demandas de la ciudadanía, la sociedad saudita sigue siendo esencialmente tradicional, donde imperan fuertemente cánones de lealtad y pertenencia tribales y familiares, que junto a la religión, frenan las posibilidades de ruptura.

En este sentido, es necesario señalar que la unidad de la nación no se da solamente gracias a la fuerza y la doctrina religiosa. La identificación del individuo con una entidad nacional y una monarquía se ha debido también a otros dos elementos sociales. Por un lado, las relaciones tribales, familiares y de diversos clanes del territorio, heredadas de una tradición de siglos, han permitido ir canalizando y moldeando las exigencias ciudadanas. Por otro lado, la particular relación entre ciudadano y Estado saudí, donde este último garantiza al primero un determinado nivel de bienestar y servicios mínimos a cambio de su absoluta lealtad y obediencia (Teitelbaum, 2000, pp. 5-7). Hasta ahora el Gobierno ha podido atender las necesidades materiales de la mayoría de su población. Si bien el nuevo plan económico Saudi Vision 2030, redefine muchos de los aspectos de ese singular acuerdo entre Estado y ciudadanía.

4.1.3. Objetivos y retos del plan Saudi Vision 2030

Mohammed bin Salman presentó en abril del 2016 el plan Saudi Vision 2030, un conjunto de programas y reformas orientadas a modernizar la economía nacional y la Administración estatal, así como a resolver los problemas estructurales del país. Su perspectiva parte de un enfoque transversal, que repercute simultáneamente en diversos sectores económicos y de los estamentos públicos. Esta estrategia sigue una línea de actuación parecida a la realizada en otros Estados vecinos, como cuando en 2008 el Gobierno de Doha anunció Qatar Vision 2030 (Ibrahim y Harrigan, 2012). De esta forma, el hijo del rey Salmán toma también la iniciativa en la política interna, asumiendo el protagonismo de este gran proyecto.

El interés del Gobierno por reformar los pilares de su economía surge de una triple preocupación: 1) la primavera árabe demostró que la desigualdad, pobreza o corrupción se convierten en factores desencadenantes de indignación popular (Blanco, 2011, pp. 2-3), que pueden degenerar en conflictividad e inestabilidad social; 2) si Arabia Saudí desea mantener la hegemonía en el entorno, debe tener un soporte económico mucho más fuerte y diversificado, que no se subordine a un único elemento y le proporcione mayores capacidades; 3) las transformaciones que se están produciendo en el mercado de los recursos energéticos, ya sea el apogeo de energías renovables o la tendencia a la autosuficiencia de tradicionales compradores como EE.UU., obligan a los sauditas a replantearse otras alternativas para generar riqueza.

Saudi Vision 2030 es una apuesta personal del joven Mohammed bin Salman, quien ha sido el portavoz oficial ante los medios internacionales y locales, intentando persuadir a los inversores extranjeros y haciendo frente a las reticencias internas (Dickinson, 2017a). La variación en la política exterior, la participación en la guerra en Yemen y este programa de reformas son los puntos centrales de la agenda del príncipe. En la consecución de los objetivos marcados se juega gran parte de su crédito como dirigente, puesto que su meteórico ascenso levanta la desconfianza de sectores dentro y fuera del país. Entre los grupos más inmovilistas existe el temor a que la alteración de los parámetros en los que ha funcionado la economía y el Estado durante tanto tiempo, supongan una maniobra arriesgada que llegue a erosionar la solidez del régimen.

El plan de reformas no está exento de debate y críticas. Los propósitos marcados en la hoja de ruta han sido calificados de muy ambiciosos e incluso irrealizables, si se tienen en cuenta las particularidades nacionales y el contexto regional. Entre los expertos internacionales pocos creen que se vaya a lograr una realización plena de los mismos (Kinninmont, 2017, pp. 9-11), asumiendo que el príncipe Mohammed bin Salman está yendo demasiado rápido en sus deseos de transformar el reino. Cuando otros monarcas, como el rey Fahd y el rey Abdalá en la década de los noventa y los dos mil, intentaron introducir cambios sociales y económicos, se encontraron con importantes resistencias que limitaron el alcance de sus medidas.

Como recoge el documento oficial de Saudi Vision 2030, la apuesta radica en consolidar y mejorar el funcionamiento interno del país y su posición a escala internacional. El Estado saudita contaría con tres ventajas competitivas básicas, que no tiene ningún otro país en la zona: 1) tiene un papel central en el mundo árabe y musulmán, lo que le reafirma en sus intenciones de mantenerse como el principal líder e interlocutor válido; 2) posee unos recursos excepcionales, que le ofrecen la oportunidad de mejorar, modernizar y hacer más sostenibles sus capacidades; 3) ocupa una posición geoestratégica valiosa, en el corazón de Oriente Medio y el Golfo, situado en el camino entre tres continentes: Asia, Europa y África, que le posibilita establecerse como puente de flujos comerciales, culturales y encuentros políticos.

El Gobierno del reino propone aprovechar estas ventajas competitivas y desarrollarlas al máximo a través de tres principios fundamentales: “sociedad vibrante”, “economía próspera” y “nación ambiciosa”, que liga con los rasgos de su sociedad, las potencialidades de su economía y la efectividad y eficacia de la Administración pública. Saudi Vision 2030 habla de una “sociedad vibrante”, que debe ser el motor de estas reformas siempre bajo los principios islámicos, continuando con el legado cultural, preservando su identidad nacional y favoreciendo la participación y dinamismo de su ciudadanía. En el mismo sentido, cuando se menciona a una “nación ambiciosa”, se alude a la necesidad de mejorar la operatividad del Gobierno y aumentar sus capacidades, al tiempo que se propicia el empoderamiento de los agentes sociales.

El apartado “economía próspera” es el punto que recoge los aspectos más significativos del plan. Un fenómeno que está siendo común entre todos los emiratos del Golfo son los programas para diversificar y modernizar su economía (Althani, 2012, pp. 33-37). Abriendo numerosos sectores a la participación privada y la recepción de inversiones extranjeras. Se están introduciendo importantes modificaciones en los contextos jurídicos y sociales, que facilitan el crecimiento de un entorno empresarial fuerte y competitivo. Saudi Vision 2030 presta una elevada consideración a la mejora del sistema educativo y al impulso de la formación de la mano de obra nacional para que ayuden a dinamizar el mercado laboral y favorecer el emprendimiento.

La singularidad de este plan es que intenta atajar varios problemas estructurales de la economía saudita a la vez y en un plazo señalado. Sin embargo, no va a resultar una tarea fácil y es presumible que los resultados no cumplan las altas expectativas marcadas. La estructura económica y social del país se encuentra inmersa en unas dinámicas que son difíciles de cambiar tan rápidamente. La alta dependencia del petróleo como generador de riqueza y desarrollo, la fuerte presencia del Estado en la actividad económica y sus ingentes subvenciones y ayudas (Reed, 2016), así como un mercado laboral donde los puestos de alta cualificación son copados por extranjeros y muchos saudíes quedan relegados a la economía sumergida o al desempleo, son algunos de los principales retos que tienen que abordar el príncipe Mohammed.

A partir de cada ventaja competitiva y según los principios fundamentales señalados, se estipulan una serie de objetivos concretos que se quieren lograr en el periodo 2016 - 2030. Para la “sociedad vibrante” se marca como fin último el de mejorar el sector cultural y deportivo del país, para convertirlo en un referente a nivel regional. Para ello, el plan concede mucha relevancia a la necesidad de potenciar y ampliar el sector de la hostelería y la industria cultural, así como la de mejorar las infraestructuras y servicios de las ciudades. Sirviendo como puntos para diversificar el tejido económico, generar empleos y atraer nuevos ingresos. Además, se hace mención a la importancia de construir un modelo de sociedad sostenible, aludiendo a las cuestiones de la contaminación, desertificación y malgasto de recursos.

Sobre el principio de “economía próspera”, Saudi Vision 2030 persigue tres claros propósitos: 1) modernizar y flexibilizar la economía; 2) reorientar las actividades estatales y 3) reducir la dependencia del petróleo. Para el primer propósito, se busca aumentar el peso del sector privado en detrimento del público, a través del emprendimiento, la formación y la atracción de talento extranjero. Serán los nuevos polos económicos que surjan al amparo de estas medidas, principalmente los que deberán favorecer las oportunidades de los más jóvenes y las mujeres, generando nuevos empleos. Son estos dos segmentos sociales los que más preocupan al Gobierno saudí, ya que tienen muchos problemas para insertarse en el mercado laboral.

Una de las grandes medidas que expone este programa es la “*saudización*” o nacionalización de la mano de obra. Una proposición que ha estado constantemente presente en los discursos de los últimos monarcas (Echagüe, 2016), pero que nunca ha llegado a tener un éxito pleno. La tendencia general entre los sauditas es la de preferir trabajar en el sector público, cuyas condiciones son mucho más favorables, mientras la mano de obra extranjera ocupado mayoritariamente los puestos del sector privado. Esta tendencia es también causada porque algunos trabajos suponen un grado de cualificación que muchos nacionales todavía no tienen. Por este motivo, el plan insiste en la necesidad de mejorar la formación y animar a los nacionales a buscar opciones fuera de lo público, a través, del emprendimiento de sus propios negocios o en empresas privadas.

El segundo propósito: reorientar las actividades estatales, va parejo a lo anteriormente mencionado, y supone una reducción del papel del Estado en la economía. El reino no está exento del debate académico y político sobre las ventajas y desventajas de privatizar empresas públicas y desestatalizar actividades claves (Bin Rabian, 2016), más aún si se atiende a las características rentistas del Estado saudita. Con estas políticas se persiguen tres objetivos: A) obtener nuevos ingresos y mejorar las cuentas estatales, gracias a la privatización parcial de empresas públicas, como Saudi Aramco; B) redirigir las inversiones públicas a nuevos sectores y mejorar el rendimiento de los fondos públicos de inversión; C) mejorar el funcionamiento de algunos sectores de la economía saudita, consolidando un tejido industrial diversificado y competitivo.

Con el fin de obtener ingresos adicionales a los que ya ofrece la explotación del petróleo, se inició la privatización parcial de empresas estatales. En abril de 2016 se anunció la venta del 5% de las acciones de Saudi Aramco, la empresa referente del Estado saudita. El Gobierno busca con este tipo de medidas animar a invertir a multinacionales de todo el mundo (Raval y Kerr, 2016) y atraer el capital de agentes extranjeros. Lo recaudado con esta venta y otras negociaciones será destinado a la creación de nuevos fondos de inversión soberanos, para en los próximos años ir adquiriendo una presencia mayor en los mercados financieros. Se espera que los beneficios obtenidos vayan progresivamente sustituyendo en relevancia a las ganancias del crudo.

Para la consolidación de las cuentas públicas, que permitan un equilibrio prolongado y reduzcan la dependencia del Estado de los precios del petróleo, el programa recoge una serie de innovaciones importantes en el régimen de impuestos en Arabia Saudí. Dentro de un marco de negociaciones en el CCG, estos países están empezado a aplicar medidas para instaurar impuestos hasta entonces inéditos en sus economías: impuestos sobre determinados productos como bebidas azucaradas, tasa impositiva sobre bienes de lujo o la inclusión del Impuesto sobre el Valor Añadido (IVA) (Márquez de la Rubia, 2016, pp. 9-10). Con estas políticas el Gobierno saudita espera aumentar los ingresos anuales en unos 100 mil millones de dólares. A lo se suma una reducción considerable de determinados subsidios y ayudas públicas.

Las reformas anunciadas por Saudi Vision 2030 requerirán de una modificación considerable en la actual legislación saudita. Hay una atención especial para propiciar un cambio en el entorno empresarial y de la Administración pública, que permita a Arabia Saudí erigirse como un centro económico atractivo. Se busca aumentar la interrelación de la economía saudita en los mercados internacionales, especialmente potenciar la integración con sus socios comerciales del CCG, para la construcción de un verdadero mercado común. Para este propósito, un primer paso son los acuerdos para unificar legislaciones comerciales y sistemas impositivos dentro de los seis miembros. Así, se espera nuevas vías de ingreso (Khashan, 2017, pp. 6-7) y homogeneizar sus marcos legislativos y de impuestos, para encaminarse a una integración mayor.

El tercer propósito: reducir el peso del petróleo, no es un elemento novedoso en la agenda oficial saudita, ya que estuvo muy presente en el pasado. Aunque en las últimas dos décadas la tendencia reflejaba que el sector de los hidrocarburos pierde volumen en favor de otras industrias, no es menos cierto que la producción y exportación del petróleo y, en menor medida del gas, son trascendentales para la evolución propia del país. Todas las políticas de modernización y gasto social están asociadas a los altos ingresos por el precio del barril de petróleo (Eilts, 2001, pp. 233-235). Saudi Vision 2030 sugiere una reformulación profunda del modelo económico y social implantado durante décadas. La sostenibilidad de este modelo de desarrollo extractivista está en cuestión y para los dirigentes sauditas urge su modificación.

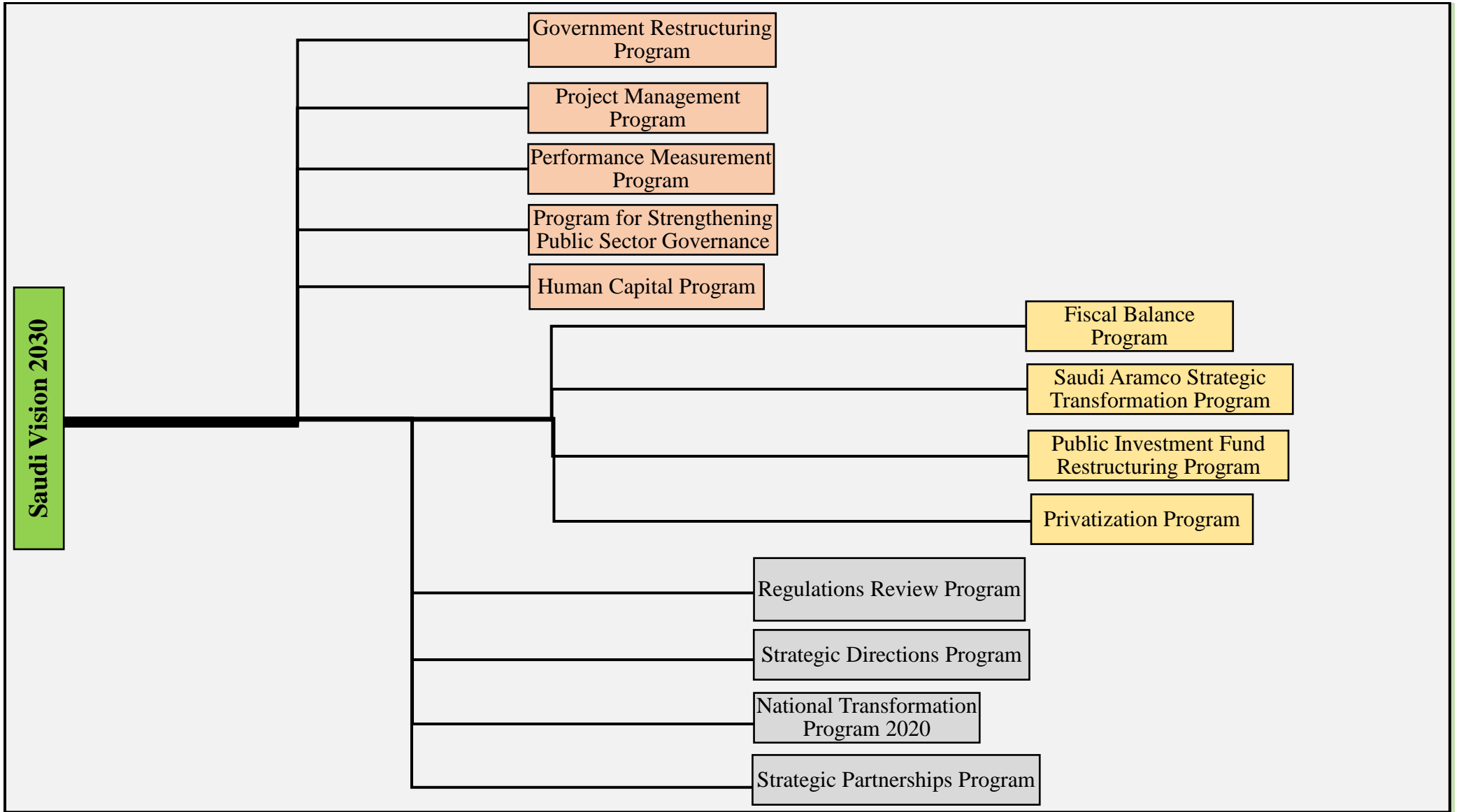
Unido al deseo de modernizar y diversificar la estructura económica, están comenzando nuevos proyectos industriales y financieros, como el *King Abdullah Financial District* o el *Jizan Economic City*, para establecer centros de negocios e innovación punteros en la región. También se estudia la creación de zonas especiales, con una regulación y tipo impositivo excepcional, para atraer inversiones hacia los sectores de la industria de I+D+I y el turismo. El empeño por contrarrestar el peso del petróleo y gas está centrando su foco en la potenciación de las energías renovables y, especialmente, en la energía solar (Yamada, 2016). Los primeros pasos dados en este sentido ya fueron tomados bajo el reinado de Abdalá, con la construcción de los primeros parques solares. El plan tutelado por Mohammed bin Salman pretende mejorar las estructuras energéticas e invertir en nuevas vías de producción energética.

Saudi Vision 2030 dibuja un panorama a medio plazo, estipulando una serie de objetivos que se tienen que lograr. Para su implementación concreta se están poniendo en marcha más de una decena de programas, que afectan a la formación y reestructuración de la Administración, las cuentas del Estado, la regulación económica y transformaciones en la industria nacional. En el primer aspecto se agruparían programas como: *Government Restructuring Program*, *Project Management Program*, *Performance Measurement Program* o *The Program for Strengthening Public Sector Governance*, orientados a la eficacia y eficiencia del sector público y la capacitación de los funcionarios, para introducir formas de gestión diferentes a las establecidas.

En el segundo aspecto, se estipulan programas como: *Fiscal Balance Program*, *Saudi Aramco Transformation Program*, *Public Investment Fund Restructuring Program* y *Privatization Program*, destinados a mejorar el volumen de los ingresos del Estado, el rendimiento de sus inversiones en el extranjero y el equilibrio de las cuentas nacionales. Entre ellos destaca una línea particular para el proceso de privatizaciones. Por último, en el tercer apartado se podrían adscribir con programas como: *Regulations Review Program*, *Strategic Directions Program*, *National Transformation Program 2020* y *Strategic Partnership Program*, que recogen cuáles son los principales cambios a introducir en el marco regulador, las estrategias clave para alcanzar las metas planteadas y los sectores industriales en los que se centrarán los principales esfuerzos.

Dentro del *National Transformation Program 2020* sobresale la búsqueda de una potente industria militar autóctona (Karasik, Cafiero y Hedges, 2016), que conduzca al país a mayor autosuficiencia en las materias de defensa y seguridad. Con una industria propia en este sector, Arabia Saudí tendría un nuevo polo de creación de empleo y vería reducido significativamente su gasto y dependencia de terceros. El reino saudita es uno de los mayores compradores de material armamentístico del mundo. Su presupuesto en gasto de defensa solo es superado por China y EE.UU. Aunque cuenta con una de las Fuerzas Armadas mejor equipadas de Oriente Medio, apenas tiene factorías nacionales suficientes que le permitan suministrarse a sí mismo, por lo que cada año realiza cuantiosas compras a proveedores extranjeros.

Gráfico 24: Programas de Saudi Vision 2030



Fuente: Elaboración propia a partir de Saudi Vision 2030

4.2. Arabia Saudí como potencia militar de la región

La seguridad en el Golfo está sufriendo numerosas transformaciones, que abren las puertas a cambios profundos en las estrategias de defensa y en las percepciones de amenazas y riesgos regionales. Desde la década de los ochenta del siglo pasado, esta zona ha sido un punto de inestabilidad y tensiones constantes, repercutiendo en la seguridad de todo Oriente Medio y en las dinámicas mundiales. Estas fricciones se han ido canalizando a través de diferentes equilibrios y contrapesos, que recientemente se están viendo alterados. Arabia Saudí como potencia regional ejerce un papel esencial en los acontecimientos de este enclave. Sus decisiones y acciones a este respecto condicionan considerablemente el clima de certidumbre local.

Muchas de estas presiones se han localizado en el Estado iraquí, protagonista de tres conflictos en apenas veinte años. No obstante, la mayor parte de las escaladas de tensión en el del Golfo no se manifestaron en forma de violencia directa, sino que son elementos que se van acumulando en el tiempo y dan lugar al complejo panorama actual. Desde la Segunda Guerra Mundial hasta el 2016 se aprecian tres tipos de orden de seguridad regional: 1) Década de los 60 y 70, con un alto grado de estabilidad, cimentado en la alianza de EE.UU. con Arabia Saudí e Irán; 2) Década de los 80 y 90, se produce una gran polarización, con un frente de monarquías árabes a un lado, el régimen de Sadam Hussein en Irak y la naciente república de los ayatolás en Irán; 3) Principios del siglo XXI, distintos acontecimientos erosionarán el frágil orden establecido.

Desde 2003 hasta 2016, el último año de la presidencia de Barack Obama, la evolución de las circunstancias internacionales y regionales propicia un periodo de incertidumbre y a una transición hacia un nuevo modelo de seguridad. Elementos como: el auge del terrorismo yihadista, el programa nuclear de Irán, el conflicto en Irak, la primavera árabe, la guerra en Yemen, las tensiones dentro del CCG o la estrategia estadounidense para Oriente Medio, han ido a fomentando la desconfianza e inquietud de los Gobiernos del Golfo. En estos regímenes la seguridad nacional está intrínsecamente ligada a la pervivencia de las dinastías o grupos en el poder. Para asegurarse su propia supervivencia tanto de amenazas internas como externas, los Estados están fortaleciendo las Fuerzas Armadas, cuerpos policiales y servicios de inteligencia.

Prácticamente desde el nacimiento de la República Islámica en 1979, el Estado iraní ha vivido en una constante rivalidad con el resto de los vecinos y EE.UU. Estas circunstancias incentivan su desmedida preocupación por la seguridad interna y, sobre todo, por su defensa. En el siglo pasado, las monarquías árabes siguieron un modelo dispar al iraní. Gracias al respaldo de la potencia estadounidense, estos países pudieron despreocuparse, en parte, de su propia protección exterior. Este hecho provocó que no tuvieran unas unidades militares tan voluminosas como las de sus vecinos iraní o iraquí. Estas percepciones están cambiando radicalmente en los últimos tiempos, dando lugar a cuantiosas inversiones sin precedentes en defensa.

4.2.1. La carrera armamentística en el Golfo

El Golfo es uno de los lugares del planeta donde más dinero se destina a material y equipos militares. La carrera armamentística entre los distintos Estados viene motivada principalmente por el cuantioso desembolso que están realizando los miembros del CCG. Encabezados por Arabia Saudí, las monarquías árabes llevan más de una década protagonizando una estrategia de defensa basada en la modernización y capacitación de las Fuerzas Armadas de cada reino. Esta escalada se produce en un contexto donde no existe ningún tipo de convención sobre cuáles son los peligros reales que afronta cada actor estatal y el conjunto de ellos. Tampoco se abren espacios para una colaboración más profunda en temas tan sensibles.

La guerra entre iraníes e iraquíes en los ochenta puso en aviso al resto del Golfo, quienes confiaron su protección a EE.UU. La invasión de Kuwait en 1991 reafirmó tanto a estadounidenses como a las monarquías de la necesidad de trabajar conjuntamente. Esta confianza comenzó a quebrarse a partir de la guerra de Irak en 2003 y finalmente tras la primavera árabe. Riad comienza a dudar del verdadero compromiso estadounidense con la seguridad y porvenir de sus aliados regionales (Al-Sudairi, 2014, pp. 83-86). El rey Abdalá inició cambios en política de defensa. Su objetivo fue el de establecer unos cuerpos militares autosuficientes y autónomos. Para ello comenzó a dotarles de los suficientes recursos para intervenir en el territorio nacional y más allá de sus fronteras, asimilando que su propia protección no debía ser tarea exclusiva de Washington.

Los sauditas han sido siempre los más interesados en dar otro cariz al CCG, promoviendo una mayor integración y la constitución de fuerzas militares conjuntas. Pero no cuentan con el respaldo de la mayoría de los miembros, que se decantan por mantener su seguridad y defensa en términos de política nacional (Ahmad, 2014, pp. 33-35). La operación en Bahréin en 2011 y la participación en la guerra de Yemen desde 2015 son propuestas netamente sauditas, a las que el resto de los países se sumaron de manera muy desigual y con intereses diferentes. La disonancia dentro de la organización regional se manifiesta claramente en la crisis diplomática con Catar. A las diferentes entre las monarquías para encontrar una posición común hay que sumar la estrategia de la Casa Blanca, que también se distancia de los planes sauditas.

Arabia Saudí se inicia en esta carrera armamentística por varias razones: 1) una situación económica favorable para realizar inmersiones en defensa; 2) la desafección creciente con EE.UU., tanto con el presidente Bush como con la Administración Obama; 3) el programa nuclear iraní y la amenaza de influjo iraní en la zona; 4) el auge del terrorismo yihadista y el radicalismo religioso; 5) el estallido de la primavera árabe; 6) conflictos bélicos en las proximidades; 7) la urgencia de preservar su hegemonía en Oriente Medio. Con todo ello, los nuevos planes sauditas y los movimientos iraníes, dentro de las crisis regionales abiertas, incentivan que el resto de los países del Golfo destinen cada vez más recursos a sus ejércitos y cuerpos de seguridad.

1) Desde inicios de los 2000 hasta 2008 y entre 2011 y 2014, Arabia Saudí encontró una situación económica muy favorable, gracias principalmente a los altos precios del petróleo. Esto permitió al rey Abdalá, tanto en su regencia como reinado, desarrollar políticas de modernización económica y, sobre todo, un mayor gasto en defensa. Estas medidas están siendo mantenidas por su hermano Salmán. El plan Saudi Vision 2030 continúa la línea trazada con anterioridad y se profundiza en el objetivo de establecer una industria militar propia y sólida.

2) Las sospechas de los vínculos entre el yihadismo y ciertos sectores sauditas supusieron una importante brecha en la confianza entre EE.UU. y Arabia Saudí. La caída de Saddam Hussein en 2003 fue interpretada por los sauditas como un ejemplo claro de que la Casa Blanca contaba cada vez menos con ellos. Por eso, se preocupan en mayor medida en asegurar su propia defensa y reducir su dependencia de la flota estadounidense. Para los príncipes sauditas la estrategia del presidente Obama para Oriente Medio vino a corroborar sus indicios pasados, obligándoles a asumir más responsabilidades con respecto a su seguridad y la de sus socios más cercanos.

3) Irán representa una amenaza para Arabia Saudí por su competencia directa por el liderazgo regional. Esta percepción traduce en un riesgo persistente a través de dos fenómenos. Por un lado, el programa nuclear supone un desafío incalculable. Su máximo rival podría llegar a tener armamento nuclear, lo que conlleva a un desequilibrio absoluto de las fuerzas. Por otra parte, el régimen de Teherán intenta aprovechar las circunstancias en Irak, Siria, Líbano o Yemen, para ampliar su influencia en Oriente Medio. Esto deriva en una disputa en el liderazgo de los sauditas, quienes deben proteger sus intereses más allá de su propio país.

4) El terrorismo yihadista no afecta únicamente a países vecinos u objetivos occidentales, sino que también ha sido sufrido por ciudadanos sauditas y miembros de la propia familia real. La resolución de este problema y el radicalismo religioso, que llega a convertirse en férrea oposición del régimen, se está canalizando a través del trabajo de los servicios de inteligencia y la policía, pero implicando también a unidades de las Fuerzas Armadas.

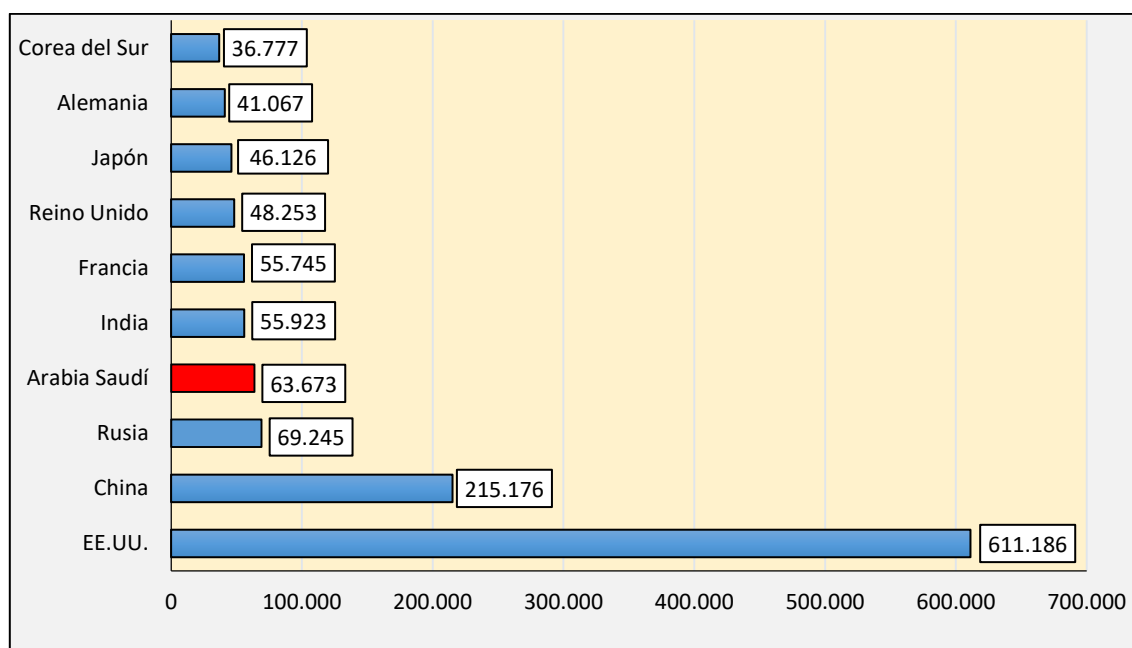
5) La primavera árabe y la ola de revueltas que sacudieron a muchos países de Oriente Medio y el Magreb pudieron ser contenidas por la mayoría de las monarquías del Golfo, pero dejó en otros países la caída de dirigentes como Gadafi, Ben Alí, Saleh o Mubarak y una conflictividad social sin precedentes en Bahreín. Los dirigentes sauditas advirtieron que era necesario fortalecer los vínculos con las Fuerzas Armadas, la Guardia Nacional y los aparatos policiales, tanto para protegerse de injerencias externas como para evitar soflamas revolucionarias en el interior.

6) La guerra en Siria y en Yemen son dos conflictos bélicos con una solución poco plausible a corto plazo. El número y la variedad de actores involucrados en cada contienda hacen que tengan una perspectiva regional y afecten seriamente a la seguridad de los países de alrededor. Esto está motivando que Estados como Arabia Saudí concedan más relevancia a sus acciones militares.

7) El rey Salmán y su hijo Mohammed bin Salman reafirman las intenciones sauditas de utilizar la fuerza militar en el exterior para proteger sus objetivos. Esta política de acción en vez de reacción ya fue anunciada por el rey Abdalá en Bahreín en 2011, pero el joven príncipe saudita está decidido a profundizar en ella. Arabia Saudí apuesta por una línea en que sus Fuerzas Armadas encabezan las operaciones, a las que se invitan a participar a otros países, mostrándose asó como líder político y referente militar de la región.

En 2016, Arabia Saudí era el cuarto país del mundo que mayor gasto militar había realizado, solamente superado por tres potencias mundiales: EE.UU., China y Rusia. Entre los diez primeros únicamente aparece la nación saudita procedente de la región de Oriente Medio, con la excepción estadounidense, el resto son del continente europeo o de Asia Pacífico. El reino wahabita supera en términos absolutos a países con gran potencial militar como India, Francia o Reino Unido. Según las estadísticas de SIPRI, desde hace más de cuatro años la potencia saudita se encuentra entre los países que mayor inversión en defensa realiza.

Gráfico 25: Los 10 países con mayor gasto militar en el mundo en 2016 (millones \$)



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de www.sipri.org

Gran parte del incremento producido en la compra de armamento militar en la zona es por las medidas tomadas por Arabia Saudí. Riad alude a argumentos propios de una potencia militar para justificar estos desembolsos tan elevados. Para el Gobierno saudita el contexto es excesivamente conflictivo e impredecible, lo que le obliga a tener que asegurar su propia seguridad. Para ello, es imprescindible equipar a sus Fuerzas Armadas con los medios necesarios para afrontar diversos retos. Además, ejerciendo el papel de líder regional, se encarga de velar tanto por la defensa e integridad de su reino como por la de otros aliados. Los casos de Bahreín o Yemen evidencian esa conexión entre la estabilidad interna y la seguridad regional.

Arabia Saudí quiere asumir el rol de EE.UU., como principal garante de la defensa de los miembros del CCG. Pero incluso entre el resto de las monarquías existen reparos sobre las iniciativas planteadas por los sauditas, como una Unión del Golfo, por el temor a quedar sujetos a la agenda de los Saud (Guzansky, 2015b, pp. 25-28). A ello hay que añadirle el contrapeso que representa Irán. Ambos países están involucrados en diferentes crisis locales con el fin último de fortalecer su capacidad de influencia y debilitar la del otro. El régimen iraní lo está haciendo más destacadamente en Irak o Siria, los sauditas en Yemen. La duración y complejidad de estos conflictos supone un grave problema para la sostenibilidad de las operaciones. El gasto de recursos por permanecer en las guerras sirias y yemeníes es demasiado alto.

Irán sufrió durante varios años un bloqueo internacional, que le cerró las puertas de EE.UU. y el resto de los aliados occidentales. Rusia y China mantuvieron una posición más conciliadora con Irán (Tréan, 20006, pp. 240-244), siendo las principales vías de escape del Gobierno de Ahmadineyad. Pero esta situación deterioró las fortalezas internas de la nación iraní. Con el alza de los precios del petróleo y la debilidad de su oponente, los sauditas tuvieron un contexto propicio para invertir en sus estructuras de defensa. La diferencia entre una potencia y otra en materia militar se está reduciendo considerablemente. Es cierto que las Fuerzas Armadas iraníes son más numerosas que las de Arabia Saudí, pero la monarquía wahabita ha podido mejorar y ampliar sus capacidades, situándose en una situación más pareja.

Desde el acuerdo sobre el Plan de Actuación Conjunto y Completo (JCPOA siglas en inglés) en 2015, la economía iraní vuelve a los principales mercados mundiales y a recibir inversiones occidentales. Estos factores pueden resultar elementos dinamizadores para la economía del país y ayudar a impulsar de nuevo el sector militar. Las Fuerzas Armadas y, en especial la Guardia Revolucionaria, son dos actores políticos muy significativos en el escenario interno (Byman, Chubin, Ehteshami et al. 2001, pp. 26-28). Son junto a los clérigos chiitas, quienes más condicionan la política del Gobierno. Mientras que en Arabia Saudí muchas de las empresas estatales y la dirección de los cuerpos de seguridad y defensa recaen sobre miembros de la familia real, en Irán los propios militares funcionan como agentes sociales y económicos autónomos.

Los miembros de las Fuerzas Armadas y Guardia Revolucionaria presionan constantemente para que el ejecutivo les dote de más recursos. Tienen como argumentos a favor que el fin del bloqueo propicia mejores perspectivas económicas, siendo urgente equipar las inversiones militares a los grandes gastos que otros Estados vecinos realizan en sus cuerpos militares. Estando aún lejos de los más de 60 mil millones que gastó en el año 2016 Arabia Saudí, si Irán decide dar un salto mayor en este campo acrecentaría la sensación de carrera armamentística en el Golfo, retroalimentando las percepciones de inseguridad de la mayor parte de las monarquías árabes. El régimen saudita y el iraní se encuentran en una espiral de desconfianza, que propicia que cualquier movimiento del otro tenga inmediatamente una respuesta.

Las reticencias entre sauditas e iraníes no son el único motivo que favorece este clima de militarización. Las discrepancias en el seno del CCG sobre mayores niveles de integración en seguridad y defensa, hacen que cada Estado esté apostando en mayor o menor medida en salvaguardar sus intereses de diferentes maneras. Omán o Catar son los dos países más renuentes a quedar relegados bajo el liderazgo saudita (Lucas, 2014, pp. 334-336), rechazando transformar la organización regional en una especie de unión política de mayor calado. El sultanato omaní está optado por aumentar sus inversiones en defensa, aprovechando el clima de prosperidad económica y estabilidad interna, a la vez que mantiene su alianza con EE.UU.

El emirato catari está siendo de los países de la zona que menor inversión en industria militar está realizando. Doha se decanta por reorientar esfuerzos a inversiones financieras, desarrollo de centros culturales, deportivos y educativos de alto nivel, al mismo tiempo de intensificar su trabajo diplomático. Su principio de erigirse como figura mediadora mutó durante la primavera árabe. Catar llegó a tener un papel muy activo en episodios regionales como la caída de Mubarak en Egipto o la guerra en Siria (Priego, 2015a, pp. 244-249), si bien en otros escenarios como Yemen se está mantenido en un segundo plano. Su defensa sigue quedando protegida por la flota estadounidense, que tiene en la península la sede principal del CENTCOM, Mando Central de los EE.UU. para el cuerno de África, Golfo y Asia Central.

Según datos del Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), en el año 2016, Bahrein fue el país del Golfo que menos gasto militar hizo, 1.430 millones. Como ocurriera durante la primavera árabe, la monarquía confía en sus aliados regionales e internacionales para solventar problemas internos y amenazas externas (Mechan, 2014, pp. 349-351). Para la dinastía Al Jalifa las mayores preocupaciones se centran en un posible influjo iraní en su territorio, que anime la rebelión de la mayoría chiita de la población. EE.UU. y Reino Unido cuentan con bases militares en el archipiélago, considerando al pequeño emirato un valioso enclave estratégico. Por otra parte, Arabia Saudí y E.A.U. ya dejaron claro en marzo de 2011, que no iban a permitir ningún movimiento que supusiera la caída de sus socios en Manama.

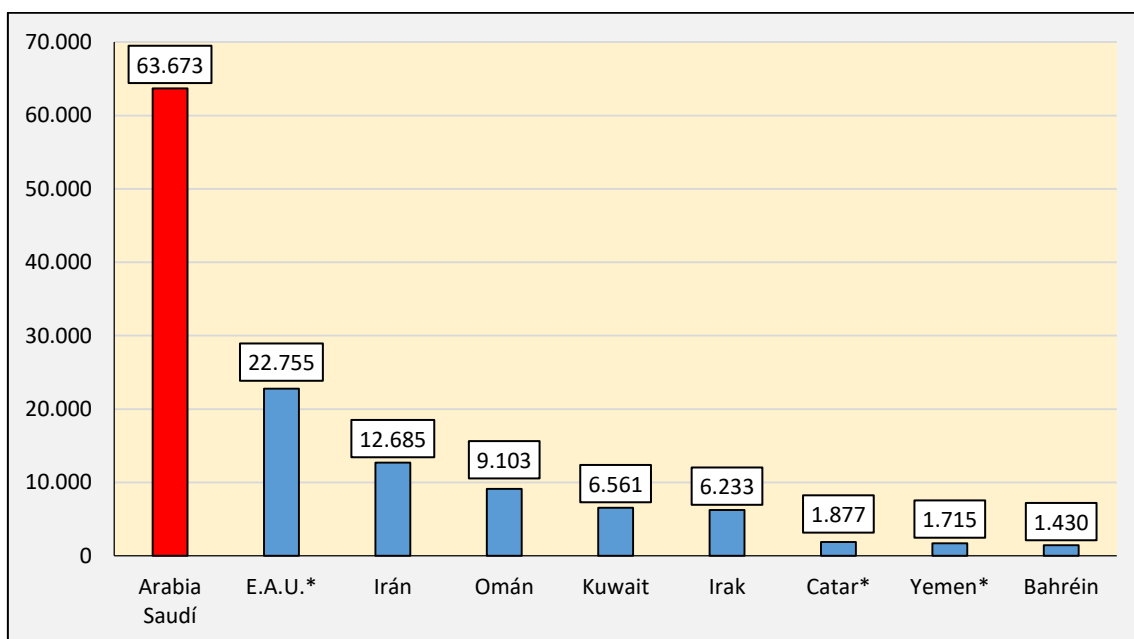
Kuwait y E.A.U. son casos excepcionales dentro de las dinámicas locales. Los kuwaitíes están en una posición interna y externa incómoda y comprometida. Hacen frontera con el siempre conflictivo Irak y con Irán. Un porcentaje importante de su población es chiita, aproximadamente un 30%, pero se mantiene por el momento una convivencia tranquila. Desde la invasión en 1991 su defensa ha quedado a cargo de EE.UU., quien tiene cerca de 15 mil soldados establecidos allí (Brown y Gould, 2017). Según *2017 Index of U.S. Military Strength*, es el país de la zona con más tropas americanas desplegadas, incluso por encima de Irak (aprox. 6 mil). Sin embargo, aprovechando la bonanza económica, gracias a la producción de petróleo, también está emprendiendo inversiones en el campo militar para mejorar su autonomía.

E.A.U. es el segundo país que mayor gasto militar realizó en el año 2016, con 22.755 millones de dólares. La estrategia de defensa liga tres elementos: A) alianza con EE.UU.; B) autonomía militar y política y C) alineación con la estrategia saudita. Como la mayoría de Estados árabes de la región, la federación de Emiratos mantiene una estrecha asociación económica y de seguridad con la potencia de EE.UU. Esta bilateralidad persiste intacta, a pesar de las circunstancias regionales, y no está siendo impedimento para potenciar sus propias fuerzas militares. Este Estado es uno de los países que más inversiones realiza en recursos defensivos del Golfo, buscando mayor autonomía y posibilidades de actuar en distintos escenarios de Oriente Medio.

La independencia que quiere ejercer en su política exterior, concuerda con las acciones de Arabia Saudí. Los emiratíes trabajaron conjuntamente con los sauditas en Bahréin, en el Magreb en Libia o y actualmente en Yemen. No significa que estén cayendo en una subordinación, sino que la línea saudita es análoga a sus propios intereses. Para E.A.U. la principal inseguridad externa es Irán (Davidson, 2011, pp. 103-105), entre otras cosas, porque mantiene con aquel régimen una disputa por la soberanía de las islas de Abu Masa, Tumb Mayor y Tumb Menor.

Irak y Yemen no están entre los países con mayor gasto militar en el Golfo. Desde la derrota en 1991 y el bloque internacional durante más de una década, el ejército iraquí quedó diezmado y más aún tras 2003. Su defensa comienza a reconstruirse lentamente, pero dejando atrás sus aspiraciones más belicistas y abogando por una política regional más conciliadora con sus vecinos (Al-Marashi, 2011, pp. 124-126). Por su parte, las Fuerzas Armadas yemeníes quedaron diseminadas entre quienes apoyan a Saleh o al-Hadi desde 2012. Estos últimos son respaldados por la coalición internacional liderada por Arabia Saudí, enfrentándose directamente a los hutíes.

Gráfico 26: Gasto militar en el Golfo en 2016 (millones \$)



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de www.sipri.org. *últimos datos sobre gasto militar de Catar, Yemen y E.A.U. de 2010 y 2014.

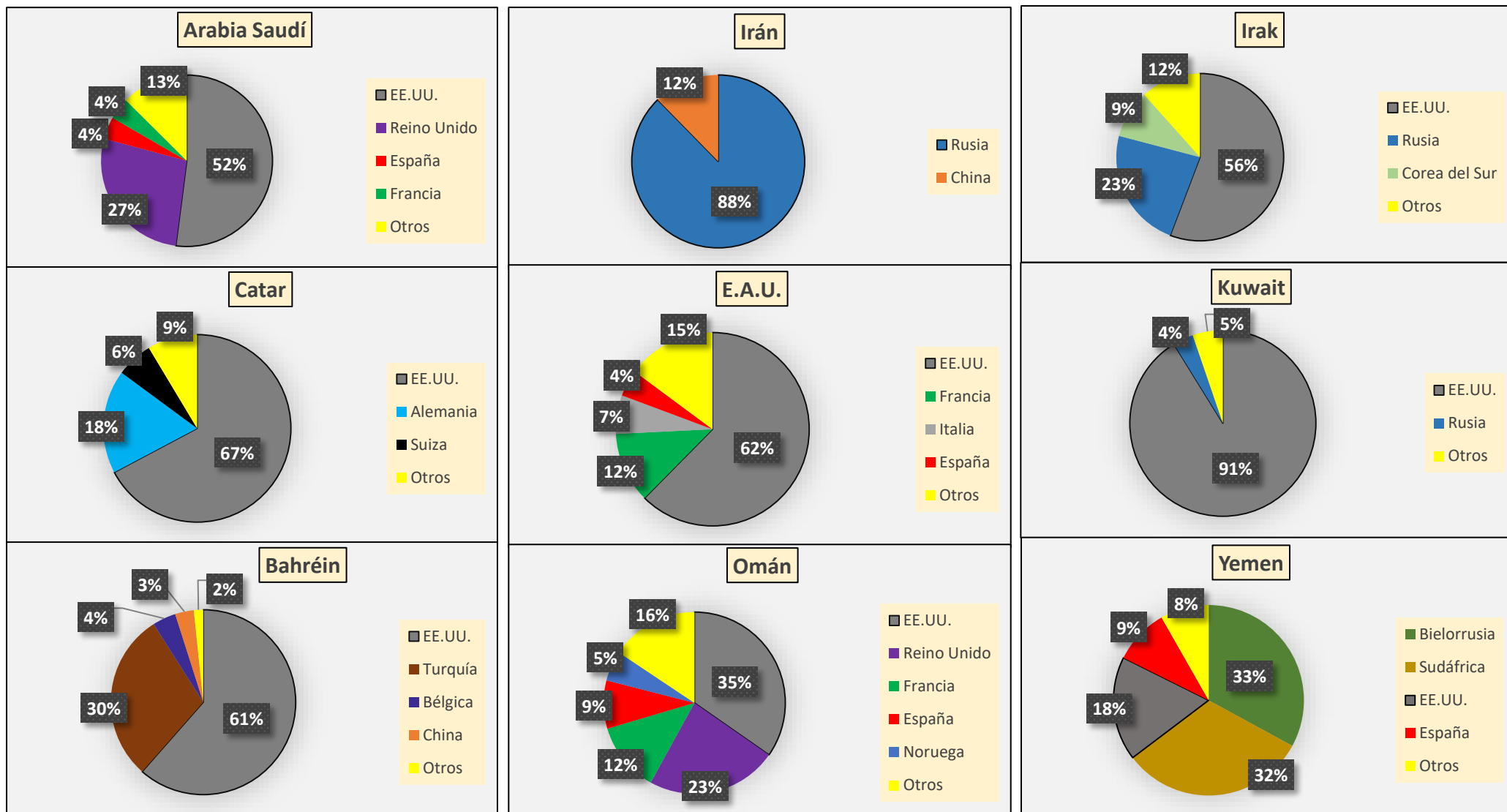
En la particular carrera armamentística regional, el Estado saudita destaca notoriamente por encima del resto y de su principal competidor iraní. Los deseos por aumentar su autosuficiencia y autonomía en este ámbito, reduciendo su dependencia de terceros, se están traduciendo en mayores presupuestos para defensa. EE.UU. y los países europeos son los principales suministradores de armamento militar para el reino saudita y el resto emiratos del Golfo. Solamente Irán y, en menor medida, Yemen e Irak tienen otros socios que no son ni europeos occidentales y ni la potencia estadounidense. Por el momento, la renovación y ampliación de las estructuras de defensa se está realizando a través de la compra constante a proveedores extranjeros, sin apostar por el establecimiento de industrias nacionales más sólidas.

Las tensiones históricas con Washington y la reciente crisis por el programa nuclear, con las consiguientes sanciones internacionales, provocaron que la mayor parte de las compras realizadas por Irán para sus equipos de defensa procedan de Rusia (88%) y China (12%). Irak es otro Estado del Golfo que también tiene vínculos comerciales con Rusia para armamento, si bien es cierto que la mayoría de sus suministros proceden de EE.UU. (56%), Rusia es el segundo principal proveedor (23%) y Corea del Sur el tercero (9%). En el caso del país yemení, que se encuentra inmerso en una cruenta guerra desde 2015, los proveedores son principalmente cuatro: Bielorrusia (33%), Sudáfrica (32%), EE.UU. (12%) y España (9%).

Según los estudios de Stocholm International Peace Research Institute (SIPRI), los cuatro grandes importadores de armamento militar a Arabia Saudí son EE.UU. (52%) y tres Estados europeos: Reino Unido (24%), Francia y España (4% ambos). A pesar de las divergencias con la Administración Obama, la relación en estos términos entre estadounidenses y sauditas está siendo inquebrantable. Washington destaca claramente como el principal proveedor entre los miembros del CCG, pero eso no es óbice para que también haya terceros países con intereses en estos mercados. Rusia, China o Turquía tienen una pequeña presencia, por ejemplo, en Kuwait el 91% de los equipos proceden de EE.UU. y el 4% de Rusia. En Bahrein el 60% es de EE.UU., Turquía el 30%, Bélgica 4% y China tan solo el 3%.

En Omán, E.A.U. y Catar existe un dominio claro de armamento estadounidense y europeo. La unión de Emiratos es el segundo país que más gasto en defensa está realizando en el Golfo, el 62% de su armamento militar procede de EE.UU., Francia 12%, Italia 7% y España 4%. El sultanato de Omán a pesar de tener un perfil bajo en las disputas regionales, es el cuarto país de la zona con mayor gasto en defensa, cuyos equipos proceden de EE.UU. (35%), Reino Unido (23%), Francia (12%), España (9%) y Noruega (5%). El gasto en defensa de Catar no está en consonancia con su alta actividad en las crisis regionales de los últimos años. La procedencia de sus equipos es básicamente estadounidense (67%) y alemana (18%). Sus inversiones en este campo quedan mucho más atrás que las emprendidas por la mayoría de vecinos.

Gráfico 27: Principales países exportadores de armamento militar al Golfo (2012-2016)



Fuente: Elaboración propia a partir de International Transfers of major weapons 2012-2016. SIPRI Arms Transfers Database (20 Feb 2017)

4.2.2. La estructura de seguridad y defensa saudita

Desde la creación del Estado saudita, la preocupación del monarca fundador Abdulaziz fue la de fortalecer su autoridad tanto dentro como fuera de sus fronteras. Las tres instituciones más relevantes del Gobierno a lo largo de este tiempo han sido los ministerios de Interior, Defensa y Guardia Nacional. Este último fue creado exclusivamente para mantener la seguridad y estabilidad dentro del reino, trabajando conjuntamente para este propósito con los cuerpos del Ministerio de Interior y la policía religiosa. Curiosamente tiene su propia cartera ministerial, independiente de otros organismos gubernamentales, lo que refleja la importancia que se le da desde la Casa de Saud a esta institución y su capacidad para preservar el orden interno.

La pervivencia en el tiempo de regímenes como las monarquías del Golfo, únicamente se puede conseguir gracias a la construcción de Estados surgidos de combinar elementos socioculturales y políticos coercitivos (Sika, 2014, pp. 74-76). En Arabia Saudí, el peso de la religión como herramienta legitimadora y los pactos con las principales tribus del país, permiten un reparto consensuado del poder dentro del reino. Por otro lado, la riqueza generada del petróleo y gas ha sido monopolizada por el Estado y distribuida de manera clientelar entre la población. Finalmente, el establecimiento de componentes netamente coercitivos, a través de extensos aparatos de seguridad, centrados en controlar y sancionar cualquier oposición.

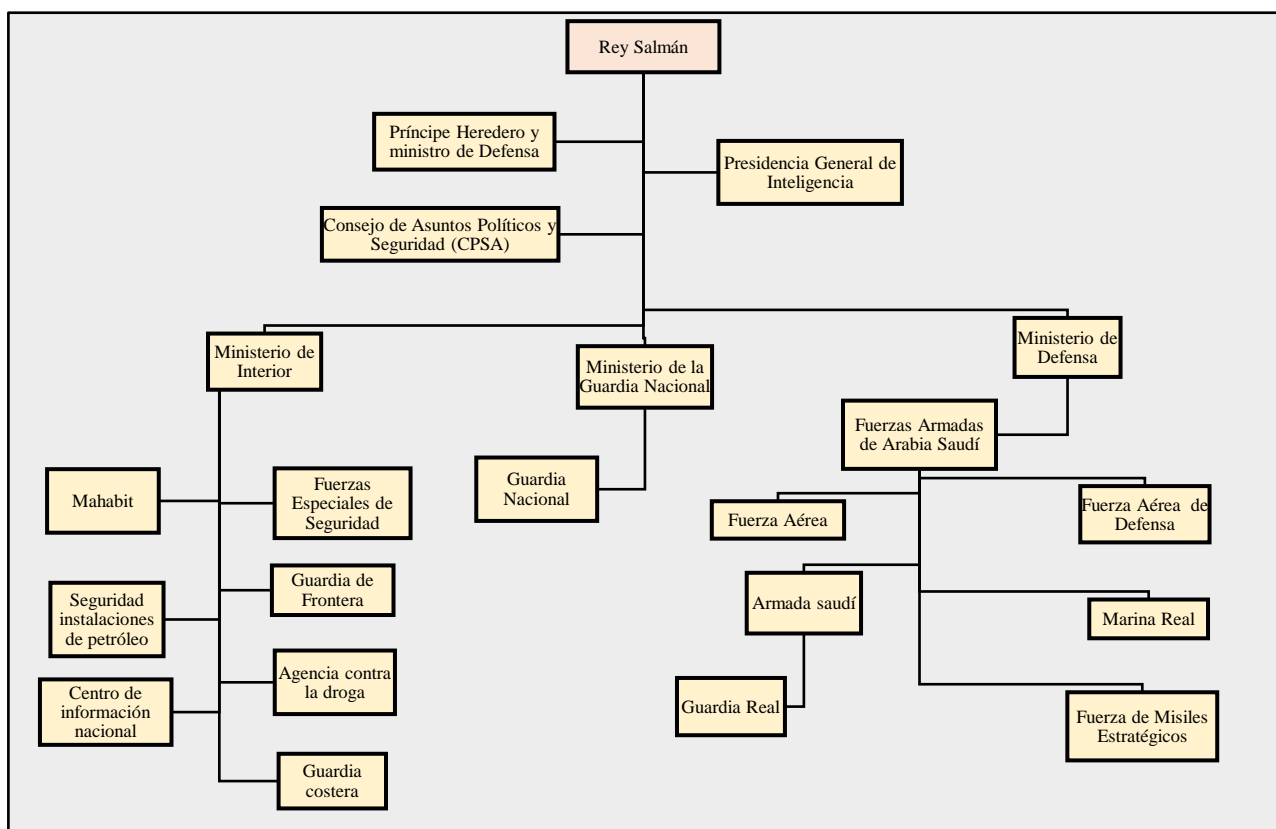
La Guardia Nacional está encargada de la seguridad interior bifurcando dicho fin en dos cometidos fundamentales: A) el control efectivo del territorio por parte del Gobierno central y B) la contención de movimientos populares (Riedel, 2015). Desde un reino que surgía de alianzas y batallas tribales, la Guardia Nacional tiene un apéndice fundamental para hacer llegar los mandatos del rey a toda la nación y, principalmente, evitar que cualquier tensión pueda extenderse a todas las provincias o provocar el desmembramiento del Estado. Hasta los años sesenta actuó como guardia real o brazo militar de la familia Saud, heredero directo de la milicia creada por Abdulaziz a principios del siglo XX en el proceso de reunificación.

El ascenso del rey Faisal al trono en detrimento de su hermano Saúd, tuvo como uno de los soportes vitales el respaldo de la Guardia Nacional, que por aquel entonces actuaba como el cuerpo militar más significativo. Esta institución ha ido ampliándose notablemente durante todas estas décadas, constituyéndose en una fuerza de más 100.000 miembros repartidos por toda Arabia Saudí, con una labor paralela a la de las Fuerzas Armadas (Cordesman, 2009, pp. 176-180). Ahora la seguridad del monarca y sus familiares recae sobre la Guardia Real, que se encuentra asignada dentro del Ministerio de Defensa y es parte de la Armada Saudí. Al frente de la misma como ocurre con los otros dos ministerios, siempre está un miembro del clan, reflejo de que aún prima la lógica de que la seguridad y defensa son vitales para que el apellido Saud por lo que la dirección de estos cuerpos solo puede recaer en personas de la máxima confianza del rey.

En 2015 el rey Salmán nombró como ministro de Interior y vicepresidente del gobierno a su sobrino Mohammed bin Nayef. Sin embargo, el príncipe solo estuvo en el cargo dos años, hasta que en junio de 2017 fue destituido y su cargo al frente de la seguridad interior lo ocupó Abdulaziz bin Saud bin Nayef, un familiar más cercano al príncipe Mohammed bin Salman. El ministro de Interior tiene la responsabilidad directa de la seguridad en las ciudades y pueblos de todo el país, así como de infraestructuras sensibles tales como aeropuertos, puertos e instalaciones de petróleo y gas. Dentro de esta cartera existen diferentes organismos, donde destacan la guardia de fronteras, la policía del reino, un cuerpo policial para la seguridad de instalaciones de petróleo, fuerzas especiales y de intervención o una agencia contra la droga.

Los servicios de inteligencia en Arabia Saudí se encuentran sumidos en una entidad aparte, que no pertenece ni al Ministerio de Interior ni al de Defensa, y que solo responde directamente ante el rey. La Presidencia General de Inteligencia es la agencia dedicada a la obtención de información sensible para la seguridad y defensa del reino actuando en el exterior. Mientras el Servicio General de Seguridad o “Mahabit”, dependiente del Ministerio de Interior, se dedica a operaciones de inteligencia dentro del país. Estas agencias tienen un largo recorrido de cooperación con las organizaciones de inteligencia estadounidenses y más recientemente con servicios occidentales y de otros países vecinos (Cordesman y Al-Rodhan, 2007, pp. 233-235). Este trabajo se ha visto intensificado en la última década debido al terrorismo yihadista y a los conflictos bélicos cercanos.

Gráfico 28: Estructura de Seguridad y Defensa de Arabia Saudí



Fuente: Elaboración propia a partir de Cordesman y Obaid, 2005

La inteligencia saudita comenzó a tener un papel destacado durante las operaciones de muyahidines en Afganistán en los ochenta, posteriormente en la intervención conjunta con Washington en la guerra del Golfo de 1991 o para el apoyo a formaciones religiosas afines en el extranjero. A partir del 11 de septiembre de 2001 y, con el auge del yihadismo, se le ha puesto en entredicho, por posibles vínculos con grupos salafistas y radicales. El estallido de la primavera árabe, como a la mayor parte de servicios de inteligencia del mundo, dejó en evidencia por su falta de previsión. Ha estado encargada de gestionar la estrategia seguida para Libia, Egipto o en la guerra de Siria (Kerr, 2014). Su significación dentro del organigrama institucional y su relación directa con el rey, le coloca en una posición clave para la seguridad del reino y la monarquía.

Desde el año 2014 está a cargo de esta agencia un general de carrera, Youssef bin Ali Al Idrisi. Este nombramiento representó un hecho excepcional dentro de la política saudita. Uno de los mayores puestos de responsabilidad en materia de seguridad y defensa ha recaído en alguien que no es miembro de la realeza. Su llegada al cargo viene precedida de la controvertida salida del príncipe Bandar bin Sultán en abril de ese mismo año (Black, 2014). Durante décadas Bandar había sido una figura esencial en el círculo más próximo del Gobierno, representante de la vertiente del clan Saud favorable a seguir las tesis estadounidenses. Acumulando un gran poder e influencia sobre la política exterior y de seguridad. Su marcha en el final del reinado de Abdalá fue achacada a las críticas dentro del propio clan por las decisiones tomadas en Siria y Yemen.

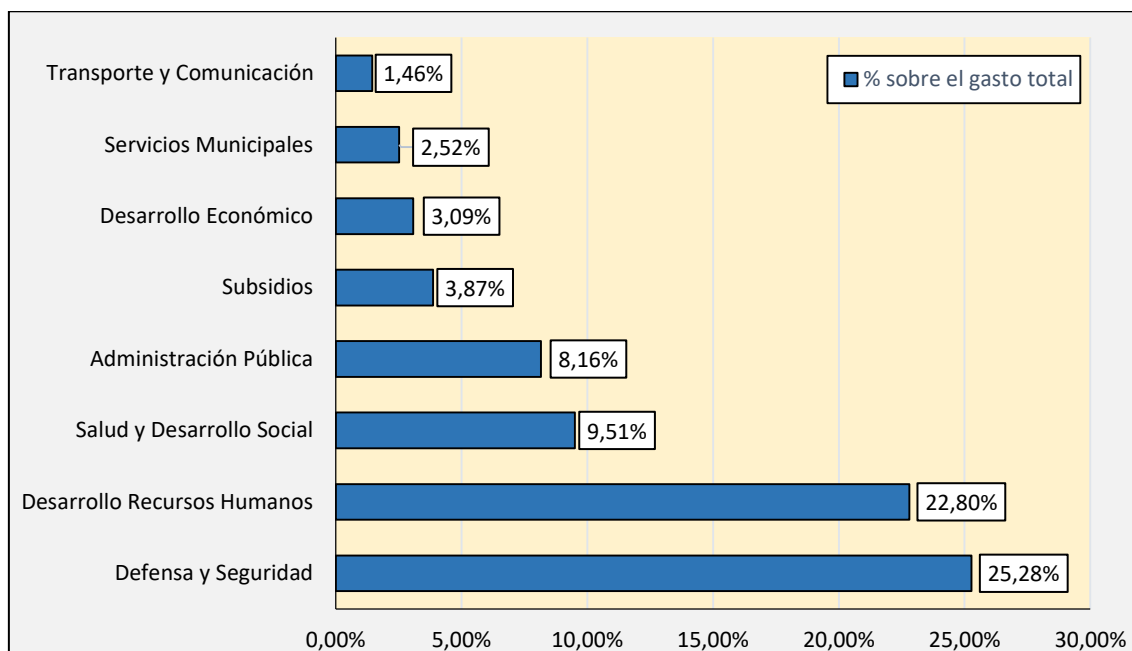
Los ministerios de Interior, Defensa y la Presidencia General de Inteligencia son las instituciones básicas a través de las cuales se ejecutan los objetivos nacionales. El control sobre ellos es tema habitual de desavenencias entre las diferentes facciones dentro de la dinastía. Su organización ha estado siempre en manos de la familia real (Cordesman, 2003b, pp.44-48). Estos ministerios son el vínculo directo entre el Jefe del Estado y las Fuerzas Armadas, Guardia Nacional o servicios secretos. Sus encargados pueden condicionar el diseño de las estrategias nacionales.

En la distribución del poder entre la rama al-Wahab y la Saud, que constituyen los pilares sobre los que se asienta el régimen, los líderes wahabitas tienen amplias competencias sobre la religión, la interpretación y aplicación de la justicia, el sistema educativo y el adoctrinamiento de la población. Los miembros de la familia real centran sus ocupaciones en dirigir las principales corporaciones económicas del país, las instituciones políticas y los medios de seguridad y defensa. El papel de las Fuerzas Armadas o la Guardia Nacional son vitales para la supervivencia del régimen. Quienes los encabezan son aquellos llamados a ser los sucesores a la corona.

Con el boom del petróleo de los años setenta, la Guardia Nacional y el Ministerio de Defensa vieron ampliadas enormemente sus partidas presupuestarias (Hertog, 2011, pp. 87-89). Desde entonces, las Fuerzas Armadas son uno de los destinos que más recursos estatales recibe. Actualmente esta tendencia es más evidente, teniendo en cuenta que el reino se encuentra inmerso

en un proceso de modernización de sus ejércitos. El Ministerio de Defensa actúa con una gran autonomía gracias a su amplia estructura, que llega a representarse como un estado dentro del propio Estado. Como el Gobierno saudita no funciona como un órgano colegiado, las decisiones sobre defensa se deciden directamente entre el rey y el ministro.

Gráfico 29: Principales partidas de gasto del presupuesto gubernamental en 2016



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de www.sama.gov.sa

El Ministerio de Defensa tiene a su cargo las Fuerzas Armadas, que están constituidas por seis cuerpos: 1) la Armada; 2) la Marina Real; 3) la Real Fuerza Aérea; 4) Real Fuerza Aérea de Defensa, que está separada de la primera y asegura la defensa del aire desde tierra; 5) la Real Fuerza de Misiles Estratégicos y 6) La Guardia Real, incorporada desde los setenta a las Fuerzas Armadas para la protección del rey y la familia real. Según los datos desprendidos por *The military balance 2015*, publicado por el *International Institute for Strategic Security (IISS)*, la Armada tendría aproximadamente 75.000 personas, Marina Real 13.500, Fuerza Aérea 20.000, Fuerza Aérea Defensiva 16.000, Fuerza de Misiles Estratégicos 2.5000, a los que se sumarían aproximadamente más de 100.000 miembros de la Guardia Nacional.

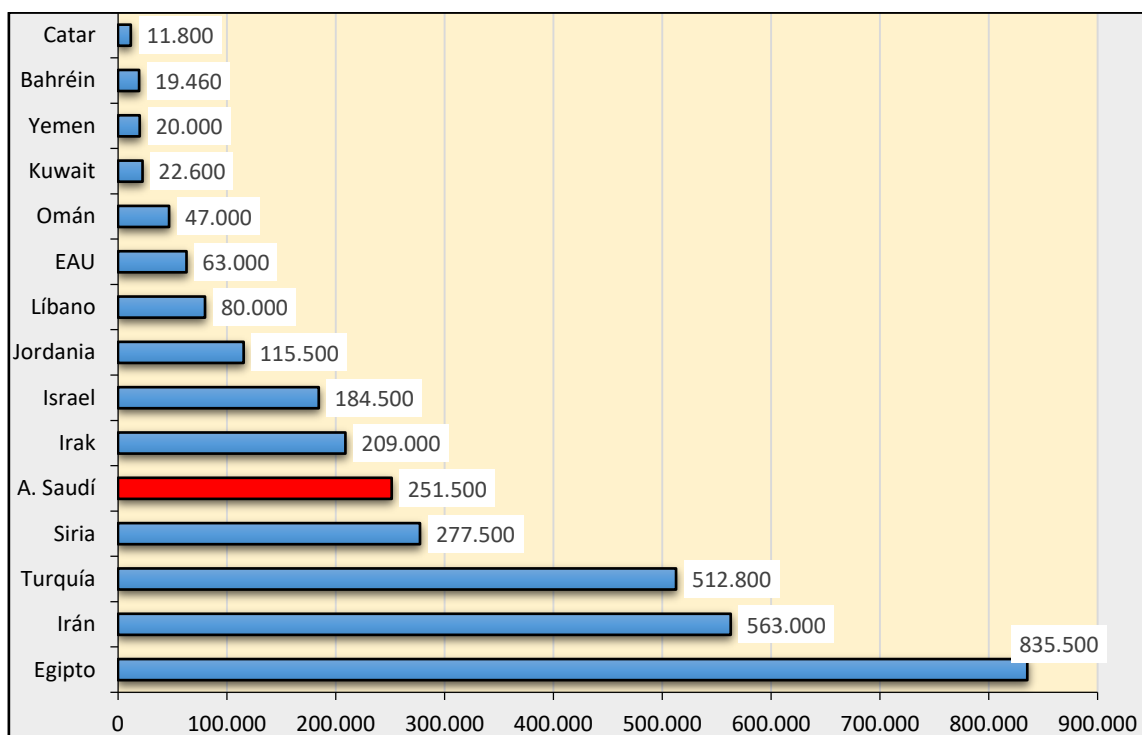
La revolución iraní de 1979 y la guerra del Golfo de 1991 son dos momentos cruciales, tras los cuales Arabia Saudí replantea sus estrategias de seguridad y defensa. Derivado del primero los sauditas promoverán la constitución del CCG, con el propósito de ampliar la colaboración entre emiratos e impulsar la defensa colectiva (Niblock, 2006, pp. 145-147). Aunque su funcionalidad no ha pasado de lo económico. El segundo hecho provocará que Riad se preocupe mucho más por su propia defensa, hasta el momento ese asunto estuvo en la práctica bajo la asistencia de los estadounidenses. Para principios de los noventa, los sauditas aún no tenían habían las fuerzas suficientes para hacer frente a amenazas directas como un posible ataque de un Estado vecino.

Si aquellos hechos precipitaron una transformación en los planes de defensa, los ataques terroristas entre 2003 y 2004 implicarán profundas modificaciones en la gobernanza de las estructuras de defensa y seguridad (Cordesman y Obaid, 2005, pp. 155-158). Las decisiones en las altas esferas estuvieron marcadas por el consenso entre las figuras más destacadas de los Saud, que asesoraban directamente al rey. Sin embargo, las deficiencias en lucha contraterrorista reflejaron serios problemas de coordinación a distintos niveles institucionales. El rey Abdalá puso en marcha reestructuraciones internas, que mejorarán la efectividad de todas las administraciones, desde los ministerios y agencias de inteligencia hasta las autoridades locales.

Los acontecimientos ocurridos en el último lustro están obligando a Arabia Saudí a diversificar sus objetivos dentro del campo de la seguridad y defensa. La construcción de los nuevos márgenes de seguridad pasa por la inversión en el campo militar (Saab, 2014, pp. 9-10), que refuerce a las Fuerzas Armadas y otras instituciones como la Guardia Nacional. Se piensa no solo en términos de acciones defensivas, sino también en intervención directa sobre puntos sensibles de la región.

Arabia Saudí es el quinto país de la zona (incluyendo Turquía) con más personal de Fuerzas Armadas en 2015, solamente superado por Egipto, Irán, Turquía y Siria. La nación saudita cuenta con una población próxima a los 30 millones de habitantes, mientras que países como Egipto (aprox. 95 millones), Irán (aprox. 80 millones) o Turquía (aprox. 79 millones) tienen poblaciones mucho más numerosas. Además, los egipcios, turcos o iraníes tienen una tradición militar más amplia que la saudita y en ellos el ejército sigue ocupando un espacio central en la política interna.

Gráfico 30: Personal destinado a las Fuerzas Armadas en Oriente Medio en 2015



Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Banco Mundial

En enero de 2015, con tan solo 31 años, Mohammed bin Salman asumía la cartera del Ministerio de Defensa y la Secretaría General de la Corte Real. Además a los pocos meses recaía sobre él la presidencia del recién constituido Consejo de Asuntos de Economía y Desarrollo. En lo relativo a las Fuerzas Armadas, el príncipe heredero está ampliando el trabajo realizado por su antecesor en el cargo, su padre Salmán, en una apuesta decidida por ampliar las capacidades militares. Esta urgencia se hizo más notoria desde 2011, bajo un panorama sacudido por las revueltas y conflictos en la mayoría de enclaves colindantes. La intervención realizada en Yemen desde marzo de 2015 (Núñez, 2015), bautizada Operación Tormenta Decisiva, expone las intenciones del joven líder de utilizar todos los medios necesarios para salvaguardar los intereses nacionales.

El rey Salmán y su hijo Mohammed bin Salman son de la rama de los Saud partidarios de mostrar un perfil más activo en el escenario regional. Empleando para ello todos los medios que sean necesarios. En paralelo a la primavera árabe y los conflictos posteriores, existía el temor de que si los avances del programa nuclear iraní hubieran culminado (Lippman, 2008), los sauditas se hubieran decantado por la provisión de las armas nucleares. Esa posibilidad por ahora está descartada. Sin embargo, no hay duda de que si finalmente los iraníes se hicieran con ese tipo de armamento, se asistiría a una peligrosa carrera nuclear en el Golfo.

El acercamiento de las potencias extranjeras con Irán y el pragmatismo en política exterior propuesta por Rouhaní (Adebahr, 2014, pp. 17-19), que deja atrás el periodo de enfrentamiento de Ahmadineyad, redujo aparentemente los márgenes de inseguridad sobre el programa nuclear. En los últimos meses de la Administración Obama se propició un clima de mayor confianza entre Irán, EE.UU. y Europa, pero el nerviosismo creció entre los sauditas y otros Estados cercanos. Las pretensiones de Arabia Saudí son las de reforzar sus fuerzas militares y contener el empuje iraní. El esfuerzo de Arabia Saudí por mejorar capacidades de seguridad y defensa se traduce en una de las Fuerzas Armadas mejor equipadas de todo Oriente Medio. Según *Firepower Index* tanto medios del Ejército de Tierra como del Ejército del Aire, el reino saudita posee una clara ventaja sobre el resto de Estados del Golfo, incluida la potencia iraní. Solamente en fuerzas navales la marina de la República Islámica de Irán tiene recursos más poderosos.

Las Fuerzas Armadas de sauditas e iraníes son superiores al resto de Estados de la zona por número y medios a su disposición. E.A.U. es el tercer país que, destacada últimamente por sus inversiones en defensa, incluso por delante de Irak, que todavía sufre episodios de violencia interna, y Yemen, que se encuentra en pleno conflicto civil desde 2014. Bahreín es el país con unos cuerpos militares claramente inferiores al resto, lo que le hace enormemente dependiente de la asistencia exterior. Entre los miembros del CCG se observa una tendencia común: son más numerosos los equipos y medios destinados a las Fuerzas Áreas y Terrestres que para los cuerpos navales. Este fenómeno se explica en parte por la considerable presencia de la V Flota estadounidense en las costas del Golfo, que sigue aun asegurando la defensa de sus aliados locales.

Tabla 3: Principales capacidades militares en el Golfo (2016-2017)

Tipo de Fuerzas (Número de cada dispositivo)		Arabia Saudí	Irán	Irak	Kuwait	E.A.U.	Catar	Bahréin	Omán	Yemen
Fuerzas Aéreas	Aeronaves	790	477	151	106	536	98	102	116	169
	Aviones de combate	177	137	13	27	104	9	25	17	77
	Aviones de ataque	245	137	15	27	96	15	25	27	77
	Aviones de transporte	221	203	93	31	209	53	28	55	56
	Aviones de entrenamiento	243	79	61	28	167	28	29	27	21
	Helicópteros	227	126	161	43	203	43	62	50	61
	Helicópteros de ataque	21	12	32	16	30	0	22	0	14
Fuerzas Terrestres	Tanques de combate	1.142	1.616	301	368	464	92	180	117	826
	Vehículos blindados de combate	5.472	1.315	5.173	861	2.204	464	277	950	3.007
	Artillería autopropulsada	524	320	103	98	177	24	13	15	25
	Artillería remolcada	432	2.078	136	0	105	12	26	168	280
	Proyectores de cohetes	322	1.4744	59	27	54	21	9	12	423
Fuerzas Navales	Naves	55	398	60	38	75	80	39	16	30
	Fragatas	7	5	0	0	0	0	1	0	0
	Corbetas	4	3	0	0	2	0	0	5	2
	Submarinos	0	33	0	0	0	0	0	0	0
	Patrulleros	11	230	23	106	12	69	10	8	23
	Buques de mina marina	3	10	0	0	2	0	0	0	3

Fuente: Elaboración propia a partir de Firepower Index 2017

Capítulo V

Principales amenazas y oportunidades tras la primavera árabe

Arabia Saudí siempre es proclive a mantener la estabilidad en la región porque considera que cualquier cambio que se produzca en su entorno traerá consigo inevitables alteraciones en su modelo interno. El Estado saudita está asentado en una monarquía absolutista apoyada en el fuerte seguimiento a una doctrina religiosa y en la práctica de hábitos sociales heredados del pasado tribal. Por tanto, el poder de los Saud resistirá mientras estas frágiles composiciones no se vean afectadas por ningún agente o hecho extraño. A lo largo de la segunda mitad del siglo XX y principios del nuevo milenio la nación saudita ha estado sometida a numerosas tensiones, que condicionan la manera de gobernar su territorio y relacionarse internacionalmente.

Existen cinco intereses nacionales básicos sobre los que se apoya el comportamiento político de este Estado tanto dentro como fuera de sus fronteras. Esos pilares fueron durante décadas complementados con unos objetivos regionales precisos, que fueron guiando sus aspiraciones en el complejo ambiente de Oriente Medio. La primavera árabe y todos los hechos que ocurrieron posteriormente en los cinco años subsiguientes obligaron a los sauditas a replantearse seriamente algunas de sus premisas. Este debate aunque no fue discutido públicamente por los jefes del país, sí que se está manifestando en la forma divergente de plantear el rol saudita en la región por parte de los dos monarcas que han ocupado el cargo.

La política regional a lo largo del período comprendido entre 2011 y 2016 no siempre evolucionó al mismo ritmo que los acontecimientos. Las principales discrepancias en el seno del gabinete real estuvieron en cómo gestionar el horizonte regional, debatiendo el rol de Arabia Saudí en cada una de las dinámicas abiertas. Con la llegada al trono del rey Salmán en enero de 2015, se reafirma la postura de aquellos que defienden reactivar el papel regional de la monarquía. Los intereses nacionales y los objetivos primarios en política exterior son inmutables para los Saud. Sin embargo, las transformaciones de estos últimos años obligan a los sauditas a replantearse los medios por los cuáles deben asegurar y lograr dichos propósitos.

El Estado saudita se está encontrando numerosos obstáculos e imprevistos, que dificultan más que nunca la consecución de sus objetivos regionales. En términos generales, los efectos de la primavera árabe representan más un conjunto de amenazas y peligros que posibles ventajas. No obstante, las brechas surgidas en algunos países de alrededor también proporcionan ventanas de posibilidades para ampliar su presencia en algunos campos, contrarrestando el crecimiento de su máximo competidor iraní. Esta fase de la historia de la política regional saudita simboliza los problemas de un poderoso actor estatal para adaptarse a los nuevos tiempos. Desubicado ante unas circunstancias que no son deseadas y ni es capaz de gestionar correctamente.

5.1. La interpretación saudita de la primavera árabe

La primavera árabe y el cúmulo de fenómenos derivados fueron de tal magnitud y virulencia, que evidenciaron el deterioro de hegemonía saudita por primera vez en mucho tiempo. Cada conflicto y tensión que ha surgido en estos años supone para los dirigentes Saud un frente más donde tener que luchar por mantener su liderazgo. Al contrario de lo que sucedió en épocas pasadas, esta vez el Estado saudita no podía concentrarse solamente en un asunto o enemigo determinado, sino que eran varios los frentes de cambio que afectaban a distintas naciones del entorno. Las dinámicas de transformación surgidas venían a trastocar los pilares del orden regional. Este hecho acrecentó la percepción de temor en los Saud ante la posibilidad de perder el poder acumulado, lo que tendría efectos seguramente desastrosos dentro de su propio reino.

La reacción a las revueltas árabes no fue del todo inusual, más bien se correspondió a lo esperado por parte de un Estado como el saudita. Como sucedió con anteriores crisis y conflictos en décadas pasadas, Riad decidió tomar una actitud precavida y defensiva ante las crisis que comenzaban a resquebrajar el mapa de Oriente Medio. Pero esta estrategia se mostró poco eficaz ante la dimensión de los problemas, que tuvieron un calado mucho más profundo de lo imaginado inicialmente. En la visión saudita de la región se produce una variación sustancial del 2011 hasta ahora, que supone reconocer que el statu quo ha desaparecido. El Estado saudita tiene que hacer nuevos esfuerzos para no perder la posición hegemónica y definir un nuevo orden regional.

Arabia Saudí entiende la primavera desde una doble perspectiva, por un lado, comprendiendo que cada incidente tiene sus particularidades según el país o comunidad afectada, por otro lado, que todos estos hechos han tenido profundos efectos sobre su liderazgo. La controversia surge en la manera que el Gobierno debe hacer frente a todos estos contratiempos, sobre todo, si las revueltas llegasen a sus ciudades. En este sentido, el rey Salmán y su hijo Mohammed bin Salman plantean una política regional mucho más agresiva y beligerante que la realizada por el monarca Abdalá, con el propósito de reafirmar el poder local y frenar cualquier atisbo de cambio, que pudiera menoscabar el dominio de los Saud en Oriente Medio.

La actitud de los sauditas es habitualmente reactiva y reservada ante las vicisitudes de su entorno. Nunca ha sido un Estado que destacara por la contundencia de sus acciones o por tomar un papel activo en las tensiones locales. Era un líder que abogaba por preservar su imagen, evitando los enfrentamientos directos. Se valía más de sus cualidades de disuasión y coacción que de sus capacidades de acción tanto en el ámbito interno como en el externo. Desde 2015 este comportamiento está empezando a ser modificado desde el propio Gobierno. Arabia Saudí ya no espera a que los hechos sucedan para dar su respuesta. Quiere recuperar la iniciativa y alimentar alteraciones en aquellos aspectos donde le interesan. Si el mapa político de Oriente Medio está transformándose, los sauditas intentan que sea siempre acorde con sus objetivos.

5.1.1. Los rasgos esenciales de las revueltas árabes

La primavera árabe puso de relieve que: 1) cualquier acontecimiento que surja en un país puede tener rápidamente un alcance regional; 2) la sociedad civil se ha convertido en un elemento determinante en dinámicas estatales y regionales; 3) crecen las reivindicaciones con aspiraciones democráticas; 4) persisten fuerzas fundamentalistas que abogan por modelos sociales y políticos basados en interpretaciones estrictas del islam; 5) el sectarismo se muestra una vez más como el discurso con mayor capacidad de movilización; 6) la represión y coerción ya no garantizan a los regímenes poder frenar las exigencias de la ciudadanía y pueden inducir a ciclos de mayor violencia; 7) la complejidad de los problemas genera una creciente interdependencia entre los Estados y una mayor intromisión en asuntos internos; 8) Oriente Medio se encuentra en un proceso de transición, donde se están redefiniendo los roles y alianzas.

1) La región llevaba un tiempo estancada en temas recurrentes como el conflicto palestino, el programa nuclear iraní o la inestabilidad en Líbano, a lo que también habría que sumar los problemas internos de Irak tras 2003 (Zéraoui, 2009, pp. 23-24). La evolución dispar de la primavera árabe da lugar a una agenda regional mucho más enrevesada, con la guerra en Siria y Yemen, el auge del terrorismo y la expansión territorial del Daesh y Al Qaeda, más la disputa hegemónica entre Arabia Saudí e Irán. Este volátil contexto presiona a los dignatarios sauditas a elaborar unas vías de actuación distintas a las empleadas hasta entonces, ya que un nuevo foco de inestabilidad puede desencadenar nuevos episodios de violencia en todo Oriente Medio.

Este especial enclave geopolítico está constituido frágilmente por piezas que se condicionan y se presionan unas a otras. La primavera árabe pone de relieve que cualquier incidente interno puede traspasar las fronteras y afectar a varios países a la vez. Ningún Gobierno puede pretender quedar aislado de lo que ocurre en su entorno. Arabia Saudí no puede escoger despreocuparse o infravalorar la importancia de ningún problema que estalle en el Magreb o en Oriente Medio. Es un proceso bidireccional, por un lado, los acontecimientos que suceden en un país vecino tienen efectos dentro de la política saudita, por otro lado, las dinámicas internas del reino tienen sus consecuencias sobre el resto de los actores regionales debido a su papel de líder.

2) La sociedad civil se convierte en un factor importante en la evolución política de la región. Fue la protagonista de los levantamientos y sigue siendo el poso donde residen muchas de las causas aún no resueltas de las revueltas. La primavera árabe desacreditó la prototípica imagen que se tenía desde Occidente de los ciudadanos de estos países (Álvarez-Ossorio, 2011, pp. 108-109). A las poblaciones árabes se les presumía una limitada conciencia política y un escaso ánimo de contestación y protesta. Sin embargo, dieron muestras de un alto grado de movilización y resistencia frente al poder. Estos episodios marcan un antes y un después en la conciencia de muchos ciudadanos, que dejan de ser meros espectadores ante las disyuntivas políticas.

Lo ocurrido en Túnez, Libia o Yemen sirvió de ejemplo para muchos ciudadanos, que vieron cómo era posible hacer caer a dictadores. La mayor parte de estas movilizaciones se produjeron por el descontento social ante una clase dirigente incapaz de acabar con la desigualdad, el desempleo, la pobreza y la enquistada corrupción de los aparatos estatales (Conde, 2012). Estos puntos persisten en la mayoría de los países, mientras los Gobiernos continúan tomando las mismas salidas –represión y subsidios-. Esta situación puede inducir a que antes o después muchos civiles vuelvan a salir a las calles reclamando verdaderas respuestas. La primavera árabe es la expresión de la ruptura del pacto social entre la ciudadanía, que ya no está dispuesta a renunciar a sus derechos, y los gobernantes, que ya no garantizan un mínimo nivel de bienestar.

3) Gran parte de la sociedad responsabiliza de sus graves problemas a unos gobernantes caracterizados por su autoritarismo e inmovilismo. Los dirigentes que se perpetuaron en el poder perdieron el apoyo de una gran parte de la población, que encontró en las ideas de democracia y mejora de los derechos y libertades individuales un programa político alternativo, que daba respuesta a muchas de sus demandas. La globalización ayuda a la difusión de nuevas ideas que, junto a la alta formación de las generaciones más jóvenes, está dando como resultado nuevas inquietudes políticas. Las críticas por problemas sociales y económicos están dando paso a demandas con un contenido ideológico creciente. Pero estas tendencias progresistas y liberales están chocando con la resistencia de casi todos los Gobiernos y la virulencia del fundamentalismo.

Los ecos de la primavera árabe en el territorio saudita tuvieron dos vertientes distinguidas, una fue la canalizada por redes sociales, páginas webs y diversos manifiestos, que promovían medidas aperturistas en el reino. Otra fue la protagonizada por los chiitas en el este del país. Los primeros fueron ciudadanos sin un elevado compromiso político anterior, que estaban cansados de la corrupción de la Administración pública, del desempleo o los bajos salarios. A estas vertientes, más bien esporádicas y escasamente partidistas, también se unieron algunas reivindicaciones de más calado, como la defensa de los derechos de la mujer o la reclamación de una reforma del modelo político, abogando por una monarquía constitucional (Murphy, 2012, pp. 58-61). No obstante, estas corrientes críticas nuevas no tuvieron una plasmación real en las calles.

En Arabia Saudí la censura se encargó de reducir el margen de maniobra de estos portales, eliminándolos o restringiendo el acceso. El llamado ‘día de la ira’, una convocatoria destinada a sacar a las calles a millares de sauditas descontentos con la gestión de sus políticos (Birnbaum, 2011), no tuvo ninguna transcendencia. Estas circunstancias evidenciaron las dificultades en la sociedad saudita para que un fenómeno como la primavera árabe alcance las dimensiones de otros países vecinos. Con todo ello, persisten reivindicaciones que no están siendo aún atendidas por el rey Salmán y su hijo Mohammed. Los ciudadanos están encontrando formas de organizarse, que vaticinan que seguirán presionando para que se produzcan cambios. Las generaciones más jóvenes están reclamando mayores espacios de participación política y social.

4) La primavera árabe y la inestabilidad subsiguiente motivaron que crecieran los segmentos de población que se acercaron a las propuestas del fundamentalismo. Desde que en la década de los ochenta se produce el ascenso de esta corriente islámica, gracias al ejemplo de la revolución iraní y de la guerra de Afganistán, las formaciones fundamentalistas han estado muy presentes en la evolución política de la mayoría de los países. Arabia Saudí es uno de los actores estatales que más ha velado por la proliferación de estas organizaciones, pese a que en los últimos tiempos esa radicalización está afectando a su propia seguridad (Al-Buluwi, 2014a). En este terreno religioso-político existe una amplia gama de facciones, desde las que se ciñen a dogmatizar sobre su visión del islam a otras que apelan directamente a la violencia y al terror sistemático.

Muchos Gobiernos de dentro y fuera de la región insisten en la corresponsabilidad saudita ante el auge del radicalismo y el terrorismo, ya que desde la llamada de muyahidines para el conflicto contra los soviéticos en territorio afgano, la monarquía saudita ha establecido un entramado de redes con organizaciones religiosas y políticas muchas de ellas de dudosa reputación. Esta estrategia únicamente fue cambiando en la última década, cuando los gobernantes sauditas percibieron que esa manera de actuar también era contraproducente para sus intereses. El fundamentalismo religioso, que ha estado presente antes y después de la primavera árabe, es un factor a tener en cuenta en la política exterior saudita. Este elemento es un poderoso condicionante dentro de la estrategia de Arabia Saudí para Oriente Medio.

5) La evolución de conflictos como el yemení o sirio, las tensiones hegemónicas entre Irán y Arabia Saudí o el ascenso del terrorismo ejemplifican que la identificación religiosa, étnica o incluso tribal todavía es el principal motor de movilización de las poblaciones de Oriente Medio. Los casos más evidentes de esta afirmación se plasman en lo acaecido en Bahréin, Yemen o Siria, donde lo que empezó siendo una contestación ciudadana ante injusticias sociales y políticas, se transformó rápidamente en una disputa primordialmente religiosa y sectaria (Rózsa, 2012, pp. 8-12). La región pasó de ser un escenario donde se discutía la idoneidad de los sistemas políticos autoritarios y las posibilidades de introducir reformas democráticas, hacia una retórica que vuelve a recurrir a las diferencias entre creyentes, etnias o clanes.

La familia real saudita sobresale en la labor de apaciguar el descontento social con una contranarrativa apoyada en la religión y en la entidad étnica. La idea esencial es la de penalizar toda disidencia o malestar recriminándolo como impropio de los preceptos del Corán y considerándolo una traición a la nación (Al-Rasheed, 2012), vinculando la fe en Dios a la lealtad hacia los gobernantes. Gracias a varios siglos de simbiótica coexistencia con el wahabismo, los Saud son expertos en enarbolar la bandera del sunnismo y en frenar a movimientos opositores entre sus súbditos y en el tablero regional, utilizando con propósitos políticos los dos recursos más arraigados entre las poblaciones árabes: la fe y la pertenencia a una comunidad.

La consigna religiosa y étnica tiene una fuerza considerable en su enfrentamiento con Irán, ya que es una disputa que se da más en un nivel discursivo que en la confrontación directa. Para la argumentación oficial saudita, la república iraní es un modelo social impropio para los habitantes de la zona, que queda lejos del imaginado Gobierno islámico ideal. Sobre los sauditas chiitas cae el peso de ser considerados oficialmente como una amenaza persistente para la estabilidad y seguridad de todo el país, son los bautizados como la quinta columna de las ambiciones iraníes por parte de medios y estamentos oficiales (Matthiesen, 2015a, pp. 213-14). Por esta razón, estos ciudadanos quedan habitualmente excluidos del sistema político y social saudita, lo que genera constantes tensiones con las autoridades del país.

6) Durante décadas se estimó que los Gobiernos autoritarios de Oriente Medio no tenían grandes dificultades en contener cualquier contestación social. Desde Occidente se percibía que era muy poco probable que se pudieran producir revueltas que pusieran en peligro la estabilidad de los regímenes. Empero, los servicios de inteligencia fueron incapaces de vaticinar la relevancia de las nuevas tecnologías, que favorecieron que los ciudadanos pudieran organizarse sin seguir los cauces políticos clásicos (Priego, 2011, pp. 83-85). Las multitudinarias manifestaciones pese a la violenta respuesta estatal, dejaron claro que algo estaba cambiando en la conciencia de estas poblaciones y que los aparatos de seguridad estatales no supieron prever ni resolver.

Un elemento crucial en la evolución de estas crisis es el papel jugado por el ejército. En Estados como Egipto, Siria o Yemen, las Fuerzas Armadas están en el centro del tablero político, controlando casi todas las esferas estatales (Bellín, 2004, pp. 148-149). Algunos líderes como los Al-Asad o Saleh habían patrimonializado el ejército, sirviéndose de él para cimentar su liderazgo personal. Cuando se producen los primeros estallidos populares todo parecía indicar que los militares actuarían como un elemento disuasorio y represivo más de los Gobiernos. No obstante, en 2011 se produce una brecha entre el dirigente y parte de los oficiales. La no intervención de los soldados egipcios en la plaza Tahrir, o bien, cuando miembros del ejército sirio se unieron a los rebeldes, establecieron precedentes únicos en la región. El ejército podría llegar a solidarizarse con las reivindicaciones sociales y desatender a las decisiones de los gobernantes.

Desde la constitución del Estado moderno de Arabia Saudí, la familia real se ha preocupado porque las fuerzas de seguridad y defensa recayeran en manos de miembros de la dinastía y de la máxima confianza del monarca (Fuller y Szayana, 2000, pp. 242-243). La primavera árabe reafirma la necesidad de tener controladas las Fuerzas Armadas, los servicios de inteligencia y la policía para tener una respuesta contundente ante cualquier incidente. Si bien tanto el rey Abdalá como su hermano Salmán utilizan la represión y coacción como primera herramienta ante la crítica, no es menos cierto que, siguiendo los pasos de su padre, han procurado granjearse el consentimiento de los súbditos con otras herramientas, como son el adoctrinamiento gracias a la religión y la asistencia y ayudas estatales derivadas de las rentas del petróleo.

Arabia Saudí recurre más al control del conocimiento y la conciencia que al de la violencia directa. A través de esa bifurcación de la hegemonía expuesta por Gramsci (Mumby, 1997, pp. 347-348), los Saud potencian dos tipos de represión, una a través del discurso religioso y político, y otra con la fuerte presencia de aparatos policiales. Estos elementos suelen ser combinados con reformas económicas o sociales cuando las circunstancias son propicias. Conscientes de las limitaciones de los mecanismos de violencia, el trabajo del Gobierno desarrolla un entramado discursivo que dé validez a su autoridad dentro del reino. Posteriormente esa narrativa es extrapolada a la esfera regional, para afianzar la preponderancia saudita en otros países.

7) La primavera árabe también pone de relieve la interdependencia política de todos estos regímenes. Durante décadas los Gobiernos defendieron su independencia y soberanía, pero lo sucedido durante 2011 evidencia las fuertes vinculaciones que existen entre ellos. La inestabilidad generada da lugar a que sean crecientes las injerencias de otros Estados en las cuestiones internas de terceros. Las monarquías del Golfo están aprovechando el contexto para intentar ampliar su influencia o, en el caso de los sauditas, para evitar el auge del hegemón iraní. Esta circunstancia explicaría su activa participación en los conflictos de Libia, Yemen o Siria (Nepstad, 2013, pp. 344-345). No obstante, la mayor parte de sus actuaciones se hacen sin una planificación y coordinación conjunta, generando un clima de mayor desconfianza e inseguridad.

En Egipto y Yemen, Arabia Saudí está apoyando al poder central vigente porque resultaba más conveniente para sus objetivos. La posible consolidación de una democracia en El Cairo, protagonizada por la formación de Mursi, llegó a representar un elemento profundamente disruptivo para Riad (Khoury, 2013, pp. 75-76). En el siempre conflictivo país yemení, primero con Saleh y posteriormente con Al-Hadi, los sauditas han estado apoyando al presidente en el cargo porque era el medio más idóneo para lograr una mínima estabilidad en sus fronteras. Mientras los Saud procuran que ningún Estado cercano o potencia interfiera en su política interna, ellos sí que están apostado por incrementar su relevancia en los problemas internos de países vecinos. Esta política regional va encaminada a frenar el desgaste de su liderazgo.

Pese a este incesante intervencionismo y a la concienciación de problemas generales que afectan a todos los Estados de la zona, no está existiendo ninguna intención real de encararlo de forma conjunta. Las interdependencias aumentan en la región, pero sus líderes aún se muestran reacios a crear marcos estables de actuación multilateral. En aquellas áreas donde Arabia Saudí tiene una preocupación desmedida, como son Bahrein y Yemen, se puede observar cómo se están constituyendo multilateralidades y operaciones conjuntas pero que responden más bien al impulso saudita (Ignatius, 2016), que intenta que otros aliados de la zona se involucren. En esas dos intervenciones no todos los Estados del CCG o de la Liga Árabe hicieron caso a la llamada de los Saud, que tienen más dificultades que en el pasado para establecer alianzas en la región.

8) Tras el final de la Segunda Guerra Mundial, Oriente Medio era una región caracterizada por conflictos que emergían y quedaban fijados en la agenda regional, creando una atmósfera de incesante crispación y fragilidad. Bajo este clima de tirantezas y posturas aparentemente irreconciliables existía una particular jerarquía, con una distribución marcada de roles entre los diferentes actores. Obviamente este orden regional no era asumido por todos los involucrados, pero su pervivencia continuó hasta los primeros meses del 2011. En ese momento el desplome de algunos Estados clave en la zona, como Siria o el propio Egipto, más la delicada situación en Irak, daban la introducción a una nueva fase en las relaciones regionales (Hippler, 2013, pp. 33-35). Con ello, se dejaban atrás muchos de los elementos que habían compuesto su compleja realidad.

Las revueltas árabes son el principio del final de un régimen regional, que estuvo vigente durante más de treinta años, auspiciando el liderazgo del reino saudita. Dentro del proceso de transición actual, los distintos actores estatales intentan influir en los márgenes del nuevo statu quo para que sea congruente con sus intereses. Aunque las pretensiones iniciales de Arabia Saudí fueron las de contener todas las fuerzas que amenazaban el delicado equilibrio local, erigiéndose como defensor del orden en Oriente Medio (Yom, y Gause, 2012, pp. 75-76), posteriormente la complicación de algunos hechos, como la guerra en Siria o Yemen, les lleva a aceptar que es necesario modificar algunas de sus estrategias. Si desean continuar manteniendo una posición preponderante deben reformular sus premisas y reorientar esfuerzos en el entorno.

Arabia Saudí ya no puede imponer tan fácilmente su punto de vista por dos motivos principales: 1) porque existen otros actores que no reconocen ya el liderazgo saudita o entienden que no posee tanta fuerza para ejercerlo; 2) porque en un contexto de tanta incertidumbre e inestabilidad, ante todo, cada agente prioriza su propia seguridad, procurando actuar lo más autónomamente posible. El Estado saudita está buscando el modo más conveniente de encarar los nuevos retos, que afectan directamente a su identidad como líder de la región (Al-Rasheed, 2016). Sigue siendo un reconocible polo de poder en la zona, pero ahora cuenta con un mayor número de opositores y fuerzas que exigen una revisión amplia del statu quo.

El rey Salmán y su hijo Mohammed bin Salman están introduciendo importantes cambios en la visión de la política regional de Arabia Saudí (Dazi-Héni, 2016). Los Saud están obligados a reaccionar rápidamente a los desafíos presentes, formulando estrategias que les permitan perdurar como referentes hegemónicos de Oriente Medio. El transcurso de las guerras de Siria y Yemen, la política regional que vaya a aplicar Donald Trump, las tensiones continuas con Irán y las vicisitudes en el seno del CCG, serán cuestiones que afectarán tanto a la estrategia saudita como al devenir político de toda la zona. Los sauditas ya no solamente deben reinterpretar lo que supone la primavera árabe para la estabilidad y seguridad local, además tienen que reorientar sus acciones para un ciclo de transición hacia un nuevo orden regional.

5.1.2. Las respuestas estatales a los cambios regionales

El modo de actuar que están teniendo cada uno de los actores estatales viene dado por la interpretación que han hecho de lo que supuso la primavera árabe y sus efectos. Se pueden distinguir cuatro grandes grupos de Estados según su actitud hacia los cambios producidos: 1) quienes llevaban tiempo presionando para modificar el orden regional y el régimen de relaciones interestatales; 2) los Estados que vieron en las revueltas una ventana de oportunidad para mejorar su status internacional; 3) aquellos otros que no percibieron como favorables los levantamientos populares y se opusieron a las fuerzas que propugnaban la renovación; 4) un último grupo de Estados que deciden tener un perfil bajo ante los acontecimientos, procurando no inmiscuirse activamente en los grandes conflictos de su alrededor.

En el primer apartado de esta clasificación estarían dos Estados que son justamente con los que mayores problemas tienen los reyes Abdalá y Salmán. Por un lado, Irán, que llevaba desde tiempo atrás intentando plantear una revisión del orden regional y redibujar un mapa regional más favorable para sus ambiciosos objetivos internacionales (Terrill, 2012, pp. 5-9). Teherán quiere contar con una gran área de influencia en la zona, lo que choca diametralmente con las pretensiones sauditas. Por otro lado, Catar, que sin presentar un enfrentamiento tan directo de intereses como sí hace la diplomacia iraní, también lleva más de diez años dejando entrever que sus metas en la sociedad internacional van más allá de ser un mero aliado-súbdito de los Saud.

Desde la década de los noventa la familia Al-Thani de la pequeña península del Golfo ha pretendido dar mayor autonomía a la política exterior de su emirato, alcanzando un rol propio más allá de la alargada sombra de Arabia Saudí (Laborie, 2013, pp. 4-5). Esto le llevó ya a tener tensiones con los dirigentes sauditas, que se agudizaron tras la primavera árabe, cuando Catar ve en el conflicto libio, en Egipto o en la guerra de Siria ocasiones para ampliar su influencia. De la misma forma, el régimen iraní percibe en los distintos desequilibrios regionales vías óptimas para mejorar su peso en Oriente Medio, presionando para reconfigurar el statu quo y apuntalar algunas de sus alianzas. Esta estrategia le posibilita tener una posición más ventajosa al acabar 2016.

En el segundo grupo estarían aquellos países que hasta el 2011 se habían mostrado más o menos complacientes con el statu quo. Su prioridad no había sido la de modificarlo ni tampoco habían mostrado un confeso rechazo al liderazgo saudita. En los momentos previos a las revueltas conservaron una política exterior discreta y precavida. Empero, la evolución de las revueltas árabes les motiva a tener un papel más activo y pretender sacar ventaja de algunas de las crisis. Serán más partícipes de lo que se suceda por temor a que los efectos de cualquiera de esos conflictos puedan llegar a repercutir en ellos. En este cajón tan heterogéneo se podría llegar a incluir a Turquía, Jordania o E.A.U., que están intentado granjearse una nueva fama regional como interlocutores, mediadores o soportes de algunas fuerzas que se encuentran en combate.

E.A.U. tiene unas cualidades parecidas a las de Doha pero está decidiendo tener un protagonismo mucho menor. Mientras los cataríes no rechazan atraer la atención de propios y extraños con su energética actividad local (Roberts, 2014, pp. 94-95), los diplomáticos y decisores de los Emiratos están procurando no alterar la confianza de sus principales aliados, sobre todo, EE.UU. y Arabia Saudí. Con todo ello, gracias a los poderosos recursos económicos con los que cuenta su pequeño país, los mandatarios están sabiendo jugar idóneamente sus bazas para ir situando a su Estado en un nivel más elevado dentro del que estaba. Para ello, se exhiben como confiables mediadores e interlocutores cuando la situación lo requiere, mientras en otros ámbitos siguen las directrices marcadas por las grandes potencias establecidas en la zona.

Jordania es un caso similar al de E.A.U. en cuanto a la cuidada imagen que pretende dar en el exterior, sobre todo, buscando combinar sus deseos de obtener ganancias de las crisis de terceros, con la preocupación de evitar que los riesgos de inestabilidad e inseguridad no penetren dentro de sus fronteras. Primero, el monarca hachemita aseguró su propio liderazgo interno y frenó con cuantiosas políticas sociales cualquier atisbo de foco revolucionario (Ottaway y Muasher, 2011, pp. 8-9), posteriormente fue perseverando en su imagen de aliado de máxima confianza para Washington y Riad, para finalmente postularse como un interesante foco económico, diplomático y cultural para la zona. Con ello, busca conseguir su cuota de influencia en aquellos espacios donde no incomoda a otros ni existe una competencia feroz.

El Estado turco estuvo desapegado de las cuestiones de Oriente Medio a principios de este milenio, debido a que los ejecutivos islamistas de Erdogan estaban centrados en acercarse al eje de la U.E., con la aspiración final de llegar algún día a ser miembro de la organización (Cerami, 2013, pp. 136-137). Las continuas trabas de los europeos junto a todos los frentes abiertos en la región, están llevando a los turcos a focalizarse más en sus vecinos del sur, comenzando a dar la espalda a las democracias del viejo continente. La casa del antiguo Imperio Otomano pretende de nuevo presentarse ante las poblaciones árabes y persas como punto de referencia política, buscando consagrarse como la alternativa a la problemática dicotomía iraní-saudita.

Ankara se está viendo obligada a intervenir en el conflicto sirio ya que tiene un grave alcance para su seguridad y defensa, dejando atrás su figura medidamente neutral. Los turcos intentaron acercarse inicialmente a sus vecinos desde unas posiciones menos beligerantes, empleando medios más característicos del “soft power”. Desde Ankara son conscientes de que son las únicas vías de las que disponen para poder establecer relaciones de confianza con sus homólogos árabes. Bajo este propósito, Erdogan se presentó en los primeros extractos de la primavera árabe como un modelo exitoso que combina islamismo con las bases de la democracia occidental (Rajmil, 2012, pp. 4-6), pero la trayectoria de las revueltas, el fracaso de los Hermanos Musulmanes en Egipto y la propia deriva autoritaria del presidente turco fueron desechando esa táctica.

En el tercer apartado están todos esos regímenes que desde el primer momento vieron en las primaveras árabes una amenaza directa a sus intereses. Egipto, Siria, Bahrein o Yemen porque sufrieron las consecuencias directas de esas revueltas. Líbano o Irak porque temían que sus situaciones internas se fueran a complicar con los levantamientos. Arabia Saudí se incluiría en esta clasificación ya que fue el Estado que más se opuso a este fenómeno (Lynch, 2011), que según su apreciación solo iba a introducir mayores problemas en la región. La actitud general de los dirigentes de estos países sigue un mismo patrón: 1) intentar frenar las revueltas en su territorio; 2) limitar los efectos colaterales de las crisis del entorno y 3) verse obligados a adaptarse al nuevo contexto local y modificar sus estrategias de seguridad y defensa..

Líbano está pasando más o menos desapercibido a lo largo de esta convulsa época, pese a que a finales de los noventa y principios de siglo XXI fue uno de los focos de mayor inestabilidad. La fragmentación de su sociedad y de su sistema político impidieron que se generara un clima propicio para el auge de movimientos civiles ligados a la primavera árabe (Szmolka, 2013, pp. 899). Al igual que en el Líbano, Irak tenía una situación comprometida en los primeros meses de las revueltas árabes. El modelo democrático surgido tras la dictadura de Sadam Hussein era incapaz de asegurar la estabilidad y seguridad en todo su territorio. En este país las movilizaciones también fueron de un nivel bajo, debido a que la amenaza terrorista junto al sectarismo en el que se encuentra dividida la sociedad impidió que pudiera surgir una corriente de cambio.

Siria, Bahrein, Egipto y Yemen son los Estados de Oriente Medio donde la primavera árabe alcanzó una mayor dimensión. El Estado egipcio ha conocido dos tipos de Gobierno: A) mandos militares con Mubarak y Al Sisi desde el 2013; B) un ejecutivo salido de las urnas con los Hermanos Musulmanes liderados por Mursi. En el breve ciclo en el que los generales estuvieron fuera del poder, El Cairo se mostró favorable en respaldar a todos aquellos movimientos que todavía seguían latentes en la región, consciente de que necesitaba la llegada de nuevos regímenes para respaldar el suyo propio. Cuando dos años después los militares vuelven a tomar el mando, retornan a una fuerza contrarrevolucionaria (Ottaway y Ottaway, 2016), cambiando su estrategia regional radicalmente y alineándose con la línea defendida por Arabia Saudí.

La familia Al Jalifa de Bahrein necesitó del apoyo militar saudita y del consentimiento indirecto de sus aliados británicos y estadounidenses, para sofocar unas revueltas populares que habían llegado a bloquear el pequeño Estado durante unas semanas, haciendo temer al resto de monarquías del Golfo que la dinastía de Manama podría ser la primera en caer por los levantamientos populares del 2011. Con la ayuda militar del CCG, El Estado bahreiní no dudó en aplicar la fuerza para reprimir las protestas (Abdullah, 2012, pp. 22-24) y también se adhirió a la política regional saudita, mostrándose intransigente con los actores que promovían los levantamientos populares. Esta dinastía es muy crítica con aquellos Gobiernos que puedan haber respaldado a fuerzas opositoras, lo que explicaría en parte sus tensiones con sus socios de Catar.

Siria y Yemen son los países en los que las revueltas dieron paso a un estado de guerra civil, si bien los tiempos en uno y otro fueron distintos. En el complejo panorama sirio la confrontación entre fuerzas leales a Damasco y los diferentes grupos de oposición pronto se convirtió en un enfrentamiento civil con fuertes tintes sectarios. Además, en pocos meses, actores internacionales hicieron presencia directa o indirectamente en el conflicto (Makara, 2013, pp. 349-350) y ramas terroristas se extendieron aprovechando la confusión y el vacío de poder. En Yemen las revueltas desencadenaron la salida de Saleh pero no apaciguaron la tesitura nacional. En 2014 la violencia volvió a sus máximos niveles con la ofensiva hutí, que tuvo su respuesta un año después con la intervención de la coalición internacional liderada por los sauditas.

En el último grupo de la clasificación están aquellos Estados que han decidido mantener un perfil bajo, gracias a que la primavera árabe tuvo escaso eco en ellos y también porque no querían participar activamente en unos acontecimientos de resultados imprevisibles. Hablamos de Estados tan dispares como Sudán, Israel, Kuwait u Omán, que tienen en común que pasaron desapercibidos en la mayor parte de los problemas abiertos tras el 2011. Su propuesta básica ha sido la de no involucrarse en los conflictos posteriores a las revueltas, siempre atentos a que la sombra de la inestabilidad no llegara a sus países. Por ejemplo, en Sudán la primavera árabe coincide con la constitución oficial del Estado de Sudán del Sur y ,con las persistentes tensiones étnicas, que impiden una movilización social semejante al resto de países.

Paradigmático es el caso de Israel protagonista incansable de los más graves enfrentamientos en la región, que sorprendentemente tanto en los inicios de la primavera árabe como en las subsiguientes crisis que surgieron no tuvo un protagonismo notable. Tel Aviv se encontraba cómoda con sus relaciones con Mubarak y el resto de monarquías árabes, temiendo que la llegada al poder de figuras como los Hermanos Musulmanes pudieran enturbiar su delicada relación (Ma'oz, 2012, pp. 20-22). Pese a ello, las revueltas y las guerras de Siria o Yemen le están ayudado indirectamente sobre la cuestión de Palestina, ya que la mayoría de sus vecinos árabes dejan en un segundo plano ese tema. Este proporciona a Netanyahu mayores espacios para actuar dentro de su país y también para comenzar a entablar puentes con otros Gobiernos.

La estrategia del presidente Obama para Oriente Medio y su apuesta casi personal por encontrar una salida al programa nuclear iraní, junto a la guerra en Siria e Irak y el ascenso de Teherán en el panorama local, derivó en que se fuera construyendo una inesperada y extraña convergencia entre Israel, Arabia Saudí y otras monarquías del Golfo (Muzaffar, 2017). Aunque oficialmente la dinastía Saud sigue reclamando una solución al conflicto palestino, que pasa irremediamente por la creación de dos Estados, así como desde el wahabismo oficial continúan presentes los discursos amenazantes contra el pueblo judío, no es menos cierto que tanto los israelíes como los sauditas comparten un mismo enemigo. Ambos rechazan que Irán vuelva a convertirse en un actor con peso en la región y que desafíe tanto a sunitas como al Estado israelí.

Omán y Kuwait están pasado totalmente desapercibidos en todo este tiempo. En ambos Estados no se recogieron importantes incidentes en los primeros meses de las revueltas árabes, en parte debido a que contaban con una estabilidad interna envidiable. Su política de abstenerse de intervenir directamente, les ha ayudado a no verse involucrados en polémicas con países vecinos. Los dos comparten fronteras conflictivas, uno con Yemen y otro con Irak, sus costas dan al Golfo y son testigos silenciosos de la disputa hegemónica entre los dos grandes polos. Su política regional está siendo de bajo perfil, casi siempre sumándose a las iniciativas que se promueven desde Riad, quien todavía tiene sobre ellos una gran influencia. Sin olvidar que ambos cuentan con bases militares estadounidenses y poseen acuerdos de seguridad con Washington.

Para concluir, se debe tener en cuenta el papel de otras potencias extranjeras con fuerte presencia en la zona, sobre todo, EE.UU. y Rusia. Los estadounidenses y europeos fueron extremadamente ambiguos con la respuesta que tenían que dar a la primavera árabe. Ni los Gobiernos europeos ni la Administración Obama, que todavía tenía que resolver la cuestión iraquí y afgana (Piris, 2012, pp. 144-145), querían entrar en nuevos conflictos tras las experiencias de años atrás, más aún, cuando muchos de ellos sufrían crisis económicas. El dilema recae en si seguir apoyando a unos regímenes autoritarios, que fueron durante décadas sus mejores socios, o bien, apoyar transiciones que supuestamente debían conducir hacia regímenes más democráticos.

Durante la presidencia de Obama, EE.UU. intentó tener un papel menos activo en Oriente Medio y su reacción a la primavera árabe así lo ratifica. Washington trató de ser mucho más cauteloso, cuidándose de no caer en nuevas situaciones comprometidas que supusieran un desgaste (Tschirgi, 2013, pp. 178-179). Sus intereses exteriores miran cada vez más a Asia Pacífico, motivando un repliegue en otras áreas. Este viraje internacional de la nación estadounidense no sentó nada bien entre sus más estrechos aliados locales, fundamentalmente Arabia Saudí e Israel. Estos países no solamente ven impotentes como su histórico socio cada vez los desatiende más, sino que además observan con asombro e indignación cómo el Gobierno estadounidense favorece acabar con el aislamiento regional al que estaba sometido el Estado iraní.

Por otra parte, el Kremlin ha elevado el tono de su política en lo que se refiere al conjunto de Oriente Medio, aprovechando las dudas y debilidades de otras potencias. Se ha involucrado especialmente en la defensa de sus intereses en Siria (Kausch, 2014, pp. 6-7). Su apoyo sin fisuras al régimen de Al-Asad le está llevando a tejer un peculiar eje entre Damasco, Teherán y Moscú. Por su parte, el hegemon chino mantiene en la región la misma táctica que aplica generalmente a sus relaciones internacionales. Una medida diplomacia económica sin interesarse por las cuestiones políticas más allá del área de Asia Pacífico. Desde inicios del siglo XX China está emergiendo como un significativo inversor y comprador para muchas de estas economías, sin presentar como contrapartida exigencias políticas como sí hacen europeos o americanos.

5.1.3. Consecuencias de las revueltas árabes según Arabia Saudí

El reino saudita establece el siguiente razonamiento: a) las revueltas árabes provocaron el desmoronamiento del orden regional; b) esta brecha del statu quo degenera en un aumento de los márgenes de inseguridad e incertidumbre; c) todos los agentes involucrados se están viendo obligados a cambiar sus estrategias; d) surgen fuerzas que pretenden reformular las relaciones regionales; e) el Estado saudita tiene numerosas dificultades para imponer sus intereses o hacer prevalecer su posición; f) si los Sauditas no consiguen restaurar un cierto equilibrio en la zona se verán seriamente perjudicados; g) la resolución de los conflictos o tensiones en cualquier país podrá tener resultados imprevistos y afectar a todo Oriente Medio; h) se presenta el dilema de si actuar de forma unilateral o buscar vías de acción conjunta con sus aliados.

A) El alcance regional de la primavera árabe implicaba que no eran hechos aislados en cada país, ya que repercutía sobre las principales dinámicas de la zona. El grado en que cada Estado se ha visto afectado por estas revueltas y la manera en la que está afrontado estos problemas, genera que los parámetros en los que se movieron las relaciones regionales durante décadas desaparecieran súbitamente (Cavatorta, 2012, pp. 80-81). No es una mera cuestión del decaimiento de algunos actores y el ascenso de otros, sino que no hay ningún consenso mínimo sobre cuáles deben ser los temas a tratar en la agenda regional. Se duda de si todavía puede haber un cierto consenso sobre las prioridades en materias como la seguridad y la gobernanza local.

La visión desde Riad es que las revueltas árabes y las guerras posteriores han borrado las escasas reglas que regularon las relaciones en Oriente Medio. Unas normas no escritas pero sí respetadas por casi todos los actores presentes en la zona, que establecían criterios a la hora de encarar crisis locales, en la manera de relacionarse entre ellos y con potencias extranjeras y los medios para construir márgenes de seguridad y certidumbre. El Estado saudita percibe que su entorno está sumido en una fase de caos (Gause, 2011c, pp. 7-9), donde cada agente intenta protegerse a sí mismo y salvaguardar sus intereses. Todo ello, dentro de un entorno de incompatibilidades entre aquellos que empujan hacia una dirección y otros que intentan aferrarse en el inmovilismo.

B) Hasta el 2011 las mayores cotas de violencia se encontraban localizadas en Palestina, Líbano e Irak, aparte de los ataques terroristas que afectaban a la mayor parte de países. No obstante, después de las revoluciones inacabadas y las guerras que se prolongan en el tiempo, la inseguridad alcanza altos niveles debido a que las amenazas para una monarquía como la saudita pueden llegar desde distintos puntos. Riad tenía muy delimitados cuáles eran sus principales contrincantes en la zona y los obstáculos a su liderazgo, pero esta realidad se complica todavía más a lo largo de estos cinco años. Con la amplificación de los frentes y el número de actores dispuestos a participar activamente en ellos, Arabia Saudí está obligada a tener que diseminar sus esfuerzos y encarar situaciones bastante más desfavorables para sus objetivos que en épocas pasadas.

Los gobernantes de Arabia Saudí se sienten inseguros porque la amenaza puede llegar desde muchos ámbitos. Pasando por el terrorismo yihadista, movimientos civiles y organizaciones en la oposición, la descontrolada guerra en Yemen, tensiones con Irán o injerencias de terceros países. La decisión de Barack Obama de no interferir rotundamente en las dinámicas regionales y abrir vías de entendimiento con Teherán, está originando que crezca la preocupación entre los sauditas (Hubbard y Kulish, 2016), que ven la necesidad de plantearse nuevas premisas de seguridad. La familia Saud percibe que está en juego tanto su propio liderazgo regional como la estabilidad de su reino, dentro de un contexto en el que es muy difícil predecir lo que ocurrirá.

C) La mayoría de actores están variando sus estrategias con respecto a la región, lo que ha repercutido en el modo de relacionarse con el reino saudita. Los actores involucrados ya no ven el panorama de la misma manera que lo hacían antes de la primavera árabe, han ido modificando sus políticas regionales según avanzaban los acontecimientos, mientras los sauditas han estado fundamentalmente preocupados en no contagiarse por los vientos de cambio y en dinamitar el auge iraní (Salloukh, 2013, pp. 40-41). El riesgo no lo representa únicamente Irán, sino el clima de imprevisibilidad que sufre la región, donde existe un desconocimiento mayor de cuáles son los verdaderos planes y deseos de algunos actores clave. Estas circunstancias aumentan las percepciones de inseguridad y el nerviosismo a la hora de encarar los problemas.

Arabia Saudí está teniendo que reformular su política regional desde dos condicionantes: primero, buscar nuevas vías de actuación que congenien con sus objetivos finales sobre un entorno en pleno proceso de transformación. Esto presenta una intrincada situación, ya que no puede renunciar a sus objetivos regionales más elementales, pues son consustanciales a la propia razón de ser del Estado, pero tampoco puede seguir ejecutando una estrategia como si se encontrara en la década de los noventa y su hegemonía no fuera contestada. Segundo, los sauditas no pueden olvidar que ya no cuentan con la certeza y previsibilidad de tiempos pasados, donde se podían adivinar cuáles eran las intenciones reales de cada uno de los actores, además las capacidades de las que disponen no les aseguran ya poder imponer sus premisas sobre el resto.

D) Hasta la primavera árabe, la dinastía Saud solo encontró mayor resistencia a su hegemonía en el régimen de los ayatolás y, por supuesto, en las facciones religiosas más radicales y en grupos terroristas. Todo esto cambia a partir del 2011 cuando se hace patente que son varios los actores estatales y no estatales que desean reformular las relaciones regionales, planteando correcciones en el statu quo de la zona. Estos protagonistas entienden que se está abriendo una brecha propicia para introducir importantes cambios en el régimen local, aprovechando el desconcierto generalizado y la vacilación de los dirigentes sauditas y de la potencia estadounidense a la hora de abordar las crisis. Es el momento para muchos de ellos de ampliar sus espacios de maniobra y establecer nuevas alianzas y bloques, que escapen del dominio preponderante de Arabia Saudí.

Arabia Saudí estaba siendo el líder en la región respaldado por EE.UU. Pero los estadounidenses cambian sus prioridades en Oriente Medio durante la presidencia de Obama. Esta circunstancia es vista como un punto favorable por aquellos que quieren romper con el antiguo orden. El reino saudita no solo cree que está perdiendo la sintonía con su máximo aliado, sino también que la estrategia de Washington debilita uno de los pilares de mayor estabilidad y seguridad regional (Fernández, 2015, pp. 95-96). Las circunstancias anteriores y las propias revueltas árabes inducen a muchos actores a pensar que es el momento idóneo para construir un espacio local renovado, que sea menos saudita y más independiente del poder estadounidense.

E) Todo este contexto, da como resultado que los Saud comiencen a advertir las dificultades que tienen para imponer sus intereses o hacer prevalecer su posición hegemónica. Un hecho sin precedentes desde hace más de treinta años, lo que sin duda alguna genera un inaudito nerviosismo en el reino. Existen actores que continúan reconociendo el liderazgo saudita, como podrían ser el Gobierno militar de Egipto, el ejecutivo central de Yemen, Jordania y sus socios del Golfo menos Catar, así como todas aquellas comunidades de creyentes y facciones políticas que son directa o indirectamente apoyadas por Riad (Fernández, 2014b, pp. 24). Sin embargo, este lado de la balanza no consigue dominar porque las circunstancias ya no son las mismas y son numerosos los puntos que están haciendo frente a las directrices sauditas.

F) La debilidad de Arabia Saudí para conseguir que sus objetivos sean los dominantes en la región tiene efectos directos para la seguridad y estabilidad del reino. La hegemonía regional es un precepto básico en la estrategia de defensa del reino. Ante un entorno tan conflictivo solamente desde el liderazgo se posee la suficiente fortaleza para manejar convenientemente las amenazas y peligros. A este respecto, el desequilibrio en la zona local es un incesante riesgo que puede llegar a su territorio y afectar al poder de los Saud sobre sus súbditos. Más aún, si el Gobierno saudita es incapaz de salir airoso de los incidentes en Oriente Medio y pierde sus cualidades de referente, su autoridad frente a externos y entre sus nacionales queda en entredicho. El futuro de la monarquía continúa pendiente de sus habilidades por conservar la preponderancia en la región.

Los efectos de la primavera árabe están derivando en un clima que inquieta a los máximos dirigentes del país, preocupados porque al no ser capaces de superar unas situaciones tan complejas y volubles, su imagen de incontestables referentes del mundo musulmán está quedando deslegitimada. La insuficiencia para frenar el ascenso iraní o desequilibrar la balanza en la guerra yemení puede ser tomada como síntoma de su debilidad (Núñez, 2017), lo que da mayor vigor a los opositores tanto dentro como fuera de Arabia Saudí. Por ello, la realeza saudita urge en la necesidad de buscar soluciones más o menos factibles a las crisis regionales, para recobrar un cierto equilibrio en su zona más próxima y no seguir viéndose perjudicada por acontecimientos que, en términos generales, están siendo contraproducentes para sus intereses.

G) La primavera árabe enseñó al Gobierno saudita que los fenómenos particulares o propios de un país pueden tener rápidamente un alcance regional, bien porque surgen replicas que intentan emularlo o porque sus efectos trascienden más allá de lo puramente nacional. La sociedad saudita es mucho más permeable de lo que se pensaba antes de todos estos percances. Al contrario de lo que sucedía en épocas pasadas, donde los máximos poderes de Oriente Medio parecieron ser capaces de encapsular los problemas en un área concreta o sobre un tema específico, - el conflicto palestino-israelí, la guerra del Golfo o la amenaza terrorista-, lo que permitía proteger los cimientos del statu quo, desde el año 2011 la situación cambia drásticamente. La manera de canalizar los conflictos es determinante para la evolución de las relaciones entre los Estados.

Ya no existe una fuerza extremadamente superior al resto. En algunas zonas o aspectos unos actores se muestran más fuertes que otros y viceversa, por ejemplo en Siria o Irak el ejecutivo de Teherán tiene una consolidada presencia e influencia (Arango, 2017), a su vez Riad es notorio sobre la mayoría de emiratos del Golfo, Yemen o Egipto. Al romperse los márgenes de seguridad y orden, la imprevisibilidad se adueña del clima regional, complicando los cálculos que se realizan sobre la resolución de las tensiones en cualquier país. Las dinámicas pueden cambiar en cualquier momento. Tanto para los sauditas como para el resto de actores es complicado predecir en qué grado sus decisiones o acciones van a tener los efectos deseados.

H) Las dudas se vuelven persistentes en la política regional de Arabia Saudí, sobre todo, tras analizar las verdaderas consecuencias de todo lo que se está aconteciendo en la zona. La transición hacia un nuevo statu quo y unos equilibrios diferentes entre las diversas fuerzas, plantea el dilema a Riad de cómo ejecutar sus decisiones y defender sus intereses, ya sea a través de la búsqueda de opciones multilaterales y la acción conjunta de Estados, o bien, de seguir intentando imponer soluciones unilateralmente en algunos temas. Estas dos perspectivas o estrategias se entrecruzan tanto en la formulación de la política regional como en su aplicación, siendo un signo más de que la situación ha cambiado tanto en la política saudita como en Oriente Medio.

Arabia Saudí parece no tener la misma cualidad para actuar de manera tan tajante en sus proximidades, teniéndose que apoyar en otros aliados o asumir las limitaciones de su autoridad. Queda en entredicho hasta qué punto el Estado saudita puede seguir actuando como si fuera el líder incuestionable de antes del 2011. No obstante, el príncipe Mohammed bin Salman, el principal artífice de la intervención militar en Yemen (Ibrahim, 2017), parece decidido a que el país sea mucho más agresivo y beligerante para intentar recobrar el protagonismo que se cree perdido. Aunque suponga tener que hacer más esfuerzos de manera individual o presionar a sus tradicionales aliados. Si la monarquía saudita desea mantenerse como un actor clave y salvaguardar sus objetivos más elementales, tendrá que ir conjugando sus aspiraciones hegemónicas con vías de cooperación con los Estados alineados con sus líneas maestras.

Tabla 4: Visión de la primavera árabe según Arabia Saudí

Planteamiento de partida	Consecuencia o deducción
Desmoronamiento del orden regional	Reconfiguración de las relaciones regionales
	Debilitamiento del liderazgo saudita
Deterioro de los márgenes de seguridad	Ampliación de los focos de tensión y crisis
	Peligro para la estabilidad del reino
Variaciones en las estrategias	Adaptación de todos los actores al nuevo entorno
	Rediseñar la forma de actuar de Arabia Saudí
Fuerzas contestatarias o de cambio	Mayor número de actores que presionan por cambiar el statu quo
	Desafío directo al liderazgo saudita
Problemas para imponer su agenda	Imposibilidad de frenar el ascenso de otras potencias
	Reducción de su capacidad de influencia
Necesidad de recuperar equilibrio regional	Incapaz de solventar las dificultades y convulsiones
	Desacreditada imagen de líder regional
Resultados imprevistos de las dinámicas locales	Difícil predecir efectos de las acciones
	Cambios inesperados en los acontecimientos
Dilema de cómo recuperar el protagonismo	Mostrarse más agresivo y activo en el entorno
	Buscar vías de trabajo multilateral

Fuente: Elaboración propia

5.1.4. Modo de actuación frente a las crisis regionales

En el período comprendido de 2011-2016 se originan importantes cambios en la política regional de Arabia Saudí, sobre todo, tras la coronación en 2015 del rey Salmán y el ascenso de su hijo Mohammed bin Salman, que ha adquirido una importancia sin igual dentro del organigrama del Gobierno (Dickinson, 2017b). Nunca antes un príncipe tan joven (31 años) había acaparado tanto poder en tan poco tiempo. Durante el reinado de Abdalá y los primeros años del mandato de Salmán se distinguen seis etapas: 1) fase de sorpresa y desorientación; 2) periodo de cautela y preocupación; 3) aplicación política contrarrevolucionaria; 4) pérdida de la iniciativa; 5) debilitamiento del liderazgo; 6) reafirmación de la hegemonía saudita.

1) Fase de sorpresa y desorientación: entre diciembre de 2010 y febrero de 2011 se producen las primeras movilizaciones, que comienzan en Túnez y que se propagan rápidamente por toda la franja del Magreb y Oriente Medio, llegando a afectar también a algunas de las monarquías del Golfo. En estas primeras semanas, el desconcierto y la sorpresa son los rasgos comunes en la mayoría de centros de Gobierno de la región, ya que no hubo ningún servicio de inteligencia de estos regímenes que supiera prever las dimensiones de lo que estaba sucediendo.

En los centros de mando sauditas, ante el estupor de los primeros incidentes, se pasó posteriormente a una cierta infravaloración de los hechos. Se entendió que estas revueltas tendrían un final parecido a episodios pasados, en los que los regímenes conseguían sofocarlas con dura represión. Internamente el Gobierno persiguió y sofocó las corrientes revolucionarias (Teitelbaum, 2011). Los dirigentes sauditas, como el resto de sus homólogos subestimaron la fuerza de estos movimientos y la debilidad de algunos de los dirigentes. Las revueltas fueron consideradas como problemas internos menores que no tendrían un amplio recorrido ni supondrían un fenómeno de gran calado que fuera a afectar al conjunto regional.

2) Periodo de cautela y preocupación: entre febrero de 2011 y marzo de 2011 la complejidad de las revueltas árabes alcanzan un elevado nivel. En todos los Gobierno de Oriente Medio crece la preocupación. Las manifestaciones en contra de los regímenes por causas como corrupción, falta de libertades o injusticia social comienzan a extenderse aceleradamente por todos los países, siendo muy pocos los que no se ven afectados por movimientos ciudadanos críticos con sus máximas autoridades. Se da una doble inquietud entre los príncipes sauditas, por un lado, que conatos como los que se estaban produciendo en Egipto, Siria o Bahreín se produzcan en el reino, por otro lado, que tengan efectos severos sobre la estabilidad de toda la región.

Arabia Saudí comienza a asimilar que la primavera árabe es un acontecimiento que supera experiencias pasadas, por lo que los primeros pasos del rey Abdalá son de máxima cautela, sobre todo procurando reforzar la seguridad y estabilidad interior (Fernández, 2011). El exilio de Ben Ali supone un antecedente de consternación para los líderes autócratas del Magreb y Oriente

Medio. Por primera vez en mucho tiempo, los dirigentes de estos países sienten el temor de no poder controlar a sus poblaciones y el riesgo de ser apartados del poder. Los esfuerzos sauditas se dirigen a valorar exhaustivamente lo que está sucediendo dentro de sus fronteras e intentar contrarrestar rápidamente los atisbos de malestar que puedan surgir en esos primeros meses.

Los problemas en países clave como Siria o Egipto, así como la inestabilidad que crecía en Estados fronterizos como Bahrein o Yemen, hicieron que los Saud comenzaran a alarmarse sobre los efectos de la primavera árabe en el statu quo regional. El derrocamiento de Mubarak en El Cairo o el de Al-Asad en Damasco podrían llegar a tener consecuencias imprevisibles en el resto de Estados vecinos y generar un clima de inseguridad general (Kamrava, 2011, pp. 97-98). El temor se desató cuando la conflictividad aumentó en el territorio yemení y en el pequeño emirato del Golfo, lo que suponía un reto fronterizo para la seguridad del Estado saudita.

3) Aplicación de política contrarrevolucionaria: entre marzo de 2011 y el verano de 2011 Arabia Saudí decide apostar por una estrategia conservadora y represora ante la virulencia de las circunstancias. En el mes de marzo se dan tres hechos que cambian la cautela y el patente temor del Gobierno saudita: primero, los movimientos cívicos en Arabia Saudí que comienzan a organizarse en redes sociales e internet para canalizar protestas y publicar reivindicaciones políticas; segundo, crecen las manifestaciones en localidades de mayoría chiitas, con constantes enfrentamientos con la policía del Estado; tercero, las fuerzas bahreiníes son incapaces de contener las protestas y el rey Al Jalifa está en una situación límite.

Ante la inquietud de que la aliada dinastía bahreiní pudiera ser la primera monarquía del Golfo en caer, el Gobierno saudita decide intervenir y auxiliar militarmente a su aliado y vecino. Bajo el eslogan de defensa del sunnismo frente a la injerencia chiita (Al-Rasheed, 2015a, pp. 43-44). Con esta acción los sauditas dejaban claro ante el resto de actores de Oriente Medio, que no iban a permitir ningún punto revolucionario en su entorno más cercano ni dentro de su propio territorio. Al mismo tiempo, el Estado saudita se afanó en reprimir las protestas protagonizadas por los chiitas sauditas, así como censuraron cualquier corriente crítica con la monarquía.

La represión podría haber llegado a ser una mala solución para el reino saudita si se toma como ejemplos lo que pasó en Siria, Yemen o Egipto. Sin embargo, los condicionantes internos sauditas no revelaron ser tan parecidos y propiciaron que las corrientes de oposición fueran rápidamente silenciadas. La trayectoria de la monarquía saudita desde la reunificación y creación del Estado moderno ha sido la de combinar el poder coercitivo con la hegemonía del discurso religioso. Por eso, a las protestas chiitas del este del país se las deslegitimó discursivamente con el componente sectario y la amenaza del influjo iraní (Matthiesen, 2012, pp. 631-632). Igualmente, a otros movimientos de tinte liberal o cívico se les tachó de atentar contra los principios básicos del wahabismo, la lealtad a la corona y las obligaciones de todo buen creyente.

La dinastía saudita se destaca como uno de los regímenes más inmovilistas de la región, abogando decididamente por reconstituir el régimen erosionado (Guzansky, 2011, pp. 59-60). Según su contraargumentación, las protestas solo traían consigo innumerables desgracias a los pueblos árabes. Incentivadas en la mayoría de los casos por intereses perniciosos que, al contrario de los legítimos gobernantes, no buscaban el bienestar de sus conciudadanos. Según su propio punto de vista y, apoyado en la oficialista interpretación wahabita, tampoco existían argumentos religiosos suficientes para defender una protesta contra la autoridad. Todas estas excusas, daban como conclusión irrevocable que no existía espacio para la revolución en Arabia Saudí y Oriente Medio.

4) Pérdida de la iniciativa: entre septiembre de 2011 y durante 2012, Arabia Saudí pierde protagonismo en las crisis regionales, asumiendo en muchas de ellas un papel secundario. Quien fuera líder incuestionable es incapaz de adquirir un peso notorio en las dinámicas regionales e influir de forma determinante en el comportamiento de terceros. La monarquía saudita muestra signos evidentes de debilidad y, sobre todo, una incapacidad manifiesta para hacer frente a los retos que la primavera árabe sigue presentando en esos meses. La pérdida de la iniciativa queda plasmada cuando el resto de actores Estales no quedan impasibles ante los hechos y comienzan a tomar sus propias decisiones, mientras que Riad parece sumirse en una etapa de inacción.

En los momentos siguientes a las revueltas árabes, los sauditas no dudaron en establecer con rotundidad cuáles eran los límites que no iban a aceptar que se fueran a sobrepasar. Su rechazo absoluto a los levantamientos en la mayoría de países vecinos, les convirtió en el baluarte de la posición contrarrevolucionaria, apoyando a los regímenes de Sana, Bahrein y El Cairo (Al-Rasheed, 2011b, pp. 521-522). Sin embargo, este ímpetu reaccionario no sirvió para dar una respuesta más prolongada a ciertos conflictos que comenzaban a estancarse en el tiempo. Cuando los levantamientos pasaron de un estadio más complejo y enmarañado el Estado saudita pareció quedar aparentemente fuera de juego, sin ser capaz de reaccionar a la dificultad de los frentes que se abrían. La penalización del reinado de Abdalá estuvo en que no pareció encontrar una política clara para gestionar los efectos colaterales de la primavera árabe.

En Libia y en Siria, Arabia Saudí retrasó su entrada en el juego de fuerzas que se escondía tras esas guerras civiles. El reino saudita no fue lo suficientemente capaz de redefinir su rol en unas circunstancias tan importantes. Este error estratégico propició que en vez de elaborar su propio plan de acción fuera alineándose con las iniciativas de terceros Estados. Mientras Riad actuaba vacilante e imprecisa, muchos de los vecinos estaban reconvirtiendo sus estrategias locales y aprovechando la indecisión saudita para aumentar su protagonismo en la zona. A lo largo de 2012, la mayoría de los Estados involucrados establecen sus prioridades y sus objetivos en los diversos frentes, siendo capaces algunos de ellos de tomar gran ventaja, como los cataríes o los iraníes. Por su parte, el rey Abdalá todavía no consigue delimitar cuáles deben ser los puntos concretos en los que tiene que centrarse la política regional saudita en esos momentos.

5) Debilitamiento del liderazgo: entre 2013 y 2015 la concatenación de hechos y las ambivalencias del Gobierno de Arabia Saudí darán como resultado el debilitamiento del liderazgo. Oriente Medio entraba en una nueva etapa geopolítica, donde las relaciones entre Estados iban a ser bastante diferentes. En los últimos años de mandato de Abdalá, el régimen de los Saud siguió careciendo de una postura clara y precisa de sus intenciones en un contexto radicalmente diferente al de tiempo atrás. El futuro de Arabia Saudí como máximo exponente del mundo musulmán estaba en serio peligro si no comenzaba a modificar su actitud excesivamente permisiva. Esta percepción comienza a ser compartida por algunos miembros importantes de la familia real, que presionaban para un cambio en la voluntad del monarca.

No obstante, se empieza a intuir un cambio de perspectiva entre los decisores sauditas, cuando en 2014 Arabia Saudí y el resto de miembros del CCG fomentan el aislamiento diplomático de Catar (Steinberg, 2014, pp. 18-19). El bloqueo sobre el emirato catari fue un vano intento del reino saudita por presionar al país vecino para que redujera su protagonismo regional. Además, durante esos meses se reafirma el ascenso iraní en las relaciones regionales, que consigue definitivamente romper la exclusión a la que le habían pretendido someter Arabia Saudí y otros países en el pasado. El ejecutivo de Teherán consigue erosionar la preponderancia saudita en la región, tomándole ventaja en las principales crisis y conflictos existentes en Oriente Medio.

Arabia Saudí había logrado contener las amenazas de la primavera árabe dentro de su territorio, pero estaba siendo incapaz de extrapolar una estrategia exitosa para los conflictos regionales. De hecho, estaba pagando cara su negativa acción exterior debido a que Irán escalaba en las relaciones regionales, le resultaba más difícil influir sobre el emirato catari, el panorama en Yemen se complicaba, no existía entendimiento ni complementariedad con las prioridades estadounidenses y le estaba costando imponerse sobre el resto de aliados. La razón fundamental era que los sauditas no tenían realmente una estrategia a través de la cual pudieran defender y proteger sus intereses, lo que favorecía el rápido debilitamiento de su posición hegemónica.

6) Reafirmación del liderazgo regional: entre enero de 2015 y diciembre de 2016 se establece la última fase en la evolución de la política regional tras la primavera árabe. La coronación del rey Salmán iba a tener muchas más implicaciones de las esperadas, manifestando que sus intenciones eran diferentes a las de su antecesor (Riedel, 2017). Las transiciones entre los reyes no habían sido tradicionalmente un proceso traumático en Arabia Saudí, acostumbrados a no alterar ni un ápice las líneas maestras del Gobierno. Las variaciones en la gestión solían tardar años, intentando asegurar que se mantuviera la concordancia entre las políticas de uno y otro Jefe de Estado.

Este no va a ser el caso de Salmán, que enseguida introduce notorios cambios en la política nacional e internacional del Estado. Los fines últimos son que: a) Arabia Saudí vuelva a recobrar un protagonismo inquebrantable en Oriente Medio, obligando al resto de actores a tener que

contar con los Saud para tratar los problemas locales; b) volver a recuperar el suficiente poder y autoridad para imponer o hacer prevalecer su programa sobre los intereses de otros, recuperando de esta manera mayor seguridad y sensación de control sobre lo que ocurre en sus proximidades; c) reducir el influjo iraní y su ascenso en las relaciones regionales, presentando oposición en aquellos ámbitos que se consideran vitales para los intereses sauditas.

El príncipe Mohammed bin Salman es considerado el verdadero ideólogo de toda la estrategia exterior y política económica que se está realizando en estos primeros años de reinado de Salmán (Khan, 2017). El monarca no está dudando en darle plenos poderes a su hijo. El príncipe heredero desde junio de 2017, no es solo el ministro de Defensa y secretario de la Corte Real de la Casa de Saud, también está asumiendo cada vez más responsabilidades en el ámbito internacional, con constantes viajes y visitas oficiales a países del todo mundo. Se está convirtiendo en la imagen del Gobierno saudita y la figura que anuncia tiempos de cambio en el reino.

El rey Salmán, asesorado directamente por su hijo Mohammed y otros familiares de su máxima confianza, está empezando a desarrollar una política regional mucho más agresiva y activa (Hannah, 2016). Los actuales dirigentes sauditas comprenden que el futuro de Oriente Medio e incluso la estabilidad de su reino se está dirimiendo actualmente en Siria, Irak, Yemen o en las relaciones con Irán, EE.UU. y el resto de emiratos del Golfo. Arabia Saudí no se puede permitir el lujo de desaparecer de los temas centrales o no tener voz propia cuando se toman las decisiones importantes. La estimulación de la política regional saudita persigue reafirmar su liderazgo en la región y en la esfera árabe, que se creía debilitado en los últimos momentos del reinado de Abdalá.

La hegemonía solo se consigue con el reconocimiento de las otras partes y con la práctica, por eso, el rey Salmán y el príncipe heredero apuestan por una mayor presencia regional. Esto explicaría la intervención militar en Yemen y el aumento en el grado de implicación y colaboración con los diferentes grupos opositores sirios. Todo ello, bajo el pretexto de hacer evidentes de nuevo las credenciales sauditas para seguir siendo líderes regionales. Por otra parte, sus tiranteces no disimuladas con la Administración Obama son otra evidencia más de que no están dispuestos a tolerar que se subestime el poder de su Estado o se pasen por alto sus intereses.

Queda por dilucidar si Arabia Saudí será más propensa a actuar unilateralmente, o bien, va a intentar construir un poder hegemónico diferente, basado en fomentar la cooperación multilateral bajo el paraguas de su autoridad. La guerra en Yemen parece indicar que en algunos temas el Gobierno saudita no va a esperar el consentimiento de terceros para actuar. En otras cuestiones, como la guerra en Siria o su enfrentamiento con Irán, tal vez se encamine hacia una táctica de aglutinar apoyos entre los demás Estados y presentarse como el adalid de la multilateralidad en Oriente Medio. A través de unos medios u otro, lo que queda nítidamente claro es que desde el 2015 el Estado saudí vuelve a actuar como si fuera el protagonista referencial de la zona.

Gráfico 31: Etapas de la política regional saudita (2011-2016)

1ª FASE: SORPRESA Y DESORIENTACIÓN	
<i>Diciembre 2010 – Febrero 2011</i>	
Desinformación sobre lo ocurrido	Infravaloración del alcance de los acontecimientos
2ª FASE: CAUTELA Y PRECAUCIÓN	
<i>Febrero 2011 – Marzo 2011</i>	
Temor a que afecte internamente	Inquietud a que desestabilice toda la región
3ª FASE: LIDERAZGO CONTRARREVOLUCIONARIO	
<i>Marzo 2011 – Verano 2011</i>	
Represión y censura interna	Apoyo a regímenes aliados
4ª FASE: PÉRDIDA DE LA INICIATIVA	
<i>Septiembre 2011 – Enero 2013</i>	
Falta de una estrategia precisa	Participación tardía en crisis regionales
5ª FASE: DEBILITAMIENTO DEL LIDERAZGO	
<i>Enero 2013 – Enero 2015</i>	
Pasividad ante el acenso iraní	Escaso protagonismo regional
6ª FASE: REAFIRMACIÓN DEL LIDERAZGO	
<i>Enero 2015 – Enero 2017</i>	
Llegada al poder del rey Salmán	Política regional más proactiva

Fuente: Elaboración propia

5.2. Los objetivos regionales tras el año 2011

Las modificaciones en el modo de actuación del Estado saudita bajo el reinado de Salmán no significan que el Gobierno este renunciado a ciertos principios u objetivos esenciales, sino más bien que tiene que modificar algunas de sus conductas para lograrlos. Dirigida casi personalmente por el joven príncipe Mohammed bin Salman, la rehabilitada y ambiciosa política exterior es la respuesta que sigue al razonamiento de los Saud de que los fines últimos del Estado se encuentran amenazados. Por el momento, la Corona saudita parece convencida en insistir en esta línea de actuación y no variar un ápice las estrategias planteadas desde 2015, por las cuales los príncipes sauditas vuelvan a centrar gran parte de la atención regional.

En marzo de 2015 Arabia Saudí lanzó la Operación Tormenta Decisiva con el propósito de frenar el avance de los hutíes y respaldar al débil Gobierno de Hadi. Una señal inequívoca de que Arabia Saudí iba a recobrar un papel perdido en la escena regional. En mayo del 2015 el rey Salmán decidió declinar la invitación del presidente Obama a la cumbre de países del Golfo en Camp David, haciendo público su malestar con EE.UU., sobre todo, por su estrategia de acercamiento a Irán. A principios de enero de 2016 Arabia Saudí ejecutaba al clérigo chiita Nimr al-Nimr y a otras 46 personas más, acusadas de terrorismo y sedición. Sirviendo para alimentar el discurso sectario y presionar diplomáticamente a su adversario iraní.

Estas tres experiencias, que afectaban a los países vecinos, a su máximo rival en la región y a su aliado más estratégico, son ejemplos específicos de lo que están dispuesto a hacer los dirigentes sauditas. Su línea maestra es la de ser mucho más agresivos en el contexto local e ir recuperando márgenes de influencia. Es un salto cualitativo y cuantitativo con respecto a la política seguida por el rey Abdalá, quien parecía eludir las confrontaciones con otros Estados y se guardaba de participar tan contundente en el entorno. Arabia Saudí no duda ahora en utilizar la fuerza a escala internacional, elemento al que no había recurrido en épocas pasadas. Asimismo, se vale de su preponderancia diplomática para recurrir a la presión sobre terceros, destinando muchos más recursos y esfuerzos a su trabajo como referente de Oriente Medio.

Con mayor o menor acierto el Gobierno del rey Salmán está respondiendo a los diferentes incidentes en la región, algunos no suponen un peligro directo pero otros son verdaderamente un desafío para los Saud. La monarquía saudita no puede renunciar a ninguno de los objetivos de su política regional porque supondría dejar atrás algunos de los componentes constitutivos de su Estado. La consecución del liderazgo regional llega a ser un principio incuestionable en la sociedad y clase política saudita, alzándose como un principio rector de la acción exterior. Las revueltas árabes y todo lo que posteriormente desencadenaron son uno de los mayores golpes a los intereses nacionales sauditas. La capacidad del reino para superar las complejas circunstancias determinará en buena medida el futuro político del país y de las relaciones en Oriente Medio.

5.2.1. Asegurar fronteras y evitar injerencias externas

En el centro de la península arábiga se sitúa el reino de Arabia Saudí, que hace frontera al sur con Yemen y el estable emirato omaní, al oeste se extiende la costa del Mar Rojo y en la orilla de enfrente están Eritrea, Sudán y Egipto, al norte colinda con el reino jordano y con el inestable Estado iraquí. En el este tiene la línea del Golfo, compartiendo comunicaciones terrestres con Kuwait, la pequeña península catari, E.A.U. y con el archipiélago de Bahrein gracias a la Calzada del Rey Fahd. Al otro lado del mar queda su máximo rival en la región, la República Islámica de Irán. En un excepcional período de convulsión, la supervivencia política del régimen pasa indudablemente por la defensa de sus fronteras y la impermeabilidad ante presiones externas.

Desde la creación del reino esta es una de las máximas de la monarquía Saud. Dentro del entorno de la casa real siempre se tiene el persistente temor de que alguna circunstancia adversa pueda propiciar la desintegración del reino o la caída del régimen. Desde su fundación en 1932, los herederos de Abdulaziz bin Saud han ido implantando una monarquía absolutista con fuertes rasgos tribales y religiosos (Gause, 2013, pp. 8-9). Estas características aún las preserva en pleno siglo XXI. Durante más de ochenta años, la monarquía Saud ha conseguido mantener su identidad y autonomía en un entorno conflicto, conviviendo con repúblicas de cariz socialista, sistemas democráticos, monarquías, dictaduras, repúblicas islámicas, revoluciones, luchas por la independencia, guerras, terrorismo internacional e innumerables tensiones entre Estados.

Las guerras entre árabes e israelíes a lo largo del siglo XX y el siglo XXI, el conflicto armado en Yemen durante los sesenta y noventa, la revolución iraní en 1979 o la guerra del Golfo en 1991 fueron episodios en los que los mandatarios sauditas vieron de cerca lo difícil que resultaba salir indemne del grado de inestabilidad de la región. De nuevo, la primavera árabe y los acontecimientos posteriores activan el alarmismo en el Gobierno de Riad (Jones, 2011). No solo tienen que hacer frente a una guerra cerca de su territorio, además deben contrarrestar toda la ola de indignación y movilización popular, que podría llegar a erosionar la fidelidad de sus súbditos y la unidad de las diferentes provincias, tribus y etnias que configuran el mapa nacional.

El principio nacional de soberanía y la unidad territorial se traduce en dos objetivos concretos: defender sus fronteras y evitar injerencias externas. El primero de los puntos se está viendo seriamente perjudicado por el conflicto en Yemen y por la permanente inestabilidad en Irak, llegando a ser las dos líneas fronterizas que más preocupan a la monarquía actualmente (Lippman, 2012, pp. 235-237). La segunda cuestión está siendo seriamente afectada por la difusión de ideas revolucionarias y por la supuesta influencia iraní en parte de los residentes del este del país. Este contexto genera el temor de que surjan plataformas contestatarias inducidas por actores extranjeros. Estos temas han sido sobre los cuales la monarquía sunnita ha continuado trazando sus premisas, en una reacción caracterizada por su carácter defensivo y reaccionario.

Arabia Saudí cuenta con poderosos aparatos de seguridad y defensa, creados para el sostenimiento de la Corona en el interior del reino y para su defensa en el exterior. Existe una diferencia considerable sobre el uso que se ha hecho de cada uno de estos medios según el problema y el nivel de contingencia del mismo. Ante la inestabilidad interna iraquí y la expansión territorial del Daesh en ese país, los príncipes sauditas han decidido jugar unas bazas totalmente distintas a las que ha aplicado para la guerra en Yemen, en donde sí se ha visto afectado defensivamente por la virulencia de este enfrentamiento (Plotkin y Knights, 2016). La divergencia sustancial deviene en marzo de 2015, cuando el rey Salmán decide intervenir por la fuerza en el país del sur, interfiriendo en la disputa entre las fuerzas de Hadi y los hutíes.

Si el Estado saudita no ha decidido participar directamente en Irak o incluso en Siria ha sido porque realmente no ha percibido una gran amenaza para su seguridad en las crisis abiertas en esos países, o bien, porque no dispone de los medios necesarios para tal operación. Cuando Sadam Hussein invadió Kuwait en 1991 consciente de que se podría encontrar con una inminente agresión, Arabia Saudí movilizó a sus tropas y solicitó la ayuda de su aliado estadounidense (Otterman, 2005). Sin embargo, no reaccionó de la misma manera durante la ofensiva estadounidense sobre Irak en 2003, así como con la intensificación del conflicto sirio y el auge del terrorismo en territorio iraquí a partir del 2014. Riad se ha limitado en todo este tiempo a reforzar sus controles y supervisión de la frontera iraquí.

Intensificar su presencia en la frontera septentrional iraquí se debe a una estrategia de prevención. Por un lado, el Gobierno saudí quiere frenar el tránsito de terroristas o radicales entre Arabia Saudí e Irak. En 2014 la rápida expansión del Daesh por territorio iraquí y sirio eleva el problema a una cuestión regional e internacional (Priego, 2014, pp. 495-496). Por otro lado, Riad busca también controlar el tránsito de personas en esta frontera, más cuando la duración del conflicto sirio ha obligado al desplazamiento de millones de personas. La familia real saudita tiene una política muy restrictiva con la acogida de refugiados e inmigrantes. Al igual que el resto de las monarquías del Golfo, los sauditas han limitado la recepción de poblaciones árabes, al contrario que Jordania, Líbano o Turquía, que son los principales centros de acogida de refugiados.

Arabia Saudí también se ha interesado en aumentar su vigilancia en la frontera con Irak ante el creciente peso de Irán. Desde el 2003, Irán ha ocupado una posición preferencial en territorio iraquí desde los ámbitos de seguridad y la política (Mansour, 2018, pp. 32-33). En los últimos años ha crecido notablemente la presencia de oficiales iraníes, con el propósito de asistir a sus homólogos iraquíes en la estabilidad interna y en su lucha contra el Daesh. Los sauditas están separados geográficamente de Irán por el Golfo y gracias a Jordania de Siria y Líbano, países tradicionalmente aliados iraníes. No obstante, con el Estado iraquí comparten más de 800 kilómetros de frontera, lo que se convierte en una seria amenaza. El establecimiento de un ejecutivo chiita en la capital iraquí, sigue generando suspicacias entre los sauditas.

Aunque la amenaza no resulta inminente, el régimen de los Saud ha decidido desarrollar tres tipos de vías de acción con respecto a su vecino. Por un lado, fortalecer los dispositivos de seguridad que tiene en la frontera, un proceso que se lleva estudiando desde el 2006, cuando el Estado iraquí cayó en un círculo de violencia sectaria y casi guerra civil, planteando la posibilidad de construir un muro a lo largo de la frontera (Spencer, 2015) y desplazar aproximadamente unos 30 mil militares extra en esa área. Oficialmente la razón a la hora de levantar un muro y aumentar el número de soldados y policías en la frontera fue por la cercanía del Daesh en el sur de Irak. Esta preventiva acción también se está llevando a cabo en algunas partes de la frontera yemení, tal vez, para obstaculizar en el futuro posibles avances terrestres de fuerzas enemigas.

Por otro lado, la diplomacia saudita no ha querido perder presencia en Irak, a pesar de que los Gobiernos de Al-Maliki (primer ministro 2006-2014) y Al-Abadi (primer ministro desde 2014) son claramente de tendencia chiita y cuentan con el respaldo iraní. Ante la posibilidad de que Irán consiga ampliar su campo de acción desde Teherán hasta el Mediterráneo, los saudíes han podido contrarrestar este desequilibrio dentro de las divisiones políticas y tribales iraquíes (Al-Buluwi, 2014b). Aunque la prioridad ha sido desde el año 2014 la de cerciorarse que el Daesh no extendía sus tentáculos hacia el reino saudita, no es menos cierto, que a medio y largo plazo Riad intenta respaldar a figuras políticas y religiosas sunnitas para contener el avance y la clara mayoría de los chiitas apoyados por el régimen de los ayatolás.

Tras la caída de Sadam Hussein, el país estuvo a punto de caer en un conflicto sectario que iba definitivamente a destruirlo. Esta ocasión fue hábilmente aprovechada por el Gobierno iraní que entre el caos de su vecino y la desorientación de los demás Estados tras la primavera árabe se empeñó en potenciar a formaciones más afines (Sadjadpour y Ben Taleblupp, 2015b, pp. 37-39). El Gobierno saudí ya advertía en 2004 del riesgo de que esto pudiera ocurrir, sin embargo, el rey Abdalá tampoco planteó una estrategia para frenar el ascenso iraní. Las principales tareas fueron la de protegerse de la amenaza terrorista, evitar que la violencia llegase a su territorio y, posteriormente, trabajar para que el mapa político iraquí no esté tan dominado por una tendencia.

La situación en el norte no resulta tan urgente como sí lo es en el sur de la península. Los últimos gestos del Gobierno saudita indican un cambio de viraje en su política hacia Irak. Desde el 2015 Mohammed bin Salman combina espacios de entendimiento con el ejecutivo iraquí con otros de mayor disconformidad. Esto explicaría porque mientras el príncipe apostó por una conciliación diplomática con Bagdad, mientras lanzaba la iniciativa de la Alianza Militar Islámica en diciembre de 2015, con una lista de 34 países musulmanes donde no estaban tres de idiosincrasia chiita como son Siria, Irán e Irak (Gaub, 2016). De este modo, Arabia Saudí no solamente intenta frenar el avance iraní sobre los Estados vecinos, también castiga a aquellos Gobiernos que quedan bajo la influencia del régimen de Teherán, excluyéndoles del eje sunnita que Riad lidera.

La otra preocupación fronteriza y la más grave hasta el momento es la de Yemen. Perdida la iniciativa en Irak, Arabia Saudí no puede permitirse también tener descontrolado el flanco yemení. Más aún, si existe la sospecha de que desde Irán se está dando soporte a los rebeldes hutíes (Falk, 2016, pp. 2330). La política de Arabia Saudí con respecto a Yemen ha sido escalonada en el tiempo y dividida en dos etapas: una primera fase en la que Riad se limita a apoyar al Gobierno vigente y a desacreditar tanto las revueltas civiles como a los bandos independentistas. Una segunda etapa, que se desarrolla a partir de marzo de 2015, donde el Estado saudita decide participar activamente en el conflicto. Los ataques sauditas están dirigidos exclusivamente a frenar los avances de las facciones hutíes en la parte noroeste del territorio yemení. Esta operación provoca una creciente beligerancia en la frontera, con constantes enfrentamientos.

La iniciativa saudita, que cuenta con el respaldo estadounidense y la participación de otros países vecinos con poderosos medios militares, no está consiguiendo desequilibrar la balanza. Arabia Saudí está obviando por ahora la presencia de Al Qaeda, que controla un tercio del territorio, y solo se centrado en acabar con el bando de los hutíes (Henderson, 2016), que está mostrando una gran capacidad de resistencia y todavía controla gran parte del territorio occidental yemení. El conflicto se estanca sin que una fuerza este obteniendo una ventaja clara. No obstante, el rey Salmán y su hijo Mohammed parecen decididos a mantener la disputa en Yemen, con el firme objetivo de no ceder espacio dentro de la península arábiga a ningún actor contrario a su liderazgo.

La defensa de sus fronteras y la unidad territorial son unas proposiciones que la monarquía saudita continúa conservando medianamente con éxito, si bien está siendo incapaz de recuperar ventaja en algunos de los frentes más cercanos. Este éxito parcial para la seguridad del régimen también se traslada al objetivo de frenar cualquier injerencia externa en la sociedad saudita. Un punto enormemente difícil de cumplir si se tiene en cuenta que no son pocos los países en el entorno que se han visto afectados por los sucesos de la primavera árabe (Korany, 2011). Los vaticinios de que las revueltas tendrían consecuencias severas sobre el orden regional cumplieron, pero los gobernantes sauditas pudieron contener los escasos movimientos de contestación dentro de su territorio sin muchas complicaciones y sin deterioro excesivo de su régimen interno.

Desde la monarquía saudita se temía que la primavera árabe fuera un estímulo para las conciencias de los opositores y críticos, que encontraban infinidad de ejemplos de lucha y revolución en poblaciones cercanas. De la misma manera, a la Casa de Saud también le inquietaba que esta inestabilidad creciente fuera aprovechada por otros actores para intentar interferir en las dinámicas internas del reino y debilitar su poder. Ninguna de estas dos amenazas han terminado por cumplirse, pese a las corrientes críticas dentro de Arabia Saudí, que sugieren que no toda la población del país se encuentra igualmente satisfecha con sus dirigentes, ni se descarta que en el futuro no vayan a darse nuevas fricciones sociales.

El malestar creciente de la población chiita saudita es un tema controvertido para el Gobierno saudita. El discurso oficial recurre con asiduidad a acusar a estos nacionales de ser más leales a Teherán que a sus propios dirigentes, siendo en una especie de caballo de Troya de los ayatolás para debilitar a los Saud (Al-Rasheed, 2015b, pp. 12-13). Tanto en la esfera regional como en la nacional, el Gobierno saudita potencia el discurso sectario, consciente que es una identidad fuertemente arraigada en Oriente Medio, lo que permite contrarrestar otras ideas como la lucha por la igualdad social o más derechos políticos. Al apoyarse en las diferencias religiosas y étnicas, los Saud presentan un discurso fácilmente asimilable para la población, entre un “nosotros” que está compuesto por toda la comunidad que comparten un mismo credo, valores y costumbres, frente a un “aquellos”, que son diferentes en su herencia cultural y religiosa.

Para frenar los movimientos que surgieron a la luz de las revueltas árabes, el Gobierno saudita empleó los mismos mecanismos que lleva utilizando desde los inicios. Primero, contención, coacción y censura sobre los grupos, facciones y líderes que despliegan un argumentario crítico con la monarquía de los Saud. Segundo, aumentar la cuantía de las políticas y prestaciones sociales (Soage, 2015, pp. 7-8). Tercero, si el activismo crece se recurre sin tapujos a la represión y violencia sistemática para impedir que la inestabilidad aumente en las calles del país, lo que supone también aplicar duras condenas a los acusados. Cuarto, insistir en la contraargumentación emitida de los estamentos controlados por el Gobierno sobre lo pernicioso de las rebeliones.

La defensa discursiva empleada para combatir todas estas críticas consiste en justificaciones tales como: 1) esas reivindicaciones son contrarias a los preceptos religiosos y de una actitud rigurosa; 2) la revuelta contra el gobernante no es una actitud propia de los pueblos árabes y de los ciudadanos sauditas; 3) esas posiciones revolucionarias solo traen consigo violencia y desgracias para las poblaciones; 4) los Saud son los únicos capaces de garantizar paz y estabilidad interna; 5) detrás de estos movimientos se esconden intereses extranjeros; 6) el Gobierno no dudará en ser contundente contra opositores para preservar el orden. En todas ellas se esgrime la lógica del miedo y la opresión mezclada con los preceptos religiosos y con el tradicionalismo.

Desde la Casa de Saud son conscientes que para amedrentar a sus súbditos requieren tanto de la represión de la policía, como del adoctrinamiento ejercido desde los medios de comunicación públicos, las mezquitas, colegios y universidades, así como de un aumento en las ayudas y gasto social (Echagüe, 2012, pp. 38). El escaso apoyo y seguimiento que han tenido los levantamientos populares, principalmente se justifica a que desde hace décadas las medidas empleadas por el Gobierno han impedido que pueda crecer y afianzarse un espíritu de protesta entre la ciudadanía saudita. Por otro lado, las posibilidades de que se diera una injerencia externa organizada o planificada son bastante reducidas. La certeza de que Irán puede estar detrás de las movilizaciones de los chiitas en territorio saudita parece poco probable, si se observa que estas protestas se suceden desde hace tiempo y tienen como vectores la discriminación a la que son sometidos.

5.2.2. Difusión del discurso wahabita

Los Saud son acusados habitualmente de dar amparo a las facciones más radicales de la confesión sunita, debido a su ligazón con el wahabismo y por su compromiso ferviente con las interpretaciones más conservadoras del islam, que le ocasiona numerosos problemas con otros Gobiernos extranjeros. Estas críticas proceden desde diferentes partes de la comunidad musulmana y de los vecinos árabes, así como del resto del mundo. Empero, los príncipes sauditas no contemplan renunciar a su relación simbiótica con esta ortodoxia religiosa, puesto que sería como hacer desaparecer una parte fundacional del poder del reino. Saud y Wahab son las dos familias sobre las que se ha construido el Estado de Arabia Saudí, su destino está inevitablemente unido y se necesitan mutuamente para su supervivencia política.

A partir de aquí, se entiende mejor que exista un interés nacional intrínseco por salvaguardar los dogmas del wahabismo, pues son el vehículo principal para legitimar la autoridad de los príncipes sauditas. La mayoría de regímenes parecidos al reino saudita basan su autoridad sobre sus súbditos en un alegato que entremezcla, a partes iguales, las lealtades nacionales, justicia social y creencias religiosas (Hourani, 2005, pp. 451-452). Las revueltas árabes suponen en términos generales una amenaza para el poder político y el poder religioso, puesto que llegan a ser una impugnación absoluta al orden establecido. Este hecho se agrava más en el caso de Arabia Saudí, donde lo religioso y la esfera de lo político no pueden distinguirse.

Las críticas al wahabismo difundido oficialmente por la Casa de Saud vienen desde varios frentes: a) otros Estados y naciones de Oriente Medio y Occidente que lo acusan de ser extremadamente conservador y reaccionario; b) grupos salafistas y facciones radicales, que los acusan de ser una fuente hipócrita y falsa de interpretación islámica; c) sectores más progresistas y liberales sauditas y árabes, que los tachan de tener un juicio alejado de las realidades del siglo XXI (Commins, 2015, pp. 166). Frente a todos estos detractores, la Casa de Saud continúa protegiendo y difundiendo el wahabismo, aunque mucho más precavidos a la hora de introducirlo en otros países y cuidando los posibles conexiones con el radicalismo.

La corriente wahabita tuvo una gran repercusión mediática internacional a partir del 11 de septiembre de 2001, cuando se conocieron vínculos entre facciones salafistas y las escuelas y mezquitas apoyadas por el Gobierno saudita. Pese a ello, la Administración de George Bush pasó por alto las posibles implicaciones sauditas con el terrorismo (Lippman, 2009, pp. 131-133), preservando una cordial relación con los gobernantes árabes. Con la llegada de Barack Obama esta bilateralidad se tornó más negativa. Otros Gobiernos de la región, especialmente el iraní, ya habían advertido las enseñanzas tan peligrosas que se podrían extraer de esta escuela interpretativa. Muchos musulmanes reniegan del wahabismo, considerándolo una vía intransigente y totalitarista, así como un discurso que alienta el odio y dificulta la convivencia.

En la guerra de Afganistán de la década de los ochenta entre las tropas soviéticas y los muyahidines, Arabia Saudí encontró un nuevo medio de potenciar su política exterior, gracias a canalizar la financiación y soporte a grupos radicales. Favoreciendo la movilización masiva de miles de creyentes musulmanes con el propósito de proteger su identidad religiosa, la Casa de Saud pudo influir y adquirir mayor peso en muchas de las dinámicas de los alrededores (Mikaïl, 2013, pp. 8-9). EE.UU. pareció restarle importancia a este hecho mientras esta estrategia no afectase a sus intereses ni a su propia seguridad, infravalorando el alcance que podrían llegar a tener estas iniciativas a largo plazo. Washington malinterpretó la verdadera esencia de muchos de esos nuevos actores religiosos y políticos que su aliado saudita estaba fuertemente respaldando.

Arabia Saudí ha defendido siempre su propuesta religiosa ante Washington y el resto de potencias occidentales, como el medio más idóneo para frenar el avance de ideologías contrarias a los intereses de esos aliados. El fundamentalismo esgrimido desde Riad fue de gran utilidad para contener el auge del panarabismo y el socialismo árabe en la década de los cincuenta y sesenta del siglo pasado. Ese mismo programa político y religioso volvió a ser valioso cuando la revolución iraní. El enfrentamiento de Jomeini contra la hegemonía estadounidense, dieron una gran popularidad entre las poblaciones musulmanas a la naciente República Islámica. Cuando desde EE.UU. ha querido frenar el acenso de ciertas tendencias en Oriente Medio, sabe que pudo contar con el apoyo de los sauditas y su singular conservadurismo religioso.

El wahabismo ha sido utilizado para consolidar el poder de los Saud dentro de la península, acreditando algunas decisiones controvertidas, especialmente, la estratégica alianza estadounidense. El oficialismo religioso saudita tuvo que esforzarse para justificar que la familia autoproclamada protectora de los Santos Lugares permitiera la presencia de tropas extranjeras en la tierra del profeta (Comins, 2014, pp. 3-4). Recientemente, cuando estalla la primavera árabe y los sucesivos choques entre fuerzas del régimen y manifestantes, los príncipes sauditas volverán a recurrir a la hegemonía religiosa para apagar la mecha revolucionaria. Los estamentos wahabitas se centran en contener el espíritu contestatario tanto dentro del territorio saudita como en aquellas comunidades de creyentes donde el wahabismo está presente. A partir del año 2011 a Arabia Saudí se le van a abrir una serie de oportunidades y amenazas a este respecto.

La debilidad de algunos regímenes vecinos va a permitir aumentar la presencia wahabita en esas sociedades, difundiendo un discurso nada crítico con el poder de los Saud. El resto de Gobiernos vecinos habían sido renuentes a ceder espacios a grupos cercanos al wahabismo, sabedores del peligro que suponía tener entre sus ciudadanos partidarios a esta doctrina. Pese a que los sauditas no fue el agente más rápido en actuar en sitios como Siria o Irak, en estos emplazamientos está procurando dar asistencia a aquellas entidades que más congenian con el mensaje lanzado por el wahabismo (Dyer, 2015, pp. 15-17). Aunque, su margen de acción también está creciendo en otras áreas como Asia Central, el Cáucaso, o el Magreb.

La familia real saudita no va a dejar de actuar internacionalmente a través de la religión y la cultura, porque se han convertido en unas herramientas que reportan en términos generales numerosos beneficios. Allí donde la fuerza militar, económica o diplomática no puede llegar, sí que lo puede hacer el discurso wahabita. Bajo distintos monarcas, Arabia Saudí estuvo manteniendo una misma línea de actuación, incluso más activa últimamente teniendo en cuenta que el panorama regional e internacional se está transformando a pasos agigantados. El Gobierno saudita necesita contar con estos resortes, que le ayuden en sus fines internacionales. Por ello, independientemente del brazo familiar que tome las riendas del país, hay un amplio consenso dentro de los círculos de poder de no alterar ni un ápice su relación con el wahabismo.

Pese a que estas proclamas rigoristas pueden estar ayudando a que crezcan el número de grupos radicales, los Saud solo reaccionan ante este problema cuando se ven seriamente perjudicados en su seguridad o reputación internacional (Valenzuela, 2012, pp. 253-255). Las presiones de la Administración Bush y los recelos del presidente Obama han ayudado a que los sauditas se centraran más en esos asuntos. Sobre todo, cuando la amenaza terrorista golpea suelo saudita y existen organizaciones yihadista que señalan a la casa real saudita como uno de sus objetivos primordiales. En estas circunstancias, los dirigentes del reino wahabita han comenzado a tomarse en serio este peligro, trabajando tanto para perseguir el terrorismo dentro de su país como para reducir el apoyo que particulares le dan a grupos violentos en el extranjero.

El nombramiento de Mohammed bin Nayef como príncipe heredero y ministro de Interior en 2015 fue entendido por muchos analistas como un gesto para acercarse a EE.UU., en un contexto de maltrechas relaciones y un distanciamiento en sus estrategias (Priego, 2015, pp. 6-7). El sobrino de Salmán había trabajado durante años para los servicios de inteligencia saudita y en los dispositivos antiterroristas, lo que le llevó a tener un planteamiento mucho menos indulgente con el yihadismo que otros miembros de su familia. Tanto Mohammed bin Nayef como su primo Mohammed bin Salman parecen estar más comprometidos con la lucha antiterrorista, conscientes de que representa una gran amenaza para los intereses nacionales.

No obstante, como hacen otras monarquías del Golfo, los sauditas no van a cerrar del todo sus contactos con los actores más radicales de la esfera musulmana, ya que es una forma de seguir manteniendo una presencia llamativa en la región. Arabia Saudí juega la baza de congratularse al mismo tiempo con EE.UU., países europeos y otros regímenes, incluso acercándose cada vez más al ejecutivo de Tel Aviv, mientras sostiene a facciones extremistas en Siria, Afganistán o Irak. Una cosa es combatir a Al Qaeda o el Daesh, que han demostrado tener capacidad para poner en dificultades a la seguridad saudita (Bunzel, 2016, pp. 13-14), y otra bien distinta es plantear erradicar todos los vínculos con los principales actores de ese espectro religioso. Entre las prioridades del Gobierno saudita no está eliminar sus vínculos con ciertos grupos salafistas, que por ahora congenian con los intereses y programa ideológico del reino saudita.

En la guerra en Yemen o en Siria, Arabia Saudí se está centrado más en debilitar a otros oponentes que a los grupos terroristas allí presentes. Únicamente cuando estos agentes extienden sus escenarios de maniobra al país saudita es cuando la monarquía actúa. Además, como demostró la sentencia a muerte del imán chií y otras 46 personas más en enero de 2016, la Corona suele entremezclar en sus afirmaciones referidas al terrorismo a opositores, disidentes e intromisiones de agentes externos. Tanto un movimiento que aspira a una vía democrática en el país, las reivindicaciones chiitas o los grupos islamistas más conservadores son tratados casi de la misma forma que cualquier célula terrorista. Para los dirigentes sauditas todos ellos representan un mismo bloque de peligros, que solo buscan acabar con el régimen de la monarquía.

El wahabismo sirve como herramienta disuasoria frente a los ideales revolucionarios y barrera ante el radicalismo religioso. La interpretación wahabita ha estado en entredicho más que nunca tras la primavera árabe, pero los Saud en vez de flaquear en su compromiso con esta ideología deciden seguir ampliando su utilidad. Los preceptos wahabitas, aparte de adoctrinar a los creyentes sobre las virtudes de unos gobernantes como la familia real (Nielsen, 2016), también reducen el espacio ideológico para planteamientos alternativos. Durante las revueltas árabes y conflictos posteriores su propósito fue el de desprestigiar las revueltas en aquellos países donde Riad tenía buenas relaciones con sus Gobiernos, Egipto, Bahreín o Yemen, mientras que justificó los levantamientos en otras partes de Oriente Medio como en el caso sirio.

El discurso wahabita se coordina perfectamente con los intereses de los gobernantes sauditas, sin embargo, no han sido pocas las ocasiones en el pasado en las que surgieron disonancias entre los planes de la monarquía y los sectores más conservadores de la vertiente religiosa (Fisk, 2006, pp. 722-724). Estas tiranteces se expresaron en el malestar de algunos de estos sectores religiosos por la intervención estadounidense en Irak en 2003, o bien, cuando el rey Abdalá planteó algunas medidas sociales y políticas aperturistas antes del 2011. No obstante, en los últimos cinco años la compenetración entre los objetivos de unos y la línea argumentativa de otros está siendo casi total. El oficialismo sunnita de Arabia Saudí igual de atemorizado por las revueltas árabes que los propios príncipes sauditas. Representan un peligro para ambos poderes.

Los líderes wahabitas encuentran en la violencia derivada de la primavera árabe el terreno idóneo para deslegitimar la validez de algunas ideas renovadoras y ampliar incluso el respaldo a su interpretación coránica. El wahabismo analiza que toda la convulsión regional viene precipitada por el deseo de las sociedades musulmanes de abandonar el auténtico camino islámico, influenciadas por ideales y creencias extranjeras o impropias de pueblos musulmanes. Por otro lado, la supuesta estabilidad y rigor que da el discurso wahabita permite, que en estos tiempos de zozobra e inseguridad, muchos habitantes encuentren en esta vía de religiosidad un punto de confort y certidumbre. Los objetivos regionales referidos al wahabismo están resultando mejor parados que otros puntos de la política regional saudita durante este periodo.

5.2.3. Defensa de la figura del rey y de la Casa de Saud

Una de las mayores incógnitas que traía consigo la primavera árabe era saber cómo iba a reaccionar la Casa de Saud a las revueltas y cómo podía ser afectada su autoridad por las mismas. Lo cierto es que la mayor parte de monarquías del Golfo resistieron a las revueltas, en algunos casos como Catar o E.A.U. no existió apenas conatos de oposición. Bahreín es el Estado que más perjudicado resulta durante estos años (Szmolka, 2012, pp. 10-11). Empero, en los primeros meses del 2011, con la caída de Ben Alí en Túnez, la de Mubarak en Egipto, los problemas de Gadafi en Libia, Al-Asad en Siria o Saleh en Yemen, se creyó que el efecto dominó de los levantamientos podría llegar hasta el Golfo y repercutir sobre los gobernantes de Arabia Saudí.

En el caso de la monarquía saudita fue en 2011, con la resonancia de las revueltas, y en 2016 con las manifestaciones de chiitas motivadas por la condena al clérigo Nimr Al Nimr, cuando se han notado las máximas expresiones de descontento de la población. Aunque Arabia Saudí supuestamente contaba con condiciones propicias para la revuelta: un régimen absolutista, dura represión y falta de libertades y derechos, una brecha de desigualdad social, alto desempleo entre los jóvenes o discriminación sectaria; lo cierto es que las dimensiones del fenómeno político en el reino han sido muy reducidas (Beck y Hüser, 2015, pp. 10). Esto se debe en parte a la estructura social y política saudita, que durante décadas los propios reyes se encargaron de configurar para evitar casos como los que posteriormente se dieron en los países de alrededor.

La estabilidad alcanzada por el Estado saudita durante este lustro debería haber sido aliciente para que los Saud emprendieran políticas más ambiciosas de reforma y acción exterior. En los últimos años del mandato de Abdalá, los sauditas participaron en las dinámicas regionales mucho menos de lo que se podría esperar de un líder. Tal vez, las razones de esta cautela se deban a que desde el Gobierno creían que la revolución podría estallar en su territorio o que sus fuerzas militares no tenían capacidad para intervenir fuera (Santos, 2015, pp. 105-106). Con todo, cualquier ataque a la figura del rey es una amenaza directa a toda la dinastía. Los Saud dan nombre a un Estado al que su futuro está supeditado. El derrocamiento del monarca implicaría la caída de toda la familia.

Los príncipes sauditas habitualmente tienen que hacer frente a las presiones que llegan desde los sectores conservadores, muchas veces que ellos mismos alientan con la difusión del rigorismo wahabita. Sin embargo, durante la primavera árabe los papeles se cambian ligeramente, ya que es una fase en la que otras reivindicaciones cobran protagonismo. A partir de este momento, la realeza saudita tiene que ocuparse tanto de los sectores que empujan hacia posiciones reaccionarias como de aquellos otros que paulatinamente reclamando cambios sustanciales en la política y sociedad saudita. El dilema para los dirigentes se complica aún más, ante la obligación de tener que imponerse entre dos perspectivas totalmente contrapuestas, que pueden provocar la polarización de la ciudadanía saudita y una alarmante división social.

Los sectores conservadores sauditas han conseguido tener una llamativa influencia sobre las políticas de los monarcas, gracias en parte a que algunas de sus advertencias vienen de clérigos e intelectuales wahabitas cercanos a la Casa de Saud (Mouline, 2015 pp. 53-54). Ante las críticas de estos grupos, los distintos Jefes de Estado tendían a retroceder o modificar sus propuestas, con la finalidad de seguir contando con el respaldo del entramado religioso. La situación llegaba a ser bastante cómoda para el rey, ya que podría aplicar determinadas medidas hasta que comenzaran a percibir cierto malestar entre las bases y líderes religiosos, entonces podría modificar sus propuestas. Esta había sido la práctica habitual hasta unos pocos años antes del 2011, cuando emergen movimientos civiles que empiezan a inducir cambios hacia una dirección distinta.

El rey Salmán y su hijo Mohammed bin Salman saben que si desean implantar grandes políticas sociales, como mayores derechos a las mujeres o favorecer una secularización de instituciones como la universidad, contarán con la clara oposición de los fundamentalistas, pero si dan marcha atrás en este tipo de directrices también tendrán en frente a aquellas partes que exigen una evolución del país. Durante mucho tiempo la familia Saud pudo mostrarse como un ejemplo claro y exitoso para su pueblo, mientras en la zona caía en modelos occidentalizados u otros arquetipos políticos. Este mismo discurso ha permanecido presente en el argumentario oficial de los Saud, enfatizando el hecho de que las revueltas árabes o el fanatismo religioso solo traen consecuencias negativas como la violencia, inestabilidad y sufrimiento para los pueblos. Pese a ello, en estos cinco años los sauditas también han podido conocer otras alternativas políticas.

Los principales esfuerzos gubernamentales a este respecto están en cortar de raíz cualquier indicio de proclama o movilización popular. Para ello aplica medidas como la de restringir el acceso a la información sobre las vicisitudes de las poblaciones vecinas. Esto último es una ardua labor, teniendo en cuenta la fácil propagación de los ideales de las revueltas árabes por medios no convencionales, internet y las redes sociales (Hubbard, 2015b). Gracias a la primavera árabe, al contacto con otras poblaciones vecinas y al surgimiento de nuevos actores políticos y religiosos, los sauditas pueden conocer mejor diferentes modelos a los de la monarquía de los Saud. La diversidad de fuentes ideológicas que están al alcance de los ciudadanos sauditas está aumentando exponencialmente, amparando que aumente las exigencias ciudadanas al Gobierno saudita.

Un ciudadano medio de Arabia Saudí puede conocer mucho mejor que hace unas décadas cuáles son las condiciones de vida del resto de los países árabes, qué tipo de gobernantes hay en los Estados del entorno, cómo evoluciona el panorama político o qué entidades políticas, sociales y religiosas están creciendo en la región. Las voces alternativas sauditas contemplan con atención la lucha de los tunecinos, egipcios, libios, yemeníes o sirios (Al-Rasheed, 2015c, pp. 8-9). Esto representa un reto a medio y largo plazo importante para la monarquía, si bien en el presente parece que estos movimientos aún no tiene un peso suficiente. No obstante, no dentro de mucho tiempo los príncipes sauditas tendrán que buscar la manera de adecuar sus estructuras de poder.

La monarquía de Arabia Saudí está acostumbrado a que le lleguen recriminaciones de fuera, sobre todo desde Occidente, por las cuestiones relativas a los derechos humanos y la falta de libertades que sufren sus ciudadanos. Durante la Administración Bush, EE.UU. no presionó tanto a los Saud con ese tema, centrados en favorecer el trabajo conjunto en la lucha contra el terrorismo. Por su parte, Barack Obama dejó un legado en que las relaciones con los sauditas no han sido del todo positivas, mostrando que en ningún momento ambas partes se sintieran cómodas (Bloomberg, 2016). Con todo ello, los presidentes estadounidenses a lo largo de la historia y los de otras potencias occidentales pese a afirmar su compromiso con los derechos humanos y los valores de la democracia, nunca han empujado a los sauditas hacia un cambio de régimen.

Las diplomacias europeas o estadounidenses tienden a primar más sus intereses geoestratégicos que la defensa de ciertos ideales, esto no fue menos durante la primavera árabe y en el caso específico del reino saudita. La familia Saud sabe aprovechar esta baza, sabedores que no son un tipo de monarquía que encaje en los estándares políticos de sus aliados occidentales, pero sí que son el punto referencia que mayor fiabilidad y confianza muestran ante el resto (Bronson, 2009, pp. 82-83). Aunque en un primer momento de las revueltas existía un cierto optimismo en la opinión pública extranjera sobre las posibilidades de que la democracia pudiera asentarse en Oriente Medio, lo cierto es que cuando los conflictos comenzaron a agudizarse las potencias extranjeras volvieron a confiar en los poderes tradicionales.

Los resultados de todos los levantamientos refuerzan la imagen de los Saud hacia sus socios extranjeros, como un elemento necesario en la región para asegurar la estabilidad. Además, desde principios del siglo XXI, Riad y las otras monarquías del Golfo están profundizando en su relación con otro aliado, que no les insiste tanto con el tema de los derechos y libertades política. China lleva más de una década aumentando su presencia comercial en Oriente Medio, encontrando en la mayoría de estos países unos grandes suministradores de recursos primarios (Pardo, 2009, pp. 126-127). El hegemon asiático llega con ingentes inversiones y no pone tantos reparos ni realiza críticas veladas a los modelos políticos de los árabes. El Gobierno de Arabia Saudí se puede sentir más cómodo con los homólogos chinos que cuando dialoga con Washington y Europa.

Arabia Saudí ha ido diversificando sus alianzas, conscientes de que las visiones sobre la región de estadounidenses y europeos están cambiando en los últimos años. Todos los líderes que consiguieron sobrevivir a las revueltas árabes, recuerdan todavía con asombro y estupor cómo en el momento en el que algunos dirigentes de la región y el Magreb fueron derrocados del poder, nadie de la zona, ni los aliados del viejo continente ni la Casa Blanca, hicieron nada para frenar su caída. La Casa de Saud en esas circunstancias fue la única que mostró un respaldo rotundo a los que fueron históricamente sus homólogos más afines, como Ben Alí, Mubarak o Saleh. Estos acontecimientos abrieron una brecha de desconfianza entre las distintas Jefaturas de Estado de la zona y entre los líderes árabes y los Gobiernos de Occidente.

Los dirigentes sauditas saben que en una situación límite como la que se vivió en 2011, puede que no cuenten con la asistencia de nadie. Por ello, a lo largo de estos últimos cinco años su estrategia en esta cuestión está conducida por tres principios: 1) reforzar la seguridad de la Casa de Saud y su autonomía; 2) diversificar sus relaciones internacionales y regionales; 3) seguir erigiéndose como único valedor de la estabilidad regional. Los Saud saben, tras el paso del presidente Obama por la Casa Blanca, que su defensa y seguridad no estará ya tan protegida por EE.UU. como sí estuvo en décadas pasada. Aún más, la primavera árabe puso en evidencia que, en circunstancias excepcionales, la mayoría de regímenes de la zona se preocupan solamente de su propia protección, sin dejar espacios para la colaboración entre Gobiernos.

Al ampliar sus relaciones económicas y políticas, los sauditas están reduciendo su dependencia de EE.UU. y logran tener mayores vías de comunicación con un gran número de actores. Con esto reducen el riesgo de aislamiento y las posibilidades de que surjan nuevas enemistades a escala internacional. Arabia Saudí es cada vez menos visto como un mero aliado y brazo ejecutor de la política para Oriente Medio de Washington. Pese a ello, los Saud siempre podrán jugar la carta de que su programa político y religioso sirve de barrera de contención ante otras ideologías, algo que siempre es muy valorado por las potencias extranjeras (Farquhar, 2017, pp. 71-73). Figurarse como el único actor estatal capaz de garantizar la estabilidad en la región, es un punto positivo para preservar el apoyo de terceros países y su reconocimiento como líderes locales.

A nivel internacional los Saud realmente solo se sienten atacados por la retórica de Irán, por los grupos terroristas y por algunos actores políticos en ascenso en la región. Las verdaderas amenazas para la dinastía real devienen del interior del país, entre ellas las propias tensiones entre las distintas ramas y hermanos de la familia (Al-Rasheed, 2017a). Aunque todos sus miembros comparten el interés supremo de mantener el statu quo dentro del país, la política de sucesión seguida por el rey Salmán, el vertiginoso ascenso de su hijo Mohammed bin Salman y la marginación hacia otros primogénitos del fundador y sus herederos, son temas que están tensando el ambiente de la casa de Saud y pueden erosionar la política del reino.

Los peligros hacia la figura del rey y al conjunto del apellido parecen sofocados, ya sea por la represión, coacción, adoctrinamiento o ayudas económicas. No obstante, estas soluciones temporales no son garantes de que los problemas dirigidos hacia la dinastía no vuelvan a surgir en el futuro. Los sauditas durante la primavera árabe mostraron en repetidas ocasiones su descontento ante la mala gestión de los servicios públicos, la corrupción o los privilegios de la realeza. Todos los activistas que se organizaron por internet para reclamar mayores derechos y libertades son censurados, así como los fundamentalistas que consideran traidores al islam a los príncipes sauditas. Aunque el reinado de Salmán está siendo una etapa más tranquila para los Saud que los primeros meses de 2011, nada puede asegurar que intentando silenciar estas reivindicaciones, no vayan a resurgir en cualquier momento y con una fuerza mayor.

5.2.4. Protección de zonas de influencia y reconstrucción del statu quo

La campaña regional emprendida por los nuevos gobernantes sauditas a partir del 2015 viene producida por dos axiomas básicos, por un lado, para Salmán y su hijo Mohammed, el rey Abdalá no hizo lo suficiente para proteger los intereses sauditas, por otro lado, el contexto en Oriente Medio estaba cambiando ostensiblemente en unos pocos años, lo que suponía que se debía modificar la forma de actuar para preservar un orden regional propicio. Si Arabia Saudí no era capaz de condicionar su medio para que se tornara más seguro y predecible, estaba poniendo en riesgo su propia estabilidad interna. Riad asume que la propia estabilidad del reino viene en parte dada por las circunstancias externas. El liderazgo dentro de las relaciones regionales es la manera más oportuna de asegurarse que nada de lo que suceda en su entorno dañe su poder.

Aunque en gran parte de este período los dirigentes sauditas han actuado como si el statu quo pudiera ser un elemento recuperable, lo cierto es que el rey Salmán y el príncipe Mohammed bin Salman comienzan a reconocer que los nuevos tiempos presentan retos distintos (Bin Salman, 2016). El statu quo antes de la primavera árabe quedó resquebrajado a lo largo del 2011 y 2012, tanto por las revueltas que surgieron en distintos puntos de Oriente Medio y el Magreb, como por las guerras y tensiones entre países que siguieron después. El actual monarca ante el dilema de intentar recobrar los contornos del orden regional pasado o reescribir un nuevo régimen se decanta por esto último, siendo más realista sobre las oportunidades y peligros.

En términos generales Arabia Saudí no estaba saliendo beneficiada de las secuelas de las revueltas árabes, ya que se fue deteriorando un contexto que le fue favorable durante mucho tiempo. La monarquía saudita debe encarar numerosos frentes de distinta índole: conflictos bélicos cerca de sus fronteras, Gobiernos afines que pierden poder, la creciente presencia iraní o el auge de la diplomacia catari y turca. Su interés nacional de estabilidad interna pasa por volver a recuperar sus objetivos de mantener el statu quo y proteger zonas de dominio (Álvarez-Ossorio, 2015a, pp. 171-172). La capacidad de la monarquía saudita para solventar estas cuestiones, determinará en buena medida hasta qué punto el país árabe seguirá siendo influyente en Oriente Medio.

Desde la revolución iraní, Riad ha marcado como área preferencial los emiratos del Golfo, sobre los que siempre tienden a ejercer un cierto tutelaje. Sobre esta preponderancia también recalca Yemen, aunque este nunca ha logrado formar parte del CCG y es considerado el aliado más problemático debido a sus constantes luchas internas. En este mapa de influencia prioritario, Arabia Saudí también incluiría a Jordania, país con el comparte una larga frontera, existiendo una estrecha relación entre la Casa de Saud y la Casa Hachemir desde hace décadas. En los últimos tiempos de Mubarak, Egipto también comenzó a congeniar más con la estrategia de los sauditas (Katz, 2014, pp. 79-80). Si bien esta tendencia fue paralizada bajo el breve Gobierno de Mursi, bajo el general Al Sisi la buena sintonía vuelve entre los dos ejecutivos.

La zona de influencia o radio de acción de Arabia Saudí ha estado señalada en tres escalas o niveles de interés: primero, los citados miembros del CCG y Yemen, en un segundo nivel sus socios egipcios y jordanos, en una tercera escala, el resto de países de Oriente Medio y la franja del Magreb. Los cercanos Irán e Irak están presentes en un cuadro aparte, vistos no como áreas donde los sauditas pueden hacer imponer su liderazgo, sino como vecinos problemáticos. A este eje se le incluye Siria, donde el bando de Al Asad cuenta con el respaldo ruso e iraní, que le está permitiendo superar el conflicto. Por su parte, los sauditas y otras monarquías del Golfo, que están apoyando a los sublevados (Ayoob, 2012, pp. 84-85), son incapaces de elaborar una estrategia común y ofrecer el mismo soporte que le está dando Moscú y Teherán a su aliado.

Los límites donde el Gobierno saudita fue capaz de ejercer un considerable influjo quedaron perjudicados tras la primavera árabe debido a: 1) algunos ejecutivos o clanes dinásticos tuvieron que hacer frente a revueltas que los desgastaron y repercutieron negativamente en el peso de los Saud en esos países; 2) Yemen cayó en una guerra civil, que fragmentó al país y terminó implicando directamente a Riad, sin presentar solución clara; 3) Catar pasa a ser un Estado que directamente plantea una redefinición de las relaciones bilaterales, desde una posición mucho menos sumisa o de inferioridad. Además, otros Estados como Omán, Kuwait o E.A.U., también están emprendiendo una política exterior más activa, que debilita la hegemonía saudita en el Golfo.

Cada uno de estos aspectos requiere de un tratamiento especial, pero todas las acciones desarrolladas por Salmán van encaminadas a que los Saud mantengan su capacidad de influencia sobre todos estos países. Perseverar en este propósito es un paso esencial para seguir siendo el actor protagonista en la región. Irán está consiguiendo construir un gran arco chiita del que participan Irak, Siria y Líbano (Corradini, 2016), la monarquía árabe necesita contar con el respaldo de unos cuantos Estados que no solo les sean más allegados en sus aspiraciones políticas, sino que además acepten la condición de líder de Arabia Saudí. Por el momento, esta proposición no está nada asegurada en muchas de las naciones que estuvieron bajo el llamado paraguas saudita y, supuestamente, eran las más próximas a las tesis defendidas por Riad.

Las dos principales medidas que está tomando la corona saudita al respecto es la de apoyar a los líderes o regímenes aliados, así como limitar las aspiraciones de aquellos Estados con altas pretensiones, especialmente las de la dinastía de Doha. Esta vía ha sido de las pocas donde ha existido un cierto consenso entre la manera de actuar del rey Abdalá y su sucesor en el cargo. La intervención directa solo se ha aplicado cuando se ha visto un riesgo real de que el ejecutivo incondicional pudiera caer. Estos principios son los que se han seguido en los casos de Bahrein y Yemen, a diferencia de lo que pasó en Egipto. En este último caso, la política y convulsión social egipcia poseen una complejidad que hacen imposible que los sauditas se animen a llevar a cabo una acción que fuera más allá del apoyo oficial y de ayudas económicas.

La relación con Egipto a lo largo de las décadas fue cambiando, desde unos claros rivales hacia una casi completa coincidencia de intereses. La desaparición de la figura de Nasser y la retrotraída política exterior de Al-Sadat a finales de los setenta marcó un antes y un después en las relaciones, que poco a poco fueron dirigiéndose hacia una bilateralidad desequilibrada en favor de Arabia Saudí. Entre 2011 y 2013, mientras la mayoría de países de la zona y potencias extranjeras permanecieron calladas o favorables a la asunción del Gobierno de Mursi, Riad fue de los pocos Gobiernos en demostrar su descontento con un partido político, que no comulgaba con la política regional de los Saud (Matthiesen, 2015b, pp. 4-5). El golpe de 2013 y la llegada al poder de Al-Sisi reestablecieron las relaciones y los sauditas vuelven a sentirse más seguros en ese flanco.

Bahréin y Yemen son los únicos puntos donde se produce una intervención directa, apoyando al régimen imperante. En marzo de 2011 los sauditas temían que si la familia Jalifa caía, se propiciase la asunción de un ejecutivo de mayoría chiita a pocos kilómetros de su costa este. Riad no quería que una dinastía que había sido leal a los Saud quebrara, al mismo tiempo quería dejar claro que no iba a tolerar que directa o indirectamente Teherán fuera a ocupar ese espacio, vendiendo la operación militar como un triunfo sobre el chiismo iraní (Al-Rasheed, 2014, pp. 374-375). En otro nivel bien distinto está el conflicto yemení, que está en un punto de estancamiento total. Las previsiones no parecen indicar que a medio plazo los enfrentamientos vayan a desenredarse, lo que pone en duda la eficacia de la operación militar.

Dentro de esta área de predominio saudita, la política exterior de Catar se está desmarcando como uno de los asuntos más controvertidos. El ascenso del emirato en el escenario regional puede ser entendido como un signo claro de los cambios geopolíticos que se están produciendo, así como un debilitamiento del liderazgo de Arabia Saudí. A lo largo de estos cinco años ni Abdalá ni Salmán han sido capaces de encontrar la forma de encauzar la relación con los cataríes, quienes no parecen dispuestos a renunciar a sus objetivos, persistiendo en sus ambiciones internacionales pese a las desavenencias con la gran nación árabe (Akpınar, 2015, pp. 259-260). La insuficiencia de los Saud por encauzar este tema puede motivar que otras dinastías y ejecutivos no encuentren motivos para seguir manteniéndose bajo la influencia ejercida por el hegemón saudita.

El plan del Gobierno saudita parece seguir una hoja de ruta clara, primero, cuando Catar realiza una acción que le desagrada, reprenden públicamente a sus homólogos esperando que estos se retracten de sus decisiones. Esta ha sido la tónica habitual cuando Arabia Saudí se ha molestado por el acercamiento de Catar a Irán, por la injerencia de los cataríes en la revuelta egipcia y el apoyo al ejecutivo de los Hermanos Musulmanes (Antwi-Boateng, 2013, pp. 45-47). Si los decisores de Doha persisten en su comportamiento, entonces los sauditas coaligados con otros países vecinos, deciden hacer un desplante diplomático, ejemplo de ello fue cuando rompieron relaciones con Catar en el año 2014, forzando una blanda marginación regional. El Estado catarí decidió dar un paso atrás para no quedar aislado del resto de dinastías del Golfo.

Arabia Saudí está consiguiendo arrastrar en sus presiones hacia la monarquía de los Al Thani al resto de miembros del Golfo y Egipto, este último no perdona el apoyo que Catar dispensó a Mursi (Aras y Falk, 2015, pp. 325-326). Queda por ver si en circunstancias mucho más tensas, los sauditas y el resto de aliados deciden ir un paso más allá y la resiliencia de Doha soporta otro envite. El paso posterior a romper relaciones diplomáticas sería el bloqueo económico, un aspecto peliagudo teniendo en cuenta que la única conexión terrestre de la pequeña península catari es con el reino saudita. Lo que parece poco probable es que llegado la situación, los dirigentes de Riad se decidieran por una acción militar. Esto supondría de facto la primera guerra entre socios del CCG, que son a su vez aliados de la potencia estadounidense.

El panorama agitado en las áreas de prioridad saudita no es más que otro reflejo de la brecha en statu quo regional, que está dando lugar a numerosos cambios en las relaciones entre los distintos actores. Una de las premisas básicas de los líderes sauditas es que la estabilidad interna pasa por el reequilibrio regional y este solo se puede lograr si hay un orden regional respetado. Este axioma se rompe tras las revueltas de 2011, aunque ya venía fragmentándose por episodios pasados (Gardner, 2013), lo que lleva a Arabia Saudí a la urgencia de tener que plantearse otras aspiraciones. El Gobierno de Riad no tiene ya que procurar la defensa de un régimen local, sino que tiene que buscar la construcción de otro nuevo, que por lo menos sea igualmente favorable para sus intereses, lo que implica un esfuerzo añadido y reconvertir su programa exterior.

En la década de los setenta y principios de los ochenta del siglo pasado se establecieron las bases del statu quo que se extendió hasta la primavera árabe. Los reyes Faisal y Jálid dirigieron al reino árabe a ocupar un papel protagonista en el tablero de Oriente Medio, mientras se producía el decaimiento del panarabismo, las derrotas árabes frente a Israel, el desfallecimiento del liderazgo egipcio y la llegada al poder de los ayatolás en Irán. En ese contexto los máximos mandatarios sauditas aprovecharon sus oportunidades para ser partícipes directos de la construcción del marco regional, donde Arabia Saudí acabó teniendo un papel central. Actualmente, el rey Salmán y su heredero se encuentran en unas vicisitudes parecidas, urgiendo a no perder el poder acumulado y condicionar los límites sobre los que se apoyará el régimen regional futuro.

La actitud del joven Mohammed bin Salman, quien asume todas las grandes responsabilidades en la política nacional saudita y la estrategia internacional (Mazzetti y Hubbard, 2016), indica que los Saud asumen que el liderazgo ejercido hasta el 2011 es ya parte del pasado. No resulta una tarea sencilla establecer un nuevo statu quo, teniendo en cuenta que en esta fase de transición, son muchos los actores que pretenden jugar un rol distinto al desempeñado en tiempos pasados. Además, Irán y Estados no van a consentir que Arabia Saudí vuelva a ejercer una autoridad similar a la de antes de las revueltas. Queda por saber hasta qué punto el rey Salmán y su sucesor serán capaces de responder a los desafíos presentes y que están por venir. También habrá que tener en cuenta cuál va a ser la reacción del resto de agentes ante la nueva conducta del Estado saudita.

Para redefinir el status que quedó quebrado, uno de los primeros pasos que deben afrontar los príncipes sauditas es la reconstitución de sus espacios de influencia, lo que conlleva a fortalecer su presencia en aquellos países que son considerados sus aliados más estrechos (Obaid, 2014, pp. 22-23). Otro paso en el camino hacia un nuevo orden es el restablecimiento de una agenda común, que propicie un consenso sobre ciertos asuntos de interés común. Si el primer paso ya está resultando complicado, el segundo va a serlo mucho más. Las diversas guerras y tensiones locales, junto a los dispares intereses de los actores, hacen muy difícil que se logre un cierto consenso sobre cuáles deben ser los principales temas a tratar y el modo de encararlos. Riad no cuenta por el momento con la suficiente fuerza para ir imponiendo sus apreciaciones.

Existen otros países que se sienten con capacidad para no dejarse condicionar por las prioridades sauditas. Todo ello es muestra de que los gobernantes sauditas van a tener que manejarse en un panorama regional mucho más contestatario y divergente. La mayoría de los actores miran hacia Siria, sabedores que la resolución de ese conflicto va a ser determinante en las trayectorias locales futuras (Calabrese, 2012). No obstante, como era de esperar, en esta cuestión lo único que comparten unos y otros es que el resultado de la guerra en el país sirio tiene un gran valor geoestratégico, pero no hay concordancia ninguna en la forma de solucionarlo. El final de la contienda tendrá un gran peso a la hora de saber hasta qué punto va a seguir ascendiendo Irán y cómo el poder de Arabia Saudí va a hacer frente a estas desafiantes realidades.

En el trasfondo de muchas de las tensiones latentes en Oriente Medio está la rivalidad hegemónica entre iraníes y sauditas. La canalización de esta disputa se está haciendo a través de un discurso sectario que los propios Saud no están dudando en fomentar (Entessar, 2011). Ahora bien, en un régimen regional en el que Irán parece lo bastante reanimado para no volver a quedar marginado, resulta insuficiente seguir alentando un argumentario sectario y religioso, que hace más difícil las opciones de rebajar los niveles de conflictividad. Los pasos que se están dando tras la primavera árabe, con aciertos y desaciertos de cada actor, van presentando un horizonte que ya deja entrever que los dos Estados competirán por unas ambiciones parecidas. Ambos regímenes comparten el objetivo de hacerse con la hegemonía regional, que supone por ahora una tensa competición por ampliar peso en las dinámicas locales y contrarrestar las fortalezas del otro.

Rubricar una agenda regional común supone para Arabia Saudí una vía para reducir los riesgos y las amenazas, al mismo tiempo que una buena forma de ir restringiendo los avances de los iraníes. El rey Salmán está combinando acciones unilaterales con otras iniciativas que buscan animar la multilateralidad y cooperación conjunta, dejando de lado en todas ellas a Irán y a sus principales socios. Los príncipes sauditas están buscando elaborar un programa regional en sintonía con sus objetivos, pero haciendo mucho más participes a otros Estados con la finalidad de contrarrestar el impulso del régimen persa. Se parte así de un programa árabe o sunita, que excluye al otro polo hegemónico, mientras se está formulando otro eje auspiciado por Irán.

5.2.5. Recuperación del protagonismo regional

Arabia Saudí necesita del reconocimiento internacional como Estado soberano y como potencia regional y musulmana. Para ello, tiene que reafirmar su papel predominante en Oriente Medio, así como continuar destacándose como uno de los principales referentes políticos a escala mundial. Hasta la primavera árabe, nadie dudaba de la importancia de la nación saudita y del requisito de contar con su opinión cuando tocaba abordar temas locales. Jefes de Estado y de Gobierno sabían que visitar el reino sunita era indispensable. Los príncipes sauditas se habían granjeado después de varias décadas de intenso trabajo una reputación dentro de las relaciones internacionales. Convertidos en interlocutores preferentes entre países árabes y el resto del mundo, así como los promotores elementales de la mayoría de proyectos conjuntos regionales.

En estos cinco años el Estado saudita consigue preservar su importancia, siendo todavía uno de los puntos más significativos de la región, pero es cierto que la atención hacia Riad disminuyó notablemente. En la disputa por el liderazgo, Arabia Saudí está topándose con muchos contratiempos y competidores, sobre todo, la reactivada política iraní (Zeraoui, 2014, pp. 67-68). Oriente Medio se encuentra en una fase de transición, donde los roles están mutando a un elevado ritmo, por lo que el tipo de liderazgo regional no volverá a ser el mismo. Empero, eso no es óbice para los actuales dirigentes sauditas, quienes no están dispuestos a renunciar a seguir siendo uno de los máximos estandartes del mundo árabe en las próximas décadas.

El cuestionamiento de su liderazgo en Oriente Medio viene desde dos vertientes bien distintas, por un lado, los agentes que directamente no quieren que Arabia Saudí siga siendo el principal actor de las relaciones regionales, situado en la cabeza de esta confrontación está el ejecutivo iraní (Ighani, 2016). Por otro lado, estarían aquellos que reconocen el rol central de los Saud, pero que demandan una modificación en la forma de ejercer esta hegemonía. En este grupo se localizarían tanto los principales aliados en la zona, como son la mayoría de Estados del Golfo, Jordania o Egipto, así como su máximo apoyo extranjero, EE.UU. Las críticas de los primeros y las advertencias de los segundos obligan a los príncipes sauditas a replantearse qué tipo de poder pueden y deben ejercer sobre un entorno que ya no responde a los mismos estímulos.

El liderazgo se ejerce y se reconoce, estas dos características son asumidas por el rey Salmán y sus herederos, quienes no creen que la pasividad ante las crisis abiertas en la zona sea la mejor manera de asegurar la preminencia de su país. Arabia Saudí sigue reuniendo unas significativas cualidades para acaparar la cúspide de la jerarquía regional, no obstante, otros actores también están sumando capacidades que les permiten cuestionar el absolutismo con el que Riad se movió antes de la primavera árabe. La Casa de Saud ve peligrar su poderío en Oriente Medio y, por ende, la pérdida del reconocimiento de terceros. Una amenaza seria para los intereses nacionales básicos del reino, que ligan el porvenir exterior con el interior.

El orden regional quebró y ahora distintas fuerzas contrapuestas intentan restaurarlo, atendiendo solo a sus prioridades. Arabia Saudí lidera todos aquellos agentes que apuestan por una estructura más o menos semejante a la establecida antes de 2011. Por su parte, Irán encabeza a otro grupo que no desea recuperar los pilares pasados y aboga por una remodelación profunda (Cook, Stokes y Brock, 2014, pp. 4-5). Las tensiones surgen tanto porque desde Riad como Teherán quieren encabezar ese nuevo statu quo. Al mismo tiempo, no existe una definición clara de cuantos elementos serán herederos del anterior orden y cuantos serán elementos nuevo habrá que tener en cuenta. Estos dilemas son las que están en el trasfondo de muchas de las crisis y guerras actuales. Por eso, cobra tanta importancia lo que pueda llegar a suceder en Siria o Yemen.

Este es uno de los espacios donde se aprecia una mayor diferencia entre la gestión realizada por el rey Abdalá y su sucesor en el cargo Salmán. Mientras el primero rehusó involucrarse en muchas de las vicisitudes que acontecieron a su alrededor, por temor a verse afectado internamente o porque creía que no iban a ser tan negativas para los intereses sauditas. El actual monarca ha expresado con sus decisiones que la complacencia y la prudencia llegaron a su fin (Gardner, 2016), el poder de Arabia Saudí va a volver a hacerse notar en Oriente Medio. Para el nuevo Gobierno, el coste de no involucrarse en las principales dinámicas regionales está siendo mucho más elevado que el premio por mantenerse en un segundo plano. Los años de calculada equidistancia solo aportaron un deterioro de la imagen de hegemonía del reino sunita.

En pleno proceso de reconfiguración de roles tras el decaimiento del statu quo, uno de los puntos más candentes está siendo determinar el papel que tendrá el Estado de Arabia Saudí dentro de las relaciones regionales. La prioridad absoluta para los sauditas es preservar su cuota de liderazgo y seguir siendo reconocidos como referentes de la zona y del mundo musulmán. De ahí, la combatividad de la nueva política exterior del nuevo monarca (Schenker, 2016). Sus decisiones van encaminadas a alcanzar los siguientes cuatro objetivos: 1) reactivar su presencia en las vicisitudes regionales; 2) fortalecer alianzas con Estados y actores regionales afines; 3) reducir la influencia iraní en Oriente Medio; 4) mantenerse como líder en la esfera árabe y sunita.

La reactivación de su presencia en las vicisitudes regionales tiene varias implicaciones, por un lado, los gobernantes sauditas reconocen implícitamente que la política seguida tiempo atrás no fue del todo acertada, por otro lado, asumen que su país estaba perdiendo relevancia en muchas de los incidentes locales, lo que ha inducido a ese debilitamiento de su hegemonía regional. La duda ahora es saber hasta qué punto Arabia Saudí va a ser capaz de aguantar en los diferentes frentes en los que se termina involucrando y qué resultados puede obtener de todos ellos a largo plazo. La guerra en Yemen o su enfrentamiento dialéctico con Irán, Catar, el régimen de Al-Asad y sus discrepancias con la diplomacia de Washington tienen un importante desgaste en términos políticos, pero también económicos, militares o diplomáticos.

Su principal rival en la zona, Irán, ha empleado los cinco años posteriores a la primavera árabe para ir fijando distintas alianzas, que le permitan consolidar su ascenso y evitar volver a quedar arrinconado. El Gobierno iraní formula su propia zona de influencia, siendo un área que se aproxima hacia latitudes tradicionalmente dominadas por Arabia Saudí. El ejecutivo de Rouhaní, anteriormente Ahmadineyad, se están encargando de elevar la presencia iraní en las relaciones internacionales, ampliando sus alianzas por todo el mundo (Rózsa, 2013, pp. 21-22). Los sauditas observan con indignación como el poder de los ayatolás se robustecía en centros como Irak y Siria, mientras avanza sobre la costa oeste del Golfo y el interior de la propia península arábiga, a través de las supuestas conexiones con comunidades chiitas.

Riad necesita fortalecer sus alianzas tanto para recobrar relevancia en las dinámicas regionales como para implantar barreras de contención frente a su rival. El rey Salmán espera tener mejor sintonía con el nuevo presidente de los EE.UU., quien postula mantener una política más reacia con los iraníes (Daiss, 2016). Asimismo, los saudís quieren seguir atrayendo para sí a la mayoría de países árabes de Oriente Medio, lo que continuaría representando una importante brecha para los deseos hegemónicos de Irán. El país de tradición chiita no solo es mal visto por sus contrincantes sauditas. Existen otros Gobiernos y monarquías que tampoco aprecian positivamente el modelo político iraní ni sus intenciones exteriores. Su programa nuclear creó una desconfianza absoluta con el resto de vecinos, que todavía hoy lo miran con recelo.

Irán es el único Estado con las cualidades para hacer sombra al reino sunita o por lo menos para reducir su poderío. El Gobierno de Teherán está encontrado en la inestabilidad iraquí y en la guerra siria una buena vía para extender su influjo. Además, en esta carrera por hacerse con la hegemonía local los iraníes han contado a su favor con la deficiente estrategia planteada por los sauditas. Con el agresivo planteamiento del príncipe Mohammed bin Salman el régimen de los ayatolás va a tener mucho más difícil inmiscuirse en según qué cuestiones. Más aún, si como se prevé Donald Trump aplica una política distinta con respecto a la desarrollada por Barack Obama, quien se encargó de tender vías de entendimiento con los iraníes.

La política exterior de Arabia Saudí está parcelada en cuatro dimensiones: 1) la prioritaria sobre el Golfo; 2) la dimensión árabe o regional; 3) el mundo Islámico y 4) la sociedad internacional (Al-Ghamdi, 2011). Sobre estos principios ahora Riad quiere reestablecer varias líneas sobre las que poder restringir la fuerza iraní. Primero, haciéndole frente en el Golfo con el resto de monarquías árabes. Segundo, recuperando una distinción sectaria clara entre Estados árabes y sunnitas y naciones no sunnitas dentro del entorno de Oriente Medio y la esfera musulmana. Tercero, volver a implantar un cordón sanitario sobre Irán a escala internacional, contando con la connivencia de EE.UU. y otras potencias extranjeras. Para estas finalidades los dirigentes sauditas tienen que ampliar sus alianzas estratégicas, tanto para establecer su propia zona de influencia y evitar la injerencia iraní como para obtener unos resultados más óptimos.

El Estado saudita necesita más que nunca sentirse respaldado por terceros y, sobre todo, contar con el seguimiento de otros países a la hora de abordar determinados contratiempos. Arabia Saudí quiere trasladar el enfrentamiento con Irán a un nivel mucho más complejo que el de dos actores luchando por la hegemonía, para convertirlo en una disputa entre un bloque de Estados liderados por los Saud frente al poder iraní. El deseo es el de volver a facilitar un cierto aislamiento internacional de Teherán, aunque esto último parece muy difícil, y presentar la contienda en términos de un grupo más o menos homogéneo frente a un actor díscolo. El relato saudita se apoya precisamente en las diferencias religiosas y étnicas, pero también en los intereses políticos contrapuestos entre la mayoría de países de Oriente Medio e Irán.

Los príncipes sauditas pretenden que el resto de Estados y los estadounidenses noten las consecuencias negativas del auge iraní. Para Riad el foco de muchos de los problemas de la región es la agresiva política internacional de Irán (Al Faisal, 2013, pp. 38-40), a quien acusan de buscar dominar la zona por encima de otros países y atacar los intereses de Occidente. En contra a esas posiciones, Arabia Saudí aparece como el líder de un movimiento unido frente a un poder no deseado. Un argumento entre blanco y negro, buenos y malos, pero no con los Saud emprendiendo la batalla en solitario, sino recogiendo apoyo entre otros actores. Erigiéndose el reino saudita como el actor clave para frenar a Teherán y recobrar la estabilidad en la zona.

La primera línea puesta en el Golfo viene a estar constituida por todos los socios del CCG más el Gobierno central de Yemen. Es un primer cohorte entre Irán e Irak y el conjunto de países restantes, con el firme propósito del que famoso arco chií no encuentre ninguna vía por la que extenderse por esa área. Sin embargo, en esta demarcación surgen dos dudosos actores, que debilitan la viabilidad y solidez de la barrera creada. Por un lado, Catar y su ambivalente política hacia su vecino persa, está creando una grieta profunda en el discurso que Arabia Saudí pretende enarbolar dentro del CCG. Por otro lado, la guerra civil en Yemen y el bando de los hutíes, acusados de estar armados y apoyados por Teherán (Echagüe, 2015, pp. 83-84), son otro punto clave que rompe la sintonía u homogeneidad de los seis socios y el Gobierno yemení.

El segundo cinturón que comienza a implantarse es el referido al conjunto de Oriente Medio y la esfera musulmana al completo, distinguiendo entre países árabes y sunnitas y los de tendencia chiita. Esta distinción sobrepasa los límites de la región para trasladarse a todo el espectro de países con importantes seguidores del islam, ahondando en el discurso sectario al que tantas veces recurren los dirigentes sauditas. El objetivo es colocar a Arabia Saudí en el centro de todos aquellos Estados árabes y de tradición sunita, frente al eje chiita promovido por los iraníes. Esta es una de las principales motivaciones que se esconden tras la creación de la Alianza Militar Islámica en diciembre de 2015. Una entidad multilateral poco definida, que por ahora no piensa contar en su seno con la participación de los iraníes, iraquíes y sirios.

Tomando el número de participantes iniciales de la Alianza Militar Islámica, treinta y cinco, dadas las circunstancias actuales, resulta inverosímil que tantos Estados sean capaces de ponerse de acuerdo en temas como la seguridad y la defensa. Además, dentro de ese frente sunita hay actores como Turquía o Catar, que no desean ni aspiran a quedar subsumidos por el liderazgo saudita, ya que tienen sus propias ambiciones regionales que van más allá de las líneas rojas marcadas por los Saud. Más aún, en esa invitación a los países islamistas se llega a un cinturón extenso que va desde Marruecos hasta Malasia, pasando por otros tantos países africanos y asiáticos (Jenkins, 2016), que hace muy complicado lograr congeniar tantos intereses. Esta alianza no ha presentado una agenda concreta de actuación y es bastante difícil que llegue a plasmarse a medio plazo.

El tercer frente que Arabia Saudí aspira abrir es uno a escala mundial, para reducir el auge iraní dentro de la sociedad internacional. Este plan requeriría de una renovada alianza con Washington, a expensas de la estrategia que decida seguir Donald Trump, y de la conveniencia de otras potencias extranjeras, como los Estados europeos o China. Además, en este propósito podría llegar a contar con la estimable ayuda de Israel, que tampoco compartió el acercamiento de la Administración Obama con Irán, con quien está comenzado a tener una relación más cordial (Roy, 2012, pp. 16). No obstante, es improbable que se vuelva a dar un contexto en el que el Gobierno iraní quede tan relegado como en el paso, sobre todo, porque en estos últimos años está sabiendo establecer nuevas relaciones por todo el mundo para evitar la exclusión.

Comienzan a esclarecerse las dudas en torno a la conducta que iba tener el Estado saudita bajo el nuevo monarca. Arabia Saudí abandona la precaución calculada para pasar a una actividad mucho más agresiva (Berenguer, 2016, pp. 12-13). Las asociaciones que está planteando o reformulando el Gobierno saudita a lo largo de estos últimos años están persiguiendo dos metas, por un lado, recuperar el protagonismo en las relaciones regionales, por otro lado, poner obstáculos a la expansión del influjo iraní. Tanto el régimen iraní como la monarquía saudita están dibujando sus propios mapas de liderazgo. Riad sabe que sus opciones en terrenos como Siria o Irak son escasas, pero no por ello va a dejar de interpelar en la estabilidad de esos países.

De igual forma, Irán asume que es casi imposible que logre penetrar en algunos países árabes, que son leales al liderazgo saudita. No obstante, puede aprovechar las debilidades de su oponente en algunos terrenos como con la monarquía catari o en el conflicto yemení. Casi en el momento después de los primeros levantamientos de la primavera árabe, el polo iraní comenzó a rediseñar sus alianzas y coaliciones locales, con el deseo de ir abriéndose espacio entre la sucesión de crisis y conflictos. Por su parte, cuatro años después de que la llama de la revolución prendiera, los dirigentes sauditas comenzaron, con la estrategia del rey Salmán, a plasmar sobre el terreno una nueva política regional, basada en los mismos objetivos, pero con una perspectiva renovada y partiendo de la base de la urgencia de recoger apoyos en su enfrentamiento con Irán.

Tabla 5: Objetivos regionales tras la primavera árabe

Interés nacional	Objetivo regional	Acontecimiento	Respuesta
DEFENSA DE SU SOBERANÍA Y UNIDAD TERRITORIAL	Defensa de sus fronteras	<ul style="list-style-type: none"> • Conflicto en Yemen • Inestabilidad en Irak 	<ul style="list-style-type: none"> • Intervención militar en Yemen • Asegurar frontera septentrional y apoyar facciones sunnitas en Irak
	Evitar injerencias externas	<ul style="list-style-type: none"> • Influjo iraní sobre población saudí chiita • Penetración de ideas revolucionarias 	<ul style="list-style-type: none"> • Promover discurso sectario • Aumentar la presión y coerción
DIFUSIÓN DE LOS VALORES WAHABITAS	Expansión de la doctrina wahabita	<ul style="list-style-type: none"> • Críticas al radicalismo sunnita saudí • Vínculos con grupos terroristas 	<ul style="list-style-type: none"> • Financiar comunidades de creyentes en la región • Fortalecer la lucha contra el terrorismo
	Combatir discursos críticos	<ul style="list-style-type: none"> • Discursos radicales islamistas • Demandas progresistas y liberales 	<ul style="list-style-type: none"> • Wahabismo como herramienta contrargumentativa • Religión como elemento disuasorio de revolución
LEALTAD AL REY	Reconocimiento a la figura del monarca	<ul style="list-style-type: none"> • Presiones de EE.UU. para cambiar modelo político • Auge de partidos islamistas y otros modelos políticos 	<ul style="list-style-type: none"> • Erigirse como barrera al radicalismo • Defender la estabilidad en contra de la revolución
	Defensa de la familia Saud	<ul style="list-style-type: none"> • Críticas internas a la corrupción del gobierno • Tensiones por la sucesión al trono 	<ul style="list-style-type: none"> • Cercenar críticas a cargos públicos y familia real • Regeneración de los líderes sauditas
ESTABILIDAD INTERNA	Proteger zonas de influencias	<ul style="list-style-type: none"> • Crisis en países del Golfo y la península • Mayor autonomía de Catar 	<ul style="list-style-type: none"> • Sostener a gobiernos afines • Limitar las ambiciones cataríes
	Mantener statu quo regional	<ul style="list-style-type: none"> • Brecha del statu quo regional • Numerosos puntos de conflicto 	<ul style="list-style-type: none"> • Recomponer el orden regional • Reorientar la agenda regional
RECONOCIMIENTO INTERNACIONAL	Liderazgo regional	<ul style="list-style-type: none"> • Reconfiguración de roles y alianzas • Ascenso de Irán en la región 	<ul style="list-style-type: none"> • Fortalecer alianzas estratégicas • Reducir influencia iraní
	Referente del mundo musulmán	<ul style="list-style-type: none"> • Cuestionamiento del liderazgo saudita • Problemas para imponer sus objetivos 	<ul style="list-style-type: none"> • Mantenerse como líder de la esfera islámica • Reactivar su presencia internacional

Fuente: Elaboración propia

Capítulo VI

Principales temas de la agenda regional saudita

Arabia Saudí es un actor determinante en muchas de las dinámicas regionales y conflictos que se están produciendo. Sus percepciones de amenazas y oportunidades, así como las diferentes visiones que existen dentro de la familia real, terminan plasmándose en las acciones realizadas durante los últimos años tras la primavera árabe. La guerra en Yemen, la represión en Bahréin o la lucha sectaria en Siria no pueden ser comprendidas si no se atiende al papel que está desempeñando el Gobierno saudita. Entre estas prioridades también están su enfrentamiento hegemónico con Irán, sus desavenencias con EE.UU. o su decidido apoyo a grupos sunitas.

El Ministerio de Asuntos Exteriores del reino destaca en su web que su política exterior está determinada por principios geográficos, históricos, religiosos, políticos, económicos y de seguridad. Ello da lugar a que su acción internacional se dibuje a través de cuatro círculos según el grado de importancia que se les concede. El primero es referido a sus aliados del CCG. El segundo lo constituiría el mundo árabe, con los Estados vecinos de Oriente Medio y de tradición árabe del Magreb. En el tercer nivel se habla de la dimensión islámica, aludiendo a su papel dentro de la sociedad internacional desde la perspectiva religiosa. En una cuarta esfera trata su relación con terceros actores internacionales que no están presentes en las anteriores.

EE.UU. entra dentro del cuadrante de relaciones preferentes, debido a su estratégica alianza, esencial en lo que se refiere a cuestiones de seguridad, defensa y economía, así como por su fuerte presencia en el Golfo. La rivalidad histórica que mantiene con Teherán por la consecución del liderazgo regional, hace que también sea uno de los puntos más vitales de la agenda exterior saudita. El primer círculo se compone de los cinco miembros del CCG, es decir, Kuwait, Bahréin, Catar, E.A.U. y Omán. El Gobierno de Arabia Saudí reconoce a estos países dentro de su zona prioritaria de influencia. Alega para ello razones históricas, culturales, económicas, ligazones entre dinastías reales y la consecución de mismos objetivos exteriores. Aunque no es mencionado, en este grupo entraría también Yemen, considerado como el elemento fronterizo más peligroso.

El segundo círculo se canaliza a través de la Liga Árabe, donde se encuentran representados 22 países desde el Golfo y el Cuerno de África hasta la costa atlántica del Magreb. De esta organización ha quedado excluido Irán desde sus inicios, durante unos meses de 2011 Libia y más recientemente Siria. Aunque en los primeros momentos, los Saud no estimaron suficientemente esta institución y el espíritu panarabista que lo originó, posteriormente lo han utilizado como una vía para hacer llegar sus pretensiones regionales, imponer su autoridad y marginar a los líderes más controvertidos. Por su particular visión de la identidad árabe, el Gobierno saudita está fortaleciendo sus relaciones con Estados como el marroquí, somalí o el sudanés.

En la tercera esfera se argumenta la importancia del islam dentro de la política exterior del reino. Para los Saud no solo es la piedra angular de su poder en su territorio, sino también la marca para relacionarse con terceros actores. Ese islamismo predominante en la visión saudita se traslada a organizaciones como la Liga Mundial Islámica y la Organización para la Cooperación Islámica (OIC). De la misma forma, es la razón para la fuerte presencia de Arabia Saudí en países de tradición islámica y en las comunidades de musulmanes repartidas por todo el mundo. El propósito último de esta política no es otro que producir un orden mundial donde se tengan en cuenta los valores musulmanes y las demandas de los sauditas.

En la última escala están sus relaciones con aquellos otros actores no regionales y no musulmanes, así como su presencia en organizaciones internacionales alejadas de la idiosincrasia islámica. En este cinturón se analiza el papel saudita en organismos de Naciones Unidas (ONU) y otras estructuras internacionales como la OPEP o el G-20, así como sus relaciones bilaterales con países europeos, como España, Francia, Reino Unido o Alemania y su acercamiento a las economías asiáticas, principalmente China, Japón e India, con las que comparte crecientes vínculos comerciales. Desde el Gobierno saudita se esgrime la necesidad de promover la cooperación y la gobernanza conjunta, al mismo tiempo que se formula la construcción de una arquitectura mundial que tenga más en cuenta las particularidades de aquellas zonas no occidentales.

Bajo estos círculos básicos sobre los que se estructura la política exterior de Arabia Saudí se formulan los temas principales de su agenda internacional. Cobra especial interés la evolución de sus relaciones con el resto de monarquías del Golfo tras la primavera árabe. Sobre todo, el paraguas de protección ofrecido a la dinastía Al Jalifa de Bahréin, el fortalecimiento de acciones conjuntas con E.A.U., así como sus continuas tensiones con la familia real catari. Por su parte, Yemen y Siria son puntos de gran interés porque la resolución de ambos conflictos tendrá importantes efectos sobre el liderazgo en la zona. En ambos escenarios los responsables sauditas recurren a una argumentación sectaria, reconociendo implícitamente que en el trasfondo hay una colisión entre los objetivos sauditas e iraníes por la reconfiguración del orden regional.

Washington es un actor determinante para las estrategias de seguridad y defensa de los sauditas. Cualquier decisión que vaya a tomar Donald Trump tendrá efectos profundos en la política exterior de Arabia Saudí y en otros dilemas como la disputa por el liderazgo regional. Por otra parte, el tema de Irán es una de las mayores inquietudes en los últimos tiempos para el régimen saudita. Desde la revolución iraní de 1979, la familia Saud no había percibido tan claramente que la fuerza del Estado vecino pudiera hacer sombra a su liderazgo. Sin duda alguna, otros asuntos como la inestabilidad política en Egipto, las tensiones sectarias en Irak o el enquistado tema de Palestina también serían objetos de análisis, pero debido a la importancia que tienen las primeras cuestiones es preferible limitar las actuaciones sauditas a dichos campos.

6.1. Las monarquías del Golfo y el liderazgo saudita

El primer círculo de interés de la política exterior saudita se circunscribe en torno al Golfo y a los miembros del CCG. El primer paso de Arabia Saudí para ascender en la escena regional y consolidarse como líder pasa primordialmente por su capacidad de influencia sobre el resto de miembros de esta organización, con los que comparte estrechos vínculos políticos y económicos, así como cooperación en temas de seguridad y defensa. Las monarquías de Kuwait, E.A.U., Omán, Catar y Bahreín son estimadas por los príncipes Saud como apéndices directos de su propia estabilidad y seguridad. Las relaciones entre las dinastías entremezclan las afinidades personales con los intereses de Estado, lo que provoca que en muchas ocasiones se confundan las verdaderas razones de los problemas y diferencias que surgen entre estos regímenes.

El interés máximo de todos estos gobernantes es conservar el poder y evitar injerencias externas que amenacen su autoridad y estabilidad. Estos propósitos no se podrían haber logrado sin la defensa ofrecida por EE.UU. (Mainuddin, 2016, pp. 165-166), que suplió durante décadas la escasa preocupación que existió en estos temas entre los miembros del CCG. En este estrecho enclave convergen los seis emiratos o monarquías árabes, la democracia iraquí e Irán. Estos dos últimos reciben un trato diferente por parte de la realeza saudita, que los considera un peligro más que potenciales aliados. En las consideraciones de Riad se distinguen cuatro categorizaciones: 1) un peligro; 2) una latente inestabilidad; 3) una constante fricción y 4) socios más o menos fiables.

El primer punto hace referencia clara al Estado de los ayatolás, aunque en su momento también lo representó el Irak de Sadam Hussein. Irán es ahora mismo el principal tema de incertidumbre en el Golfo. El elemento de constante fricción es Catar, que lleva protagonizando numerosas rencillas con el resto de monarquías y particularmente con los Saud, debido a que su política exterior está contraviniendo en muchas ocasiones los intereses de los demás (Haykel, 2013). El resto de Estados están teniendo una actitud más cercana a las estrategias sauditas. Tanto Kuwait, EAU, Omán o Bahreín comparten muchas de las preocupaciones internacionales de Riad, pero no todos asumen del mismo grado esa notoriedad del reino saudita.

El CCG no representa un bloque tan homogéneo como cabría esperar, sobre todo porque cada Estado posee sus propias consideraciones sobre las relaciones que debe mantener con los otros miembros, con EE.UU. o su estrategia hacia la potencia iraní. La nación estadounidense ha ejercido una posición cuasi hegemónica en esta área desde la segunda mitad del siglo XX. Las monarquías árabes son sus aliados más estrechos en Oriente Medio junto a Israel y Turquía (Halliday, 2005, pp. 138-142). Es el principal socio comercial y su aliado estratégico en defensa. Los estadounidenses tienen una presencia militar notoria en cinco de los seis participantes del CCG, exceptuando Arabia Saudí que debido a las presiones de los sectores más conservadores no permite oficialmente contingentes militares extranjeros en su territorio.

El grado de amenaza con el que es percibido el régimen de los ayatolás varía según el país involucrado. Saliéndose de la polarización establecida por los sauditas, la dinastía Al Thani y los dirigentes de Omán se distinguen por tener unas aproximaciones mucho más distendidas con la República Islámica (Vatanka, 2012). Por distintos motivos, Arabia Saudí, Bahreín y E.A.U. mantienen un rechazo absoluto al Estado iraní, considerado la principal amenaza para la estabilidad de sus monarquías y la seguridad de esta zona.

Arabia Saudí ha intentado reiteradamente incluir a Yemen dentro del CCG. Para los líderes omaníes y sauditas los sucesos internos en Yemen son una amenaza constante (Berenguer, 2015, pp. 2-4). Tiempo atrás, Irak fue un punto crucial en el diseño de los planes de defensa, como demostraron las dos contiendas en 1991 y 2003. Pero en la actualidad es un problema que preocupa sobremanera a Kuwait, a EE.UU., a Irán y a Arabia Saudí en su disputa por controlar áreas de influencia. Para el resto de los Estados no es ya una cuestión tan prioritaria.

Valorando las relaciones en una escala de cuatro niveles: estrecha (verde), cordial (azul), tensa (naranja) y negativa (rojo), se puede resumir el grado de los vínculos. La categorización estrecha se refiere a una relación en la que existe una convergencia casi absoluta de intereses. Un nivel cordial no llega a alcanzar el nivel de relación estrecha, pero es una bilateralidad distendida y provechosa. El nivel tenso hace referencia a unas relaciones que se encuentran deterioradas o en un estadio de enfriamiento. La calificación negativa explica unas relaciones caracterizadas por la confrontación y la absoluta disparidad de intereses, que llegan a ser objeto de disputa.

Tabla 6: Relaciones entre Estados del CCG, EE.UU. e Irán

	Arabia Saudí	Bahreín	Catar	E.A.U.	Kuwait	Omán	EE.UU.	Irán
Arabia Saudí		Estrecha	Tensa	Estrecha	Estrecha	Cordial	Tensa	Negativa
Bahreín	Estrecha		Tensa	Estrecha	Cordial	Cordial	Estrecha	Negativa
Catar	Tensa	Tensa		Tensa	Cordial	Cordial	Estrecha	Cordial
E.A.U.	Estrecha	Estrecha	Tensa		Cordial	Cordial	Estrecha	Negativa
Kuwait	Estrecha	Cordial	Cordial	Cordial		Cordial	Estrecha	Tensa
Omán	Cordial	Cordial	Cordial	Cordial	Cordial		Estrecha	Cordial
EE.UU.	Tensa	Estrecha	Estrecha	Estrecha	Estrecha	Estrecha		Tensa
Irán	Negativa	Negativa	Cordial	Negativa	Tensa	Cordial	Tensa	

Fuente: Elaboración propia

Arabia Saudí tiene una relación estrecha con Bahréin, E.A.U. y Kuwait, quienes en los últimos años están siguiendo en un alto grado las disposiciones defendidas por los Saud. Omán es un Estado con el que los sauditas mantienen unas buenas relaciones, pero nunca han conseguido ejercer un influjo tan grande como con otros vecinos. En el nivel de relaciones tensas con Riad entrarían Catar y EE.UU., que, sin dejar de ser aliados, en los últimos tiempos sus encuentros se están deteriorando por las diferentes apreciaciones y políticas aplicadas en la región. Irán es el Estado que tiene unas relaciones más negativas con el resto de los actores estatales, en muchos casos, se encuentran rotas y bajo un prisma de enfrentamiento directo.

Irán tiene relaciones negativas con Arabia Saudí a causa de la disputa por el liderazgo regional, así como con Bahréin, quien le acusa de alentar las protestas chiitas dentro de su archipiélago y con E.A.U. por la disputa territorial sobre las islas de Abu Musa, Tonb Mayor y Tonb Menor (Beeman, 2009, pp. 152-153). Por su parte, las relaciones con Catar y Omán entran dentro de la clasificación de cordiales, ya que son los dos únicos Estados del CCG que desde hace décadas han preservado positivas asociaciones económicas y encuentros diplomáticos. La situación con EE.UU., que había sido negativa en el pasado, está pasando a un nivel cercano al tenso y menos conflictivo. La relación entre Teherán y Washington está mejorando, gracias en parte al acuerdo nuclear alcanzado y a un acercamiento entre Rouhaní y la Administración Obama.

Este nivel de tensión irano-estadounidense es diferente a la relación tensa de EE.UU. con Arabia Saudí. Este último caso es producto de un deterioro, que están produciendo que la estratégica alianza se encuentre desgastada (Mason, 2014, pp. 32-33). Este es un punto que puede verse trastocado con el nuevo presidente estadounidense y los cambios anunciados en su política para Oriente Medio. Kuwait, E.A.U. y Bahréin destacan por ser más afines a las directrices sauditas. Sin embargo, mientras el emirato bahreiní quedó en la práctica bajo el tutelaje de Arabia Saudí, los Gobiernos kuwaitíes y de Abu Dabi tienen más posibilidades de implementar medidas internacionales autónomas. Esto explicaría que Kuwait no tenga una relación tan tensa con Irán, o bien, que la federación de Emiratos tenga una presencia considerable en conflictos regionales.

Los Estados de Catar y Omán representan escenarios muy desemejantes. Las fricciones con el Gobierno de Doha son recurrentes dentro del CCG, lo que motiva sus tensas relaciones con Arabia Saudí, E.A.U. o Bahréin, sobre todo, por su cercanía con Irán (Roberts, 2012a), como por respaldar a grupos políticos y religiosos que van en contra de los intereses de las monarquías vecinas. El sultán de Omán se distingue por desarrollar una política regional que no provoque grandes enemistades, pero le permita contar con cierta autonomía. Esa estrategia produce que la mayoría de sus vínculos con el resto sean cordiales pero sin llegar a ser estrechos. Con todo ello, se evidencia que las relaciones, dentro del Golfo y en el seno del CCG, son complejas y heterogéneas, yendo más allá de la sectaria dicotomía entre los creyentes chiitas y sunnitas.

6.1.1. El papel de Kuwait, E.A.U. y Omán en el Golfo

En 1981 se creaba el CCG como respuesta regional ante los cambios mundiales y locales que estaban sucediendo. Las seis monarquías árabes del Golfo (Arabia Saudí, Omán, E.A.U., Catar, Kuwait y Bahrein) se unían en una organización regional, creada para favorecer un alto nivel de integración en las esferas de la política, seguridad, energía y economía (Nadal, 2016). Estos Estados compartían entonces unas mismas preocupaciones: A) amenazas a su seguridad por el radicalismo religioso, Irán, Irak y Yemen; B) una falta de estructuras de defensa sólidas más allá del amparo estadounidense; C) estrechas relaciones con el hegemón estadounidense; D) extremo recelo por su soberanía y estabilidad interna; E) seguridad energética y su papel en los mercados internacionales; F) tratar los flujos de mercancías y personas entre los países miembros.

Los trabajos del CCG se han centrado a lo largo de todo este tiempo en intentar integrar sus economías, unificar políticas exteriores y materializar una estrategia de seguridad común. Sin embargo, aunque en muchos de los puntos esenciales tienen una clara visión consensuada, no hay un interés resolutivo por plasmar acciones comunes de gran calado (Martín, 2013, pp. 142-145). A pesar de que se han producido pequeños impulsos como la creación en 1985 de la fuerza militar del Escudo Militar, el acuerdo económico de 2001 o la normalización de políticas y legislaciones financieras y económicas, la organización se está quedando atrás a la hora de unificar los objetivos de cada uno de los Estados y de funcionar como una entidad homogénea.

La primavera árabe puso de manifiesto ciertas incompatibilidades entre las prioridades de unas dinastías y otras. Pese a que existen problemas que requieren de una solución conjunta, los dirigentes prefieren ante todo mantener su independencia y están optando por buscar sus propias vías para la estabilidad, defensa y desarrollo económico. Arabia Saudí aprovechó las debilidades de otros grandes Estados como Egipto o Irán, para ampliar su influencia en el mundo árabe y en el Golfo en el pasado, presentándose como el “primero entre iguales” (Ehteshami, 2012, pp. 264-265). Sin embargo, esta condescendencia y liderazgo saudita no ha sido siempre aceptado por los Estados vecinos. Riad siempre persigue convertir la Liga Árabe, el CCG o la Organización para la Cooperación Islámica en medios para afianzar su protagonismo.

En los planes regionales de Arabia Saudí, el CCG está formulado como un cortafuego al influjo iraní u otras corrientes críticas. Pero en contadas ocasiones surge una respuesta conjunta o los sauditas alcanzan a imponer sus objetivos. En cuestiones económicas los monarcas tienen frente a ellos un dilema, que está siendo un gran obstáculo para la integración de los países (Legrenzi, 2011, pp. 70-72). Si apuestan por la liberalización de sus economías, eliminando barreras en favor de la unión económica, implicaría la pérdida del control estatal de este importante ámbito. Por tanto, el modelo rentista, que dirige aún el desarrollo de sus naciones, proporcionándoles los recursos suficientes para mantenerse en el poder, podría llegar a desaparecer.

Arabia Saudí quiere que todas las partes del CCG hablen con una sola voz en los foros internacionales, preferentemente a través del rey saudita, pero esto no se ha conseguido ni para las estrategias políticas, ni para temas económicos ni cuestiones de seguridad. Las desavenencias más claras entre el liderazgo saudita y sus aliados más cercanos están en torno a cómo afrontar rivalidades y amenazas (Lawson, 2011, pp. 56-59). La conflictividad planteada por Riad contra Irán presenta un problema para el resto de los socios, ya que algunos Estados se cuestionan hasta qué punto les resulta provechoso seguir la estela saudita. La Casa de Saud es incapaz de convencer y arrastrar en su plan para aislar a Irán a todo el conjunto de emiratos árabes, que no aprecian de la misma forma el riesgo que supone el ascenso de Teherán.

Desde la primavera árabe los cinco miembros restantes han tenido que posicionarse ante sus relaciones con Irán y Arabia Saudí. Hay una fuerte divergencia en el seno de la organización sobre el tipo de relación que tienen que mantener con Teherán y sobre el grado de protagonismo que debe tenerla monarquía saudita, quien siempre presiona incesante para que se respalden sus premisas (Wright, 2011, pp. 88-89). Bahrein, E.A.U. y Kuwait son los socios más próximos a las tesis sauditas, mientras Omán y Catar postulan planteamientos más autónomos y menos agresivos contra los iraníes. La diferencia sustancial entre estos dos Estados está siendo que Doha amplía su independencia internacional hacia diversas circunstancias regionales, donde choca con los intereses sauditas y los de otros miembros del CCG.

Omán es el Estado que más desapercibido está pasando en la reciente historia del Golfo, alejado de las polémicas y enfrentamientos más controvertidos. Este país es caracterizado como uno de los más estables, seguros y desarrollados del mundo árabe, bajo el Gobierno autoritario del sultán Qabus bin Said al Said desde 1970, quien se ha asegurado de construir un poder central fuerte sobre todo el territorio (Manea, 2005, pp. 94-95). Aprovechando la explotación de recursos energéticos, el Jefe del Estado ha promovido un desarrollo económico semejante al resto de sus vecinos. En política exterior se mantiene como un colaborador fiable de Reino Unido y EE.UU., aunque ello no le priva de ir trazando su propia agenda internacional y nacional.

El país omaní sufrió algunos levantamientos de menor intensidad que en Bahrein o Kuwait en los inicios de la primavera árabe, que fueron respondidos por el Gobierno con anuncios de nuevas políticas sociales y reformas políticas. Qabus bin Said al Said intentó contentar las exigencias de democracia con elecciones legislativas y cambios en el ejecutivo, mientras dejó intacto el statu quo existente entre las diferentes tribus del país (Zaccara y Saldaña, 2015, pp. 186-187). Queda por saber, cuándo el dirigente desaparezca, quién ocupará su puesto y qué será de la unidad nacional que él ha conseguido mantener. Sobre las relaciones regionales, Omán se posiciona como elemento neutral entre Irán y Arabia Saudí, conservando las buenas relaciones con ambos y evitando quedar subyugado a ninguno de los dos ejes.

El emirato Kuwaití está intentado trazar su propio camino diplomático, sin caer en una rivalidad directa con el poderoso régimen iraní ni tampoco crear malestar en la monarquía saudita. La familia real Al Sabah guarda estrechas relaciones con los Saud, a quienes en el pasado dio cobijo cuando fueron expulsados de la península arábiga en el siglo XIX. Esta coincidencia se fue conservando en el tiempo, fortalecida por el apoyo saudita del emirato en la guerra del Golfo de 1991 y durante la primavera árabe en 2011. Kuwait es una anomalía en el CCG, por un sistema político que vira hacia una monarquía constitucional, con una Asamblea Nacional que tiene numerosas competencias (Khodr, 2014, pp. 281-282). El emir sigue teniendo un considerable poder, dentro de un contexto social marcado por la heterogeneidad étnica y religiosa.

En Kuwait, los Al Sabah son de confesión sunita como la mayoría de la población, aunque existe en torno a un 20% de kuwaitíes chiitas. Las mayores inquietudes de los gobernantes kuwaitíes no son las tensiones sectarias, sino el predominio de un discurso trasversal, que supera las diferencias tribales, reclamando mayores cotas de democracia (Wells, 2017, pp. 255-256). Desde el interior, el emir teme esa corriente que reclamaba cambios políticos profundos, desde el exterior su nerviosismo se acrecienta por la situación en Irak, con un ejecutivo en Bagdad afín a Irán, lo que puede provocar una pinza entre los dos grandes vecinos. Por ello, el Jefe del Estado Sabah Al-Ahmad Al-Yaber Al Sabah no está cambiando un ápice su alianza con EE.UU. y comparte el discurso sectario difundido desde el reino saudita.

E.A.U. es junto a Bahreín el país que más próximo está a las tesis sauditas dentro del CCG. La alineación con la política regional saudita, sobre todo, en su disputa con Irán, no está impidiendo a esta federación desarrollar una ambiciosa actuación exterior, con presencia en los principales conflictos regionales. Al igual que Catar, E.A.U. ha intentado jugar un rol neutral mientras desarrollaba una activa diplomacia y una de las estructuras defensivas más sofisticadas de la región (Davidson, 2011, pp. 24-25). Pero este papel se ha ido transformado en estos cinco años, cuando formó parte de coaliciones internacionales en Libia y Yemen, apoyando grupos de la oposición en Siria o formando parte de la intervención militar en Bahreín.

La federación de Emiratos está viviendo, como la mayoría de socios del CCG, una importante transformación económica y demográfica en los últimos tiempos. E.A.U. cuenta con una población de más de 8 millones de los cuales solo unos 800 mil son emiratíes (Young, 2014, pp. 21-23). Durante años fue centro de acogida para intelectuales y exiliados políticos de otros Estados de Oriente Medio y el Magreb, quienes se comprometieron a permanecer poco activos en sus reivindicaciones sociales y políticas. No obstante, las autoridades emiratíes plantearon una estrategia distinta tras la primavera árabe, restringiendo cualquier núcleo de disidencia interior. Al mismo tiempo, están fortaleciendo sus sistemas de seguridad y defensa y reactivando su presencia en las dinámicas regionales para protegerse de los cambios en la zona.

Gráfico 33: Encuentros del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) (2011-2016)

		32ª sesión. Riad 2011.			
Iniciativa para mayor integración política	Mejorar la cooperación en defensa y seguridad	Confrontar en conjunto injerencias extranjeras	Defensa de intereses colectivos a escala regional e internacional	Compromiso para mayor participación de los ciudadanos en política	Superar obstáculos para lograr unión aduanera
		33ª sesión. Riad 2012.			
Promover el diálogo nacional en Yemen	Apoyo oficial a la Coalición Nacional Siria	Creación de un mando militar unificado	Rechazo a injerencias iraníes en asuntos internos de los Estados del CCG	Programa de ayudas para los más jóvenes	Promover políticas fiscales y monetarias para integración económica
		34ª sesión. Kuwait 2013.			
Apoyo a la propuesta saudita de reforma del Consejo de Seguridad de la ONU.	Condena oficial a cualquier forma de terrorismo y extremismo	Creación de la Academia del Golfo para Estudios Estratégicos y de Seguridad	Acogen con beneplácito la llegada al poder de Rouhaní	Adopción de plan para creación de Unión Monetaria	Aprobación de reglas de integración de mercados financieros
		35ª sesión. Doha 2014.			
Apoyo oficial al presidente Al Sisi y su hoja de ruta para Egipto	Mejorar el diálogo con autoridades iraníes	Condena de los ataques del régimen sirio a su población	Apoyo oficial a Hadi y condena a acciones militares de los hutíes	Creación de sede de cuerpo de política conjunta del Golfo	Propuesta definitiva para estatuto de Unión Aduanera
		36ª sesión. Riad 2015.			
Interés por adherirse al acuerdo sobre programa nuclear iraní	Apoyo a la coalición internacional contra el Daesh	Compromiso conjunto para combatir el extremismo y terrorismo	Apoyo a la coalición internacional en Yemen	Designación de recursos para la constitución de mando militar unificado	Unificar sistemas legislativos para consumidores
		37ª sesión. Manama 2016.			
Condena oficial a la Ley de Justicia contra Patrocinadores del Terrorismo de EE.UU.	Rechazo a injerencias externas en Yemen	Felicitación oficial a Donald Trump con deseos de mejorar relaciones	Fortalecer asociaciones estratégicas con Jordania y Marruecos	Elaboración de un proyecto ferroviario conjunto	Elaboración de un sistema de pagos común entre bancos centrales

Fuente: Elaboración propia a partir de www.susris.com y www.gulfnews.com

6.1.2 Bahrein y el miedo al efecto dominó

El emirato bahreiní es un archipiélago de 33 islas a pocos kilómetros de la costa saudita. Su principal isla es Bahrein donde se encuentra la capital Manama, sede de la familia real bahreiní, Al Jalifa. Cuenta con una población superior al millón de habitantes, de los cuales cerca de la mitad serían extranjeros. Al igual que la mayoría de reinos de la zona su desarrollo económico ha estado liderado por las explotaciones de los recursos energéticos, a pesar de contar con las reservas más bajas del CCG (Katzman, 2016, pp. 29-30). Este país se convirtió en el punto más inestable del Golfo en los primeros meses del 2011, cuando la primavera árabe tuvo una presencia destacable en su territorio. Los levantamientos populares en este país fueron uno de los grandes retos que tuvo que encarar la monarquía saudita en su zona de influencia.

Las revueltas de finales del 2010 y enero de 2011 habían empezado a sacudir Estados del Magreb y Oriente Medio de gran importancia para las dinámicas locales, pero no estaban afectando tan directamente a la seguridad saudita. Los incidentes que surgieron en Túnez, Libia o el mismo Egipto no representaron una amenaza acuciante para la estabilidad interna de Arabia Saudí, aunque sí tendrían graves consecuencias sobre el orden regional. La primera gran preocupación de la Casa de Saud era que se produjera un efecto dominó, que llevara las manifestaciones a su propio territorio. El segundo gran temor era que estos levantamientos se propagaran en los países del Golfo y motivaran la caída de algún Gobierno aliado.

Aunque todos los países de la península arábiga y el Golfo compartían modelos autocráticos, algunos de ellos, gracias a sus condiciones internas, podrían resistir mejor el golpe de las revueltas, como era el caso de E.A.U. o Catar. Sin embargo, los sauditas asumían que los riesgos de inestabilidad local podrían venir por dos flancos, Yemen y Bahrein. El vecino del sur era un Estado muy débil, bajo un presidente que llevaba más de treinta años en el poder, moviéndose entre luchas tribales, riesgos de escisiones territoriales y la cada vez mayor presencia de la célula terrorista de Al Qaeda. El segundo, Bahrein, había estado durante décadas incubando los factores necesarios para que parte de su población decidiera salir a protestar.

Bahrein es uno de los epicentros del enfrentamiento hegemónico entre Irán y Arabia Saudí, lo que pronto dio a las manifestaciones populares de 2011 un componente sectario y una transcendencia mayor. Durante más de dos siglos, entre el XVII y el XVIII, las islas estuvieron bajo dominación persa. Por este motivo, Teherán siempre ha concebido al archipiélago como una prolongación de su soberanía (Ibish, 2011, pp. 4-5), lo que le lleva a tener constantes tensiones diplomáticas con Manama. Desde finales del siglo XVIII es gobernada por la familia árabe Al Jalifa, procedente del interior de la península arábiga. Entre los siglos XIX y gran parte del XX estuvieron bajo protectorado británico, hasta que en 1971 logran su independencia. No obstante, desde entonces está bajo el amparo económico y defensivo de EE.UU., quien tiene una base naval en el país.

La familia Al Jalifa comparte vínculos directos con la dinastía Saud. Ambos clanes son originarios del interior de la península arábiga y pertenecen a la confesión sunita, si bien la interpretación bahreiní es menos conservadora que el wahabismo. Una peculiaridad sobresaliente del país es que la realeza de Bahreín dominaba sobre una sociedad de mayoría chiita. Sin estimaciones oficiales, se calcula que el archipiélago es el segundo Estado del Golfo con mayor porcentaje de chiitas, en Irán serían un 90% de la población, en Bahreín entre un 60-70%, Irak 60%, Kuwait aproximadamente 20%, en Arabia Saudí y EAU en torno al 15% y en Catar y Omán menos del 10% (Matthiesen, 2013, pp. 2-3). Las políticas de los monarcas durante las últimas décadas han favorecido la exacerbación de las diferencias religiosas entre los propios bahreinís.

Hamad bin Isa al Jalifa de 67 años llevaba gobernando el país desde 1999 tras la muerte de su padre Isa bin Salman al Jalifa, quien había estado en el cargo más de tres décadas. Padre e hijo han compartido a grandes rasgos una misma línea de actuación. En política exterior han sido un aliado fiel de EE.UU., Reino Unido y otras potencias occidentales. Debido a sus discrepancias territoriales con Irán, son junto a Arabia Saudí el emirato árabe más crítico con la influencia de los ayatolás (Kahn, 2016). Aprovechando los réditos de la producción de petróleo y gas, el Gobierno bahreiní empezó a finales del siglo XX una programada modernización del país y diversificación de su economía, orientando esfuerzos hacia los sectores del turismo y finanzas.

La primavera árabe estalla en Bahreín por tres causas principales: 1) la riqueza generada en el país no estaba siendo repartida equitativamente, excluyendo a numerosos grupos sociales; 2) la dinastía Al Jalifa estaba en el poder bajo un modelo autoritario, sin ofrecer espacios de participación política y con una fuerte restricción de libertades y derechos; 3) la mayoría chiita del país era sistemáticamente discriminada, impidiéndole el acceso a puestos de responsabilidad de la Administración y persiguiendo a sus principales líderes. Aunque las primeras protestas en la Plaza de la Perla de Manama a principios de febrero se realizaron al grito de unidad nacional, exigiendo una mayor democratización del país y acabar con las injusticias sociales, a los pocos días el discurso religioso pronto empezó a dominar la disputa dialéctica.

Tras la revolución iraní de 1979, la dinastía real temió, como sus homólogos sauditas, que los chiitas nacionales se convirtieran en una especie de quinta columna dentro de su propio reino. Para contrarrestar el peso social del chiismo, los Al Jalifa comenzaron una “sunitización” del país. Los puestos de la creciente Administración pública han sido ocupados por trabajadores procedentes de países de mayoría sunita. El acceso a las fuerzas de seguridad del Estado solo está permitido para nacionales sunitas (Joyce, 2012, pp. 115-117). Gracias a las rentas del gas y el petróleo, son los propios sunitas bahreinís el sector de la población más beneficiado de las prebendas ofrecidas por la monarquía, en contraposición a la situación excluyente que sufren los chiitas. Las revueltas de 2011 fueron deslegitimadas por el Gobierno como una injerencia de Irán y un intento de la mayoría chií de subyugar a la minoría sunita.

Manama intentó alimentar el miedo entre sus habitantes y principales aliados. Al utilizar el discurso sectario fortaleció la lealtad de los sunitas bahreinís, que temían que pudiera llegar a ser cierto ese levantamiento chiita. Al alentar la amenaza chiita y sus supuestos vínculos con Irán, el emir consiguió poner en alertar a EE.UU. y Arabia Saudí y al resto de monarquías árabes (Ulrichsen, 2014, pp. 346-347). Washington no podía permitirse perder una posición tan estratégica en el Golfo y los sauditas estaban preocupados porque su máximo enemigo fuera capaz de penetrar en el seno del CCG. Más aún, los chiitas de Bahréin comparten fuertes lazos tribales con los correligionarios del este del territorio saudita, quienes a los pocos días se solidarizaron con su lucha y salieron a manifestarse pese a las prohibiciones de la policía saudita.

Hamad bin Isa al Jalifa combinó promesas de renovación política y nuevas medidas sociales, a la par que recrudesció la represión y azuzaba las diferencias religiosas (Kinninmont, 2012, pp. 9-10). La situación llegó a ser tan inestable en el país que las capitales Occidentales y Riad temían que la monarquía pudiera llegar a caer, siendo el primer país del Golfo donde triunfaría la primavera árabe. Arabia Saudí no podía permitir que los gobernantes bahreinís tuvieran un final semejante al de Ben Alí. Primero, perdería un aliado fiable y el país vecino quedaría en manos, seguramente, de facciones nada amistosas con los Saud. Segundo, un triunfo de los chiitas en Bahréin podría dar alas a las movilizaciones de los chiitas sauditas, que además tendrían apoyo de un país vecino. Tercero, Irán podría aprovechar la situación para ganar influencia a su costa.

A principios de marzo el emir de Bahréin solicitó la asistencia de sus socios del CCG, incapaz de controlar unos levantamientos que hacían peligrar su propio poder. El 14 de marzo de 2011 un contingente militar saudita de mil efectivos acompañados por unos quinientos policías de E.A.U cruzaron la calzada del Rey Fahd, que une a Arabia Saudí con la principal isla del archipiélago. Forman parte del Escudo de la península, un operativo militar creado en 1984 por los miembros del CCG para responder ante posibles agresiones militares (Espinosa, 2011). Solo había sido desplegado en 1991 tras la invasión a Kuwait y en 2003 por la guerra de Irak. A los pocos días la Plaza de la Perla de Manama fue desalojada y las protestas mitigaron, sin conocer la cifra exacta de muertos y detenidos en los enfrentamientos con las fuerzas de seguridad.

Las protestas todavía se producen esporádicamente durante estos últimos años, pero Al Jalifa se siente más fuerte ahora al contar con el apoyo directo de los sauditas y con el silencio complaciente de Washington y Londres. Los sauditas promocionaron su iniciativa en Bahréin como una operación triunfal sobre Irán, considerándolo una victoria y reafirmación de su liderazgo regional. La presencia militar saudita en el país vecino fue un ejemplo claro de hasta qué punto Riad iba a actuar como elemento contrarrevolucionario. Esta preocupación por su vecino y por las concentraciones de los chiitas del este, frenaron su atención por lo que sucedía en Libia, Siria o Egipto, pero le permitieron asegurar parte de su círculo de influencia.

6.1.3. Las problemáticas relaciones con Catar

La política exterior de Catar es una inquietud persistente para los príncipes sauditas desde hace ya años. La Casa de Saud nunca ha apreciado con simpatía el papel activo que quiere asumir la diplomacia catari en muchas de las dinámicas regionales. La primavera árabe y las estrategias de los diferentes actores, entre ellos Catar, están poniendo en evidencia los problemas de Arabia Saudí para imponer su autoridad. Desde principios del siglo XX las acciones internacionales catariés ya venían advirtiendo de algunas variaciones en el Golfo, sobre todo en el seno del CCG. El emirato de Catar estaba asumiendo mayores cotas de autonomía, pese a los recelos de los demás. Los Al Thani son la familia real de la que más desconfían los Saud dentro de su entorno próximo, protagonizando relaciones gubernamentales siempre tensas.

Catar es una pequeña península que sobresale en la costa árabe del Golfo. Con menos de tres millones de habitantes de los cuales más del 80% son extranjeros, cerca de 225 mil son nacionales (Rabar, 2014, pp. 406-407). Al igual que Kuwait, E.A.U o Bahrein, este emirato fue protectorado británico hasta su independencia en 1971. La familia real Al Thani procede del centro de la península arábiga, como los Al Jalifa de Kuwait o los propios Saud, llegando al poder a mediados del siglo XIX. No existe una diversidad étnica o religiosa tan heterogénea como en el resto de países vecinos. El sunnismo en su vertiente wahabita es la confesión oficial del Estado. No obstante, el Gobierno catari se encarga de dar siempre una difusión e imagen menos conservadora y rigorista que la proyectada desde el reino de Arabia Saudí.

El mismo año que lograba su independencia se descubría el mayor yacimiento de gas del mundo, South Pars-North Dome, en la costa norte de la península entre las aguas soberanas catariés e iraníes. Compartir este valioso recurso con su vecino iraní le ha llevado a tener una relación distinta con la república de los ayatolás que la que tienen el resto de miembros del CCG. Tras Rusia e Irán, la economía catari es la tercera mayor exportadora de gas del mundo, siendo las rentas de su explotación y comercialización la principal fuente de ingresos del Estado (Wright, 2012, pp. 307-308). Gracias a estos recursos económicos el Gobierno ha conseguido implementar sus políticas de modernización en menos de treinta años.

En 1995 Hamad bin Jalifa al Thani toma el control del país, tras un golpe de Estado pacífico donde apartó del trono a su padre. Ha sido emir desde esa fecha hasta 2013, cuando decide abdicar en favor de su hijo Tamim bin Hamad al Thani. Hamad es considerado el verdadero responsable de transformar el país y convertirlo en un actor clave en Oriente Medio. Su hijo Tamim está perseverando en las líneas maestras heredadas de su padre: A) diversificar la economía para reducir la dependencia del gas y mejorar los ingresos estatales; B) convertir a Catar en un importante centro financiero, turístico y cultural; C) garantizar el bienestar de sus conciudadanos; D) potenciar sus autonomía y peso en el escenario mundial.

Catar ha aprovechado los réditos obtenidos por el “boom” del petróleo y gas de las últimas décadas para mejorar las condiciones internas, al mismo tiempo que amplía su proyección exterior en distintos niveles. El propósito de estos objetivos no es otro que el de asegurarse una cierta seguridad y estabilidad en el futuro, contando con los recursos necesarios para hacer frente a nuevos retos. Conscientes de la finitud de sus recursos energéticos, la volatilidad de los mercados mundiales y su complicada situación estratégica, el Gobierno catari está intentando buscar otras vías de riqueza y desarrollo. Asimismo, como la primavera árabe ha confirmado, es imprescindible para un Estado de sus características ampliar su red de contactos y capacidad de influencia, que le permita valerse por sí mismo en el complicado mapa de la región.

Las relaciones entre Catar y Arabia Saudí son históricamente complicadas. Mientras los Saud tienen una relación más cordial y estrecha con el resto de dinastías, con los Al Thani siempre están presentes numerosas rencillas. Los príncipes sauditas consideran a la península catari como una extensión territorial que debería estar bajo su dominio. Desde la independencia catari se han producido numerosos incidentes fronterizos y disputas por los límites de las aguas territoriales (Fromherz, 2012, pp. 91-92). Tras las revueltas de 2011, las presiones sauditas sobre sus homólogos de Doha son incesantes, sin embargo, los dirigentes del emirato continúan centrados en trazar sus propias líneas de intervención sin el tutelaje de la potencia saudita. En estos años se repiten los episodios de tensión y agravios mutuos sin conseguir una solución al problema.

Arabia Saudí está logrando arrastrar a la mayoría de miembros del CCG e incluso a EE.UU. en muchos de sus ataques dialécticos contra Catar. En marzo de 2014, el Gobierno saudita, el de E.A.U. y el de Bahreín decidieron retirar a sus embajadores acusando a los cataríes de romper el pacto de la organización regional de 2013, en el que se indicaba que ningún país iba a dar apoyo a grupos o facciones que pudieran suponer una amenaza para la seguridad (Echagüe, 2014 pp. 12-13). A los pocos meses la situación volvió a encauzarse, pero en el trasfondo quedaron muchas cuestiones pendientes. Las diferencias están en el modo de actuación que deberían tener las monarquías árabes del Golfo en la primavera árabe y los conflictos posteriores.

La estrategia regional catari también le está enemistando con otros Gobiernos de la zona más allá de los propios sauditas. Bahreín y E.A.U. le acusan de apoyar a grupos políticos contrarios a estas monarquías y no trabajar en estrategias de seguridad conjuntas. A estos reproches se han unido otros países como Jordania o Egipto con los mismos argumentos. En el caso egipcio, Catar tuvo un papel importante al apoyar a los Hermanos Musulmanes (Khatib, 2014, pp. 4-5). Este cálculo se volvió en su contra cuando Al Sisi tomó el poder. Doha está intentado aprovechar los efectos de la primavera árabe para ampliar sus márgenes de influencia, intentando apostar por facciones que le sean más acordes a sus intereses. En este sentido, ha pasado de representar un papel mediador a ser parte activa en muchos de los problemas abiertos en Oriente Medio.

Desde principios del siglo XX Catar estaba alcanzando un mayor protagonismo en las relaciones regionales, erigiéndose como una figura mediadora y fiable, interlocutor de muchas de las crisis de Oriente Medio y la esfera musulmana, como actuó antes del 2011 en la guerra de Sudán o en Yemen con el levantamiento de los hutíes (Kamrava, 2011, pp. 540-541). Su finalidad era la de ganarse una fama internacional como país estable, próspero y pacificador, consiguiendo que, tanto actores regionales como extranjeros, le tuvieran en cuenta a la hora de resolver problemas locales. De esta forma, la familia Al Thani estaba ampliando su peso en el tumultuoso panorama de Oriente Medio sin levantar todavía grandes suspicacias entre el resto de Gobiernos.

Los objetivos de la política exterior catari están siendo claros todo este tiempo, aunque se vale de diferentes medios para alcanzarlos. Su propósito último es el de aumentar su influencia en el contexto regional y en la sociedad internacional. Hasta la primavera árabe, lo hizo a través de una imagen de calculada neutralidad y cordialidad (Roberts, 2012b, pp. 237-238), prodigándose a escala mundial a través de la cultura, el deporte, la economía o la cadena Al Jazeera. En el ámbito local entabló nexos de comunicación con infinidad de agentes, desde los talibanes, Hamas, Hezbolá o Irán, hasta establecer acuerdos de seguridad con EE.UU. o tener relaciones diplomáticas con Israel. En el momento en el que estallan las revueltas árabes, Catar decide dejar atrás su medida ecuanimidad para dar apoyo a determinados bandos.

El interés de los catariés por apoyar a facciones de la oposición en Libia, Siria o a los Hermanos Musulmanes en Egipto no es tanto por sintonía ideológica, sino por cálculo político. Doha erró en sus cálculos sobre cuál podría ser la evolución de las diferentes situaciones nacionales, lo que resultó en una posición ahora mucho más débil que antes, frente a unos países vecinos que le miran ahora con mayor recelo (Roberts, 2016a, pp. 8-11). Los Al Thani desean tener voz propia en las discusiones actuales de Oriente Medio, sin ningún otro Estado que hable por ellos. Jugaron la baza de mediadores, que les reportó importantes beneficios políticos antes de la primavera árabe, pero en su intento de dar un salto cualitativo mayor han fracasado. En este momento tienen que redefinir su rol en el statu quo que surge y sus relaciones con el resto de actores.

Arabia Saudí pretende que Catar, como el resto de socios de la organización, formen un mismo bloque ante la comunidad internacional. Esas pretensiones siempre chocan con dos factores: 1) Riad trata al resto de miembros no como iguales, sino como subordinados; 2) algunos miembros, como los propios catariés, no están dispuestos a quedar limitados bajo la autoridad saudita. El rey Salmán y el príncipe Mohammed bin Salman intentan debilitar la política regional catari (Priego, 2017, pp. 4-5), para reducir los vínculos de los Al Thani con grupos políticos y religiosos contrarios al liderazgo saudita, así como su relación cada vez más estrecha con Irán y Turquía. Tras lo ocurrido en Libia, Siria y con el Gobierno de Al Sisi es posible que Catar retroceda en algunas de sus ambiciones y busque otras formas de salvaguardar su independencia exterior.

6.2. Yemen, el conflictivo vecino del sur

Desde la unificación del reino la familia Saud se ha visto obligada a desviar parte de su atención a su conflictivo vecino del sur en reiteradas ocasiones. El actual Estado yemení, anteriormente la República Árabe de Yemen (YAR) -Yemen del Norte- y la República Popular Democrática de Yemen (PDRY) -Yemen del Sur-, ha sufrido constantes confrontaciones internas a lo largo de la segunda mitad del siglo XX y principios del XXI, suponiendo una amenaza fronteriza constante para Arabia Saudí. La frágil nación árabe preocupa al reino saudita por tres razones: 1) cualquier violencia en Yemen puede propagarse a Arabia Saudí; 2) un Gobierno no afín representa un desafío dentro de la propia península arábiga; 3) el país yemení puede ser utilizado como acicate para erosionar el poder saudita por otras potencias y actores regionales.

La táctica de los diferentes monarcas sauditas sobre Yemen siempre es la misma: mantener una fuerte presencia política y económica, incluso militar si fuera preciso en territorio yemení. La tendencia frecuente ha sido la de apoyar y sostener aquellas figuras políticas que representaban mejor sus intereses dentro del país. No obstante, la monarquía sunita no se preocupa exclusivamente de preservar buenas relaciones con el Jefe del Estado de turno, sino que además procura establecer conexiones con diferentes facciones locales, con la finalidad de garantizarse una red de influencia mayor. Sus máximos antagonismos se dan con aquellos grupos que representan un frente político o religioso distinto al programa saudita.

Arabia Saudí comparte cerca de 1800 kilómetros de frontera con Yemen, muchos de los cuales son desierto y otros tantos pasan por agrestes montañas, que dificultan su control y convierten a este espacio, un flanco permeable y difícil de supervisar. Como ocurrió en el pasado y más tras la crisis desatada por la infructuosa primavera árabe yemení, cualquier estallido ha tenido directa o indirectamente su réplica en los límites fronterizos con la potencia musulmana. Esto motiva que los sauditas se inmiscuyan más en las dinámicas internas de este país. Por su parte, Al Qaeda, los hutíes y otros agentes están utilizando la convulsa situación para ampliar su fuerza dentro de la península, alejados de la presión de estadounidenses y de los príncipes sauditas.

En la década de los sesenta Nasser encontró en la guerra Civil de Yemen del Norte una buena plataforma para extender el panarabismo a las puertas del conservadurismo saudita. Los grupos armados de los hutíes pueden llegar a convertirse en una herramienta de presión iraní para debilitar las fuerzas de su contrincante sunita. En ambos casos la solución al conflicto yemení generó importantes fricciones dentro de la familia real, en su momento, Faisal se valió de la calamitosa gestión económica de su hermano Saúd y de su pasividad ante el ascenso nasserista para destituirle. Ahora mismo, el rey Salmán y su hijo Mohammed bin Salman utilizan la operación militar en Yemen para fortalecer su poder dentro de la Corona saudita y remarcar su liderazgo regional, aunque los resultados de su iniciativa aún están pendientes.

6.2.1. La situación previa a la revuelta yemení

Con los ecos de la Revolución de los Jazmines en Túnez, centenares de estudiantes comenzaron a organizar concentraciones en la Universidad de Saná a mediados de enero de 2011. Sus manifestaciones se iniciaron como gesto de solidaridad con los levantamientos que se estaban produciendo en Oriente Medio y el Magreb. No obstante, pronto introdujeron reivindicaciones sobre la situación interna. El foco de su malestar se concentraba en el presidente Alí Abdullah Saleh, quien llevaba en el poder más de treinta años. La respuesta gubernamental fue semejante a la del resto de regímenes de la zona, con represión y violencia policial, que lo único que hizo fue aumentar la indignación de la ciudadanía y expandir la revuelta por todo el país.

Los llamamientos de mayor democracia, libertad y mejoras en la calidad de vida, pronto fueron sustituidos por discursos que apelaban a las diferencias tribales y al sectarismo (Al-Muslimi, 2015). A lo largo de estos cinco años se aprecia una evolución del conflicto en cuatro etapas: 1) durante el año 2011, que finaliza con la renuncia de Saleh y su exilio en el reino de Arabia Saudí; 2) entre 2012 y principios de 2014, bajo el Gobierno de Abdo Rabbuh Mansur Hadi y con la mediación de la ONU y los miembros del CCG se intenta alcanzar un acuerdo nacional entre las principales facciones enfrentadas; 3) durante 2014 y hasta 2015, el grupo de los hutíes consigue avanzar por el oeste del país, tomar la capital y hacerse con el poder; 4) desde marzo de 2015 se produce la intervención militar extranjera y el conflicto se estanca hasta la actualidad.

La primavera árabe en Yemen abrió la puerta al resurgimiento de muchos de los temas que habían quedado pendientes durante la primera década del siglo XXI. Ya no solo era la cuestión de la destitución de la presidencia de Saleh. Se debían abordar temas como la organización territorial y la seguridad nacional. En este sentido, las presiones de EE.UU. hacia los países del Golfo para que mejoraran la colaboración en la lucha contra el terrorismo, provocó que la rama de Al Qaeda en la península arábiga (AQAP) tuviera que refugiarse en Yemen. En este país ha encontrado un terreno propicio para establecer uno de sus principales mandos de operaciones (Matalobos, 2012, pp. 291-2915). El grupo terrorista controla amplias regiones, donde ha establecido campos de entrenamiento y bases desde donde lanzar ataques coordinados.

La preocupación de los sauditas y la inteligencia estadounidense está en el tipo de estructura que está llegando a desarrollar AQAP en pocos años. Antes de que surgiera el Daesh en Siria e Irak, los herederos de Bin Laden ya comenzaron a funcionar en territorio yemení como un Estado paralelo al poder central de Saná. Los líderes terroristas utilizaban este país como campo de formación y adoctrinamiento, así como un incipiente espacio para construir su particular Estado islámico (Johnsen, 2012, pp. 271-273). Para 2014 llegaron a controlar amplias áreas del centro y este del país, mientras el presidente Saleh combatía a los hutíes. Únicamente los ataques aéreos de EE.UU. están frenando sus avances y descabezando repetidas veces a sus mandos.

La Casa de Saud ha considerado siempre a Yemen al mismo nivel de relevancia que los miembros del CCG, adquiriendo un carácter casi de política nacional (Lynch, 2016, pp. 236-237). Desde la década de los sesenta, con la incursión de los egipcios en territorio yemení, los sauditas no han podido desatender en ningún momento este país. Incluso, Riad tiene desarrollada su propia política con respecto a las facciones y tribus autóctonas, más allá del poder del presidente Saleh. Para los príncipes sauditas, previamente al estallido de la primavera árabe, existían tres preocupaciones especiales: 1) la inestabilidad política interna y la fragmentación tribal y sectaria de las diversas poblaciones; 2) el creciente peso de las tribus zaydíes en el norte de Yemen, que les permite dominar la frontera con Arabia Saudí y 3) la fuerte presencia de la rama de Al Qaeda.

La población yemení es mayoritariamente sunita, sin embargo, en la región norteña de Sa'dah, que hace frontera con Arabia Saudí, predomina el zaidismo, una rama del chiismo. A partir del 2004 se produce una sublevación violenta en esta zona, protagonizada por una milicia liderada por el clérigo chiíta Hussein Badreddin al-Houthi, de quien tomarán el nombre el grupo de los hutíes. Este levantamiento fue justificado por la discriminación que sufría la población zaydí por parte del Gobierno de Saleh, a quien acusaban de ser respaldado por EE.UU. e Israel (Hill, 2017, pp. 179-181). Este bando reclamaba mayor autonomía para la provincia y una remodelación profunda del sistema político. Hasta el estallido de la revuelta en 2011, los enfrentamientos entre hutíes y ejército yemení fueron constantes, así como las escaramuzas contra tropas sauditas.

A estos problemas hay que sumarles otros elementos que explican la fragmentación actual de Yemen y lo difícil que resulta encontrar una salida a su inestabilidad. Yemen es un Estado de construcción nueva. En los años sesenta aún parte de su territorio era protectorado británico y hasta los noventa no se establece la unificación completa entre las dos grandes naciones. La instauración de un sentimiento patriótico y una identidad nacional no ha sido nada fácil, siempre quedando relegada por compromisos tribales (Barany, 2016, pp. 12-13). Incluso el propio Saleh durante más de tres décadas pareció moverse mejor en ese clima de enrevesadas lealtades. Para ello, se ganó los favores de los líderes de cada comarca, de los principales líderes de las Fuerzas Armadas, mientras promovía la fidelidad a su figura y partido más que al propio país.

Ante este tumultuoso panorama yemení, la estrategia de Arabia Saudí referida a alianzas e intervenciones ha variado a lo largo del tiempo, pero siempre con el fin de perseguir dos objetivos claros: A) promover la estabilidad interna de Yemen para asegurar su propia seguridad; B) limitar la violencia yemení para que no afectara al orden interno del reino. Estos principios han cristalizado en la constante injerencia saudita en los asuntos yemeníes y en la fuerte militarización de la frontera yemení. Por un lado, se difunde entre las comunidades sunitas del país el discurso wahabita. Por otro lado, se refuerza la seguridad en la región montañosa de las provincias sauditas de Jizan, Asir y Najran, que colindan con la zona controlada por los hutíes.

Cuando estallan los levantamientos populares y comienzan a extenderse por las distintas comarcas, algunos oficiales del ejército y líderes tribales deciden no ser partícipes de la represión del Gobierno. Las tribus en Yemen funcionan como Estados paralelos. Son a la vez policía, ejército y proveedor de servicios a las poblaciones (Schmitz, 2011). Muchos miembros de estos estamentos tribales se sintieron identificados con las protestas, debido a que el país era uno de los más pobres del mundo árabe, con una creciente desigualdad social. A ello había que sumar la indignación de parte de la población por las intenciones de Saleh de perpetuarse en el poder, o bien, ceder el cargo a su hijo Ahmed Saleh. Esta peculiar distribución territorial del poder propició que pronto las manifestaciones se tornaran en un choque difuso entre diversos bandos.

Los príncipes sauditas son conscientes de la volatilidad de la situación interna yemení, por eso desde hace décadas llevan tiempo trabajando en la construcción de sus propias redes de contacto, que no dependan de la interlocución del presidente Saleh. Con la permisibilidad de este, los sauditas han podido introducir los postulados wahabitas dentro de las comunidades sunnitas (Clark, 2010, pp. 219-220), lo que a largo plazo favoreció el sectarismo y las rivalidades con las tribus zaydíes del norte. Las vinculaciones sauditas con la sociedad y política yemení se canalizan por cuatro vías: 1) la relación directa con el Gobierno y Saleh; 2) los programas de ayuda económica y cooperación comercial; 3) la expansión del wahabismo entre creyentes sunnitas; 4) el contacto directo entre la diplomacia saudita y los líderes tribales.

Las relaciones entre la Casa de Saud y Saleh variaron a lo largo del tiempo. A mediados de los noventa hubo una crisis política profunda entre ambos Gobiernos. Los sauditas desconfiaron de que el dirigente yemení fuera un líder capacitado para asegurar la estabilidad del país. Además, generó enorme malestar su estrecha relación con Sadam Hussein justo después de la guerra del Golfo en 1991 (Anthony, 2000, pp. 83-84). En el nuevo siglo la bilateralidad cambia. Los sauditas necesitan a un hombre como el presidente yemení, que controle las instituciones del país. Saleh reconoce que tiene que contar con el apoyo externo para asegurar su poder. La Guerra contra el Terror lanzada por George Bush alinea aún más a Yemen con EE.UU. y Arabia Saudí. Ambos comparten enemigos: el terrorismo yihadista y las revueltas de tribus como los zaydíes.

Aunque la República de Yemen inquietó a todos los monarcas sauditas, nunca se habían atrevido a desarrollar una acción directa. Sus estrategias se limitaron a la diplomacia económica, religiosa y política, así como a operaciones defensivas cuando había ataques en posiciones fronterizas. Sin embargo, el plan desarrollado desde marzo de 2015 bajo el mando del joven Mohammed bin Salman marca un antes y un después en las relaciones entre estos dos Estados. Tanto Bahrein en 2011 como Yemen en 2015 corroboran las nuevas intenciones sauditas. Cuando el hegemón árabe se siente directamente amenazado no duda en actuar con sus propias capacidades militares, sin esperar ya la protección o el consentimiento de terceros Estados y aliados.

6.2.2. Arabia Saudí en la guerra de Yemen

A principios del 2012 Saleh cede su cargo a quien fue su vicepresidente y hombre de máxima confianza, Abd al-Rahman Rabbuh al-Mansur al-Hadi, en ese mismo momento se inicia un complicado proceso de transición tutelado por la ONU y el CCG. El propósito del mismo es el de ofrecer una mesa de diálogo entre todas las facciones del país, desde el Gobierno de Saná hasta los hutíes del norte o los independentistas del sur. Con la marcha del polémico líder yemení y la constitución del dialogo nacional, la comunidad internacional se congratulaba de haber encontrado una vía para superar los enfrentamientos (Blecua, 2015, pp. 4). La Conferencia Nacional de Diálogo tenía que ser el marco por el cual se constituirían las bases de un nuevo régimen, ya sin el omnipresente Saleh e intentando resolver los problemas permanentes durante tantas décadas. Sin embargo, su desarrollo y resultado fueron decepcionantes.

A lo largo del 2013 hay un periodo de tensa tregua entre las diferentes partes, mientras que comienza a intuirse que las negociaciones no van a tener un resultado favorable. En enero de 2014 la Conferencia Nacional de Diálogo anuncia un documento, que no termina de contentar a los más críticos con el actual presidente y es rechazada por los hutíes. Durante estos meses la tensión se vuelve a acrecentar en distintas zonas del país. Hadi es incapaz de hacerse con el control de Yemen, a pesar de contar con el poderoso respaldo económico de los aliados del CCG (Alyahya, 2015). La organización terrorista AQAP aprovecha toda esta confusión para seguir ampliando su capacidad de maniobra, estableciendo una red territorial la cual son incapaces de frenar las fuerzas de seguridad yemení o los drones estadounidenses.

La preocupación del máximo representante de Yemen no será tanto el avance de los yihadistas en el interior y el este, sino la fuerza que están asumiendo los hutíes en el norte y en las zonas montañosas colindantes con Arabia Saudí. Además, Hadi suma el obstáculo de no haber logrado sumar los apoyos con los que contaba su antecesor, sobre todo, entre algunos cuerpos de la policía y el ejército (Al-Muslimi, 2013). En un país donde las afinidades se alcanzan en las relaciones personales y en las conveniencias tribales, Saleh aún sigue teniendo su caladero de apoyos que pronto hará movilizar. Las alianzas se transforman a gran velocidad y el depuesto Jefe del Estado se convertirá en uno de los principales contrincantes del actual presidente.

En septiembre de 2014, los hutíes lanzan una ofensiva sobre la capital Saná, tomando la sede de la Presidencia y el Parlamento. Un ataque que mostró su fuerza y las flaquezas de las tropas y sectores leales a Hadi. Durante meses los milicianos hutíes controlaron las principales ciudades del país, formando una especie de Estado en la sombra. Para enero de 2015 disuelven el Parlamento yemení y ponen en arresto domiciliario al presidente, coincidiendo con la llegada al trono de Salmán. Sauditas y el resto de monarquías del Golfo observaban atónitas lo que estaba sucediendo, mientras EE.UU. solo persistía en sus ataques sobre AQAP.

En febrero de 2015 Hadi consigue huir hacia Adén, la antigua capital de Yemen del Sur, donde cuenta aún con numerosos adeptos. Afirma que sigue siendo el presidente del país y denuncia el golpe de Estado cometido por los hutíes. Se inicia un periodo de gran confusión donde no se sabe con exactitud qué grupos políticos, tribus y facciones del ejército están comprometidas con cada bando. En el mes de marzo el Daesh hace su primer acto de presencia en Yemen, con un ataque a una mezquita chiita en Saná que deja más de 130 muertos (Groll, 2015). Si la situación era ya de por sí compleja, ahora se tiene que hacer frente a dos significativas organizaciones terroristas. Esta última centra la mayoría de sus acciones contra comunidades chiitas, policías y ejército yemení y las fuerzas militares de otros países presentes en la coalición internacional.

La rama del Daesh en Yemen no sigue por ahora la misma estrategia que los miembros de Al Qaeda, ya que no poseen todavía su capacidad de movilización y recursos. Para los líderes del AQAP el fin no es solo la expansión de sus proposiciones radicales a través de la violencia, sino que intentan, gracias a su estructura política y religiosa Ansar Al-Shari, construir todo un Estado islámico según su propia interpretación religiosa (Zelin, 2012). Lo que lleva haciendo el Daesh desde 2014 en Irak y Siria, con el intento de construir su propio arquetipo estatal, lo está intentado realizar esta célula de Al Qaeda en Yemen desde 2010-2011. De hecho, está ya administrando algunas ciudades y comarcas donde no llega el poder del Estado ni las Fuerzas Armadas.

A finales de marzo de 2015, con Hadi rodeado por los hutíes y la creciente beligerancia del Daesh y Al Qaeda, Arabia Saudí decide dar un paso más y respaldar por la fuerza al Gobierno yemení. Oficialmente la intervención militar de Arabia Saudí ha estado protagonizada por dos planes diferentes. Operación Tormenta Decisiva (Operation Decisive Storm, en inglés) y Operación Restaurar Esperanza (Operation Restoring Hope, en inglés). La primera parte apenas duró poco más de tres semanas, desde el 26 de marzo cuando se producen los primeros ataques aéreos a posiciones hutíes hasta el 21 de abril. Ese mismo día el Gobierno saudita anuncia que da por concluida la operación, ya que la coalición internacional supuestamente alcanzó sus objetivos (Karasik, 2015b). Desde el 22 de abril hasta ahora se lleva a cabo el segundo programa, que está orientado, según la versión oficial, a favorecer la reconstrucción y recuperar la estabilidad.

La Casa de Saud siempre se interesó por la situación de Yemen por dos razones, primera, porque llegara a existir un Estado fuerte en su flanco sur que le pudiera hacer frente, segunda, porque el socialismo o la revolución pudiera propagarse por la península desde allí. Ahora las preocupaciones sauditas se tornan en que este país llegue a ser tan débil (Stenslie, 2013), que pueda ocurrir que: 1) Yemen termine convertido en un Estado fallido; 2) la proliferación de facciones y la beligerancia obstaculicen la capacidad de influencia saudita sobre el país; 3) ante el vacío de poder aumente la inseguridad y la inestabilidad, propiciando el crecimiento de radicales y terroristas; 4) la violencia generada suscite un gran éxodo humano hacia la frontera saudita; 5) Irán pueda aprovechar el contexto para ganar peso en el sur de la península.

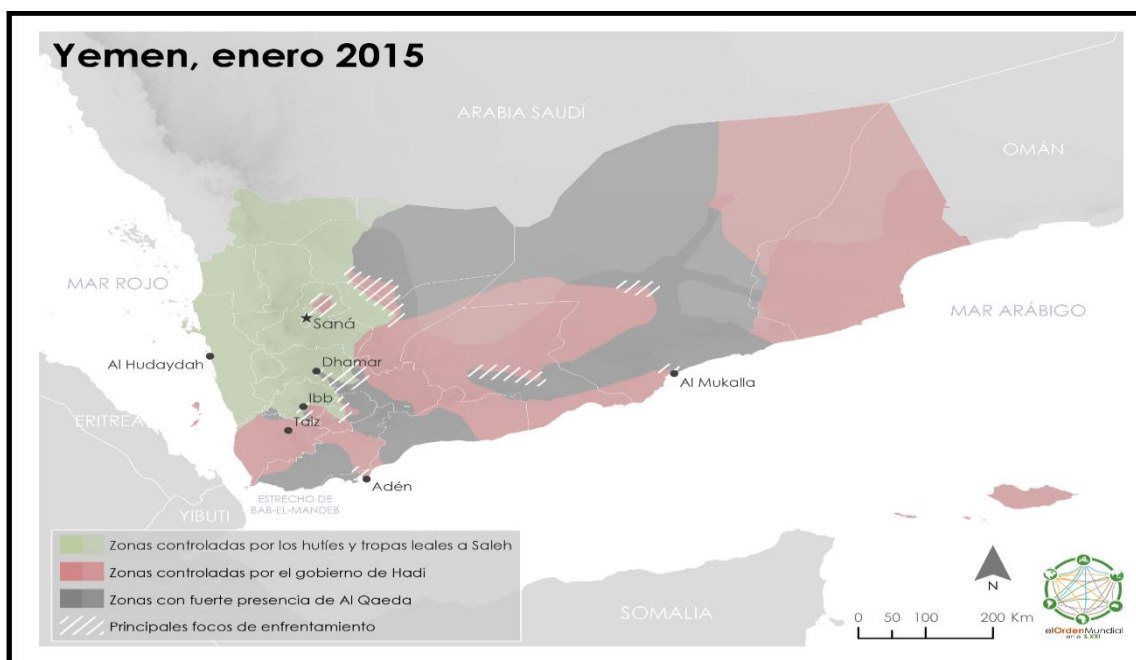
En un documento oficial publicado por la misión diplomática saudita ante la U.E. en abril de 2017: “Saudi Arabia and the Yemen conflict. April 2017, Report”, el Gobierno árabe presenta sus principales argumentos para justificar su papel en la guerra yemení. Siguiendo las premisas sauditas, la Operación Tormenta Decisiva y la Operación Restaurar Esperanza buscan: A) restaurar la estabilidad y la seguridad en el país; B) proteger a la población yemení; C) facilitar la asistencia humanitaria y D) promover el diálogo político para poner fin al conflicto. Riad identifica cuatro elementos responsables de la escalada de la violencia: los hutíes, Irán, Al Qaeda y Daesh. Dando al enfrentamiento un cariz sectario entre sunitas y chiitas (Salisbury, 2015, pp. 9-11), el foco de las acciones sauditas y sus aliados se centra en cortar el avance de los zaydíes del norte, dentro del contexto regional de rivalidad entre los Saud y el régimen iraní.

Las motivaciones por las que Arabia Saudí se decidió a lanzar una ofensiva de esta naturaleza se encuentran tanto en factores internos como externos. La relación de los hutíes con Irán no es reciente. Desde hace años se lleva señalando que el Gobierno de los ayatolás está financiando y armando a las tribus del norte de Yemen. Este hecho se habría intensificado en los últimos tiempos, dentro del contexto de la Guerra Fría que están protagonizando sauditas e iraníes por el liderazgo regional (Copley, 2009). Además las milicias de los hutíes están obteniendo un considerable avance territorial. Sus zonas de control ya no se limitan a las provincias montañosas del norte de Sa’dah o Hajjah, extendiéndose por toda la costa del mar Rojo.

El rey Salmán y su hijo Mohammed bin Salman perciben como una amenaza la consolidación de los grupos chiitas apoyados por Irán, por eso su operación militar se ha centrado en reducir el avance de los hutíes (Juneau, 2016, pp. 651-654). Por otro lado, esta acción es un mensaje para la comunidad internacional y ,en especial, para su rival iraní y el mundo árabe. El reino saudita no va a permitir injerencias externas en su entorno, no va a permanecer inmóvil ante el auge iraní y va a ejercer su liderazgo por todos los medios posibles. La coalición constituida por los miembros del CCG, Egipto, Jordania, Marruecos, Sudán y Senegal es una prueba de la capacidad de influencia de los sauditas, que ya no quedan pendientes de la autorización estadounidense para emprender acciones en sus proximidades y movilizar partidarios de su eje.

El interés del hijo del rey por actuar de esa manera en Yemen pone sobre la mesa los posibles condicionantes internos, que han llevado al Estado saudita a implementar esta estrategia sin precedentes en su historia. La campaña militar está rodeada de una intensa propaganda patriótica, donde se exagera el discurso nacionalista y la lealtad a la Corona (Kerr, 2015). Se vanagloria la figura del rey y la de su heredero desde los medios de comunicación, redes religiosas y educativas, mientras continúa potenciándose el argumentario sectario wahabita contra Irán. La situación en Yemen y la maniobra mediática oficial ayudan a que las disidencias internas se suavicen y a que el Gobierno pueda controlar mejor a la oposición, a la vez que se reafirma el rol de Mohammed bin Salman dentro de la propia familia Saud y en los estamentos de poder.

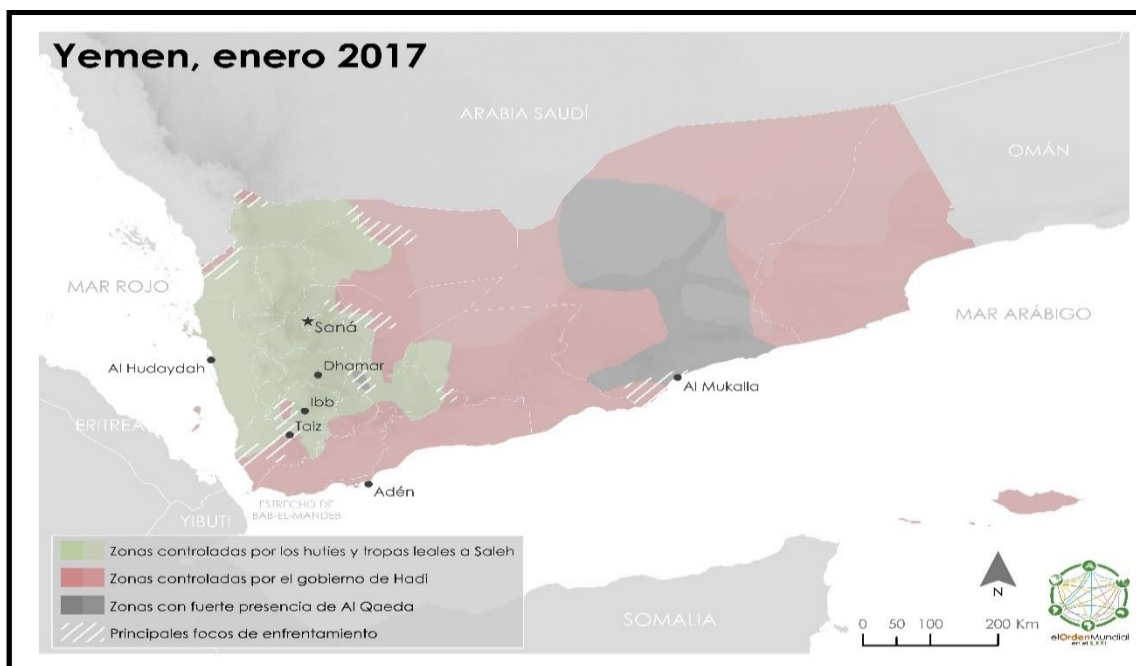
Mapa 3: Conflicto bélico en Yemen en 2015



Fuente: Sección de cartografía de El Orden Mundial en el S.XXI

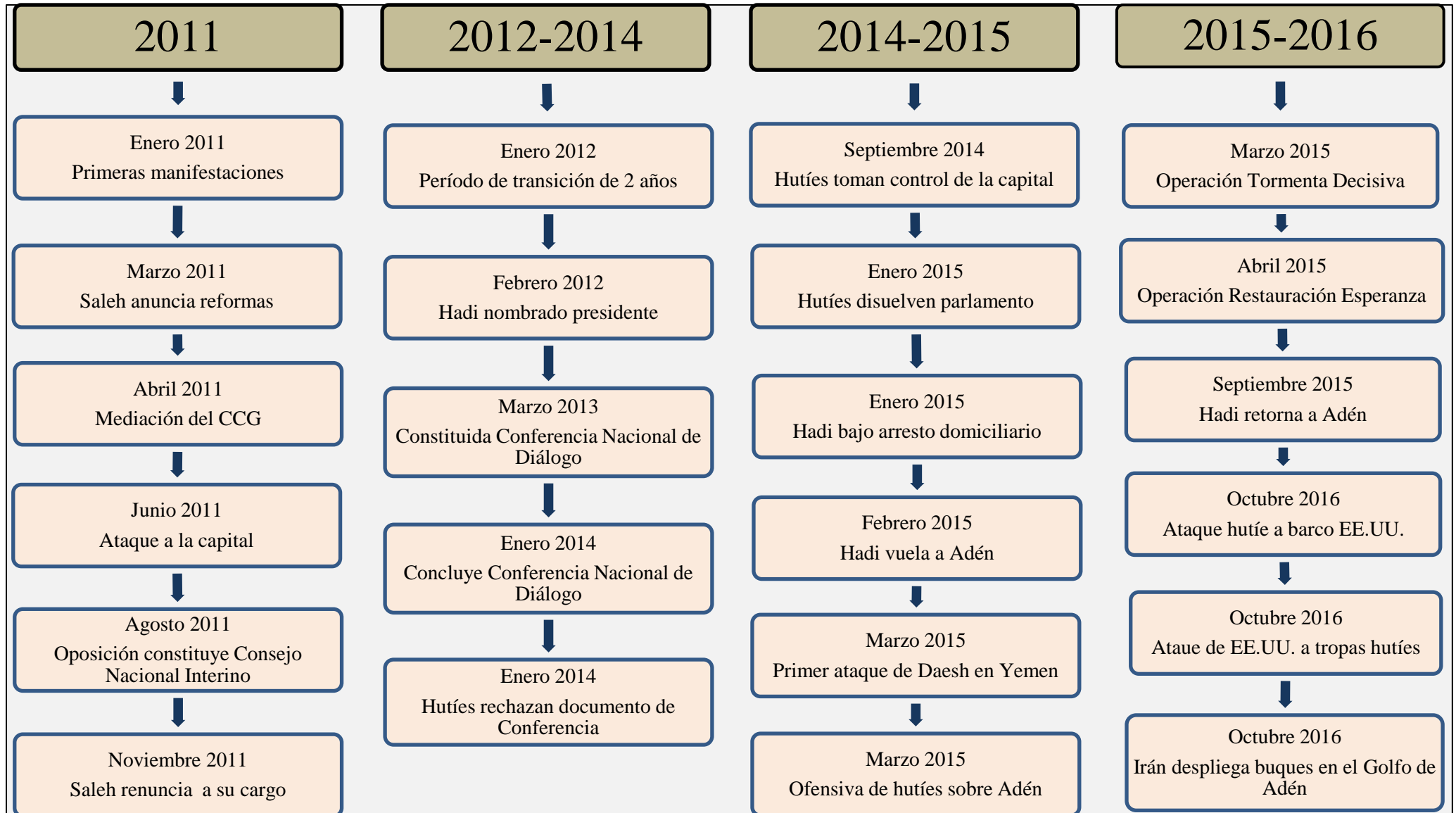
Desde marzo de 2015 las operaciones de la coalición liderada por los sauditas estuvieron centradas en las áreas cercanas a la capital Saná y a la ciudad de Adén. Después de más de un año de conflicto, el Gobierno de Hadi consiguió mejorar su posición en la costa sur e interior del país. Sin embargo, los hutíes mantienen un fuerte control en la parte noroccidental y a lo largo de la costa del Mar Rojo. A principios de 2017, los enfrentamientos se concentran cerca de Saná, en la frontera montañosa con Arabia Saudí y en las provincias de Taiz e Ibb.

Mapa 4: Conflicto bélico en Yemen en 2017



Fuente: Sección de cartografía de El Orden Mundial en el S.XXI

Gráfico 34: Evolución de la situación interna en Yemen (2011-2016)



Fuente: Elaboración propia a partir de www.bbc.co.uk/news/world-middle-east-14704951

6.3. El papel de Arabia Saudí en la guerra civil de Siria

Los conflictos que surgen después de la primavera árabe en Libia, Siria y Yemen contaron con la participación de agentes externos. Las luchas entre el régimen de Al Asad y la oposición sirvieron para exacerbar el sectarismo a lo largo de toda la región. El Gobierno saudita vio en las revueltas en Siria una oportunidad para desbancar al presidente sirio, que era más cercano al poder iraní. Conseguir que grupos afines a los Saud llegaran al poder podría producir dos resultados positivos: por un lado, aumentar su influencia en un área que había sido crítica con Riad; por otro lado, cortar el eje iraní, que unía Teherán con Bagdad, Damasco y Beirut. La evolución de los enfrentamientos ha provocado que los acontecimientos se tornen más preocupantes para los intereses sauditas, que no están obteniendo los réditos esperados.

El conflicto ha pasado a un horizonte incierto por la concatenación de varias circunstancias: 1) el propio régimen de Al Asad infravaloró la fuerza de las revueltas, donde la represión solamente sirvió para acrecentar la violencia; 2) las potencias extranjeras tampoco calcularon bien la resistencia del Gobierno sirio, creyendo que las revueltas populares podrían hacer caer al presidente como ya pasó en Libia; 3) los opositores y sus aliados externos no tuvieron en cuenta los apoyos de Bachar al Asad, respaldado por las contundentes intervenciones del brazo armado de Hezbolá, Rusia e Irán; 4) los opositores y sus socios esperaron una intervención estadounidense que pudiera desequilibrar el conflicto, que nunca llegó a suceder; 5) la presencia del Daesh en 2014 y la expansión de la rama de Al Qaeda, abrió el abanico de frentes y empeoró la virulencia del conflicto; 6) las fuerzas kurdas recobraron un protagonismo considerable en Irak y Siria, resurgiendo nuevas tensiones territoriales que afectan también a Turquía y 7) la guerra tiene un fuerte componente sectario que se entremezcla con los intereses políticos de cada actor.

En el año 2000, Bachar al Asad heredó de su padre Háfes al Asad un modelo político de dictadura familiar. Los Al Asad fueron capaces, como las monarquías vecinas, de concentrar todo el poder en un estrecho círculo de confianza (Álvarez-Ossorio, 2015b, pp. 159-160). Sus políticas internas privilegiaban a unas etnias y tribus, mientras discriminaban a otros segmentos de la población y perseguían cualquier núcleo de oposición. La composición demográfica siria está dominada por los sunitas, que son cerca del 75% de la población. Sin embargo, estos fueron sistemáticamente marginados de la vida política, apartados de puestos de responsabilidad en la administración estatal, además de verse perjudicados por una distribución desigual de la riqueza del país.

Siria tuvo ya en el pasado episodios de levantamientos populares respondidos por el Gobierno con dura represión, que estuvieron a punto de propiciar una guerra civil durante la década de los ochenta (Glass, 2015, pp. 19-21). Fue justo en muchas de esas localidades de mayoría sunita, que habían sufrido la violencia estatal, donde emergieron con más vigor los levantamientos de 2011. Pese a ello, el presidente sirio tiene apoyos dentro de la sociedad siria y la comunidad

internacional. El discurso sectario tiene un amplio recorrido dentro de la argumentación del régimen. Los Al Asad son respaldados por alauitas, cristianos y drusos sirios, al mismo tiempo continúan castigando a los kurdos del norte y a gran parte de las comunidades de sunitas.

La política exterior de Siria sufrió cambios sustanciales en los años previos a la primavera árabe. Por su pasado panarabista y socialista, el régimen mantenía una estrecha asociación con Moscú, lo que le acarreó una prolongada enemistad con Washington, debido también a su apoyo a grupos que los estadounidenses definen como terroristas (Zisser, 2003, pp. 47-48) y por sus estrechas relaciones con Irán. De la misma manera, los dirigentes sirios han sido uno de los principales valederos de la causa palestina, considerado como un tema de interés nacional para Damasco, que les enfrentó en repetidas ocasiones con el Gobierno de Israel. Pese a todo ello, a principios del nuevo siglo se produce un calculado acercamiento a Occidente y a las monarquías del Golfo, intentando mejorar su imagen internacional y buscando nuevos aliados.

La estrategia de los sauditas para Siria durante mucho tiempo fue la de promover su aislamiento regional, principalmente por su alianza con Irán. Empero, todo comenzó a cambiar a partir de 2008 (Berti y Guzansky, 2014, pp. 26-27), cuando sirios y sauditas participan y promueven la formación de un Gobierno de unidad nacional en Líbano. En 2009, con la visita del rey Abdalá a Damasco se rompen años de discrepancia y tensión. En los momentos previos a las revueltas árabes parecía intuirse una distensión en las relaciones de ambos Estados, sobre todo, al congeniar sus agendas regionales con respecto a la política libanesa y al problema palestino.

Justo cuando Damasco comenzaba a reafirmar su renovada estrategia internacional, con una mayor cercanía hacia el CCG, EE.UU. y Europa, estalla la primavera árabe. Arabia Saudí pasa de colaborar con Al Asad a ser uno de los principales promotores de la oposición. El rey Abdalá se decanta por apoyar a los rebeldes por varios motivos: A) es una oportunidad única de reducir la influencia de Irán sobre Siria y hacer ascender a facciones afines a los sauditas y B) Arabia Saudí no puede permitir que otros actores aprovechen la situación para mejorar su posición y exista un nuevo Gobierno en Damasco mucho más crítico con los Saud.

En los primeros meses de 2011 las revueltas árabes podían precipitar que tres Gobiernos afines, Bahreín, Egipto y Yemen, cayeran en manos de movimientos nada favorables a los intereses sauditas. Esta alarmante situación se agudizaba con el viraje que estaba tomando la política interna en Irak. Por ello, Siria se presentaba como un escenario idóneo para debilitar el eje chiita de Irán (Demír y Rijnoveanyu, 2013, pp. 70-71). El Estado saudita estimaba que podría potenciar facciones sirias que tuvieran una importancia considerable en el futuro del país. Esta estrategia también fue motivada por los movimientos de otros, ya que Irán y grupos libaneses se volcaron con Al Asad, mientras Catar y Turquía percibieron un contexto propicio para interferir en el conflicto sirio y sacar provecho del auge de determinados núcleos opositores.

La diferencia fundamental es que los aliados del presidente sirio, sobre todo Rusia e Irán, pese a sus discrepancias comparten un mismo análisis: la pervivencia del régimen de Al Asad es condición necesaria para salvaguardar sus intereses (Wakim, 2013, pp. 176-178). Sin embargo, los Estados que apoyan a la dividida oposición, tanto Arabia Saudí, Jordania, Catar o Turquía, no son capaces de articular una estrategia conjunta para concretar a qué bandos rebeldes apoyar. Entre estos Gobiernos existe una gran desconfianza, que se traduce sobre el terreno en que cada uno apoya a grupos concretos de opositores e intenta marcar sus propios espacios de influencia.

A expensas de que lo pueda hacer EE.UU. bajo la presidencia de Trump, lo cierto es que Barack Obama no mostró interés por involucrarse con rotundidad en la guerra siria, ante la contrariedad de sus aliados locales que lo esperaron como un factor determinante para desequilibrar la balanza (Phillips, 2017, pp. 41-42). Con una lucha que se tornaba cada vez más complicada y tras el desastre de la posguerra en Libia, Washington comenzó a cuidar muy bien a qué actores armaba. Los mayores esfuerzos estadounidenses y europeos se dirigen a contener al Daesh, mientras el soporte a la oposición recae casi al completo en el reino saudita, el Gobierno de Erdogan y Catar.

La fuerza militar del régimen sirio está estructurada por contingentes propios y los medios de actores extranjeros. La mayoría del Ejército Árabe Sirio sigue siendo leal a la figura de Al Asad, aunque existieron deserciones y algunos oficiales de las provincias donde emergió la primavera árabe se unieron a los opositores. En 2012 se crearon Fuerzas Nacionales de Defensa con soldados de reserva y voluntarios y Comités Populares en las ciudades y barrios afines al régimen, donde se ha formado y armado a sus vecinos (Sancha, 2016). El apoyo internacional procede de parte de Rusia, Irán, Hezbolá, milicias de chiitas de diferentes países y palestinos exiliados reunidos en el cuerpo armado del Frente Popular para la Liberación de Palestina. Estos actores aportan tanto financiación económica, como armas y presencia de tropas en el terreno.

Rusia cuenta con una base naval y otra aérea en las ciudades costeras de Tartus y Latakia, así como destacamentos en la capital de Damasco, en Homs y en la noroesteña localidad de Hassake. Irán envió apoyo logístico y militar, con una fuerte presencia de la élite de su Guardia Revolucionaria. Para Teherán es indispensable mantener el corredor que va desde su país hasta el Líbano pasando por Irak y Siria (Sadjadpour y Ben Taleblu, 2015b, pp. 2-3). También está presente el brazo armado de Hezbolá en la frontera sur y hay milicianos chiitas desplazados por Irán de países como Afganistán o Irak. Los palestinos exiliados en el país, que siempre recibieron un trato favorable del Gobierno, también han tenido un papel activo en la defensa del régimen.

Dentro de la sociedad siria, el régimen cuenta con la confianza de los alauitas, quienes copan los altos rangos del ejército y la policía, siendo el grupo social más favorecido por la Administración de los Al Asad durante todo este tiempo. Además, suman el respaldo de drusos y cristianos, que durante su Gobierno no fueron excluidos ni perseguidos como kurdos y sunnitas. El dirigente sirio

hace bandera de que él es el único capaz de garantizar el respeto por la variedad religiosa y étnica del país (Hurtado, 2015), así como advierte de los peligros que representaría para las minorías afines la llegada al poder de grupos salafistas sunitas. Con este sectarismo el régimen consiguió vaciar de contenido político las reivindicaciones iniciales de parte de la población.

La táctica de las tropas del régimen fue la de contener el avance de los opositores inicialmente, para acto seguido, con el apoyo de rusos e iraníes, ir recuperando los principales puntos estratégicos del país. El despliegue de tropas rusas en 2015 produjo un desequilibrio en la contienda a favor de Al Asad. Las fuerzas de Rusia e Irán atacan las posiciones del Daesh y Al Nusra, mientras colaboran en las ofensivas del Ejército Árabe Sirio. Por su parte, Hezbolá ayuda en el entrenamiento de milicias y voluntarios (Sullivan, 2014, pp. 11-15), combate en la frontera con Líbano y ha participado en las batallas de Alepo, Homs y en la periferia de Damasco.

En el complejo mapa de Siria, hay que tener en cuenta el papel de las fuerzas kurdas, agrupadas en torno a las Unidades de Protección Popular Kurdas. Cuentan con el apoyo tanto de EE.UU. como de Rusia, a pesar del malestar de los Gobiernos turcos y sirios (Lawson, 2014, pp. 1352-1355), ya que no consideran positivo el grado de autonomía que están alcanzando estas poblaciones en el norte de Irak y Siria. Su actitud es defensiva, sin participar activamente en el conflicto, centrados en repeler al Daesh y con algunos limitados enfrentamientos con las tropas de Al Asad. Junto a los kurdos del Kurdistán iraquí están siendo el socio más fiable que tiene la potencia estadounidense para frenar el avance de yihadistas y de ciertos salafistas.

Daesh y la rama de Al Qaeda en Siria, Frente Al Nusra, son los dos motivos principales por los que EE.UU. y algunas potencias europeas se han involucrado en la guerra siria. Los atentados de París en 2014 y 2015 y su imparable avance sobre territorio iraquí y sirio desencadenaron una estrategia occidental mucho más agresiva. El reino saudita vuelve a tener un problema tan grave como el que tuvo con Al Qaeda en el pasado (Lister, 2014, pp. 33), ya que se estima que más de mil sauditas se han unido a estas organizaciones. La coalición internacional creada en septiembre de 2014 está compuesta por más de 70 Estados, donde Arabia Saudí, Catar o Jordania tienen una implicación directa sobre el terreno, con entrenamiento a tropas y ataques aéreos.

Al Asad y sus principales aliados elaboraron un plan específico para abordar los frentes más apremiantes de Siria, marcando unos objetivos comunes a medio y largo plazo. Este consenso no ha existido en el otro bando. Por parte de EE.UU. y sus aliados árabes no hubo una idea concreta de cómo gestionar la situación del conflicto (Starr, 2012, pp. 209-210). Para muchos de ellos todavía estaban muy presentes los errores cometidos en las crisis de Irak y Libia cuando se produjo un vacío de poder. Además, resulta complicado converger los intereses de actores locales e internacionales tan dispares, que no quieren perder influencia sobre lo que sucede en el terreno, conscientes de que esta guerra es un punto determinante en las dinámicas regionales.

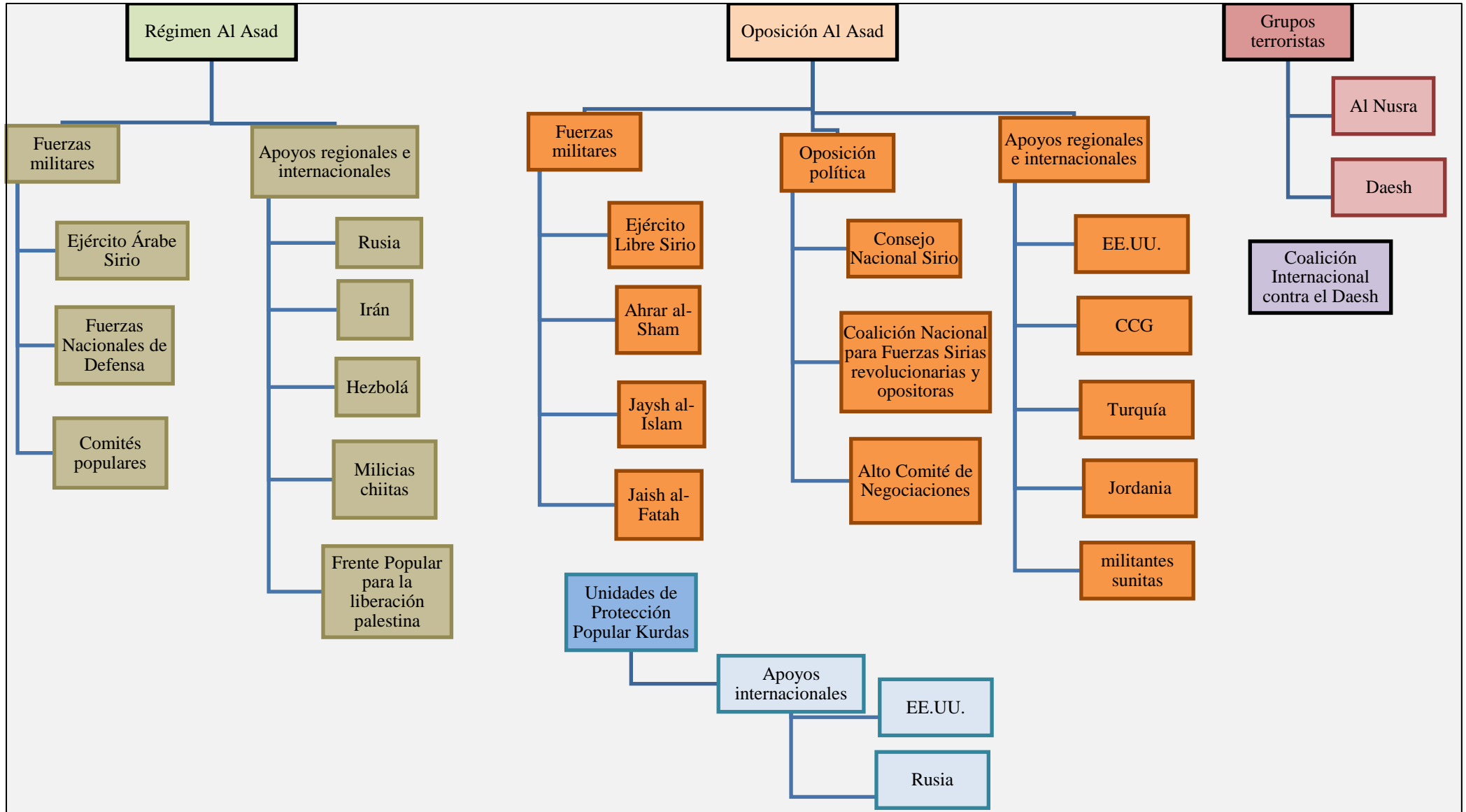
Turquía, Catar y Arabia Saudí protagonizan una singular carrera diplomática por promocionar a los actores más allegados dentro de la oposición siria. Los tres Gobiernos quieren influir en la evolución del conflicto, a través, del apoyo a específicos grupos. Este contexto de desavenencias entre turcos, cataríes y sauditas, junto a la renuente postura estadounidense, ha provocado la atomización de los rebeldes y su debilidad ante las tropas del presidente sirio. Ante la falta de una estrategia común, Arabia Saudí decidió emprender su propio plan para erigirse como un actor clave en la resolución de la crisis. La estrategia saudita tiene como puntos clave: A) ser el referente de los aliados de la oposición; B) estar presentes en las interlocuciones entre los distintos bandos; C) hacer frente a la influencia iraní y sus socios en territorio sirio.

Al poco tiempo de acrecentarse la violencia en Siria se creó el Consejo Nacional Sirio, bajo el tutelaje de Turquía y con un elemento militar, el Ejército Libre Sirio. Sin embargo, a los pocos meses sauditas, cataríes y otras monarquías árabes empezaron a obstaculizar estas opciones, contrarios a que Erdogan y los Hermanos Musulmanes sirios tuvieran tanto peso. Riad se encargó de formular entidades afines como la Coalición Nacional para Fuerzas Sirias revolucionarias y opositoras y el Alto Comité de Negociaciones, copadas por representantes políticos que la Casa de Saud pueda controlar (Phillips, 2016, pp. 122-13), evitando que otras facciones sumaran más poder. El propósito no es otro que hacer valer su liderazgo y asegurarse que en el futuro político de Siria algunos de los actores más significativos sean cercanos a la esfera saudita.

Hay una gran variedad de grupos armados, el Ejército Libre Sirio, que ha perdido importancia en el transcurso de la guerra. Después, las milicias Ahrar al-Sham y Jaysh al-Islam y la alianza Jaish al-Fatah. Las dos primeras son coaliciones de salafistas e islamistas sunitas que cuentan con la financiación de las monarquías del Golfo (Ellison, 2016). Sus diferencias les han llevado, en ocasiones, a tener choques con el Ejército Libre Sirio, de talante menos sectario. Sus acciones van dirigidas a hacer frente al régimen de Al Asad y frenar el avance de Al Nusra y el Daesh. Por su parte, Jaish al-Fatah es una unión operativa entre distintas fuerzas, alentada por Turquía, Catar y Arabia Saudí en la provincia de Idlib, en un intento por abrir vínculos cooperativos.

El reino saudita dejó al principio que el liderazgo de las operaciones recayera en manos turcas y cataríes, preocupados por puntos de inestabilidad más cercanos, como Bahréin o Yemen. Cuando el Gobierno saudita estabilizó el Golfo y el interior del país fue mucho más consciente del ascenso iraní en la región, entonces, decidió asumir mayores responsabilidades en el frente sirio. Los dirigentes sauditas quieren valerse del contexto en Siria como un medio de hacer prevalecer su protagonismo en Oriente Medio, asegurándose su espacio en las interlocuciones y frenando las aspiraciones iraníes. Riad está alcanzando una gran capacidad de influencia sobre los principales referentes de la oposición. La construcción de una transición pacífica del conflicto, deberá contar con los actores sunitas que Arabia Saudí está apoyando, aunque la ventaja esté en el eje iraní.

Gráfico 35: Principales actores en la guerra de Siria



Fuente: Elaboración propia a partir de: Hurtado, 2015; Ellison, 2016; Sancha, 2016

6.4. La rivalidad hegemónica con Irán

Las relaciones regionales tras la primavera árabe están quedando condicionadas por la rivalidad imperante entre Irán y Arabia Saudí, dos Estados con un mismo objetivo: consagrarse como líderes del nuevo orden regional que surja tras estos convulsos años. Esta enemistad está forjada por numerosos factores: históricos, culturales, religiosos, económicos y políticos, que han quedado cristalizados en una especie de guerra fría musulmana, donde ambas potencias hegemónicas aspiran a dominar y hacer prevalecer su autoridad dentro de la región y a través de las comunidades religiosas repartidas por todo el mundo. La cuestión que queda por saber es hasta qué punto los fines internacionales iraníes y la política exterior del país saudita son tan incompatibles para seguir prolongando tensiones y confrontaciones en toda la zona.

Se acude a describir este indirecto choque con características religiosas, como si en realidad las distintas causas de esta rivalidad pudieran ser explicadas apelando solo a la razón de las diferencias religiosas entre chiitas y sunitas. Al contrario de esta suposición, lo cierto es que tanto Irán y, sobre todo, Arabia Saudí se valen de la dialéctica de la fe para justificar y legitimar sus acciones políticas nacionales e internacionales. El wahabismo es uno de los pilares esenciales sobre los que se cimenta el poder de los Saud, permitiéndoles combatir tanto a las disidencias dentro de su territorio como a los poderes que les pretenden hacer sombra en la región. Pero el recurso de lo religioso no implica que las razones últimas de estas desavenencias se deban a discrepancias en la interpretación del islam, sino más bien a cuestiones geoestratégicas.

El mapa de seguridad y estabilidad de la región pasa por resolver o canalizar las discrepantes políticas entre los líderes iraníes y sauditas. En este momento de transición e incertidumbre en Oriente Medio, donde los rasgos generales del statu quo anterior se han desvanecido y surgen unos nuevos componentes, se hace cada vez más evidente la coexistencia de dos grandes polos hegemónicos, que van a presidir las vicisitudes locales en los próximos tiempos. Asimismo, durante la primavera árabe y en los años posteriores, tanto Irán como Arabia Saudí comprobaron que es creciente el número de Estados y actores no estatales, que buscan una mayor autonomía y no quedar subsumidos en las estrategias y ejes de cada uno.

La trayectoria de la guerra en Siria, la situación política en Irak y las nuevas medidas que tome Donald Trump con respecto al plan nuclear, terminarán acotando las posibilidades reales del régimen de los ayatolás de aumentar su influencia en Oriente Medio y en la sociedad internacional. Los príncipes sauditas también tienen numerosos retos por delante, como Yemen, su relación con Catar, Washington o los problemas sociales internos, que pueden ir debilitando sus capacidades de ejercer el liderazgo en el entorno. Con todo ello, la disputa por la hegemonía regional entre estos dos Estados está detrás de muchas de las dinámicas locales de estos últimos años y continuará limitando las relaciones de la zona en las siguientes décadas.

6.4.1. La relación saudí-iraní antes del 2011

Las relaciones entre sauditas e iraníes eran ya de por sí tirantes antes de la primavera árabe. La inestabilidad originada desde 2011 supuso la confirmación de una absoluta incompatibilidad de intereses entre estos dos Estados. La guerra en Irak y la caída de Sadam Hussein en 2003, junto al programa nuclear iraní posteriormente, marcan dos antecedentes clave en este enfrentamiento, ya que son los momentos previos en los que tanto Riad como sus más cercanos aliados árabes observan al Gobierno de Teherán como una amenaza real para su seguridad. Las brechas abiertas en Siria, Yemen, Bahreín, Irak o incluso las tensiones sociales en territorio saudita son utilizadas para escenificar una rivalidad que lleva prolongándose desde hace tiempo. El liderazgo de los Saud ya no puede contar a su favor con la exclusión del polo iraní de las dinámicas regionales.

Un actor clave en esta bipolaridad es EE.UU., cuya estrategia para el Golfo y con respecto a estos dos países está condicionado los niveles de conflictividad entre el régimen de los ayatolás y la dinastía saudita. Tras el final de la Segunda Guerra Mundial, los procesos de descolonización y la creación del Estado de Israel, Oriente Medio se convierte en un enclave de gran importancia para la política internacional de Washington. En su ambición por controlar el área que transita entre Asia, África y Europa, los estadounidenses apostaron por lo que Nixon consideró los dos “pilares gemelos” en los que se debía apoyar el liderazgo local (Ulrichsen, 2011a, pp. 82-83). El reino persa y Arabia Saudí fueron desde los cincuenta hasta la revolución de 1979 los dos grandes aliados que tuvo el hegemon estadounidense en la región.

La monarquía del sha de Persia era uno de los Gobiernos más próximos al poder de EE.UU. y a los intereses económicos de los europeos. Junto a Arabia Saudí, el país persa fue de enorme utilidad para contrarrestar dos tipos de corrientes, por un lado, ayudó a contener cualquier posible avance del programa comunista en la zona (Addis, Blanchard y Katzman et al; 2011, pp. 110-111), por otro lado, frenó los movimientos revolucionarios inspirados por el panarabismo originado desde Egipto. Las distintas Administraciones en Washington veían en el sha y en los Saud unos grandes aliados. Los dos eran sus principales proveedores de petróleo y gas, compartían mismos intereses políticos y estrechos vínculos en materia de defensa.

Las diferencias entre saudíes e iraníes, que surgirán tras la llegada al poder de Jomeini, no se hicieron patentes oficialmente durante el mandato del sha de Persia. A partir de 1979 se produce una clara competición en la esfera ideológica y geopolítica (Mabon, 2016, pp. 41-42). Estos dos países representan modelos políticos y religiosos divergentes. Ambos Gobiernos intentan hacerse con el poder de la región y ser referentes del mundo musulmán. Más allá de la histórica animadversión religiosa, el discurso de enfrentar a chiitas contra sunitas solo sirve para alentar la fuerte rivalidad y el espíritu nacionalista de cada nación. Los dirigentes sauditas e iraníes están utilizando estos argumentos para justificar sus políticas regionales.

Hay etapas clave en el devenir de las relaciones sauditas-iraníes: 1) la revolución en Irán de 1979; 2) la guerra Irak-Irán de los ochenta y la formación del CCG en 1981; 3) el período de distensión de los noventa; 4) la inclusión de Irán en el “eje del mal” y la guerra de Irak de 2003; 5) el programa nuclear bajo Ahmadineyad y la competición por el Líbano, Irak y Afganistán; 6) la primavera árabe, los frentes de Siria, Bahreín, Yemen y la política del presidente Obama. En este devenir la República Islámica ha combinado fases de una política exterior más ideológica, con otros momentos de mayor pragmatismo (Ahmadi, 2008, pp. 33-35), que coinciden con una aproximación a sus vecinos árabes. En la década de los ochenta y los primeros años del siglo XXI el discurso iraní fue mucho más agresivo, antimperialista y revolucionario.

En el actual período, aunque el ejecutivo de Rouhaní aboga por una actitud menos beligerante con EE.UU. y sus vecinos del Golfo, es cuando más están creciendo las tensiones con Arabia Saudí. Desde la revolución iraní y durante la década posterior, los ayatolás intentaron alentar el espíritu revolucionario en toda la comarca, lo que generó reticencias en el resto de monarquías árabes. La guerra con el régimen de Sadam Hussein entre 1980-1989 y la constitución del CCG señalaron un periodo de aislamiento regional, que durante los noventa se buscó revertir con una desideologización de su diplomacia (Louër, 2010, pp. 76-78). Tanto Rafsanyaní (presidencia 1989-1997) como Khatami (presidencia 1997-2005) plasmaron una política exterior que levantara menos suspicacias y mejorara la confianza entre Irán y el resto de Estados próximos.

Desde la crisis de los rehenes en los primeros meses de la revolución iraní, las relaciones entre las distintas Administraciones de la Casa Blanca y Teherán no han sido del todo positivas. Tanto Carter, como Reagan, Bush padre, Clinton y Bush hijo vieron en Irán uno de los mayores desafíos para la seguridad de la región. Esta tendencia fue rota por Barack Obama, quien apostó por tender puentes a través del acuerdo nuclear, a pesar de las críticas de su aliado saudita y otros socios árabes. El punto álgido entre las tensiones estadounidenses-iraníes se dio bajo la presidencia de Bush hijo, cuando incluyó a Irán en el mismo “eje del mal” que Corea del Norte e Irak (Katzman, 2004, pp. 10-12). El programa nuclear y la elevación del tono contra EE.UU. e Israel supusieron un escalada sin precedentes de las hostilidades entre estos países.

Arabia Saudí y el resto de miembros del CCG habían seguido casi sin ninguna discrepancia la política de aislamiento estadounidense. Sin embargo, en 2007 se produce una primera ruptura entre la táctica formulada por la secretaria de Estado Condolezza Rice y el secretario de Defensa Robert Gates y sus socios árabes del Golfo (Kostiner, 2011, pp. 104-107). Riad y otros gobernantes de la zona temían que el aumento de la confrontación entre EE.UU. e Irán pudiera terminar en una guerra, con desastrosos efectos para la estabilidad de la región. Antes de que Barack Obama llegase a la presidencia, los sauditas defendieron una aproximación diplomática con Irán, para buscar vías pacíficas para el tema nuclear y la seguridad. El Gobierno saudita lo último que quería es que se produjera una situación tan erosiva como la ocurrida en Irak tras 2003.

La guerra directa contra Irán por su programa nuclear y la posibilidad de que adquiriera armas de destrucción masiva resultaba muy amenazante para Arabia Saudí y otros Estados árabes, que no compartían en absoluto las líneas tan beligerantes del Gobierno de Bush. Para Irán el enfrentamiento con los estadounidenses se presentaba en unas condiciones muy provechosas, planteadas como un escenario de “win-win” (Sadeghinia, 2011, pp. 203-204). Calculaban que si finalmente EE.UU. se decidía a atacarles obtendrían el apoyo de otros actores regionales e internacionales. De la misma forma, si al final no lo hacía, eso les reportaría una imagen de mayor fortaleza. Antes de la primavera árabe, Irán ya estaba recobrando un gran protagonismo.

El Gobierno de Ahmadineyad inauguró una nueva etapa en la que la diplomacia iraní recobró su dialéctica más tradicional. Hasta 2007 se produce un incremento de la disputa hegemónica entre sauditas e iraníes, que tiene como trasfondo el Líbano, Palestina, Irak, Yemen o incluso Afganistán (Molavi, 2010, pp. 160-162). Tanto Arabia Saudí como Irán se aprovechan del discurso sectario para inducir movimientos internos y ampliar su influencia en estos lugares. La disputa por el liderazgo regional había comenzado pero no se reflejará con claridad hasta la primavera árabe. Ante el peligro de un gran conflicto alentado por el ejecutivo de Bush, los sauditas y el CCG deciden dar espacio al diálogo y rebajar las tensiones entre los Estados.

Esta ventana de oportunidades se mantiene con el nuevo presidente Barack Obama, que decide cambiar de posición con respecto a las acciones de su predecesor. El presidente demócrata quiso entablar una bilateralidad más constructiva con Irán. La Casa Blanca era consciente de la relevancia de Irán en la solución de problemas regionales como Irak, Líbano o Afganistán (Aarts y van Duijne, 2009, pp. 64-65), así como de la complejidad de resolver el asunto nuclear por vías no dialogadas. Esta permuta en la perspectiva del hegemon estadounidense junto con los estallidos de violencia en la región entre 2009 y 2011, harán que Arabia Saudí retome sus consideraciones previas a la fase de distensión de 2007. Alineándose poco a poco con la postura que defendió Israel de permanecer intransigentes con las aspiraciones del bloque iraní.

En los últimos momentos de la presidencia de George Bush se fueron estableciendo dos paradigmas sobre cómo afrontar el dilema iraní. Estaban aquellos Estados que propugnaban agotar todas las vías posibles de diálogo para evitar una colisión violenta. Este cauce fue el defendido por Catar y posteriormente por el presidente Obama cuando llega al Gobierno. De otro lado, países como Israel o Egipto, que rechazan la idea de que el régimen de los ayatolás pudiera hacerse con la bomba atómica, además de entender su creciente presencia como una amenaza para los equilibrios regionales. A este último punto se une el rey Abdalá y persistirá en ello Salmán. Riad liderará la oposición árabe contra el ascenso de Irán, presionando a sus socios más próximos y a EE.UU. para delimitar el ascenso iraní. El reino saudita abandona la posición de apaciguamiento definitivamente con la primavera árabe.

6.4.2. La disputa por el liderazgo regional (2011-2016)

La rivalidad soterrada que llevaba años activándose en Oriente Medio, se hace notar con fuerza tras las revueltas de 2011. Irán contempla los cambios producidos en el escenario regional como una serie de grandes oportunidades, que no puede desaprovechar para poder poner fin a su exclusión regional y aumentar su protagonismo en el entorno. Por su parte, Arabia Saudí contempló como su posición preponderante se debilita rápidamente tras los levantamientos. El lustro entre 2011 y 2016 es el período de máxima expresión de la divergencia de políticas exteriores de ambas hegemonías. Riad y Teherán persiguen el liderazgo local y el de la esfera musulmana como llave para asegurarse su propia seguridad. Ambos se otorgan el derecho de estar presentes y ser decisores de los momentos cruciales para la región.

El enfrentamiento entre Irán y Arabia Saudí está siendo por ahora indirecto, centrando sus esfuerzos en ganar posiciones en conflictos y crisis que se dan en terceros países. Oriente Medio siempre ha sido un área clave en la evolución de la propia sociedad internacional. Según el secretario de Estado, Henry Kissinger, el poder que dominara el “continente medio”, entendido por el cinturón musulmán que va desde Indonesia a Marruecos, controlaría el mundo (Khalifé, 2017, pp. 145-146). Para gobernar sobre esta franja es indispensable mandar sobre Oriente Medio, por lo que la supremacía del eje chiita encabezado por los iraníes o el sostenimiento del frente sunita, tienen un efecto directo sobre la evolución de las relaciones internacionales. La dimensión de este problema hace que el antagonismo saudí-iraní supere las connotaciones religiosas.

Irán, al igual que Arabia Saudí, ha tenido siempre aspiraciones hegemónicas. Los deseos de ambos candidatos por el liderazgo se hicieron patentes a partir de los setenta, cuando el rey Faisal da un rol más activo al reino y Jomeini presenta a la república naciente como un emblema regional. Como los sauditas intentan jugar en tres esferas, la del Golfo, el arabismo y el sunnismo, los iraníes también argumentan su política exterior sobre tres niveles: el persa, el islámico y el fundamentalismo (Zeraoui y Klich, 2011, pp. 12-13). Evocar la identidad persa supone recuperar el pasado imperial como elemento vertebrador de una ambición regional, que reconoce a Irán como legítimo hegemón sobre el resto de poblaciones musulmanas.

Los rasgos islámicos y fundamentalistas se encuentran hilados con la ideología de la revolución de 1979. Primero, el ayatolá Jomeini apelaba a una visión islamista del mundo, la región y el país, como vía de legitimidad de su poder político y de su intervención en el extranjero. Rechaza las distinciones occidentales del Este contra el Oeste, Comunismo contra Capitalismo o sunitas contra chiitas, incentivando la unidad de las naciones islámicas (Dehshirim, y Majidi, 2009, pp. 102-103). Segundo, recurre al fundamentalismo islámico como piedra en la que apoyarse frente a los que considera los dos grandes enemigos de los pueblos de Oriente Medio: EE.UU. e Israel, a quienes responsabiliza de la constante inestabilidad de la zona.

Irán ha construido vínculos con un amplio rango de actores, sean chiitas o sunitas, como Hamás en Gaza o los Hermanos Musulmanes en Egipto. Sin embargo, su apoyo al régimen de Al Asad le desaprueba como baluarte de los pueblos oprimidos. Además, también recurre a la dicotomía chiita-sunita para justificar su defensa a las comunidades de Bahréin, Yemen o Arabia Saudí. Por su parte, el wahabismo oficial saudita tiene en el chiismo y en otras ramas más moderadas del sunnismo uno de sus principales objetivos, lo que limita la imagen de los Saud como líderes de todos los musulmanes. Riad utiliza el discurso wahabita para contener las demandas políticas y atacar a Irán (Al-Rasheed, 2017b, pp. 150-152). Dando un cariz religioso a las tensiones sociales, los dirigentes sauditas consiguen acallar las protestas y levantar rivalidades sectarias.

Los ayatolás, al igual que los Saud, utilizan la religión como elemento legitimador. Una diferencia esencial es el papel que se concede cada clase gobernante con respecto a los creyentes. Para los gobernantes iraníes desarrollar su política exterior a través de la baza del chiismo tiene muchas constricciones, por eso siempre son más propensos a exponer la unidad musulmana, la ayuda a los pueblos avasallados, el espíritu revolucionario, antiamericano y antisraelí para romper el cerco sunita (Nasr, 2007, pp. 241-242). Los iraníes encarnan el papel de auxiliares que ayudan en causas justas, independientemente de la ideología o confesión del oprimido. Mientras los sauditas se erigen como el escudo protector de los auténticos creyentes, siendo ellos el referente de todas las comunidades musulmanes y de los pueblos árabes.

La confesión religiosa no explica la rivalidad entre Irán y Arabia Saudí, que tiene rasgos geopolíticos, no obstante, ambos polos potencian la politización de la religión como vehículo para conseguir determinados fines (Beydoun y Zahawi, 2016, pp. 48-49). El problema es intentar reducir esta colisión entre dos grandes Estados a meras cuestiones sectarias. Las dos naciones se arrojan un papel protagonista en Oriente Medio argumentando cuestiones históricas, religiosas, culturales, fuerza económica, política y militar. Durante décadas Riad intentó establecer áreas de influencia donde impedir cualquier injerencia iraní, para asegurarse que la potencia persa no pudiera debilitar su hegemonía. Ahora Teherán persigue establecer su propio eje de influencia, que entra en colisión directa con el predominio saudita-sunita.

Irán tiene una de las Fuerzas Armadas más numerosas y mejor equipadas del Golfo y todo Oriente Medio. Las décadas de embargo y persistente amenaza de ataque de EE.UU. le llevaron desde principios de los noventa a una decidida política de militarización y securitización del país, con el objetivo de reducir su dependencia de importadores extranjeros (Askari, Mohseni y Daneshvar, 2009, pp. 82-85). Las disputas territoriales de Irán con E.A.U. o Bahréin, la guerra de Irak en 2003, la primavera árabe y los planes de repliegue del presidente Obama han hecho que Arabia Saudí y el resto de monarquía del Golfo se involucren en una carrera armamentística, donde se destinan ingentes cantidades de recursos para aumentar la competencia de sus ejércitos.

Los planes nucleares de Irán, bajo la sospecha de la obtención de la bomba atómica, suponen un reto para la seguridad regional. El programa nuclear es una vieja aspiración de la nación iraní, que ya dio sus primeros pasos durante el sha de Persia Mohammad Reza Pahleví, auspiciado por los propios EE.UU. (Albright y Stricker, 2010, pp. 77-80). Irán siempre ha estado a la búsqueda de la autosuficiencia energética, que le permita reducir su dependencia de proveedores internacionales o de la producción de gas. El problema deviene cuando en 2002 se desvela la existencia de plantas secretas en Natanz y Arak por parte de la Organización Internacional de la Energía Atómica (OIEA). El enriquecimiento de uranio fue parado hasta que Ahmadineyad en 2005 decide retomarlo y comienza una profunda crisis diplomática.

El Gobierno iraní siempre alegó su derecho a tener fuentes de energía nuclear para fines pacíficos. Entre 2005 y 2010 la situación se agrava con sanciones económicas a Irán, la postura dura de la Administración estadounidense, respaldada entre otros por Israel, más la decidida voluntad de Teherán de seguir con sus planes sin colaborar con la OIEA. Si Irán lograba hacerse con arsenal nuclear, otros países como Arabia Saudí se verían incentivados a conseguir sus propios armamentos, lo que llevaría a Oriente Medio a convertirse en un punto de tensión nuclear (Wehrey, Karasik, Nader et al, 2009, pp. 67-70). La estrategia de George Bush de presionar a Ahmadineyad e intentar aislarle en el ámbito internacional no resultó del todo acertada. Al final, fueron las cuestiones internas las que hicieron caer al presidente iraní.

Entre 2005 y 2013 Irán avanzó en sus planes regionales, fortaleciendo el eje chiíta a través de Irak, Líbano, Siria y Palestina. Pese a que el moderado Rouhaní no ha compartido el planteamiento de Ahmadineyad en cuanto al tema nuclear, ya que ha tendido más a la opción negociada que a la confrontación, sí que se aprecia una misma línea continuista entre los dos presidentes para fortalecer su posición regional. Irán aprovecha la coyuntura abierta desde 2003 para emprender una estrategia ofensiva sobre Oriente Medio (Sadeghi-Boroujerdi, 2017, pp. 163-165), para variar la balanza de fuerzas en el entorno y recobrar el rol de Estado líder. La construcción de su hegemonía regional se fundamenta en apoyar a los grupos políticos y paramilitares afines, en Líbano, Siria, Palestina, Irak o Yemen.

El ascenso de Irán en el escenario regional y, en cierta medida, el decaimiento de Arabia Saudí como único Estado hegemónico, se han debido tanto a las estrategias seguidas por ambos países como a la doctrina implementada por EE.UU. Antes de 2009, las guerras en Afganistán e Irak y la inclusión en el “eje del mal” del presidente Bush, presentaban un panorama internacional complicado para la República Islámica. No obstante, la evolución de las situaciones en territorio afgano o iraquí, convirtieron a Teherán en un actor clave (Ayoob, 2014, pp. 408-410), con el que los estadounidenses debían contar para solucionar algunos problemas locales. Como ha ocurrido también en Líbano o en estos últimos años en Siria, el ejecutivo iraní se ha asegurado su espacio político para influir en las salidas que se dan a cada cuestión.

Ya al final de su mandato, George Bush y la secretaria de Estado, Condoleezza Rice, decidieron dejar a un lado la estrategia de dureza contra Irán, debido a que esa táctica lo único que había hecho era favorecer los intereses y reputación regional iraní (Ballesteros, 2010, pp. 68-69). Comienzan a abrir vías de entendimiento y cooperación, que rebajen los niveles de tensión. Este camino fue ahondado por Barack Obama, quien desde el principio de su mandato ofreció diálogo a los representantes iraníes, tanto para el tema nuclear como para otras cuestiones locales. Aunque Arabia Saudí defendió en 2007 el acercamiento diplomático, a partir de la nueva doctrina estadounidense y el creciente peso de Irán fue volviéndose mucho más crítico con este déstete.

A principios de 2011, los príncipes sauditas se inquietan ante la dimensión de la primavera árabe, más aún cuando todos los hechos que han ocurrido desde el 2003 hasta entonces habían resultado favorables para Irán. Desde Afganistán hasta el Mediterráneo, extendiéndose por el Golfo y el Cáucaso, la República Islámica fue extendiendo su influencia, reequilibrando el statu quo y las dinámicas regionales. Tras la posguerra en Irak, donde se reafirma el papel de las facciones chiitas; la guerra en Líbano en 2006 y el conflicto en la franja de Gaza en 2008, que consolida a los socios iraníes de Hezbolá y Hamás; el programa nuclear que sirve para potenciar su imagen contestataria y revolucionaria; hasta las revueltas en la mayor parte de países de Oriente Medio; el régimen de los ayatolás fue consiguiendo sacar réditos políticos de todos ellos.

Uno de los argumentos más utilizados por Irán para atacar a Arabia Saudí es su connivencia con el hegemon de EE.UU. Sin embargo, este razonamiento se vuelve en contra de los iraníes al concluir el acuerdo nuclear, así como la convergencia de intereses con Washington en temas como la inestabilidad iraní o la amenaza del Daesh (Hassibi y Salih, 2014). En reiteradas ocasiones el Gobierno iraní ha acusado a los sauditas de estar detrás de muchos de los grupos terroristas y extremistas de la zona. Por su parte, Riad les recrimina ser los incitadores de la mayoría de las revueltas y guerras que estallaron en la región. El Gobierno saudita y sus aliados regionales intentaron que los levantamientos fueran vistos desde la confrontación de chiitas contra sunitas, para dejar de lado la discusión puramente política y tratarlo desde un enfoque religioso y étnico.

Hasta el acuerdo de 2015 con las principales potencias mundiales, JCPOA, Irán sufrió cuantiosas sanciones económicas que afectaron al empeño de su economía y repercutieron sobre la producción y exportación de petróleo y gas, las dos principales fuentes de riqueza del país. Arabia Saudí reconoció esta circunstancia como una oportunidad para debilitar a su contrincante, por ejemplo, aumentando el rendimiento de sus pozos para suplir la disminución de la oferta iraní (Coville, 2013, pp. 51). La política saudita seguida en la OPEP respondió más a objetivos geopolíticos que comerciales para debilitar la posición iraní. Con la consecución del pacto con las potencias internacionales, llega el final de algunas de las restricciones y la reapertura de canales de inversión extranjera, que suponen un gran alivio para el Gobierno de Rouhaní.

Las intervenciones de Irán y Arabia Saudí en el resto de países se han hecho de una forma directa, con presencia militar o financiación y soporte a grupos armados, como en Siria o Yemen; o bien, de manera indirecta, con acciones diplomáticas y apoyando a determinadas facciones políticas, como son los casos de Afganistán, Palestina o Líbano. En este último, Arabia Saudí está consiguiendo sostener un Gobierno aliado en Beirut pero no puede contrarrestar aún la fuerza del aliado iraní Hezbolá (Gause, 2014b, pp. 12-14). En el terreno palestino, Irán es uno de los principales valedores internacionales de Hamás, mientras los sauditas siempre respaldan a la autoridad de Cisjordania. En Afganistán, los iraníes tienen una amplia red de contactos con tribus chiitas, mientras que los sauditas extienden sus conexiones con bandos sunitas.

El control de espacios de influencia entre los países con debilidades internas, también se hizo notar en Egipto. El rey Abdalá siempre respaldó en público a Mubarak y posteriormente a Al Sisi, rechazando la figura de los Hermanos Musulmanes y Mursi. Irán expuso su particular visión de los acontecimientos, dando la bienvenida a las revueltas en Egipto o Bahreín, como una respuesta del despertar islámico y de las poblaciones oprimidas (Ehteshami, 2014, pp. 282-283). No obstante, el papel iraní en Egipto o Bahreín fue mucho menos determinante que el realizado por Arabia Saudí. La monarquía saudita da asistencia económica a estos Gobiernos. Aún más, en el archipiélago bahreiní cortaron de raíz las revueltas liderando la operación militar.

Yemen, Siria e Irak son los lugares donde se está dando una presencia más notable de ambos actores simultáneamente, dejando clara la rivalidad existente y las presiones que ejercen para que las dinámicas les sean favorables. En el país yemení, los iraníes están encontrado en la ofensiva de los hutíes una buena excusa para debilitar a Arabia Saudí, que debe reorientar recursos a su flanco sur. La situación ofrece numerosas ventajas a Teherán, que podría tener un actor aliado en el estratégico mar Rojo y el estrecho de Bab el-Mandeb (Munteanu, 2015, pp. 59-60). Esta circunstancia resulta una línea roja tanto para Riad, como para El Cairo o EE.UU., que quieren evitar a toda costa que terceros actores ganen posiciones a las puertas del Canal de Suez.

En Siria e Irak la respuesta iraní es más contundente que la saudita, centrada en dos ofensivas, por un lado, apuntalar los Gobiernos amenazados, por otro lado, reducir la presencia de los grupos sunitas. Tanto en Bagdad como en Damasco los cuerpos especiales militares iraníes han sido clave para defender a sus aliados, en el caso iraquí frente al avance del Daesh y en su vecino sirio frente a los rebeldes (Milani, 2013, pp. 85-87). Los recursos ofrecidos a sus socios son dinero, armas y efectivos militares. Arabia Saudí se está limitando a apoyar grupos sunitas en Irak y a armar a determinadas facciones en la guerra siria. Irán quiere mantener su corredor chiita desde su país hasta Líbano pasando por Siria e Irak. Arabia Saudí no va a permitir que exista presencia de otra potencia en áreas cercanas como Bahreín o Yemen. Ambos intentan interferir en las posiciones preferenciales del otro y ganar espacios en puntos decisivos para el futuro político de la región.

6.5. La alianza con Estados Unidos bajo la Administración Obama

La fructífera relación entre Washington y la familia Saud está viviendo uno de sus momentos más negativos, debido a un distanciamiento claro entre las premisas de Barack Obama y los intereses del Estado saudita. A expensas de la estrategia que decida emprender el nuevo inquilino en la Casa Blanca, estos últimos años destacaron por las tiranteces entre ambos Gobiernos, lo que supuso una brecha en la buena sintonía que tuvieron durante décadas. Independientemente de si el presidente estadounidense era demócrata o republicano, todos los mandatarios estadounidenses mantuvieron su compromiso con la monarquía saudita. El pacto versa sobre tres puntos: el petróleo, la seguridad y la defensa y la colaboración política para los problemas de la región. Ambos aliados empiezan a reprocharse que cada uno fuera rompiendo alguno de estos principios.

El presidente Obama no llegó a sentirse nunca cómodo en la bilateralidad establecida con sus homólogos sauditas. Esta inconveniencia viene dada por tres razones fundamentales: 1) el interés por replegarse de Oriente Medio para centrarse en otras áreas; 2) un incremento de la autosuficiencia energética estadounidense y 3) el rechazo a la interpretación religiosa que desde el reino saudita se difunde. La potencia estadounidense empieza a dejar de percibir a su tradicional aliado como un resorte de estabilidad y contención, identificándolo como un centro que favorece la inseguridad y el radicalismo. Entre las trágicas enseñanzas de las postguerras en Afganistán e Irak y la decidida centralización de esfuerzos hacia Asia-Pacífico, EE.UU. está perdiendo motivos para seguir ocupando un rol tan activo en las dinámicas regionales.

El rey Salmán está siendo mucho menos moderado en sus formas y discurso que su hermano Abdalá, pero ambos compartían su malestar ante el viraje de la política exterior del presidente Obama. Los Saud entienden que Washington ha ido rompiendo sus compromisos de colaborar en la región y de asegurar la defensa del reino, cuando decide casi unilateralmente emprender negociaciones con Irán, reducir contingentes militares y no inmiscuirse con tanta rotundidad en conflictos de Siria o Yemen. Arabia Saudí y otros Estados aliados de la potencia estadounidense no se sienten tan respaldados en este momento. Asumen que la estrategia desarrollada por la Administración de EE.UU., en vez de ayudar a mejorar la seguridad local la está empeorando.

Las monarquías del Golfo, Israel, Egipto o Jordania esperan obtener del presidente Trump un mayor compromiso que el que recibieron de su antecesor en el cargo. Sobre todo, inquieta que el acuerdo nuclear con Irán y la mejora de relaciones entre Teherán y Washington sirvan para mejorar la posición del régimen de los ayatolás y tengan mayor fuerza ante las presiones de israelíes o sauditas. Lo cierto es que ni el final de la Guerra Fría ni el 11 de septiembre de 2001 habían dañado tanto esta histórica asociación, como lo ha hecho la primavera árabe y los acontecimientos posteriores. Las desavenencias entre los dos Gobiernos son uno de los factores explicativos más importantes a la hora de analizar los cambios en la política regional de los Saud.

6.5.1. La alianza de Washington y Riad antes de las revueltas

Durante la década de los treinta del siglo XX, EE.UU. entabló sus primeras relaciones con el naciente Estado de Arabia Saudí. En sus orígenes estos encuentros fueron comerciales. Las empresas estadounidenses comenzaban a mostrar un cierto interés por las posibilidades que ofrecían los yacimientos de petróleo sauditas. El verdadero punto de inicio se produce el 14 de febrero de 1945, cuando Roosevelt visita al rey Abdulaziz bin Saud. Por entonces, Washington ya era consciente de la importancia vital que podría llegar a tener el reino saudita (Bowman, 2006, pp. 95-96). En ese momento se establecen las bases de una estratégica alianza que ha durado más de ochenta años. La asociación que empezó tratando pormenores económicos, pronto fue avanzando hacia temas de carácter más geopolítico y estratégicos.

A lo largo de este tiempo, entre estadounidenses y sauditas han existido momentos de mayor congruencia y otros de distanciamiento. Se distinguen diez crisis de desconfianza y colisión de intereses: 1) La guerra del Yom Kippur y el boicot de los países exportadores de petróleo en 1973; 2) 11 de septiembre de 2001 y el auge yihadista; 3) Conflicto palestino 2002-2006 y el plan Abdalá; 4) Intervención en Irak 2003 y la caída de Sadam Hussein; 5) Programa nuclear iraní entre 2005-2009; 6) Situación política y sectaria en Irak 2010-2014; 7) La primavera árabe y la caída de Mubarak en 2011; 8) La guerra en Siria y la intervención extranjera 2011-2016; 9) El acuerdo nuclear iraní 2013-2015; 10) La intervención militar saudita en Yemen 2015.

Durante los cincuenta, sesenta y hasta 1973 fue la época más fructífera de la bilateralidad entre la Casa Blanca y los Saud. Las distintas administraciones estadounidenses persiguieron fortalecer su presencia en Oriente Medio, una zona más de disputa dentro del contexto de la Guerra Fría. Arabia Saudí e Irán se convirtieron en los dos pilares gemelos sobre los que se apoyó la estrategia en la región (Fürtig, 2007, pp. 627-628). Eran dos monarquías que tampoco congeniaban con los movimientos socialistas y panarabistas, que se extendieron en poco tiempo por la zona. Con la retirada de Reino Unido del Golfo en 1971 y Gobiernos pro-socialistas en Egipto, Siria o Irak, en EE.UU. creció la preocupación por no perder influencia en este enclave, por lo que se estrecharon las alianzas con las dinastías gobernantes de Teherán y Riad.

1) La primera crisis de confianza se da en 1973. Por aquel entonces, bajo el rey Faisal los sauditas estaban iniciado su camino hacia un mayor protagonismo regional. Asumieron el discurso arabista en contra del Estado de Israel y su acción más destacada se produce después de la guerra del Yom Kippur, donde participaron en el boicot a exportar petróleo a EE.UU. y países europeos (Mirzadegan, 2016, pp. 43-45). Arabia Saudí había estado siempre en misma sintonía con los estadounidenses, sin embargo, a partir de este momento la cuestión palestina llegará a ser uno de los temas más controvertidos entre ambos. Desde entonces, los príncipes sauditas siempre presionan a sus homólogos estadounidenses para alcanzar una solución estable al problema.

A finales de los setenta la comunión entre EE.UU. y Arabia Saudí vuelve a consolidarse, debido a que los acontecimientos sucedidos representarán serias amenazas para los intereses de ambos. La revolución iraní entre 1978-1979 deja a los estadounidenses sin uno de sus más fieles aliados en Oriente Medio. Los dos pilares gemelos desaparecen de la política regional de EE.UU. Pese a ello, Arabia Saudí seguirá siendo un leal aliado. Durante los años ochenta, la utilización de la religión por parte de los sauditas como herramienta internacional estará en concordancia con los objetivos estadounidenses (Bronson, 2006, pp. 254-255). Riad y su proselitista discurso wahabita ayudarán a frenar la difusión de los ideales comunistas y contrarrestar el influjo iraní. A partir de la década de los noventa empezarán a apreciarse efectos negativos, como el radicalismo religioso y el yihadismo, que terminarán revirtiendo en hechos como el 11 de septiembre de 2001.

La doctrina Carter anunciada a principios de 1980 y la constitución del CCG vendrán a reafirmar la confluencia de intereses entre los dos países. EE.UU. se compromete a la defensa de sus objetivos y aliados en la zona, Arabia Saudí establece su marco prioritario en los emiratos del Golfo recién independizados. A través de los sauditas y sus aliados regionales, la finalidad de los estadounidenses será contener ahora tanto a Sadam Hussein como a los iraníes (Allison, 2010, pp. 6-8). La larga guerra entre iraquíes e iraníes ayudará a los propósitos de debilitar y frenar el impulso de Teherán. La línea de cooperación entre ambas capitales se manifestará también en la movilización de muyahidines para la guerra de Afganistán contra los soviéticos.

La invasión de Kuwait y el rápido despliegue estadounidense en el Golfo, reforzaron los vínculos en materia de defensa de la Casa Blanca con los miembros del CCG. Durante la década de los noventa los EE.UU. ampliaron su presencia militar significativamente en la zona, para prevenir y dar una respuesta inmediata ante cualquier ofensiva de Sadam Hussein o de los propios iraníes (Commins, 2012, pp. 250-252). Aunque en la década de los noventa los Gobiernos de Jatamí y Rafsanyaní habían propuesto una política regional iraní menos agresiva, abogando por el acercamiento amistoso con sus vecinos árabes y dejando de lado su agresividad con EE.UU., lo cierto es que tanto las monarquías árabes como la Casa Blanca siguieron mirando con suspicacia a la República Islámica. Una desconfianza que seguirá presente hasta ahora.

En estos años se producen situaciones controvertidas, que anuncian la llegada de nuevos problemas. Pese a que casi todos los Gobiernos locales habían sido partidarios de la acción estadounidense contra Irak, la llegada de soldados extranjeros a tierras árabes no fue recibida con agrado por los sectores más conservadores y sirvió de argumento para radicales y terroristas (Pollack, 2003, pp. 8-9). La dicotomía estaba en tener que apoyarse en la fuerza de EE.UU. para defenderse, a la vez que evitar que creciera el sentimiento anti americanista y crítico con los propios gobernantes. Este contexto explica en parte la germinación del yihadismo, que ya protagonizó sus primeros ataques durante los noventa, como el realizado en el World Trade Center de Nueva York en 1993, en Arabia Saudí entre 1995 y 1996 y en Kenia y Tanzania en 1998.

2) La segunda crisis de confianza se da tras el 11 de septiembre de 2001. Los atentados orquestados por Al Qaeda vuelven la atención de los medios de comunicación, opinión pública y expertos hacia Arabia Saudí y sus conexiones con las corrientes salafistas y las facciones más extremistas. Desde el principio los Saud negaron cualquier involucración en estos episodios así como vínculos con redes terroristas y grupos violentos. Tras los atentados de 2003 que sufrieron dentro del reino, la monarquía comienza una campaña contra los seguidores de Bin Laden en la península (Blanchard, 2011, pp. 104-105), mejorando la colaboración con los servicios de inteligencia estadounidenses. El yihadismo que fue un problema poco atendido por Riad, empieza ya a ser percibido como una amenaza que también les señala a ellos.

Las disensiones con la Administración de George W. Bush (2001-2009) se agudizarán debido a cuatro cuestiones principales. Primero, la intervención militar en Irak (2003) y la caída de Sadam Hussein. Segundo, las pretensiones de la doctrina de Bush de democratizar Oriente Medio por parte de la Casa Blanca. Tercero, la disparidad de enfoques para resolver el conflicto palestino. Cuarto, las posibles soluciones al programa nuclear iraní bajo la presidencia de Ahmadineyad. Solamente en 1973 con la guerra del Yom Kippur los sauditas habían manifestado en público sus desavenencias con las acciones de EE.UU. Sin embargo, a partir de la guerra de Irak (2003) se irán sucediendo las controversias entre ambos países.

3) La tercera crisis de confianza entre Washington y Riad se da por la operación contra Hussein en el año 2003. Aunque existieron voces dentro de la familia Saud que sí se alinearon con la estrategia de EE.UU., la mayoría de autoridades del país se opusieron. Las decisiones del presidente Bush hicieron que los sauditas comenzaran a ver al poder estadounidense no como un garante de seguridad, sino como un promotor de inestabilidad regional (Lacey, 2009, pp. 298-301). Advertían del peligro que tendría un vacío de poder en un Estado pivote como Irak, la posibilidad de que Irán lo aprovechara para ampliar su eje chiita y que el territorio iraquí se convirtiera en una base perfecta para el auge de facciones violentas. Arabia Saudí no se sintió escuchada por sus aliados americanos, quienes no quisieron contar con su respaldo.

La guerra de Irak supuso un descrédito importante para la imagen de EE.UU. frente a la opinión pública árabe y entre la mayoría de los Gobiernos locales que le eran afines. Al contrario que lo que ocurrió en la invasión de Kuwait de 1991, la operación militar de 2003 no contó con el respaldo claro ni de los sauditas ni de otros dirigentes claves de la zona. La apreciación era que Washington se erigía como un poder intimidador y neo-colonialista (Baxter y Akbarzadeh, 2008, pp.170-172). En vez de utilizar la mediación y la apelación de sus aliados en la zona, la Administración de EE.UU. apostó por una conducta unilateral en la que solo dejó espacio para seguirles en su estrategia o estar contra ellos. Arabia Saudí decidió desmarcarse de esta agenda bélica y empezar a trazar sus propias vías de diálogo y mediación.

El 11 de septiembre de 2001 y la Guerra Contra el Terror llevaron a EE.UU. a plantear otra actitud hacia los regímenes de Oriente Medio. Para Washington existía una conexión clara entre la falta de democracia y valores liberales en la región, con el auge del terrorismo y el radicalismo religioso (Markakis, 2016, pp. 64-68). Heredando la doctrina de Clinton de promocionar la democracia, aunque este lo hizo a través de la potenciación del libre mercado, George W. Bush decide ir un paso más en su propósito de extender el modelo político democrático por la región. A través de las presiones hacia Gobiernos cercanos como el jordano, egipcio o saudita para la introducción de reformas, así como el uso de la fuerza, en el caso iraquí. Con este plan EE.UU. esperaba romper el vínculo que creía que existía entre autoritarismo y violencia yihadista.

En los ocho años de Administración de Bush dominó una perspectiva sobre cómo afrontar los problemas internacionales y, en especial, los referidos a Oriente Medio, que se circunscribía a la teoría del Arco de Inestabilidad y a la teoría del Dominó Inverso (Migdal, 2014, pp. 230-238). Los mayores peligros para la seguridad y estabilidad de la sociedad internacional y el liderazgo estadounidense se concentraban en el arco que iría desde el este de África (Marruecos) hasta el suroeste asiático (Pakistán). Resultaba imprescindible para los intereses estadounidenses controlar las circunstancias en esa amplia zona. Coaligado a ello, la existencia de regímenes autoritarios solo favorecía la emergencia de nuevos totalitarismos y la sombra del terrorismo, pero la caída de alguno de ellos podría arrastrar a una corriente democratizadora.

4) La cuarta crisis de confianza se dio por la resolución al conflicto palestino. En 2002, el rey Abdalá promovió, bajo el unánime respaldo de la Liga Árabe, un plan para una salida pacífica al problema. El programa recogía la retirada de Israel de los territorios ocupados en 1967, el reconocimiento de un Estado palestino con capital en Jerusalén este y la atención a los refugiados palestinos acorde a resoluciones de la ONU (Blanchard, 2016, pp. 28-29). La monarquía saudita consiguió consensuar una postura mínima común entre los países árabes, pero el ejecutivo de EE.UU. nunca dio demasiada validez a esta propuesta. Los príncipes sauditas nunca lograron que Washington se sentara a hablar seriamente sobre Palestina e Israel, generando un malestar continuo con todos los presidentes que han ocupado el despacho oval.

5) La quinta crisis de confianza se produce casi al mismo tiempo que las discusiones sobre Irak o el conflicto en Gaza y Cisjordania. La reactivación del programa nuclear iraní bajo el Gobierno de Ahmadineyad (2005-2013) supone un reto para la seguridad de Oriente Medio. Tanto EE.UU. como Arabia Saudí y el resto del CCG estaban de acuerdo del peligro que supondría que Teherán tuviera a su disposición armas atómicas. Sin embargo, el rey Abdalá buscará una vía negociada con Irán (Ottaway, 2009, pp. 10-11), para evitar que otro conflicto bélico pueda producirse en sus proximidades. Riad no compartía en absoluto la beligerancia inicial de la Administración Bush, aunque con posterioridad sus apreciaciones sobre Irán cambiarán.

En enero de 2009 se produce el inicio de un nuevo mandato presidencial en EE.UU. Llega a la Casa Blanca el demócrata Barack Obama, dejando atrás los ochos años de Administración Bush. En ese período la convulsión y la inseguridad habían crecido en Oriente Medio, debido a las consecuencias del 11 de septiembre de 2001; la guerra en Irak en 2003 y la difícil postguerra; la situación interna en el Líbano; el conflicto en Gaza; el programa nuclear iraní o la violencia en Yemen. En 2005 el rey Fahd había fallecido siendo coronado Abdalá como nuevo monarca, si bien este había ejercido como regente desde 1995 por la incapacitación por enfermedad de su hermano. Las relaciones entre Arabia Saudí y Washington estaban en una fase complicada.

El presidente Obama heredó un mapa geopolítico en Oriente Medio muy enrevesado, con numerosos problemas y desafíos que habían quedado pendientes. Sus propuestas de acción pronto se verán condicionadas por la llegada de la primavera árabe, que desencadena una serie de cambios de regímenes y diversos puntos de conflicto. Si las esperanzas de los príncipes sauditas estaban en mejorar la relación con la nueva Administración estadounidense, a partir de 2011 esto quedará descartado. Las salidas planteadas por el presidente demócrata en cuestiones como la guerra en Siria, la destitución de Mubarak y el Gobierno de los Hermanos Musulmanes en Egipto, el diálogo con Irán por el programa nuclear o la situación política en Irak, harán que las tensiones entre los dos históricos aliados crezcan considerablemente en apenas cinco años.

Desde el principio de su mandato, Barack Obama quiso marcar una clara diferencia con la gestión de su antecesor en el cargo. Ya durante la campaña electoral y en su discurso de investidura había expresado cuáles serían sus líneas maestras en política internacional, que quedaron reafirmadas en su discurso en la Universidad de El Cairo el 4 de junio de 2009, donde hizo un pormenorizado repaso de la situación de la región y del papel de EE.UU. (Tovar, 2014, pp. 36-38). Este alegato supone una vuelta al realismo en sus intenciones sobre la zona, ya que abandona la estrategia de Bush de forzar o imponer la llegada de transiciones democráticas. El nuevo presidente muestra una actitud mucho más conciliadora hacia todos los países, incluido Irán, en su objetivo de mejorar las relaciones con la mayoría de actores y favorecer la estabilidad.

Las prioridades de la nueva Administración de la Casa Blanca serán; una retirada paulatina de las tropas en Irak y Afganistán, favorecer la distensión con el Estado iraní y mejorar la lucha contra el terrorismo con los principales aliados. EE.UU. intentará focalizar los esfuerzos internacionales hacia Asia Pacífico (Kitchen, 2012, pp. 55-56), por lo que su presencia en Oriente Medio intentará que sea menos significativa que cuando la presidencia de Bush. Estas intenciones comenzaron a preocupar a sus más clásicos socios, como Israel, Arabia Saudí, el resto de monarquías del Golfo y Egipto. Todos ellos temían una desatención de las cuestiones de seguridad por parte de EE.UU. Además, algunos de ellos pronto evidenciarán su malestar con Barack Obama, ya que no compartían la vía de buscar el diálogo y la conciliación con Teherán.

Tabla 7: Despliegue de tropas estadounidenses en el Golfo en 2016

País	Número de militares	Centros/Bases	Capacidades y Sistemas desplegados
Arabia Saudí	Nº desconocido	Base Aérea de Eskan Village	Programa de entrenamiento y formación a tropas sauditas.
Kuwait	Aprox. 15.000	Campamento Arifjan Base Aérea de Ahmed Al Jaber Base Aérea de Ali Al Salem	Escuadrón de aviones de combate Sistema de misiles Patriots
Catar	Aprox. 10.000	Base Aérea Al Udeid	Sede principal CENTCOM Bombarderos pesados Aviones ISR Tanques Sistema de misiles Patriots
Emiratos Árabes Unidos	Aprox. 5.000	Base Aérea de Al Dhafra	Escuadrón de aviones de combate Drones Aviones de reabastecimiento Aviones de vigilancia Aviones F-22 Sistema de misiles Patriots
Bahréin	Aprox. 7.000	Base Aérea de Shaykh Isa Puerto Khalifa bin Salman	Base Central de la V Flota Aviones F-16 y Aviones F-18 Aviones P-100 Sistema de misiles Patriots
Omán	Aprox. 200	Aeródromo en Muscat Aeródromo en Thumrait Aeródromo en la isla Masirah	
Irak	Aprox. 5.000	Centro de operaciones en Mosul	Operación Determinación Inquebrantable (OIR) 82ª aerotransportada
Irán	No hay militares desplegados		
Yemen	No hay militares desplegados		

Fuente: Elaboración propia a partir de 2017 Index of U.S. Military Strength. Brown y Gould, 2017; McCarthy, 2017

6.5.2. Diferentes estrategias regionales tras la primavera árabe

El presidente Obama apuntó que su interés máximo era la retirada militar del territorio iraquí y afgano, siendo uno de los puntos de mayor atención de su Administración antes de que estallara la primavera árabe. Pero existían otros cuantos asuntos pendientes (Wiarda, 2011, pp. 119-120), que no podían dejar desatendidos: a) el estancado conflicto entre Israel y Palestina; b) la amenaza terrorista y el aumento del fundamentalismo islámico por toda la región, como Al Qaeda en Irak y península arábiga y los talibanes en Afganistán; c) la fuerza de Hezbolá en Líbano y Hamás en Gaza, considerados por EE.UU. como terroristas; d) las aspiraciones nucleares iraníes; e) su relación con Arabia Saudí y el resto de monarquías del Golfo, que habían sufrido un deterioro en los años anteriores y f) su alianza con Estados clave como Turquía, Egipto o Jordania.

Todos los acontecimientos que surgen tras el 2011 obligarán a la Casa Blanca a no reducir tan rápidamente su atención sobre Oriente Medio, aunque eso no impedirá que siga la tendencia a pivotar hacia el área de Asia Pacífico. En la doctrina exterior de Barack Obama se aprecia un esfuerzo por adaptar a EE.UU. a las nuevas circunstancias internacionales, con un mundo que está dejando de ser unipolar (García, 2012, pp. 146-147). Los nuevos decisores de Washington impulsan una acción exterior mucho menos desmilitarizada, que tienda siempre hacia la diplomacia y la negociación antes que a la imposición. Como se demuestra en los conflictos de la región, el presidente planteará acciones por la fuerza mucho más limitadas que antes.

En estos años la Administración de Washington intenta dar una respuesta particular a cada uno de los problemas, abandonando la implementación de una gran política común para toda la región. Con la llegada de la primavera árabe, se decide mantener una actitud precavida, calculadora y pragmática (Gerges, 2012, pp. 108-109). Se elabora una agenda diferenciada para Irak o Afganistán, otra vía de trabajo específica para la cuestión iraní, mientras en cada una de las crisis derivadas de la primavera árabe se formulan respuestas particulares. EE.UU. no reacciona de la misma forma para el conflicto en Libia que para la guerra en Siria. Según la evolución de los acontecimientos la Casa Blanca fue adaptando sus estrategias, pero siempre bajo la premisa de no tener un peso tan desequilibrante como tuvo en 2001 y 2003.

6) La sexta crisis de confianza entre EE.UU. y Arabia Saudí se origina por la inestabilidad política y las presiones sectarias en Irak. Este asunto será un punto recurrente en las discusiones entre los estadounidenses y los sauditas, principalmente por el peso que fueron adquiriendo actores políticos cercanos a Irán. Ya en 2007, el rey Abdalá calificó la operación en Irak como una ocupación extranjera ilegítima, en un discurso que subía el tono de su enfado con EE.UU (Ulrichsen, 2011b, pp. 39-42). Este resentimiento saudita no dejó de crecer con el Gobierno de Al Maliki (presidente 2006-2014), a quien siempre se le vio como un hombre de Teherán, que encabezó el predominio de facciones chiitas sobre el control del país.

Riad contempló con estupor y enfado como EE.UU. no le escuchó en su decisión sobre la guerra de Irak en 2003. Hay una percepción generalizada entre los sauditas y otros regímenes de la zona, que las acciones de la potencia estadounidense para estabilizar ese país tuvieron un efecto positivo para las minorías chiitas en detrimento de los sunnitas (Carmon y Savyon, 2014). Riad advirtió de los peligros para el equilibrio regional de la caída de Hussein y el posible ascenso del eje chiita. La indignación creció cuando los estadounidenses se apoyaron en figuras como Al Maliki para intentar mejorar la situación interna en Irak. Ante el avance del Daesh a partir de 2014, desde Washington no se dudó en dar apoyo sobre el terreno a los kurdos y al Ejército iraquí, mientras que el Gobierno saudita quedó solo en sus esfuerzos de sostener diferentes facciones sunitas.

7) La séptima crisis de confianza entre EE.UU. y Arabia Saudí se da por el trato que el presidente Obama dispensó a algunos de sus aliados durante la primavera árabe. Mientras Rusia acude al auxilio del régimen de Al Asad, ejemplificando un fuerte compromiso con sus socios regionales, Washington no hizo nada por evitar la caída de Mubarak. Pese al alarmismo de sauditas e israelíes, por el temor de que un Estado clave como Egipto pudiera caer en el desorden (Quandt, 2014, pp. 422-424), la Administración estadounidense decidió no interferir en la caída del líder egipcio. Esta circunstancia dejó a otros Gobiernos de la zona con la sospecha de que si tuvieran problemas internos, su socio occidental no vendría a auxiliarles. La desconfianza se apodera de los Saud, que ya no creen con tanta certeza que EE.UU sea un garante de su seguridad.

8) La octava crisis se produce unos pocos años después por el modo de actuación en el conflicto sirio. Pese a algunas desavenencias en casos como el de la revuelta egipcia, Arabia Saudí y EE.UU. colaboraron en la operación sobre Libia, así como los estadounidenses no se inmiscuyeron en las operaciones sauditas en Bahréin y Yemen durante 2011. Sin embargo, Barack Obama mantuvo una posición dubitativa sobre cómo proceder en la crisis siria (Laborie, 2014, pp. 78-79), que no cumplió las expectativas de sauditas, turcos y cataríes. Estos tres Estados están muy involucrados en la guerra siria, siendo los principales soportes con los que cuentan los opositores. De hecho, se está produciendo una particular lucha de poder entre los tres por hacerse con el liderazgo de las principales facciones que luchan contra Al Asad.

Arabia Saudí, Turquía y Catar esperaron durante 2012 y 2013 que el presidente estadounidense se animará a lanzar una acción semejante a la de Libia. Creían que esa sería la baza definitiva, que desequilibraría la contienda en favor de los rebeldes, pero la Casa Blanca fue mucho más contenida de lo esperado. Según sus cálculos, una operación como la de Libia podría agravar más la situación, además la oposición estaba fragmentada y con actores radicalizados (Lynch, 2015, pp. 24-25), que no eran del agrado de EE.UU. Sin duda alguna, tuvo un efecto considerable sobre la evolución del conflicto la política de “No botas sobre el terreno”. En contraposición, Rusia e Irán sí que se animaron a participar contundentemente en favor del régimen de Damasco.

9) La novena crisis de confianza, que tiene una mayor resonancia sobre el devenir de la Casa de Saud y la Administración Obama, surge por los resultados de la negociación del programa nuclear iraní. Arabia Saudí había ofrecido diálogo al Gobierno de Ahmadineyad, intentando distanciarse de la agresividad con la que gestionó el asunto el gabinete de Bush. El ofrecimiento de diálogo por parte del nuevo presidente en 2009, parecía abrir una vía de cordialidad y distensión en la región. Esta postura siempre recibió las críticas del Estado de Israel, que defendía seguir manteniendo la presión sobre Irán. A esta perspectiva se unirá el reino saudita (Bloice, 2013), que ante la evolución de la guerra en Siria o la situación en Irak, teme que el acuerdo nuclear sea el espaldarazo definitivo para el ascenso de Teherán en la región.

La oposición de Arabia Saudí y otros Estados árabes hacia el “Plan Integral Conjunto de Acción” (JCPOA) es tanto por las formas en las que se negoció como por las posibles consecuencias derivadas. Como ocurriera en otras situaciones parecidas en el pasado, el reino saudita siente no haber sido escuchado ni consultado por EE.UU., excluido de un acuerdo tan vital para Oriente Medio. Además, los príncipes sauditas estiman que los resultados políticos y económicos del plan acordado en julio de 2015 pueden llegar a ser muy positivos para la República Islámica, ayudándole en sus aspiraciones hegemónicas (Wehrey, 2015b, pp. 9-10). Para Riad, el presidente Obama intentó desligarse del eje sunita en el que los estadounidenses se apoyaron todo este tiempo, buscando congraciarse con el eje chiita que promueve Irán.

10) La última crisis en la relación entre EE.UU. y Arabia Saudí fue debida a la ofensiva militar del rey Salmán y su hijo Mohammed bin Salman sobre Yemen. Los Saud se sienten con la suficiente autonomía para emprender sus propias acciones sin esperar el rotundo apoyo o consentimiento de sus aliados estadounidenses. Para el nuevo monarca saudita, el conflicto yemení y la presencia creciente de los hutíes, representan el mayor desafío para la seguridad de los intereses regionales (Neubauer, 2015). Los esfuerzos estadounidenses se centran en acabar con la rama de Al Qaeda en la península arábiga, pero para los sauditas desde el año 2015 el objetivo fundamental es el de contrarrestar el empuje de los hutíes. Esta situación es el último ejemplo de las disparidades de estrategias seguidas por unos y otros en la zona.

Los dos últimos presidentes de EE.UU. terminaron teniendo una complicada relación con Arabia Saudí, que provocó la erosión de la alianza. El rey Abdalá y su sucesor Salmán iniciaron un camino de distanciamiento con los estadounidenses, ante la falta de entendimiento y cooperación en aspectos clave, aunque parece ser que la relación puede volver a estrecharse con el presidente Trump (Al-Rasheed, 2018b, pp. 236-238). Aunque, la asociación sigue girando sobre los pilares energéticos y de defensa, ningún aspecto está quedando intacto ante las nuevas circunstancias. En este sentido, bajo la Administración Obama se aprecian tres esferas en las que las dos partes han tenido diferentes prioridades: 1) la seguridad y estabilidad en la zona; 2) desavenencias de carácter ideológico y programático; 3) transformaciones en las relaciones comerciales.

Washington representó para Arabia Saudí y otros países árabes un garante de su defensa y de la protección de sus propios Gobiernos hasta 2011. La tendencia de la Administración estadounidense a pivotar sobre Asia Pacífico y su actitud menos intervencionista, precavida y multilateralista (Krieg, 2016, pp. 103-105), está derivando en que los aliados locales tengan que reformular sus propios planes de defensa y seguridad. Riad ya no percibe a EE.UU. como el máximo garante de su defensa, incluso en algunos aspectos le considera un elemento disruptivo de sus intereses. El Estado saudita lleva varios años desarrollando sus propios programas militares que potencien sus Fuerzas Armadas, reduciendo su dependencia de socios extranjeros.

El reino saudita se ha sentido desamparado bajo el Gobierno de Obama, comprobando que ya no comparten prioridades básicas en temas relevantes. La situación en Irak, Afganistán o la indecisión de Washington sobre el conflicto sirio, llenaron de frustración a los príncipes sauditas, confirmándoles la necesidad de tener que buscarse nuevos coligados en Oriente Medio y en la sociedad internacional (Gresh, 2016, pp. 15-16). Cuando Arabia Saudí decide lanzar la campaña militar en Yemen en marzo de 2015, es un claro ejemplo de que Riad y el resto de miembros del CCG actúan con mayor autonomía con respecto a EE.UU de lo que pudieron hacerlo en el pasado. Si bien es cierto que el caso de Bahrein en 2011 fue ya la primera muestra de que los príncipes sauditas estaban dispuestos a defenderse a ellos y a sus aliados sin asistencia extranjera.

Las divergencias de perspectiva sobre la forma de reforzar la seguridad en la región, quedaron claras tras el acuerdo nuclear con Irán en 2015. Para el presidente Obama y el secretario de Estado John Kerry encontrar una solución negociada era un punto imprescindible de su estrategia regional, que mejoraría los equilibrios locales. Para Arabia Saudí, Israel y otros críticos durante el proceso de conversaciones con el Gobierno de Rouhani (Allin, 2014, pp. 168-169), el resultado de los acuerdos solo iba a traer una mejora del posicionamiento de Teherán y un aumento de la amenaza para el resto de Estados. Esta tensión entre la diplomacia de EE.UU. y la saudita radica en el papel que cada uno otorga a la nación iraní para el futuro del orden regional.

Las diferentes prioridades a la hora de abordar la inseguridad en Oriente también se traducen a un nivel ideológico y programático. George Bush ya había mostrado sus dudas sobre el papel que tenía que ejercer Arabia Saudí en la región, debido a las sospechas sobre sus lazos con los núcleos más radicales y su incapacidad para ayudar a reducir la amenaza yihadista. Barack Obama nunca escondió su incomodidad a la hora de tratar con un aliado de las características sauditas (Goldberg, 2016), que no encajaba en absoluto en su paradigma de valores democráticos. Sin embargo, el realismo fue la seña de identidad del presidente en su relación con Oriente Medio, lo que le obligó a seguir conservando su estrecho vínculo con Riad. Ahora bien, como ya hiciera su predecesor, el presidente demócrata también intentó limitar la capacidad saudita a la hora de influir sobre las dinámicas regionales y buscar otros aliados menos problemáticos.

EE.UU. ya no reconoce a Arabia Saudí como un estabilizador de Oriente Medio. Para los estadounidenses muchas de las iniciativas emprendidas por los sauditas, como la guerra en Yemen o la crisis con Catar, así como la difusión del discurso wahabita, son más bien elementos que aportan mayor inseguridad. En este sentido, para la última Administración estadounidense resultó imprescindible abrir vías de diálogo y cooperación con Irán (Gause, 2016, pp.116-118) porque entendían que era un actor clave a la hora de abordar algunas de las crisis. Esta postura no es en absoluto compartida por los sauditas, que creen que las aspiraciones hegemónicas iraníes son incompatibles a la hora de abordar formas de cooperación. La raíz de la discordia está en que cada actor tiene unas expectativas totalmente diferentes sobre el nuevo orden regional.

Por último, otra brecha en la relación se está produciendo en la agenda energética y económica. El tema que propició el inicio de sus relaciones hace más de ochenta años, lleva tiempo sufriendo un deterioro notable. Desde finales del siglo XX, el Gobierno saudita está decidido a diversificar de sus relaciones comerciales, con el propósito de reducir su dependencia de las importaciones y consumo estadounidense (Lippman, 2011, pp. 32-33). La guerra en Irak y las tensiones con el ejecutivo de Bush, el enfriamiento de relaciones durante la presidencia de Obama y la incertidumbre que existe en torno a Donald Trump, son ejemplos continuos que reafirman a los dirigentes sauditas de la necesidad de abrir nuevas vías de asociación. En este contexto, el Estado saudita está encontrando en las economías asiáticas unos idóneos socios comerciales.

Arabia Saudí está empezando a ver en la potencia china el perfecto sustituto a EE.UU. en algunas cuestiones económicas. El crecimiento en el volumen de la relación entre el país árabe y el chino está acorde al crecimiento de la economía asiática. El gran salto de la bilateralidad se da a finales de los noventa, cuando se mezclan los deseos de Riad por diversificar sus relaciones internacionales, mientras China necesitaba de proveedores de recursos energéticos para su inmenso mercado (Alterman y Garver, 2008, pp. 33-35). El Gobierno chino se ha erigido como el socio idóneo para la monarquía saudita. Pekín demanda grandes cantidades de petróleo, a cambio los sauditas se comprometen a cuantiosos acuerdos de compra de armamento. Además, el régimen comunista nunca interfiere en los asuntos internos de la monarquía saudita.

Donald Trump ganaba las elecciones presidenciales en noviembre de 2016. Durante la campaña electoral advertía que plantearía políticas bien distintas sobre Oriente Medio con respecto a su predecesor en el cargo. Los primeros signos parecen indicar que su postura hacia Irán será mucho menos conciliadora (Freedman, 2017, pp. 247-248), lo que le puede acercar de nuevo a Arabia Saudí. Su objetivo fundamental es persistir en acabar con los grupos terroristas del Daesh y Al Qaeda en Siria y de la rama de este último en Yemen. Queda por saber qué agenda establecerá para solucionar la crisis siria, la inestabilidad política iraquí y el conflicto palestino. Las evidencias iniciales indican que el nuevo presidente tiene una mejor sintonía con el rey Salmán y el resto de miembros del CCG, aunque quedan muchos problemas por abordar.

Tabla 8: Encuentros oficiales entre el presidente Barack Obama y líderes de Oriente Medio 2011-2016

2011	12 enero. Primer Ministro de Libano	4-5 abril. Presidente de Israel	13-14 abril. Emir de Catar	17 mayo. Rey de Jordania	20-25 mayo. Primer ministro de Israel	20 septiembre. Primer ministro de Turquía	21 septiembre. Primer ministro de Israel	12 diciembre. Primer ministro de Irak
2011								
2012	17-18 enero. Rey de Jordania	4-6 marzo. Primer ministro de Israel	14-17 mayo. Primer ministro de Turquía	20-21 mayo. Presidente de Turquía	13 junio. Presidente de Israel			
2012								
2013	23 de abril. Emir de Catar	24-26 abril. Rey de Jordania	29 julio-1 agosto. Presidente de Yemen	13 septiembre. Emir de Kuwait	24 septiembre. Presidente de Libano	30 septiembre. Primer ministro de Israel	31 oct- 1 nov. Presidente de Irak	
2013	20-22 marzo. Visita a Israel	21-22 marzo. Visita a Palestina	22-24 marzo. Visita a Jordania					
2014	12-14 febrero. Rey de Jordania	2-3 marzo. Primer Ministro de Israel	25 junio. Presidente de Israel	5-6 agosto. Primer Ministro de Egipto	23 septiembre. Rey de Jordania	25 septiembre. Presidente de Egipto	1 octubre. Primer ministro de Israel	5 diciembre. Rey de Jordania
2014		28-29 marzo. Visita a Arabia Saudí			23 septiembre- Primer ministro de Irak			
2015	3 febrero. Rey de Jordania	24 febrero. Emir de Catar	14 abril. Primer Ministro de Irak	13-15 mayo. Encuentro CCG y EE.UU. en Camp David	4 septiembre. Rey de Arabia Saudí	29 septiembre. Primer ministro de Irak	9 noviembre. Primer ministro de Israel	8-9 diciembre. Presidente de Israel
2015	27 enero Visita a Arabia Saudí							
2016	16 enero. Rey de Jordania	24 febrero. Rey de Jordania	31 marzo-1 abril. Rey de Jordania	31 marzo- 1 abril. Presidente de Turquía				
2016				20-21 abril. Visita a Arabia Saudí	30 septiembre. Visita a Israel			

Fuente Elaboración propia a partir de Office of the Historian. Department of State. www.history.state.gov

Conclusión (Conclusion)

In the last five years, several events have taken place in the Middle East, which highlight the complexity and fragility of the current local context. The Saudi state has to face numerous challenges near its borders, at the same time these important events are rolling in the inner of the country. The analysis of this period allows to assess the evolution of Saudi foreign policy after the Arab Spring. Accompanying the actions and decisions of the kingdom in the main crises and problems in the forthcoming area, which poses direct challenges to the hegemonic position of Saudi Arabia. In an intricate environment in full transformation, the Saudis are forced to redefine their role as regional leader, as well as their relationships with state and non-state agents.

Before 2011, the Middle East had already suffered episodes of violence, which predicted the arrival of a new stage in the regional dynamics. The Arab Spring and the subsequent conflicts affected the prevailing status quo, presenting a geopolitical map characterized by instability and uncertainty. Those revolts of that year were the beginning of a new phase in regional relations, in which different forces seek to redefine the local regime. The Saudi leadership is now facing many more difficulties in order to impose its political agenda. The transformation of the local context, the actions of third actors and the decisions taken by the Saud house lead to a different horizon for the fulfillment for its ambitious foreign programme.

In January 2015, King Salman inherited from his brother Abdullah a regional and national policy that presented numerous fronts. Its first years of mandate are marked by the successive application of measures aimed to redirect the Saudi foreign policy, while trying to solve some pending issues in the domestic sphere. These actions seek to reaffirm the figure of Saudi Arabia as a benchmark not only the Middle East but also the Muslim world, preparing the country for circumstances different from those of the past. The executing responsibilities of these new plans reside on the young Prince Mohammed bin Salman. In less than three years, the son of the king has been consolidated as the most important political actor in the country.

Saudi Arabia was characterized in the first moments of the Arab Spring as a counterrevolutionary factor. The Saudi monarchy served as a barrier against the rebellious movements and popular revolts that shook the whole region. However, its role has not been limited to reacting to the difficulties of its environment; it has also become a focus of new tensions by its initiatives in the near th Gulf and the Middle East. The Saudi authorities are working on a complicated balance in their decision-making, which allows them to respond to the severe local threats and dangers, while trying to take advantage of the opportunities that have been arisen in the latest of crises. The ultimate purpose of the Saudi princes is to return to a predictable context that improves levels of national security and consolidates the hegemony of their monarchy.

Throughout the thesis, three research questions have been answered, the first one is:

- What the priorities of the Saudi Arabian regional policy are in the Middle East after the Arab Spring?

To answer this question, the following initial hypothesis was proposed:

- The priorities of the Saudi Arabian regional policy after the Arab Spring are to preserve its position of regional leadership, recovering margins of security and certainty in the Middle East and counteracting the push of contestation forces.

Saudi Arabia had a very favorable position in the Middle East for decades. There was a great congruence between their interests and the evolution of regional issues. The Saudi princes managed to impose themselves as referents and build alliances with the majority of neighboring states. Only a few regimes remained outside the margins of Saudi influence, including the Ayatollah regime. This is changing drastically since 2011, prompting a questioning of Saudi hegemony and the way in which states and other actors are related. Occupying a central role in the surroundings is one of the basic pillars on which the security of the Saud is based. The leaders of this nation understand that there is a direct correlation between what may happen near their territory and the survival of the royal dynasty.

Saudi Arabia seek to preserve its leadership after the Arab Spring because it sees it directly threatened. This perception is given by the way in which events are going on. The Saudis, like the rest of the monarchies of the Gulf, are worried because the popular revolts may affect their internal stability. In turn, this fear extends to the situation of allied governments, such as the case of Egypt or Bahrain, where the Saud cannot drop partners and that forces oppose to Saudi policy might occupy their space. The Riyadh cabinet has verified, that in this atmosphere of convulsion and insecurity, other actors are taking advantage to expand their influence and counteract the weight of the Saudis. There is an heterogeneous and wide ensemble of agents that are pressing to modify the regional structure and reduce the role of the Saudi state.

Recovering margins of security and certainty gives the Saudi monarchy sufficient preventability to better plan its foreign strategy. Nevertheless, the persistence of several conflicts at the same time, together with the incessant risk of new possible fronts inside, make it very difficult to assemble a regional frame of greater guarantee and certainty. Therefore, the main objectives of Saudi Arabia have been to isolate any type of opposition within its borders along this period to assist allied governments in their internal problems, stopping the push of revolutionary and revisionist events. The problems in meeting some of these premises have made the Saudi Government's condition are more delicate. The influential capacity has diminished, although the monarchy continues to be a reference factor in the Middle East.

The second question that has been answered in this thesis is:

- What the response of Saudi Arabia is to the changes in the Middle East?

To answer this question, the following initial hypothesis was proposed:

- The response of Saudi Arabia to the changes in the Middle East is irregular and imprecise, with important variations in the way of managing the regional crises on the part of King Salman with respect to his brother Abdullah.

Never before the Saudi state had to face so many serious challenges. Saudi Arabia is being forced to adapt its foreign policy to the vicissitudes that occurred recently. The problem of managing local crises consist that there is not a clear and precise road map of Saudi decision-makers. The Saudi Government has had to face several difficulties at the same time and of a different nature, which have caused the leaders to tend more to implement short-term measures, leaving behind a strategic vision. In the first moments of the Arab Spring, the urgency of the events generated concern among the Saudi authorities, who saw their external hegemonic position and the social unity of the kingdom jeopardized. This juncture has caused a lack of complementarity of the actions taken, deriving in an ambiguous strategy.

During the last four years of Abdullah's reign, Saudi Arabia had maintained a defensive and reactive behavior. The premise of this approach was to avoid being affected by the instability that shook the entire Middle East. It allowed the Saudi princes to isolate their country from the revolts and avoid being involved in war confrontations. But this cautious stance had other negative consequences such as the lack of relevance in some regional dynamics, favoring others to occupy better positions. The absence of the Saudis in some important issues for the area, granted more space for other actors to maneuver independently, gaining areas of influence at the expense of the weakening of Saudi power. This situation is intended to be reversed by King Salman and Prince Mohammed bin Salman since January 2015.

The fundamental change between the proposal applied by King Abdullah and his successor is in the attitude taken before the current challenges. The new monarch and his son and crown prince bets for a more proactive behavior, so that Saudi Arabia recovers the initiative and stops losing capacity of influence and power in the area local. The answer stops being restrained and defensive to move towards other one of constant upheaval, to make the Saudis recover anticipation and determination. It is a qualitative and quantitative leap as the means used to assure the interests had been broadened, as well as the Saudi view towards the regional context are modified, becoming more belligerent and aggressive. However, the foreign policy formulated by Bin Salman is blamed for lack of coherence between each of its points, which causes the Saudi response to remain imprecise even these first months of Salman's kingdom.

The third initial question that has been answered has been:

- What the regional position of Saudi Arabia is five years after the Arab Spring?

The answer to this question was raised in the following terms:

- The position of Saudi Arabia in the Middle East five years after the Arab Spring continues to be hegemonic but weakened, because it has more problems to impose its interests on the regional agenda and influence other actors.

The essential challenge for Salman and his son is to maintain hegemony in a very different context from that of five years ago, carrying on with an intense transition process. The inner power of the Saud was not affected by the Arab Spring, which gives them a certain security. But the leadership of the Saudi state in the Middle East itself was damaged by all the facts occurred since the beginning of 2011. This weakness is manifested in to specific episodes such as the crisis with Qatar, the stagnation of the war in Yemen or the constant tensions with Iran. There are a greater number of state and non-state agents, which do not follow the line pointed from Riyadh. For these actors, there is no reason to fit their strategies within the Saudi guidelines, as they consider the Saudi leadership an obstacle to achieve their own objectives.

Saudi Arabia has succeeded in aligning under its authority most of the monarchies of the Gulf, Egypt, Jordan or the Yemeni President Hadi among others. For these regimes, remaining in the circle of Saudi preponderance reports more positive results than those of being out of it. The Al Khalifa family, President Al Sisi or Hadi has found unwavering support in the Saudi monarchy at the most crucial moments for his political future. It exists a convergence of interests that makes it convenient for them to stand under the Saud's wing. For the United Arab Emirates, Kuwait, Jordan or Oman the inclination towards Riyadh lies in avoiding a confrontation with a state of such strength. Although these countries are aware of the need not to remain completely submerged under Saudi authority if they want to implement its own foreign policies.

At the beginning of the 21st century, the Saudi kingdom had an incontestable hegemonic status over the Middle East. By then, there were no states that would represent a serious opposition, except for the regime of the Ayatollahs or Saddam Hussein. Riyadh was capable of taking unilateral actions that had to be followed by the other actors. In addition, it had a considerable capacity to condition the external strategies of most of them. Now, the number of agents who oppose or disagree with the Saudi Arabian regional plan has grown. Others keep on linked to the Saudi influx, but in a less restrictive way. The Saudis have problems to take their initiatives forward if it is not with a greater consensus and multilateralism than before. Even foreign powers such as the United States or China have already found in other countries equally valid partners.

Since the constitution of the modern Saudi state, Saudi Arabia's foreign policy has gone through five different stages. Under the reign of Abdulaziz and his son Saud during the decade of the 1950s and 1960s, the foreign action was of a low profile, focusing most of the efforts in consolidating the internal power and establish the pillars of the new state. With the advent to power of Faisal in the mid-sixties, a considerable transformation of national and foreign policy took place. The oil crisis of 1973 represented a crucial point in the international evolution of the Arab nation, becoming a major role in the regional scenery and the energy markets. Under the reigns of Jalid and Fahd, the Saudis were able to impose their hegemony over the Middle East and establish themselves as the main voice of the Muslim sphere.

In the first decade of the new millennium, there were a series of events that altered the geopolitical map of the region and eroded the status quo. The Arab Spring meant the end of a intense period, in which Saudi Arabia played a predominant role, to open the way to a phase of uncertainty and transition. Since 2011, the Saudi leaders have to adapt their foreign policy premises in an environment that are rapidly changing. King Abdullah had taken the first steps towards a new way of administering the function of the kingdom in the Middle Under charismatic leadership of Prince Mohammed bin Salman, Riyadh starts a new stage in its foreign policy since January 2015. It is still early to assess the results of this renewed strategy, but a substantial variation in the way of interacting with the surroundings is recognized.

Historical parallelism is unavoidable between the figure of King Faisal and the young prince Mohammed bin Salman. The first one came to the throne after a coup d'état to his brother Saúd, in complex circumstances inside and outside the kingdom. The Nasser regime was taking center stage in the Middle East in that moment. The war and the threat of revolution were approaching the border through Yemen or Iraq. While the national economy was suffering serious problems, the monarch was accused by his own family of excessive passivity. Nowadays, Mohammed bin Salman, with the support of his father, has managed to gain political control of Saudi country, betting on introducing deeply changes in the economy and foreign policy, as he have considered the measures previously adopted were not enough to face challenges such as the Iranian rise.

In the past, Faisal established the pillars of international politics that have governed the relations of the Saudi state for more than forty years. His principal contribution was to use oil and the strength of his country in this sector as a political weapon. In contrast, Mohammed bin Salman is deciding to go one step further by using the force abroad. For more than twenty years, Saudi Arabia has been immersed in a program of modernization and training of its Armed Forces. In 2011 in Bahrain, there was a prelude to the intentions of the Saudi monarchy at the time of solving the closest dangers. In 2015 in Yemen, the Saudi government confirmed its determined position to use all available means at its disposal to ensure its interests.

The regional objectives are determined by national interests, which have not been modified throughout this time. The configuration of the power of the Saud within Saudi Arabia is based on five fundamental interests for the clan. The first one is sovereignty and territorial unity, an essential element to be taken into account due to the heterogeneity of Saudi society and the past of tribal struggles, territorial divisions and even disputes within the real family itself. The second interest is the protection of Wahhabi values, since this interpretation of Islam is an essential component for the legitimation of the power of the monarchy. The spread of Wahhabi precepts is not limited to the Saudi population but has been extended throughout the Muslim community.

The third point is loyalty to the king, which implies an unwavering commitment to the entire royal family. Those surnamed Saud are who are the ones called to rule over the land around of Mecca and Medina. The threats to the current state regime are dangerous for the future and survival of the dynasty, which covers the main political, economic and military responsibilities of the country. The fourth of the national interests is the internal stability of the kingdom, which might be affected by both external and internal factors. Thence, the tremendous caution of the leaders during the Arab Spring to prevent popular uprisings from taking place in their territory. The fifth national interest is international recognition, both the figure of the monarch and the Saudi state itself as the regional hegemon and the leader of Muslim world.

The sovereignty and territorial unity are directly questioned by the conflicts that are taking place in the vicinity of Saudi Arabia. In addition, the growing discomfort among Saudi Shiites in the east of the country, have put the authorities on alert about a key region for the development of the whole state. The protection of Wahhabi values is in contradiction with the more progressive and liberal sectors of Saudi society, which demand greater openness. Besides, the proliferation of Wahhabi ideology on an international levels clashes with the concerns of some foreign governments. The loyalty of the king and the legitimacy of the Saud family are one of the least questioned elements within the country, although there are actors such as extremist groups and terrorist organizations that have placed royalty among their objectives.

Internal stability and international recognition are the national interests that have been most in doubt the last five years. Although the Arab revolts had little impact in Saudi Arabia, there are issues to consider. Assuredly, there are latent friction points in society, such as inequality and poverty, systematic discrimination against women, the job insecurity youth or the situation of Shiites citizens who live in the Eastern of country. The recognition of the Saudi nation as a regional leader is the main taking point in the Middle East after the Arab Spring. The majority of foreign actors recognize the Saud family as the legitimate rulers of Saudi Arabia. However, not all of them want to recognize Saudi monarchy as the unquestionable regional referent. A challenge that had not been presented for a long time for the Saudi leaders.

In the defence of these national interests, a series of regional objectives are being developed. The Arab Spring did not imply a diversion from the aims of Saudi Arabia's foreign policy, because they are inherent to the state itself, but it was a transcendental change in the way of preserving those purposes in the local scenario. There is a process of adaptation to the new environment, where the kingdom seeks new alternatives for its action in the zone, which to preserve every point of their ambitious local agenda. According to the threats perceived towards these five elements, the Saudi government has had different kind of reactions. Identifying each of the regional objectives and their relationship with national interests, it allows a better understanding of the Saudis' reasons to act in each conflictive spotlight recently.

The interest of protecting national sovereignty and territorial unity is involved in the objectives of securing borders and avoiding external interference. The instability in Iraq and Yemen has led the Saudi monarchy to strengthen the security of those border points. In the Iraqi case, those measures include an exhaustive control of the boundary to prevent no faction or terrorist group present in Iraq or Syria succeeded penetrating Saudi territory. External interferences are mainly related to the possibility that the Iranian regime connect with the Saudi shiites, who are considered by the official discourse as a fifth column of Iran. There is also fear about some political and religious groups, of the characteristics of the Muslim Brotherhood, would take advantage of convulsive circumstances to spread their message among the Saudi population.

The protection of Wahhabi values by the Kingdom has led to the attempt to consolidate the presence of this Islam branch in the Muslim world and the Middle East. After the Arab Spring, a window of opportunity has opened for official Wahhabism. This religious movement is taking advantage of the instability and conflict of neighboring countries to introduce their message among the population. This fact is clearly being visible in the economic and logistic support of the Saudi government to certain political and religious factions in Iraq, Syria or Lebanon, which had been underway since the eighties in Afghanistan, the Balkans or the Caucasus. On the other hand, the Wahhabi media seems to have strengthen their work to refute critical discourses, from the most secular and liberal one those coming from radicalism.

The principle of king's loyalty has its translation into regional objectives in the recognition of the figure of the king and the defence of the house Saud. The royal dynasty does not aspire to maintain only the power within the kingdom but also aspires to regional and religious leadership. The Saud princes have achieved to be considered as referents for the Muslim world and the peoples of the Middle East. But this feature is being questioned by numerous actors, including the Iranians, who are also trying to establish themselves as leaders of the Islamic community. Saudi hegemony represents both the supremacy of one country over the rest and the control of a clan over the rest of the agents, as a reflection of the patrimonialization of the power by the royal family.

The Saudi princes understand internal stability as something closely linked to what has happened in their immediate surroundings. Therefore, since the mid-seventies, Saudi Arabia has played a significant role in regional dynamics. The interest in preserving the internal order make them one of the governments most committed to the regional status quo, a fact that had turned out to be very favorable for their interests for a long time. Since 2011, the initial reaction of the Saudis to the changes in the Middle East has been the containment, trying to stop the transformations that affect their margins of influence. For its own internal security, the Saudi government needs to have zones or preferential areas, such as the Gulf Cooperation Council, where it is possible dragging other countries, acting as a backup to reaffirm their leadership.

The premise of international recognition leads not only to the regional leadership but also to include the benchmark of the Islamic world globally. The main problem for the Saudis is that there is an increasingly strong current promoting a challenge to the status quo, affecting the Saudi hegemony. In the past, the Arab nation received some isolated criticism from unruly states, but after the Arab Spring, the number of neighboring governments, and even foreign powers, that does not accept the predominance of Riyadh over regional relations has grown. The Saudis need to have the power within the kingdom and its environment for their own political survival. The progressive declaim of Saudi hegemony seem to have weaken the royal family power.

Saudi Arabia has more difficulties in achieving all these objectives, particularly those related to preserve its hegemony, zones of influence and status quo. The Arab Spring fractured the regional order, undermining the Saudi leadership and the margins of its power. This monarchy is confronted with a map of the Middle East that is more conflictive and hinders possibilities of redirecting the conjunctures allied with their interests. The Saudi state still has an undoubted role in the area, but its share of power has been greatly weakened. Nowadays, there is another strengthened hegemonic pole, the Islamic Republic of Iran. Teheran has taken advantage of the recent vicissitudes to improve its situation and counteract the strength of the Saudis.

The crisis of Saudi hegemony has also been translated into other fields of regional leadership. On the one hand, the lack of understanding with the Obama administration, it is a clear evidence that the Arab nation is losing recognition as a preferential interlocutor for the Middle East. Moreover, while the United States are tending to pivot towards Asia Pacific, Russia is increasing its presence in the area by establishing alliances with other countries. On the other hand, new problems have arisen in the nearest circle of Saudi Arabia, the monarchies of the Gulf and Yemen, which have traditionally been the key brand for Saudi influence. One example of this convoluted situation, it is the estrangement from Qatar and the problems in Yemeni territory. In contrast, there is a strengthening of relations with Egypt, Jordan or even countries in North Africa and the sub-Saharan area, although they are still far from being solid coalitions.

Saudi Arabia's regional leadership is based on five main elements: religion, oil, security and defence forces and its geostrategic position. The first three elements have been fundamental for the construction of the modern state in just five decades and for the consolidation in power of the Saud dynasty. The last component grants the Arab nation its relevance in the strategy of the different foreign powers for the Middle East. As consequence, the Saudi leaders have strengthened their hegemony in every possible respect. From the interior of the country to the rest of neighboring countries. The two facets of the hegemony of which Gramsci speaks are managed by the royal family to achieve their objectives, the use of force as a deterrent and coercive factor and the pre-eminence of a favorable discourse and ideology.

There has been a clear distinction between the way of acting inside the own kingdom and regionally. The Saudis have used religion, strength and wealth generated by oil to build their hegemonic power in the Saudi territory and abroad. Thanks to this elements, the royal clan has managed to maintain the throne and the population loyalty to its crown, getting rid of any sign of opposition or dissent. In the international arena, the Saudi government has asserted its geostrategic position to be a key player in regional relations. It makes frequent use of oil and religion to boost the external status of the state. In addition, the monarchy has spread the use of force beyond its borders to preserve its leadership in the last five years.

Since the foundational pact made in the eighteenth century between the cleric Al-Wahab and the Saud family, Wahhabism is one of the essential pillars on which Saudi hegemony rests. Religion is a prominently position in Saudi Arabia, in both the formulation of policies, the justice system, educational framework and in the idiosyncrasy of society. The Wahhabi interpretation finds protection and diffusion through the state; in return, the religious discourse must be favorable towards the Saudi leaders at all times. Wahhabism acts as a barrier to ideological containment in the face of critical approaches with the royal power, while at the same time helping to disseminate a program consistent with the interests of the monarchy.

Mohammed bin Salman submitted a clear guideline to reducing the Saudi dependence on oil in his program Saudi Vision 2030, looking for new sources of wealth for the hegemon. Crude is of vital importance to the political interests of Saud family. It has been a very useful political tool. At the beginning of the 20th century, Saudi Arabia was a land poor in resources, almost one hundred years later the country is among the most important economies in the world. This is thanks to the size of its resources in oil and gas. Through them, the monarchy has been able to build a state in accordance with its political premises. They have also been able to finance their national modernization programs and preserve such an ambitious foreign policy for so long, which it has allowed them to overcome the convulsions that have arisen around them.

During most of the second half of the last century, the main concern of the Saudi monarchs was to strengthen and expand the security apparatuses of the state. Their defence was directly under the U.S. protection, which enabled them to redirect resources towards other purposes such as the National Guard, police forces, intelligence services and a social programs aimed at guaranteeing internal stability. Since the end of the nineties, the Saudi authorities have been aware of the dimension of regional threats, so they have been embarking on an investment program to upgrade and enhance their Armed Forces and national defence system. Although, the armies of other neighbor countries are more numerous, the Saudis have managed to form one of the most capable and modern military devices in the Middle East in just twenty years.

At the end of the Second World War, when the international power fluctuation towards the Soviet Union and the United States began to be obvious, those countries decided to approach the Gulf and North Africa to reinforce their strategic interests. The situation of Saudi Arabia in the center of the Middle East, the bridge between Asia and Africa, a sacred place for Muslims and a point of great reserves of oil and gas, made the Saudi country a very special location. Despite the recent disagreements in some aspects, the White House maintain its links with the Saudis, been aware of the transcendence of this kingdom. The Saudis have strengthened their weight in the region and the Islamic world, introducing themselves as both a leader and an interlocutor to other actors. Therefore, becoming an essential element for the resolution of crises in the area.

The foreign policy of Saudi Arabia is represented through a series of circles, which determine how important each area or state actor is for the Saudi government. The first sphere is compound by the partners of Gulf Cooperation Council, Iraq and its rival the Republic of Iran. In addition, Yemen is included, due to its importance and closeness to the country, and the United States for its strategic alliance. These countries are also the main subjects of the Saudi kingdom's regional agenda. After the Arab Spring, most of Riyadh's attention was in its relations with the members of the Cooperation Council, its tensions with Tehran, the instability in problematic Iraq and Yemen and its disagreements with the Obama administration. To this, it must also be added the war in Syria, the revolt in Egypt or the political crises in Lebanon.

The second circle of the foreign policy includes not only those countries of the Arab sphere but most of the neighboring countries of the Middle East and the vast strip of the Maghreb. The third one consist of the states included in the category of Muslims, counting on the Muslim nations located in Asia, Africa or in those areas where there are important communities of believers. The fourth sphere of international relations of Saudi Arabia involves Latin American, sub-Saharan, Asian and European countries. Particularly, China, Japan, South Korea or Thailand have great commercial value for the Saudis, as well as their trade links with the major European economies such as France, United Kingdom, Spain o Germany.

The role of Saudi Arabia in Syria and Yemen is very different. In the Syrian case, Riyadh is opting not for carrying out a direct intervention and just to support certain opposition factions. Together with Turkey and Qatar, Saudi government are the ones most responsible for providing economic resources and weapons to the groups fighting against the Al Asad regime. The foreign powers inclined to support the rebels do not share a common strategy. This situation has favored the division and weakness of the opponents against the Government of Damascus, which has the decisive support of Russia and Iran. While President Putin and Rouhaní noticed that it was indispensable for their interests to keep Al Asad in power, the Saudi nation has some difficulties in presenting an alternative solution to the situation together the rest of the countries.

Until March 2015, the intervention of Saudi Arabia in Yemen was very similar to the one practiced in Syria. King Abdullah undertook to give diplomatic and economic assistance to Hadi to carry out a controlled transition after the departure of Saleh. Throughout 2014, the situation was aggravated, with the direct clash between the president's troops and the Houthis, who manage to take over the capital. One of the first decisions of King Salman was to support the military operation proposed by his son Mohammed. The Saudis feared that their southern neighbor would fall into the hands of a faction very close to Iran. The purpose of the offensive was to reinstall Hadi in the presidency, trying to stop the advance Houthis advance. The humanitarian situation is dramatic, under intense struggle and with a strong presence of Al Qaeda and Daesh cells.

Within the Gulf Cooperation Council, the leadership of Saudi Arabia has been strengthened in some aspects and weakened in others. Most members have always been leery of Saudi authority and their attempts to build greater political union, which would supposed to resign to certain levels of independence in foreign policy. The Arab spring and the subsequent crises have brought states closer to the line marked by the Saud such as Bahrain, the United Arab Emirates, Oman, and Kuwait. Although, these last three states still try to safeguard the autonomy of their regional actions. The Saudis want to be the perfect allies to their partners and other countries such as Egypt, Jordan or Morocco, offering at all times the necessary assistance for their governments.

The Saudi axis are being reinforced in this sense. The security of these regimes is essential for the Saudis, who consider them their closest area of influence. However, in the traditional Saudi core a remarkable gap has emerged. The problems with the Al Thani dynasty of Qatar are continuous, without the positions of both governments becoming reconciled. The Saudis have always been suspicious of the emirate's international aspirations. Tensions grown during the Arab Spring, due to the great activity that the Qatari Government has had on many of the open fronts in the Middle East. Saudi Arabia has managed to attract Egypt, Bahrain or the Arab Emirates to its position, but the regional exclusion they are trying to subdue in Qatar are being hampered by the support Qataris have found in the Iranian regime and Turkish government.

The dispute over hegemony with the Iranians becomes the central point of the Saudi regional policy. Iran appears as the only state capable of subtracting leadership spaces to Saudi Arabia. The disagreements between these two countries began in 1979 with the coming to power of the Ayatollahs. Until then, both regimes had been the twin pillars on which the regional policy of the United States was based. The political and religious model of the Islamic Republic, together with the emancipatory discourse of the Muslim peoples spread by Khomeini, clashes with the premises defended by the Saudi hegemon. The two governments use religion to argue a dispute that deals on differences in the distribution of power in the Middle East. The Iranians aspire to occupy greater prominence in the region, which poses the greatest threat to the Saudis.

The changes that are taking place in the Middle East also have their corollary in the relationship between Saudi Arabia and the United States. The relationship with Obama administration has been a period the greatest tension between Washington and Riyadh since the establishment of their alliance. The U.S. president's strategy for the region is divergent to what the Saudis would like. The White House wants to reduce its commitments in this problematic area, to focus efforts on other latitudes of the world. This offers a greater space of autonomy for the rest of the international actors, but it has serious implications for the security and defence of its allies. The intentions of the Saudi kingdom are to weave intraregional alliances that fill the growing absence of the U.S. power, having as its first objective to counteract the push of Iran.

Saudi Arabia has managed to overcome the Arab Spring and the main problems that emerged immediately afterwards. But there are many issues on the regional agenda yet to be resolved. Prince Mohammed bin Salman is committed to a more proactive and dynamic foreign policy, to make its interests prevail in the local context, leaving behind the containment and precaution phase to another determined to revitalize his leadership. The geopolitical map that is being drawn in the Middle East presents a scenario in which two major hegemonic poles, Iran and the Saudi kingdom, will coexist, together with another series of actors with greater capacity for action. These circumstances make it difficult to establish shared safety margins, so instability will continue to be recurrent in the area for a long period.

Most of the adversities that affect the Middle East have, as one of the parties involved, Saudi Arabia. The Saudi preponderance over regional dynamics is more than remarkable. Therefore, any solution to the present crises requires the attention of the Saudi princes. Despite the Arab revolts were slowed down, they have generated a much more difficult political and social panorama to tackle. Marking a before and after in this part of the world. Nowadays, Saudi hegemony is tailoring to a new regional status quo that has yet to be defined. King Salman and his son Mohammed bin Salman have to face multiples challenges at a nationally and globally, which would condition the future of their country and their own dynasty.

Fuentes bibliográficas

Capítulo I. Aspectos metodológicos y marco teórico

1.1. Hipótesis y preguntas de investigación

1.2. Método científico y técnicas de investigación

BUNGE, M. (2013): *La ciencia. Su método y su filosofía*. Editorial Laetoli, 1ª edición, Pamplona, 2013.

CALDUCH, R. (1998): *Métodos y técnicas de investigación internacional*. Universidad Complutense de Madrid, 1998. Disponible en: http://pendientedemigracion.ucm.es/info/sdrelint/ficheros_aula/aula0404.pdf

CALDUCH, R. (1991): *Relaciones Internacionales*. Editorial Ediciones Ciencias Sociales, Madrid, 1991.

COBO, P.J. (2007): “Estados Unidos entre el petróleo e Israel o cómo conseguir la cuadratura del círculo” en *EN-CLAVES del pensamiento*, año 1, nº 2, diciembre 2007, pp.75-96.

CUÉLLAR, R. (2009): “Ciencia y Relaciones Internacionales” en *Revista Multidisciplina*, 3, Febrero-Marzo, 2009, pp. 53-74. Facultad de Estudios Superiores Acatlán, UNAM

DEL ARENAL, C. (2007): *Introducción a las Relaciones Internacionales*. Editorial Tecnos, Cuarta Edición, Madrid, 2007.

GARCÍA DE LA FUENTE, O. (1994): *Metodología de la investigación científica. Cómo hacer una tesis en la era de la informática*. Ediciones CEES, Madrid, 1994.

GARZA, A. (1996): *Manual de técnicas de investigación para estudiantes de Ciencias Sociales*. El Colegio de México, Sexta Edición, México, 1996.

MESA, R. (1977): *Teoría y práctica de las relaciones internacionales*. Editorial Taurus, Madrid, 1977.

MIRAS, M. y SOLÉ, I. (2007): “La elaboración del conocimiento científico y académico” en Castelló, M. (coord.): *Escribir y comunicarse en contextos científicos y académico. Conocimientos y estrategias*. Colección Crítica y fundamentos. Editorial Graó. 1ª edición. Enero 2007. Capítulo 3, pp. 83-112.

OLAZ, A.J. (2017): *Cómo escribir y defender una tesis en ciencias sociales*. Editorial Síntesis. Madrid, 2017.

RIVERA-CAMINO, J. (2014): *Cómo escribir y publicar una tesis doctoral*. ESIC Editorial, Madrid, 2014.

SIERRA, R. (1988): *Tesis doctorales y trabajos de investigación científica*. Editorial Paraninfo S.A. Madrid, 1988.

1.3. Estado de la cuestión

ABU-TARBUSH, J. (2014): “El porqué de la primavera árabe”. En González del Miño, P. (ed.): *Tres años de revoluciones árabes*. Capítulo 1. Editorial La Catarata, Madrid, 2014.

AL-RASHEED, M. (2011a): “Yes, It coul happen here” en *Foreign Policy*. March, 1, 2011. Disponible: <http://foreignpolicy.com/2011/03/01/yes-it-could-happen-here-2/>

ALTERMAN, J.B. y MCCANTS, W. (2015): “Saudi Arabia: islamists rising and falling” en Alterman, J.B. (ed.): *Religious radicalism after the Arab Uprisings*. Chapter 6, pp. 144-175. Center for Strategic & International Studies, CSIS. Rowman & Littlefield. Washington, 2015.

ÁLVAREZ-OSSORIO, I. (2012): “Primavera democrática árabe: ¿otoño islamista?” en Mesa, M. (coord.): *Cambio de ciclo: crisis, resistencias y respuestas globales. Anuario 2012-2013*. CEIPAZ, Centro de Educación e Investigación para la Paz. Madrid, 2012.

DALACOURA, K. (2012): “The 2011 uprisings in the Arab Middle East: political change and geopolitical implications” en *International Affairs*, nº 88: 1 (2012), pp. 63-79.

DAVIDSON, C.H. (2014): *After the sheikhs. The coming collapse of the Gulf monarchies*. Hurst & Company, London, 2014.

ELAKAWI, Z.S. (2014): “La formulación de un nuevo mapa geoestratégico tras la primavera árabe”. En González del Miño, P. (ed.): *Tres años de revoluciones árabes*. Capítulo 9. Editorial La Catarata, Madrid, 2014.

FARZAMNIA, N. (2009): *Irán. De la revolución islámica a la revolución nuclear*. Editorial Síntesis, S.A. Madrid, 2009.

GAUSE, F.G. III (2011a): “Why Middle East studies missed the arab spring: the myth of authoritian stability” en *Foreign Affairs*, 90: 4 (Jul/Aug 2011), pp. 81-90.

GAUSE, F.G. III (2011b): “Is Saudi Arabia really conunter-revolutionary?” en *Foreign Policy*. August 9, 2011. Disponible en: <http://foreignpolicy.com/2011/08/09/is-saudi-arabia-really-counter-revolutionary/>

HUNTINGTON, S. (2001): *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Editorial Paidós, 4ª reimpresión, Buenos Aires, 2001.

KARAWAN, I.A. (2002): “The erosion of consensus. Perceptions of GCC States of changing región”. En Potter, L.G y Sick, G.G. (ed.): *Security in the Persian Gulf. Origins, obstacles, and the search of consensus*. Capítulo 3, Palgrave Macmillan, New York, 2002.

- KHATIB, L. (2013): “Qatar’s foreign policy: the limits of pragmatism” en *International Affairs*, nº 89: 2 (2013) pp. 417-431.
- KRAMER, M. (2003): “Coming to Terms: Fundamentalists or Islamists?” en *Middle East Quarterly*. Spring 2003, pp. 65-77. Disponible en: <http://www.meforum.org/541/coming-to-terms-fundamentalists-or-islamists>
- LEVERETT, F. y BADER, J. (2005): “Managing China-US Energy Competition in the Middle East” en *The Washington Quarterly*, 29:1, Winter 2005-06, pp. 187-201.
- LOUËR, L. (2011): “A failed uprising in Bahrain” en *Institut d’études de sécurité. Union européenne*. 04 may 2011. Disponible en: <http://www.iss.europa.eu/fr/publications/detail-page/article/a-failed-uprising-in-bahrain/>
- MARTÍN, J. (2015): *Estado Islámico. Geopolítica del caos*. Editorial La Catarata, Quinta Edición, Madrid, 2015.
- MENESES, R. (2012): “Libia después de Gadafi: Los retos y desafíos que afronta el país en la construcción de la democracia”. En Mesa, M. (coord.): *Cambio de ciclo: crisis, resistencias y respuestas globales. Anuario 2012-2013*. CEIPAZ, Centro de Educación e Investigación para la Paz. Madrid, 2012.
- MORAL, P. (2016): “Túnez, la transición frágil” en *El Orden Mundial en el S.XXI*. 28 julio, 2016. Disponible en: <http://elordenmundial.com/2016/07/28/tunez-la-transicion-fragil/>
- SHILABI, A. (2018): “The Iranian threat: the saudi perspective” en Middle East Centre Blog. 7 May 2018. Disponible en: <http://blogs.lse.ac.uk/mec/2018/06/15/the-iranian-threat-the-saudi-perspective/>
- TAKEYH, R. (2015): “The new saudi foreign policy” en *Expert Brief. Council on Foreign Relations*. April 17, 2015. Disponible en: <http://www.cfr.org/saudi-arabia/new-saudi-foreign-policy/p36456>
- ULRICHSEN, K.C. (2016): “Israel and the arab gulf states: drivers and directions of change” en *Center for the Middle East*. September 2016. Disponible en: http://www.bakerinstitute.org/media/files/research_document/13eaaa71/CME-pub-GCCIIsrael-090716.pdf
- VILLAMARÍN, L.A. (2015): *Primavera árabe. Radiografía geopolítica del Medio Oriente*. Colección Geopolítica 2, Charleston, Estados Unidos, 2015.
- WRIGHT, S.M. (2008): “US Foreign policy and the changed definition of gulf security”. En Ehteshami, A. y Wright, S.M. (ed.): *Reform in the Middle East oil monarchies*. Ithaca Press, United Kingdom, 2008.

- WYNBRANDT, J. (2004): *A brief history of Saudi Arabia*. Checkmark books, New York, 2004.
- YOUNGS, R. (2012): "The EU and the Arab Springs: from munificence to geo-strategy". En Kausch, K. y Youngs, R. (eds.): *Europe in the reshaped Middle East*. FRIDE, Madrid, 2012.

1.4. Constructivismo social, identidades y discurso

- ADLER, E. (1997): "Seizing the middle ground: constructivism in world politics" en *European Journal of International Relations*. Vol 3. (3), pp. 319-363.
- ASHLEY, R.K. (1989): "Living on border lines: man, poststructuralism, and war" en Der Derian, J y Shapiro, J. M. (ed.): *International/Intertextual Relation. Postmodern readings of world politics*. Lexington Books, New York, 1989.
- BARBÉ, E. (2007): *Relaciones Internacionales*. Editorial Tecnos, 3ª Edición, Madrid, 2007.
- BARNETT, M. (1993): "Institutions, roles and disorder: the case of the arab system" en *International studies quarterly*. N° 37, pp. 271-296.
- BIERSTEKER, T.H. y WEBER, C. (1996): "The social construction of state sovereignty" en Biersteker, T.J. y Weber, C. (ed.): *State sovereignty as social construct*. Capítulo 1, pp. 1-21. Cambridge University Press, Cambridge, USA, 1996.
- CHEKEL, J.T. (1998): "The constructivist turn in international relations theory" en *World Politics*, n° 50 (January 1998), pp. 324-348.
- HOPF, T. (1998): "The promise of constructivism in international relations theory" en *International Security*, Vol. 23, N° 1 (Summer 1998), pp. 171-200.
- KRATOCHWILL, F.V. (1989): *Rules, norms and decisions. On the conditions of practical and legal reasoning in international relations and domestic affairs*. Cambridge University Press, Cambridge, USA, 1989.
- LAMONT, C. (2015): *Research methods in international relations*. SAGE Publications Inc. London, 2015.
- NUGROHO, G. (2008): "Constructivism and international relations theories" en *Global & Strategies*, Th. II, N° 1, Januari-Juni 2008, hlm. 85-98.
- REUS-SMIT, C. (2003): "The constitutional structure of international society and the nature of fundamental institutions" *International Organization*, vol 51, n° 4, (Autumn, 1997), pp. 555-589.

SANTA CRUZ, A. (2009): "Introducción" en Santa Cruz, A. (ed.): *El constructivismo y las relaciones internacionales*. Introducción, pp. 9-40. Colección de Estudios Internacionales. Centro de Investigación y Docencia Económica. México D.F. 2009.

TELLER, N. (2016): *The chaos in the Middle East: 2014-2016*. Matador, Troubador Publishing Ltd. Leicestershire, 2016.

WENDT, A. (2005): "La anarquía es lo que los estados hacen de ella. La construcción social de la política de poder" en *Revista Académica de Relaciones Internacionales*. Nº 1, marzo de 2005, GERI-UAM, pp. 1-47.

WENDT, A. (1994): "Collective identity formation and the international state" en *The American Political Science Review*, vol. 88, nº 2 (Jun. 1994), pp. 384-396.

1.5. Hegemonía y poder político según Gramsci

ANDERSON, P. (1981): *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y revolución en Occidente*. Editorial Fontamara, Barcelona, 1981.

BIELER, A. y MORTON, A. (2004): "A critical theory route to hegemony, world order and historical change: neo-Gramscian perspectives in international relations" en *Capital & Class*, 2004, nº 28, pp. 85-113.

BILLINGS, D.B. (1990): "Religion as opposition: a gramscian analysis". En *The American Journal of Sociology*. Vol 96, nº 1. (Jul, 1990), pp. 1-31.

CHUBIN, S. y TRIPP, C. (1996): *Iran-Saudi Arabia relations and regional order*. ADELPHI Paper 304. 1ª edición. The International Institute for Strategic Studies. Oxford University Press, London, 1996.

COX, R.W. (1993): "Gramsci, hegemony and international relations: an essay in method" en Gill, S. (Ed.): *Gramsci, historical, materialism and international relations*. Cambridge University Press, Cambridge, 1993.

FEMIA, J.V. (1981): *Gramsci's political thought. Hegemony, consciousness and the revolutionary process*. Clarendon press, Oxford University Press, Oxford, 1981.

GIACAGLIA, M. (2002): "Hegemonía. Concepto clave para pensar la política" en *TÓPICOS, Revista de filosofía de Santa Fe*. nº 10, 2002, pp. 151-159.

GUILL, S. (1993): "Gramsci and global politics: towards a post-hegemonic research agenda" en Guill, S. (ed): *Gramsci, historical, materialism and international relations*. Cambridge University Press, Cambridge, 1993.

GRAMSCI, A. (1971): *La política y el Estado moderno*. Obras Maestras del Pensamiento Contemporáneo, Editorial Planeta Angostini, Barcelona, 1971.

MOUFFE, C. (1979): "Hegemony and ideology in Gramsci" en Mouffe, C. (ed.): *Gramsci and marxist theory*. Routledge & Kegan Paul, London, 1979.

NOGUERA, A. (2011): "La teoría del estado y del poder en Antonio Gramsci: claves para descifrar la dicotomía dominación-liberación" en *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*. 29 (2011.1).

ÖNCÜ, A. (2003): "Dictatorship plus hegemony: a gramscian analysis of the turkish state" en *Science & Society*, Vol.67, nº 3, Fall 2003, pp. 303-328

PUNTES, M. y SUÁREZ, I. (2016): "Un acercamiento a Gramsci: la hegemonía y la reproducción de una visión del mundo" en *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*. 7 (2) pp. 449-468.

THOMAS, P.D. (2013): "Hegemony, passive revolution and the modern prince" en *Thesis Eleven*. 117 (1), pp. 20-39.

1.6. Las relaciones internacionales desde la visión del islam

ABO-KAZLEH, M. (2006): "Rethinking international relations theory in islam: toward a more adequate approach" en *Alternatives. Turkish journal of international relations*. Volume 5, number 4, Winter 2006, pp. 41-56.

ACHARYA, A. y BUZAN, B. (2010): "Why is there no non-western international relations theory?" en Acharya, A. y Buzan, B. (ed.): *Non-western international relations theory. Perspectives on and beyond Asia*. Capítulo 1, pp. 1-25. Routledge, Taylor & Francis Group, New York, 2010.

ADIONG, N.M. (2013): "Nation-state in IR and Islam" en *Journal of islamic state practices in international law*. Volume 9, number 1, summer 2013, pp. 102-120.

AYUBI, N. (1991): *Political islam. Religion and politics in the arab world*. Routledge, Taylor & Francis Group, London, 1991.

BERGER, M. (2010): "Religion and Islam in contemporary international relations" en *Clingendael diplomay papers*, nº 27, April 2010. The Hague, Netherlands Institute of International Relations "Clingendael".

BRAMON, D. (2017): *El islam político*. Editorial La Catarata, Madrid, 2017.

BUZAN, B y LITTLE, R. (2010): "World history and the development of non-western international relations theory" en Acharya, A. y Buzan, B. (ed.): *Non-western international relations theory. Perspectives on and beyond Asia*. Capítulo 9, pp. 197-238. Routledge, Taylor & Francis Group, New York, 2010.

- GAUSE, F.G. III (1992): "Sovereignty, statecraft and stability in the Middle East" en *Journal of International Affairs*. Summer 1992, vol 45, n°2, pp. 441-469.
- HASSAN, M.H. (2007): "War, peace or neutrality: an overview of islamic polity's basis of inter-state relations" en *Working Paper Series S. Rajaratman School of International Studies*, N° 130, Singapore, 28 June 2007.
- MANDAVILLE, P. (2007): *Global Political Islam*. Routledge, Taylor & Francis Group, New York, 2007.
- MOADDEL, M. (2005): *Islamic modernism, nationalism, and fundamentalism. Episode and discourse*. The University of Chicago Press, Chicago, 2005.
- NASR, S.H. (1985): *Vida y pensamiento en el Islam*. Editorial Herder, Barcelona, 1985.
- SABET, A.G.E. (2008): *Islam and the political. Theory, governance and international relations*. Pluto Press, London, 2008.
- SHURIYE, A.O. (2011): "The failed assumptions of some social scientists on the role of religion in International Relations" en *International Journal of Humanities and Social Science*. Vol. 1, n° 3, March 2011, pp. 11-17.
- TADJBAKSH, S. (2010): "International relations theory and the islamic worldview" en Acharya, A. y Buzan, B. (ed.): *Non-western international relations theory. Perspectives on and beyond Asia*. Capítulo 8, pp. 175-196. Routledge, Taylor & Francis Group, New York, 2010.

Capítulo II. Objetivos de la política exterior de Arabia Saudí

2.1. Objetivos e intereses nacionales de Arabia Saudí

- ALASFOOR, R. (2007): *The Gulf Cooperation Council: its nature and achievements. A political analysis of regional integration of the GCC States 1979-2004*. Lund Political Studies 149. Department of Political Science, Lund University.
- AL-RASHEED, M. (2004): "The capture of Riyadh revisited: shaping historical imagination in Saudi Arabia" en Al-Rasheed, M y Vitalis, R (ed.) *Counter-narratives. History, contemporary society, and politics in Saudi Arabia and Yemen*. Palgrave Macmillan, Nueva York, 2004. Capítulo 7, pp. 183-201.
- BLANCHARD, C.M. (2008): "The islamic traditions of Wahhabism and salafiyya" en *CRS Report for Congress*. January 24, 2008. Congressional Research Service. The Library of Congress. Disponible en: <https://fas.org/sgp/crs/misc/RS21695.pdf>
- BRONSON, R. (2006): "Understanding US-Saudi relations" en Aarts, P y Nonneman, P. (ed.): *Saudi Arabia in the balance. Political economy, society, foreign affairs*. Hurst Publishers.

- C.Hurst & Co. (Publishers) Ltd. London. 2006. Second impression. Part IV. External relations, pp. 372-398.
- CHAMPION, D. (2003): *The paradoxical Kingdom*. Hurst & Co. Londres, 2003.
- CLARFIELD, G. (2011): “In Saudi Arabia, the decadent rule the austere” en *National Post*. March 18, 2011. Disponible en: <http://nationalpost.com/opinion/geoffrey-clarfield-in-saudi-arabia-the-decadent-rule-the-austere/wcm/6c01be36-e4f2-4d6a-ad58-bdd48a9b3bc6>
- FERNÁNDEZ, H. (2013): “La teoría del “creciente chii” a la luz de la Primavera Árabe en el Mashrek. Irán, Arabia Saudí y Turquía: Lucha por la hegemonía regional” en *Cuadernos de la Escuela Diplomática*, nº 49, Cuestiones actuales sobre la diplomacia y las relaciones internacionales en los inicios del siglo XXI, pp. 203-274.
- HALLIDAY, F. (2002): *Arabia without sultans*. Saqi books, second edition, Londres, 2002.
- HARTMANN, L. (2016): “Saudi Arabia as a Regional Actor: Threat perception and balancing at home and abroad” presentado en *Course: “States and Societies in the Gulf Monarchies”*. Taught by Laurence Louer. Kuwait Program at Sciences Po. Spring 2016. Disponible en: http://www.sciencespo.fr/psia/sites/sciencespo.fr.psia/files/HARTMANN_Laura_KSP_Paper_Award.pdf
- JAHNER, A. (2012): “Saudi Arabia and Iran: The struggle for power and influence in the Gulf” en *International Affairs Review*. Volume XX, No 3, Spring 2012, pp. 37-50.
- JOFFE, G. (2009): “Saudi Arabia: victim or hegemon?” en *The Kingdom of Saudi Arabia, 1979-2009. Evolution of a Pivotal State*, Viewpoints Special Edition, The Middle East Institute, Washington, 2009.
- KINNINMONT, J. (2016): “Saudi Foreign Policy Is in a State of Flux” en *Chatham House, The Royal Institute of International Affairs*. 17 February 2016, Disponible en: <https://www.chathamhouse.org/expert/comment/saudi-foreign-policy-state-flux>
- LEWIS, B. (2000): *Las identidades múltiples de Oriente Medio*. Siglo Veintiuno de España Editores, Madrid, 2000.
- NONNEMAN, G. (2006): “Determinants and patterns of Saudi foreign policy : 'omnibalancing' and 'relative autonomy' in multiple environments” en Nonneman, G y Aarts, P (ed.) *Saudi Arabia in the balance: political economy, society, foreign affairs*. Hurst & Co. Londres, 2006, Second impression. Part IV. External relations. pp. 315-351.
- PHAM, J.P. (2008): “What is in the National Interest? Hans Morgenthau’s realist vision and American foreign policy” en *American Foreign Policy Interests*. 30, pp. 256-265, 2008.

YAMANI, M. (2008): "The two faces of Saudi Arabia" en *Survival*. Vol. 50, nº 1, Febrero-Marzo, 2008, pp. 143-156.

2.2. Evolución de la política regional tras la II Guerra Mundial

2.2.1. El saudita y los primeros desafíos regionales (1945-1964)

AL-RASHEED, M. (2018a): "Mystique of monarchy: the magic of royal succession in Saudi Arabia" en Al-Rasheed, M. (ed.): *Salman's legacy. The dilemmas of a new era in Saudi Arabia*. Hurst & Company, London. 2018. Part I. Chapter 2, pp. 45-72.

BOKHARI, K. (2017): "The US-Saudi Alliance" en *Geopolitical Futures*. April 21, 2017. Disponible en: <https://geopoliticalfutures.com/us-saudi-alliance/?format=pdf>

BOWEN, W. (2008): *The history of Saudi Arabia*. Greenwood Press, USA. 2008.

PINFARI, M. (2009): "Nothing but failure? The Arab League and the Gulf Cooperation Council as mediators in Middle Eastern conflicts", en *Working Paper, No.45- regional and global axes of conflict-*. Crisis States Working Papers Series No.2 March 2009. Disponible en: <http://www.lse.ac.uk/international-development/Assets/Documents/PDFs/csdc-working-papers-phase-two/wp45.2-nothing-but-failure.pdf>

POLLACK, J (2002): "Saudi Arabia and the United States, 1931-2002" en *Middle East Review of International Affairs*, vol. 6, nº 3, (September 2010) pp. 77-102.

SCHENKER, D. y HENDERSON, D. (2009): "Paradoxes of Egyptian-Saudi relations" en *Islamic affairs analyst*. December 2009, pp. 8-10. Disponible en: <http://www.washingtoninstitute.org/policy-analysis/view/paradoxes-of-egyptian-saudi-relations>

SHARNOFF, M (2011): "Michael Sharnoff/Looking back: Nasser's inter-Arab rivalries: 1958-1967" en *Al Arabiya News*, July 30, 2011. Disponible en: <http://www.alarabiya.net/articles/2011/07/30/160027.html>

2.2.2. La revolución del rey Faisal (1964-1975)

ABUKHALIL, A. (2004): *The Battle for Saudi Arabia. Royalty, Fundamentalism, and Global Power*. Steven Stories Press, Nueva York, 2004.

AL-RASHEED, M. (2003): *Historia de Arabia Saudí*. Cambridge University Press, Madrid, 2003.

BAALKE, C. (2014): "A political and historic analysis of the relationship between the United States and Saudi Arabia: How the relationship between the United States and Saudi Arabia has influenced U.S. Foreign Policy in the Middle East". *Honors Projects*. 2014. University Scholars. Seattle Pacific University. Disponible en:

<http://digitalcommons.spu.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1025&context=honorsprojects>

COOPER, A.S. (2012): *Oil Kings. How the U.S; Iran and Saudi Arabia changed the balance of power in the Middle East.* Simon & Schuster paperbacks. New York, 2012.

FERRIS, J. (2015): “Egypt’s Vietnam: lessons from the last time Cairo waded into war in Yemen”. En *Foreign Policy*. April 3, 2015. Disponible en: <http://foreignpolicy.com/2015/04/03/egypts-vietnam-yemen-nasser-sisi/>

GAUSE, F.G. III (2009a): “Saudi-American relations” en *Middle East Institute*. October 1, 2009. Disponible en: <http://www.mei.edu/content/saudi-american-relations>

JORDAN, R.W. y FIFFER, S. (2015): *Dessert diplomat. Inside Saudi Arabia following 9/11.* Potomac Books, University of Nebraska Press, 2015.

MANN, J. (2012): “King Faisal and the Challenge of Nasser's Revolutionary Ideology” en *Middle Eastern Studies*, 48:5, 749-764.

AL-QASSAB, A. (2017): “The GCC in Turmoil: repercussions of the Gulf crisis on Iraq-GCC relations” en: *Crisis in the Gulf Cooperation Council. Challenges and prospects.* Arab Center Washington DC. First Edition. 2017, Washington. Part V, pp. 73-76.

MATTHIESEN, T. (2018): “Saudi Arabia and the Cold War” en Al-Rasheed, M. (ed.): *Salman’s legacy. The dilemmas of a new era in Saudi Arabia.* Hurst & Company, London, 2018. Part III: Foreign Relations. Chapter 10, pp. 217-234.

RIEDEL, B. (2018): *Kings and Presidents. Saudi Arabia and the United States since FDR.* Brookings Institution Press, Washington, D.C. 2018.

VASSILIEV, A. (2012): *King Faisal of Saudi Arabia. Personality, Faith and Times.* Saqi Books, Londres, 2012.

2.2.3. El ascenso saudí en el panorama internacional (1975-2001)

AHMAD, A.H. (2009): “Libyan, Saudi leaders walk out of Arab Summit after a spat” en *Gulf News*. March 30, 2009. Disponible en: <http://gulfnews.com/news/gulf/qatar/libyan-saudi-leaders-walk-out-of-arab-summit-after-a-spat-1.60102>

BAHGAT, G. (2009): “Saudi Arabia and the Arab-Israeli conflict in the last years of the Bush Presidency” en *Israel Affairs*, vol. 15, nº 2, April 2009, pp. 180-189.

COOK, S.A. (2013): “Hero of the Crossing? Anwar Sadat Reconsidered” en Council on Foreign Relations. October 07, 2013. Disponible en: <https://www.cfr.org/blog-post/hero-crossing-anwar-sadat-reconsidered>

- GUZANSKY, Y. (2014): “Saudi Arabia and the Gulf States: Can the Six Walk Together?” En *INSS Insight*, No 54, April 28, 2014. Disponible en: <http://www.inss.org.il/publication/saudi-arabia-and-the-gulf-states-can-the-six-walk-together/>
- JOFFE, G. y PAOLETTI, E. (2010): “Libya’s foreign policy: drivers and objectives” en *Mediterranean Paper Series 2010*. The German Marshall Fund of the United States. Disponible en: <http://www.gmfus.org/publications/libyas-foreign-policy-drivers-and-objectives>
- KAMRAVA, M. (2013): “Mediation and Saudi Foreign Policy” en *Foreign Policy Research Institute*, Winter 2013, pp. 152-170.
- KHAJEHPOUR-KHOEI, B. (2002): “Mutual perceptions in the Persian Gulf region. An Iranian perspective”. En Potter, L.G y Sick, G.G. (eds.): *Security in the Persian Gulf. Origins, obstacles and the search for consensus*. Chapter 11, pp 240-251. Palgrave Macmillan US, New York, 2002.
- MABON, S. (2015): “Arabia Saudí, Irán y la geopolítica cambiante de Oriente Medio” en *Estudios de Política Exterior*, AFKAR/IDEAS n° 46, verano 2015. Disponible en: <http://www.politicaexterior.com/articulos/afkar-ideas/arabia-saudi-iran-y-la-geopolitica-cambiante-de-oriente-medio/>
- RIEDEL, B. (2016): “Riyadh’s bold gamble” en *Al-Monitor*. September 20, 2016. Disponible en: <http://www.al-monitor.com/pulse/originals/2016/09/saudi-arabia-foreign-policy-king-salman-bold-gamble.html>
- SUTO, R. (2016): “America’s Outdated Special Relationship with Saudi Arabia” en *Foreign Policy Focus*. September 30, 2016. Disponible en: <http://fpif.org/americas-outdated-special-relationship-saudi-arabia/>
- TAHERI, A. (2004): “Saudi Arabia: between terror and reform” en *American Foreign Policy Interests*, 26: 457-465, 2004.
- TEITELBAUM, J. (2010a): “Saudi Arabia an the new strategic landscape” en *Middle East Review of International Affairs*, vol. 14, n° 3, (September 2010) pp. 38-44.
- WILSON, P.W. y GRAHAM, D.F. (1994): *Saudi Arabia. The coming storm*. M.E. Sharpe, Nueva York, 1994.

2.2.4. La monarquía saudita frente al nuevo siglo (2001-2011)

- BIN HETHLAIN, N. (2010): *Saudi Arabia and the US since 1962. Allies in conflict*. Saqui books, London, 2010.

- BONNEFOY, L. (2013a): “Saudi Arabia and the expansión of Salafism” en *Policy Brief*, NOREF, Norwegian peacebuilding resource centre, September 2013. Disponible en: http://noref.no/var/ezflow_site/storage/original/application/51ecc6aed984f0b32dce709cd02cab49.pdf
- BOUCEK, C. (2011): “Terrorism out of Saudi Arabia” en *Carnegie Endowment for International Peace*. September 12, 2011. Disponible en: <http://carnegieendowment.org/2011/09/12/terrorism-out-of-saudi-arabia-pub-45520>
- BYMAN, D.J. (2016): “The U.S.-Saudi Arabia counterterrorism relationship” en *Brooking Institution*. Tuesday, May 24, 2016. Disponible en: <https://www.brookings.edu/testimonies/the-u-s-saudi-arabia-counterterrorism-relationship/>
- DAZI-HÉNI, F. (2013): “Arabia Saudí contra Irán: un equilibrio regional de poder” en *AWRAQ*, n°8, pp. 23-35, 2013.
- FERNÁNDEZ, H.A. (2014a): “Oriente Medio: alianzas en tiempos revueltos” en *ARI 48/2014*. 16 de octubre de 2014, Real Instituto Elcano. Disponible en: http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/web/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/ari48-2014-amirahfernandez-orientemedio-alianzas-en-tiempos-revueltos
- INTERNATIONAL CRISIS GROUP (2004): “Can Saudi Arabia reform itself? Executive summary and recommendations” en *ICG Middle East Report*, n° 29, July 14, 2004. Cairo/Bruselas. Disponible en: <https://d2071andvip0wj.cloudfront.net/28-can-saudi-arabia-reform-itself.pdf>
- KLARE, M.T. (2007): “Oil, Iraq and American foreign policy. The continuing salience of the Carter doctrine” en *International Journal*. Winter 2006-2007, pp. 31-42.
- MORELL, M. y HARLOW, B. (2016): *La Gran Guerra de Nuestro Tiempo. La guerra contra el terror contada desde dentro de la CIA, de Al Qaeda a ISIS*. Crítica, Editorial Planeta, Barcelona, 2016.
- NURUZZAMAN, M (2015): “Qatar and the Arab Spring: down the foreign policy slope” en *Contemporary Arab Affairs*, 2015. Vol, 8, n° 2, pp. 226-238.
- WILLIAMS, P. (2016): “President Obama’s approach to the Middle East and North Africa: strategic absence” en *Case Western Reserve Journal of International Law* 48 (2016), pp. 84-101.

2.3. Marco Institucional y procesos de decisiones

- AL OTAIBI, A. (2015): "A review of public management reform in Saudi Arabia" en *International Journal of Management and Administrative Sciences*. Vol 2, No 5, August, 2015, pp. 35-44.
- ALSULTAN, F.M. (2013): "The Saudi King: Power and Limitation in the Saudi Arabian Foreign Policy Making" en *International Journal of Social Science and Humaity*, vol. 3, nº 5, September 2013, pp. 457-460.
- BARRETT, R. (2015): "Saudi Arabia and policy under king Salman" en *The Middle East Institute*. March 12, 2015. Disponible en: <https://www.mei.edu/content/article/saudi-arabia-and-policy-under-king-salman>
- CARRIÓN, F. (2016): "Mohamed bin Salman, escalada hacia la sucesión saudita" en *El Mundo*, 25 de junio de 2016. Disponible en: <http://www.elmundo.es/loc/2016/06/25/576d168846163f91648b45a1.html>
- DOMÍNGUEZ DE OLAZÁBAL, I. (2017a): "¿Dos puntos de inflexión para la política exterior de Arabia Saudí?" En *esglobal*. 10 marzo 2017. Disponible en: <https://www.esglobal.org/dos-puntos-inflexion-la-politica-exterior-arabia-saudi/>
- ESPINOSA, A. (2017): "Intrigas palaciegas en Oriente Próximo" en *El País Semanal*. 13 de diciembre de 2016. Disponible en: https://elpais.com/elpais/2017/12/01/eps/1512130241_641972.html
- ESPINOSA, A. (2016): "Arabia Saudí anuncia un ambicioso plan de reforma económica" en *El País*, 26 de abril de 2016. Disponible en: http://internacional.elpais.com/internacional/2016/04/25/actualidad/1461589956_097736.html
- GAUSE, F.G III (2014a): "The foreign policy of Saudi Arabia" en Hinnebusch, R. y Ehteshami, A. (ed.): *The foreign policies of Middle East states*. Second Edition. Part I: pivotal arab powers. Chapter 7, pp. 185-206. Lynne Rienner Publishers. London, 2014.
- GUZANSKY, Y. (2015a): "A game of thrones: royal succession in Saudi Arabia" en *Strategic Assessment*. Volume 17, No 4, January 2015, pp. 7-15.
- IGUALADA, C. (2016): "La relación de Estados Unidos y Arabia Saudí: evolución y motivos de su desgaste" en *Documento Opinión*, 114/2016, 10 de noviembre de 2016. Instituto Español de Estudios Estratégicos. Disponible en: <http://www.ieee.es/contenido/noticias/2016/11/DIEEEO114-2016.html>

- JADRI, S. (2016): “Vision 2030: un plan para desenganchar a Arabia Saudí” en *El Medio*. 2016-06-16. Disponible en: <http://elmed.io/vision-2030-un-plan-para-desenganchar-a-arabia-saudi-del-petroleo/>
- KARASIK, T. (2015a): “King Salman is vigorously trimming the dead Wood” en *The National*, 3 de febrero de 2015. Disponible en: <http://www.thenational.ae/opinion/comment/king-salman-is-vigorously-trimming-the-dead-wood>
- KULISH, N. y MAZZETTI, M. (2016): “Saudi royal family is still spending in an age of austerity” en *The New York Times*. December 27, 2016. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2016/12/27/world/middleeast/saudi-royal-family-money.html>
- MALSIN, J. (2017): “How Saudi Crown Prince Mohammed bin Salman Is Upending the Old Order” en *TIME*. December 18, 2017. Disponible en: <http://time.com/5068500/how-saudi-crown-prince-mohammed-bin-salman-upending-old-orde/>
- MOULINE, N. (2009): “From generation to generation: the succession problem in Saudi Arabia” en *The Kingdom of Saudi Arabia, 1979-2009: Evolution of a pivotal state*. Viewpoints special edition. The Middle East Institute. Washington, D.C. 2009.
- SIKIMIC.S. (2016): “Saudi Arabia's new economic vision: Oil free by 2020?” en *Middle East Eye*. Monday 25 April 2016. Disponible en: <http://www.middleeasteye.net/news/saudi-arabia-set-outline-grand-new-economic-vision-1108417051>
- TISDALL, S. (2015): “Saudi Arabia shakeup as much about retrenchment as reform” en *The Guardian*. Wednesday 29 April 2015. Disponible en: <https://www.theguardian.com/world/2015/apr/29/saudi-arabia-mohammed-bin-nayef-crown-prince>
- YAMADA, M. (2015): “Saudi Arabia’s look-east diplomacy: ten years on” en *Middle East Policy*, vol XXII, n° 4, Winter 2015, pp. 121-139.

Capítulo III: Condicionantes internos de la política exterior

3.1. Influencia ideológica del wahabismo

- ABUSULAYMAN, A.A. (1993): *Towards an islamic theory of international relations: new directios for methodology and thought*. The International Institute of Islamic Thought. Second Revised Edition, 1993, Virginia.
- AL-DAKHIL, K.S. (2009): “Wahhabism as an ideology of state formation” en Ayoob, M. y Kosebalaban H. (ed). *Religion and politics in Saudi Arabia, wahabbism and the state*. Lynne Rienner Publishers, Inc. Londres, 2009. Parte I, capítulo 3, pp. 23-38.

- AL QASSEMI, S. (2013): "Qatar's Brotherhood Ties Alienate Fellow Gulf States" en *Al Monitor*. January 23, 2013. Disponible en: <http://www.al-monitor.com/pulse/originals/2013/01/qatar-muslim-brotherhood.html>
- BASKAN, B. y WRIGHT, S. (2011): "Seeds of change: comparing state-religion relations in Qatar and Saudi Arabia" en *Arab Studies Quarterly*. Vol.33, Number 2, (Spring 2011), pp. 96-111.
- BONNEFOY, L. (2013b): "Saudi Arabia and the export of religious ideologies" en *Policy Brief*. NOREF, Norwegian Peacebuilding Resource Centre, Septiembre 2013. Disponible en: http://noref.no/var/ezflow_site/storage/original/application/7d3d4b2a06bdb58f83d6d97b393a6bf.pdf
- CHOKSY, C.E.B. y CHOKSY, J.K. (2015): "The saudi connection: wahhabism and global jihad" en *World Affairs Journal*. May/June 2015. Disponible en: <http://www.worldaffairsjournal.org/article/saudi-connection-wahhabism-and-global-jihad>
- COMMINS, D. (2006): *The wahhabi mision and Saudi Arabia*. I.B Tauris, Londres, 2006.
- DOMÍNGUEZ DE OLAZÁBAL, I. (2017b): "Arabia Saudí: un gigante con pies de petróleo. Dinámicas internas y retos regionales" en *Documento de Trabajo Opex*. Nº 83/2017. Observatorio de Política Exterior Española. Fundación Alternativas. Disponible en: <http://www.fundacionalternativas.org/observatorio-de-politica-exterior-opex/documentos/documentos-de-trabajo/arabia-saudi-un-gigante-con-pies-de-petroleo-dinamicas-internas-y-retos-regionales>
- EL OUAZZANI, L. (2003): "Las divergencias entre las escuelas jurídicas musulmanas en materia penal" en *Anaquel de Estudios Árabes*. Nº 14, año 2003, pp. 189-200.
- FERNÁNDEZ, A. (2014): "El enfrentamiento sunnita-chiita, su reflejo en la tradicional rivalidad árabe-persa y su repercusión en Oriente Medio" en *Documentos Opinión*, 38/2014. Instituto Español de Estudios Estratégicos, 14 de abril de 2014. Disponible en: <http://www.ieee.es/contenido/noticias/2014/04/DIEEEO38-2014.html>
- GAUSE, F.G. III (2009b): "Official wahhabism and the sanctioning of Saudi-US relations" en en Ayoob, M. y Kosebalaban H. (ed): *Religion and politics in Saudi Arabia, wahabbism and the state*. Lynne Rienner Publishers, Inc. Londres, 2009. Part III. Chapter 10, pp. 135-148.
- GONZÁLEZ, M. (2015): "Definiendo términos: fundamentalismo, salafismo, sufismo, islamismo, wahabismo" en *Documento Opinión* 88/2015. Instituto Español de Estudios

- Estratégicos, 17 de agosto de 2015. Disponible en: <http://www.ieee.es/contenido/noticias/2015/08/DIEEEO88-2015.html>
- HABIB, J.S. (2009): “Wahhabi origins of the contemporary Saudi State” en Ayoob, M. y Kosebalaban, H. (ed.): *Religion and Politics in Saudi Arabia. Wahhabism and the State*. Lynne Rienner Publishers, Inc. London, 2009.
- HOUSE, K.E. (2012): *On Saudi Arabia. Its people, past, religión, fault lines and future*. Vintage Books, Nueva York, 2012.
- LIPKA, M. (2017): “Muslims and Islam: Key findings in the U.S. and around the world” en *Pew Research Center*. August 9, 2017. Disponible en: <http://www.pewresearch.org/fact-tank/2017/08/09/muslims-and-islam-key-findings-in-the-u-s-and-around-the-world/>
- MAISEL, S. (2009): “Tribes and the saudi legal-system: and assesment of coexistence” en *Middle East Institute*. October 1, 2009. Disponible en: <http://www.mei.edu/content/tribes-and-saudi-legal-system-assessment-coexistence>
- MARTÍN, J. (2013): *La Casa de Saud*. Editorial La Catarata, Madrid, 2013.
- MCDOWALL, A. (2014): “Saudi rulers reconsider ties to Wahhabi clergy” en *Reuters*. December 17, 2014. Disponible en: <http://www.reuters.com/article/saudi-islam-idINKBN0JV1MR20141217>
- ORTEGA, A. (2016): “Arabia Saudí contra Irán: la verdadera rivalidad en Oriente Medio” en *Elcano Blog*. 12/01/2016. Real Instituto Elcano. Disponible en: <https://blog.realinstitutoelcano.org/arabia-saudi-iran-la-verdadera-rivalidad-oriente-medio/>
- OTTAWAY, D.B. (2011): “Saudi Arabia in the Shadow of the Arab Revolt” en *Occasional Paper Series*. Middle East Program. Summer 2011. Woodrow Wilson International Center for Scholars. Disponible en: https://www.wilsoncenter.org/sites/default/files/Saudi%20Arabia%20in%20the%20Shadow%20of%20the%20Arab%20Revolt_0.pdf
- PÉREZ, O. (2012): “Takfir wal-Hijra, yihadismo extremo en España” en Grupo de Estudios Estratégicos (GEES). 3 de septiembre de 2012. Disponible en: <http://www.gees.org/articulos/takfir-wal-hijra-yihadismo-extremo-en-espana>
- PRIEGO, A. (2017): “La reconfiguración de Arabia Saudí. Del modelo de los tres pactos a la Visión 2030” en *Documento de Opinión*. 16 de enero 2017. Instituto Español de Estudios Estratégicos. Disponible en: <http://www.ieee.es/publicaciones-new/documentos-de-opinion/2017/DIEEEO05-2017.html>

- RUBIN, M. (2002): “Who Is Responsible for the Taliban?” en *Middle East Review of International Affairs*, March 2002. The Washington Institute for Near East Policy. Disponible en: <http://www.washingtoninstitute.org/policy-analysis/view/who-is-responsible-for-the-taliban>
- SAAGE, A.B. (2015): “Arabia Saudí: una potencia regional que se enfrenta a problemas cada vez mayores” en *Documento de Opinión*. 133/2015. Instituto Español de Estudios Estratégicos. Disponible en: <http://www.ieee.es/temas/seguridad-y-defensa/2015/DIEEEO133-2015.html>
- SÁNCHEZ, J.J. (2016): “Irán contra Arabia Saudí ¿una guerra inminente?” en *Documento de Opinión*. 72/2016. Instituto Español de Estudios Estratégicos. 14 de julio de 2016. Disponible en: <http://www.ieee.es/publicaciones-new/documentos-de-opinion/2016/DIEEEO72-2016.html>
- SCHWARTZ, B.E. (2007): “America’s struggle against the Wahhabi/neo-salafi movement” en *Orbis*. Winter 2007, pp. 107-128.
- STENSLIE, S. (2012): *Regime stability in Saudi Arabia. The challenges of Sucesion*. Routledge, Taylor & Francis Group, Nueva York, 2012.
- VALENTINE, S.R. (2015): *Force and Fanaticism. Wahhabism in Saudi Arabia and beyond*. Hurst & Company, Londres, 2015.
- WEHREY, F. (2015a): “The Authoritarian resurgence. Saudi Arabi’s anxious autocrats”. En *Journal of Democracy*. April 15, 2015. Carnegie Endowment for International Peace. Disponible en: <http://carnegieendowment.org/2015/04/15/authoritarian-resurgence-saudi-arabia-s-anxious-autocrats-pub-59790>

3.2. El papel de la familia real en el Estado saudita

- AARTS, P. y ROELANTS, C. (2015): *Saudi Arabia, a kingdom in peril*. Hurst & Company, Londres, 2015.
- AL-RASHEED, M. (2016): “Can Obama wake Saudis from their dream of continued dominance?” En *Al Monitor*. December 17, 2016. Disponible en: <http://www.al-monitor.com/pulse/fr/contents/articles/originals/2016/04/saudi-arabia-dream-dominance-obama-visit-riyadh.html>
- BATALLA, X. (2011): “El dilema del rey” en *Estudios de Política Exterior*. Afkar/IDEAS No 28, Invierno 2010-2011. Disponible en: <http://www.politicaexterior.com/articulos/afkar-ideas/el-dilema-del-rey/>

- ESPINOSA, A. (2015): “El rey saudí despeja el camino hacia el trono para su hijo favorito” en *El País*, 29 de abril de 2015. Disponible en: http://internacional.elpais.com/internacional/2015/04/29/actualidad/1430289982_270211.html
- HELFONT, T. (2015): “The Sudairi seven back on top” en *FPRI, Foreign Policy Research Institute*, January 23, 2015. Disponible en: <http://www.fpri.org/2015/01/the-sudairi-seven-back-on-top/>
- HENDERSON, S. (2009): “After King Abdullah. Succession in Saudi Arabia” en *Policy Focus #96*, August 2009. The Washington Institute for Near East Policy. Disponible en: <http://www.washingtoninstitute.org/policy-analysis/view/after-king-abdullah-succession-in-saudi-arabia>
- HUBBARD, B. (2015a): “Saud al-Faisal of Saudi Arabia, Quiet Force in Middle East, Dies at 75” en *The New York Times*. July 9, 2015. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2015/07/10/world/middleeast/prince-saud-al-faisal-longtime-saudi-foreign-minister-dies-at-75.html>
- LINDSEY, G. (2006): *Saudi Arabia. From bedouin beginnings to modern kingdom*. Hippocrene books, Nueva York, edición revisada, 2006.
- MARTIN, D. y HUBBARD, B. (2015): “King Abdullah, a Shrewd Force Who Reshaped Saudi Arabia, Dies at 90” en *New York Times*. January 22, 2015. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2015/01/23/world/middleeast/king-abdullah-who-nudged-saudi-arabia-forward-dies-at-90.html>
- MUNAYYER, Y. (2017): “Saudi Arabia’s royal reshuffle” en *The New Arab*. 22 June, 2017. Disponible en: <https://www.alaraby.co.uk/english/comment/2017/6/22/saudi-arabias-royal-reshuffle>
- SARRIÓN, A. (2015): “El nuevo gendarme de Oriente Medio” en *El Siglo de Europa*, nº 1109, (11 mayo) 2015, pp. 44-46.
- SOBELMAN, D. (2001): “Gamal Mubarak, president of Egypt?” en *Middle East Quarterly*. Spring 2001, pp. 31-40. Disponible en: <http://www.meforum.org/27/gamal-mubarak-president-of-egypt>
- STENSLIE, S. (2015): “From ‘Abd Allah to Salman: royal succession in Saudi Arabia” en *Policy Brief*. NOREF, Norwegian Peacebuilding Resource Centre. Disponible en: <http://www.naeringsforeningen.no/ShowFile.ashx?FileInstanceId=943844fd-9ede-4c52-89e1-fbd77b8a0a6c>

STENSLIE, S. (2014): “Saudi Arabia: the coming royal succession” en *Policy Brief*. NOREF, Norwegian Peacebuilding Resource Centre. Disponible en: http://noref.no/var/ezflow_site/storage/original/application/54c15427a4abc0d50de004dc31d14e13.pdf

TAHERI, A. (2012); “Saudi Arabia: change begins within the family” en *American Foreign Policy Interests*, n° 34, pp. 138-143, 2012.

VELA, J. (2015): “King Abdullah laid to rest as new monarch faces Middle East challenges” en *The National*. January 23, 2015. Disponible en: <https://www.thenational.ae/world/king-abdullah-laid-to-rest-as-new-monarch-faces-middle-east-challenges-1.115210>

WEINER, S.J. (2016): “Kinship Politics in the Gulf Arab States” en *Issue Paper #7*. July 22, 2016. The Arab Gulf States Institute in Washington. Disponible en: <http://www.agsiw.org/kinship-politics-in-the-gulf-arab-states/>

3.3. Corrientes contestatarias dentro del reino

3.3.1. La minoría chiita de Arabia Saudí

AL-RASHEED. M. (2013a): “Saudi Arabia’s domestic sectarian politics” en *Policy Brief*. NOREF, Norwegian Peacebuilding Resource Centre. 22 August 2013. Disponible en: <http://noref.no/Regions/Middle-East-and-North-Africa/The-Gulf/Publications/Saudi-Arabia-s-domestic-sectarian-politics>

BARANY, Z. (2012): “The “Arab Spring” in the Kingdoms” en *Research Paper*. September 2012. Arab Center for Research & Policy Studies. Disponible en: https://www.dohainstitute.org/en/ResearchAndStudies/Pages/The_%E2%80%9CArab_Spring%E2%80%9D_in_the_Kingdoms.aspx

BRONNER, E. y SLACKMAN, M. (2011): “Saudi troops enter Bahrain to help put down unrest” en *The New York Times*, Marcha 14, 2011. Disponible en: <http://www.nytimes.com/2011/03/15/world/middleeast/15bahrain.html>

ISMAIL, R. (2015): “The Shi’a question in Saudi Arabia” en *Middle East Institute*. June 26, 2015, Disponible en: <http://www.mei.edu/content/map/shi%E2%80%98-question-saudi-arabia>

MAMOURI, A. (2015): “Shiites have mixed reactions to new Saudi king” en *Al-Monitor*. February 4, 2015. Disponible en: <https://www.al-monitor.com/pulse/originals/2015/02/shiite-iran-iraq-reactions-saudi-king-death.html>

RICOTTA, J. (2016): “The Arab shi’a nexus: understanding Iran’s influence in the Arab World” en *The Washington Quarterly*, summer 2016, vol 39, n° 2, pp 139-154.

SOAGE, A.B. (2017): “¿Qué se esconde tras la guerra fría entre Arabia Saudí e Irán?” en *Documento Opinión*. 71/2017. 30 de junio de 2017. Instituto Español de Estudios Estratégicos. Disponible en: <http://www.ieee.es/contenido/noticias/2017/06/DIEEEE071-2017.html>

TEITELBAUM, J. (2010b): “The Shiites of Saudi Arabia” en Frandkin, H; Haqqani, H; Brown, E y et al. (ed.): *Current trends in islamist ideology*. Volume 10, 2010. Hudson Institute, Center on Islam, Democracy and the Future of the Muslim World. Disponible en: https://www.hudson.org/content/researchattachments/attachment/1307/current_trends_vol_10.pdf

WEHREY, F. (2014a): “Saudi Arabia has a shiite problema” en *Foreign Policy*. 3 de diciembre de 2014. Disponible en: <http://foreignpolicy.com/2014/12/03/saudi-arabia-has-a-shiite-problem-royal-family-saud/>

3.3.2. Movimientos aperturistas en la sociedad saudita

AL-RASHEED, M. (2013b): *A most masculine state. Gender, politics and religion in Saudi Arabia*. Cambridge University Press, New York, 2013.

BAKER, A. (2013): “Down and out in Saudi Arabia” en *Time*. June 03, 2013. Disponible en: <http://content.time.com/time/subscriber/article/0,33009,2144028-1,00.html>

CHINCHILLA, M. (2016): “Urnas sin volante: los derechos de las mujeres en Arabia Saudí” en *El Orden Mundial en el S.XXI*. 5 de diciembre de 2016. Disponible en: <http://elordenmundial.com/2016/12/05/urnas-sin-volante-los-derechos-las-mujeres-arabia-saudi/>

D’CUNHA, S.D. (2017): “Plagued by a 30% unemployment rate, arabian youth turn to startups for a lifeline” en *Forbes*. May 11, 2017. Disponible en: <https://www.forbes.com/sites/suparnadutt/2017/05/11/can-startups-drive-new-job-growth-in-the-mena-region-where-youth-unemployment-rate-is-30/#3996bd934f43>

DORSEY, J.M. (2017): “Saudi crackdown raises specter of wider dissent” en *BESA Center Perspectives Paper* No. 635. November 6, 2017. The Begin-Sadat Center for Strategic Studies. Disponible en: <https://besacenter.org/perspectives-papers/saudi-crackdown/>

EL-KATIRI, L. y FATTOUH, B. (2015): “A Brief Political Economy of Energy Subsidies in the Middle East and North Africa” en *OIES PAPER*, MEP 11. The Oxford Institute for Energy Studies. February 2015. Disponible en: <https://www.oxfordenergy.org/publications/a-brief-political-economy-of-energy-subsidies-in-the-middle-east-and-north-africa/>

- HAMMOND, A. (2008): “Liberal pockets in Saudi Arabia’s rigid state” en *Reuters.com* August 19, 2008. Disponible en: <http://www.reuters.com/article/us-saudi-econcities-society-idUSL22101098020080820>
- HEGGHAMMER, T. (2010): *Jihad in Saudi Arabia: violence and pan-islamism since 1979*. Cambridge University Press, Cambridge, 2010.
- LIM, H.L. (2013): “Work motivators of saudi and emirati generation y: a pilot study” en *International Journal of Economy, Management and Social Sciences*. 2(5) May 2013, pp. 185-194
- OLÍAS, L. (2015): “Arabia Saudí quiere ejecutar a un poeta palestino por “renegar del islam” en *eldiario.es* 30 de noviembre de 2015. Disponible en: http://www.eldiario.es/desalambre/evitar-ejecucion-palestino-Arabia-Saudi_0_457754783.html
- PERLOV, O. y GUZANSKY, Y. (2014): “The Social Media Discourse in Saudi Arabia: The Conservative and Radical Camps are the Dominant Voices” en *INSS Insight*. The Institute for National Security Studies. No 511, February 5, 2014. Disponible en: <https://www.files.ethz.ch/isn/178874/No.%20511%20-%20Orit%20and%20Yoel%20for%20web.pdf>

3.3.3. El radicalismo religioso dentro de Arabia Saudí

- ALLAM, A. (2009): “Saudi royal escapes assassination attempt” en *Financial Times*. August 28, 2009. Disponible en: <https://www.ft.com/content/21284fde-93c4-11de-9c57-00144feabdc0>
- ALONSO, A. (2016): “Terrorismo, yihadismo y crimen organizado en la estrategia global de seguridad de la UE” en *Revista UNISCI/UNICIS Journal*. No 42, (octubre/october 2016), pp. 11-46.
- GALINDO, A. (2006): “La liberalización política como estrategia del gobierno de Arabia Saudita” en Cornejo, R. (ed.): *En los intersticios de la democracia y el autoritarismo. Algunos casos de Asia, África y América Latina*. CLACSO, Buenos Aires, octubre 2006.
- HUBBARD, B. (2016): “Suicide bombings hit 3 cities in Saudi Arabia, one near a holy site” en *The New York Times*. July 4, 2016. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2016/07/05/world/middleeast/saudi-arabia-us-consulate-kuwait.html>
- LACROIX, S. (2015): “Understanding stability and dissent in the kingdom. The double-edged role of the jama’at in saudi politics” en Haykel, B; Hegghamer, T y Lacroix, S (ed.) *Saudi*

Arabia in Transition. Insights on social, political, economic and religious change. Cambridge University Press, 2015, Nueva York.

LIPPMAN, T.W. (2015): “Abdullah of Saudi Arabia, a wily king who embraced limited reform, dies” en *The Washington Post*, January 22, 2015. Disponible en: https://www.washingtonpost.com/local/obituaries/abdullah-of-saudi-arabia-a-wily-king-who-embraced-limited-reform-dies/2015/01/22/2ed987f0-a28d-11e4-9f89-561284a573f8_story.html?utm_term=.4722ecb602c8

RUSSELL, J.A. (2005): “Saudi Arabia in the 21st Century: a new security dilemma” en *Middle East Policy*, vol. XII, n° 3, fall 2005, pp. 64-78.

WEHREY, F. (2014b): “Gulf Calculations in the Syrian Conflict” en *Carnegie Endowment for International Peace*. June 9, 2014. Disponible en: <http://carnegieendowment.org/2014/06/09/gulf-calculations-in-syrian-conflict-pub-55865>

WEINBERG, D.A. (2015): “King Salman’s shady history” en *Foreign Policy*. January 27, 2015. Disponible en: <http://foreignpolicy.com/2015/01/27/king-salmans-shady-history-saudi-arabia-jihadi-ties/>

Capítulo IV: Recursos energéticos y capacidades militares

4.1. La importancia del petróleo en el desarrollo del Estado

4.1.1. El petróleo como herramienta política

ANDERSON, I.H. (1981): *Aramco, the United States, and Saudi Arabia. A study of the dynamics of foreign oil policy, 1933-1950.* Princeton University Press, Princeton, 1981.

BROWN, A.C. (2001): *Dios, oro y petróleo. La historia de Aramco y los reyes saudíes.* Editorial Andres Bellado, Barcelona, 2001, 1ª Edición.

CHAUDHRY, K.A. (1997): *The price of wealth. Economies and institutions in the Middle East.* Cornell University Press, New York, 1997.

CITINO, N.J. (2002): *From Arab nationalism to OPEC. Eisenhower, King Saud, and the making of U.S.-Saudi relations.* Indiana University Press, Blomington, 2002.

CORDESMAN, A.H. (2003a): *Saudi Arabia enters the Twenty-First century. The political, foreign policy, economic and energy dimensions.* Praeger, Westport, Connecticut, 2003.

ECHAGÜE, A. y BURKE, E. (2009): “Strong foundations? The imperative for reform in Saudi Arabia” en *Working Paper/Documento de trabajo*. June 2009. FRIDE. Disponible: <http://fride.org/publication/632/working-paper>

- EVEN, S. y GUZANSKY, Y. (2016): “Saudi Arabia’s Vision 2030: Reducing the Dependency on Oil” en *INSS Insight*. No 819, May 6, 2016. The Institute for National Security Studies. Disponible en: <http://www.inss.org.il/publication/saudi-arabias-vision-2030-reducing-the-dependency-on-oil/>
- EZZ, M. (2016): “After the Arab Spring: the security, stability and geopolitics of Saudi Arabia and the Middle East” en *Liberated Arts: a journal for undergraduate research*. Volume 2, Article 2, Issue 1 Theme: Legitimacy of Power, pp. 1-17.
- HERTOG, S. (2012): “A rentier social contract: the saudi political economy since 1979” en *Middle East Institute*. Feb 22, 2012. Disponible en: <https://www.mei.edu/content/rentier-social-contract-saudi-political-economy-1979>
- JONES, T.C. (2010): *Desert Kingdom. How oil and water forged modern Saudi Arabia*. Harvard University Press, London, 2010.
- PHILOWITZ, A. (2013): *Saudi Arabia, islam, and oil*. Alan Philowitz, 2013.
- PIERCE, J.J. (2012): “Oil and the House of Saud: analysis of Saudi Arabian oil policy” en *DOMES, Digest of Middle East Studies*. Volume 21, Number 1, pages 89-107. 2012.
- TAHER, A.H. (2011): *Petroleum, gas and development strategies of Saudi Arabia*. Saqi Books, Londres, 2011.
- VITALIS, R. (2009): *America’s kingdom. Mythmaking on the saudi oil frontier*. Verso, New Left Books. London-New York, 2009.
- YOUNG, K.E. (2016): “The Interventionist Turn in Gulf States’ Foreign Policies” en *The Arab Gulf States Institute in Washington*. June 1, 2016. Disponible: <http://www.agsiw.org/the-interventionist-turn-in-gulf-states-foreign-policies/>

4.1.2. Características de la economía nacional y sus principales problemas

- AARTS, P. y ROELANTS, C. (2016): “Saudi Arabia Feature: Poverty in A Wealthy Land” en *New Internationalist magazine*. March 2016. Disponible en: <https://newint.org/features/2016/03/01/poverty-in-the-land-of-black-gold/>
- ALWAHABI, S. (2014): “How will Saudis adapt to low oil prices?” en *Al-Monitor*. 8 december 2014. Disponible en: <https://www.al-monitor.com/pulse/ru/originals/2014/12/oil-prices-decrease-saudi-arabia-crises.html>
- BLANCHARD, C. M. (2017): “Saudi Arabia: Background and U.S. Relations” en *CRS Report*. Congressional Research Service. November 22, 2017. Disponible en: <https://fas.org/sgp/crs/mideast/RL33533.pdf>

- BOONSTRA, J. BURKE, E. y YOUNGS, R. (2008): “The politics of energy: comparing Azerbaijan, Nigeria and Saudi Arabia” en *Working Paper/Documento de trabajo*. September 2008. FRIDE. Disponible en: http://fride.org/descarga/WP68_Politics_of_energy_eng_sep08.pdf
- GUANG, Y. (2014): “Structural change in the international oil and gas markets and its impact on China-GCC relations” en *Security dynamics of East Asia in the Gulf region*. Chapter 6, pp.137-150. Gerlach Press, Berlin, 2014
- HEGGHAMER, T. (2011): “Jihad, yes, but no revolution: explaining the extraversion of islamist violence in Saudi Arabia” en Legrenzi, M. (ed.): *Security in the Gulf: historical legacies and future prospects*. Chapter 4, pp. 61-82. Routledge. Taylor & Francis Group, London and New York, 2011.
- HERTOG, S. (2016): “Challenges to the Saudi distributional state in the age of austerity” en *Saudi Arabia: Domestic, Regional and International Challenges*. 12 - 13 December 2016, Singapore. Disponible en: <http://eprints.lse.ac.uk/68625/>
- MARTINI, J; WASSER, B; y KAYE, D.D. et al. (2016): *The outlook for Arab Gulf Cooperation*. RAND Corporation. Santa Monica, California. 2016.
- NIBLOCK, T. y MALIK, M. (2007): *The political economy of Saudi Arabia*. Routledge, United States, 2007.
- RAMADY, M.A. (2010): *The Saudi Arabian Economy: Policies, Achievements, and Challenges*. Second Edition. Springer Science + Business Media, LCC. New York, 2010.
- TEITELBAUM, J. (2000): *Holier than thou. Saudi Arabia's islamic opposition*. The Washington Institute for Near East Policy. Washington, 2000.
- 4.1.3. Objetivos y retos del plan Saudi Vision 2030**
- ALTHANI, M.A.J. (2012): *The arab spring and the Gulf states. Time to embrace change*. Profile Books Ltd. London, 2012.
- BIN RABIAN, A. (2016): “Is privatization the solution for Saudi Arabia’s economic woes?” en Al-Monitor, January 18, 2016. Disponible en: <http://www.al-monitor.com/pulse/business/2016/01/saudi-arabia-privatization-public-sector.html>
- BLANCO, J.M. (2011): “Primavera árabe. Protestas y revueltas. Análisis de factores” en *Documento Opinión*. 52/2011. Julio de 2011. Disponible en: http://www.ieee.es/temas/terrorismo-internacional/2011/DIEEEO52_2011.PrimaveraArabe.html

- DICKINSON, E. (2017a): "Saudi Arabia is betting its future on a desert megacity" en *Foreign Policy*. November 3, 2017. Disponible en: <http://foreignpolicy.com/2017/11/03/saudi-arabia-is-betting-its-future-on-a-desert-megacity-neom-qaddiya-vision-2030/>
- ECHAGÜE, A. (2016): "El plan saudí Visión 2030: ¿será esta la buena?" en *esglobal*. 20 septiembre 2016. Disponible en: <https://www.esglobal.org/el-plan-saudi-vision-2030-sera-esta-la-buena/>
- EILTS, H.F. (2001): "Saudi Arabia's foreign policy" en Brown, L.C. (ed.): *Diplomacy in the Middle East. The international relations of regional and outside powers*. Chapter 11, pp. 219-258. I.B. Tauris Publishers, London-New York, 2001.
- IBRAHIM, I. y HARRIGAN, F. (2012): "Qatar's economy: past, present and future" en *QScience Connect*, 2012 n° 9. Disponible en: <http://www.qscience.com/doi/pdf/10.5339/connect.2012.9>
- KARASIK, T; CAFIERO, T; HEDGES, M. (2016): "Can Saudi Arabia create an indigenous defense industry?" en *Real Clear Defense*. October 24, 2016. Disponible en: https://www.realcleardefense.com/articles/2016/10/25/can_saudi_arabia_create_an_indigenous_defense_industry_110252.html
- KHASHAN, H. (2017): "Saudi Arabia's flawed 'Vision 2030'" en *Middle East Quarterly*, Winter 2017, Volume 24, Number 1. Disponible en: <http://www.meforum.org/6397/saudi-arabia-flawed-vision-2030>
- KINNINMONT, J. (2017): "Vision 2030 and Saudi Arabia's social contract. Austerity and transformation" en *Research Paper*. July 2017. Chatham House. The Royal Institute of International Affairs. Disponible en: <https://www.chathamhouse.org/sites/files/chathamhouse/publications/research/2017-07-20-vision-2030-saudi-kinninmont.pdf>
- MÁRQUEZ DE LA RUBIA, F. (2016): "Arabia Saudí: nuevos tiempos, viejos problemas" en *Documento Análisis*. 64/2016. Instituto Español de Estudios Estratégicos. 25 de octubre de 2016. Disponible en: <http://www.ieee.es/contenido/noticias/2016/10/DIEEEA64-2016.html>
- RAVAL, A. y KERR, S. (2016): "Saudi Aramco sale heralds new market" en *Financial Times*. June 29, 2016. Disponible en: <https://www.ft.com/content/1ce65eb6-2c06-11e6-bf8d-26294ad519fc>
- REED, M.M. (2016): "Saudi Vision 2030: winners and losers" en *Carnegie Endowment for International Peace*. August 02, 2016. Disponible en: <http://carnegieendowment.org/sada/64227>

YAMADA, M. (2016): “Vision 2030 and the birth of Saudi solar energy” en *MEI Policy Focus 2016-15*. Middle East Institute, July 2016. Disponible en: <http://www.mideasti.org/content/vision-2030-and-birth-saudi-solar-energy>

4.2. Arabia Saudí como potencia militar de la región

4.2.1. La carrera armamentística en el Golfo

AL-SUDAIRI, M.T. (2014): “Saudi Arabia and the US Alliance: no place for an Asian alternative?” en Niblock, T. y Guang, Y. (eds.): *Security dynamics of East Asia in the Gulf region*. Chapter 3, pp. 69-91. Gerlach Press, Berlin, 2014.

AHMAD, T. (2014): “The Gulf security imbroglio: shaping and Asian initiative for a new regional cooperative security architecture” en Niblock, T. y Guang, Y. (eds.): *Security dynamics of East Asia in the Gulf region*. Chapter 2, pp. 31-67. Gerlach Press, Berlin, 2014.

AL-MARASHI, I. (2011): “Iraq’s Gulf Policy and Regime Security from the Monarchy to the post-Baathist Era” en Legrenzi, M. (ed.): *Security in the Gulf: historical legacies and future prospects*. Chapter 7, pp. 97-127. Routledge. Taylor & Francis Group. London and New York, 2011.

BROWN, D. y GOULD, S. (2017): “The US has 1.3 million troops stationed around the world – here are the major hotspots” en *Business Insider*. August 31, 2017. Disponible: <http://www.businessinsider.com/us-military-deployments-may-2017-5>

BYMAN, D; CHUBIN, S; EHTESHAMI, A; et al. (2001): *Iran’s security policy in the post-revolutionary era*. RAND Corporation, Santa Monica, 2001.

DAVIDSON, C.M. (2011): “Dubai and the United Arab Emirates: security threats” en Legrenzi, M. (ed.): *Security in the Gulf: historical legacies and future prospects*. Chapter 6, pp. 97-113. Routledge. Taylor & Francis Group. London and New York, 2011.

GUZANSKY, Y. (2015b): *The Arab Gulf States and reform in the Middle East. Between Iran and the “Arab Spring”*. Palgrave Macmillan, London, 2015.

LUCAS, R.E. (2014): “The Persian Gulf monarchies and the Arab Spring” en Kamrava, M. (ed.): *Beyond the Arab Spring. The evolving ruling. Bargain in the Middle East*. Part II. Chapter 11, pp. 277-312. Oxford University Press, New York, 2014.

MCCARTHY, N. (2017): “Where U.S. Troops are in the Middle East” *Forbes*. Jun 7, 2017. Disponible: <https://www.forbes.com/sites/niallmccarthy/2017/06/07/qatar-hosts-largest-u-s-base-in-the-middle-east-despite-allegedly-funding-extremism-infographic/#4c2475373dc7>

MECHAN, T. (2014): "Bahrain's fractured ruling bargain: political mobilization, regime responses, and the new sectarianism" en Kamrava, M. (ed.): *Beyond the Arab Spring. The evolving ruling. Bargain in the Middle East*. Part II. Chapter 12, pp. 341-372. Oxford University Press, New York, 2014.

PRIEGO, A. (2015a): "Las primaveras árabes: la influencia de Qatar y sus relaciones con los Estados del Golfo" en *Revista Unisci/Unisci Journal*, nº 39 (Octubre/October 2015), pp. 233-252.

TRÉAN, C. (2006): *Irán: entre la amenaza nuclear y el sueño occidental*. Ediciones Península, 2006, Barcelona.

4.2.2. La estructura de defensa y seguridad saudita

ADEBAHR, C. (2014): "Tehran calling. Understanding a new iranian leadership", en *Carnegie Europe*. January 2014, Carnegie Endowment for International Peace. Disponible en: <http://carnegieeurope.eu/2014/01/20/tehran-calling-understanding-new-iranian-leadership-pub-54243>

BLACK, I. (2014): "End of an era as Prince Bandar departs Saudi intelligence post" en *The Guardian*, Wednesday 16 April 2014. Disponible en: <https://www.theguardian.com/world/2014/apr/16/prince-bandar-saudi-intelligence-syria>

CORDESMAN, A.H. (2009): *Saudi Arabia: National Security in a troubled region*. Praeger Security International. ABC-CLIO, LCC, Santa Barbara, 2009.

CORDESMAN, A.H. y AL-RODHAN, K. (2007): *The Gulf Military Forces in an Era of Asymmetric War. Saudi Arabia*. Volumes One. Praeger Security International. Center for Strategic and International Studies, Washington, 2007.

CORDESMAN, A.H. y OBAID, N. (2005): *National security in Saudi Arabia, threats, responses and challenges*. Praeger Security International, Westport, 2005.

CORDESMAN, A.H. (2003b): *Saudi Arabia enters the twenty-first century. The military and international security dimensions*. Center for Strategic and International Studies, Washington D.C. Praeger Publisher, Westport, Connecticut, 2003.

HERTOG, S. (2011): *Princes, brokers, and bureaucrats. Oil and the State in Saudi Arabia*. Cornell University Press, Nueva York, 2011.

KERR, S. (2014): "Saudi Arabia's intelligence chief replaced" en *Financial Times*. April 15, 2014. Disponible: <https://www.ft.com/content/d5e0c256-c4db-11e3-9aeb-00144feabdc0>

- LIPPMAN, T.W. (2008): “Nuclear Weapons and Saudi Strategy” en *The Middle East Institute Policy Brief*, nº 5, January 2008. Disponible en: <https://www.mei.edu/sites/default/files/publications/Lippman.pdf>
- NIBLOCK, T. (2006): *Saudi Arabia. Power, legitimacy and survival*. Routledge, Taylor & Francis Group, Londres y Nueva York, 2006.
- NÚÑEZ, J.A. (2015): “¿Tormenta decisiva sobre Yemen? En *blog del Real Instituto Elcano*, 30/03/2015. Disponible en: <http://www.blog.rielcano.org/tormenta-decisiva-sobre-yemen/>
- RIEDEL, B. (2015): “What's ahead for Saudi Arabia?” en *Al-Monitor*. 9 de junio de 2015. Disponible en: <http://www.al-monitor.com/pulse/originals/2015/06/saud-arabia-monarchy.html>
- SAAB, B.Y. (2014): “The gulf rising. Defense industrialization in Saudi Arabia and the UAE”, en *The Atlantic Council of the United States*. May 7, 2014. Atlantic Council, Brent Scowcroft Center on International Security. Disponible en: <http://www.atlanticcouncil.org/publications/reports/the-gulf-rising-defense-industrialization-in-saudi-arabia-and-the-uae>
- SIKA, N. (2014): “The arab state and social contestation” en Kamrava, M. (ed.): *Beyond the arab spring. The evolving ruling. Bargain in the Middle East*. Part I. Chapter 2, pp. 73.98. Oxford University Press, New York, 2014.

Capítulo V. Principales amenazas y oportunidades tras la primavera árabe

5.1. La interpretación saudita de la primavera árabe

5.1.1 Los rasgos esenciales de las revueltas árabes

- AL-RASHEED, M. (2016b): “Saudi Arabia and the quest for regional hegemony” en *Hurst Publishers*. 19 July 2016. Disponible en: <http://www.hurstpublishers.com/saudi-arabia-quest-regional-hegemony/>
- AL-BULUWI, A. (2014a): “Saudi Arabia toughens stance on jihadist groups” en *Al-Monitor*. August 20, 2014. Disponible en: <http://www.al-monitor.com/pulse/originals/2014/08/saudi-opposition-salafist-jihadist-groups.html>
- AL-RASHEED, M. (2012): “No Saudi Spring. Anatomy of a failed revolution”. Boston Review. A political and literary forum. March 01, 2012. Disponible en: <http://bostonreview.net/madawi-al-rasheed-arab-spring-saudi-arabia>

- ÁLVAREZ-OSSORIO, I. (2011): “Las revoluciones árabes: hacia un cambio de paradigma” en Mesa, M. (coord.): *El mundo a la deriva: crisis y pugnas de poder. Anuario 2011-2012*. Ceipaz, Centro de educación e investigación para la paz. 1a Edición, Madrid, 2011.
- BELLÍN, E. (2004): “The robustness of authoritarianism in the Middle East: exceptionalism in comparative perspective” en *Comparative Politics*. Vol, 36, No 2, (Jan, 2004), pp. 139-157.
- BIRNBAUM, M. (2011): “Saudi Arabia calm on planned ‘Day of Rage’ but protests spark violence elsewhere” en *The Washington Post*, March 11, 2011. Disponible en: <http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2011/03/11/AR2011031102965.html>
- CONDE, G. (2012): “La primavera de las rebeliones populares árabes” en *Regions & Cohesion*, Volume 2, Issue 3, Winter 2012: 3-21.
- DAZI-HÉNI, F. (2016): “La monarquía Al Saud bajo el rey Salmán” en *Estudios de Política Exterior. AFKAR/IDEAS*. No 49. Primavera 2016. Disponible en: <http://www.politicaexterior.com/articulos/afkar-ideas/la-monarquia-al-saud-bajo-el-rey-salman/>
- FULLER, G. y SZAYAN, T.S. (2000): “The Saudi Arabian prospective case” en Szayna, T.S. (ed.): *Identifying potential ethnic conflict. Application of a process model*. Chapter 6, pp. 239-275. RAND Coporation, Santa Monica, California, 2000.
- HIPPLER, J. (2013): *Change in the Middle East-Between Democratization and Civil War*. Project Working Paper 1, Institute for Development and Peace (INEF), University of Duisburg-Essen, Germany, Duisburg May 2013. Disponible en: http://www.jochenhippler.de/Hippler_-_WP_1_-_Change_in_the_Middle_East.pdf
- IGNATIUS, D. (2016): “The costly blunders of Saudi Arabia’s anxiety-ridden monarchy” en *The Washington Post*. January 5, 2016. Disponible en: https://www.washingtonpost.com/opinions/the-glass-house-of-saud/2016/01/05/47583676-b3f0-11e5-9388-466021d971de_story.html?utm_term=.65d216ef17de
- KHOURY, N.A. (2013): “The Arab Cold war revisited: the regional impact of the Arab Uprising” en *Middle East Policy*, Vol. XX, No 2, Summer 2013, pp. 73-83.
- MATTHIESEN, T. (2015a): *The other saudis. Shiism, dissent and sectarianism*. Cambridge University Press, New York, 2015.

- MUMBY, D.K. (1997): "The problem of hegemony: rereading Gramsci for organizational communication studies" en *Western Journal of Communication*. Fall 1997, 61:4, pp. 343-375.
- MURPHY, C. (2012): *A kingdom's future: Saudi Arabia through the eyes of its twentysomethings*. Middle East Program, Woodrow Wilson International Center for Scholar, Washington D.C. 2012.
- NEPSTAD, S.E. (2013): "Mutiny and nonviolence in the Arab Spring: Exploring military defections and loyalty in Egypt, Bahrain, and Syria" en *Journal of Peace Research*. 50 (3), pp. 337-349.
- PRIEGO, A. (2011): "La primavera árabe: ¿Una cuarta ola de democratización?" en *UNISCI Discussion Papers*, No 26, (Mayo/May 2011), pp. 75-93.
- RÓZSA, E.N. (2012): "The Arab Spring. Its impact on the region and on the Middle East Conference" en *Policy Brief*. For the Middle East Conference on a WMD/DVs Free Zone, NOS. 9/10, August 2012. Erzsébet N. Rózsa in Cooperation with Walid Abu-Dalbouh, Ahmed Al-Wahishi, Gawdat Bahgat, Gershon Baskin, Lars Berger, Nursin Atesoglu Güney, Ayman Khalil, Christian Koch, Elie Podeh, Omar Shaban, and Eduard Soler i Lecha. Disponible en: <http://library.fes.de/pdf-files/iez/09609.pdf>
- YOM, S.L. y GAUSE, F.G. (2012): "Resilient royals: how arab monarchies hang on. En *Journal of Democracy*, October 2012, Volume 23, Number 4, pp. 74-88.
- ZÉRAOUI, Z. (2009): *Medio Oriente: La nueva geopolítica del poder. Irán y el equilibrio regional*. Editorial UCR, Universidad de Costa Rica, Primera Edición, San José, 2009.

5.1.2. Las respuestas estatales a los cambios regionales

- ABDULLAH, A. (2012): "Repercussions of the Arab Spring on GCC States" en *Research Paper*. Arab Center for Research & Policy Studies. May 2012. Disponible en: https://www.dohainstitute.org/en/ResearchAndStudies/Pages/Repercussions_of_the_Arab_Spring_on_GCC_States.aspx
- CERAMI, C. (2013): "Rethinking Turkey's soft power in the Arab World: Islam, Secularism and Democracy" en *Journal of Levantine Studies*, Vol. 3, No 2. Winter 2013, pp. 129-150.
- KAUSCH, K. (2014): "Competitive multipolarity in the Middle East" en *IAI Working Papers*, 14|10, September 2014. Disponible en: <http://www.iai.it/en/pubblicazioni/competitive-multipolarity-middle-east>

- LABORIE, M.A. (2013): “Implicaciones regionales de las revueltas árabes” en *Documento Opinión* 27/2013. 8 mayo de 2013. Instituto Español de Estudios Estratégicos. Disponible en: <http://www.ieee.es/temas/conflictos-armados/2013/DIEEEA27-2013.html>
- LYNCH, M. (2011): “Saudi Arabia’s Counter-Revolution” en *Foreign Policy*. August 10, 2011. Disponible en: <http://foreignpolicy.com/2011/08/10/saudi-arabias-counter-revolution/>
- MAKARA, M. (2013): “Coup-proofing, military defection, and the Arab Spring” en *Democracy and Security*, No9, pp. 334-359, 2013.
- MA’OZ, M. (2012): “The ‘Arab Spring’ and the New Geo-strategic environment in the Middle East” en *Insight Turkey*, vol. 14, No 4, 2012, pp. 13-23.
- MUZAFFAR, C. (2017): “An unholy alliance? Trump, Israel and Saudi Arabia-targeting Iran” en *Global Research. Centre for Research on Globalization*. May 29, 2017. Disponible en: <http://www.globalresearch.ca/an-unholy-alliance-trump-israel-and-saudi-arabia-targeting-iran/5592491>
- OTTAWAY, M y MUASHER, M. (2011): “Arab monarchies. Chance for reform, yet unmet”. En *The Carnegie paper*. Middle East, December 2011. Carnegie Endowment for International Peace. Disponible: <http://carnegieendowment.org/2011/12/16/arab-monarchies-chance-for-reform-yet-unmet-pub-46243>
- OTTAWAY, M y OTTAWAY, D. (2016): “Egypt’s durable Arab Spring” en *Foreign Affairs*. January 24, 2016. Disponible en: <https://www.foreignaffairs.com/articles/egypt/2016-01-24/egypts-durable-arab-spring>
- PIRIS, A. (2012): “Estados Unidos ante los desafíos de Irak y Afganistán: ¿El fin de un ciclo?” en Mesa, M. (coord.): *Cambio de ciclo: crisis, resistencias y respuestas globales. Anuario 2012-2013*. CEIPAZ, Centro de educación e investigación para la paz.
- RAJMIL, D. (2012): “Un nuevo equilibrio de poderes en Oriente Próximo”. *Documento Opinión* 40/2012. 16 mayo de 2012 Instituto Español de Estudios Estratégicos. Disponible en: <http://www.ieee.es/publicaciones-new/documentos-de-opinion/2012/DIEEEO40-2012.html>
- ROBERTS, D. (2014): “Qatar and the Muslim Brotherhood: pragmatism or preference?” en *Middle East Policy*, Vol. XXI, No 3, Fall 2014, pp. 84-94.
- SZMOLKA, I. (2013): “¿La quinta ola de democratización?: Cambio político sin cambio de régimen en los países árabes” en *Política y Sociedad*. 2013, 50, número 3, pp. 893-935.
- TERRILL, W.A. (2012): “The Saudi-Iranian rivalry and the future of Middle East Security” en Tyler, M. y Boone, A.M: *Rivalry in the Middle East. Saudi Arabia and Iran*. Chapter 1,

pp. 1-51. Politics and Economics of the Middle East Nova, Nova Science Publishers, Inc. New York, 2012.

TSCHIRGI, D. (2013): "Obama and the Middle East, round two" en *UNISCI Discussion papers*, No 33 (Octubre/October 2013), pp. 173-187.

5.1.3. Consecuencias de las revueltas árabes según Arabia Saudí

ARANGO, T. (2017): "Iran Dominates in Iraq After U.S. 'Handed the Country Over'" en *The New York Times*, July 15, 2017. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2017/07/15/world/middleeast/iran-iraq-iranian-power.html>

CAVATORTA, F. (2012): "Arab Spring: the awakening of civil society. A general overview" en *The Awakening of the Civil Society in the Mediterranean*. IEMed Mediterranean Yearbook. Med 2012, pp. 75-81. Barcelona. Disponible en: <http://www.iemed.org/observatori-en/arees-danalisi/documents/anuari/med.2012/arab-spring-the-awakening-of-civil-society.-a-general-overview>

FERNÁNDEZ, H.A. (2015): "The multiple crisis in the Middle East" en *Quaderna de la Mediterrània*, No 22, 2015, pp. 91-99.

FERNÁNDEZ, H.A. (2014b): "Religión y religiosidad en un mundo árabe cambiante: implicaciones sociales y políticas" en *Documento de Trabajo 4/2014*. Real Instituto Elcano, 17 de marzo de 2014. Disponible en: http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/mediterraneo+y+mundo+arabe/dt4-2014-amirah-fernandez-religion-y-religiosidad-mundo-arabe-cambiante

GAUSE, F.G. III (2011c): "Saudi Arabia in the new Middle East" en *Council Special Report*, No 63, December de 2014. Council on Foreign Relations. Center for Preventive Action. Disponible en: <https://www.cfr.org/report/saudi-arabia-new-middle-east>

HUBBARD, B. y KULISH, N. (2016): "Obama to Visit a Saudi Arabia Deep in Turmoil" *The New York Times*, April 18, 2016. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2016/04/19/world/middleeast/obama-to-visit-a-saudi-arabia-deep-in-turmoil.html>

IBRAHIM, A. (2017): "Yemen, a nation destroyed by bin Salman's aggression" en *Middle East Eye*. Thursday 22 June 2017. Disponible en: <http://www.middleeasteye.net/news/analysis-how-has-saudi-policy-under-new-crown-prince-impacted-yemen-1912105646>

NÚÑEZ, J.A. (2017): “Arabia Saudí sueña con una «OTAN islámica»” en *Elcano blog*. Real Instituto Elcano. 03/04/2017. Disponible en: <http://www.blog.rielcano.org/arabia-saudi-suena-una-otan-islamica/>

SALLOUKH, B.F. (2013): “The Arab Uprisings and the Geopolitics of the Middle East” en *The International Spectator*, Vol, 48, No 2, June 2013, pp. 32-46.

5.1.4. Modo de actuación frente a las crisis regionales

AL-RASHEED, M. (2015a): *Muted modernists. The struggle over divine politics in Saudi Arabia*. Hurst & Company, London, 2015.

AL-RASHEED, M. (2011b): “Sectarianism as Counter-Revolution: Saudi responses to the Arab Spring” en *Studies in ethnicity and nationalism*. Vol, 11, No3, pp. 513-526, 2011.

DICKINSON, E. (2017b): “Saudi Arabia’s Plan to Win Over the White House” en *Foreign Policy*. May 17, 2017. Disponible en: <http://foreignpolicy.com/2017/05/17/saudi-arabias-plan-to-win-over-the-white-house-trump-kushner-mbs/>

FERNÁNDEZ, H.A. (2011): “Relaciones internacionales del Golfo: intereses, alianzas, dilemas y paradojas” en *ARI 48/2011*. Real Instituto Elcano. 08/03/2011. Disponible en: <http://biblioteca.ribei.org/2062/>

GUZANSKY, Y. (2011): “Saudi activism in a changing Middle East” en *Strategic Assessment*, Vol. 14, No 3, October 2011, pp. 57-69.

HANNAH, J. (2016): “Saudi Arabia strikes back” en *Foreign Policy*. August 16, 2016. Disponible en: <http://foreignpolicy.com/2016/08/16/saudi-arabia-strikes-back-3/>

KAMRAVA, M. (2012): “The Arab Spring and the Saudi-Led contrarrevolution” en *Orbis*, Volume 56, Issue 1, pages 96-104, 2012.

KHAN, T. (2017): “Saudi prince Mohammed bin Salman’s warning to Iran” en *The National*. May 3, 2017. Disponible en: <https://www.thenational.ae/world/saudi-prince-mohammed-bin-salman-s-warning-to-iran-1.1616>

MATTHIESEN, T. (2012): “A ‘Saudi Spring?’: The shi’a protest movement in the Eastern province 2011-2012” en *The Middle East Journal*, Volume 66, Number 4, Autumn 2012, pp. 628-659.

RIEDEL, B. (2017): “Saudi king shows no signs of slowing aggressive foreign policy” en *Al-Monitor*. July 9, 2017. Disponible en: <http://www.al-monitor.com/pulse/originals/2017/07/saudi-arabia-king-salman-yemen-war-foreign-policy-qatar-g20.html>

STEINBERG, G. (2014): "Leading the counter-revolution. Saudi Arabia and the Arab Spring" en *SWP Research Paper*, German Institute for International and Security Affairs, RP 7, June 2014, Berlin, Disponible en: https://www.swp-berlin.org/fileadmin/contents/products/research_papers/2014_RP07_sbg.pdf

TEITELBAUM, J. (2011): "Saudi Arabia faces a changing Middle East" en *MERIA Journal*, Volume 15, Number 03, (September 2011), Rubin Center Research in International Affairs, Disponible en: <http://www.rubincenter.org/2011/10/saudi-arabia-faces-a-changing-middle-east/>

5.2. Los objetivos regionales tras el año 2011

5.2.1. Asegurar fronteras y evitar injerencias externas

AL-BULUWI, A. (2014b): "Saudi Arabia sees allies among Iraq's sunni tribes" en *Al-Monitor*, June 25, 2014. Disponible: <http://www.al-monitor.com/pulse/originals/2014/06/saudi-arabia-iraq-long-history-suspicion.html>

AL-RASHEED, M. (2015b): "Is it always good to be king? Saudi regime resilience after the 2011 arab popular uprisings". En *LSE Middle East Centre Paper Series/12*. December 2015. Disponible en: <http://www.lse.ac.uk/middleEastCentre/publications/Paper-Series/2015/SaudiResilience.aspx>

ECHAGÜE, A. (2012): "Don't forget the Gulf" en Kausch, K y Youngs, R. (eds.): *Europe in the reshaped Middle East*. Chapter 3, pp. 35-44. FRIDE, Think tank for global action, Madrid, 2012. Disponible en: <http://fride.org/publication/1056/europe-in-the-reshaped-middle-east>

FALK, R. (2016): "Rethinking the Arab Spring: uprisings, counterrevolution, chaos and global reverberations" en *Third World Quarterly*, 37:12, 2016, pp. 2322-2334.

GAUB, F. (2016): "Saudi Arabia and the Islamic Alliance" en *Brief EUISS, European Union Institute for Security Studies*. Frebaury 2016, Disponible en: http://www.iss.europa.eu/uploads/media/Brief_1_Saudi_Islamic_alliance.pdf

GAUSE, F.G. III (2013): "Kings for all seasons: how the Middle East's monarchies survived the Arab Spring" en *Brooking Doha Center Analysis Paper*, Number 8, September 2013, Brooking Doha Center, Disponible en: <https://www.brookings.edu/research/kings-for-all-seasons-how-the-middle-east-monarchies-survived-the-arab-spring/>

HENDERSON, S. (2016): "How to end Saudi Arabia's war of paranoia?" en *Foreign Policy*, October 20, 2016. Disponible en: <http://foreignpolicy.com/2016/10/20/two-yemens-are-better-than-one-saudi-houthi-iran/>

- JONES, T.C. (2011): "Saudi Arabia Versus the Arab Spring" en *RARITAN*. Fall 2011, Volumes XXXI, Number 2, pp. 43-59.
- KORANY, B. (2011): "De la excepcionalidad árabe a la Primavera árabe" en *Estudio de Política Exterior*. AFKAR/IDEAS No30, Verano 2011. Disponible: <http://www.politicaexterior.com/articulos/afkar-ideas/de-la-excepcionalidad-arabe-a-la-primavera-arabe/#imprimir>
- LIPPMAN, T.W. (2012): *Saudi Arabia on the edge. The uncertain future of an American ally*. A council on foreign relations book, Potomac Books, Washington D.C. 2012.
- MANSOUR, R. (2018): "Rebuilding the Iraqi State: Stabilisation, governance and reconciliation" en *Directorate-General for External Policies*. Policy Department, European Parliament. February 2018.
- OTTERMAN, S. (2005): "Saudi Arabia: Withdrawl of U.S. Forces" en *Council on Foreign Relations*. Febrary 07, 2005. Disponible en: <https://www.cfr.org/backgrounder/saudi-arabia-withdrawl-us-forces>
- PLOTKIN, L y KNIGHTS, M. (2016): "Border Fight Could Shift Saudi Arabia's Yemen War Calculus". En *Policy Analysis*, Policywatch 2736. The Washington Institute for Near East Policy. December 6, 2016. Disponible en: <http://www.washingtoninstitute.org/policy-analysis/view/border-fight-could-shift-saudi-arabias-yemen-war-calculus>
- PRIEGO, A. (2014): "El Estado Islámico. ¿Segunda parte de Al-Qaeda o algo nuevo?" en *Razón y Fe*. 2014, t. 270, nº 1393, pp. 491-504.
- SADJADPOUR, K. y BEN TALEBLU, B. (2015a): "Iran: leveraging chaos" en Kausch, K (ed.) *Geopolitics and democracy in the Middle East. Part I: Regional actors*. Chapter 2, pp. 35-48. FRIDE, Madrid, 2015. Disponible en: <http://fride.org/publication/1266/geopolitics-and-democracy-in-the-middle-east>
- SOAGE, AB. (2015): "Arabia Saudí: una potencia regional que se enfrenta a problemas cada vez mayores" en *Documento Opinión*. 133/2015. 8 diciembre de 2015. Instituto Español de Estudios Estratégicos. Disponible en: <http://www.ieee.es/temas/seguridad-y-defensa/2015/DIEEEO133-2015.html>
- SPENCER, R. (2015): "Revealed: Saudi Arabia's 'Great Wall' to keep out Isil" en *The Telegraph*. 14 January 2015, Disponible en: <http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/middleeast/saudiarabia/11344116/Revealed-Saudi-Arabias-Great-Wall-to-keep-out-Isil.html>

5.2.2. Difusión del discurso wahabita

- BUNZEL, C. (2016): "The kingdom and the caliphate. Duel of the Islamic States" en *Carnegie Endowment for International Peace*. Febrary 18, 2016. Disponible en: <http://carnegieendowment.org/2016/02/18/kingdom-and-caliphate-duel-of-islamic-states-pub-62810>
- COMINS, J. (2014): "Fundamentos de poder, excepcionalismo y cuestión sucesoria en Arabia Saudí" en *Documento Opinión*, 50/2014.8 mayo de 2014. Instituto Español de Estudios Estratégicos. Disponible en: <http://www.ieee.es/publicaciones-new/documentos-de-opinion/2014/DIEEE050-2014.html>
- COMMINS, D. (2015): "From Wahhabi to Salafi" en Haykel, B; Hegghammer, T y Lacroix, S (ed.): *Saudi Arabia in transition. Insights on social, political, economic and religious change*. Chapter 8, pp. 155-166. Cambridge University Press, New York, 2015.
- DYER, G. (2015): *Que no cunda el pánico. Respuestas al terrorismo de Estado Islámico*. Libbooks Barcelona S.L. Barcelona, 2015.
- FISK, R. (2006): *La gran guerra por la civilización. La conquista de Oriente Próximo*. Ediciones Destino, Primera Edición, Barcelona, 2006.
- HOURANI, A. (2005): *A history of the arab peoples*. Faber and Faber Limited. Londres. Edición de 2005.
- LIPPMAN, T. (2009): "A most improbable Alliance: placing interests over ideology" en Ayoob, M y Kosebalaban, H (ed.): *Religion and politics in Saudi Arabia. Wahhabism and the State*. Part Religion and Politics in Saudi Arabia. Chapter 9, pp. 123-146. Lynne Rienner Publishers, Inc. London, 2009.
- MIKAÏL, B. (2013): "Geopolítica del conflicto entre sunníes y chiíes: una visión global" en *AWRAQ*, No8, pp. 5-21, 2013.
- NIELSEN, R.A. (2016): "The changing face of Islamic Authority in the Middle East" en *Middle East Brief*, May 2016, No 99. Crown Center for Middle East Studies, Disponible en: <http://www.brandeis.edu/crown/publications/meb/meb99.html>
- PRIEGO, A. (2015b): "La nueva política exterior de Arabia Saudí" en *Documento Marco*, 18/2015. Instituto Español de Estudios Estratégicos. 20 de agosto de 2015. Disponible en: http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_marco/2015/DIEEEM18-2015_NuevaPoliticaExterior_ArabiaSaudi_A.Priego.pdf
- VALENZUELA, J. (2012): *Crónica del Nuevo Oriente Próximo*. Editorial La Catarata. Madrid, 2012.

5.2.3. Defensa de la figura del rey y de la Casa de Saud

- AL-RASHEED, M. (2017a): “Salman vs Nayef: rumours and ramblings in Saudi’s game of thrones” en *Middle East Eye*. Friday 16 June 2017. Disponible en: <http://www.middleeasteye.net/columns/rumours-and-ramblings-saudis-kingdom-cousins-1179520440>
- AL-RASHEED, M. (2015c): “Divine politics reconsidered. Saudi Islamists on peaceful revolution” en *LSE Middle East Centre Paper Series* | 07. May 2015. Disponible en: <http://www.lse.ac.uk/middleEastCentre/publications/Paper-Series/DivinePolitics.aspx>
- BECK, M y HÜSER, S. (2012): “Political change in the Middle East: an attempt to analyze the “Arab Spring” en *Working Papers*, No 203, August 2012, GIGA Research Unit: Institute of Middle East Studies. Disponible: <https://www.giga-hamburg.de/en/publication/political-change-in-the-middle-east-an-attempt-to-analyze-the-%E2%80%9Carab-spring%E2%80%9D>
- BRONSON, R. (2009): “The United States and Saudi Arabia: Challenges Ahead” en *The Kingdom of Saudi Arabia, 1979-2000. Evolution of a pivotal state*. Chapter: The United States and Saudi Arabia: Challenges Ahead, pp. 82-85. Middle East Institute Viewpoints. Disponible en: <http://www.mei.edu/content/introduction-kingdom-saudi-arabia-1979-2009-evolution-pivotal-state>
- BLOOMBERG (2016): “Full transcript: Interview with Saudi deputy crown prince Mohammed bin Salman” en *The National*. April 4, 2016, full transcript of Bloomberg's interview with Saudi deputy crown prince Mohammed bin Salman. Disponible en: <https://www.thenational.ae/business/full-transcript-interview-with-saudi-deputy-crown-prince-mohammed-bin-salman-1.139461>
- FARQUHAR, M. (2017): *Circuits of faith. Migration, education, and the wahhabi mission*. Stanford University Press. Stanford, California. 2017.
- HUBBARD, B. (2015b): “Young Saudi, bound by conservative strictures, find freedom on their phones” en *The New York Times*. May 22, 2015. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2015/05/23/world/middleeast/saudi-arabia-youths-cellphone-apps-freedom.html?mcubz=3>
- MOULINE, N. (2015): “Enforcing and reinforcing the State’s Islam. The functioning of the Committee of senior scholar” en Haykel, B, Hegghammer, T y Lacroix, S. (ed.): *Saudi Arabia in transition. Insights on social, political, economic and religious change*. Chapter 3, pp. 31-38. Cambridge University Press, New York, 2014.

PARDO, E. (2009): “La presencia de China en Oriente Próximo tras la Guerra Fría: relevancia y efectos de su diplomacia e intereses económicos en la región” en *UNISCI Discussion Papers*, No 19, (Enero/January 2009), pp. 110-141.

SANTOS, S. (2015): “Medio Oriente: las potencias regionales ante el avance del Estado Islámico” en *ESD. Estudios de Seguridad y Defensa*, No 6, diciembre 2016, pp. 91-140.

SZMOLKA, I. (2012): “Factores desencadenantes y procesos de cambio político en el mundo árabe” en *Documentos Cidob. Mediterráneo y Oriente Medio*, Nº . 11/2012. CIDOB, Barcelona Centre for International Affairs. Disponible en: https://www.cidob.org/es/publicaciones/series_pasadas/documentos/mediterraneo_y_oriente_medio/factores_desencadenantes_y_procesos_de_cambio_politico_en_el_mundo_arabe

5.2.4. Protección de zonas de influencia y reconstrucción del statu quo

AL-RASHEED, M. (2014): “Saudi internal dilemmas and regional responses to the Arab Uprisings” en Gerges, F.A. (ed.): *The New Middle East. Protest and revolution in the Arab World*. Part IV: Regional and international implications. Chapter 16, pp. 353-379. Cambridge University Press, Primera edición, New York, 2014.

ÁLVAREZ-OSSORIO, I. (2015a): *La primavera árabe revisitada. Reconfiguración del autoritarismo y recomposición del islamismo*. Thomson Reuters Proview, Primera Edición, Navarra, Septiembre 2015.

AKPINAR, P. (2015): “Mediation as a foreign policy tool in the Arab Spring: Turkey, Qatar and Iran” en *Journal of Balkan and Near Eastern Studies*, 2015. Vol. 17, Nº 3, pp. 252-268.

ANTWI-BOATENG, O (2013): “The rise of Qatar as a soft power and the challenges” en *European Scientific Journal*. December 2013. Edición vol. 2, pp. 39-51.

ARAS, B. y FALK, R. (2015): “Authoritarian ‘geopolitics’ of survival in the Arab Spring” en *Third World Quarterly*, Vol, 36, No 2, pp. 322-336. 2015.

AYOUB, M. (2012): “The Arab Spring: its geostrategic significance” en *Middle East Policy*, vol XIX, No 3, Fall 2012, pp. 84-97.

BIN SALMAN (2016): “Transcript: Interview with Muhammad bin Salman” en *The Economist*. January 6, 2016. The Economist meets Saudi Arabia's deputy crown prince, the man who wields power behind the throne of his father, King Salman. Disponible en: http://www.economist.com/saudi_interview

- CALABRESE, J. (2012): “The regional implications of the Syria crisis” en *Middle East Institute*. December 21, 2012. Disponible en: <http://www.mei.edu/content/regional-implications-syria-crisis>
- CORRADINI, L. (2016): “Con la caída de Aleppo, un nuevo ajedrez geopolítico” en *La Nación*. 19 de diciembre de 2016. Disponible en: <http://www.lanacion.com.ar/1968379-con-la-caida-de-aleppo-un-nuevo-ajedrez-geopolitico>
- ENTEISSAR, N. (2011): “The Arab Uprisings: Opportunities and Challenges for Iran” en McKay, A. (ed.) *The Arab Spring of Discontent a collection from e-International Relations*. Part 21. e-International Relations. Disponible en: <http://www.e-ir.info/wp-content/uploads/arab-spring-collection-e-IR.pdf>
- GARDNER, D. (2013): “Middle East: cracking up” en *Financial Times*. November 26, 2013. Disponible en: <https://www.ft.com/content/82550c80-4c7e-11e3-958f-00144feabdc0?mhq5j=e1>
- KATZ, M. (2014): “The international relations of the Arab Spring” en *Middle East Policy*, vol. XXI, No 2, Summer 2014, pp. 76-84.
- MATTHIESEN, T. (2015b): “The domestic sources of Saudi foreign policy: Islamists and the state in the wake of the Arab Uprisings” en *Rethinking political islam series. Working Paper*. August 2015. Project on U.S. Relations with the Islamic World. Disponible en: https://www.brookings.edu/wp-content/uploads/2016/07/Saudi-Arabia_Matthiesen-FINAL.pdf
- MAZZETTI, M y HUBBARD, B. (2016): “How Saudi Arabia’s Prince Mohammed bin Salman is shaking up the kingdom” en *The Economic Times*. October 17, 2016. Disponible: <http://economictimes.indiatimes.com/news/international/business/how-saudi-arabias-prince-mohammed-bin-salman-is-shaking-up-the-kingdom/articleshow/54891676.cms>
- OBAID, N. (2014): “A Saudi Arabian defense doctrine. Mapping the expanded force structure the Kingdom needs to lead the Arab world, stabilize the region, and meet its global responsibilities”. *Defense & Intelligence Projects*. Harvard Kennedy School, Belfer Center for science and international affairs. Cambridge, 2014. Disponible en: <http://www.belfercenter.org/publication/saudi-arabian-defense-doctrine>

5.2.5. Recuperación del protagonismo regional

- AL FAISAL, T. (2013): “Saudi Arabia’s foreign policy” en *Middle East Policy*. Vol. XX, No 4, Winter 2013, pp. 37-44.

- AL-GHAMDI, S. (2011): "Saudi Foreign Policy-The policy of principles" en *The Saudi non-resident Ambassador to Bulgaria delivers a lecture at the Diplomatic Institute of Sofia*. March 30, 2011, Diplomatic Institute of the Ministry of Foreign Affairs of Bulgaria. Disponible en: <http://bdi.mfa.government.bg/download/algamdi.pdf>
- BERENGUER, F.J. (2016): "El dilema saudí" *Documento Análisis 06/2016*. Instituto Español de Estudios Estratégicos. 02 de febrero de 2016. Disponible en: <http://www.ieee.es/contenido/noticias/2016/02/DIEEEA06-2016.html>
- COOK, S.A; STOKES, J y BROCK, A.J. (2014): "The contest for regional leadership in the new Middle East" en *Middle East Security Series*. June 2014. Center for a New American Security. Disponible en: <https://www.cnas.org/publications/reports/the-contest-for-regional-leadership-in-the-new-middle-east>
- DAISS, T. (2016): "Trump pledges to rip up Iran deal; Israelis say not so fast" en *Forbes*. November 22, 2016. Disponible en: <https://www.forbes.com/sites/timdaiss/2016/11/22/trumps-iran-deal-rhetoric-israelis-say-not-so-fast/#3d0a6f8c3d99>
- ECHAGÜE, A. (2015): "Saudi Arabia: emboldened yet vulnerable" en Kausch, K. (ed.): *Geopolitics and democracy in the Middle East*. Part I: Regional actors. Chapter 5, pp. 77-88. FRIDE, Madrid, 2015. Disponible en: <http://fride.org/publication/1266/geopolitics-and-democracy-in-the-middle-east>
- GARDNER, F. (2016): "Saudi Arabia's king Salman marks year of change" en *BBC News*. 22 January 2016. Disponible en: <http://www.bbc.co.uk/news/world-middle-east-35370801>
- IGHANI, H. (2016): "Managing the Saudi-Iran rivalry" en *Insights from a CFR Workshop*. Council on Foreign Relations. Center for Preventive Action. October 24, 2016. Disponible en: <https://www.cfr.org/report/managing-saudi-iran-rivalry>
- JENKINS, B.M. (2016): "A Saudi-Led Military Alliance to Fight Terrorism Welcome Muscle in the Fight Against Terrorism, Desert Mirage, or Bad Idea?" en *RAND Corporation. Published Research. Document Number: PE-189-RC*. Disponible en: <http://www.rand.org/pubs/perspectives/PE189.html>
- ROY, O. (2012): "The transformation of the arab world" en *Journal of Democracy*, Vol 23, No 3, July 2012, pp. 5-18.
- RÓZSA, E. (2013): "Geo-strategic consequences of the Arab Spring" en *19 Papers IEMed*. EUROMESCO. June 2013. Disponible en: <http://www.iemed.org/publicacions-es/historic-de-publicacions/papersiemed-euromesco/geo-strategic-consequences-of-the-arab-spring>

SCHENKER, D. (2016): “The shift in Saudi foreign policy” en *Policy Analysis*, Febrary 10, 2016, The Washington Institute for Near East Policy. Disponible en: <http://www.washingtoninstitute.org/policy-analysis/view/the-shift-in-saudi-foreign-policy>

ZERAOUI, Z. (2014): “El regreso de Irán: del eje del mal al acuerdo con Estados Unidos” en *Nueva Sociedad*, No 257, mayo-junio de 2015, pp. 64-77.

Capítulo VI. Principales temas de la agenda regional saudita

6.1. Las monarquías del Golfo y el liderazgo saudita

BEEMAN, W.O. (2009): “Gulf society: an anthropological view of the khalijis-their evolution and way of life” en Potter, L.G. (ed.): *The Persian Gulf in history*. Part I, Chapter 7, pp. 147-159. Palgrave Macmillan, New York, 2009.

BERENGUER, F.J. (2015): “Yemen, el extremo sur del creciente chií” en *Documento Análisis*. 25/2015. Instituto Español de Estudios Estratégicos. 29 de abril de 2015. Disponible en: <http://www.ieee.es/publicaciones-new/documentos-de-analisis/2015/DIEEEA25-2015.html>

HALLIDAY, F. (2005): *The Middle East in International Relations. Power, politics and ideology*. Cambridge University Press, New York, 2005.

HAYKEL, B. (2013): “Gulf Analysis Paper: Saudi Arabia and Qatar in a Time of Revolution” en *Gulf Analysis Paper*, Middle East Program, Febrary 2013, CSIS, Center for Strategic & International Studies. Disponible en: <https://www.csis.org/analysis/gulf-analysis-paper-saudi-arabia-and-qatar-time-revolution>

MAINUDDIN, R.G. (2016): “Arab spring and democratic transition in the GCC: continuity amidst change” en *Asian Journal of Peacebuilding*. Vol, 4, No2, (2016): 161-186.

MASON, R. (2014): “Back to realism for an enduring U.S.-Saudi relationship” en *Middle East Policy*, Vo. XXI, No 4, Winter 2014.

ROBERTS, D. (2012a): “The Arab world’s unlikely leader: embracing Qatar’s expanding role in the region” en *Policy Brief*. March 13, 2012. POMED, Project on Middle East Democracy. March 13, 2012. Disponible en: <http://pomed.org/pomed-publications/roberts2012/>

VATANKA, A. (2012): “The odd couple” en *Middle East Institute*. March 26, 2012. Disponible en: <http://www.mei.edu/content/odd-couple>

6.1.1. El papel de Kuwait, E.A.U. y Omán en el Golfo

- DAVIDSON, C.M. (2011): "The United Arab Emirates" en Davidson C. (ed.): *Power and politics in the Persian Gulf monarchies*. Chapter 2, pp. 7-31. Hurst & Company, London, 2011.
- EHTESHAMI, A. (2012): "Security and strategic trends in the Middle East" en Held, D. y Ulrichsen, K. (ed.): *The transformation of the Gulf. Politics, economics and the global order*. Part 3: Internationalisation of the Gulf. Security and foreign policy. Chapter: 12, pp. 261-277. Routledge, Taylor & Francis Group, London, 2012.
- GAUSE, F. G. III (2010): *The international relations of the Persian Gulf*. Cambridge University Press, New York, 2009.
- KHODR, H. (2014): "A preliminary comparative study of policy making in two GCC countries- Qatar and Kuwait: processes, politics and participants" en *Politics & Policy*, Volume 42, No 2 (2014): 271-310.
- LAWSON, F.H. (2011): "Security dilemmas in the contemporary Persian Gulf" en Kamrava, M. (ed.): *International politics of the Persian Gulf*. Chapter 3, pp. 50-71. Syracuse University Press, New York, 2011.
- LEGRENZI, M. (2011): *The GCC and the international relations of the Gulf: diplomacy, security and economic coordination in a changing Middle East*. I.B. Tauris, New York, 2011.
- MANEA, E. (2005): *Regional politics in the Gulf. Saudi Arabia, Oman, Yemen*. Saqui Books, London, 2005.
- MARTIN, F. (2013): "Golfo Pérsico: ¿un nuevo espacio regional emergente?" en *El mundo árabe en la encrucijada*. Fundación Seminario de Investigación para la Paz. Parte II, sistemas políticos y conflictividad, pp. 138-150. Mira Editores, Zaragoza, 2013.
- NADAL, M. (2016): "¿Todos para uno y uno para todos? El Consejo de Cooperación del Golfo en su expansionismo por Oriente Próximo" en *El Orden Mundial en el S.XXI*. 19 abril, 2016. Disponible en: <http://elordenmundial.com/2016/04/19/todos-uno-uno-todos-consejo-cooperacion-del-golfo-expansionismo-oriente-proximo/>
- WELLS, M. (2017): "Sectarianism, authoritarianism and opposition in Kuwait" en Hashemi, N. y Postel, D. (ed.): *Sectarianization. Mapping the new politics of the Middle East*. Chapter 13, pp. 235-258. Hurst & Company. London, 2017.
- WRIGHT, S. (2011): "Foreign policy in the GCC States" en Kamrava, M. (ed.): *International politics of the Persian Gulf*. Chapter 4, pp. 72-93. Syracuse University Press, New York, 2011.

YOUNG, K.E. (2014): The political economy of energy, finance and security in the United Arab Emirates. Between the majilis and the market. Palgrave Macmillan, New York, 2014.

ZACCARA, L. y SALDAÑA, M. (2015): “Cambio y estabilidad política en las monarquías del Golfo tras la Primavera Árabe”. *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*. No 109, pp. 177-109.

6.1.2. Bahrein y el miedo al efecto dominó

ESPINOSA, A. (2011): “Arabia Saudí envía tropas a Bahrein” en *El País*. 15 marzo 2011. Disponible en: https://elpais.com/diario/2011/03/15/internacional/1300143613_850215.html

IBISH, H. (2011): “The Bahrain Uprising: towards confrontation or accommodation?” en *Henry Jackson Society Strategic Briefing*. November 2011. The Henry Jackson Society. Disponible en: <http://henryjacksonsociety.org/2011/11/23/the-bahrain-uprising-towards-confrontation-or-accommodation/>

JOYCE, M. (2012): Bahrain from the twentieth century to the Arab Spring. Palgrave Macmillan. New York, 2012.

KAHN, T. (2016): “FPI Bulletin: Iran’s proxy war in Bahrain” en *FPI Bulletin*. Foreign Policy Initiative. August 15, 2016. Disponible en: <http://www.foreignpolicyi.org/content/fpi-bulletin-iran%E2%80%99s-proxy-war-bahrain>

KATZMAN, K. (2016): “Bahrain: reform, security, and U.S. Policy” en *CRS Report*. Congressional Research Service. October 28, 2016. Disponible: <https://www.hsdl.org/?abstract&did=795150>

KINNINMONT, J. (2012): “Bahrain: beyond the impasse” en *Chatham House*. June 2012. Disponible en: <https://www.chathamhouse.org/publications/papers/view/183983>

MATTHIESEN, T. (2013): *Sectarian gulf. Bahrain, Saudi Arabia, and the Arab Spring that wasn’t*. Stanford briefs. Stanford University Press, Stanford, California, 2013.

ULRICHSEN, K.C. (2014): “Bahrain’s uprising: domestic implications and regional and international perspectives” en Gerges, F.A. (ed.): *The new Middle East. Protest and revolution in the Arab world*. Part III: Countries in turmoil. Chapter 15, pp. 332-352. Cambridge University Press, New York, 2014.

6.1.3. Las problemáticas relaciones con Catar

ECHAGÜE, A. (2014): “Proactiva aunque vulnerable: la política exterior de Catar y Arabia Saudí” en *Documento de Trabajo*. No121, Septiembre 2014. FRIDE. Disponible en:

<http://fride.org/publicacion/1206/proactiva-aunque-vulnerable:-la-politica-exterior-de-qatar-y-arabia-saudita>

- FROMHERZ, A.J. (2012): Qatar. A modern history. I.B. Tauris. London, 2012.
- KAMRAVA, M. (2011): “Mediation and Qatari foreign policy” en *Middle East Journal*. Volume 65, No 4, autumn 2011, pp. 539-556.
- KHATIB, L. (2014): “Qatar and the recalibration of power in the gulf” en *Carnegie Endowment for International Peace*. September 2014. Carnegie Middle East Center. Disponible en: http://carnegieendowment.org/files/qatar_recalibration.pdf
- PRIEGO, A. (2017): “La crisis del islamismo y sus repercusiones para la estabilidad del Golfo Pérsico” en *Documento Opinión*. 80/2017. 4 de Agosto de 2017. Instituto Español de Estudios Estratégicos. Disponible en: <http://www.ieee.es/regiones-geopoliticas/oriente-proximo/iran/2017/DIEEEO80-2017.html>
- RABAR, Z.R. (2014): “The cost of belonging: citizenship construction in the state of Qatar” en *The Middle East Journal*, Volume 68, Number 3, Summer 2014, pp. 403-420.
- ROBERTS, D. (2016): “The four eras of Qatar’s foreign policy” en *Comillas Journal of International Relations*. Año 2 / nº 05, enero-abril 2016, pp. 1-15.
- ROBERTS, D. (2012b): “Understanding Qatar’s foreign policy objectives” en *Mediterranean Politics*. Vol 17, No 2, pp. 233-239. July 2012.
- WRIGHT, S. (2012): “Foreign policies with international reach: the case of Qatar” en Held, D. y Ulrichsen, K. (ed.): *The transformation of the Gulf. Politics, economics and the global order*. Part 3. Internationalisation of the Gulf: security and foreign policy. Chapter 14, pp. 296-312.

6.2. Yemen, el conflictivo vecino del sur

6.2.1. La situación previa a la revuelta yemení

- AL-MUSLIMI, F. (2015): “How Sunni-Shia Sectarianism Is Poisoning Yemen” en *Diwan*. Carnegie Middle East Center. December 29, 2015. Disponible en: <http://carnegie-mec.org/diwan/62375>
- ANTHONY, J.D. (2000): “Saudi Arabian-Yemen relations: implications for U.S. Policy” en *Middle East Policy*. Vol, VII, No3, June 2000, pp. 78-96.
- BARANY, Z. (2016): “The challenges of building a national army in Yemen” en *Working Draft*, Center for Strategic & International Studies. July 14, 2016. Disponible en: <https://www.csis.org/analysis/challenges-building-national-army-yemen>

- CLARK, V. (2010): *Yemen. Dancing on the heads of snakes*. Yale University Press. New Haven and London, 2010.
- HILL, G. (2011): *Yemen endures. Civil war, saudí adventurism and the future of Arabia*. Hurst & Company, London, 2017.
- HURTADO, L.M. (2015): “Quién es quién en el avispero sirio” en *El Mundo*. 01/10/2016. Disponible en: <http://www.elmundo.es/internacional/2015/10/01/560c346eca47418c408b456f.html>
- JOHNSEN, G.D. (2012): *The last refuge: Yemen, Al-Qaeda and the battle for Arabia*. Oneworld Book, Norton & Company, Inc. New York, 2012.
- LYNCH, M. (2016): *The new arab wars. Uprisings and anarchy in the Middle East*. Public Affairs, New York, 2016.
- MATALOBOS, I. (2012): “Yemen” en *Panorama Geopolítico de los conflictos 2012*. Instituto Español de Estudios Estratégicos. Ministerio de Defensa. Disponible en: <http://www.ieee.es/publicaciones-new/panorama-geopolitico-de-los-conflictos/2012/PANGEOCONF2012.html>
- SCHMITZ, C. (2011): “Understanding the role of tribes in Yemen” en *CTC Sentinel*. Combating terrorism center at West Point. October 2011. Vol 4. Issue 10. Disponible en: <https://ctc.usma.edu/posts/understanding-the-role-of-tribes-in-yemen>

6.2.2. Arabia Saudí en el conflicto de Yemen

- ALYAHYA, M. (2015): “Why did Saudi Arabia intervene in Yemen?” en *Al Monitor*. June 3, 2015. Disponible en: <http://www.al-monitor.com/pulse/originals/2015/06/yemen-saudi-arabia-iran-houthis-support-military.html>
- AL-MUSLIMI, F. (2013): “Yemen’s military earthquake” en *Al Monitor*. April 15, 2013. Disponible en: <http://www.al-monitor.com/pulse/originals/2013/04/yemen-military-president-hadi-factions.html>
- BLECUA, R. (2015): “Una revolución en la revolución: los Houthi y las nuevas relaciones de poder en Yemen” en *ARI 21/2015*. 13 de abril de 2015. Real Instituto Elcano. Disponible en: http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/mediterraneo+y+mundo+arabe/ari21-2015-blecua-revolucion-en-revolucion-houthi-y-nuevas-relaciones-de-poder-en-yemen
- COPLEY, G. (2009): “Saudi Arabia and Yemen fight ‘a global war’ against Iran” en *Defense & Foreign Affairs Strategic Policy*. 2009, 37, pp. 11-12.

- GROLL, E. (2015): “Yemen on the edge” en *Foreign Policy*. March 20, 2015. Disponible en: <http://foreignpolicy.com/2015/03/20/twin-suicide-bombings-in-yemen-may-mark-islamic-state-foray-into-yemen/>
- JUNEAU, T. (2016): “Iran’s policy towards the Houthis in Yemen: a limited return on a modest investment” en *International Affairs*. No 92: 3. (2016), pp. 647-663.
- KARASIK, T. (2015b): “Is there hope in Saudi operation ‘restoring hope’?” en *SUSRIS. Saudi-US Relations Information Service*. April 25, 2015. Disponible en: <http://susris.com/2015/04/25/is-there-hope-in-saudi-operation-restoring-hope-karasik/>
- KERR, S. (2015): “New monarch and Yemen offensive spark wave of Saudi nationalism” en *Financial Times*. May 24, 2015. Disponible en: <https://www.ft.com/content/3b9358b4-fee-11e4-84b2-00144feabdc0>
- K.S.A. (2015): *Saudi Arabia and the Yemen conflict*. April 2017, Report. Kingdom of Saudi Arabia (KSA). Mission to the European Union. Brussels. Disponible en: http://ksamissioneu.net/wp-content/uploads/2017/04/White-Paper_Yemen_April2017.pdf
- SALISBURY, P. (2015): “Yemen and the Saudi-Iranian 'Cold War'” en *Chatham House*. The Royal Institute of International Affairs. 18 february 2015. Disponible en: <https://www.chathamhouse.org/publication/yemen-and-saudi-iranian-cold-war>
- STENSLIE, S. (2013): “Not too strong, not too weak: Saudi Arabia’s policy towards Yemen” en *Policy Brief*. NOREF. Norwegian Peacebuilding Resource Centre. March 2013. Disponible en: <https://www.files.ethz.ch/isn/162439/87736bc4da8b0e482f9492e6e8baacaf.pdf>
- ZELIN, A.Y. (2012): “Know your Ansar al-Sharia” en *Foreign Policy*. September 21, 2012. Disponible en: <http://foreignpolicy.com/2012/09/21/know-your-ansar-al-sharia/>

6.3. El papel de Arabia Saudí en la guerra civil de Siria

- ÁLVAREZ-OSSORIO, I. (2015b): “El enroque autoritario del régimen sirio: de la revuelta popular a la guerra civil” en *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*. No 109, pp. 157-179.
- BERTI, B. y GUZANSKY, Y. (2014): “Saudi Arabia’s foreign policy on Iran and the proxy war in Syria: toward a new chapter?” en *Israel Journal of Foreign Affairs*. 8:3, pp. 25-34.
- DEMİR, S. y RIJNOVEANU, C. (2013): “The impact of the syria crisis on the global and regional political dynamics” en *Türk Dünyası Dncelemeleri Dergisi / Journal of Turkish World Studies*. XIII/1. (2013), pp. 55-77.

- ELLISON, D. (2016): “FPI bulletin: Saudi Arabia and the Syrian civil war” en *FPI Bulletin*. Foreign Policy Initiative. April 15, 2016. Disponible en: <http://www.foreignpolicyi.org/content/fpi-bulletin-saudi-arabia-and-syrian-civil-war>
- GLASS, C. (2015): *Syria burning. ISIS and the death of the Arab Spring*. OR Books, New York, 2015.
- LAWSON, F.H. (2014): “Syria’s mutating civil war and its impact on Turkey, Iraq and Iran” en *International Affairs*. 90: 6 (2014) 1351–1365
- LISTER, C. (2014): “Profiling the Islamic State” en *Brookings Doha Center Analysis Paper*. Number 13, November 2014. Disponible en: <https://www.brookings.edu/research/profiling-the-islamic-state/>
- PHILLIPS, C. (2017): “Eyes bigger than stomachs: Turkey, Saudi Arabia and Qatar in Syria” en *Middle East Policy*. Vol. XXIV, No 1, Spring 2017, pp. 36-47.
- PHILLIPS, C. (2016): *The battle for Syria. International rivalry in the new Middle East*. Yale University Press, New Haven and London, 2016.
- SADJADPOUR, K. y BEN TALEBLU, B. (2015b): “Iran in the middle east: leveraging chaos” en *Policy Brief*. No 202. May 2015. FRIDE. Disponible en: <http://fride.org/publication/1263/iran-in-the-middle-east:-leveraging-chaos>
- SANCHA, N. (2016): “Quién es quién en la guerra en Siria” en *El País*. 25 enero 2016. Disponible en: https://elpais.com/internacional/2016/01/25/actualidad/1453739657_964290.html
- STARR, S. (2012): *Revolt in Syria. Eye-witness to the uprising*. Hurst & Company, London, 2012.
- SULLIVAN, M. (2014): “Hezbollah in Syria” en *Middle East Security Report*, No19. April 2014. Institute for the Study of War. Disponible en: http://www.understandingwar.org/sites/default/files/Hezbollah_Sullivan_FINAL.pdf
- WAKIM, J. (2013): *The struggle of major powers over Syria*. Ithaca Press. Reading, 2013.
- ZISSER, E. (2003): “Syria and the war in Iraq” en *Middle East Review of International Affairs*. Vol. 7, No 2 (June 2003), pp. 44-56.

6.4. La rivalidad hegemónica con Irán

6.4.1. La relación saudí-iraní antes del 2011

- AARTS, P y VAN DUIJNE, J. (2009): “Saudi Arabia after U.S-Iranian détente: left in the lurch?” en *Middle East Polityc*. Vol. XVI, No 3, Fall 2009, pp. 64-78.

- ADDIS, C.L; BLANCHARD, M; KATZMAN, K; et al. (2011): “Iran: regional perspectives and U.S. policy” en *Current Politics and Economics of the Middle East*. Volume 2. Number 1, pp. 105-175.
- AHMADI, H. (2008): “The dilemma of national interest in the Islamic Republic of Iran” en Katouzian, H. y Shahidi, H. (ed.): *Iran in the 21st century. Politics, economics and conflict*. Chapter 3, pp. 28-40. Routledge, Taylor & Francis Group, New York, 2008.
- KATZMAN, K. (2004): *The Persian Gulf States. Post-war issues*. Novinka Books, New York, 2004.
- KOSTINER, J. (2011): “GCC perceptions of collective security in the Post-Saddam era” en Kamrava, M. (ed.): *International politics of the Persian Gulf*. Chapter 5, pp. 94-119. Syracuse University Press, New York, 2011.
- LOUËR, L. (2010): “The rise and fall of revolutionary utopias in the Gulf monarchies” en Mervin, S. (ed.): *The Shi’a worlds and Iran*. Saqui Books, London, 2010.
- MABON, S. (2016): *Saudi Arabia and Iran. Power and rivalry in the Middle East*. I.B. Tauris, London, 2016.
- MOLAVI, A. (2010): “Iran and the Gulf States” en Wright, R. (ed.): *The Iran Primer*. United States Institute of Peace. Washington. 2010.
- SADEGHINIA, M. (2011): *Security arrangements in the Persian Gulf. With special reference to Iran’s foreign policy*. Ithaca Press, Reading, 2011.
- ULRICHSEN, K. (2011a): “Saudi Arabia” en Davidson, C. (ed.): *Power and politics in the Persian Gulf monarchies*. Chapter 4, pp. 63-88. Hurst & Company, London, 2011.

6.4.2. La disputa por el liderazgo regional (2011-216)

- ALBRIGHT, D. y STRICKER, A. (2010): “Iran’s nuclear program” en Wright, R. (ed.): *The Iran Primer*. United States Institute of Peace. Washington. 2010.
- AL-RASHEED, M. (2017b): “Sectarianism as counter-revolution. Saudi responses to the Arab Spring” en Hashemi, N y Postel, D. (ed.): *Sectarianization. Mapping the new politics of the Middle East*. Part II: How sectarianization works: case studies. Chapter 8, pp. 143-158. Hurst & Company, London, 2017.
- ASKARI, H; DANESHVAR, S y MOHSENI, A. (2009): *The militarization of the Persian Gulf: an economic analysis*. Edward Elgar Publishing, United Kingdom, 2009.
- AYOOB, M. (2014): “Turkey and Iran in the Era of the Arab Uprisings” en Gerges, F.A: *The new Middle East. Protest and revolution in the Arab world*. Part IV: Regional and

- international implications. Chapter 18, pp. 402-417. Cambridge University Press, New York, 2014.
- BALLESTEROS, M.A. (2010): “Relaciones exteriores de Irán con las grandes potencias” en *Irán como pivote geopolítico*. Documentos de Seguridad y Defensa. Junio de 2010. Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional. Disponible en: <https://publicaciones.defensa.gob.es/iran-como-pivote-geopolitico.html>
- BEYDOUN, K.A. y ZAHAWAI, H.D. (2016): “Divesting from sectarianism: reimagining relations between Iran and the Arab Gulf States” en *Journal of International Affairs*. Spring/Summer 2016, 69, 2, pp. 47-63.
- COVILLE, T. (2013): “Competencia económica por la supremacía regional: Irán versus Arabia Saudí (y Qatar)” en *AWRAQ*. No8, 2013, pp. 49-70.
- DEHSHIRI, M.R. y MAJIDI, M.R. (2009): “Iran’s foreign policy in post-revolution era: a holistic approach” en *The Iranian Journal of International Affairs*. Vol. XXI, No 1-2-, pp. 101-114, Winter-Spring 2008-2009.
- EHTESHAMI, A. (2014): “The foreign policy of Iran” en Hinnebusch, R y Ehteshami, A. (2014): *The foreign policies of Middle East states*. Second Edition. Part 2: Non-arab regional powers. Chapter 10: The foreign policy of Iran, pp. 261-288. Lynne Rienner Publishers, London, 2014.
- GAUSE, F.G. III (2014b): “Beyond sectarianism: the new Middle East Cold War” en *Brooking Doha Center Analysis Paper*. Number 11, July 2014. Disponible en: <https://www.brookings.edu/research/beyond-sectarianism-the-new-middle-east-cold-war/>
- HASSIBI, N. y SALIH, W. (2014): “The enemy of my enemy: the US, Iran and ISIS” en *OPEN CANADA*. July 15, 2014. Disponible en: <https://www.opencanada.org/features/the-enemy-of-my-enemy-the-us-iran-and-isis/>
- KHALIFÉ, N. (2017): *The attempt to uproot sunni-arab influence. A geo-strategic analysis of the Western, Israeli and Iranian quest for domination*. Translated and introduced by Joseph A. Kéchichian. Sussex academic press. Brighton, 2017.
- MILANI, M. (2013): “Why Tehran won’t abandon Assad (ism)” en *The Washington Quarterly*. Fall 2013. 36:4, pp. 79-93.
- MUNTEANU, R. (2015): “Saudi Arabia, Iran and the geopolitical game in Yemen” en *Research and Science Today*, No 2. (10) 2015, pp. 57-62.

NASR, V. (2007): *The shia revival. How conflicts within Islam will shape the future*. Norton & Company Ltd. London, 2007.

SADEGHI-BOROUJERDI, E. (2017): “Strategic depth, counterinsurgency, and the logic of sectarianization: the Islamic Republic of Iran’s security doctrine and its regional implications” en Hashemi, N y Postel, D. (ed.): *Sectarianization. Mapping the new politics of the Middle East*. Hurst & Company, London, 2017.

WEHREY, F; KARASIK, T.W; NADER, A et al. (2009): “Saudi-Iranian relations since the fall of Saddam. Rivalry, Cooperation, and implications for U.S. policy” en *National Security Research Division. RAND Corporation*. Disponible en: https://www.rand.org/content/dam/rand/pubs/monographs/2009/RAND_MG840.pdf

ZERAOUI, Z y KLICH, I. (2011): “Oriente Medio: los estados fallidos y la hegemonía regional iraní” en Zeraoui, Z y Klich, I. (compiladores): *Irán. Los retos de la república islámica*. Editorial Siglo XXI. Editora Iberoamericana S.A. Buenos Aires, 2011.

6.5. La alianza con Estados Unidos bajo la Administración Obama

6.5.1. Las relaciones de Washington y la Casa de Saud antes de las revueltas

ALLISON, M. (2010): “U.S. an Iranian strategic competition: Saudi Arabia and the Gulf States” en *Center For Strategic & International Studies. CSIS. Burke Chair in Strategy*. December 6, 2010. Disponible en: <https://www.csis.org/programs/burke-chair-strategy/iran/us-and-iranian-strategic-competition>

BAXTER, K y AKBARZADEH, S. (2008): *U.S. Foreign policy in the Middle East. The roots of anti-Americanism*. Routledge, Taylor & Francis Group, London, 2008.

BOWMAN, B.L. (2006): “Realism and idealism: US policy toward Saudi Arabia, from the Cold War to today” en *Parameters*. Winter 2005/2006: 35, 4, pp. 91-105.

BLANCHARD, C.M. (2016): “Saudi Arabia: background and U.S. relations” en *CRS Report, Congressional Research Service*. April 22, 2016. Disponible en: https://www.everycrsreport.com/files/20160422_RL33533_81e02551c2558a2d85076ae51a335a8c6c4615d7.pdf

BLANCHARD, C.M. (2011): “Saudi Arabia: background and U.S. relations” en Roux, C.L. (ed.): *United Arab Emirates and Saudi Arabia. Background and issues*. Global Political Studies, Nova Science Publishers, Inc. New York, 2011.

BRONSON, R. (2006): *Thicker than oil. America’s uneasy partnership with Saudi Arabia*. Oxford University Press, New York, 2006.

COMMINS, D. (2012): *The Gulf States. A modern history*. I.B. Tauris. London, 2012.

- FÜRTIG, H. (2007): “Conflict and cooperation in the Persian Gulf: the interregional order and US policy” en *Middle East Journal*. Vol. 61, No 4. (Autumn, 2007), pp. 627-640.
- KITCHEN, N. (2012): “The contradictions of hegemony: the United States and the Arab Spring” en Kitchen, N. (ed.): *After the Arab Spring. Power shift in the Middle East?* LSE Ideas special report. SRO11, May 2012. Disponible en: <http://www.lse.ac.uk/ideas/research/reports/arab-spring>
- LACEY, R. (2009): *Inside the Kingdom. Kings, clerics, modernists, terrorists and the struggle for Saudi Arabia*. Hutchinson, 2009, New York.
- MARKAKIS, D. (2016): *US democracy promotion in the Middle East. The pursuit of hegemony*. Routledge, Taylor & Francis Group. London, 2016.
- MIGDAL, J.S. (2014): *Shifting sands. The United States in the Middle East*. Columbia University Press, New York, 2014.
- MIRZADEGAN, A. (2016): “Nixon’s folly. The White house and the 1970s oil Price crisis” en *The Yale Historical Review*. An undergraduate publication. Spring 2016, pp. 40-57.
- OTTAWAY, M. (2009): “Iran, the United States, and the Gulf: The Elusive Regional Policy” en *Carnegie Papers*. Middle East Program. Number 105. November 2009. Carnegie Endowment for International Peace. Disponible en: <http://carnegieendowment.org/2009/11/12/iran-united-states-and-gulf-elusive-regional-policy-pub-24162>
- POLLACK, K.M. (2003): “Securing the Gulf” en *Foreign Affairs*. Vol, 82. No 4 (Jul. – Aug. 2003), pp. 2-16.
- TOVAR, J. (2014): “¿Una estrategia coherente para una región en cambio? La política exterior de la administración Obama y la primavera árabe.” En *UNISCI Discussion Papers*, No 36 (Octubre/October 2014), pp. 29-50.

6.5.2. Diferentes estrategias regionales tras la primavera árabe

- ALLIN, D.H. (2014): “Obama and the Middle East: the politics, strategies and difficulties of American restraint” en Dodge, T y Hokayem, E. (ed.): *Middle Eastern security, the US pivot and the rise of ISIS*. Adelphi Series, Volume 447-8. 05 december 2014. Chapter 7, pp. 165-184.
- AL-RASHEED, M. (2018b): “King Salman and his son: winning the USA, losing the rest” en Al-Rasheed, M. (ed.): *Salman’s legacy. The dilemmas of a new era in Saudi Arabia*. Hurst & Company, London. 2018. Part III, Foreign relations. Chapter 11, pp. 235-250.

- ALTERMAN, J.B. y GARVER, J.W. (2008): *The vital triangle. China, the United States, and the Middle East*. The CSIS Press. Center for Strategic and International Studies. Washington, D.C. 2008.
- BLOICE, C. (2013): “In a Changing Middle East, Israel and Saudi Arabia Cling Together” en *Foreign Policy in Focus*. November 18, 2013. Disponible en: <http://fpif.org/changing-middle-east-israel-saudi-arabia-cling-together/>
- CARMON, Y. y SAVYON, A. (2014): “Recognizing the limitations of its regional power, a frustrated Iranian regime turns its wrath towards its domestic rivals” en *Inquiry & Analysis Series*. No 1101. June 26, 2014. Disponible en: <https://www.memri.org/reports/recognizing-limitations-its-regional-power-frustrated-iranian-regime-turns-its-wrath-towards>
- FREEDMAN, R.O. (2017): “The Obama legacy in the Middle East and the Trump challenge” en *India Quarterly*. 73 (2), pp. 241-250.
- GARCÍA, D. (2012): “La “doctrina Obama, la teoría de la “guerra limitada” y la nueva política exterior de EEUU: ¿hacia una política neo-nixoniana?” en *UNISCI Discussion papers*, No 28 (Enero/ January 2012), pp. 145-153.
- GAUSE, F.G. III (2016): “The future of U.S.-Saudi relations. The kingdom and the power” en *Foreign Affairs*. July/August 2016, pp. 114-126.
- GERGES, F.A. (2012): *The end of America’s momento? Obama and the Middle East*. Palgrave Macmillan. New York, 2012.
- GOLDBERG, J. (2016): “The Obama doctrine. The U.S. president talks through his hardest decisions about America’s role in the world” en *The Atlantic*. April 2016 ISSUE. Disponible en: <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2016/04/the-obama-doctrine/471525/>
- GRESH, G. F. (2016): “Pivoting east? Sino-saudi relations amid regional crises”. En *GCC Security amid regional crises*. Gulf Affairs. Spring 2016, pp. 14-17. Oxford Gulf & Arabian Peninsula Studies Forum.
- KRIEG, A. (2016): “Externalizing the burden of war: the Obama doctrine and US foreign policy in the Middle East” en *International Affairs*. 92: I (2016), pp. 97-113.
- LABORIE, M.A. (2014): “Siria: guerra, sectarismo y caos”. En *Panorama geopolítico de los conflictos 2013*. Instituto Español de Estudios Estratégicos. Fecha de edición, enero 2014. Disponible en: <http://www.ieee.es/publicaciones-new/panorama-geopolitico-de-los-conflictos/2013/PANGEOCONF2013.html>

- LIPPMAN, T.W. (2011): “Saudi Arabia: a controversial partnership” en Akbarzadeh, S. (ed.): *America’s challenges in the Greater Middle East*. Chapter 3, pp. 31-51. Palgrave Macmillan. New York, 2011.
- LYNCH, M. (2015): “Obama and the Middle East. Rightsizing the U.S. role” en *Foreign Affairs*. September/October 2015 Issue, pp. 18-27. Disponible en: <https://www.foreignaffairs.com/articles/middle-east/obama-and-middle-east>
- NEUBAUER, S. (2015): “King Salman’s foreign policy priorities” en *The Arab Gulf States Institute in Washington*. 26 January 2015. Disponible en: http://www.agsiw.org/wp-content/uploads/2015/01/AGSIW_King-Salmans-Foreign-Policy-Priorities.pdf
- QUANDT, W.B. (2014): “U.S. Policy and the Arab Revolutions of 2011” en Gerges, F.A. (ed.): *The New Middle East. Protest and revolution in the Arab World*. Part IV: Regional and international implications. Chapter 19, pp. 418-428. Cambridge University Press, New York, 2014.
- ULRICHSEN, K.C. (2011b): *Insecure Gulf. The end of certainty and the transition to the post-oil era*. Hurst & Company, London. 2011.
- WEHREY, F. (2015b): “Saudi-US discord in a changing Middle East” en *Research Paper*. July 2015, Arab Center for Research & Policy Studies. Disponible en: https://www.dohainstitute.org/en/lists/ACRPS-PDFDocumentLibrary/SaudiUS_Discord_in_a_Changing_Middle_East.pdf
- WIARDA, H.J. (2011): *American foreign policy in region of conflict. A global perspective*. American Foreign policy in the 21st century. Palgrave Macmillan. New York, 2011.

Páginas Web

Ahram online: www.english.ahram.org.eg

Al-Akhbar English: www.english.al-akhbar.com

Al Arabiya English: www.english.alarabiya.net

Alaraby Aljadeed English, The New Arab: www.alaraby.co.uk

Al Jazeera news: www.aljazeera.com

Al Monitor: www.al-monitor.com

Agencia de noticias de la República Islámica (IRNA): www.irna.ir/es/

American Enterprise Institute (AEI): www.aei.org

Arabian Business: www.arabianbusiness.com

Arabian Gulf Centre for Iranian Studies: www.arabiangcis.org

Arabia Watch: www.arabia.watch

Arab News: www.arabnews.com

ArmedForces.eu: Military power countries: www.armedforces.eu

Asharq al-Awsat, English edition: www.english.aawsat.com

Atlantic Council: www.atlanticcouncil.org

Bahrain New Agency: www.bna.bh

Banco Mundial: www.data.worldbank.org

Barcelona Centre for International Affairs www.cidob.org

British Society for Middle Eastern Studies: www.brismes.ac.uk

Brookings Institution: www.brookings.edu

BP Statistical Review of World Energy: www.bp.com

Carnegie Endowment for International Peace: www.carnegieendowment.org

Chatham House, The Royal Institute of International Affairs: www.chathamhouse.org

Casa Árabe: www.casarabe.es

Center for a New American Security (CNAS): www.cnas.org

Center for International & Regional Studies, Georgetown University: www.cirs.georgetown.edu

Center for Security Studies, ETH Zurich: www.css.ethz.ch

Center for Strategic & International Studies: www.csis.org

Centro de Educación e Investigación por la Paz (CEIPAZ): www.ceipaz.ogr

Central Intelligence Agency: www.cia.gov

Critical Threats Project: www.criticalthreats.org

Congressional Research Service (CRS): www.crs.gov

Combating Terrorism Center at West Point (CTC): www.ctc.usma.edu

Council on Foreign Relations: www.cfr.org

Daily News Egypt: www.dailynewsegypt.com

Datarabia's Royal family, Business, and Islamic directories: www.datarabia.com

EA Worldview: www.eaworldview.com

Egypt Independent: www.egyptindependent.com

El Orden Mundial en el S.XXI: www.elordenmundial.com

Esglobal: www.esglobal.org

Estudios de Política Exterior: www.politicaexterior.com

Emirates 24|7: www.emirates247.com

Encyclopedia Britannica: www.britannica.com

Enerdata. Global Energy Statistical Yearbook: www.yearbook.enerdata.net

Federation of Arab News Agencies: www.fananews.com/en/

Foreign Policy: www.foreignpolicy.com

Foreign Policy in Focus: www.fpif.org

Foreign Policy Research Institute: www.fpri.org

Fundéu BBVA. Fundación del Español Urgente: www.fundeu.es

General Authority for Statistics, Kingdom of Saudi Arabia: www.stats.gov.sa

General Authority of Zakat and Tax: www.gazt.gov.sa

GIGA, German Institute of Global and Areas Studies: www.giga-hamburg.de

Global City Map: www.globalcitymap.com

Global Firepower: www.globalfirepower.com

Global Security: www.globalsecurity.org

Grupo de Estudios Estratégicos (GEES): www.gees.org

Grupo de Estudios en Seguridad Internacional (GESI): www.seguridadinternacional.es

Grupo de investigación sobre seguridad y cooperación internacional: www.ucm.es/unisci

Gulf News: www.gulfnews.com

Gulf Research Center: www.grc.net

House of Saud, Saudi Royal Family Website: www.houseofsaud.com

Hukoomi, Qatar Official e-Government Portal: www.gov.qa

Institute for the Study of War (ISW): www.understandingwar.org

Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria: www.iecah.org

Instituto Europeo del Mediterráneo: www.iemed.org

Instituto Español de Estudios Estratégicos: www.ieee.es

Institut d'études de sécurité. Union européenne: www.iss.europa.eu

International Crisis Group: www.crisisgroup.org

International Institute for Strategic Studies: www.iiss.org

Islamic Republic News Agency: www.irna.ir/en/

Jadaliyya: www.jadaliyya.com

Kingdom of Saudi Arabia, Mission to the European Union: www.ksamissioneu.net

League of Arab States: www.lasportal.org

Mediterranean Affairs: www.mediterraneanaffairs.com

MEMO Middle East Monitor: www.middleeastmonitor.com

Middle East Centre LSE: www.lse.ac.uk/middleEastCentre

Middle East Eye: www.middleeasteye.net

Middle East Institute: www.mei.edu

Middle East Policy Council: www.mepc.org

Middle East Research and Information Project: www.merip.org

Ministry of Economy and Planning: www.mep.gov.sa

Ministry of Foreign Affairs, Kingdom of Saudi Arabia: www.mofa.gov.sa

Ministry of Saudi Arabian National Guard: www.sang.gov.sa

Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación: www.exteriores.gob.es

Official website of the President of the Islamic Republic of Iran: www.president.ir/en/

Organisation of Islamic Cooperation: www.oic-oci.org

Organization of the Petroleum Exporting Countries: www.opec.org

Oxford Gulf & Arabian Peninsula Studies Forum: www.oxgaps.org

Pew Research Center: www.pewresearch.org

POMED, Project on Middle East Democracy: www.pomed.org

Real Clear Defense: www.realcleardefense.com

Real Instituto Elcano: www.realinstitutoelcano.org

Riyadh Daily: www.sites.alriyadh.com/en

Royal Embassy of Saudi Arabia, Washington D.C: www.saudiembassy.net

Rubin Center. Research in International Affairs: www.rubincenter.org

RUDAW Media network: www.rudaw.net/english

Saudi Arabian Monetary Agency (SAMA): www.sama.gov.sa

Saudi Aramco: www.saudiaramco.com

Saudi Gazette: www.saudigazette.com.sa

Saudi National Portal: www.saudi.gov.sa

Saudi Press Agency: www.spa.gov.sa

Saudi-US Relations Information Service (SUSRIS): www.susris.com

Saudi Vision 2030: www.vision2030.gov.sa

Secretariat General of the Gulf Cooperation Council: www.gcc-sg.org

School of Oriental and African Studies: www.soas.ac.uk

Sociedad Española de Estudios Árabes: www.estudiosarabes.org

Strategic Studies Institute (SSI), The U.S. Army War College: www.ssi.armywarcollege.edu

STRATPOL, Strategic Policy Institute: www.stratpol.sk

Stratfor, Geopolitical Intelligence Platform www.stratfor.com

Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI): www.sipri.org

The Arabic Network for Human Rights Information (anhri): www.anhri.net

The Arab Gulf States Institute in Washington: www.agsiw.org

The Center for Middle Eastern Studies Harvard University (CMES): www.cmes.fas.harvard.edu

The Foreign Policy Initiative: www.foreignpolicyi.org

The Heritage Foundation: www.heritage.org

The Institute for National Security Studies (INSS): www.inss.org.il

The Jordan Times: www.jordantimes.com

The Middle East Media Research Institute (MEMRI): www.memri.org

The National, United Emirates Arab: www.thenational.ae

The Observatory of Economic Complexity: www.atlas.medi.mit.edu

The RAND Center for Middle East Public Policy: www.rand.org/international/cmepp.html

The Stimson Center: www.stimson.org

The Washington Institute for Near East Policy: www.washingtoninstitute.org

United States Institute of Peace: www.usip.org

University of Texas Libraries: www.lib.utexas.edu

U.S. Department of State: www.state.gov

U.S. Energy Information Administration: www.eia.gov

World Energy Council: www.worldenergy.org

2017 Index of U.S. Military Strength: www.index.heritage.org/military/2017/

